OBRAS COMPLETAS

de

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ

I

Lírica personal

Edición, introducción y notas
de Antonio Alatorre

BIBLIOTECA *AMERICANA*

BIBLIOTECA AMERICANA
Proyectada por Pedro Henríquez Ureña
y publicada en su memoria

Serie de
LITERATURA COLONIAL

OBRAS COMPLETAS
DE SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ
I

OBRAS COMPLETAS
DE
SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ

I
LÍRICA PERSONAL

Edición, introducción y notas de
ANTONIO ALATORRE

FONDO
DE CULTURA
ECONÓMICA

Primera edición, 1951
Segunda edición, 2009
Primera reimpresión, 2012
Primera edición electrónica, 2012

D. R. © 2009, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 México, D. F.
Empresa certificada ISO 9001:2008

Comentarios:
editorial@fondodeculturaeconomica.com
Tel. (55)5227-4672

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio. Todos los contenidos que se incluyen tales como características tipográficas y de diagramación, textos, gráficos, logotipos, iconos, imágenes, etc., son propiedad exclusiva del Fondo de Cultura Económica y están protegidos por las leyes mexicanas e internacionales del copyright o derecho de autor.

ISBN 978-607-16-1146-8

Hecho en México - *Made in Mexico*

NOTA DEL EDITOR

El Fondo de Cultura Económica se enorgullece en presentar esta nueva edición de la *Lírica personal* de sor Juana Inés de la Cruz, preparada y anotada con mucho cuidado por Antonio Alatorre. El volumen respeta escrupulosamente el orden en que Alfonso Méndez Plancarte colocó las poesías que contiene, pero añade cinco nuevas composiciones y suprime una que falsamente se le había atribuido. Alatorre aprovecha correcciones y mejoras valiosas que otros han hecho, pero él mismo ha restaurado críticamente gran número de cosas viciadas por las imprentas. Alatorre está persuadido de haber hecho una edición más fidedigna que la de Méndez Plancarte, si bien ésta —como él mismo dice— seguirá conservando su utilidad. En otras palabras, confía en haberle dado al lector, muy a menudo, textos que se acercan a los que realmente escribió la gran monja de San Jerónimo.

INTRODUCCIÓN

El Fondo de Cultura Económica, fundado en 1934 por Daniel Cosío Villegas, ha querido celebrar a lo largo de 2009 sus 75 años de vida con una serie de ediciones especiales de libros que representan las series o secciones más significativas de su muy nutrido catálogo, y ha decidido que el representante de la serie llamada *Biblioteca Americana*[1] sea el primero de los cuatro volúmenes de *Obras completas* de sor Juana Inés de la Cruz, que fue editado, anotado y prologado por el benemérito Alfonso Méndez Plancarte con el título de *Lírica personal;* finalmente, ha tenido a bien encomendarme a mí la elaboración de esa edición conmemorativa. Me apresuro a aclarar que no se trata de una reedición del volumen cuidado por Méndez Plancarte y publicado en 1951 (hace 58 años), sino de *otra* edición. Ésta, si de mí hubiera dependido, habría sido más diferente de lo que es. Por ejemplo, me hubiera gustado poner juntas todas las composiciones —romances, endechas reales, redondillas, décimas, etc.— dirigidas a la condesa de Paredes, a quien tanto debió y a quien tanto amó sor Juana; pero tuve que acatar la obligación que se me impuso de respetar el orden en que Méndez Plancarte dispuso las distintas poesías, desde el núm. 1 hasta el 216. Sin embargo, según me propongo exponer en esta Introducción, las diferencias son muchas, algunas de ellas bastante serias.

I

En las 62 páginas de su Introducción toca Méndez Plancarte muchas cosas: la vida de sor Juana, sus diferentes escritos, la literatura de sus tiempos, en la Nueva España lo mismo que en la metrópoli, etc., y hasta dedica una página y media a “la tornátil posteridad” (la reacción “neoclásica”, causante de que una autora tan alabada desde 1668 hasta 1750 cayera en el pozo de la incomprensión y el olvido). Es una Introducción “en toda forma”. La

mía, en cambio, se ocupa sólo de lo relativo a los *textos* aquí incluidos, pues en eso consiste la diferencia más importante entre las dos ediciones.

No hace falta ponderar los muchos y variados méritos de la edición de Méndez Plancarte. En 1951 él era, sin duda posible, el hombre más idóneo, el mejor preparado para ser el editor de sor Juana.[2] Pero en los últimos años se ha venido descubriendo que en su edición hay no sólo defectos, sino auténticos errores. Para estos descubrimientos ha sido de gran importancia la labor de Gabriela Eguía-Lis Ponce, a quien la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM encomendó una edición facsímil de las primeras ediciones de los tres tomos de obras de sor Juana: tomo 1 (*Inundación castálida*, 1689), tomo 2 (*Segundo volumen*, 1692) y tomo 3 (*Fama y Obras pósthumas*, 1700). Esta edición apareció en 1995, año del tercer centenario de la muerte de sor Juana. No sé cuántos lectores hay para quienes es una experiencia placentera leer a sor Juana en la letra de imprenta y la disposición tipográfica que se usaban en sus tiempos; lo que puedo decir es que yo soy uno de ellos. Pero el mérito de Gabriela Eguía-Lis Ponce no consiste en que esa edición conmemorativa sea facsímil (y perfectamente legible), sino en las notas que añadió al final de cada uno de los tomos; en ellas, valiéndose de *varias* reediciones de cada uno de los tomos, muestra diáfanamente lo que son las *variantes*: entre la primera edición de un tomo y su primera reedición, o entre ésta y la segunda, puede decirse que el texto nunca coincide exactamente; siempre *varía*, a veces poco, a veces mucho.

Vaya como ejemplo la *Inundación castálida* (1689). Aquí, lo último que se lee en los "preliminares" (las hojas no paginadas que preceden a la p. 1, donde comienzan los textos de la autora) es un "Prólogo al lector" que refuerza útilmente el prólogo más formal de fray Luis Tineo, impreso con título de "Aprobación". Pues bien, ese "Prólogo al lector", que yo atribuyo sin la menor duda a Francisco de las Heras, secretario, en México, de la condesa de Paredes, desaparece en la 2ª edición (1690) para nunca reaparecer. En su lugar está el romance-prólogo de sor Juana, "Esos versos, lector mío…" (núm. 1 en la presente edición). ¿Por qué no se imprimieron *los dos* prólogos, el de sor Juana, que es precioso, y el del ex-secretario, tan fino y tan sensato? Preguntas como ésta pertenecen al "juego de las conjeturas", que irremediablemente tenemos que jugar los editores de textos antiguos (y aun modernos). La conjetura, en este caso, es muy simple: la

formación del volumen estaba ya completa cuando se recibió en Madrid el prólogo de sor Juana; éste, por fortuna, ocupaba el mismo espacio que el prólogo en prosa (un folio y medio); allí se puso el de sor Juana, que vino a quedar, anómalamente, entre los preliminares (la p. 1 siguió siempre ocupada por el soneto-dedicatoria a la virreina).

En la reedición de 1690 hay varias composiciones que no figuran en la *Inundación*, a saber: los cinco sonetos burlescos de consonantes forzados (núms. 159 a 163), el romance "Salud y gracia. Sepades…" (núm. 36), los romancillos "A Belilla pinto" y "Agrísima Gila" (núms. 71 y 72) y el soneto "La compuesta de flores maravilla" (núm. 206). He aquí mi conjetura. Los amigos madrileños de sor Juana (no sólo fray Luis Tineo y el ex-secretario, sino también el padre Diego Calleja y la propia ex-virreina) formaban una especie de "estado mayor" que hacía una labor de propaganda para atraer lectores, y a la vez tenía que aclarar que la autora era una monja. Los dos prologuistas se adelantaron a quienes hubieran podido escandalizarse: "¡Cómo! ¿Una monja haciendo versos de amor?", y los tranquilizaron asegurándoles que todos eran decorosos. También sor Catalina de Alfaro, autora de un soneto encomiástico, dice que lo amoroso en los versos de sor Juana "cuerda es tan fina, / que no se oye rozada en lo indecente". Ahora bien, los sonetos burlescos sí que rozan esa cuerda; había que omitirlos, lo mismo que el romance, que parece obra de una dama cortesana y frívola. Pero esta conjetura no vale para los dos romancillos, ni mucho menos para el soneto. No queda sino suponer que estas tres cosas se habían traspapelado. En cambio, es perfectamente explicable que en 1690 y en las demás reediciones, hasta 1725, se hayan suprimido unas palabras de fray Luis Tineo; viene diciendo que ha habido santos que hicieron versos, por ejemplo san Ambrosio; y continúa: "Lo mismo digo de sóror Juana, y añado (porque, como decía el gran cardenal [Roberto] Belarminio, tengo también mi poco de profeta a lo viejo) que ha de ser muy santa y muy perfecta, y que su mismo entendimiento ha de ser causa de que la celebremos por el san Agustín [!] de las mujeres". Los miembros del estado mayor deben de haber considerado imprudente esta exageración profética; el caso es que se suprimió para nunca más reimprimirse.

Otra serie de cambios: los que hay en los epígrafes de varias composiciones. "Solicitada de amor importuno, responde con entereza tan

cortés, que aun hace bienquisto el desaire”: así dice el epígrafe del núm. 85 en la *Inundación castálida*; pero se cambia en 1690: “*Enseña modo* con que la hermosura, solicitada de amor importuno, *pueda* quedarse fuera de él, con entereza tan cortés, que haga bienquisto hasta el mismo desaire”. El cambio se hizo, según yo, para no dar la impresión de que fue sor Juana la solicitada de amor, y aclarar que se trata de una reflexión didáctica. El segundo texto fue el que se adoptó en todas las demás reediciones, y es el que da Méndez Plancarte. — Epígrafe del núm. 135 en la *Inundación*: “Desmiente en la hermosura la máxima de que ha de ser el bien comunicable”. Cambio a partir de 1690: “*Muestra* a la hermosura el evidente *riesgo* de despreciada después de poseída”. Esta nueva redacción (adoptada asimismo por Méndez Plancarte) anuncia mejor la intención moral. — Epígrafe del núm. 151 en la *Inundación*: “Sospecha crueldad disimulada, el alivio que la esperanza da”. Cambio en 1690 y en las demás reediciones: “*Condena* por crueldad disimulada, el alivio que la esperanza da” (esta vez Méndez Plancarte se atiene a la versión original). La nueva versión es más enérgica, pero dice prácticamente lo mismo.[3] — Epígrafe del núm. 175 en la *Inundación*: “Sólo con aguda ingeniosidad esfuerza el dictamen de que sea la ausencia mayor mal que los celos”. Cambio en las reediciones, desde la de 1690: “*Pretende* con aguda ingeniosidad esforzar el dictamen de que sea la ausencia mayor mal que los celos” (también aquí Méndez Plancarte reproduce el epígrafe original). Con estos ejemplos será suficiente. Pero debo añadir un caso distinto, y más interesante: el título mismo del volumen, *Inundación castálida de la única poetisa, Musa Décima, sóror Juana Inés de la Cruz*…, etc., se sustituye a partir de 1690 por este otro: *Poemas de la única poetisa americana, Musa Décima*…, etc. Sobre esto lancé una conjetura en 1984: el título *Inundación castálida* no le gustó a sor Juana por demasiado pomposo (da a entender que la fuente Castalia, la de las Musas, ha engrosado de tal modo su caudal, gracias a las poesías de sor Juana, que se ha derramado fuera de su cauce), de la misma manera que no le gustó el pomposo título que el obispo de Puebla le puso a su crítica del sermón de Vieira: ¡*Carta athenagórica*! (el título que ella puso fue *Crisis de un sermón*); y entonces, al recibir su(s) ejemplar(es) de la *Inundación*, escribió a Madrid pidiendo un título más modesto. Esta conjetura ha resultado claramente falsa.[4] El último de los documentos burocráticos que se imprimen en los preliminares de la *Inundación* es de 19

de noviembre de 1689, y siete meses después se comenzó a preparar la 2ª edición: siete meses eran muy poco tiempo para que los libros vinieran a México y llegara luego a Madrid la inconformidad de sor Juana en cuanto al pomposo título. Por otra parte, en ninguno de los cuatro papeles burocráticos —la aprobación, la suma del privilegio, la fe de erratas y la suma de la tasa—, fechados entre el 22 de agosto y el 19 de noviembre, se lee *Inundación castálida*, sino siempre *Poemas*; el título pomposo se puso, por lo visto, a última hora. Creo que quien lo discurrió fue fray Luis Tineo, el cual bautizó obras suyas con esa clase de títulos barrocos y esdrújulos de moda: *Mercurio evangélico* (sermones panegíricos) y *Filomena davídica* (paráfrasis poética de los siete salmos penitenciales).

II

Los textos que le ofrezco al lector presentan no pocas diferencias con respecto a los ofrecidos por Méndez Plancarte en 1951. Por eso he dicho que la presente es *otra edición*. Los lectores de sor Juana, naturalmente acostumbrados a la edición de 1951, podrán preguntarse con qué derecho he alterado los textos; por qué, para dar un par de ejemplos, en lugar de "ni sangre se *infunde* humana" (19:47),[5] ahora se lee "ni sangre se *efunde* humana"; asimismo, ahora se leerá "sus *números* viendo" (48:21) en lugar de "sus *murmurios* viendo". He creído oportuno dar una idea amplia de lo que son en este caso las cuestiones de crítica textual, y para ello he elegido, casi al azar, un amplio muestrario.

[1] De la divina justicia
admiraba *allí* lo activo,
que *allí* solamente suple
cordel, verdugo y cuchillo.

Así se lee este pasaje (11:105-108) en *Poemas*, edición de 1709, y también en MP.[6] Pero es errata: lo que se lee en la *Inundación* y en las ediciones de 1690, 91 y 92 es: "que *ella* [o sea la divina justicia] solamente suple…". Lo cual da pie para dos comentarios: *1*) en 1709, el segundo *allí* (el equivocado) se debe a que el tipógrafo repitió mecánicamente el del verso

anterior; este accidente, fuente de erratas, no es raro (véanse los tres ejemplos siguientes); y *2*) MP, en nota a este núm. 11, declara que lo ha tomado de la *Inundación castálida*, p. 59; pero este doble *allí* lo pone en evidencia; dicho llanamente, MP fue mentiroso; muy raras veces sus textos proceden de las ediciones originales (*Inundación castálida* y *Segundo volumen*, 1692).[7] Su única disculpa (cuando no sea una culpa más) es haber trabajado con muchas prisas: le importaba muchísimo que el primer tomo de su edición viera la luz en 1951, tercer centenario del nacimiento de sor Juana. (¡Oh ironía! En la introducción de ese primer tomo reconoce, algo adolorido, que sor Juana no nació en 1651, sino en 1648.)

[2] Mas ¡ay!, que la *Abeja* tiene
tan íntima dependencia
siempre con la *Abeja*, que
depende su vida de ella […].
La Abeja paga el rocío
de que la Rosa *le engendra*;
y ella vuelve a retornarle
con lo mismo que *le engendra*.

La primera de estas cuartetas (53:25-28) se lee así en la *Inundación*; pero a partir de *Poemas*, 1690, se lee ya "siempre con la *Rosa*", que es lo correcto; la otra cuarteta (53:37-40) se mantuvo igual en *todas* las ediciones, hasta que MP aventuró una corrección para el verso final: "con lo mismo que *la alienta*". Yo acepto su conjetura.

[3] … y aun irracional parece
este rigor, pues se infiere:
si aborrezco a quien me quiere,
¿qué haré con quien *aborrezco*?

También esta cuarteta (85:21-24) se lee así en todas las ediciones antiguas; fue MP quien restauró el sentido y a la vez la estructura de la redondilla: "¿qué haré con quien *me aborrece*?" Lo notable es que MP le achaca a Abreu Gómez la "errata" del cuarto verso, cuando la verdad es que Abreu

hizo lo que MP no hizo: él sí vio el texto original; él se atuvo a la *Inundación castálida*.

> [4] … pues ambos atormentan mi sentido:
> *aquéste*, con pedir lo que no tengo;
> *y aquéste*, con no tener lo que le pido.

Así se lee en *Poemas*, 1690 y en otras dos reediciones, el final del soneto núm. 167, mientras que en la *Inundación* el verso final es "y *aquél*, con no tener…"; el editor de 1609 se dio cuenta de que "y *aquéste*" hacía un verso de 12 sílabas; pero, evidentemente, no pudo acudir a la *Inundación*, y enmendó al buen tuntún: "y aquéste *en* no tener…" MP ofrece el texto bueno; quizá ni falta le hizo consultar la *Inundación*.

[5] "*Esos* versos, lector mío…"; así comienza el romance-prólogo, escrito por sor Juana cuando ya los originales de la *Inundación* estaban en España: *esos* indica distancia, y así se lee en todas las ediciones; pero MP, arbitrariamente, corrige: "*Estos* versos…" Y prosigue sor Juana: "ni *disculpártelos* quiero / ni quiero recomendarlos"; pero esta lección está sólo en el texto original, que es de 1690; a partir de 1691 se coló una errata: "ni *disputártelos* quiero", que es como imprime MP. (Pero ¿por qué habría de "disputarle" sor Juana al lector los versos que ella misma le está ofreciendo?)

[6] El romance "Finjamos que soy feliz, / triste Pensamiento, un rato…", tiene en todas las ediciones este final (2:142): "Aprendamos a ignorar, / pensamientos…"; pero MP, con muy buen sentido, corrige: Pensamiento… (el del verso 2).

[7] "Si es causa Amor productivo / de diversidad de afectos…" (3:1), se lee en la *Inundación* y en *Poemas*, 1690; pero a partir de 1691 se corrige la errata: "Si es causa Amor *productiva*…" (el amor es "causa productiva" de afectos diversos). Aquí, como en otros casos, MP atribuye a Abreu (y no a la *Inundación*) la errata *productivo*.

> [8] Al modo *que* aquellos que
> sutilmente defendieron
> que de la *nube* los ampos
> se visten de color negro…

Es lo que dicen todas las ediciones antiguas (3:265-268), y dicen bien (“al modo *que*…” = de la misma manera *que*…); MP hizo dos “enmiendas” caprichosas: “al modo *de* aquellos que…” y “de la *nieve* los ampos”.

[9] “Si *el restituirse* no puede…” (4:105) se lee en todas las ediciones, incluyendo la de Abreu; pero Abreu menciona una corrección manuscrita antigua: “Si él *resistirse* no puede…”, que, dado el contexto, es la justa; MP hizo muy bien en adoptarla.

[10] No es amor correspondencia;
causas tiene superiores:
que *las* concilian los astros
o *la* engendran perfecciones.

Así se lee en todas las ediciones. Es obvio que *las* se refiere a “causas”, y *la* a “correspondencia” (4:117-120); MP no lo entendió, y puso *lo* en los dos versos.

[11] En la primera edición del *Segundo volumen* se lee “ejemplos *mirando* tantos” (7:34), y sin duda así habría impreso MP el verso si hubiera consultado esa primera edición; pero él se guió por la de 1693, donde gratuitamente (o quizá para evitar el muy innocuo hipérbaton) se imprimió “*registrando* ejemplos tantos”.

[12] Dice sor Juana que casi se vio a las puertas de la muerte por cierta enfermedad que tuvo; creía ver al Dios justiciero con un azote en la mano; pero, por fortuna,

del violento ardiente azote
alzó piadoso el castigo,
que *movió* como recuerdo
y conozco beneficio.

La cuarteta (11:141-144) es bien clara; pero a MP se le ocurrió alterar lo que dice sor Juana: “el azote… que *me dio*”. (No, no le dio: fue sólo una advertencia.)

[13] Los versos 17:57-59 dicen así en la *Inundación castálida*:

Y pues sabes que mi amor,

alquimista de *sí* mismo,
quiere *transmutarse* en vida…

A partir de la edición de 1690 se metió una errata: “alquimista de *mí* mismo”, que no pasó a la de MP; pero MP, seguramente por simple descuido, imprimió “quiere *transformarse* en vida”: errata involuntaria.

[14] Un atrevido pincel quiso retratar la belleza de “Filis”, y no pudo (si bien fue mérito el haberlo intentado); ese fracaso, según se lee en todas las ediciones, “más causa *corrió* que miedo” (19:4); o sea: ‘corrió miedo, pero sobre todo corrió causa’. Esto no tiene ningún sentido. MP, se diría que heroicamente, corrigió así: “más causa *ánimo* que miedo”. (Véase una explicación detallada en el lugar respectivo.)

[15] En el altar de “Filis” no se quema un incienso material, “ni sangre se *efunde* humana” (19:47): así en las dos primeras ediciones del primer tomo; en la edición de 1691, por error, “se *enfunde*”; y en la de 1714, seguramente para enmendarlo, “se *infunde*”, que es como se lee en MP. Señal clarísima de que MP no se basó en la *Inundación castálida*: la sangre *se efunde* (‘se derrama’), no *se infunde*.

[16] “Filis” es el ser más hermoso que han visto los siglos; es, en verdad, un “soberano *exceso*” (19:174); así dice MP, siguiendo el texto que se lee en la última de las ediciones del primer tomo, en vez de “soberano *excelso*”, como decían erradamente todas las ediciones anteriores a 1725.

[17] En 21:78, todas las ediciones antiguas, refiriéndose al arte del canto, hablan de una voz “que es *preferida*”; MP corrigió el dislate: “que es *proferida*”.

[18] El hijito de la condesa, a los nueve días de nacido, por ser quien es, es ya *lo máximo* (superlativo de *lo grande*); a medida que aumente su edad, se verá la maravilla “de que *lo máximo* crezca” (24:88); pero en la 3ª edición del primer tomo se metió una curiosa errata: “de que *lo mexicano* crezca”, verso de nueve sílabas; para enmendarlo, la edición de 1709 dice: “de que *el mexicano* crezca”; y así se lee en MP. (Nueva y contundente prueba de que MP se basó en ediciones tardías, no en las originales.)

[19] El verso “cantando aquellas *anàdes*” (26:43) está evidentemente mal en todas las ediciones antiguas (no se dice *anàde*, sino *ánade*); MP hizo

bien en corregirlo: “cantando aquellas *tres ánades”*. (Véanse los detalles en el lugar respectivo.)

[20] A un amigo español que le pide noticias de la Nueva España, sor Juana le contesta que no hay nada de nuevo, y alude a un pasaje de los Hechos de los Apóstoles: predicó san Pablo en la Acrópolis de Atenas, pero sin éxito, pues los frívolos habitantes del *Ática* “no se dedicaban sino a decir u oír algo nuevo”; así, pues, el reino de la Nueva España es “malo para *Ática*” (39:151); en la *Inundación* este pasaje está viciado: *África* en vez de *Ática;* en la edición de 1690 se quiso corregir, pero resultó otra errata: *África* se convirtió en *Átrica;* así siguió leyéndose hasta que por fin MP identificó la alusión y enmendó la errata.

[21] Una de las últimas poesías que escribió sor Juana es el romance que empieza así (57:1-4):

> Mientras la gracia me excita
> por elevarme a la esfera,
> más me abate *hasta el profundo*
> el peso de mis miserias.

¿Por qué MP alteró el verso 3 imprimiendo “más me abate *a lo profundo*”? Yo sospecho que porque *hasta el profundo* sugería demasiada profundidad, algo así como los abismos del infierno.[8] (Sobre este romance véase *infra*, p. XXXIII.)

[22] En uno de sus más desaforados poemas cortesanos dice sor Juana que la huella que la virreina deja en la tierra que pisa (“divino vestigio”) sería profanada si fuera tocada materialmente por los labios, “porque a lo sagrado, / *la adoración*, *más que el contacto*, *llega*” (65:11-12). Así se lee en la primera edición del *Segundo volumen*; pero en la de 1693, sea por capricho, sea por descuido, se imprimió *más que el contacto, la adoración llega*; tal es el texto que reproduce MP (aun reconociendo, como no podía ser menos, que es un “endecasílabo ingrato”).

[23] “Siempre *demuestras* airada”, dice un verso (89:74) en las primeras ediciones del *Segundo volumen;* pero la edición de 1715 corrige: “siempre *te muestras airada*”, que es lo justo (y lo que imprime MP).

[24] En todas las ediciones antiguas dice así el final de las décimas “Dime, vencedor rapaz…” (99:47-50):

> … pues podré decir, al verme
> *esperar* sin entregarme,
> que conseguiste matarme
> mas no pudiste vencerme.

Hay aquí una pequeña errata, sagazmente detectada por MP: el verso antepenúltimo tiene que ser “*expirar* sin entregarme”.

[25] En otra composición en décimas habla sor Juana con un retrato de la virreina excelentemente hecho; se sorprende de que no tenga vida, de que no haya luz en esos ojos ni voz en esa boca, y termina así en todas las ediciones (103:78-80):

> podrás [. . . . .]
> decir que eres *imposible,*
> pero no que no eres mío.

También aquí luce la sagacidad de MP: no *imposible*, sino *impasible*.

[26] Amar por elección (querer a alguien a causa de las buenas prendas o cualidades que tiene) no es lo mismo que amar por la fuerza del destino, sin intervención de la voluntad; hay que distinguir, pues, entre el amante que obedece a los astros y “el que a las *prensas* se inclina” (104:51): así se lee en la *Inundación castálida* y en toda su descendencia, salvo en la edición de 1714, que enmienda la errata: “el que a las *prendas* se inclina”; y esta buena lección es la que ofrece MP.

[27] Sor Juana aplaude al licenciado Avilés, elogiador de un libro de fray Payo en celebración de la Inmaculada Concepción: Virgilio cuenta cómo Eneas salvó de las llamas del incendio de Troya la estatua de Vesta; pero Avilés es un Virgilio mejor, fray Payo un Eneas mejor, y María, por supuesto, es más que Vesta. Por lo tanto, “Cuando *avista* [o *a vista*] su valor…” (111:15), como se lee en todas las ediciones, es errata. Quien dio con la verdadera lección fue MP: “Cuando *a Vesta* su valor…”

[28] San José, a causa de su gran humildad, ignora “con *santo* recelo” (137:21) sus propias virtudes. Así dicen todas las ediciones; pero MP, quizá

por simple descuido, imprime “con *tanto* recelo”.

[29] El final de uno de los sonetos a la rosa dice así en MP (158:12-14):

> y advierta vuesarced, señora Rosa,
> que le escribo, no más, este soneto
> porque todo poeta aquí se roza.

Pero en la versión original (*Segundo volumen*) no se lee eso, sino esto otro:

> y advierta vuesarced, señora Rosa,
> que *no* le escribo *más* este soneto,
> *que* porque todo poeta aquí se roza.

Aquí MP “le enmendó la plana” a sor Juana: le rehizo los dos últimos versos para obligarla a decir *po-e-ta* en vez de *poe-ta* en el último verso. (En realidad, en la poesía del siglo XVII alternan *po-e-ta* y *poe-ta*, *po-e-sía* y *poe-sía*, *re-al* y *real*, etc.) La corrección de MP es in-pertinente.

[30] En el soneto “Mandas, Anarda, que sin llanto asista…”, un enamorado le explica a Anarda por qué le brotan lágrimas al verla; como él tiene el corazón ardiendo, la vista de Anarda “hace *hervir* la sangre allá en el pecho” (177:7); el vapor sube a los ojos y, al hallar resistencia en la “nieve” de Anarda (o sea en su frialdad, su falta de correspondencia), “lo que salió vapor, se vuelve llanto”. Aquí también metió mano MP, pero esta vez con toda justicia: en ninguna edición se lee *hervir* sino siempre *huir*, lo cual echa a perder la “explicación” del llanto.

[31] San José, padre putativo de Cristo, lo protegió en su “*recio* natalicio” (209:3); MP corrigió: “*regio* natalicio”, pero mal; *recio* significa ‘duro’, ‘penoso’. (Véase una explicación más detenida en el lugar respectivo.)

[32] La locución *sin igual* es bien conocida (“una virtud sin igual”, “un dolor *sin igual*”); por lo tanto, si en un verso de sor Juana hallamos unos males calificados de “*son iguales*” (213:45, en todas las ediciones antiguas), comprendemos que es errata por *sin iguales;* y esta errata fue debidamente remediada por MP.

[33] La mano derecha de Lisarda es bellísima, y “no le queda *en fuga* la siniestra” (214:341); este disparate está en la *Inundación* y en todas sus

reediciones; por fin lo corrigió MP: “no le queda en *zaga*” (*fuga* por *zaga* es errata de imprenta muy explicable).

[34] En todas las ediciones del *Segundo volumen* (salvo en la de 169*3)* se lee que el estómago es una “*centrífica* oficina” (*Sueño*, v. 235), o sea un ‘taller central’ o ‘cocina central’ en que se elabora el alimento para todas las partes del cuerpo; en la edición de 1693, que es la que sigue MP, se lee “*científica* oficina”, cosa que no viene al caso.

[35] Finalmente, en un lugar alude sor Juana a la distinción escolástica entre las “partes *integrantes*” (*Sueño*, v. 492) de un objeto y las meramente “perfeccionantes”; pero en todas las ediciones se lee “partes *ignorantes*”; es éste un buen ejemplo de las muchas sagaces restauraciones que hizo el benemérito MP.

Los 35 números del muestrario incluyen fenómenos de diversa índole. Algunos de los textos que yo ofrezco se apartan de lo impreso en los tres tomos originales (1689, 1692, 1700) porque he aceptado las correcciones que se hicieron en alguna de las reediciones[9] (tal como las aceptó y aprovechó MP), o bien porque he aprovechado las correcciones introducidas por el propio MP, pues las encuentro sumamente atinadas, y aun indispensables para entender lo que dice sor Juana.[10] En otros textos, por el contrario, rechazo el texto que MP le ofrece al lector y me atengo al que se lee en las ediciones antiguas, no consultadas por él.[11]

Ya he dicho, en el comentario al núm. 1, por qué MP se basó casi siempre en ediciones tardías (las que tenía en su biblioteca). Trabajó a marchas forzadas. Y una de las consecuencias de la prisa es la cantidad de erratas de imprenta que afean el volumen de *Lírica personal*, por ejemplo *vuestro ojos* (124:14) y *dulce luces* (214:56), “ha de *hablar* día” (6:57) en vez de “ha de *haber*”, *cama* (43:105) en vez de *fama*, “*es* mis afectos” (91:61) por “*en* mis afectos”, la repetición de *girando* en 124, versos 11 y 12 (el segundo *girando* debe ser *viviendo*), y *maltrato* (214:60) en vez de *maltratado*. En las anotaciones, sobre todo, las erratas de imprenta son innumerables. (Hay erratas sumamente insidiosas, pero espero que esta edición mía sea distinta de la de MP *también* en ese renglón.)

Lo que yo le ofrezco aquí al lector es una edición basada en la crítica (o sea en un discernimiento de variantes lo más cuidadoso que me ha sido posible), pero no es propiamente una *edición crítica*. Para que lo fuera,

necesitaría, entre otras cosas, incluir un registro exhaustivo de las variantes que hay en *todas* las reediciones. Para ello, debería superar la labor de Gabriela Eguía, que consultó gran número de reediciones, pero *no todas*. Aun con pocas probabilidades de encontrar variantes de algún interés en las que ella no pudo ver, mi obligación sería verlas *todas* y registrar *todas* las variantes. En tal caso, las páginas de mi edición asumirían un aspecto "técnico" o "científico" incompatible con el deseo de que mi edición sea leída con gusto por *todos* los amantes de sor Juana, en especial por quienes ya conocen su *Lírica personal* en la edición de MP; no quiero que quede como simple obra de consulta.

Los 35 números del muestrario que acaba de leerse tienen en común el hecho de que —salvo unas cuantas excepciones— no llevan explicaciones al pie de la página. No las he juzgado necesarias: los 35 números están ejemplificando los muchos casos en que mi fuente es alguna de las ediciones antiguas, o en que adopto una enmienda de MP. Pero en los casos, no infrecuentes, en que los textos que ofrezco no coinciden ni con el de las ediciones antiguas ni con el de la edición de MP, sino que se deben a correcciones *mías*, invariablemente explicaré en nota el porqué del cambio.

Para terminar esta sección, mencionaré otra diferencia entre la edición de MP y la mía. Se trata de minucias, pero también las minucias cuentan. MP suele hacer, sin ninguna explicación, cambios pequeños en las partículas gramaticales (artículos, pronombres, preposiciones, conjunciones); son cambios que a menudo no tienen razón de ser. He aquí algunos ejemplos (pongo primero la lección original, y entre paréntesis la "corrección" de MP): 4:62 *la suerte* (*las suertes*); 11:122 *la cuenta* (*las cuentas*); varias veces *ese* (*este*), como en el núm. 5 del muestrario; 46:151 *un* querer pagar (*el* querer pagar); 39:179 *a* mayo (*al* mayo); 66:4 todo *mayo* (todo *el mayo*); 89:38 seña *de* valor (*del* valor); 187:14 como *sol* (como *el sol*); *Sueño*, 135 guarda *cálculo* pequeño (guarda *el cálculo*); *Sueño*, 205 *de* reloj (*del* reloj); 3:265 al modo *que* (al modo *de*); 11:11 *yo* (*ya*), y viceversa 11:31 *ya* (*yo*); 31:20 *por* hacer (*para* hacer); 2:91 y 65:37 *cuanto* (*cuando*); 36:68 acreedores *de* (acreedores *a*); 123:3 como *la* merecéis (como *lo* merecéis); 33:2 es *en mí* gusto (es *mi* gusto); 214:205 *la* boca (*su* boca); 176:11 en celo *ni* en sospecha (en celo *y* en sospecha).

En nota a 4:107 cita MP a Pedro Henríquez Ureña, según el cual sor Juana distinguía entre el *lo* acusativo y el *le* dativo, "como se ha hecho siempre en América".[12] Normándose por este "criterio" (que es también el de Rufino José Cuervo), anuncia MP que corregirá el leísmo y el laísmo de las ediciones antiguas de sor Juana, ya que los casos de *le* acusativo y de *la* dativo "se deben a los impresores europeos". Así lo hace en 4:107 *le* sujeta (*lo* sujeta), 4:113 querer*le* (querer*lo*) y en otros varios lugares.[13] Pero a veces olvida su propósito: en el núm. 21 hay cambio en el v. 126, *le* intitulé (*lo* intitulé), pero no en los vv. 132, 133, 137 y 167, donde deja *le* desechan, *le* remito, enmendar*le* y *le* tengo (también 70:66 *le* llevan). Además, hay versos en que el *le* es indispensable para la rima asonante: 48:10 oír*le*, 48:86 recibir*le*, 49:76 enhebrar*le*. De la misma manera, varias veces MP cambia en *le* el *la* dativo: 10:2 *la* pido celos (*le* pido), 36:60-61 *la* salga (*le* salga), 40 epígrafe *la* presentó (*le* presentó), 50:120 *la* ajustó el vestido (*le* ajustó), 104:80 amor que *la* tiene (que *le* tiene). La atribución del leísmo a "los impresores europeos" no se sostiene, en vista de los casos en que el *le* acusativo es necesario para la rima. Y en cuanto al *la* dativo, hay que tener presente el hecho de que sor Juana trató asiduamente a muchos españoles (comenzando con la condesa de Paredes) y leyó muchos libros españoles. Por lo tanto, nada de todo esto se ha "corregido" en la presente edición; me atengo siempre a lo que dicen las ediciones antiguas.[14]

III

Hay en mi edición cinco composiciones de sor Juana que no aparecen en la de MP, y, naturalmente, tengo que explicar de dónde proceden.

En una de las sesiones del III Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas, celebrado en México en octubre de 1968, el erudito investigador español Enrique Martínez López leyó una comunicación sobre su hallazgo, en la Biblioteca Nacional de Lisboa, de una obra desconocida de sor Juana. Esa comunicación no se incluyó en las *Actas* porque el autor ya la había publicado, ese mismo año, en una revista madrileña.[15] Había en Portugal varias monjas en conventos de diferentes órdenes, en Lisboa y otras ciudades, que habían constituido una especie de sociedad literaria

interconventual llamada *a Casa do Prazer* (“la Casa del Placer”), relacionada con una *Casa do Respeito* (“Casa del Respeto”) en que figuraban algunas damas de la aristocracia, una de ellas, seguramente, la duquesa de Aveiro, prima de la condesa de Paredes, a quien sor Juana había alabado en un largo romance (núm. 37). Seguramente por petición de alguna de estas dos damas, sor Juana escribió para las monjas literatas una serie de veinte *enigmas*, precedidos de una dedicatoria (romance) y de un prólogo (soneto). Ningún sorjuanista paró mientes en el hallazgo de Martínez López; yo lo mencioné en 1977 muy brevemente,[16] pero creo que apenas a partir de 1994, gracias a mi edición de los *Enigmas*, publicada por El Colegio de México, comenzó a hablarse de esta obra, una de las últimas que escribió sor Juana.[17] Como en la presente edición he tenido que ajustarme a la presentación de los poemas según su metro, no han podido estar juntas las tres partes; la *dedicatoria* va entre los romances (núm. 1 bis), el *prólogo* entre los sonetos (núm. 195 bis) y los *enigmas* entre las redondillas (núm. 88 bis).

Mi segunda fuente es un manuscrito verdaderamente extraordinario: el único sobreviviente de los muchos que debieron de existir con copia de poemas de sor Juana, como el mencionado por el hermano Lorenzo Ortiz, jesuita, en su elogio de la monja mexicana (preliminares del *Segundo volumen*): “[Hace algún tiempo] tuve la ventura de leer algunas obras de este pasmo de los ingenios […]. Después tuve la honra de que […] la condesa de Paredes, estando en el Puerto de Santa María, me permitiese repasar [o sea ‘hojear’] el volumen manuscrito [los originales de la *Inundación castálida*] que su Excelencia trajo de México”. Pero esas copias manuscritas desaparecieron muy pronto: sus posee-dores no tenían razón para conservarlas después de que hubo ediciones impresas; un texto impreso se conserva mejor que un manuscrito, aparte de que es más fidedigno. Quizá algún día aparezcan otras copias manuscritos, pero, por ahora, la única conocida es esa que he calificado de “extraordinaria”. Se conserva en la biblioteca de la Real Academia Española, y es parte del riquísimo legado de Antonio Rodríguez-Moñino, el cual se la compró a un librero-anticuario portugués. A esa copia me referiré con la abreviatura “Ms. Moñino”. Su signatura es C – 30-2155.

El “Ms. Moñino” consta de 17 folios, aunque en algún momento tuvo 20: tres de los folios le fueron arrancados: el 14, el 15 y el 17. Tiene rastros de cola en el margen, señal de que perteneció a un manuscrito más voluminoso. El encabezado dice simplemente *Poesías Humanas*, sin el nombre de la autora, que probablemente constaría al frente de la porción no conservada, y ésta debe de haber comenzado con una sección de *Poesías Sagradas*. La letra es de finales del siglo XVII. Contiene dieciséis composiciones, quince de ellas ya conocidas, y una no impresa en las ediciones antiguas. Las poesías abundan en erratas, algunas muy gruesas: *libros* (en vez de bríos), *Ayrecias* (Tiresias), *estático* (itálico), *pengamientos* (pergaminos), *hacer* (a ser), etc. Recordemos lo que dice sor Juana en el romance “Esos versos, lector mío…”: las copias en limpio que se llevó la condesa de Paredes a Madrid proceden de diversos manuscritos, algunos de los cuales, hechos con letra torpe (“de muchachos”), “matan de suerte el sentido, / que es cadáver el vocablo”. No obstante, el “Ms. Moñino” conserva a veces lecciones obviamente auténticas que fueron deturpadas en las ediciones impresas.[18]

William Bryant, discípulo de Rodríguez-Moñino, dio noticia del manuscrito en 1964; publicó entera la pieza inédita y desconocida y registró las variantes de las otras quince (aunque sin los epígrafes, que no dejan de tener su interés). Pero ni la noticia de Bryant ni mis tres llamados de atención sobre el valioso códice han conseguido excitar la curiosidad de quienes forman la tribu sorjuanística: ninguno, que yo sepa, da señales de haberse enterado.[19]

La composición inédita es la que figura en la presente edición como núm. 143 bis. Las otras quince corresponden a los núms. 3 (“Si es causa Amor productiva…”), 38 (“¡Válgame Dios! ¿Quién pensara…?”), 48 (“Señor, para responderos…”), 71 (“A Belilla pinto…), 72 (“Agrísima Gila…”), 78 (“Agora que conmigo…”), 81 (“Divino dueño mío…”), 92 (“Hombres necios…”), 118 (“Tenazmente porfiado…”), 144 (“Señora, aquel primer pie…”), 146 (“En perseguirme, Mundo, ¿qué interesas?…”), 190-192 (tríptico de sonetos a la muerte del duque de Veraguas) y 194 (“Altísimo señor, monarca hispano…”). La lectura de las notas de los números citados hará ver diáfanamente la gran importancia del “Ms. Moñino”.[20]

La tercera fuente es el manuscrito 3665 de la Biblioteca Nacional de Madrid, que contiene poesías de fray Luis Tineo de Morales, maestro general de la orden de monjes premonstratenses y autor del primer prólogo, o "Aprobación", de la *Inundación castálida*. Hallé la noticia de este manuscrito en el *Ensayo* de Gallardo, pero lo consulté directamente en Madrid.[21] Hay señales de que Tineo hizo copiar en ese manuscrito, en 1693, las poesías propias que tenía guardadas; muchas de ellas datan de sus mocedades (la más antigua es de 1644: canción a la muerte de la reina Isabel, primera mujer de Felipe IV); parece que quería darlas a la imprenta, y que esto no pudo hacerse porque murió en ese mismo año de 1693. De este manuscrito procede el núm. 205 bis de la presente edición: soneto de sor Juana a Tineo, en que expresa humorísticamente su agradecimiento, y respuesta de Tineo. Para más detalles puede verse la nota inicial de ese núm. 205 bis.

IV

En cuanto a las notas que acompañan a los textos, las diferencias más visibles entre las de MP y las mías es que las mías son casi siempre más breves (pues se limitan a lo esencial) y van impresas, no al final del volumen, sino allí donde deben estar para mayor comodidad del lector: al pie de la página respectiva. Las diferencias de fondo no son muy importantes, lo cual es natural, ya que los versos de sor Juana no se prestan mucho para interpretaciones divergentes.[22] (A veces hasta reproduzco las palabras mismas de MP.)

Pero sí hay algunas divergencias. Del *Epinicio* al conde de Galve dice MP: "Esta Oda soberbia, tan genuinamente *pindárica* y tan fastuosamente *gongorina*, resulta hoy demasiado ardua al lector común, por su continua riqueza de audaces hipérbatos y de anchos períodos y continuos incisos". Yo admito, como sin duda todo el mundo, que el poema es de ardua lectura, pero estoy muy lejos del desbordado entusiasmo de MP. El *Epinicio* es un buen ejemplo de esas poesías de encargo que sor Juana, en la *Respuesta a sor Filotea*, contrasta con el *Primero sueño*, del cual se siente tan satisfecha. Lo hallo no sólo forzado, programáticamente dificultoso, sino

también hecho de prisa. La noticia de la victoria española en Santo Domingo llegó a México el 15 de marzo de 1691; a Sigüenza y Góngora le urgía publicar su relación de esa victoria (*Trofeo de la justicia española*); y a sor Juana le urgía hacer allí "acto de presencia", puesto que su actividad creadora estaba estrechamente ligada con la benevolencia de los virreyes. Es probable, además, que la escritura del *Epinicio* haya sido una interferencia y un estorbo para la del *Sueño*. (Indicio de ello pueden ser las coincidencias que señalo en las notas a los versos 1-2, 8, 38 y 46 del *Sueño*.) El tema del *Epinicio*, anunciado ya en el primer verso ("No cabal relación", sino sólo "indicio breve"), se puede resumir así: "El 4 de julio de 1690 el comandante de los franceses intimó la rendición de Santiago de los Caballeros, y *ese mismo día*, acá en México, firmó el virrey Galve la orden de que la Armada de Barlovento se trasladara a Santo Domingo". No parece estar documentada la fecha de la orden, pero fue eso lo que se dijo. Así, pues, una curiosa coincidencia. ¡Y para eso tanto aparato, tanto despliegue de la retórica de lo sublime! Tan desaforadas son las hipérboles, que casi resultan cómicas. Yo creo que sor Juana, así como se negó a darle a la condesa de Paredes el manuscrito del *Caracol*, y así como no quiso publicar la glosa de "La acción religiosa de" (núm. 143 bis), así también se abstuvo de mandarle a don Juan de Orúe el *Epinicio* para que se incluyera en el *Segundo volumen*.

Serio como es mi desacuerdo en cuanto al *Epinicio*, mucho más lo es en cuanto a dos romances impresos por Castorena en el volumen de *Fama y Obras pósthumas*: el núm. 56, "que expresa los efectos[23] del amor divino y propone morir amante, a pesar de todo riesgo", y el núm. 57, hecho "Al mismo intento". Estos epígrafes no tienen la menor garantía: dicen sólo lo que buenamente discurrió Castorena, vocinglero promotor del mito de la santidad alcanzada por sor Juana en sus dos últimos años de vida. Yo estoy convencido de que esos epígrafes son un estorbo, y propongo prescindir completamente de ellos para entender lo que en realidad están diciendo los romances. Es lo que hice desde que comencé a interesarme en serio por sor Juana. Y el resultado fue que inmediatamente descubrí que lo que están diciendo se relaciona muy estrechamente con la *Carta* que sor Juana le mandó en 1682 al padre Núñez.[24] Al final de esa *Carta* (líneas 277-280) le dice sor Juana a quien ha sido su confesor y director espiritual: "*Rebosan* ya

en el pecho las *quejas* que en espacio de dos años pudiera haber dado; y, pues tomo la pluma para darlas, redarguyendo a quien tanto venero, es porque *ya no puedo más*". Los romances son una impresionante exhibición de esas "quejas" acumuladas durante dos años. Tengo para mí que si ella no los dio a la imprenta fue por la misma razón por la cual nunca publicó su *Carta* a Núñez: son confesiones terriblemente personales e íntimas. Y, como no se conocieron sino después de su muerte, Castorena debe de haber pensado que databan de los años finales, los de la presunta "santidad".

El núm. 57 es "psicológicamente" anterior al núm. 56. Es más llano y monocorde. Según yo, la *gracia* del primer verso ("Mientras la gracia me excita…") es simplemente el padre Núñez, con sus consejos y sus exhortaciones; en el verso 5, la *virtud* es también Núñez, y la *costumbre* es la irresistible vocación literaria de sor Juana. Los versos "Hago disgusto a lo mismo / que más agradar quisiera" significan: "¡Qué diera yo por darle gusto a mi amado padre!",[25] pero me es imposible, y esta imposibilidad me tortura. El romance termina con un resignado "¡Padezca, pues Dios lo manda!"

El núm. 56 es más complejo. Comienza así: "Traigo conmigo un cuidado, / y tan esquivo…", o sea: "Traigo en mi pecho un amor muy grande y muy huidizo".[26] A diferencia del dios Cupido, ese amor no es ciego; ve muy bien; pero "los ojos que tiene son / para dar[me] más tormento"; y a la palabra *tormento* siguen otras igualmente elocuentes: *ansias, verdugo, matar, morir, veneno, castigo, pesar, penar, delito, culpa, dolor, tristeza.* He aquí una paráfrasis del resto: "Si ese amor mío es lícito, ¿por qué me lo castiga el padre Núñez? Yo no hago sino pagar lo que debo. No es ya el amor bastardo de otros tiempos, sino que ahora está en su centro natural, de tal manera que la virtud y la razón, lejos de extinguirlo, lo avivan.[27] Si el padre Núñez dice que es *delito*, ¡dígalo! Pero no hará que me arrepienta". Y el final es radicalmente distinto del otro final: en vez de la aceptación resignada, lo que hay es una franca rebeldía: "Aunque muera a manos de lo que más quiero, protesto nunca dejar de amar lo que amo". La secuela lógica no es sino esa *Carta* en que sor Juana se sacude el tiránico yugo del padre Núñez.

MP no sólo acepta sin discusión alguna los epígrafes que puso Castorena,[28] sino que ve en los dos romances "acaso *lo más puro y*

legítimamente místico de sor Juana" (las cursivas son de él).[29] Según yo, está completamente equivocado; y encuentro mucho más atinado a Octavio Paz en su desconcierto (*Las trampas de la fe*, pp. 147-149 y 386-389) que a MP en su seguridad, —una seguridad que a mí me parece muy postiza. MP no ve que los dos romances expresan conflicto y angustia, y no serenidad mística. (Estamos muy lejos de san Juan de la Cruz, cuya alma se abandona dulcemente en brazos de aquel a quien ama, dejando su cuidado "entre las azucenas olvidado".) MP no dedica ninguna nota a las expresiones de conflicto (que ciertamente dificultan la labor exegética); y las notas que pone son sumamente endebles. No dice por qué sor Juana llama *esquivo* al "amor divino"; si éste *tiene ojos*, él cree que se trata de "los de la más plena razón y la Fe", pero guarda silencio sobre lo que sigue: "los ojos que tiene le sirven para causar más tormento". (¡Vaya "amor divino"!) Y el verso "Si es delito, ya lo digo", recibe este comentario: "*No es delito*, sino dulce obligación, el preocuparnos de que Dios nos ame", lo cual es salirse por la tangente. Peor aún, el verso "más me abate *hasta el profundo*", que sugiere abismos infernales, queda maquillado sin aviso alguno: "*a lo* profundo". Finalmente, tampoco ve MP la evidente alusión al padre Núñez que hay en el núm. 56: "quien penetra / lo interior de mis secretos".[30] No podemos dudar de la sinceridad de sor Juana en cuanto a su propósito de dejarse guiar por los consejos del padre Núñez ("…he *intentado* sepultar, con mi nombre, mi entendimiento": *Respuesta*, línea 199). Pero el hecho es que ni ella ni el confesor pudieron hacer nada contra la fuerza del destino.

Para nosotros, modernos, los libros son cosa trivial y cotidiana. Tenemos que hacer un enorme esfuerzo de imaginación para comprender lo que fueron para sor Juana. Necesitamos leer con los ojos y el corazón bien abiertos eso que se expresó con tanto énfasis y tanta insistencia. Sor Juana aprendió a leer cuando "no había cumplido los tres años de edad" (*Respuesta*, línea 218); "a los ocho años, porque la ofrecieron por premio un libro, riqueza de que tuvo siempre *sedienta codicia*, compuso una loa…" (Calleja); comprendió, en Nepantla, que le era imposible estudiar en la Universidad, "pero yo *despiqué el deseo* en leer muchos libros varios que tenía mi abuelo […], de manera que, cuando vine a México, se admiraban, no tanto del ingenio cuanto de la memoria y noticias que tenía" (*Respuesta*, 247-252); "desde que me rayó la primera luz de la razón fue tan *vehemente*

y poderosa la inclinación a las letras, que ni ajenas reprensiones (que he tenido muchas) ni propias reflejas (que he hecho no pocas) han bastado a que deje este natural impulso *que Dios puso en mí*" (*Respuesta*, 188-193); Juana Inés decidió hacerse monja "a pesar de la contradicción que la hizo el conocer tan *entrañada* en sí la inclinación *vehemente* al estudio" (Calleja); "aunque conocía que tenía el estado [religioso] muchas cosas repugnantes a mi genio, [renuncié a] las impertinencillas de mi genio, que eran de querer vivir sola, de no querer tener ocupación obligatoria que embarazase *la libertad de mi estudio*, ni rumor de comunidad que impidiese *el sosegado silencio de mis libros*" (*Respuesta*, 269-289); en agosto de 1667 resolvió Juana Inés, con *denuedo* piadoso", deshacerse de su incipiente biblioteca al entrar en el convento de las carmelitas, "y en cada libro que abandonaba, *degollarle a Dios un Isaac*" (Calleja); "Pensé yo que huía de mí misma, pero […] trájeme a mí conmigo y traje mi mayor enemigo en *esta inclinación* que no sé determinar si por prenda o castigo me dio el Cielo, pues [lejos] de apagarse o embarazarse con tanto ejercicio que la religión tiene, *reventaba como pólvora*"; después, en el convento de las jerónimas, donde llegó a tener una enorme biblioteca, "su más íntimo y familiar comercio eran los libros"; allí sufrió no poco, pero "su *quitapesares* era su librería, donde se entraba a consolar con *cuatro mil amigos*, que tantos eran los libros de que la compuso" (Calleja); en una ocasión tuvo prohibida la lectura durante tres meses, pero luego "volvió a sus libros con *sed* de prohibida" (Calleja).[31]

Si hacemos un esfuerzo por *entender* lo que estos textos están, no diciendo, sino gritando, estaremos preparados para imaginar lo que fueron los dos últimos años (1693-1695) de vida de sor Juana, después de que el prepotente arzobispo Aguiar y Seixas le quitó sus cuatro mil libros. Si tres meses de prohibición la hicieron caer enferma, la pérdida súbita y definitiva de los cuatro mil libros fue la *muerte*. Despojarla de ellos fue despojarla de *su vida*.[32]

La interpretación que doy se parece mucho a la que del núm. 56 dio Martha Lilia Tenorio hace algunos años. También ella percibe en esos versos "un alma atormentada porque su pasión es, irracionalmente, perseguida", y no un alma cautivada por el "amor divino", y también ella siente que el amor dotado de ojos es "el amor de sor Juana por el saber".[33]

Sólo hay un leve desacuerdo: según ella, el "término *a quo*" del verso 9 es la propia sor Juana, pero yo creo que es *Dios*; en la *Carta* a su confesor dice (líneas 34-35) que su amor a las letras le viene de *Dios* (el cual, por desgracia, ¡se olvidó de preguntarle a Núñez si él lo aprobaba!), y después (línea 194) vuelve a decirlo: "*Dios* me inclinó a eso"; y ¿acaso "no es Dios, como suma bondad, suma sabiduría?" (línea 202); así, pues, el término *ad quem* no puede ser sino *el bien*, de manera que "todo el dolor es el medio": entre la causa y el efecto están las torturas irracionales a que la somete el confesor.

Es fácil hallar otras correspondencias entre los romances y la *Carta*, comenzando con esa idea de *delito* que Núñez ha querido plantar o "insuflar" en su hija espiritual. Ella responde (núm. 56): "Si es *delito*, ya lo digo; / si es *culpa*, ya la confieso"; y en la *Carta*, hablando de algunas obras que ha hecho: "Ya que en su opinión es *pecado* hacer versos, ¿en cuál de estas ocasiones ha sido tan grave el *delito* de hacerlos? Pues cuando fuera *culpa*…", etc. (líneas 85-89), y también: "¿Por qué ha de ser *malo* que [en vez de perder mi tiempo] lo gastara en estudiar?" (líneas 189-193); "Yo tengo este genio. Si es *malo*, yo me hice. Nací con él y con él he de morir" (196-197). Cf. también *Respuesta a sor Filotea*, líneas 837 y siguientes: "Si son *culpa*…"

En las expresiones de *tortura*, las correspondencias son más abundantes. A veces se queja sor Juana de la injusticia que sufre. A la pregunta retórica "¿Por qué me han de dar *castigo*?" (núm. 56, v. 15) corresponde en la *Carta* una enumeración de los torturadores de quienes "resulta un tan extraño género de *martirio* cual no sé yo que otra persona haya experimentado" (líneas 104-105); hasta el aplauso que le dan los virreyes "se convierte en pungentes espinas de *persecución*" (líneas 123-124), queja relacionada con un par de sonetos "dolorosos": "En *perseguirme*, Mundo, ¿Qué interesas?…" (núm. 146) y sobre todo "¿Tan grande, ¡ay, hado!, mi *delito* ha sido…?" (núm. 150). Pero otras veces no hay un "Mundo", no hay un "ellos": sor Juana comprende que es ella misma quien se tortura por tratar de complacer al confesor renunciando a sus inclinaciones naturales, o sea a su vida misma: "Bien ha visto" el padre Núñez —dice— "que yo misma estoy formando / los *dolores* que padezco" (núm. 56); o, mejor aún: "De mí

mesma soy *verdugo* / y soy *cárcel* de mí mesma. / ¿Quién vio que *pena* y *penante* / una propia cosa sean?" (núm. 57).[34]

V

Para completar lo que he dicho sobre las diferencias entre la edición de MP y esta mía, he aquí tres minucias.

1. Ya he señalado cómo MP suele "corregir" y "hermosear" los textos; por ejemplo, si las ediciones antiguas dicen "al modo *que* aquellos *que* / defendieron…" (3:265), él enmienda la cacofonía: "al modo *de* aquellos que…"; varias veces "corrige" un *mesmo* convirtiéndolo en *mismo* (y lamenta no poder hacer tal "corrección" cuando *mesmo* es necesario para la rima). Yo no "corrijo" sino aquellos casos en que los usos de la imprenta falsean la realidad lingüística: sor Juana y sus contemporáneos no decían *asumpto*, *augmento*, *demonstración*, *esempción*, *objecto*, *prompto*, *proprio* y *succeso*, sino *asunto*, *aumento*, *demostración*, etc. A veces las ediciones antiguas conservan formas que MP corrigió por sentirlas demasiado "vulgares"; pero yo no me espanto de *arismética*, *carbunco*, *contradición*, *norabuena*, *perfición* y *parasismo*. También conservo formas como *salistes* y *salistis*, sin convertirlas en *salisteis*. Mantengo siempre la *f* de *Josef* (*Joseph*, el hijo de los virreyes) porque a veces hace falta para la medida del verso.
2. Una gala de versificación que sor Juana le imitó a Calderón consiste en terminar versos octosílabos con partículas átonas, las cuales, en virtud del ritmo, adquieren una especie de acento; para estos casos se me ha ocurrido usar un acento grave; véanse, ya en el núm. 1, los versos "No hay cosa más libre *què* / el entendimiento humano", "espacio / que ferian al ocio *làs* / precisiones de mi estado", "tan sólo *pòr* / obedecer un mandato", "pues al cabo harás lo *què* / se te pusiere en los cascos", "esto no es más *dè* / darte la muestra del paño".
3. El *Primero sueño* es una *silva*, metro que es la negación misma de toda partición estrófica. MP lo divide en cuarenta y dos tajadas; yo lo imprimo sin ninguna solución de continuidad, tal como está en el *Segundo volumen*.

[1] La *Biblioteca Americana*, a su vez, cumple 62 años en 2009. En 1947 yo era miembro del Departamento Técnico del Fondo, y recuerdo el coctel que Cosío Villegas ofreció a literatos y libreros para "presentar en sociedad" los dos primeros volúmenes de la nueva serie: el *Popol Vuh* y la *Vida* de Cristóbal Colón por su hijo Fernando.

[2] Quien hubiera podido disputarle ese título en 1951 era Ermilo Abreu Gómez, en cuyo currículum había un enorme número de libros y artículos relativos a sor Juana, entre ellos varias ediciones de obras suyas. En algún momento, cuando quien manejaba el timón del Fondo de Cultura Económica era ya Arnaldo Orfila (o sea después de 1947), corrieron rumores de que éste pensaba encargarle a Abreu Gómez la edición de sor Juana destinada a la *Biblioteca Americana*. A reserva de que estos rumores se confirmen, observo yo que el currículum de Méndez Plancarte estaba cuantitativamente muy por debajo del de Abreu, pero cualitativamente muy por encima: había publicado una antología de *Poetas novohispanos* (3 tomos, 1942-1945) en que se reveló como el conocedor número uno de lo que fue la poesía en México durante la era virreinal, y una serie de artículos, aparecidos en la revista *Ábside* y en el periódico *El Universal*, en los cuales, sin menoscabo de su amistad con Abreu Gómez, exhibía ejemplos y más ejemplos de sus ignorancias y chapucerías. Méndez Plancarte pertenecía al clero de la arquidiócesis de México, mientras que Orfila era francamente un "anticlerical". Así pues, no es poco mérito suyo el haber tomado una decisión tan racional; elegir a Abreu Gómez hubiera sido un desastre.

[3] Yo prefiero *sospecha*, por más sutil: 'La esperanza se me muestra toda sonriente, pero yo sospecho que con esas sonrisas trata de disimular su alevosía'. Y pienso que sor Juana pudo haber recordado el final de uno de los sonetos más famosos de Garcilaso: "…si no, *sospecharé* que me pusistes / en tantos bienes, porque deseastes / verme morir entre memorias tristes".

[4] Así me lo ha hecho ver Gabriela Eguía-Lis Ponce, *La prisa de los traslados* (tesis de doctorado, UNAM, 2002), pp. 131-132.

[5] La indicación entre paréntesis significa: 'composición núm. 19, verso 47'. De aquí en adelante emplearé estas referencias abreviadas.

[6] *Poemas*, como expliqué en la sección anterior, es el título del tomo 1 en las ediciones posteriores a 1689; MP es (Alfonso) Méndez Plancarte.

[7] Es verdad que indica (no siempre con exactitud) en qué página de las ediciones antiguas se halla cada composición (y de esta manera encubre la mentira); pero se ha limitado a copiar los números de página que da Pedro Henríquez Ureña en su "Bibliografía de sor Juana Inés de la Cruz", *Revue Hispanique*, vol. 40 (1917), pp. 161-214.

[8] La pudibundez de MP es cosa notable. He aquí un ejemplo. Se contaba de san Bernardo que la Virgen María, en premio del amor que el santo monje le tenía, una vez lo alimentó con la leche purísima de sus pechos. (Dice López de Úbeda en su *Cancionero*: "Con verdad dirá de vos, / Bernardo, el que lo sospeche, / que sois hermano de leche / del mismo Hijo de Dios".) Pero, por lo visto, esto le pareció excesivo a MP, de manera que, sin la menor explicación, "suavizó" el estribillo de la letra XII de san Bernardo (tomo 2 de su edición, núm. 334); en vez de decir que la Virgen "con su sangre le *cría*", él imprimió "su sangre *le daría*".

[9] Así los núms. 2, 7, 16, 23 y 26.

[10] Núms. 3, 6, 9, 14, 17, 19, 20, 24, 25, 27, 30, 32, 33 y 35.

[11] Núms. 1, 5, 8, 10, 11, 12, 13, 15, 18, 21, 22, 28, 29, 31 y 34. (El núm. 4 es un caso aparte; lo he puesto como simple ejemplo de las erratas y enmiendas que suelen ocurrir durante la transmisión de los textos.)

[12] En el español de América no se dice *verle* (ver a Juan), sino *verlo*; ni *la pido* (le pido algo a María), sino *le pido*; ni *la doy* (una manzana), sino *le doy*.

[13] 149:8, 192:10, 202:13-14, 207:5, *Primero sueño* 122, 218, 272, 387-389.

[14] Sobre estas cuestiones, y varias otras, el lector puede consultar dos artículos míos publicados en la *Nueva Revista de Filología Hispánica*, "Hacia una edición crítica de sor Juana", vol. 51 (2003), pp. 493-526, y vol. 54 (2006), pp. 103-142.

[15] Enrique Martínez López, "Sor Juana Inés de la Cruz en Portugal: un desconocido homenaje y versos inéditos", *Revista de Literatura*, volumen 33 (1968), pp. 53-84.

[16] A. Alatorre, "Avatares barrocos del romance (de Góngora a sor Juana Inés de la Cruz)", *Nueva Revista de Filología Hispánica*, vol. 26 (1977), p. 432.

[17] Los *Enigmas* figuran ya en la amplia antología de sor Juana (*Poesía, teatro, pensamiento: lírica personal, lírica coral, teatro, prosa*), introducción, edición y notas de Georgina Sabat de Rivers y Elias Rivers, Madrid, 2004, pp. 361-367. — La edición de Martínez López se basa en dos manuscritos, y la mía en cuatro. En dos de los manuscritos, al final, hay un "Index de los sacrificios que ofrece la Poesía a los sagrados oráculos que ilustraren las obscuridades de los *Enigmas*": la respuesta al primer enigma debe ser un soneto; la respuesta al segundo, dos octavas; al tercero, un romance de arte mayor, etc. (probablemente este "Index" no es obra de sor Juana, sino de las monjas portuguesas). Cf. Georgina Sabat de Rivers, "Contemporáneos de sor Juana: las monjas portuguesas y los *Enigmas* (con [algunas] soluciones)", en su libro *En busca de sor Juana*, México, 1998, pp. 205-237. Las "respuestas" de Roberto Reyes, *Los enigmas de sor Juana*, México, 2006, no tienen ni pizca de seriedad.

[18] El caso se parece al del "Ms. Lastanossa-Gayangos" (Biblioteca Nacional de Madrid, ms. 17.969): éste contiene también pocas composiciones (de Garcilaso); también abunda en errores, también ofrece variantes útiles, así como cosas que no se hallan en las ediciones antiguas, y es también manuscrito *único*, sobreviviente de los varios que debe de haber habido, y que se desecharon al aparecer la edición de Barcelona, 1543.

[19] William C. Bryant, "Reaparición de una poesía de sor Juana Inés de la Cruz, perdida desde 1714", *Anuario de Letras*, México, vol. 4 (1964), pp. 277-285. Este título es desafortunado: no se trata de "reaparición", sino de primera aparición: se conocía sólo la mención de Castorena en el prólogo la *Fama y Obras pósthumas*, libro publicado en 1700; Bryant dijo "desde 1714" porque de 1714 es la reedición de la *Fama* que él conocía. Mis llamados de atención están en la citada edición de los *Enigmas*, Apéndice, pp. 150-154, y en dos artículos de la *Nueva Rev. de Fil. Hisp*., vol. 51 (2003), pp. 522-523, y vol. 54 (2006), p. 131. En la gran antología de los Rivers (citada *supra*, nota 17), el "Ms. Moñino" no merece ni siquiera una mención.

[20] Me he basado en una fotocopia del manuscrito, y estoy muy agradecido con mis amigos Amelia de Paz y Antonio Carreira por habérmela conseguido.

[21] Bartolomé José Gallardo, *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos*, tomo 4, Madrid, 1889, columnas 738-742. El manuscrito está encuadernado, y en el lomo se lee: "Tineo / Poe/sias"; pero en ningún lugar se lee el nombre completo del autor, de manera que Gallardo no pudo identificarlo.

[22] Lo que puedo decir con toda tranquilidad es que las notas que atañen al *texto* y a las *variantes* son mejores en la presente edición, puesto que MP, como he dicho, no tuvo presentes las ediciones originales de la *Inundación castálida* ni del *Segundo volumen*. — Las notas al *Primero sueño* son un caso especial. Sabemos que sor Juana se propuso imitar a Góngora; pero unas veces lo que señala MP

como reminiscencia gongorina a mí me parece simple coincidencia, y, por el contrario, otras veces yo encuentro reminiscencias no detectadas por MP.

[23] En la "tabla" o índice, al final del volumen, Castorena no dice *efectos*, sino *afectos*.

[24] A. Alatorre, "La *Carta* de sor Juana al P. Núñez", *Nueva Rev. de Fil. Hisp*., vol. 35 (1987), pp. 591-673.

[25] Es notable lo mucho que insiste sor Juana en declarar su amor a Núñez: "padre mío y mi señor", "amado padre mío", persona a quien "con tanta veneración amo y con tanto amor reverencio y estimo", "a quien tanto venero", "por quien tengo suma veneración y filial cariño", etc., etc.: cf. "La *Carta*…", p. 659.

[26] Una de las definiciones de *cuidado*, en el *Dicc. de Autoridades*, es 'la persona a quien se tiene amor', lo cual no se aplica al *cuidado* que emplea aquí sor Juana (y también en los núms. 88 bis:21 y 170:6), ni al de Garcilaso en el soneto "Cuando me paro a contemplar mi estado…": "Sé que me acabo, y más he yo sentido / ver acabar conmigo mi *cuidado*". Se trata más bien de la 'inquietud amorosa', 'amor obsesivo' que alguien tiene en el pecho. En cuanto a *esquivo*, Nebrija lo traduce como *refugus*, *vitabundus* ('huidizo', 'que evita el encuentro de alguien'); el *Dicc. de Autoridades* lo ejemplifica con los versos de Cervantes (epitafio de Grisóstomo, *Quijote*, I, cap. 14): "Murió a manos del rigor / de una *esquiva* hermosa ingrata". Piénsese en el significado del verbo *esquivar*.

[27] Creo que en esto último está la explicación de *bastardo*. En sus primeros tiempos de monja, el amor a las letras avergonzaba a sor Juana a la manera como un hijo bastardo avergüenza a la madre. O sea: no tenía entonces la seguridad que ahora tiene de que su amor a las letras es legítimo, "y aun debido".

[28] Sobre el afán santificador de Castorena, véase A. Alatorre, "Para leer la *Fama y Obras pósthumas*", *Nueva Rev. de Fil. Hisp*., vol. 29 (1980), pp. 428-508, hacia el final (a partir de la p. 494). Basta leer estas palabras suyas en el prólogo de la *Fama* (reproducidas en A. Alatorre, *Sor Juana a través de los siglos*, México, 2007, tomo 1, p. 307): al recibir la reprensión del obispo de Puebla, sor Juana "*luego luego* […] dio de limosna hasta su entendimiento en la venta de sus libros; su precio puso en […] las benditas manos [del arzobispo] Aguiar y Seixas". De hecho, a lo que *luego luego* se dedicó sor Juana fue a meditar muy despacio su *Respuesta* al obispo (y en seguida, a componer muy de prisa el *Epinicio*).

[29] En esta apreciación incluye MP el núm. 58, que es devoto, pero sin nada específicamente "místico".

[30] Se parece a la alusión que hay en la *Respuesta*, líneas 204-210: "… sabe el Señor, y lo sabe en el mundo *quien sólo lo debió saber* […]; no ha salido de mi boca jamás, excepto *para quien debió salir*". Hay otras alusiones, pero más veladas: "…y así, *pese a quien pesare*, / escribo…" (33:5-6), y "En perseguirme, *Mundo*, ¿qué interesas?…", con lo que sigue (núm. 146).

[31] Calleja amalgama en uno los dos casos que menciona sor Juana: el de la prohibición impuesta por "una prelada muy santa y muy cándida" (o sea tontita), que creyó "que el estudio era cosa de Inquisición", y cuyo mando duró, por fortuna, sólo tres meses (*Respuesta*, 736-740), y el de la prohibición de los médicos a causa de un "grave accidente de estómago", hasta que ella les hizo ver que sus cavilaciones a solas, sin libros, "consumían más espíritus ['energías vitales'] en un cuarto de hora que el estudio de los libros en cuatro días" (*Respuesta*, 817-823).

[32] Esta verdad no fue conocida hasta 1926, gracias a Dorothy Schons (a quien MP no quiso escuchar). El padre Calleja, que sólo conoció la versión oficial y "edificante" (a saber, que la venta de la biblioteca fue resultado, y no causa, de la famosa "conversión"), quizá no la creyó del todo; cuenta, ciertamente, lo que le han contado, pero su comentario no se parece al de Castorena (*supra*, nota 28); él dice: "La amargura que más sin estremecer el semblante pasó la madre Juana fue

deshacerse de sus amados libros": heroísmo, sí, pero ¡qué profundidades de significado puede haber en esa palabra, *amargura*! Véase, sobre esto, A. Alatorre y Martha Lilia Tenorio, "Los años finales de sor Juana", apéndice II del libro *Serafina y sor Juana*, El Colegio de México, 1998, pp. 111-139, especialmente 120-127. — Viene muy a propósito el caso de Melchor Pérez de Soto, que de simple albañil ascendió a "obrero mayor" en la construcción de la catedral de México, y que poco a poco reunió una biblioteca de 1,663 títulos; delatado porque algunos eran de "astrología" (Copérnico, por ejemplo), cayó en 1650 en las garras de la Inquisición. En confinamiento solitario, le pedía al carcelero, por el amor de Dios, siquiera uno de sus libros para que le hiciera compañía. En su celda enloqueció de melancolía, y en su celda murió. Véase Manuel Romero de Terreros, *Un bibliófilo en el Santo Oficio*, México, 1924, y un resumen en I. A. Leonard, "The Strange Case of the Curious Book Collector", en su libro *Baroque Times in Old Mexico*, 3ª edición, Ann Arbor, 1971, pp. 85-98.

[33] Martha Lilia Tenorio, "Algo sobre el romance 56 de sor Juana", en el volumen colectivo "*Y diversa de mí misma / entre vuestras plumas ando": Homenaje internacional a sor Juana Inés de la Cruz*, El Colegio de México, 1993, pp. 200-208.

[34] Cf. *Los empeños de una casa*, III, 73-74, donde Leonor, creyendo que Carlos la olvida, se promete seguir amándolo a pesar de todo: "…de mi vida / seré *verdugo* yo mesma". Es notable la coincidencia con "L'Heautontimorouménos" de Baudelaire: "Je suis les membres et la roue, / et la victime et le bourreau".

LÍRICA PERSONAL

1

Prólogo al lector, de la misma autora, que hizo y envió con la prisa que los traslados, obedeciendo al superior mandato de su singular patrona, la excelentísima señora condesa de Paredes, por si viesen la luz pública: a que tenía tan negados sor Juana sus versos, como lo estaba ella a su custodia, pues en su poder apenas se halló borrador alguno.

Esos versos, lector mío,
que a tu deleite consagro,
y sólo tienen de buenos
conocer yo que son malos,
ni disculpártelos quiero
ni quiero recomendarlos,
porque eso fuera querer
hacer de ellos mucho caso.
No agradecido te busco:
pues no debes, bien mirado,
estimar lo que yo nunca
juzgué que fuera a tus manos.
En tu libertad te pongo,
si quisieres censurarlos;
pues de que, al cabo, te estás
en ella, estoy muy al cabo.
No hay cosa más libre què
el entendimiento humano;
pues lo que Dios no violenta,
¿por qué yo he de violentarlo?
Di cuanto quisieres de ellos,
que, cuando más inhumano
me los mordieres, entonces

me quedas más obligado,
pues le debes a mi Musa
el más sazonado plato,
que es el murmurar, según
un adagio cortesano.
Y siempre te sirvo, pues
o te agrado, o no te agrado:
si te agrado, te diviertes;
murmuras, si no te cuadro.
Bien pudiera yo decirte
por disculpa, que no ha dado
lugar para corregirlos
la prisa de los traslados;
que van de diversas letras,
y que algunas, de muchachos,
matan de suerte el sentido,
que es cadáver el vocablo;
y que, cuando los he hecho,
ha sido en el corto espacio
que ferian al ocio làs
precisiones de mi estado;
que tengo poca salud
y continuos embarazos,
tales, que aun diciendo esto,
llevo la pluma trotando.
Pero todo eso no sirve,
pues pensarás que me jacto
de que quizás fueran buenos
a haberlos hecho despacio;
y no quiero que tal creas,
sino sólo que es el darlos
a la luz, tan sólo pòr
obedecer un mandato.

Esto es, si gustas creerlo,
que sobre eso no me mato,
pues al cabo harás lo què
se te pusiere en los cascos.
Y adiós, que esto no es más dè
darte la muestra del paño:
si no te agrada la pieza,
no desenvuelvas el fardo.

1 bis

Dedicatoria [de los Enigmas].

A vuestros ojos se ofrece
este libro, por quedar
ilustrado a tanto sol,
digno de tanta deidad.
Divertiros sólo un rato
es cuanto aspirar podrá,
que fuera mucho emprender
atrevérselo a ocupar.
Como osar para serviros
es cortés temeridad,
defendido en su intención
se consagra a vuestro altar.
Reverente a vuestras plantas,
solicita, en su disfraz,
no daros qué discurrir,
sino sólo qué explicar.
Tan feliz será leído,
que, ufano, dilatará
los instantes de atención
a siglos de vanidad.

Hacerse inmortal procura,
que favor tan celestial
se mide en la estimación
a precios de eternidad.
Todo cuanto incluye en sí
por descifrado lo da,
porque no es yerro en la fe
proponer, sino dudar.
La atención con que se expone
no espera que agradezcáis;
que, en vuestro culto, el creer
empieza por no esperar.
Tan resignado el respeto
a vuestros altares va,
que la primera oblación
es no tener voluntad.
La osadía de atreverse
no pretende disculpar,
que al buscaros, su razón
elevó su indignidad.
Un descuido vuestro pide,
por que, siendo el libro tal,
no quedase la atención
con yerros de ociosidad.
Mucho quiere, pues no ignora
que, por natural piedad,
más cuidado debe al cielo
el descuido que el afán.
Mas ni olvidos ni atenciones
podrá este libro lograr,
porque es de aquéllas indigno
y sois de éstos incapaz.
Como deidades os cree;
pero, al ver vuestra beldad,

como halla más que creer,
se excusa del ignorar.
Tanto infiere que, creyendo
más de lo posible ya,
aun presume que es su fe
menos que su necedad.
Y si, por naturaleza,
cuanto oculta penetráis,
todo lo que es conocer
ya no será adivinar.

2

Acusa la hidropesía de mucha ciencia, que teme inútil aun para saber, y nociva para vivir.

Finjamos que soy feliz,
triste Pensamiento, un rato;
quizá podréis persuadirme,
aunque yo sé lo contrario:
que pues sólo en la aprehensión
dicen que estriban los daños,
si os imagináis dichoso
no seréis tan desdichado.
Sírvame el entendimiento
alguna vez de descanso,
y no siempre esté el ingenio
con el provecho encontrado.
Todo el mundo es opiniones
de pareceres tan varios,
que lo que el uno que es negro,
el otro prueba que es blanco.
A unos sirve de atractivo

lo que otro concibe enfado;
y lo que éste por alivio,
aquél tiene por trabajo.
El que está triste, censura
al alegre de liviano;
y el que está alegre, se burla
de ver al triste penando.
Los dos filósofos griegos
bien esta verdad probaron:
pues lo que en el uno risa,
causaba en el otro llanto.
Célebre su oposición
ha sido por siglos tantos,
sin que cuál acertó, esté
hasta agora averiguado;
antes, en sus dos banderas
el mundo todo alistado,
conforme el humor le dicta,
sigue cada cual el bando.
Uno dice que de risa
sólo es digno el mundo vario;
y otro, que sus infortunios
son sólo para llorados.
Para todo se halla prueba
y razón en que fundarlo;
y no hay razón para nada,
de haber razón para tanto.
Todos son iguales jueces;
y siendo iguales y varios,
no hay quien pueda decidir
cuál es lo más acertado.
Pues, si no hay quien lo sentencie,
¿por qué pensáis vos, errado,

que os cometió Dios a vos
la decisión de los casos?
¿O por qué, contra vos mismo
severamente inhumano,
entre lo amargo y lo dulce
queréis elegir lo amargo?
Si es mío mi entendimiento,
¿por qué siempre he de encontrarlo
tan torpe para el alivio,
tan agudo para el daño?
El discurso es un acero
que sirve por ambos cabos:
de dar muerte, por la punta;
por el pomo, de resguardo.
Si vos, sabiendo el peligro,
queréis por la punta usarlo,
¿qué culpa tiene el acero
del mal uso de la mano?
No es saber, saber hacer
discursos sutiles vanos;
que el saber consiste sólo
en elegir lo más sano.
Especular las desdichas
y examinar los presagios,
sólo sirve de que el mal
crezca con anticiparlo.
En los trabajos futuros,
la atención, sutilizando,
más formidable que el riesgo
suele fingir el amago.
¡Qué feliz es la ignorancia
del que, indoctamente sabio,
halla de lo que padece,
en lo que ignora, sagrado!

No siempre suben seguros
vuelos del ingenio osados,
que buscan trono en el fuego
y hallan sepulcro en el llanto.
También es vicio, el saber,
que, si no se va atajando,
cuanto menos se conoce
es más nocivo el estrago;
y si el vuelo no le abaten,
en sutilezas cebado,
por cuidar de lo curioso
olvida lo necesario.
Si culta mano no impide
crecer al árbol copado,
quita la substancia al fruto
la locura de los ramos.
Si andar a nave ligera
no estorba lastre pesado,
sirve el vuelo de que sea
el precipicio más alto.
En amenidad inútil,
¿qué importa al florido campo,
si no halla fruto el otoño,
que ostente flores el mayo?
¿De qué le sirve al ingenio
el producir muchos partos,
si a la multitud se sigue
el malogro de abortarlos?
Y a esta desdicha, por fuerza
ha de seguirse el fracaso
de quedar, el que produce,
si no muerto, lastimado.
El ingenio es como el fuego:

que, con la materia ingrato,
tanto la consume más
cuanto él se ostenta más claro.
Es de su propio señor
tan rebelado vasallo,
que convierte en sus ofensas
las armas de su resguardo.
Este pésimo ejercicio,
este duro afán pesado,
a los hijos de los hombres
dio Dios para ejercitarlos.
¿Qué loca ambición nos lleva
de nosotros olvidados?
Si es para vivir tan poco,
¿de qué sirve saber tanto?
¡Oh, si como hay de saber,
hubiera algún seminario
o escuela donde a ignorar
se enseñaran los trabajos!
¡Qué felizmente viviera
el que, flojamente cauto,
burlara las amenazas
del influjo de los astros!
Aprendamos a ignorar,
Pensamiento, pues hallamos
que cuanto añado al discurso,
tanto le usurpo a los años.

3

Discurre con ingenuidad ingeniosa sobre la pasión de los celos. Muestra que su desorden es senda única para hallar el amor; y contradice un

problema de don José Montoro, uno de los más célebres poetas de este siglo.

Si es causa amor productiva
de diversidad de afectos,
que, con producirlos todos,
se perficiona a sí mesmo;
y si el uno de los más
naturales son los celos,
¿cómo, sin tenerlos, puede
el amor estar perfecto?
Son ellos, de que hay amor,
el signo más manifiesto,
como la humedad del agua
y como el humo del fuego.
No son, que dicen, de amor
bastardos hijos groseros,
sino legítimos, claros
sucesores de su imperio.
Son crédito y prueba suya;
pues sólo pueden dar ellos
auténticos testimonios
de que es amor verdadero.
Porque la fineza, que es
de ordinario el tesorero
a quien remite las pagas
amor, de sus libramientos,
¿cuántas veces, motivada
de otros impulsos diversos,
ejecuta por de amor
decretos del galanteo?
El cariño ¿cuántas veces,
por dulce entretenimiento

fingiendo quilates, crece
la mitad del justo precio?
¿Y cuántas más el discurso,
por ostentarse discreto,
acredita por de amor
partos del entendimiento?
¿Cuántas veces hemos visto
disfrazada en rendimientos
a la propia conveniencia,
a la tema o al empeño?
Sólo los celos ignoran
fábricas de fingimientos:
que, como son locos, tienen
propiedad de verdaderos;
los gritos que ellos dan, son,
sin dictamen de su dueño,
no ilaciones del discurso
sino abortos del tormento;
como de razón carecen,
carecen del instrumento
de fingir, que aquesto sólo
es en lo irracional bueno.
Desbocados ejercitan
contra sí el furor violento;
y no hay quien quiera en su daño
mentir, sino en su provecho.
Del frenético que, fuera
de su natural acuerdo,
se despedaza, no hay quien
juzgue que finge el extremo.
En prueba de esta verdad
mírense cuántos ejemplos
en bibliotecas de siglos

guarda el archivo del tiempo:
a Dido fingió el troyano,
mintió a Arïadna Teseo,
ofendió a Minos Pasife,
y engañaba a Marte Venus;
Semíramis mató a Nino,
Elena deshonró al griego,
Jasón agravió a Medea,
y dejó a Olimpia Bireno;
Bersabé engañaba a Urías,
Dálida al caudillo hebreo,
Jael a Sísara horrible,
Judit a Holofernes fiero.
Éstos y otros que mostraban
tener amor sin tenerlo,
todos fingieron amor,
mas ninguno fingió celos,
porque aquél puede fingirse
con otro color, mas éstos
son la prueba del amor
y la prueba de sí mesmos.
Si ellos no tienen más padre
que el amor, luego son ellos
sus más naturales hijos
y más legítimos deudos.
Las demás demostraciones,
por más que finas las vemos,
pueden no mirar a amor
sino a otros varios respectos.
Ellos solos se han con él
como la causa y efecto.
¿Hay celos? luego hay amor;
¿hay amor? luego habrá celos.

De la fiebre ardiente suya
son el delirio más cierto;
que, como están sin sentido,
publican lo más secreto.
El que no los siente, amando,
del indicio más pequeño,
en tranquilidad de tibio
goza bonanzas de necio:
que asegurarse en las dichas
solamente puede hacerlo
la villana confïanza
del propio merecimiento.
Bien sé que tal vez, furiosos,
suelen pasar, desatentos,
a profanar de lo amado
osadamente el respeto;
mas no es esto esencia suya,
sino un accidente anexo
que tal vez los acompaña
y tal vez deja de hacerlo.
Mas doy que siempre: aún debiera
el más soberano objeto,
por la prueba de lo fino,
perdonarles lo grosero.
Mas no es, vuelvo a repetir,
preciso que el pensamiento
pase a ofender del decoro
los sagrados privilegios.
Para tener celos basta
sólo el temor de tenerlos;
que ya está sintiendo el daño
quien está temiendo el riesgo.
Temer yo que haya quien quiera
festejar a quien festejo,

aspirar a mi fortuna
y solicitar mi empleo,
no es ofender lo que adoro;
antes, es un alto aprecio
de pensar que deben todos
adorar lo que yo quiero.
Y éste es un dolor preciso,
por más que divino el dueño
asegure en confïanzas
prerrogativas de exento.
Decir que éste no es cuidado
que llegue a desasosiego,
podrá decirlo la boca
mas no comprobarlo el pecho.
Persuadirme a que es lisonja
amar lo que yo apetezco,
aprobarme la elección
y calificar mi empleo,
a quien tal tiene a lisonja
nunca le falte este obsequio:
que yo juzgo que aquí sólo
son duros los lisonjeros;
pues sólo fuera, a poder
contenerse estos afectos
en la línea del aplauso
o en el coto del cortejo.
¿Pero quién con tal medida
les podrá tener el freno,
que no rompan, desbocados,
el alacrán del consejo?
Y aunque ellos en sí no pasen
el término de lo cuerdo,
¿quién lo podrá persuadir
a quien los mira con miedo?

Aplaudir lo que yo estimo,
bien puede ser sin intento
segundo; mas ¿quién podrá
tener mis temores quedos?
Quien tiene enemigos, suelen
decir que no tenga sueño;
pues ¿cómo ha de sosegarse
el que los tiene tan ciertos?
Quien en frontera enemiga
descuidado ocupa el lecho,
sólo parece que quiere
ser, del contrario, trofeo.
Aunque inaccesible sea
el blanco, si los flecheros
son muchos, ¿quién asegura
que alguno no tenga acierto?
Quien se alienta a competirme,
aun en menores empeños,
es un dogal que compone
mis ahogos de su aliento.
Pues ¿qué será el que pretende
excederme los afectos,
mejorarme las finezas
y aventajar los deseos,
quien quiere usurpar mis dichas,
quien quiere ganarme el premio,
y quien en galas del alma
quiere quedar más bien puesto,
quien para su exaltación
procura mi abatimiento,
y quiere comprar sus glorias
a costa de mis desprecios,
quien pretende, con los suyos,

deslucir mis sentimientos,
que en los desaires del alma
es el más sensible duelo?
Al que este dolor no llega
al más reservado seno
del alma, apueste insensibles
competencias con el hielo.
La confïanza ha de ser
con proporcionado medio:
que deje de ser modestia
sin pasar a ser despego.
El que es discreto, a quien ama
le ha de mostrar que el recelo
lo tiene en la voluntad
y no en el entendimiento.
Un desconfïar de sí
y un estar siempre temiendo
que podrá exceder al mío
cualquiera mérito ajeno;
un temer que la Fortuna
podrá, con airado ceño,
despojarme por indigno
del favor que no merezco,
no sólo no ofende, antes
es el esmalte más bello
que a las joyas de lo fino
les puede dar lo discreto.
Y aunque algo exceda la queja,
nunca queda mal, supuesto
que es gala de lo sentido
exceder de lo modesto.
Lo atrevido en un celoso,
lo irracional y lo terco,

prueba es de amor que merece
la beca de su colegio.
Y aunque muestre que se ofende,
yo sé que por allá dentro
no le pesa a la más alta
de mirar tales extremos.
La más airada deidad
al celoso más grosero
le está aceptando servicios
los que riñe atrevimientos.
La que se queja oprimida
del natural más estrecho,
hace ostentación de amada
el que parece lamento.
De la triunfante hermosura
tiran el carro soberbio
el desdichado, con quejas,
y el celoso, con despechos.
Uno de sus sacrificios
es este dolor acerbo,
y ella, ambiciosa, no quiere
nunca tener uno menos.
¡Oh doctísimo Montoro,
asombro de nuestros tiempos,
injuria de los Virgilios,
afrenta de los Homeros!
Cuando de amor prescindiste
este inseparable afecto
—precisión que sólo pudo
formarla tu entendimiento—,
bien se ve que sólo fue
la empresa de tus talentos
el probar lo más difícil,
no persuadir a creerlo.

Al modo que aquellos què
sutilmente defendieron
que de la nube los ampos
se visten de color negro,
de tu sutileza fue
airoso, galán empeño,
sofística bizarría
de tu soberano ingenio.
Probar lo que no es probable,
bien se ve que fue el intento
tuyo; porque lo evidente
probado se estaba ello.
Acudistes al partido
que hallastes más indefenso
y a la opinión desvalida
ayudaste, caballero.
Éste fue tu fin; y así,
debajo de este supuesto,
no es ésta ni puede ser
réplica de tu argumento,
sino sólo una obediencia
mandada de gusto ajeno,
cuya insinuación en mí
tiene fuerza de precepto.
Confieso que de mejor
gana siguiera mi genio
el extravagante rumbo
de tu no hollado sendero.
Pero, sobre ser difícil,
inaccesible lo has hecho;
pues el mayor imposible
fuera ir en tu seguimiento.
Rumbo que estrenan las alas

de tu remontado vuelo,
aun determinado al daño,
no lo intentara un despecho.
La opinión que yo quería
seguir, seguiste primero;
dísteme celos, y tuve
la contraria con tenerlos.
Con razón se reservó
tanto asunto a tanto ingenio;
que a fuerzas sólo de Atlante
fía la esfera su peso.
Tenla, pues, que si consigues
persuadirla al universo,
colgará el género humano
sus cadenas en tu templo.
No habrá quejosos de amor,
y en sus dulces prisioneros
serán las cadenas oro,
y no dorados los hierros;
será la sospecha inútil,
estará ocioso el recelo,
desterraráse el indicio
y perderá el ser el miedo;
todo será dicha, todo
felicidad y contento,
todo venturas; y en fin,
pasará el mundo a ser cielo.
Deberánle los mortales
a tu valeroso esfuerzo
la más dulce libertad
del más duro cautiverio.
Mucho te deberán todos;
y yo, más que todos, debo

las discretas instrucciones
a las luces de tus versos.
Dalos a la estampa porque
en caracteres eternos
viva tu nombre y con él
se extienda al común provecho.

4

Que resuelve con ingenuidad sobre [el] problema entre las instancias de la obligación y el afecto.

Supuesto, discurso mío,
que gozáis en todo el orbe,
entre aplausos de entendido,
de agudo veneraciones,
mostradlo en el duro empeño
en que mis ansias os ponen,
dando salida a mis dudas,
dando aliento a mis temores.
Empeño vuestro es el mío;
mirad que será desorden
ser en causa ajena, agudo,
y en la vuestra propia, torpe.
Ved que es querer que, las causas
con efectos desconformes,
nieves el fuego congele,
que la nieve llamas brote.
Manda la razón de estado
que, atendiendo a obligaciones,
las partes de Fabio olvide,
las prendas de Silvio adore;
o que, al menos, si no puedo

vencer tan fuertes pasiones,
cenizas de disimulo
cubran amantes ardores:
que vano disfraz las juzgo,
pues harán, cuando más obren,
que no se mire la llama,
no que el ardor no se note.
¿Cómo podré yo mostrarme,
entre estas contradiciones,
a quien no quiero, de cera;
a quien adoro, de bronce?
¿Cómo el corazón podrá,
cómo sabrá el labio torpe
fingir halago, olvidando;
mentir, amando, rigores?
¿Cómo sufrir, abatido
entre tan bajas ficciones,
que lo desmienta la boca
podrá un corazón tan noble?
¿Y cómo podrá la boca,
cuando el corazón se enoje,
fingir cariños, faltando
quien le ministre razones?
¿Podrá mi noble altivez
consentir que mis acciones
de nieve y de fuego, sirvan
de ser fábula del orbe?
Y yo doy que tanta dicha
tenga, que todos lo ignoren;
¿para pasar la vergüenza
no basta que a mí me conste?
Que aquesto es razón me dicen
los que la razón conocen;
pues ¿cómo la razón puede

forjarse de sinrazones?
¿Qué te costaba, Hado impío,
dar, al repartir tus dones,
o los méritos a Fabio
o a Silvio las perfecciones?
Dicha y desdicha de entrambos
la suerte les descompone,
con que el uno su desdicha
y el otro su dicha ignore.
¿Quién ha visto que tan varia
la fortuna se equivoque,
y que el dichoso padezca
por que el infelice goce?
No me convence el ejemplo
que en el Mongibelo ponen,
que en él es natural gala
y en mí voluntad disforme;
y resistir el combate
de tan encontrados golpes,
no cabe en lo sensitivo
y puede sufrirlo un monte.
¡Oh vil arte, cuyas reglas
tanto a la razón se oponen,
que para que se ejecuten
es menester que se ignoren!
¿Qué hace en adorarme Silvio?
Cuando más fino blasone,
¿quererme es más que seguir
de su inclinación el norte?
Gustoso vive en su empleo
sin que disgustos le estorben.
¿Pues qué vence, si no vence
por mí sus inclinaciones?
¿Qué víctima sacrifica,

qué incienso en mis aras pone,
si cambia sus rendimientos
al precio de mis favores?
Más hago yo, pues no hay duda
que hace finezas mayores,
que el que voluntario ruega,
quien violenta corresponde,
porque aquél sigue obediente
de su estrella el curso dócil,
y ésta contra la corriente
de su destino se opone.
Él es libre para amarme,
aunque a otra su amor provoque;
¿y no tendré yo la misma
libertad en mis acciones?
Si él resistirse no puede,
su incendio mi incendio abone.
Violencia que a él le sujeta
¿qué mucho que a mí me postre?
¿No es rigor, no es tiranía,
siendo iguales las pasiones,
no poder él reportarse
y querer que me reporte?
Quererle porque él me quiere,
no es justo que amor se nombre;
que no ama quien para amar
el ser amado supone.
No es amor correspondencia;
causas tiene superiores:
que las concilian los astros
o la engendran perfecciones.
Quien ama porque es querida,
sin otro impulso más noble,

desprecia el amante y ama
sus propias adoraciones.
Del humo del sacrificio
quiere los vanos honores,
sin mirar si al oferente
hay méritos que le adornen.
Ser potencia y ser objeto
a toda razón se opone,
porque era ejercer en sí
sus propias operaciones.
A parte rei se distingue
el objeto que conoce;
y lo amable, no lo amante,
es blanco de sus arpones.
Amor no busca la paga
de voluntades conformes,
que tan bajo interés fuera
indigna usura en los dioses.
No hay cualidad que en él pueda
imprimir alteraciones
del hielo de los desdenes,
del fuego de los favores.
Su ser es inaccesible
al discurso de los hombres,
que aunque el efecto se sienta,
la esencia no se conoce.
Y en fin, cuando en mi favor
no hubiera tantas razones,
mi voluntad es de Fabio;
Silvio y el mundo perdone.

En que cultamente expresa menos aversión de la que afectaba un enojo.

Si el desamor o el enojo
satisfaciones admiten,
y si tal vez los rigores
de urbanidades se visten,
escucha, Fabio, mis males,
cuyo dolor, si se mide,
aun el mismo padecerlo
no lo sabrá hacer creíble.
Oye mi altivez postrada;
porque son incompatibles
un pundonor que se ostente
con un amor que se humille.
Escucha de mis afectos
las tiernas voces humildes,
que en enfáticas razones
dicen más de lo que dicen:
que si después de escucharme,
rigor en tu pecho asiste,
informaciones de bronce
te acreditan de insensible.
No amarte tuve propuesto;
mas proponer ¿de qué sirve,
si a persuasiones Sirenas
no hay propósitos Ulises?:
pues es, aunque se prevenga,
en las amorosas lides,
el Griego, menos prudente,
y más engañosa Circe.
¿Ni qué importa que, en un pecho
donde la pasión reside,
se resista la razón,
si la voluntad se rinde?

En fin, me rendí. ¿Qué mucho,
si mis errores conciben
la esclavitud como gloria,
y como pensión lo libre?
Aun en mitad de mi enojo
estuvo mi amor tan firme,
que a pesar de mis alientos,
aunque no quise, te quise.
Pensé desatar el lazo
que mi libertad oprime,
y fue apretar la lazada
el intentar desasirme.
Si de tus méritos nace
esta pasión que me aflige,
¿cómo el efecto podrá
cesar, si la causa existe?
¿Quién no admira que el olvido
tan poco del amor diste,
que quien camina al primero,
al segundo se avecine?
No, pues, permitas, mi Fabio,
si en ti el mismo afecto vive,
que un leve enojo blasone
contra un amor invencible.
No hagas que un amor dichoso
se vuelva en efecto triste,
ni que las aras de Anteros
a Cupido se dediquen;
deja que nuestras dos almas,
pues un mismo amor las rige,
teniendo la unión en poco,
amantes se identifiquen.
Un espíritu amoroso

nuestras dos vidas anime,
y Láquesis, al formarlas,
de un solo copo las hile.
Nuestros dos conformes pechos
con sola una aura respiren;
un destino nos gobierne
y una inclinación nos guíe.
Y en fin, a pesar del tiempo,
pase nuestro amor felice
de las puertas de la Parca
unidad indivisible,
donde, siempre amantes formas,
nuestro eterno amor envidien
los Leandros y las Heros,
los Píramos y las Tisbes.

6

Romance con que, en sentidos afectos, prelude al dolor de una ausencia.

Ya que para despedirme,
dulce idolatrado dueño,
ni me da licencia el llanto
ni me da lugar el tiempo,
háblente los tristes rasgos,
entre lastimosos ecos,
de mi triste pluma, nunca
con más justa causa negros;
y aun ésta te hablará torpe
con las lágrimas que vierto,
porque va borrando el agua
lo que va dictando el fuego.
Hablar me impiden mis ojos;

y es que se anticipan ellos,
viendo lo que he de decirte,
a decírtelo primero.
Oye la elocuencia muda
que hay en mi dolor, sirviendo
los suspiros, de palabras,
las lágrimas, de conceptos.
Mira la fiera borrasca
que pasa en el mar del pecho,
donde zozobran, turbados,
mis confusos pensamientos;
mira cómo ya el vivir
me sirve de afán grosero;
que se avergüenza la vida
de durarme tanto tiempo;
mira la muerte, que esquiva
huye porque la deseo;
que aun la muerte, si es buscada,
se quiere subir de precio;
mira cómo el cuerpo amante,
rendido a tanto tormento,
siendo en lo demás cadáver,
sólo en el sentir es cuerpo;
mira cómo el alma misma
aun teme, en su ser exento,
que quiera el dolor violar
la inmunidad de lo eterno.
En lágrimas y suspiros
alma y corazón a un tiempo,
aquél se convierte en agua,
y ésta se resuelve en viento.
Ya no me sirve de vida
esta vida que poseo,
sino de condición sola

necesaria al sentimiento.
Mas ¿por qué gasto razones
en contar mi pena, y dejo
de decir lo que es preciso,
por decir lo que estás viendo?
En fin, te vas. ¡Ay de mí!
Dudosamente lo pienso:
pues si es verdad, no estoy viva,
y si viva, no lo creo.
¿Posible es que ha de haber día
tan infausto, tan funesto,
en que sin ver yo las tuyas
esparza sus luces Febo?
¿Posible es que ha de llegar
el rigor a tan severo,
que no ha de darle tu vista
a mis pesares aliento,
que no he de ver tu semblante,
que no he de escuchar tus ecos,
que no he de gozar tus brazos
ni me ha de animar tu aliento?
¡Ay, mi bien! ¡Ay, prenda mía,
dulce fin de mis deseos!
¿Por qué me llevas el alma,
dejándome el sentimiento?
Mira que es contradición
que no cabe en un sujeto,
tanta muerte en una vida,
tanto dolor en un muerto.
Mas ya que es preciso (¡ay, triste!),
en mi infelice suceso,
ni vivir con la esperanza
ni morir con el tormento,

dame algún consuelo tú
en el dolor que padezco;
y quien en el suyo muere,
viva siquiera en tu pecho.
No te olvides que te adoro,
y sírvante de recuerdo
las finezas que me debes,
si no las prendas que tengo.
Acuérdate que mi amor,
haciendo gala del riesgo,
sólo por atropellarlo
se alegraba de tenerlo.
Y si mi amor no es bastante,
el tuyo mismo te acuerdo,
que no es poco empeño haber
empezado ya en empeño.
Acuérdate, señor mío,
de tus nobles juramentos;
y lo que juró tu boca
no lo desmientan tus hechos.
Y perdona si en temer
mi agravio, mi bien, te ofendo,
que no es dolor, el dolor
que se contiene en lo atento.
Y adiós; que, con el ahogo
que me embarga los alientos,
ni sé ya lo que te digo
ni lo que te escribo leo.

7

Escribiendo a un caballero que decía tener el alma de nieve.

Allá va, Julio de Enero,
ese papel, no a tus manos,
al alma sí, que si es nieve,
será de mis tiros blanco;
arma de loriga el pecho,
anima aliento bizarro,
y a puntas de mis desdenes
marmóreos prevén reparos;
dilata del corazón
los senos más reservados,
y en inútiles defensas
dobla a mi valor el lauro.
Arma el alma de cordura,
de sufrimiento el cuidado,
de reflejas lo atrevido
y de prudencia lo vano:
que no bastará a librarte
de mi desdén irritado,
ni las defensas del pecho
ni los esfuerzos del brazo,
pues llevo para rendirte,
por ministros del estrago,
enojo que brota furias,
desdén que graniza rayos.
Yo, que a la deidad montera
crezco el desdeñoso bando,
a quien en desdén excedo,
si en hermosura no igualo;
yo, que en diamantino pecho
guardo un corazón de mármol,
que aun en los tardos latidos
da escasas señas de humano;
yo, que en la tabla del tiempo
ejemplos mirando tantos,

hago resguardo presente
los infortunios pasados;
yo, a cuyos duros rigores,
a cuyo desdén helado,
templa sus ardores Venus,
afloja Cupido el arco:
a ti, que de mi despego
pretendes ser el retrato,
sin advertir lo que dista
lo vivo de lo pintado,
quizá porque así pretendes,
sagazmente temerario,
hacer a la semejanza
tercera del agasajo,
porque tal vez en el mundo
hay caprichos tan extraños,
que conceden al desprecio
lo que al amor le negaron.
¡Oh discurso irracional!
¡Que quepa en pechos humanos
lo que al examen de un bruto
sale siempre condenado!
¿Qué fiera la más furiosa,
terror del mundo y del campo,
si la sujeta la fuerza,
no la domestica el trato?
Si debí tan mal concepto,
Julio, a tu sentir errado,
a costa de tus desprecios
comprarás el desengaño.
Lo que es razón no es capricho;
no es delito lo alentado;
no es injusticia lo altivo
ni es culpa lo que es recato.

Si por que el amor se ofenda
intentas disimularlo,
será doblada la ofensa:
por amor y por engaño;
que no es acertada enmienda,
en términos cortesanos,
indiciarse de grosero
por eximirse de honrado.
Si el amor por sí es plebeyo,
no es medio proporcionado
querer que parezca noble
con un disfraz tan villano;
y más, habiendo delitos
de afectos tan encontrados,
que, aunque es delito el hacerlos,
es pundonor sustentarlos.
Que, ya una vez proferidos
insultos enamorados,
mejor que lo arrepentido
suele quedar lo obstinado;
demás que, si sé tu amor,
¿qué importa que tus cuidados
los pronuncies como risa
si los oigo como llanto?
Varias denominaciones
a una misma cosa hallamos,
sin que la substancia inmute
lo exterior de los vocablos;
y así en tu dolor será,
cuando muestras desenfado,
mudar el nombre a la queja,
mas no mejorar el daño.
Si el fin que lleva tu industria

es de conseguir mi agrado,
malograrás ofendiendo
lo que no alcanzaste amando.
Deja la imposible empresa
si no quieres, temerario,
que se rematen castigos
los que avisos empezaron.
Ya, Julio, te he visto el juego;
juega limpio y habla claro:
no me vistas la fineza
con apariencias de agravio.
Que antes que Amor en mi pecho
el cetro empuñe tirano,
fuente me verá su fuego,
laurel me hallarán sus rayos:
que aunque es verdad que castigo
del desdén parece casto,
vencedor tronco ser quiero,
más que vencida ser astro.

8

Letra para cantar.

Hirió blandamente el aire
con su dulce voz Narcisa,
y él le repitió los ecos
por bocas de las heridas.
De los celestiales ejes
el rápido curso fija,
y en los elementos cesa
la discordia nunca unida.
Al dulce imán de su voz

quisieran, por asistirla,
firmamento ser el móvil,
el sol ser estrella fija.
Tan bella, sobre canora,
que el Amor, dudoso, admira
si se deben sus arpones
a sus ecos, o a su vista:
porque tan confusamente
hiere, que no se averigua
si está en la voz la hermosura,
o en los ojos la armonía.
Homicidas sus facciones
el mortal cambio ejercitan:
voces que alternan los ojos,
rayos que el labio fulmina.
¿Quién podrá vivir seguro,
si su hermosura divina
con los ojos y las voces
duplicadas armas vibra?
El mar la admira sirena
y, con sus marinas ninfas,
le da en lenguas de las aguas
alabanzas cristalinas.
Pero Fabio, que es el blanco
adonde las flechas tira,
así le dijo, culpando
de superfluas sus heridas:
“¡No dupliques las armas,
bella homicida,
que está ociosa la muerte
donde no hay vida!”

Otra letra.

Afuera, afuera, ansias mías;
no el respeto os embarace:
que es lisonja de la pena
perder el miedo a los males.
Salga el dolor a las voces
si quiere mostrar lo grande,
y acredite lo insufrible
con no poder ocultarse.
Salgan signos a la boca
de lo que el corazón arde,
que nadie creerá el incendio
si el humo no da señales.
No a impedir el grito sea
el miramiento bastante;
que no es muy valiente el preso
que no quebranta la cárcel.
El que su cuidado estima,
sus sentimientos no calle;
que es agravio del motivo
no hacer del dolor alarde.
Mayor es, que yo, mi pena;
y esto supuesto, más fácil
será que ella a mí me venza,
que no que yo en ella mande.

10

Otra letra.

Seguro me juzga Gila
porque no la pido celos,

cuando el no pedirlos es
indicio de que los tengo.
Vela mi sospecha; y cuando
más padezco en mi silencio,
me quita el dolor el habla
y ella piensa que es el sueño.
Mis agravios disimulo,
temiendo su rompimiento,
con que en mi boca es mordaza
lo que en ella juzgo freno.
Pérdida de mi caudal
es su amoroso comercio,
pues lo que me cuesta más
me lo paga a menos precio.
Pierdo con su compañía,
pues, siendo el trato uno mesmo,
pasa ella los contrabandos,
y yo los indultos debo.
En fin, yo muero callando,
y ella juzga que en mi pecho
le debe a mi confïanza
los obsequios de mi miedo.

11

Pide, con discreta piedad, al señor arzobispo de México el sacramento de la confirmación.

Ilustrísimo don Payo,
amado prelado mío;
y advertid, señor, que es dè
posesión el genitivo:
que aunque ser tan propietaria

no os parezca muy bien visto,
si no lo tenéis a bien,
de mí está muy bien tenido.
Mío os llamo, tan sin riesgo,
que al eco de repetirlo,
tengo yo de los ratones
el convento todo limpio.
Que ser liberal de vos,
cuando sois de amor tan digno,
es grande magnificencia
que hacia los otros envidio;
y yo, entre aquestos extremos,
confieso que más me inclino
a una avaricia amorosa
que a un pródigo desperdicio.
¿Mas dónde, señor, me lleva
tan ciego el afecto mío,
que tan fuera del intento
mis afectos os explico?
¡Oh, qué linda copla hurtara,
para enhebrar aquí el hilo,
si no hubierais vos, señor,
a Pantaleón leído!
Mas vamos, señor, al caso,
como Dios fuere servido.
Ya os asesto el memorial;
quiera Dios que acierte el tiro:
Yo, señor (ya lo sabéis),
he pasado un tabardillo,
que me lo dio Dios, y què
Dios me lo haya recibido;
donde con las critiqueces
de sus términos impíos,
a ardor extraño cedía

débil el calor nativo.
Los instrumentos vitales
cesaban ya en su ejercicio;
ocioso el copo en Laquesis,
el huso en Cloto baldío.
Átropos sola, inminente
con el golpe ejecutivo,
del frágil humano estambre
cercenaba el débil hilo.
De aquella fatal tijera
sonaban a mis oídos,
opuestamente hermanados,
los inexorables filos.
En fin, vino Dios a verme;
y aunque es un susto muy fino
(lo que es para mí), mayor
el irlo a ver se me hizo.
Esperaba la guadaña,
todo temor los sentidos,
todo confusión el alma,
todo inquietud el juïcio.
Queriendo ajustar de priesa
lo que a espacio he cometido,
repasaba aquellas cuentas
que tan sin cuenta he corrido.
Y cuando pensé que ya,
según quimeras de Ovidio,
embarcada en el Leteo
registraba los abismos,
del Can trifauce escuchaba
los resonantes ladridos,
benignos siempre al que llega,
duros siempre al fugitivo;

allí miraba penantes
los espíritus precitos,
que el Orco, siempre tremendo,
pueblan de varios suspiros;
la Vejez, el Sueño, el Llanto,
que adornan el atrio impío,
miré, según elegante
nos lo describe Virgilio.
Cuál, el deleznable canto
sube por el monte altivo;
cuál, en la peña sentado,
hace el descanso suplicio;
a cuál, el manjar verdugo,
para darle más castigo,
provocándole el deseo,
le burlaba el apetito;
cuál, de una ave carnicera
al imperio sometido,
inacabable alimento
es de insaciable ministro;
las atrevidas hermanas,
en pena del homicidio,
con vano afán intentaban
agotar el Lago Estigio.
Otras mil sombras miraba
con exquisitos martirios;
y a mejor librar, señor,
pisaba Campos Elíseos.
Pero, según las verdades
que con la fe recibimos,
miraba del purgatorio
el duro asignado sitio.
De la divina justicia

admiraba allí lo activo,
que ella solamente suple
cordel, verdugo y cuchillos;
lastimábame el rigor
con que los fieros ministros
atormentaban las almas,
duramente vengativos;
miraba la proporción
de tormentos exquisitos,
con que se purgan las deudas
con orden distributivo;
miraba cómo hacer sabe
de las penas lo intensivo,
desmentido ras del tiempo,
juzgar los instantes siglos.
Y volviendo de mis culpas
a hacer la cuenta conmigo,
hallé que ninguna pena
les sobraba a mis delitos;
antes bien, para mis culpas,
dignas de eterno suplicio,
por temporales pudieran
parecerles paraíso.
Aquí, sin aliento el alma,
aquí, desmayado el brío,
el perdón, que no merezco,
pedí con mentales gritos.
El Dios de piedad, entonces,
aquel Criador infinito
cuya voluntad fecunda
todo de nada lo hizo,
concediéndose a los ruegos
y a los piadosos suspiros,
o lo que es más, de su cuerpo

al sagrado sacrificio,
del violento ardiente azote
alzó piadoso el castigo,
que movió como recuerdo
y conozco beneficio;
y con aquel vital soplo,
con aquel aliento vivo,
dio segunda vida a este
casi inanimado limo.
En efecto, quedo ya
mejor, a vuestro servicio,
con más salud que merezco,
más buena que nunca he sido.
Diréis que por qué os refiero
accidentes tan prolijos,
y me pongo a contar males
cuando bienes solicito.
No voy muy descaminada;
escuchad, señor, os pido:
que en escuchar un informe
consiste un recto juïcio.
Sabed que cuando yo estaba
entre aquellos parasismos
y últimos casi desmayos
que os tengo ya referido,
me daba gran desconsuelo
ver que a tan largo camino,
sin todos mis sacramentos
fuese en años tan crecidos.
Que ya vos sabéis que aquel
que se le sigue al bautismo,
me falta (con perdón vuestro,
que me corro de decirlo).
Porque como a los señores

mexicanos arzobispos
viene tan a espacio el palio,
con tanta prisa pedido;
viendo que de él carecían
iguales, grandes y chicos,
cada uno trató en la fe
de confirmarse a sí mismo.
Y así, señor (no os enoje),
humildemente os suplico
me asentéis muy bien la mano;
mirad que lo necesito.
Sacudidme un bofetón
de esos sagrados armiños,
que me resuene en el alma
la gracia de su sonido;
dadme, por un solo Dios,
el sacramento que os pido;
y si no queréis por solo,
dádmelo por uno y trino;
mirad que es, de no tenerlo,
mi sentimiento tan vivo,
que de no estar confirmada
pienso que me desbautizo.
No os pido que vengáis luego,
que eso fuera desatino
que con razón mereciera
vuestro enojo y mi castigo:
que bien sé que ocupaciones
de negocios más precisos
os usurpan del descanso
el más necesario alivio;
sino que, pues de elecciones
casi está el tiempo cumplido,
entonces, señor, hagáis

dos mandatos de un avío.
Así, príncipe preclaro,
vuestros méritos altivos
adorne gloriosamente
el cayado pontificio.
Si yo os viera padre santo,
tener, sacro vice-Cristo,
del universal rebaño
el soberano dominio,
diera saltos de contento,
aunque éste es un regocijo
de maromero, que ha hecho
señal de placer los brincos.
Fuera a veros al instante:
que, aunque encerrada me miro,
con las llaves de san Pedro
no nos faltara postigo.
Y así, no penséis, señor,
que de estimaros me olvido
las licencias que en mi achaque
concedisteis tan propicio:
que a tan divinos favores,
con mi propia sangre escritos,
les doy, grabados en él,
el corazón por archivo.
Perdonad que, con el gusto
de que os hablo, no he advertido
que habréis para otros negocios
menester vuestros oídos.
Y a Dios, que os guarde, señor,
mientras al mismo le pido
que os ponga en el pie una cruz
de las muchas del oficio.

12

En elogio de una obra del excelentísimo señor don fray Payo de Ribera, arzobispo y virrey de México.

Cándido pastor sagrado,
a cuyo divino pulso
cayado, bastón y pluma
deben soberano influjo,
tan sin estorbo entre sí,
que ejercitáis cada uno
como solo, en el acierto,
y en el lucir, como muchos.
Vos, a quien divina Musa,
para altos misterios suyos,
numen infundió sagrado,
dorado cálamo puso,
que en siempre lucidos rasgos,
del instante más oculto,
en caracteres de estrellas
conceptos de luz produjo;
cuyos aquilinos ojos,
cuyo perspicaz estudio,
bebe de la teología
los átomos más menudos.
No así la trompa de Mantua,
con aparato sañudo,
de la valiente Camila
pintó el fabuloso triunfo;
no así en ella equivocó
lo tierno con lo robusto,
lo valiente con lo hermoso,
lo bello con lo membrudo;

no la pinta tan bizarra
embrazar el fuerte escudo,
blandir la sangrienta lanza,
descargar el golpe duro,
como vos, de la que viste
el planeta rubicundo,
desde su primer instante
pintáis el valor más puro.
Mas ¿qué mucho le excedieseis?
Si en los méritos presumo
que distan los escritores
tanto como los asuntos,
de lo divino a lo humano
la distancia conjeturo
de la que hace vuestra pluma
al lisonjero de Augusto.
Vivid, y siempre vivid
aplaudido: que no es mucho,
si os es deudor todo un cielo,
que os aplauda todo un mundo.

13

En cumplimiento de años del señor marqués de la Laguna, virrey de México, gran mecenas de la poetisa, le escribe este romance.

Grande marqués, mi señor,
a cuyas plantas consagro
un osado afecto, pues
procura subir tan alto:
Hoy es el día feliz
en que vuestra edad ha dado
al orbe de vuestras glorias

tantos círculos de rayos;
hoy, a vuestro nacimiento,
en los archivos del año,
eterno pórfido sella,
conserva puro alabastro;
hoy, contra el orden del tiempo,
tienen, por bien empleados,
privilegios de presentes
los años que ya pasaron;
hoy, del cielo de Medina
en el oriente más claro,
en cuna de luz, os dieron
alta progenie los astros;
hoy vuestros años, por vuestros,
logran, en dichoso espacio,
exenciones de mayores,
sin pensiones de más largos;
hoy la cuantidad del tiempo
blasona que se estrecharon
las glorias de vuestros hechos
a su curso limitado;
hoy, hasta el nombre feliz
vuestro, en su significado,
se valió de lo plural
para poder explicaros,
pues llamándoos Tomás, que es
gemellus, quiso, acertado,
que no se llame como uno
el que ha de valer por tantos;
hoy, en fin, mi afecto humilde,
vuestros años celebrando,
los futuros os desea
y os admira los pasados.

Vivid lo que merecéis,
para que en eterno espacio
la arismética os regule
por los méritos los años;
el gusto y el tiempo en vos,
contrariamente hermanados,
os finja ligero el gusto
el vuelo del tiempo tardo;
vuestros humores procedan
con modo tan regulado,
que en la acción y la pasión
no den ni reciban daño;
próvida Naturaleza,
aquel intenso cuidado
que para formaros puso,
ponga ahora en conservaros;
humildes los elementos,
a vuestros pies humillados,
lo que en inclemencias suelen,
os tributen en halagos;
del sol obsequioso os sirvan
los resplandores templados;
que quien nació entre laureles,
mal puede temer los rayos:
que si a la edad los egipcios
(según quiere Plinio y Marco
Varrón) por el corazón
regulaban el tamaño,
si así regulan los vuestros,
quedaréis eternizado,
señor, si a tanta grandeza
han de igualarse los años.
Pero si al lado, señor,
de aquel divino milagro

de quien estrellas el cielo
y flores aprende el mayo
(mi señora la marquesa,
en quien ya se conformaron
el cielo espirando aromas,
vibrando luces el prado),
estáis, ¿qué mucho será
que, el privilegio gozando
de que vivís en el cielo,
obtengáis de eterno el lauro?
Vivid en su dulce unión
dichosamente, logrando
en tan feliz himeneo
la ventura de lograrlo.

14

En frase más doméstica, no menos culta, escribe al señor virrey marqués de la Laguna, el mismo asunto que en otro.

El daros, señor, los años,
sólo es dádiva de Dios;
Él os los dé, ya que sólo
puedo pedírselos yo.
Yo no tengo años que daros,
y sabe el Cielo, señor,
que a podéroslos yo dar,
no fuera sólo un millón;
ni sé que haya quien los venda;
que aunque sé de más de dos
que quisieran no tenerlos,
que quieran venderlos, no.
Si yo fuera tan feliz

que consiguiera aquel don
que a la sibila cumana
hizo el encendido dios,
no propusiera en arena
los años que ella pidió,
que estrechó a un puño de tierra
su tímida petición,
sino que juzgara pocos
los que al nocturno farol
bordan, con labor brillante,
diamantes, que estrellas son,
y no se hartara el deseo
aún sin dejar mi ambición
átomo olvidado al aire,
al campo pequeña flor,
puntos a la tierra, al agua
gotas, centella al ardor
del fuego, influjos al cielo,
pequeños rayos al sol,
sin que sosegara el pecho
en cuanto el Cielo crïó,
si no es de la eternidad
en la infinita estación.
Mas, supuesto que no puedo,
y que sois tan grande vos,
que recibís los deseos
en lugar de ejecución,
quiero, pues no puedo daros
los siglos de duración,
años, meses, ni semanas,
daros las Horas de hoy:
la que canónica cumplo
septenaria obligación,
divina salmodia, en quien

la Iglesia alaba a su Autor;
que si al número de siete
lo infinito se cifró,
en siete divinas horas
infinito tiempo os doy.
También aquel soberano
Pan divino, a quien Amor
en prisiones de accidentes
cándida cárcel labró
—que después que se hizo carne
quiso ser pan, y ordenó
dar en carne, pan y vino
el alimento mayor—,
ofrezco a vuestra salud:
que puesto que se me dio
en comunión como mío,
yo como mío os le doy.
No os cause risa el mirar
cuán espiritual estoy:
que me visto, como oveja,
al uso de mi pastor;
y no es mucho, si hoy me han dado
la sagrada comunión,
que estando Dios dado a mí,
esté yo de *dome a Dios*.
Él os guarde, Cerda excelso,
y os dé, en feliz sucesión,
muchas ventajas del cielo,
muchos émulos del sol,
con la divina María;
mas perdonad, que la voz,
al nombrarla, no prosigue,
embargada del amor.

15

No habiendo logrado una tarde ver al señor virrey marqués de la Laguna, que asistió en las vísperas del convento, le escribió este romance.

Si daros los buenos años,
señor, que logréis felices,
en las vísperas no pude,
recibidlos en maitines.
Nocturna, mas no funesta,
de noche mi pluma escribe,
pues para dar alabanzas
hora de laudes elige.
Valiente amor, contra el suyo,
hace, con dulces ardides,
que, para daros un día,
a mí una noche me quite.
No parecerá muy poca
fineza, a quien bien la mire,
el que vele en los romances
quien se duerme en los latines.
Lo que tuviere de malo
perdonad; que no es posible
suplir las purpúreas horas
las luces de los candiles;
y más del mío, que está
ya tan *in agone* el triste,
que me moteja de loca,
aunque me acredita virgen.
Mas ya de prólogo basta;
porque es cosa incompatible
en el prólogo alargarse

y en el asunto ceñirse.
Gocéis los años más largos
que esperanza de infelice,
y más gustosos que el mismo
la ajena dicha concibe;
pasen por vos las edades
con pasos tan insensibles,
que el aspecto los desmienta
y el juicio los multiplique;
vuestras acciones heroicas
tanto a la Fama fatiguen,
que de puro celebraros
se enronquezcan los clarines,
y sus vocingleros ecos
tan duradero os publiquen,
que Matusalén os ceda
y que Néstor os envidie.
Vivid, y vivid discreto,
que es sólo vivir felice:
que dura, y no vive, quien
no sabe apreciar que vive;
si no sabe lo que tiene
ni goza lo que recibe,
en vano blasona el jaspe
el don de lo incorruptible.
No en lo diuturno del tiempo
la larga vida consiste:
tal vez las canas del seso
honran años juveniles;
el agricultor discreto
no espera a que fructifique
el tiempo; porque la industria
hace otoños los abriles;

no sólo al viento la nave
es bien que su curso fíe,
si el ingenio de los remos
animadas velas finge;
en progresos literarios
pocos laureles consigue
quien para estudiar espera
a que el sol su luz envíe;
las canas se han de buscar
antes que el tiempo las pinte:
que al que las pretende, alegran,
y al que las espera, afligen;
quien para ser viejo espera
que los años se deslicen,
ni conserva lo que tiene
ni lo que espera consigue,
con lo cual, casi a no ser
viene el necio a reducirse:
pues ni la vejez le llega
ni la juventud le asiste.
Quien vive por vivir sólo,
sin buscar más altos fines,
de lo viviente se precia,
de lo racional se exime;
y aun de la vida no goza:
pues, si bien llega a advertirse,
el que vive lo que sabe,
solo sabe lo que vive.
Quien llega necio a pisar
de la vejez los confines,
vergüenza peina y no canas;
no años, afrentas repite;
en breve el prudente joven
eterno padrón erige

a su vida, y con su fama
las eternidades mide;
ningún espacio de tiempo
es corto al que no permite
que los instantes más breves
el ocio le desperdicie.
Al que todo el tiempo logra,
no pasa la edad fluxible,
pues viviendo la presente
de la pasada se sirve;
tres tiempos vive el que atento,
cuerdo, lo presente rige,
lo pretérito contempla
y lo futuro predice.
¡Oh vos, que estos documentos
tan bien practicar supisteis
desde niño, que ignorasteis
las ignorancias pueriles!
Tanto, que hasta ahora están
quejosos de vos los dijes,
que a invasiones fascinantes
fueron muros invencibles,
de que nunca los tratasteis;
y el mismo clamor repiten
trompos, bolos y paletas,
máscaras y tamboriles,
pues en la niñez mostrasteis
discursos tan varoniles,
que pudo en vuestras niñeces
tomar lecciones Ulises.
Recibid este romance
que mi obligación os rinde,
con todo lo que no digo,
lo que digo, y lo que *dije*.

16

Desea que el cortejo de dar los buenos años al señor marqués de la Laguna llegue a su Excelencia por medio de la excelentísima señora doña María Luisa, su dignísima esposa.

ADVERTENCIA. O el agradecimiento de favorecida y celebrada, o el conocimiento que tenía de las relevantes prendas que a la señora virreina dio el Cielo, o aquel secreto influjo (hasta hoy nadie lo ha podido apurar) de los humores o los astros, que llaman simpatía, o todo junto, causó en la poetisa un amar a su Excelencia con ardor tan puro, como en el contexto de todo el libro irá viendo el lector.

Pues vuestro esposo, señora,
es vuestro esposo, que basta
(no digo que sobra, porque
no sobra a vuestro amor nada),
dadle los años por mí:
que vos, deidad soberana,
dar vidas podréis; mas juzgo
que mejor podréis quitarlas.
(Digo “mejor”, porque siempre
más el desdén sacro campa,
porque las quitáis de oficio
y las concedéis de gracia.)
Y dadme a mí, en aguinaldo
de estas bienvenidas Pascuas,
nuevas de que está el infante
hallado como en su casa:
que si su Excelencia tiene
mi elección, de tal posada
no hayáis miedo que saliera,
ni aun al tiempo de que salga.

Y aunque en los príncipes todos
es costumbre tan usada
dar por Pascuas libertad
a los que en prisión se hallan,
yo, que en las dulces cadenas
de vuestras luces sagradas,
adonde, siendo precisa,
es la prisión voluntaria
(donde es oro la cadena
que adorna a un tiempo y enlaza,
y joyeles de diamantes
los candados que la guardan),
vivo, no quiero, señora,
que con piedad inhumana
me despojéis de las joyas
con que se enriquece el alma,
sino que me tengáis presa;
que yo, de mi bella gracia,
por vos arrojaré mì
libertad por la ventana.
Y a la sonora armonía
de mis cadenas amadas,
cuando otros lloren tormentas,
entonarán mis bonanzas:
Nadie de mí se duela
por verme atada,
pues trocaré ser reina
por ser esclava.

17

Celebra el cumplir años la señora virreina, con un retablito de marfil del Nacimiento, que envía a su Excelencia.

Por no faltar, Lisi bella,
al inmemorial estilo
que es del cortesano culto
el más venerado rito,
que a foja primera manda
que el glorioso natalicio
de los príncipes celebren
obsequiosos regocijos,
te escribo. No porque al culto
de tus abriles floridos
pueda añadir el afecto
más gloria que hay en sí mismos
(que, en la grandeza de tuyos,
verá el menos advertido
que de celebrar tus años
sólo son tus años dignos),
sino porque ceremonias
que las aprueba el cariño,
tienen en lo voluntario
vinculado lo preciso:
que cuando apoya el amor
del respeto los motivos,
es voluntad del respeto
el que es del amor oficio.
¡Rompa, pues, mi amante afecto
las prisiones del retiro!
¡No siempre tenga el silencio
el estanco de lo fino!
¡Deje, a tu deidad atento,
en aumentos bien nacidos,
con las torpezas de ciego
las balbucencias de niño,
y muestre, pues tiene ser
en tus méritos altivos,

que de padres tan gigantes
no nacen pequeños hijos!
Y, añadiendo lo obstinado
a la culpa de atrevido,
haga bienquista la ofensa
lo garboso del delito;
y en tan necesaria culpa
encuentre el perdón propicio,
el que no ofende quien yerra,
si yerra sin albedrío.
Tan sin él, tus bellos rayos
—voluntaria Clicie— sigo,
que lo que es mérito tuyo
parece destino mío.
Pero ¿adónde, enajenada,
tanto a mi pasión me rindo
que, acercándome a mi afecto,
del asunto me desvío?
Retira allá tu belleza
si quieres que cobre el hilo;
que mirándola, no puedo
hablar más que en lo que miro.
Y pues sabes que mi amor,
alquimista de sí mismo,
quiere transmutarse en vida
por que vivas infinito,
y que, por que tú corones
a los años con vivirlos,
quisieran anticiparse
todos los futuros siglos,
no tengo qué te decir,
sino que yo no he sabido,
para celebrar el tuyo,
más que dar un natalicio.

Tu nacimiento festejan
tiernos afectos festivos,
y yo, en fe de que lo aplaudo,
el nacimiento te envío.
Consuélame que ninguno
de los que te dan, rendidos,
podrá ser mejor que aquéste,
aunque se ostente más rico.
De perdones y de paces
fue aqueste natal divino;
dé perdones y haga paces
el haber hoy tú nacido.
Y guárdete por asombro
quien te formó por prodigio;
y hágate eterna, pues puede,
quien tan bella hacerte quiso.

18

Solía la señora virreina, como tan amartelada de la poetisa, favorecerla con la queja de alguna intermisión en sus memorias. De una, da satisfación.

Hete yo, divina Lisi,
considerado estos días
ocupada en el que solo
es digno de tus caricias.
Toda te he juzgado en Dios:
pues debe tu bizarría,
como la más obligada,
ser la más agradecida.
Juzgado he tus pensamientos
allá entre las jerarquías,

porque los ángeles sólo
en el Cielo es bien que asistan.
Ángel eres en belleza
y ángel en sabiduría,
por que lo visible sólo
de ser ángel te distinga.
Pero si es tan bello el cuerpo
que tu heroica forma anima,
lo que lo desmiente más
es lo que más lo acredita.
Ángel, pues, entre sus coros,
¿quién duda que entonarías
de aquel alternado *Sanctus*
la perenne melodía?
Y así, no quise escribirte,
porque no quise, atrevida,
quitar a Dios ese obsequio
ni a ti estorbarte esa dicha:
que los humanos objetos,
cuando está la alma encendida,
si no divierten, no ayudan;
si no embarazan, no avivan;
y también, porque en el tiempo
que la Iglesia nos destina
a que en mortificaciones
compensemos las delicias,
por pasar algunas yo,
que tantas hacer debía,
hice la mayor, y quise
ayunar de tus noticias;
pero no de tus memorias,
que ésas, en el alma escritas,
ni el tiempo podrá borrarlas
ni otro objeto confundirlas.

Doy la causa, porque sé
cuán aprisa fiscalizas,
y que luego juzgas què
quien se suspende se olvida.
Mas ya que llega la Pascua,
en que gozosa y festiva
la Iglesia deja los llantos
y entona las alegrías,
quiero dártelas, no tanto
de amor, como de justicia:
que claro está que son tuyas,
porque son Pascuas floridas.
Reina de las flores eres,
pues el verano mendiga
los claveles de tus labios,
las rosas de tus mejillas.
Téngaslas como las haces,
pues serán las de más dicha,
si las gozares de alegres
como las haces de lindas,
de tu invencible consorte
en la dulce compañía,
por que vivas con su aliento,
por que aliente con tu vida,
y por que, a los pies de entrambos,
quien los adora reciba
la vida que de tu aliento
felizmente participa.

19

Puro amor, que, ausente y sin deseo de indecencias, puede sentir lo que el más profano.

Lo atrevido de un pincel,
Filis, dio a mi pluma alientos:
que tan gloriosa desgracia
más causa ánimo que miedo.
Logros de errar por tu causa
fue de mi ambición el cebo;
donde es el riesgo apreciable
¿qué tanto valdrá el acierto?
Permite, pues, a mi pluma
segundo arriesgado vuelo,
pues no es el primer delito
que le disculpa el ejemplo.
Permite escale tu alcázar
mi gigante atrevimiento
(que a quien tanta esfera bruma,
no extrañará el Lilibeo),
pues ya al pincel permitiste
querer trasladar tu cielo,
en el que, siendo borrón,
quiere pasar por bosquejo.
¡Oh temeridad humana!
¿Por qué los rayos de Febo,
que aun se niegan a la vista,
quieres trasladar al lienzo?
¿De qué le sirve al Sol mismo
tanta prevención de fuego,
si a refrenar osadías
aun no bastan sus consejos?
¿De qué sirve que, a la vista
hermosamente severo,
ni aun con la costa del llanto
deje gozar sus reflejos,
si locamente la mano,
si atrevido el pensamiento,

copia la luciente forma,
cuenta los átomos bellos?
Pues ¿qué diré, si el delito
pasa a ofender el respeto
de un sol que llamarlo sol
es lisonja del Sol mesmo?
De ti, peregrina Filis,
cuyo divino sujeto
se dio por merced al mundo,
se dio por ventaja al cielo:
en cuyas divinas aras
ni sudor arde sabeo,
ni sangre se efunde humana,
ni bruto se corta cuello,
pues del mismo corazón
los combatientes deseos
son holocausto poluto,
son materiales afectos,
y solamente del alma
en religiosos incendios,
arde sacrificio puro
de adoración y silencio.
Éste venera tu culto,
éste perfuma tu templo;
que la petición es culpa
y temeridad el ruego.
Pues alentar esperanzas,
alegar merecimientos,
solicitar posesiones,
sentir sospechas y celos,
es de bellezas vulgares
indigno, bajo trofeo,
que en pretender ser vencidas
quieren fundar vencimientos.

Mal se acreditan deidades
con la paga; pues es cierto
que a quien el servicio paga,
no se debió el rendimiento.
¡Qué distinta adoración
se te debe a ti, pues siendo
indignos aun del castigo,
mal aspiraran al premio!
Yo, pues, mi adorada Filis,
que tu deidad reverencio,
que tu desdén idolatro
y que tu rigor venero:
bien así, como la simple
amante que, en tornos ciegos,
es despojo de la llama
por tocar el lucimiento;
como el niño que, inocente,
aplica incauto los dedos
a la cuchilla, engañado
del resplandor del acero,
y herida la tierna mano,
aún sin conocer el yerro,
más que el dolor de la herida
siente apartarse del reo;
cual la enamorada Clicie
que, al rubio amante siguiendo,
siendo padre de las luces,
quiere enseñarle ardimientos;
como a lo cóncavo el aire,
como a la materia el fuego,
como a su centro las peñas,
como a su fin los intentos;
bien como todas las cosas

naturales, que el deseo
de conservarse, las une
amante en lazos estrechos…
Pero ¿para qué es cansarse?
Como a ti, Filis, te quiero;
que en lo que mereces, éste
es solo encarecimiento.
Ser mujer, ni estar ausente,
no es de amarte impedimento,
pues sabes tú que las almas
distancia ignoran y sexo.
Demás, que al natural orden
sólo le guardan los fueros
las comunes hermosuras,
siguiendo el común gobierno.
No la tuya que, gozando
imperiales privilegios,
naciste prodigio hermoso
con exenciones de regio:
cuya poderosa mano,
cuyo inevitable esfuerzo,
para dominar las almas
empuñó el hermoso cetro.
Recibe un alma rendida,
cuyo estudioso desvelo
quisiera multiplicarla
por sólo aumentar tu imperio.
Que no es fineza, conozco,
darte lo que es de derecho
tuyo; mas llámola mía
para dártela de nuevo.
Que es industria de mi amor
negarte, tal vez, el feudo,
para que al cobrarlo, dobles

los triunfos, si no los reinos.
¡Oh, quién pudiera rendirte,
no las riquezas de Creso
(que materiales tesoros
son indignos de tal dueño),
sino cuantas almas libres,
cuantos arrogantes pechos,
en fe de no conocerte
viven de tu yugo exentos!;
que quiso próvido Amor
el daño evitar, discreto,
de que en cenizas tus ojos
resuelvan el universo.
Mas ¡oh libres desdichados,
todos los que ignoran, necios,
de tus divinos hechizos
el saludable veneno!:
que han podido tus milagros,
el orden contravirtiendo,
hacer el dolor amable
y hacer glorioso el tormento.
Y si un filósofo, sólo
por ver al señor de Delo,
del trabajo de la vida
se daba por satisfecho,
¡con cuánta más razón yo
pagara el ver tus portentos,
no sólo a afanes de vida,
pero de la muerte a precio!
Si crédito no me das,
dalo a tus merecimientos;
que es, si registras la causa,
preciso hallar el efecto.
¿Puedo yo dejar de amarte,

si tan divina te advierto?
¿Hay causa sin producir?
¿Hay potencia sin objeto?
Pues siendo tú el más hermoso,
grande, soberano exceso
que ha visto en círculos tantos
el verde torno del Tiempo,
¿para qué mi amor te vio?
¿Por qué mi fe te encarezco,
cuando es cada prenda tuya
firma de mi cautiverio?
Vuelve a ti misma los ojos
y hallarás, en ti y en ellos,
no sólo el amor posible,
mas preciso el rendimiento,
entre tanto que el cuidado,
en contemplarte suspenso,
que vivo asegura, sólo
en fe de que por ti muero.

20

Mezcla con el gracejo la erudición, y da los años que cumple la excelentísima señora condesa de Paredes, no por muchos, sino por aumento.

Excusado el daros años,
señora, me ha parecido,
pues quitarlos a las damas
fuera mayor beneficio;
y por esto no os los diera:
pero después he advertido
que no impera en las deidades

el estrago de los siglos.
Y así, más años viváis
que aquel pájaro fenicio
ha vivido, no en Arabia,
sino en símiles prolijos
(por erudición primera
esa avecilla os remito,
que al festín de vuestros años
puede servir de principio);
más que dolores ardientes
sintió en el leño encendido
de Egea el amante tierno
por la venganza del tío;
más que el cuello de Medusa
vertió venenosos hilos
que, cayendo en rojas gotas,
levantaron basiliscos;
más que el Cíclope celoso
dio al infeliz mozo gritos,
que aun después de transformado
se le escapó fugitivo;
más que el doloroso acento
del dulce de Tracia hijo,
suspendió en canciones, furias,
desató en dulzuras, grillos;
más que al que al Sol se atrevió
a hurtar el rayo lucido,
en el Cáucaso atormenta
diuturno fiero ministro;
más que al infeliz Faetón
el fraternal llanto pío
lloró bálsamo oloroso,
si empezó humor cristalino;

más que las cuarenta y nueve
pagan en duros castigos
la obediencia al fiero padre
contra los incautos primos;
más que en estragos, Medea,
de sus músicos hechizos,
probó los males que causa
el celoso precipicio;
más que le costaron daños
por el juvenil delirio,
un hermoso robo a Troya
y a España un honor perdido.
Mas ya que estaréis cansada
de estos *máses*, imagino;
que suele moler un *más*
más que un mazo y un martillo.
Y así, en cifra os los diré
por no dejar de decirlos:
sed más que todos los *máses*
de los modernos y antiguos.
Y en fin, en lo que viváis,
con vuestro consorte digno,
vuestra fama sola pueda
igualaros el guarismo.
Llevad la inmortalidad
a medias, como los hijos
de Leda hermosa, llevando
de más el lucir unidos.

21

Romance que escribe a la excelentísima señora condesa de Paredes, excusándose de enviar un libro de música; y muestra cuán eminente era en

esta arte, como lo prueba en las demás.

Después de estimar mi amor,
excelsa, bella María,
el que en la divina vuestra
conservéis memorias mías;
después de haber admirado
que, en vuestra soberanía,
no borrada, de mi amor
se mantenga la noticia,
paso a daros la razón
que a no obedecer me obliga
vuestro precepto, si es que hay
para esto disculpa digna.
De la música un cuaderno
pedís, y es cosa precisa
que me haga a mí disonancia
que me pidáis armonías.
¿A mí, señora, conciertos,
cuando yo en toda mi vida
no he hecho cosa que merezca
sonarme bien a mí misma?
¿Yo, arte de composiciones,
reglas, carácteres, cifras,
proporciones, cuantidades,
intervalos, puntos, líneas,
quebrándome la cabeza
sobre cómo son las *sismas*,
si son cabales las *comas*,
en qué el tono se divida;
si el *semitono* incantable
en número impar estriba,
a Pitágoras sobre esto
revolviendo las cenizas;

si el *diatesarón* ser debe
por consonancia tenida,
citando una extravagante
en que el papa Juan lo afirma;
si el *temple* en un instrumento,
al hacerlo, necesita
de hacer participación
de una *coma* que hay perdida;
si el *punto de alteración*
a la *segunda* se inclina,
más por que ayude a la letra
que por que a las notas sirva;
si el modo mayor perfecto
en la *máxima* consista,
y si el menor toca al *longo;*
cuál es *áltera* y cuál *tripla;*
si la imperfección que causa
a una nota, otra más chica,
es total, o si es parcial,
esencial o advenediza;
si la voz que, como vemos,
es cuantidad sucesiva,
valga sólo aquel respecto
con que una voz de otra dista;
si el *diapasón* y el *diapente*
el ser perfectos, consista
en que ni menos ni más
su composición admita;
si la *tinta* es a las notas
quien todo el valor les quita,
siendo así que muchas hay
que les da valor la *tinta;*
lo que el *armónico* medio

de sus dos extremos dista,
y del *geométrico* en qué,
y *aritmético,* distinga;
si a dos mensuras es toda
la música reducida,
la una que mide la voz
y la otra que el tiempo mida;
si la que toca a la voz,
o ya intensa, o ya remisa,
subiendo o bajando, el canto
llano sólo la ejercita,
mas la exterior, que le toca
al tiempo en que es proferida,
mide el compás, y a las notas
varios valores asigna;
si la proporción que hay
del *ut* al *re* no es la misma
que del *re* al *mi,* ni el *fa sol*
lo mismo que el *sol la* dista:
que aunque es cantidad tan tenue
que apenas es percibida,
sesquioctava o *sesquinona*
son proporciones distintas;
si la *enarmónica* ser
a práctica reducida
puede, o si se queda en ser
cognición intelectiva;
si lo *cromático* el nombre
de los colores reciba
de las teclas, o lo vario
de las voces añadidas?
Y en fin, andar recogiendo
las inmensas baratijas

de calderones, guïones,
claves, reglas, puntos, cifras,
pide otra capacidad
mucho mayor que la mía,
que aspire en las catedrales
a gobernar las capillas.
Y más si es porque en él, là
bella doña Petronila
a la música, en su voz,
nueva añada melodía.
¿Enseñar música a un ángel?
¿Quién habrá que no se ría
de que la rudeza humana
las inteligencias rija?
Mas si he de hablar la verdad,
eslo que yo, algunos días,
por divertir mis tristezas
di en tener esa manía,
y empecé a hacer un tratado
para ver si reducía
a mayor facilidad
las reglas que andan escritas.
En él, si mal no me acuerdo,
me parece que decía
que es una línea espiral,
no un círculo, la armonía;
y por razón de su forma
revuelta sobre sí misma,
le intitulé *Caracol*,
porque esa revuelta hacía.
Pero éste está tan informe,
que no sólo es cosa indigna
de vuestras manos, mas juzgo

que aun le desechan las mías.
Por esto no os le remito;
mas como el Cielo permita
a mi salud más alientos
y algún espacio a mi vida,
yo procuraré enmendarle,
por que teniendo la dicha
de ponerse a vuestros pies,
me cause gloriosa envidia.
De don Martín y don Pedro
no podéis culpar de omisas
las diligencias, que juzgo
que aun excedieron de activas.
Y mandadme; que no siempre
ha de ser tal mi desdicha,
que queriendo obedeceros,
con querer no lo consiga.
Y al gran marqués, mi señor,
le diréis, de parte mía,
que aun en tan muertas distancias
conservo memorias vivas;
que no olvido de su mano
sus mercedes recibidas:
que no son ingratos todos
los que, al parecer, se olvidan;
que si no se lo repito,
es por la razón ya dicha
de excusar que lo molesta
ostente lo agradecida;
que no le escribo porquè,
siendo alhaja tan baldía
la de mis letras, no intento
que de embarazo le sirva;

que el carácter de crecer
el número a su familia,
le tengo impreso en el alma
si no sale a las mejillas;
y que ya que mi desgracia
de estar a sus pies me priva,
le serviré en pedir sólo
a Dios la vuestra y su vida.

22

[Al marqués de la Laguna.]

Cuando, invictísimo Cerda,
al Águila de María
dedican tiernos aplausos
aclamaciones festivas;
cuando celebran alegres
su pura luz matutina
de tan remontadas plumas
las bien logradas fatigas;
cuando del Águila augusta
las propiedades aplican
a lo excelso de su vuelo
y a lo claro de su vista,
¿a quién mejor, gran señor,
o a quién tan bien, la rendida
obligación podrá dar
plácemes de tanto día,
como a vos, que sois el centro
glorioso donde terminan
de tan gran circunferencia

tantas bien tiradas líneas;
a vos, en cuya Laguna
las imperiales, antiguas,
sacras águilas renuevan
las plumas envejecidas;
a vos, águila caudal,
cuya descendencia altiva
nació de tantas coronas
en las imperiales cimas?
Vos, de quien se teme el sol
que, cuando su luz envía,
o la encubráis con las alas
o la agotéis con la vista;
vos, cuyos gloriosos hechos
nadie aplaudir osaría,
si vuestras alas no dieran
las plumas con que se escriban;
cuyas victoriosas plantas
al Águila de las Indias
la coronan de laureles
más que la huellan vencida;
cuyas plumas, cuando ocupan
toda la región vacía,
las peina el aire con miedo,
con respeto el sol las riza;
vos, águila de dos cuellos,
que con equidad medida
uno mira a la piedad
y otro atiende a la justicia;
vos, que de sol más hermoso
atento a la luz divina,
bebéis las luces que esparce,
seguís los orbes que gira
—de aquel sol, digo, animado,

de cuyas luces mendiga
los broches que campa el cielo,
las galas que ostenta el día:
de la deidad mantüana,
que en el Cielo es de Medina
de Palas divina afrenta,
de Venus sagrada envidia—,
recibid de este Museo
las que amantes os dedican
ofrendas que son deseos,
sacrificios que son vidas.

23

En retorno de una diadema, presenta un dulce de nueces que previno a un antojo de la señora virreina.

Acuérdome, Filis mía
(que a mí siempre se me acuerda
todo lo que a ti tocarte
puede por *fas* o por *nefas)*,
que la otra vez que tú estabas,
como dicen en mi tierra,
ocupada en la mayor
obra de naturaleza;
digo, cuando con dos almas
estabas, aunque no sea
menester estar encinta
para que mil almas tengas;
cuando el conde mi señor
de Paredes, o condesa,
antes de nacer, más rico
era que cuando naciera,

pues aunque de su alto padre
gozara la rica herencia,
a quien logró estar contigo
todo le fuera bajeza;
cuando, sin ser maravilla,
se hallaban en tu belleza
dos cuerpos en un lugar,
dos formas y una materia
(si alguno repara el modo,
respóndele, Lisi bella,
que no se entiende en Palacio
el rigor de las Escuelas);
entonces, pues, digo que,
antojo o capricho fuera,
por unas nueces hiciste
más ruido que valen ellas.
Pues por que ahora, señora,
segunda vez no suceda
que nos asustes por una
cosa que tan poco cuesta,
ésas, del año pasado,
la adivinanza poeta
te las guardó, porque Apolo
se lo dictó a mi mollera.
Y a la manera que en Delfos
con encendida elocuencia
inflamaba los discursos
de la délfica doncella,
haciéndole en el tripode
(que era aquella rica mesa
de quien se hallaron indignos
los siete Sabios de Grecia)
profetizar los sucesos
de las cosas venideras,

ya en fundadas conjeturas,
ya en equívocas respuestas,
me dijo: “Guárdalas, Juana”;
porque a mí con la llaneza
me suele tratar Apolo
que si algún mi hermano fuera;
que él es un dios muy humano,
que por más que lo encarezcan,
no cuida más de su carro,
sus caballos y sus riendas;
y más, después que ha sabido
que privo con tu belleza,
siendo de tu valimiento
la villana de Isabela,
me anda mirando a la cara
y ofreciéndome inflüencias,
por que le consiga yo
los rayos que tú le prestas;
y, conquistador de luces,
con su gorra y reverencias,
me pide que le prorrogues
el oficio de la esfera.
Alégate, por servicios,
que, por que a ti te sirvieran,
descubrió pálidas minas,
engendró cándidas perlas;
que te conquistó los orbes,
que redujo a tu obediencia
las provincias de los astros,
los reinos de las estrellas.
Estas y otras muchas cosas
el pobre te representa,
y con una miradura
espera que le proveas.

Y volviendo a mi romance,
digo que él, allá en su lengua,
razonando medios días
y pronunciando centellas,
me dijo: “Esas nueces guarda,
de quien yo fui cocinera;
que, al rescoldo de mis rayos,
les sazoné las cortezas.
y mira que yo no soy
tan bobo como se piensan
los que dicen que por Dafne
dejé mis luces a ciegas:
que yo soy un dios doctor,
que vivo con la experiencia,
y estoy en edad que sé
dónde el zapato me aprieta;
y habiendo visto el nogal
y el dulce fruto que lleva,
no había de andarme tras
laureles, a boca seca.
Guárdalas, que puede ser
que aquella deidad que peina
rayos, cuyas peinaduras
componen mi cabellera,
conciba feto de luces,
concepto de rayos tenga;
que no es verdad el que el cielo
siempre ingenerable sea.
Preséntaselas entonces;
que, si afable las acepta,
espero que por tu mano
lograré mis conveniencias”.
Esto dijo Apolo; y yo,
señora, para que veas

que cumplo con el oficio
de pretendiente febea,
te las remito, por què
a Apolo, si no están buenas,
por mal cocinero, cortes
el copete y las guedejas.
Y yo que llegaba aquí,
cuando hétele aquí que llega
Lima, de tu mano, còn
una emplumada diadema,
real insignia que me envías,
en que tu grandeza muestra
que no sólo eres reina, pero
puedes hacer muchas reinas.
Yo la ceñiré, señora,
por que más decente sea
alfombra para tus plantas
coronada mi cabeza.
Doyle por ella a tus pies
mil besos en recompensa,
sin que parezca delito,
pues quien da y besa, no peca.

24

Habiendo ya bautizado su hijo, da la enhorabuena de su nacimiento a la señora virreina.

No he querido, Lisi mía,
enviarte la enhorabuena
del hijo que Dios te dio,
hasta que a Dios lo volvieras:
que en tu religión, señora,

aunque tu beldad lo engendra,
no querrás llamarle tuyo,
menos que de Dios lo sea.
Crédito es de tu piedad
que, naciendo su Excelencia
legítimo, tú le quieras
llamar *hijo de la Iglesia;*
y habiendo nacido a luz,
hasta que le amaneciera
la de la Gracia, no estimes
la de la Naturaleza.
Gócesle en ella mil siglos
con tan cristiana pureza,
que aumente la que recibe
y la adquirida no pierda.
Mires, en su proceder,
de piedad y de grandeza,
lo que en Alejandro Olimpias,
lo que en Constantino Elena.
Enlace, compuesto heroico
de las armas y las letras,
a los laureles de Marte
las olivas de Minerva.
Crezca gloria de su patria
y invidia de las ajenas;
y América, con sus partes,
las partes del orbe venza.
En buena hora al Occidente
traiga su prosapia excelsa,
que es Europa estrecha patria
a tanta familia regia.
Levante América ufana
la coronada cabeza,
y el Águila mexicana

el imperial vuelo tienda,
pues ya en su alcázar real,
donde yace la grandeza
de gentiles Moctezumas,
nacen católicos Cerdas.
Crezca ese Amor generoso;
y en el valor y belleza,
pues de Marte y Venus nace,
a Marte y Venus parezca.
Belona le dé las armas,
Amor le ofrezca las flechas,
ríndale Alcides la clava,
Apolo le dé la ciencia.
Crezca ese nuevo Alejandro,
viva ese piadoso Eneas,
dure ese mejor Pompilio,
campe ese heroico Mecenas.
Que el haber nacido en Julio
no fue acaso: que fue fuerza,
siendo príncipe tan grande,
que naciese Julio César.
Ya imagino que le miro
en la edad pueril primera,
pasarse por la cartilla,
hasta que un Catón parezca,
y ya en la que los romanos,
teniéndola por provecta,
a viril toga trocaban
las bulas y la pretexta.
Aquí sí que le verán
el valor y la elocuencia,
admirando las campañas,
coronando las escuelas;
aquí sí que confundidas

el mundo verá, en su diestra,
a los rasgos de la pluma,
de la espada las violencias;
aquí sí que han de llamarle
las profesiones opuestas,
por su prudencia la paz,
y por su valor la guerra;
aquí sí que el mejor Julio
de erudición y prudencia,
coronista de sí mismo,
escribirá sus proezas;
aquí sí que se ha de ver
una maravilla nueva:
de añadir más a lo más;
de que lo máximo crezca.
Aquí sí, que si yo vivo,
aunque esté ya con muletas,
piensa mi Musa a su fama
añadir plumas y lenguas.
Y aquí ceso de escribirte,
pues pára toda esta arenga
en que viva eternidades
el niño, y tú que las veas.

25

Con ocasión de celebrar el primer año que cumplió el hijo del señor virrey, le pide a su Excelencia indulto para un reo.

Gran marqués de la Laguna,
de Paredes conde excelso,
que en la cuna reducís
lo máximo a lo pequeño;
fondo diamante, que arroja
tantos esplendores regios,
que en poca cantidad cifra
el valor de muchos reinos:
yo, señor, una crïada
que sabréis, andando el tiempo
y andando vos, desde ahora
para entonces os prevengo
que sepáis que os quise tanto
antes de ser, que primero
que de vuestra bella madre,
nacisteis de mi concepto,
y que le hice a Dios por vos
tantas plegarias y ruegos,
que a cansarse el Cielo, juzgo
que hubiera cansado al Cielo.
¡Cuánto deseé el que salierais
de ser mental compañero
de las criaturas posibles
que ni serán, son, ni fueron!
Ana, por Samuel, no hizo
más visajes en el templo,
dando qué pensar a Helí,

que los que por vos he hecho.
No dejé santo ni santa
de quien con piedad creemos
que de impetrar sucesiones
obtienen el privilegio,
que no hiciera intercesora,
que no hiciera medianero,
por que os sacase de idea
al ser, el Poder Supremo.
Salistes, en fin, a luz,
con aparato tan bello,
que en vuestra fábrica hermosa
se ostentó el saber inmenso.
Pasóse aquella agonía,
y sucedióle al deseo
(que era de teneros antes)
el cuidado de teneros.
Entró con la posesión
el gusto, y al mismo tiempo
el desvelo de guardaros
y el temor de no perderos.
¡Oh, cuántas veces, señor,
de experiencia conocemos
que es más dicha una carencia
que una posesión con riesgo!
Dígolo porque, en los sustos
que me habéis dado y los miedos,
bien puedo decir que tanto
como me costáis, os quiero.
¡Cuántas veces ha pendido
de lo débil de un cabello,
de vuestra vida, mi vida,
de vuestro aliento, mi aliento!

¿Qué achaque habéis padecido,
que no sonase, aun primero
que en vuestra salud el golpe,
en mi corazón el eco?
El dolor de vuestra madre,
de vuestro padre el desvelo,
el mal que pasabais vos
y el cariño que yo os tengo,
todo era un cúmulo en mí
de dolor, siendo mi pecho
de tan dolorosas líneas
el atormentado centro.
En fin, ya, gracias a Dios,
habemos llegado al puerto,
pasando vuestra edad todo
el océano del cielo.
Ya habéis visto doce signos,
y en todos, Alcides nuevo,
vencido doce trabajos
de tantos temperamentos.
Ya, hijo luciente del Sol,
llevando el carro de Febo,
sabéis a Flegón y Etonte
regir los fogosos frenos.
Ya al León dejáis vencido,
ya al Toro dejáis sujeto,
ya al Cáncer sin la ponzoña
y al Escorpión sin veneno,
sin flechas al Sagitario,
hollando de Aries el cuello;
a Géminis, envidioso,
y a Acuario dejáis sediento;
enamorada a la Virgen,
a los Peces dejáis presos;

al Capricornio, rendido,
y a Libra, inclinado el peso.
Ya habéis experimentado
la variedad de los tiempos
que divide en cuatro partes
la trepidación del cielo:
florida a la Primavera,
al Estío macilento,
con su sazón al Otoño
y con su escarcha al Invierno.
Ya sabéis lo que es vivir:
pues, dado un círculo entero
a vuestra dichosa edad,
quien hace un año, hará ciento.
Ya, en fin, de vuestro natal…
¿Natal dije? ¡Qué gran yerro!
¡Que este término me roce
las cuerdas del instrumento!
Pero habiendo de ser años,
¿qué término encontrar puedo
que no sea años, edad,
natalicio, o nacimiento?
Perdonad, señor, y al caso
un chiste contaros quiero;
que a bien que todas las coplas
son una cosa de cuento.
Predicaba un cierto quídam
los sermones de san Pedro
muchos años, y así casi
siempre decía uno mesmo;
murmuróle el auditorio
lo rozado en los conceptos;
y avisóselo un amigo
con caritativo celo,

y él respondió: “Yo mudar
discurso ni asunto puedo,
mientras nuestra Madre Iglesia
no me mude el evangelio”.
Éste es el cuento, que puede
ser que gustéis de saberlo;
y si no os agrada, dadlo
por no dicho y por no hecho.
Lo que agora nos importa
es, fresco pimpollo tierno,
que viváis largo y tendido
y que crezcáis bien y recio;
que les deis a vuestros padres
la felicidad de veros
hecho unión de sus dos almas,
bisagra de sus dos pechos;
que se goce vuestra madre
de ser, en vuestros progresos,
la Leto de tal Apolo,
de tal Cupido la Venus;
que deis sucesión dichosa,
a quien sirvan los imperios,
a quien busquen las coronas,
a quien aclamen los cetros;
que mandéis en la Fortuna,
siendo, en sus opuestos ceños,
el móvil de vuestro arbitrio
el eje de su gobierno.
Creced Adonis y Marte,
siendo, en belleza y esfuerzo,
de la corte y la campaña
el escudo y el espejo.
Y pues es el fausto día,

que se cumple el año vuestro,
de dar perdón al convicto
y dar libertad al preso,
dad la vida a Benavides,
que aunque sus delitos veo,
tiene *parces* vuestro día
para mayores excesos.
A no haber qué perdonar,
la piedad que ostenta el Cielo
ocioso atributo fuera,
o impracticable a lo menos.
A Herodes en este día
pidió una mujer, por premio,
que al sagrado precursor
cortase el divino cuello:
fue la petición del odio,
de la venganza el deseo,
y ejecutó la crueldad
de la malicia el precepto.
Vos sois príncipe cristiano,
y yo, por mi estado, debo
pediros lo más benigno,
y vos no usar lo sangriento.
Muerte puede dar cualquiera;
vida, sólo puede hacerlo
Dios: luego sólo con darla
podéis a Dios pareceros:
que no es razón que, en el día
genial de vuestros obsequios,
queden manchadas las aras
ni quede violado el templo.
Y a Dios, que os guarde, señor;
que el decir que os guarde, creo
que para con Dios y vos

es petición y es requiebro.

26

Presentando a la señora virreina un andador de madera para su primogénito.

Para aquel que lo muy grande
disfraza en tal pequeñez,
que le damos todavía
diminutivo el Josef;
para el que, siendo tan hombre,
tiene visos de mujer,
pues es la niña de vuestros
ojos y los del marqués
(no dije “mi señor” porque
no cupo allí, ya lo veis;
mas ya, señora, lo digo
una vez y dos y tres),
remito, divina Lisi,
ese pie de amiga, que
a la torpeza pueril
le sirva de ayuda-pies.
(Los pies de amigo, señora,
para no andar suelen ser;
mas los pies de amiga son
para enseñarse a correr.)
Bien le quisiera yo dar
el velero palafrén
que a uno sirvió de Pegaso
y en otro Hipogrifo fue,
para que por esos aires

llevara a vuestro doncel,
como un Perseo moderno,
como un Rugero novel;
o aquella viviente nave,
por cuya dorada piel
el Helesponto surcó
tanto argonauta bajel,
para que midiendo el mar,
fuera mi Frixo a poner
nuevo nombre a sus espumas
y a sus olas nueva ley;
o aquel animado esquife,
cuya espalda amiga fue
al naufragio de Anfïón
un escamado combés,
para que a su madre fuera
seguro mi niño en él,
cantando aquellas *tres ánades*
que nunca pasan de tres;
o el ave que a Ganimedes
condujo en un santiamén
a que ministrase el dulce
ministerio de beber,
para que sobre sus alas
a nuestro niño también
llevase, no a administrar,
sino a administrarle a él.
Pero si apócrifos son,
¿para qué son menester?
Mejor es un Clavileño
de palo, que ande o se esté.
Con éste excuso el gateo,
ya que Lima y Oliver
al enigma del Esfinge

le niegan los cuatro pies.
Ponedlo en él, gran señora,
pues vuestra riqueza es:
que no es fija renta, mientras
no está el mayorazgo en pie.
Dadle bordones agora;
que yo juzgo que después
el Mercurio americano
pihuela habrá menester.
En él andará seguro,
mientras más robusto esté,
y excusará, con el daño,
el agüero de caer.
No de las manos mendigue
el auxilio: porque, en él,
fuera aprender a bajar
un muy indigno aprender.
Del Nilo dice Lucano
que nadie le vio nacer,
porque no es lícito a nadie
que sepa su pequeñez.
Pues, ¿por qué aquí a mejor Nilo
hemos de permitir ver,
cuando ha nacido tan grande,
con achaques de niñez?
Eso no, señora mía;
enséñese de una vez
a estar en pie, y a estar alto,
que es lo que siempre ha de ser.
Y si aquesos pies de palo
que le sirvan no queréis,
yo (aunque malos) de mis versos
os daré todos los pies,
mientras que postrada yo

a los de mis amos tres,
con un triplicado beso
os los beso todos seis.

27

Envía las buenas Pascuas de Resurrección a la excelentísima señora condesa de Paredes, en ocasión de cumplir años [la Reina reinante].

Darte, señora, las Pascuas
sólo lo puede tu espejo,
porque se tiene la gloria
y porque te muestra el cielo.
Él sí que solo sabrá
dártelas muy por entero,
pues está llena su luna
de tu sol y tus reflejos;
y no yo, pobre de mí,
que ha tanto que no te veo,
que tengo, de tu carencia,
cuaresmados los deseos,
la voluntad traspasada,
ayuno el entendimiento,
mano sobre mano el gusto
y los ojos sin objeto.
De veras, mi dulce amor;
cierto que no lo encarezco:
que sin ti, hasta mis discursos
parece que son ajenos;
porque carecer de ti
excede a cuantos tormentos
pudo inventar la crueldad
ayudada del ingenio.
A saber la tiranía

de tan hermoso instrumento,
no usara de las escarpias,
las láminas ni los hierros:
ocioso fuera el cuchillo,
el cordel fuera superfluo,
blandos fueran los azotes
y tibios fueran los fuegos.
Pues con darte a conocer
a los en suplicio puestos,
dieras con tu vista gloria
y con tu carencia infierno.
Mas baste, que no es de Pascuas
salir con estos lamentos;
que creerás que los Oficios
se me han quedado en el cuerpo.
Vivas, señora, y tus años
goces, como yo deseo;
que es, aunque en frase común,
el sumo encarecimiento:
que ya sé que años y Pascuas
todo viene a ser lo mesmo,
pues para mí y para todos
es Pascua del nacimiento.
Dalas por mí a mis dos amos,
cuyos pies rendida beso,
salvando la ceremonia
la desnudez del afecto.
Y adiós, señora, hasta què
con la vista de tu cielo
resucite, pues es Pascua
de resucitar los muertos.

Continúa la significación de su voluntad, dándole al mismo primogénito el parabién del año segundo.

Señor, ya el reloj del cielo,
que a meses mide los siglos,
desde que nacistis vos
dos círculos ha cumplido;
ya los ardientes caballos,
por el estrellado circo,
han con el fogoso carro
dado dos lucientes giros;
ya la primavera hermosa
en sus árboles ha visto
dos veces las tiernas flores,
y dos los frutos opimos;
ya los campos y los montes
han del tiempo resistido
dos veces el yerto invierno,
y dos, el calor estivo;
ya los risueños arroyos
en los escarchados ríos
dos veces se han visto presos,
y dos, libres han salido.
Todo lo cual, gran señor,
hablando en más llano estilo,
quiere decir que ya vos
dos años habéis cumplido:
que saldréis de las mantillas
y, a la española vestido,
daréis muestras de muy hombre
en las señales de niño;
que ya podéis mostrar dientes,
y que con valiente brío

iréis con señas de Marte
desmintiendo lo Cupido.
Ya, en fin, Josef generoso
de la Cerda, señor mío,
por lo señorazo vais
dejando lo señorito.
Vivid, como yo os deseo;
que esto, aunque todos lo han dicho,
no es igual en la substancia,
aunque lo es en el sonido:
porque, como se refiere
a sentimientos distintos,
en unos es moderado,
y en otros es infinito;
y aunque en todos será grande,
sólo os sé decir, del mío,
que es tan máximo, que puede
igualaros a vos mismo.
Bien sabe esta verdad Dios,
y que rendida le pido
que os haga tan duradero
como esclarecido os hizo;
y que vuestra bella madre
goce, en dobles regocijos,
el de miraros muy grande
y el de regalaros niño;
y que vuestro padre logre,
viendo su retrato vivo,
un “su Excelencia” que es otro,
y un otro que es sólo él mismo,
mientras yo, para templar
las ansias de mi cariño,
con la esperanza de veros
haciendo estoy gargarismos.

29

Norabuena de cumplir años el señor virrey.

Alto marqués, mi señor,
ya por sus días contados
(como quien no dice nada)
vuestros años han llegado.
Años cumplís; y no es poco
el cumplirlos, pues es llano
que no cumplen años todos
aquellos que cumplen años.
Pero en el modo, señor,
con que vos los vais gastando,
os salen tan bien cumplidos,
como son bien empleados.
Vividlos, señor, sin como
esto, ni aquello, que es malo
quereros tasar la vida
aunque se alarguen los plazos.
Vivid sin comparación:
con tal flema y tal espacio,
que todo comparativo
quede con ellos enano.
Cortadlos a vuestro gusto,
para que os vengan holgados;
que más que lo largo, es bueno
el vivir uno a sus anchos.
Anchos, digo, aquellos sólo
que no exceden de descanso;
que en vos, aun los anchos mismos
ya sé que son ajustados.
Y así, que los viváis digo

muy gustosos y muy santos,
por que, ya que largos sean,
sean Largos y Esmaragdos.
Y de vuestra vid hermosa
gozad el tálamo casto,
fecundado de racimos,
de pámpanos coronado.
Y que miréis con Josef,
felizmente aventajado,
lo que en Júpiter, Saturno,
y Filipo en Alejandro;
mientras yo, como la vieja,
os ofrezco, en el cornado,
sacrificios de deseos,
de víctimas holocaustos,
y pido a Dios viváis, que es
lo que piden de ordinario
de mi breviario las horas,
las cuentas de mi rosario.

30

Discurre, con sutileza cortesana, causa y efecto de haberse el señor virrey ausentado a un recreo.

Cómo estarás, Filis mía,
sin mi señor y tu dueño,
es tan difícil decirlo
cuanto no es fácil saberlo.
De tu soledad, señora,
ni decir ni entender puedo;
porque es tan discreta, què
necesita de comento.

Cómo se ausenta un amante
quedándose al mismo tiempo,
cómo se va sin partirse
y está cerca estando lejos,
es una filosofía
que Amor pone en sus cuadernos,
que ni Aristóteles supo
ni la conoció Galeno,
donde la cuestión, reñida
por tan agudos ingenios,
de præsentia bilocata,
resuelve sin argumentos.
Y de esto no hay qué decir,
porque hay tanto dicho de esto,
que fuera más trasladar
que decir algo de nuevo.
Pero cómo será en ti
esta ausencia, es lo que entiendo
que, aunque llegue el tanto monta,
no disolverá el enredo.
Porque tú eres como nadie,
mi señor es como *nemo*,
tú sola como tú propia,
y mi señor como él mesmo.
Luego tu ausencia no puede,
en la causa ni el efecto,
de los amantes vulgares
seguir el común sendero.
Luego muy bien digo yo
que es imposible saberlo;
luego también es decirse,
con más otros cien mil luegos.
Esto supuesto, señora,

sólo preguntaros quiero
¿por qué fue a Chalma el marqués?,
que es el segundo *no entiendo*.
Todos dicen que fue a holgarse;
yo, señora, no lo creo:
porque ¿cómo puede holgarse
quien se apartó de tu cielo?
Quien se aparta de la gloria
se va a la pena derecho,
que basta la privación
sin positivo tormento:
pues ¿cómo puede hacer tal
quien de galán y discreto,
cortesano y entendido,
se está a sí mismo excediendo?
Lo que sí, señora, yo
acá a mis solas me pienso,
es que a aquel santo retiro
se va a meter recoleto:
que de gozar sin trabajo
todo el bien que en ti le dieron,
quizá tiene en su conciencia
algunos remordimientos;
y así, por que no le quede
escrúpulo al poseerlo,
para merecer mirarte
quiere no verte algún tiempo:
que aunque sois tan para en uno,
es mi señor tan atento,
que no merecer pensara,
si pensara merecerlo;
y por que le debas tú,
en tan duro apartamiento,
las carencias de la vista,

los anhelos del deseo,
quiere carecer de ti
para tu mayor aprecio,
porque carecer del bien
le da más merecimiento.
La salud aprecia el sano,
pero más, si estuvo enfermo;
y el que ve, estima la vista,
mas no como el que fue ciego.
Las cosas se ven mejor
por sus contrarios extremos,
y lo blanco luce más
si se pone junto al negro.
Apártese, pues, señora,
de ti tu querido dueño,
por que el valor se conozca
de tenerte y de tenerlo;
y tráigale Dios con bien,
logrando, en vínculo eterno,
la unión de vuestras dos almas,
la presencia de los cuerpos,
a gozar, en vuestro hermoso,
feliz, heroico heredero,
el ver vuestras dos mitades
unidas en un supuesto.

31

A la misma excelentísima señora, alegórico regalo de Pascuas, en unos peces que llaman bobos, y unas aves.

Allá van, para que pases
gustosas Pascuas, señora,

con aquesos bobos versos,
aquesas gallinas coplas.
Como quien soy te regalo,
como quien eres perdona,
y ambas habremos cumplido
con todo lo que nos toca.
Tú eres reina, y yo tu hechura;
tú deidad, yo quien te adora;
tú eres dueño, yo tu esclava;
tú eres mi luz, yo tu sombra.
Yo no tengo qué ofrecerte:
pues de mi misma persona,
por más antiguo derecho
es tu hermosura acreedora.
Y si ahora quiero darme
en retorno de sus honras,
será cometer un robo
por hacer una lisonja;
y querer satisfacer
la deuda a su propia costa,
no es cumplir con la conciencia
sino con la ceremonia.
Pero quien a las deidades
pone víctimas devotas,
de los mismos beneficios
los beneficios retorna.
¿No es todo de las deidades?
¿A su influjo no se adornan
de vida y sentido el bruto,
las plantas de fruto y hojas?
Con su beneficio el campo
doradas espigas brota;
pace el cordero, y las plantas
destilan fragantes gomas;

y no obstante, vemos què
sobre sus aras se corta
a aquél el cuello, y que el ámbar
es exhaladas aromas.
Pues así yo, nuevamente,
a tus plantas generosas
mi esclavitud ratifico
con reiteradas memorias.
Recibe, divina Lisi,
de una alma que se te postra,
el deseo de ser muchas
por que de muchas dispongas.
Y dale a tu invicto esposo
días y años; pues tú sola
como sol darás los años,
y los días como aurora:
dale con tus ojos luces,
el Oriente con tu boca,
con tu semblante las Pascuas,
y con tu cielo las glorias.
Y al hermoso Josef mío,
sucesión tuya dichosa,
dale de mi parte muchos
besapiés y besaboca,
mientras yo le pido a Dios
que te acuerdes, gran señora,
que nací para ser tuya,
aunque tú no lo conozcas.
Esto va sonando a quejas,
y no es ocasión ahora;
en pasándose los años
habrá lugar para todas.

32

Porque nació en Julio su primogénito, le anuncia prosperidades a la señora virreina, con no más que astrólogo deseo.

Rey coronado del año,
ostenta su imperio Julio,
siendo, por lo Julio, César,
y por lo César, Augusto.
Mas no de grandeza tanta
es proporcionado asunto
el coronado, rugiente,
abrasado signo suyo;
ni menos el que el romano
primer monarca le impuso,
en el triunfo de su nombre,
todo el nombre de sus triunfos:
sino porque, en el espacio
de su sucesivo curso,
nació un sol, a cuyos rayos
quedó todo el sol obscuro.
Nació una fragante rosa,
de cuyos candores puros,
cuando más galán se adorna,
aun no es el mayo dibujo.
Nació un florido pimpollo
de regio tronco fecundo,
que, sin dejar de ser flor,
se está sazonando fruto.
Nació en un fondo diamante
un misterioso carbunco
que a la más obscura noche
presta resplandor dïurno.

Nació, de aromas reales
entre los sagrados humos,
más bello flamante Fénix
que el que el Arabia produjo.
Nació un Marte en un Adonis,
que en lo bello y lo robusto
da a las letras y a las armas
felicísimos anuncios.
Nació una cifra de cuanto
la Naturaleza supo
formar. Nació, en fin, Josef:
ya lo dije todo junto.
¡Oh, quiera, divina Lisi,
el Cielo, de quien trasunto
su belleza es, que también
le parezca en lo diuturno!
¡Oh, quiera Dios que le veas
como alto sucesor tuyo,
si en la herencia sin primero,
en las glorias sin segundo!
¡Oh, quiera el Cielo que yo,
cantando en mi plectro rudo,
dé noticias de sus hechos
a los dos polos del mundo!
Para que digas ufana,
aunque es tu sucesor uno:
“Parí uno; pero León,
que no le equivalen muchos”.

33

Debió la Austeridad de acusarla tal vez el metro; y satisface con el poco tiempo que empleaba en escribir a la señora virreina las Pascuas.

Daros las Pascuas, señora,
es en mí gusto, y es deuda:
el gusto, de parte mía;
y la deuda, de la vuestra.
Y así, pese a quien pesare,
escribo, que es cosa recia,
no importando que haya a quièn
le pese lo que no pesa.
Y bien mirado, señora,
decid, ¿no es impertinencia
querer pasar malos días
porque yo os dé Noches Buenas?
Si yo he de daros las Pascuas,
¿qué viene a importar que sea
en verso o en prosa, o còn
estas palabras o aquéllas?
Y más, cuando en esto corre
el discurso tan apriesa,
que no se tarda la pluma
más que pudiera la lengua.
Si es malo, yo no lo sé;
sé que nací tan poeta,
que azotada, como Ovidio,
suenan en metro mis quejas.
Pero dejemos aquesto;
que yo no sé cuál idea
me llevó, insensiblemente,

hacia donde non debiera.
Adorado dueño mío,
de mi amor divina esfera,
objeto de mis discursos,
suspensión de mis potencias;
excelsa, clara María,
cuya sin igual belleza
sólo deja competirse
de vuestro valor y prendas:
tengáis muy felices Pascuas;
que aunque es frase vulgar ésta,
¿quién quita que pueda haber
vulgaridades discretas?
Que yo, para vos, no estudio:
porque de amor la llaneza
siempre se explica mejor
con lo que menos se piensa.
Y dádselas de mi parte,
gran señora, a su Excelencia,
que, si no sus pies humilde,
beso la que pisan tierra.
Y al bellísimo Josef,
con amor y reverencia,
beso las dos, en que estriba,
inferiores azucenas.
Y a vos, beso del zapato
la más inmediata suela;
que con este punto en boca
sólo, callaré contenta.

Coplas de música, al celebrar los años de su Majestad la señora virreina condesa de Paredes.

Círculos de luces cumple
hoy el mayor luminar
que en imperios de zafir
huella campos de cristal.
Para celebrar de Carlos
el venturoso natal,
si no son nuevos los rayos,
parece que lucen más.
Aunque es Carlos mejor sol,
no llega el sol a envidiar
su luz: que ignora la envidia
exceso tan desigual.
Con demostración luciente,
al mundo quiere mostrar
que quien su deidad venera
no envidia su majestad.
Ambos el mundo poseen;
mas con tal disparidad,
que el sol es para servir
y Carlos para mandar.

35

Coplas para música, en festín de cumplimiento de años de su Majestad.

En hora buena el gran Carlos
sus felices años cumpla:
dichosos, porque los vive;
grandes, porque los ocupa.
En hora buena, en obsequio

de su Majestad augusta,
de su resplandor ministros
todos los astros concurran.
En hora buena en su rostro,
que los dos mundos ilustra,
brillen encendidas flores,
florecientes rayos luzgan.
En hora buena su mano
gloriosamente introduzga
en los dos mundos su yugo,
a los dos mares coyunda.
De América, en hora buena,
huelle la cerviz robusta,
que adora, en el pie que besa,
la mano que la sojuzga.
Su vida, en buena hora, sea
de muchas vidas la suma,
por que como muchas dure
la que vale más que muchas.

36

Da cuenta una de las señoras de tocas del palacio del virrey, de las suertes de año nuevo, al secretario de su Excelencia, don Francisco de las Eras, caballero del orden de Santiago, que le había cabido en suerte suya.

Salud y gracia. Sepades,
señor, que estas damiselas,
que dan con el imposible
mejor garbo a la belleza,
por no olvidar tan del todo
ceremonias palaciegas,
entendidos desahogos

de cortesanas empresas,
donde el amor y el recato
se avienen con tal limpieza,
que pasando a ser cariño
no dejan de ser decencia,
o porque aqueste año nuevo
las pusiese como nuevas,
y salir de veinticinco
aunque salgamos de ochenta
(que ya sabéis que componen,
en la aritmética nuestra,
rendimientos y no días
los años de la belleza),
o porque el favor, que vive
del desdén en la aspereza
atado, un día en el año
tenga una poca de suelta,
o porque la voluntad,
saliendo del ocio, pueda
con un poco de ejercicio
legitimarse potencia,
quisieron sacar galanes
en que cada Venus tenga
a quien amar como Adonis,
quien como Marte la quiera.
Mas por que no pareciese
que pasaba esta licencia
a profanar del recato
las leyes siempre severas,
o que de la voluntad
(por razón o por estrella)
se inclinaba aquella esquiva
soberana indiferencia,

y que de la damería
se ajaban las preeminencias
(que en México también hay
su poquito de etiqueta),
cometieron a la suerte
que, compromisaria recta,
a cada dama le diese
amante, quiera o no quiera.
Y ella, que árbitro se vio
y dueño de tanta exenta
libertad, que aún del amor
ignora la dulce fuerza,
echó por esos galanes,
y viendo sus gentilezas,
y que eran todos sin peros,
escogidos como en peras,
dijo: “Salga el que saliere,
pues a la dama más bella,
59 aunque cualquiera la salga,
la habrá de salir cual quiera”.
Empezó a sacar las suertes
con tal ajuste y destreza,
que hizo entonces el acaso
más que la elección pudiera:
a don Juan salió Matilde,
cuyas dulces niñas bellas
son acreedoras de Amor
a las más doradas flechas;
a don Miguel, Amarilis,
beldad en cuya cadena
en dulce esclavitud gimen
tantas libertades presas;
a don Carlos salió Julia,
para que, en mejor esfera,

sepa nueva astrología,
que se incluye en dos estrellas;
Silvia a Guevara, con cuya
belleza, donaire y prendas,
es un desairado el garbo,
la discreción una necia;
a don Luis le cupo Lisi,
a don Alonso, Marcela,
a don Teobaldo, Felicha,
y a don Manuel salió Celia.
Y a vos, por el más galán
(dicho en paz de todos sea,
pues no es bien llegue a los hombres
la mujeril competencia),
os cupo, claro se estaba,
lo peor, que es cosa cierta
que no se aviene Fortuna
jamás con Naturaleza;
antes, enemiga siempre
y a su dictamen opuesta,
lo que ella desdeña, ampara;
lo que ella ampara, desdeña.
Yo pienso que lo hace adrede,
y no acaso, como piensan,
y que tiene, en hacer mal,
su poquita de advertencia,
pues, al uso de las lindas,
anda forjando, soberbia,
de méritos ultrajados
los triunfos de su grandeza.
Ella es Fálaris de gustos,
ella es Nerona de haciendas,
que hace de abrasadas Romas
luminarias en sus fiestas.

Mas no quiero murmurarla,
que no es razón que se entienda
que a quien debo un beneficio,
le pago con una ofensa.
En la suerte, en fin, señor,
ella (como siempre ciega)
por serme a mí favorable
anduvo con vos adversa.
Saliéronnos parecidas
las suertes, de esta manera:
la vuestra, como mi cara;
la mía, como la vuestra.
No os ofendió en esto nada,
pues antes dispuso, cuerda,
que a vista de un mal empleo
resalten más vuestras prendas.
No fuera el sol tan lucido
si a su dorada madeja
tal vez, por negras lazadas,
no adornaran nubes densas;
no ostentara el monte altivo
su robusta corpulencia,
si la bajeza del valle
no adorara su grandeza;
no saliera tan hermosa
la aurora vertiendo perlas,
si no avivaran sus luces
los lejos de las tinieblas;
no campara de florida
lozana la primavera,
si no viniera el estío
pisando sus verdes huellas;
no presumiera en el prado

de cándida la azucena,
si no la hiciera lucir
lo obscuro de la violeta;
no fuera del fuego tanta
la ferocidad hambrienta,
si la oposición del frío
no esforzara su violencia.
Tened, pues, conformidad
con lo que la suerte ordena,
si os da lo que merecéis
dándoos a quien no os merezca,
pues para daros ejemplo
la tienen, sin resistencia,
sol, primavera y aurora,
fuego, monte y azucena.
Ella, en fin, quiso (comprando
mi gloria con vuestra pena)
que vuestro mérito baje
por que suba mi bajeza.
Y yo, por el beneficio
en debida recompensa,
ofrecí en sus sacras aras
un secretario de cera.
Ofrecí más: en memoria
del año feliz que empieza,
los que se siguen, volver
a contarlos por *las Eras*.
De las suertes la memoria
sumariamente es aquésta;
si Fortuna os la dio mala,
Dios os la depare buena.

Aplaude lo mismo que la Fama en la sabiduría sin par de la señora doña María de Guadalupe Alencastre, la única maravilla de nuestros siglos.

Grande duquesa de Aveiro,
cuyas soberanas partes
informa cavado el bronce,
publica esculpido el jaspe;
alto honor de Portugal,
pues le dan mayor realce
vuestras prendas generosas
que no sus quinas reales;
vos, que esmaltáis de valor
el oro de vuestra sangre,
y, siendo tan fino el oro,
son mejores los esmaltes;
Venus del mar lusitano,
digna de ser bella madre
de Amor, más que la que a Chipre
debió cuna de cristales;
gran Minerva de Lisboa,
mejor que la que, triunfante
de Neptuno, impuso a Atenas
sus insignias literales;
digna sólo de obtener
el áureo pomo flamante
que dio a Venus tantas glorias
como infortunios a Paris;
cifra de las nueve Musas,
cuya pluma es admirable
arcaduz, por quien respiran
sus nueve acentos süaves;
claro honor de las mujeres,
de los hombres docto ultraje,

que probáis que no es el sexo
de la inteligencia parte;
primogénita de Apolo,
que de sus rayos solares
gozando las plenitudes,
mostráis las actividades;
presidenta del Parnaso,
cuyos medidos compases
hacen señal a las Musas
a que entonen o que pausen;
clara Sibila española,
más docta y más elegante
que las que en diversas tierras
veneraron las edades;
alto asunto de la Fama,
para quien hace que afanes
del martillo de Vulcano
nuevos clarines os labren:
Oíd una Musa que,
desde donde fulminante
a la Tórrida da el sol
rayos perpendiculares,
al eco de vuestro nombre,
que llega a lo más distante,
medias sílabas responde
desde sus concavidades,
y al imán de vuestras prendas,
que lo más remoto atrae,
con amorosa violencia
obedece, acero fácil.
Desde la América enciendo
aromas a vuestra imagen,
y en este apartado polo
templo os erijo y altares.

Desinteresada os busco:
que el afecto que os aplaude
es aplauso a lo entendido
y no lisonja a lo grande.
Porque ¿para qué, señora,
en distancia tan notable
habrán vuestras altiveces
menester mis humildades?
Yo no he menester de vos
que vuestro favor me alcance
favores en el Consejo
ni amparo en los tribunales;
ni que acomodéis mis deudos,
ni que amparéis mi linaje,
ni que mi alimento sean
vuestras liberalidades.
Que yo, señora, nací
en la América abundante,
compatrïota del oro,
paisana de los metales,
adonde el común sustento
se da casi tan de balde,
que en ninguna parte más
se ostenta la tierra madre.
De la común maldición
libres parece que nacen
sus hijos, según el pan
no cuesta al sudor afanes.
Europa mejor lo diga,
pues ha tanto que, insaciable,
de sus abundantes venas
desangra los minerales,
y cuantos el dulce lotos

de sus riquezas les hace
olvidar los propios nidos,
despreciar los patrios lares,
pues entre cuantos la han visto,
se ve con claras señales
voluntad en los que quedan
y violencia en los que parten.
Demás de que, en el estado
que Dios fue servido darme,
sus riquezas solamente
sirven para despreciarse:
que para volar segura
de la religión la nave,
ha de ser la carga poca
y muy crecido el velamen;
porque si algún contrapeso
pide para asegurarse,
de humildad, no de riquezas,
ha menester hacer lastre.
Pues ¿de qué cargar sirviera
de riquezas temporales,
si en llegando la tormenta
era preciso alijarse?
Conque por cualquiera de estas
razones, pues es bastante
cualquiera, estoy de pediros
inhibida por dos partes.
¿Pero adónde de mi patria
la dulce afición me hace
remontarme del asunto
y del intento alejarme?
Vuelva otra vez, gran señora,
el discurso a recobrarse,

y del hilo del discurso
los dos rotos cabos ate.
Digo, pues, que no es mi intento,
señora, más que postrarme
a vuestras plantas, que beso
a pesar de tantos mares.
La siempre divina Lisi,
aquella en cuyo semblante
ríe el día, que obscurece
a los días naturales;
mi señora la condesa
de Paredes (aquí calle
mi voz, que dicho su nombre
no hay alabanzas capaces);
ésta, pues, cuyos favores
grabados en el diamante
del alma, como su efigie,
vivirán en mí inmortales,
me dilató las noticias
ya antes dadas de los padres
misioneros, que pregonan
vuestras cristianas piedades,
publicando cómo sois
quien con celo infatigable
solicita que los triunfos
de nuestra fe se dilaten.
Ésta, pues, que sobre bella,
ya sabéis que en su lenguaje
vierte flores Amaltea
y destila Amor panales,
me informó de vuestras prendas,
como son y como sabe,
siendo sólo tanto Homero
a tanto Aquiles bastante.

Sólo en su boca el asunto
pudiera desempeñarse,
que de un ángel sólo puede
ser coronista otro ángel.
A la vuestra, su hermosura
alaba, porque envidiarse
se concede en las bellezas
y desdice en las deidades.
Yo, pues, con esto movida
de un impulso dominante,
de resistir imposible
y de ejecutar no fácil,
con pluma en tinta, no en cera,
en alas de papel frágil
las ondas del mar no temo,
las pompas piso del aire,
y venciendo la distancia
(porque suele a lo más grave
la gloria de un pensamiento
dar dotes de agilidades),
a la dichosa región
llego, donde las señales
de vuestras plantas me avisan
que allí mis labios estampe.
Aquí estoy a vuestros pies
por medio de estos cobardes
rasgos, que son podatarios
del afecto que en mí arde.
De nada puedo serviros,
señora, porque soy nadie;
mas quizá por aplaudiros
podré aspirar a ser alguien.
Hacedme tan señalado

favor, que de aquí adelante
pueda de vuestros crïados
en el número contarme.

38

Habiendo el doctor don Josef de Vega y Vique, asesor general del excelentísimo señor marqués de la Laguna, escrito unos versos en alabanza a otros de la poetisa, le escribe este romance.

¡Válgame Dios! ¿Quién pensara
que un pobre romance mío,
que para salir de madre
hubo menester padrino,
mereciera aquella ofensa
que me hacéis?: pues imagino
que es vituperio, y no elogio,
la alabanza en el indigno:
que a los defectos por sí,
cuando carecen de aliño,
el mirarlos como malos
los hace desatendidos:
que como en la inadvertencia
está el reparo dormido,
tienen de no censurados
lo que de no conocidos;
pero si exterior adorno
es de la vista atractivo,
lo que buscó para aplauso
suele hallar para castigo.
Cuando el rozagante traje
adorna al disforme simio,
tanto está más fiero, cuanto

provoca más a ser visto;
la oposición, nadie ignora
cuánto refuerza los bríos,
y que un contrario se alienta
a vista de su enemigo;
cuando el frío y el calor
llegan a verse vecinos,
está más ardiente el fuego,
está más helado el frío;
cuando destierran la noche
del sol los dorados rizos,
parece ella más obscura
y él parece más lucido.
Pues siendo esto así, señor,
decidme: ¿con qué motivo
me hicisteis aquel agravio
con capa de beneficio?
¿No veis que es querer que, juntos
vuestros versos a los míos,
hagan vuestras perfecciones
más disformes mis delirios?
¿Vos ocupado en mi elogio,
cuando a ser asunto digno
vuestro, es poco el movimiento
de los celestiales giros;
cuando diera el sol sus rayos
a que os sirvieran de estilos,
y os ministraran los cielos
los azules pergaminos;
cuando, si que lo alabarais
pensara el prado florido,
hicierais costa a las flores
de buscar nuevos aliños;
cuando, a temer que haríais vos

de sus versos escrutinio,
mandara con más razón
quemar la *Eneida* Virgilio;
cuando, si os viera maestro
de su Alejandro, Filipo,
con más justa causa hiciera
a sus dioses sacrificio;
y si el Macedón, vivir
viera en los preservativos
aromas vuestros, sus glorias
a los venideros siglos,
no tuviera, al contemplar
los hechos de los argivos,
ni a Aquiles por tan dichoso
ni a Homero por tan divino;
cuando, si César gozara
vuestro numen descriptivo,
solicitara, en sus hechos,
aumentarlos, no escribirlos?
¿Vos, a quien por Ptolomeo
veneraran los egipcios,
por Solón los atenienses,
los romanos por Pompilio,
los árcades por Apolo,
por Fidón los de Corinto,
los magnesios por Platón
y los cretenses por Minos?
Porque ¿qué Dracón, qué Eaco,
qué Mercurio Trismegisto,
qué Deucalión, qué Licurgo,
qué Belo, qué Tulio Hostilio,
qué Saturno, qué Carondas,
qué Filolao, qué Anicio,

qué Samolio, qué Seleuco,
qué Rómulo, qué Tranquilo
llegaron a vuestras letras,
cuando todos los antiguos
legisladores apenas
os pueden servir de tipos?
Pues a faltar todos ellos,
pudiera vuestro juïcio
sostituïr ventajoso
por sus inmensos escritos;
y así, la Naturaleza,
como envidiosa, previno
las ciencias, por excusar
el que les dierais principio.
Mas ¿qué importó, si en el modo
de estudio tan exquisito,
pues las sabéis como nadie,
las deprendéis de vos mismo?
Sois un código animado,
pues si *a colligo* se dijo
código, ¿quién como vos
las leyes ha recogido?;
y si se dijo *a cogendo*,
¿quién como vos ha sabido
al imperio de las leyes
sujetar los albedríos?:
que el triplicado Digesto
tenéis ya tan digerido,
que aún tenéis calor para otros
quincuagenarios de libros.
Pandectas mejores sois,
que si esto suena lo mismo
que *comprender*, vos más que ellas
lo habéis todo comprendido.

En fin, no hay constituciones,
institutas, ni concilios,
ni extravagantes, de quien
no sepáis vos el camino.
Y esto, ¡aun vaya con Dios, que es
profesión que habéis seguido,
y aunque ser en ella docto
es mérito, no es prodigio!
Mas que también seáis poeta,
es cosa que, al referirlo,
han de perder los ingenios
el juicio que no han tenido.
Cuando tan graves negocios
dependen de vuestro arbitrio,
descansando en vuestros hombros
el americano Olimpo,
¿quién no quedará admirado
de que allá, en vuestros retiros,
juntéis el *Juris privato*
con el *Calescimus illo;*
y que, sin dejar de Astrea
el siempre igual equilibrio,
junto a lo *Juris-prudente*,
tengáis lo *Musae-perito;*
y que no esté en el Parnaso
sin vuestra fe de registro,
ni la obscuridad de Persio
ni la claridad de Ovidio?
Pues no igualan vuestros versos
un Homero, un Vario Livio,
un Andrónico, un Lucano,
un Marcio, un Montano Emilio,
un Licofronte, un Alceo,

un Nevio, un Sexto Turpilio,
un Filóxeno, un Terpandro,
un Sófocles, un Esquilo,
un Cornelio Galo, un Accio,
un Tito Valgio, un Atilio,
un Sexto Aurelio, un Propercio,
un Lucio y Clodio Sabino.
Tanto, que pudierais ser
(si hubierais antes nacido)
para Escipïón un Ennio,
para Alejandro un Querilo,
un Virgilio para Augusto,
para Domiciano un Sirio,
para Graciano un Ausonio,
y un Menandro al rey de Egipto.
Pues ya, si fuera el asunto
la alabanza de una Clío,
de una Erinna, de una Safo,
de una Artemia, de una Fito,
de Corinna, o de Minerva,
o de Zenobia, que hizo
con su pluma más ilustres
los hechos alejandrinos;
de la hija de Tiresias,
o hermana de Cornificio,
de la mujer de Lucano
o la madre de Aristipo;
de aquel délfico milagro
o de aquel espanto libio,
de aquel itálico pasmo
o de aquel asombro frigio;
o de la excelsa duquesa
de Aveiro, de nuestro siglo

honra y corona, y gloriosa
afrenta de los antiguos,
en cuya divina pluma,
en cuyos altos escritos,
España goza mejores
oráculos sibilinos,
197 y de otras muchas con quien
la Naturaleza quiso
borrar el vulgar oprobio
del género femenino,
fuera digno asunto vuestro.
Pero alabar versos míos,
bien pudo ser alabanza,
pero pareció capricho
por descansar del ahogo
de los estudios prolijos
(que hasta el saber cansa, cuando
es el saber por oficio),
bien como se divertían
de más molesto ejercicio,
con un mosquito, Marón,
y con una pulga, Ovidio.
Quien viere vuestro romance
podrá decir lo que a Egipto,
que una pirámide tal
erigió para un mosquito,
y… Mas hételo Guevara,
que ya llega muy preciso
por el romance, y me quita
lo que iba a decir, del pico.

Antepone las medras de quien se halla favorecido, al sentimiento de su ausencia, y le da el parabién de su mismo pesar.

Señor don Diego Valverde
(y no os parezca despego
no decir *mío*, que fue
porque no cupo en el verso,
aunque su estrechez ceñida
poco embaraza mi afecto,
pues lo que no cabe en él
sabéis que cabe en mi pecho,
y supuesto, señor mío,
bien que el serlo no es supuesto,
porque siempre que os declino
es por *meus, mea, meum)*,
vamos a lo principal,
aunque por difícil tengo
apartarme de un cariño
por acercarme a un respeto.
Un pláceme quiero daros;
no os admiréis si no acierto
a dárosle, porque mal
puedo dar lo que no tengo:
porque ¿qué gusto me pueden
causar a mí vuestros puestos,
si cuanto os miro más alto
tanto estáis de mí más lejos?
Pero por cumplir con ambos,
en el pesar y el contento,
el parabién os remito
y con el pésame quedo.
¿No habéis visto, cuando muere
un monarca, que su reino

hace exequias al difunto,
y fiestas al heredero,
juntando a un tiempo, leal,
los dos distantes extremos
de aclamaciones del vivo
con los sollozos del muerto,
en que tan equivocados
al pesar y al gusto vemos,
que es todo llantos el gusto
y el pesar todo festejos?
Pues así yo, combatida
de tan contrarios afectos
como el gusto que lográis
y la pena de perderos,
en dos mitades del alma
festiva y llorosa a un tiempo,
mi muerta esperanza lloro
y vuestras dichas celebro.
Pero, pues debe ceder
a vuestro bien mi provecho,
aunque deje mi alegría
quejoso a mi sentimiento,
venza vuestro bien mi mal,
pues conoceréis en esto
que os quiero más para vos
de lo que para mí os quiero.
Sed vos feliz, sed dichoso,
gozad de honores supremos,
aunque sean mis pesares
de vuestros gustos el precio.
Carezcan de vos mis ojos,
si ha de ser para bien vuestro;
que antepone mi fineza
el veros feliz, al veros.

Carecer por vos de todo,
no hubiera sido en mi afecto
fineza, que aun lo insensible
lo hace, por irse a su centro;
pero carecer de vos,
atenta a vuestros aumentos,
digan si ha sido fineza
vuestras prendas y mi aprecio.
Y más, cuando es del partido
tan ventajoso el exceso,
que tanto más que ganáis
viene a ser lo que yo pierdo,
pues lo que yo pierdo en vos
sois vos; y esto presupuesto,
multiplicad vuestras medras,
que por fuerza serán menos.
¡Qué de cosas os dijera
de éstas, señor! Pero temo
que desaliñen las voces
lo que pulen los afectos,
o también que penséis vos,
con los encarecimientos,
que pretende mi fineza
la baja usura del premio.
Pero bien sabéis que son
tan nobles mis pensamientos,
que pretendo sólo el lauro
de que ninguno pretendo.
Y también sabéis que, como
es mi amor de entendimiento,
no ha menester de la vista
materiales alimentos,
pues radicado en el alma,

independiente y exento,
desprecia de los sentidos
el inútil ministerio.
Mucho dista el sol luciente
de la tierra, y no por eso
dejan en ella sus rayos
de producir sus efectos.
Por más que doblen distancia
esos claros once espejos,
¿dejan de imperar los astros
en los sublunares cuerpos?
¿Les pueden a sus influjos
ser de algún impedimento
las raridades del aire
ni los ardores del fuego?
No; luego menos, señor,
podrán impedir quereros,
golfos de tierra envidiosos,
muros de mar interpuestos,
pues mayor que su distancia
es, para obrar en mi pecho,
la actividad de la esfera
de vuestros merecimientos.
Mas no de esto infiráis què
sin vos gustosa estar puedo:
que una cosa es el amor
y otra cosa es el contento,
que bien veis que son dos causas
muy distintas, y que a un tiempo
el amor puede ir a más
y el gusto puede ir a menos.
Y así, vuestra ausencia el alma,
con dos distintos respectos,

la ignora, cuanto al olvido,
la sabe, cuanto al tormento.
De aquesto no os digo más,
pues sé, de vuestro talento,
que aunque de esto poco os diga,
sabéis vos lo que hay en esto.
A mi señora doña Ana,
vuestro digno hermoso empleo,
dad de mi parte un abrazo,
y cobrádselo en lo mesmo;
que si acepta la libranza,
no hay duda que quedaremos,
yo sin la deuda, gustoso
vos, y todos tan contentos.
Y a mi señor don Gregorio
le diréis que en Dios espero
verlo Magno, cuando no
Taumaturgo Nazianceno.
Las cosas de por acá
se están así, que es el reino
malo para Ática, porque
no tiene nada de nuevo.
Y así no hay qué noticiaros,
porque es ya todo tan viejo,
que el *nihil sub sole novum*
tienen todos en proverbio.
Sólo de sus Excelencias
hay mucho que decir; pero
son sus Excelencias tales,
que no hay qué decir en esto.
Tan innato en su Excelencia
es el juzgar bien y recto,
que parece que nació
a ser juez hecho y derecho:

Radamanto con Eaco
y Minos, si a su gobierno
se comparan, pueden irse
a sentenciar al infierno.
Mi señora la marquesa,
aquel divino portento
en que cada parte es ùn
todo de lo más perfecto,
a cuyas sagradas luces
son, aun los mismos respetos,
Ícaros de mejor sol,
Faetontes de más incendios,
querérosla copiar, fuera
pretender mi atrevimiento
copiar las flores a mayo
y las estrellas al cielo:
en quien tienen, cuerpo y alma
un tan indeciso pleito,
que de cuál vence, se están
en *utrum* los argumentos.
Una gramática nueva
es su hermosura y talento,
donde el *más* se verifica
sin que se suponga el *menos*.
No hay lógico que se atreva
a definir cómo, siendo
sólo un término, en él solo
se da relación y exceso.
Ni yo sé cómo os explique
este enigma; sólo entiendo
que aquello parece más,
que se imagina primero,
porque como a su beldad
es corto el conocimiento,

para comprenderla toda
va de concepto en concepto,
y como no puede junta
comprenderla, sólo aquello
que está entonces ponderando
le parece más perfecto;
pero en volviendo los ojos
a mirar al otro extremo,
vuelve a suspender al juicio,
neutral, el entendimiento.
En fin, por hablar de gloria,
os la nombré a lo postrero;
que es pronóstico a mi dicha
ser mi fin su hermoso cielo.

40

A la merced de alguna presea que la excelentísima señora doña Elvira de Toledo, virreina de México, la presentó, corresponde con una perla y con este romance, de no menor fineza [que el] que envió desde México a la excelentísima señora condesa de Paredes.

Hermosa, divina Elvira,
a cuyas plantas airosas,
los que a Apolo son laureles
aun no las sirven de alfombra;
a quien Venus y Minerva
reconocen, envidiosas,
la ateniense, por más sabia,
la cipria, por más hermosa;
a quien si el pastor ideo
diera la dorada poma,

lo justo de la sentencia
le excusara la discordia,
pues a vista del exceso
de tus prendas generosas,
sin esperar al examen
te cediera la corona;
tú que impedirle pudieras
la tragedia lastimosa
a Andrómeda, y de Perseo
el asunto a la victoria,
pues mirando tu hermosura
las Nereidas, ambiciosas,
su belleza despreciaran
y a ti te envidiaran sola:
Ese concepto oriental
que del llanto de la aurora
concibió concha lucida,
a imitación de tu boca,
en quien la naturaleza,
del arte competidora,
siendo forma natural
finge ser artificiosa,
quizá porque en su figura
erudición cierta y docta
a fascinantes contagios
da virtud preservadora,
con justa razón ofrezco
a tus aras victoriosas,
pues, por tributo del mar,
a Venus sólo le toca.
Bien mi obligación quisiera
que excediera, por preciosa,
a la que líquida en vino
engrandeció egipcias bodas,

o a aquella que, blasón regio
de la grandeza española,
nuestros católicos reyes
guardan, vinculada joya.
Pero me consuela el ver
que, si tu tocado adorna,
con prestarle tú el oriente
será más rica que todas:
que el lucir tanto los astros
que del cielo son antorchas,
no es tanto por lo que son,
como dónde se colocan.
Recíbela por ofrenda
de mi fineza amorosa,
pues para ser sacrificio
no en vano quiso ser hostia:
mientras yo, para la prenda
de tu mano generosa,
como para mejor perla,
del corazón hago concha.

41

Romance de pintura no vulgar, en ecos, de la excelentísima señora condesa de Galve, virreina de México.

El soberano Gaspar
par es de la bella Elvira:
vira de Amor más derecha,
hecha de sus armas mismas.
Su ensortijada madeja
deja, si el viento la enriza,
riza tempestad, que encrespa

crespa borrasca a las vidas.
De plata bruñida plancha,
ancha es campaña de esgrima;
grima pone el ver dos marcos,
arcos que mil flechas vibran.
Tiros son, con que de enojos,
ojos que al alma encamina,
mina el pecho que, cobarde,
arde en sus hermosas iras.
Árbitro, a su parecer,
ser la nariz determina:
termina dos confinantes,
antes que airados se embistan.
De sus mejillas el campo
ampo es, que con nieve emprima
prima labor, y la rosa
osa resaltar más viva.
De sus labios, el rubí
vi que color aprendía;
prendía, teniendo ensartas
sartas dos de perlas finas.
Del cuello el nevado torno
horno es, que incendios respira;
pira en que Amor, que renace,
hace engaños a la vista.
Triunfos son, de sus dos palmas,
almas que a su sueldo alista;
lista de diez alabastros:
astros que en su cielo brillan.
En lo airoso de su talle
halle Amor su bizarría;
ría de que, en el donaire,
aire es todo lo que pinta.

41 Lo demás, que bella oculta,
culta imaginaria admira;
mira, y en lo que recata,
ata el labio, que peligra.

42

A la misma señora, en ocasión de cumplir años.

Si el día en que tú naciste,
bellísima, excelsa Elvira,
es ventura para todos,
¿por qué no lo será mía?
¿Nací yo acaso en las hierbas,
o crïéme en las ortigas?
¿Fue mi ascendiente algún risco,
o mi cuna alguna sima?
¿No soy yo gente? ¿No es forma
racional la que me anima?
¿No desciendo, como todos,
de Adán por mi recta línea?
¿No hay sindéresis en mí
con que lo mejor elija
y, ya que bien no lo entienda,
por lo menos lo perciba?
Pues ¿por qué no he de ir a verte
cuando todos te visitan?
¿Soy ave nocturna para
no poder andar de día?
Si porque estoy encerrada
me tienes por impedida,
para estos impedimentos
tiene el afecto sus limas:
para el alma no hay encierro
ni prisiones que la impidan,
porque sólo la aprisionan
las que se forma ella misma;

sutil y ágil el deseo,
no hay, cuando sus plumas gira,
solidez que no penetre
ni distancia que no mida.
Mejorados van mis ojos
cuando a verte se destinan,
pues para que ellos te vean
retiró el alma la vista.
Contento con mi carencia
mi respeto, sacrifica,
por el culto que te doy,
el gusto que se me priva.
Entre el gusto y el decoro
quiere la razón que elija
lo que es adoración tuya
antes que la fruición mía.
Yo me alegro de no verte,
porque fuera grosería
que te cueste una indecencia
el que yo logre una dicha.
A objeto tanto, ella sola
llegara menos indigna,
porque nunca a la deidad
los ojos mortales miran.
Allá voy a verte; pero
perdóname la mentira:
que mal puede ir a un lugar
el que siempre en él habita.
Yo siempre de tu asistencia
soy la mental estantigua,
que te asisto y no me sientes,
que te sirvo y no me miras.
Yo, envidiosa de la esfera

dichosa que tú iluminas,
formo de mis pensamientos
las alfombras que tú pisas;
y aunque invisible, allí el alma
te venera tan rendida,
que apenas logra el deseo
desperdicios de tu fimbria.
Mas cierto que del asunto
estoy más de cuatro millas,
que leguas dijera, a no
ser el asonante en *í-a*.
73 Revístome de dar años,
que aunque tan no apetecida
dádiva en las damas, es
de la que tú necesitas,
pues es tan breve el espacio
de tu juventud florida,
que a otras se les darán años,
pero a ti se te dan días.
Yo te los doy; y no pienses
que voy desapercebida
de las alhajas que observa
hoy la etiqueta precisa,
pues si de los años es
una cadena la insignia,
yo tengo la de tu esclava:
mira si hay otra más rica.
Por joyel, un corazón
que en vez de diamantes brilla
el fondo de mi fineza,
el resplandor de mi dicha.
Góceslos como deseo;
como mereces los vivas,
que en lo que quiero y mereces

dos infinitos se cifran:
que, pues vives de lucir,
de los lustros la medida
(pues que se dijo *a lustrando)*
sólo en ti se verifica.
No quiero cansarte más,
porque de que estés es día
hermosa a más no poder
y de adrede desabrida.

43

A la misma excelentísima señora, hallándola superior a cualquier elogio.

Sobre si es atrevimiento,
bella Elvira, responderte,
y sobre si también era
cobardía el no atreverme,
he pasado pensativa,
sobre un libro y un bufete
(por que vayan otros *sobres),*
sobre el amor que me debes,
no sé yo qué tantos días;
porque como tú en ti tienes
reloj de sol, no hay quien mida
lo que vive o lo que muere.
Y si no lo has por enojo,
después que estaba el caletre
cansado asaz de pensar
y de revolver papeles,
resuelta a escribirte ya,
en todos los aranceles
de jardines y de luces,

de estrellas y de claveles,
no hallé en luces ni colores
comparación conveniente,
que con más de quince palmos
a tu hermosura viniese,
con ser que no perdoné
trasto que no revolviese
en la tienda de Timantes
ni en el obrador de Apeles.
Pues a los poetas, ¡cuánto
les revolví los afeites
con que hacen que una hermosura
dure aunque al tiempo le pese!
En Petrarca hallé una copia
de una Laura, o de una duende,
pues dicen que ser no tuvo
más del que en sus versos tiene;
cubierta, como de polvo,
de griego, una copia breve
hallé de Elena, de Homero
olvidada en un retrete;
pues de Virgilio el coturno
no dejó de enternecerse
con Elisa, en el *quam laè-*
ti te genuere parentes;
a Proserpina, en Claudiano,
ni aun me dio gana de verle
la su condenada faz,
llena de hollines y peces;
de Lucrecia la romana,
aquella beldad valiente
persuadiendo honor estaba
a las matronas de allende;
Florinda vana decía

a los moros alquiceles:
“Tanto como España valgo,
pues toda por mí se pierde”;
Lavinia estaba callada,
dejando que allá se diesen
Turno y el *pater* Eneas,
y después, ¡viva quien vence!
En Josefo Marïamne,
al ver que sin culpa muere,
dijo: “Si me mata Herodes,
claro es que estoy inocente”;
Angélica, en Arïosto,
andaba de hueste en hueste
alterando paladines
y descoronando reyes;
en Ovidio, como es
poeta de las mujeres,
hallé que al fin los pintares
eran como los quereres;
y hallé a escoger, como en peras,
unas bellezas de a veinte,
a lo de *¿qué queréis, pluma?,*
que están diciendo *coméme;*
en los prados, más que flores,
en el campo, más que nieves,
en las plantas, más que frutos,
y en las aguas, más que peces;
a la rubia Galatea
junto a la cándida Tetis,
a la florida Pomona
y a la chamuscada Ceres;
a la gentil Aretusa
y a la música Canente,
a la encantadora Circe

y a la desdichada Heles;
a la adorada Coronis,
y a la infelice Semele,
a la agraciada Calisto
y a la jactante Climene,
y a otra gran tropa de ninfas
acuátiles y silvestres,
sin las mondongas, que a aquéstas
guardaban los adherentes;
a la desdeñosa Dafne,
a la infausta Nictimene,
a la ligera Atalanta
y a la celebrada Asterie;
y en fin, la Casa del Mundo,
que tantas pinturas tiene
de bellezas vividoras,
que están sin envejecerse,
cuya dura fama, el Tiempo,
que todas las cosas muerde
con los bocados de siglos,
no les puede entrar el diente,
revolví, como ya digo,
sin que entre todas pudiese
hallar una que siquiera
en el vestido os semeje.
Conque, de comparaciones
desesperada mi mente,
al *¿viste*? y al *así como*
hizo ahorcar en dos cordeles,
y sin tratar de pintarte,
sino sólo de quererte:
porque ésta, aunque culpa, es culpa
muy fácil de cometerse,

y esotra, imposible y culpa;
y a más de culpa, se temen
de Ícaro los precipicios
y de Faetón los vaivenes.
Mira qué vulgar ejemplo,
que hasta los niños de leche
faetonizan e icarizan
la vez que se les ofrece.
Y en fin, no hallo qué decirte,
sino sólo qué ofrecerte,
adorando tus favores,
las gracias de tus mercedes.
De ellos me conozco indigna;
mas eres Sol, y amaneces
por beneficio común
para todos igualmente.
Por ellos, señora mía,
postrada beso mil veces
la tierra que pisas y
los pies, que no sé si tienes.

44

A la misma excelentísima señora, enviándole un zapato bordado según estilo de México, y un recado de chocolate.

Tirar el guante, señora,
es señal de desafío;
conque tirar el zapato
será muestra de rendido.
El querer tomar la mano
es de atrevimiento indicio;
pero abatirse a los pies,

demostración de rendido.
Bien es que, en los vuestros, sè
falsifica este principio,
pues se sube en la substancia
y se baja en el sonido:
que subir a vuestras plantas
es intento tan altivo,
que aun se ignora en lo elevado
la noticia del peligro.
Ni del que osó temerario
circundar el azul giro,
ni del que al planeta ardiente
cera y pluma oponer quiso,
pudiera dar la ruïna
escarmentados avisos;
que no sirven de ejemplares
inferiores precipicios.
Pero ¿adónde me remonto?
Ya parece que los sigo,
pues tan fuera del intento
iba torciendo el camino.
Digo que el día, señora,
de aquel santísimo obispo
en quien no fueron milagros
los milagros, por continuos,
como es día de licor,
éste, aunque no muy bendito,
pues en señal de su origen
lleva el *pulvis es* escrito,
os envía cierto afecto,
que viendo que sois prodigio
de la beldad, por milagro
presume que el santo os hizo.

En ir tan corto el regalo,
va a su dueño parecido;
que al que a los suyos parece,
bendice un refrán antiguo.
Por aquesto va, señora,
tan cobarde y tan sumiso,
que pienso que el mismo Amor
lo dejó por escondido.
Hasta el recado tasado
va, tan mudo y sin ruïdo,
que van guardando secreto
las ruedas del molinillo.
Porque quien es, quiere, haciendo
de Amor verdadero oficio,
pues sois Psiquis en belleza,
que no ignoréis que hay Cupido;
pero no que sepáis cuál;
que fuera necio capricho,
entre desaires de corto,
hacer alardes de fino.
Yo os debo servir, y así
ya sé que en servir no obligo,
ni hago de la deuda obsequio
ni de la paga servicio.
Como no sabéis quién soy,
a la cortedad me animo,
que no hay color en el rostro
cuando está callado el pico.
Así lo pienso tener;
porque solamente cifro
la vanidad de adoraros
en la gloria de serviros.

45

Excusa, discreta, componer y enviar versos.

Ilustre mecenas mío,
cuya nobleza y ingenio
es, de ascendientes tan claros,
una igualdad, y otro exceso;
vos, en quien de los Alfonsos
se triplica lo perfecto,
pues se halla en vuestras partes
el Casto, el Sabio y el Bueno;
vos, a quien Naturaleza
en tan alto nacimiento
hizo agravio, más que halago
en haceros caballero,
pues fue por impedir sólo
el que, naciendo plebeyo,
lo que os negaba la sangre
consiguiese vuestro esfuerzo;
vos, que sobre tanta gala,
tenéis tanto entendimiento,
que anda siempre lo galán
vencido de lo discreto;
en cuya mesura admira,
quien oye vuestros conceptos,
que le deje lo ingenioso
tanto lugar a lo cuerdo;
vos, con cuya autoridad
se aviene tan bien lo atento,
que ni es vulgar lo apacible
ni cansado lo severo:
Recibid aquesos rasgos

que, en mi rústico talento,
fueron de tristeza y ocio
incultos divertimientos.
Esos que en ratos perdidos
formó el discurso travieso
por que no tomase el juicio
la residencia del tiempo,
y por que no pareciese
que era, en culpable sosiego,
cesar de lo operativo
descansar de lo molesto,
pasen por descuidos míos:
pues jamás pensé ponerlos
al examen de los doctos
ni a la censura del pueblo;
ni el que pasasen jamás,
cupiera en mi pensamiento,
de la bajeza de míos
a la elevación de vuestros.
Mas pues vos los pedís, juzgo
que no es el dároslos, yerro;
pues no es don muy corto el què
os tiene de costa el ruego.
Si el ir a vuestra censura
pareciere atrevimiento,
lo que peco en lo que exhibo
subsano en lo que obedezco.
Recibid, pues, de mi pluma
este tan debido obsequio:
que no doy lo que remito
si remito lo que debo.

En cumplimiento de años del capitán don Pedro Velázquez de la Cadena, le presenta un regalo, y le mejora con la cultura de versos elegantes.

Yo, menor de las ahijadas,
al mayor de los padrinos
(por que se unan los extremos
de lo grande y de lo chico),
a vos el suso nombrado,
que no digo el susodicho
por que no lleven resabios
de procesos mis escritos;
a vos, el noble y galán,
que os vienen a un tiempo mismo
lo galán, como pintado,
lo noble, como nacido;
a vos, no sólo el discreto,
sino el único entendido,
pues la misma *Antonomasia*,
aún no os alcanza al tobillo,
tanto, que ya los discretos
a este vocablo pulido
lo llamaron *Pedromasia*,
tomando de vos principio;
a vos, de quien aprender
pudiera a hacer en su siglo
Tácito los documentos
y Platón los silogismos,
Aristóteles lo agudo,
Demóstenes lo bien dicho,
Séneca lo sentencioso
y lo métrico Virgilio,
Augusto, la majestad,
la disposición, Filipo,

lo magnánimo, Alejandro,
y la religión, Pompilio…
Pues luego (que no sabéis,
con primoroso artificio,
ser cortés a lo moderno
y noticioso a lo antiguo),
a vos, el gran cortesano,
que sabéis dar, advertido,
al oro de lo valiente
el esmalte de rendido;
a vos, que de la etiqueta
sabéis tan bien el estilo,
que temo que han de llevaros
a enseñar al Buen Retiro;
a vos, cuya liberal
condición, tan sin ruïdo
da los dones, que se ve
que es el darlos sin sentirlos;
a vos, honor de Occidente,
de la América el prodigio,
la corona de la patria,
de la nación el asilo;
por quien los arroyos nuestros
convocan a desafío
al Danubio y al Eufrates,
al Gange, al Tigris y al Nilo;
por quien la imperial laguna
no sólo a los dos Palicos
lagos aventaja, pero
al Tritonio y al Estigio;
por quien vencen nuestros montes
al Peloro y al Paquino,
al Mongibelo y al Etna,
al Atlante y al Olimpo;

por quien son campos y bosques
animados y floridos,
más locuaces que el Dodóneo,
más amenos que el Elíseo;
por quien América, ufana,
de Asia marchita los lirios,
de África quita las palmas,
de Europa el laurel invicto;
a vos, ¿y a quién sino a vos?,
a vos, y a voces lo digo,
va a parar este romance,
que por sus señas dirijo.
De vuestros dichosos años
al glorioso natalicio,
entre cisnes que le aplauden,
quiere celebrarlo un grillo.
Vivid los años que os faltan
como los que habéis vivido,
aunque de vos temo què
os excedáis a vos mismo;
porque vos sois de manera
que, aunque le pese al estilo
gramatical, añadís
más altos superlativos,
pues según acumuláis
a vuestros años aliños,
están, de ver los presentes,
los que han pasado, corridos:
que habiendo sido ejemplares
de lo prudente y lucido,
el enmendar lo perfecto
a vos solo es concedido.
Vivid, para que miremos

que vos solo habéis sabido
adelantar lo perfecto
con quilates más subidos.
Si en una culebra el año
figuraban los egipcios,
que, unidos los dos extremos,
junta el fin con el principio;
y si las sagradas letras
en sus sagrados escritos
nos dicen que es la serpiente
de la prudencia el archivo,
pues de su prudencia vos
sois el retrato más vivo,
sedlo también en que dure
vuestra edad en infinito.
Y recibid ese corto
obsequio de mi cariño,
sin presunciones de ofrenda
ni altivez de sacrificio,
pues en el ara inmortal
del afecto que os dedico,
arden mentales aromas
con inmateriales ritos.
Bien mi obligación quisiera
daros, en dorados hilos,
las pálidas ricas venas
de los minerales finos;
bien, la plata montaraz
que, naciendo entre los riscos,
quiere, a fuer de montañesa,
tener en todo dominio;
bien, del sol hermoso, aquel
primogénito lucido,

diamante que rayo a rayo
va copiando brillo a brillo;
bien, la apacible esmeralda
que, con su verdor nativo,
le roba la luz al cielo
y al campo usurpa los visos;
bien, del afán del Oriente
el congelado rocío,
que del llanto de la Aurora
fue precioso desperdicio;
bien, el luciente topacio;
bien, el hermoso zafiro;
bien, el crisólito ardiente;
bien, el carbunco encendido.
Mas, pues la cortedad mía
me malogra los designios,
al *quod autem habeo, do*
de vuestro santo, me arrimo.
Y puesto que ya de pobre
he confesado el delito,
que es un querer con amenes
pagaros los beneficios,
para que como oración
acabe el romance, pido
a Nuestro Señor que os guarde
por los siglos de los siglos.

47

Dando el parabién a un doctorado.

Gallardo joven ilustre,
que en bien logrados abriles

de sazón temprana, ofreces
frutos que el otoño envidie;
tú, que en gloriosa palestra
de las literarias lides,
al alto honor de la ciencia
nuevo añades sacro timbre;
tú, que por que el tiempo nunca
en sus anales te olvide,
con los instantes que logras
eternos espacios mides;
cuyo nombre será siempre,
en inscripciones plausibles,
fatiga honrosa a los bronces,
dulce afán a los buriles;
cuyas cláusulas sonoras
dan ocupación felice
a la Fama, que las canta,
y al eco, que las repite,
porque impelido el aliento
del bronce que lo comprime,
pisó de la eternidad
imaginarios confines:
Hoy, que doctoral insignia
tu dichosa frente ciñe,
y que de la amarga siembra
gustosos frutos percibes,
goza el laurel, goza el premio
que tu fama te apercibe:
puro blasón que te adorne,
cándido honor que te anime.
Gózale honroso: aunque, corto,
desigualmente compite
el que tus sienes halaga
al que tus méritos piden.

Goza el tan debido premio;
y ese candor que te viste,
si no corona tu ciencia,
por lo menos la publique.
Águila del Sol más alto
registre sus rayos, lince;
no menos que a tanto objeto
tanto espíritu se incline.
Gózate excepción del tiempo;
y, por que el mundo te admire,
vive tanto como sabes,
goza tanto como vives.

48

Respondiendo a un caballero del Perú, que le envió unos barros diciéndola que se volviese hombre.

Señor: para responderos
todas las Musas se eximen,
sin que haya quien, de limosna,
una que ahora me dicte;
y siendo las Nueve Hermanas
madres del donaire y chiste,
no hay, oyendo vuestros versos,
una que chiste ni miste.
Apolo absorto se queda,
tan elevado de oírle,
que, para aguijar el carro,
es menester que le griten.
Para escucharlo, el Pegaso
todo el aliento reprime,
sin que mientras lo recitan

tema nadie que relinche.
Pára, contra todo el orden,
de sus cristales fluxibles
los gorjeos Helicona,
los murmurios Aganipe:
porque sus números viendo,
todas las Musas coligen
que, de vuestros versos, nò
merecen ser aprendices.
Apolo suelta la vara
con que los compases rige,
porque reconoce, al veros,
que injustamente preside.
Y así, el responderos tengo
del todo por imposible,
si compadecido acaso
vos no tratáis de influïrme.
Sed mi Apolo, y veréis què
(como vuestra luz me anime)
mi lira sonante escuchan
los dos opuestos confines.
Mas ¡oh, cuánto poderosa
es la invocación humilde,
pues ya, en nuevo aliento, el pecho
nuevo espíritu concibe!
De extraño ardor inflamado,
hace que incendios respire;
y como de Apolo, dè
Navarrete se reviste.
Nuevas sendas al discurso
hace que elevado pise,
y en nuevos conceptos hace
que él a sí mismo se admire.
Balbuciente con la copia,

la lengua torpe se aflige:
mucho ve, y explica poco;
mucho entiende, y poco dice.
Pensaréis que estoy burlando;
pues mirad, que el que me asiste
espíritu, no está ùn
dedo de que profetice.
Mas si es querer alabaros
tan reservado imposible,
que en vuestra pluma, no más,
puede parecer factible,
¿de qué me sirve emprenderlo,
de qué intentarlo me sirve,
habiendo plumas que en agua
sus escarmientos escriben?
Dejo ya vuestros elogios
a que ellos solos se expliquen:
pues los que en sí sólo caben,
consigo sólo se miden,
y paso a estimar aquellos
hermosamente sutiles
búcaros, en quien el arte
hace al apetito brindis:
barros en cuyo primor
ostenta, soberbio, Chile
que no es la plata, no el oro,
lo que tiene más plausible,
pues por tan baja materia
hace que se desestimen
doradas copas que néctar
en sagradas mesas sirven.
Bésoos las manos por ellos,

que es cierto que tanto filis
tienen los barros, que juzgo
que sois vos quien los hicisteis.
Y en el consejo que dais,
yo os prometo recibirle
y hacerme fuerza, aunque juzgo
que no hay fuerzas que entarquinen:
89 porque acá Sálmacis falta,
en cuyos cristales dicen
que hay no sé qué virtud dè
dar alientos varoniles.
Yo no entiendo de esas cosas;
sólo sé que aquí me vine
porque, si es que soy mujer,
ninguno lo verifique.
Y también sé que, en latín,
sólo a las casadas dicen
uxor, o mujer, y què
es común de dos lo virgen,
conque a mí no es bien mirado
que como a mujer me miren,
pues no soy mujer que a alguno
de mujer pueda servirle,
y sólo sé que mi cuerpo,
sin que a uno u otro se incline,
es neutro, o abstracto, cuanto
sólo el alma deposite.
Y dejando esta cuestión
para que otros la ventilen,
porque en lo que es bien que ignore,
no es razón que sutilice,
generoso perüano
que os lamentáis de infelice,
¿qué Lima es la que dejasteis,

si acá la lima os trajisteis?
Bien sabéis la ley de Atenas,
con que desterró a Aristides:
que aun en lo bueno, es delito
el que se singularicen.
Por bueno lo desterraron,
y a otros varones insignes;
porque el exceder a todos
es delito irremisible.
El que a todos se aventaja
fuerza es que a todos incite
a envidia, pues el lucir
a todos juntos impide.
Al paso que la alabanza
a uno para blanco elige,
a ese mismo paso trata
la envidia de perseguirle.
A vos de Perú os destierran
y nuestra patria os admite,
porque nos da el cielo acá
la dicha que allá despiden.
Bien es que vuestro talento
diversos climas habite:
que los que nacen tan grandes,
no sólo para sí viven.

48 bis

Romance que un caballero recién venido a la Nueva España escribió a la madre Juana.

Madre que haces chiquitos
(no es pulla, no) a los más grandes,

pues que pones en cuclillas
los ingenios más gigantes:
A ti van aquestos versos,
madre sin poder ser madre,
aunque más me cante Ovidio
lo de *mittere ad hunc carmen.*
Yo, el menor de los poetas,
el mínimo (sin ser fraile)
de los que a Aganipe chupan
y de su caudal se valen,
di en decir que no había Fénix,
siguiendo autores de clase:
porque vivir de morir
es la vida perdurable.
Las Musas, como soplonas,
denuncian al dios de Dafne
mi calvinista opinión,
mi luterano dictamen.
Enojado el dios de Delos,
despacha con un mensaje
al corredor de los dioses,
volador, y aun triquitraque.
Mándame, por un decreto,
que no le suba ni baje
a aquel monte de dos frentes
a quien guardan nueve jaques;
y que jura, por la Estigia,
que no ha de desenojarse
si al ave que está de nones
parces no le pido a pares.
Inquiriendo vericuetos,
examinando andurriales,
siendo hijo de los montes,
siendo de los yermos padre,

más peregrino que el Fénix,
partí en busca de esta ave
que se hace mosca muerta
y entre cenizas renace.
“¿Quién sabe —decía a gritos—
de un pájaro cuya carne
es tostada con canela,
aunque es poco confortante?
¿De aquel que, si tiene sed,
de perlas se satisface,
y se harta de calabaza
si es que le aprieta la hambre;
con quien son niños de teta
los de más luengas edades:
Néstor aún trae metedero,
y Matusalem pañales?”
Lo mismo era decir esto
en Egipto, que en Getafe;
tanto sabía del Fénix
Nilo, como Manzanares.
Con mi palo y mi esclavina,
calabaza y alpargates,
hecho un Tobías sin peje,
hecho un san Roque sin landre,
dando al diablo al dios Apolo,
daba la vuelta a mis lares,
a pata y sin matalote,
solo y sin matalotaje,
cuando me sale al camino
el dios de los caminantes,
aquel que está hecho droga,
el que es amigo de Arasies.
De parte del dios a quièn
no le es nuevo lo flamante,

del que en quitarse las barbas
nunca ha gastado dos reales,
compadecido de verme
hecho un don Pedro el Infante,
más cansado que diez necios,
rendido que quince amantes,
dice que hacia donde él muere
aqueste prodigio nace:
que el oriente de esta perla
hacia el Occidente cae;
que dé a América la vuelta
y a sus más nobles lugares,
y que, si hallarlo quiero,
la Ceca y la Meca ande.
Con estos apuntamientos,
viendo ya claros los vates,
metí piernas a mis pies
y espoleé mis carcañales.
Llegué hasta aquí, con más
trabajos y más percances
que el otro desuellacaras
de nemeos animales.
Descansando aquella noche
que llegué a aqueste paraje,
tu *Sueño* me despertó
de mi letargo ignorante.
Empecé a leerlo, y dije:
“Cierto que soy gran salvaje.
Si hay noche en que Apolo luce,
¿que haya Fénix, no es más fácil?”
Proseguí, y dije admirado:
“¿Que haya físico vinagre
que, para huir de los pasmos,
subir a México mande?”

Acabé diciendo: “¡Víctor,
víctor mil veces! Más vale
sola una hoja de Juana,
que quince hojas de Juanes”.
Vive Apolo, que será
un lego quien alabare
desde hoy a la Monja Alférez,
sino a la Monja Almirante.
Gracias a Dios que llegó
el *Laus Deo* del vïaje,
la meta de los trabajos,
de los peligros el saque;
hallé la Fénix que bebe
las perlas de más quilates
en los conceptos más altos
de los poetas más graves;
la más única y más rara
que hay desde Etiopia a Flandes:
no hable Córdoba palabra;
calle Mantua, Sulmo calle.
¿Qué Fénix vivirá más
que tu fama, en los anales,
pues acabarse ella, es
cuento de nunca acabarse?
Duerme más que aquellos Siete
que durmieron a millares:
que quien tal fama ha cobrado,
a dormir bien puede echarse.
Perdona mi negación;
y el no conocerte antes,
hoy me valga por disculpa.
Y si esto no vale, *Vale*.

49

Romance que respondió nuestra poetisa.

¡Válgate Apolo por hombre!
No acabo de santiguarme
(más que vieja cuando Jove
dispara sus triquitraques)
de tan paradoja idea,
de tan remoto dictamen;
sin duda que éste el autor
es de los *Extravagantes*.
Buscando dice que viene
a aquel pájaro que nadie
(por más que lo alaben todos)
ha sabido a lo que sabe;
13 para quien las cetrerías
se inventaron tan de balde,
que es un gallina el halcón
y una mandria el girifalte,
el azor un avechucho,
una marimanta el sacre,
un cobarde el tagarote
y un menguado el gavilane;
a quien no se le da un bledo
de que se prevenga el guante,
pihuelas y capirote,
con todos los demás trastes,
que, bien miradas, son unos
trampantojos boreales,
que inventó la golosina
para alborotar el aire;

de cuyo antojo quedaron,
por mucho que lo buscasen,
Sardanapalo en ayunas,
Heliogábalo con hambre.
De éste, el pobre caballero
dice que viene en alcance,
revolviendo las provincias
y trasegando los mares;
que, para hallarlo, de Plinio
un itinerario trae,
y un mandamiento de Apolo,
con las señas de *rara avis*.
¿No echas de ver, peregrino,
que el Fénix sin semejante
es de Plinio la mentira
que de sí misma renace?
En fin, hasta aquí es nonada,
pues nunca falta quien cante
daca el Fénix, toma el Fénix,
en cada esquina de calle.
Lo mejor es que es a mí
a quien quiere encenizarme,
o enfenizarme, supuesto
que allá uno y otro se sale;
dice que yo soy la Fénix
que, burlando las edades,
ya se vive, ya se muere,
ya se entierra, ya se nace;
la que hace de cuna y tumba
diptongo tan admirable,
que la mece renacida
la que la guardó cadáver;
la que en fragantes incendios

de las gomas más süaves,
es parecer consumirse
volver a vivificarse;
la mayorazga del Sol,
que cuando su pompa esparce,
le engasta Ceilán el pico,
le enriza Ofir el plumaje;
la que mira con zafiros,
la que vuela con diamantes,
la que pica con rubíes
y respira suavidades;
la que Átropos y Laquesis
es de su vital estambre,
pues es la que corta el hilo
y la que vuelve a enhebrarle;
que yo soy, jurado Apolo,
la que vive de portante,
y en la vida, como en venta,
ya se mete, ya se sale;
que es Arabia la feliz
donde sucedió a mi madre
mala noche y parir hija,
según dicen los refranes
(refranes dije, y es què
me lo rogó el consonante,
y porque hay regla que dice:
pro singulari plurale);
en fin, donde le pasó
la rota de Roncesvalles,
aunque quien nació de nones
non debiera tener Pares;
que yo soy la que andar suele
en símiles elegantes,
abultando los renglones

y engalando romances.
Él lo dice, y de manera
eficaz lo persüade,
que casi estoy por creerlo,
y de afirmarlo por casi.
¿Que fuera, que fuera yo,
y no lo supiera antes?
¿Pues quién duda que es el Fénix
el que menos de sí sabe?
Par Dios, yo lo quiero ser,
y pésele a quien pesare;
pues de que me queme yo,
no es razón que otro se abrase.
Yo no pensaba en tal cosa;
mas si él gusta gradüarme
de Fénix, ¿he de echar yo
aqueste honor en la calle?
¿Qué mucho que yo lo admita,
pues nadie puede espantarse
de que haya quien se enfenice
cuando hay quien se ensalamandre?
Y de esto segundo, vemos
cada día los amantes
al incendio de unos ojos
consumirse sin quemarse.
Pues luego no será mucho,
ni cosa para culparme,
si hay salamandras barbadas,
que haya Fénix que no barbe.
Quizá por eso nací
donde los rayos solares
me mirasen de hito en hito,
no bizcos, como a otras partes.
Lo que me ha dado más gusto

es ver que, de aquí adelante,
tengo solamente yo
de ser todo mi linaje.
¿Hay cosa como saber
que ya dependo de nadie,
que he de morirme y vivirme
cuando a mí se me antojare;
que no soy término ya
de relaciones vulgares,
ni ha de cansarme el pariente
ni molestarme el compadre;
que yo soy toda mi especie
y que a nadie he de inclinarme,
pues cualquiera debe sólo
amar a su semejante;
que al médico no he de ver
hacer juicio de mi achaque,
pagándole el que me cure
tanto como el que me mate;
que mi tintero es la hoguera
donde tengo de quemarme,
supliendo los algodones
por aromas orientales;
que las plumas con que escribo
son las que al viento se baten,
no menos para vivirme
que para resucitarme;
que no he de hacer testamento,
ni cansarme en *ítem máses*
ni inventario, pues yo misma
he de volver a heredarme?
Gracias a Dios que ya no
he de moler chocolate,
ni me ha de moler a mí

quien viniere a visitarme;
ya, con estas buenas nuevas,
de hoy más tengo de estimarme,
y de etiquetas de Fénix
no he de perder un instante;
ni tengo ya de sufrir
que en mí los poetas hablen,
ni ha de verme de sus ojos
el que no me lo pagare.
¡Cómo! ¿Eso se querían,
tener al Fénix de balde?
¿Para qué tengo yo pico,
sino para despicarme?
¡Qué dieran los saltimbancos
a poder, por agarrarme
y llevarme, como monstruo,
por esos andurrïales
de Italia y Francia, que son
amigas de novedades
y que pagaran por ver
la cabeza del gigante,
diciendo: “Quien ver el Fénix
quisiere, dos cuartos pague,
que lo muestra maese Pedro
en la posada de Jaques”!
¡Aquesto no! No os veréis
en ese Fénix, bergantes;
que por eso está encerrado
debajo de treinta llaves.
Y supuesto, caballero,
que a costa de mil afanes,
en la invención de la Cruz
vos la del Fénix hallasteis,
por modo de privilegio

de inventor, quiero que nadie
pueda, sin vuestra licencia,
a otra cosa compararme.

49 bis

Romance de un caballero del Perú en elogio de la poetisa; remítesele, suplicándola su rendimiento fuese mérito a la dignación de su respuesta.

A vos, mexicana Musa,
que en ese sagrado aprisco,
del convento hacéis Parnaso,
del Parnaso paraíso;
por quien las Nueve del Coro
no sólo a diez han crecido,
mas les dais aquel valor
que a los ceros el guarismo,
pues aunque antes que nacierais
eran el común asilo,
teniendo cultos sin aras
en mentales sacrificios,
campando de semidiosas
y comunicando auxilios,
por donde con las deidades
se entienden los entendidos,
y en chollas, como en pelotas,
metiendo el viento a crujidos,
atacaban el ingenio
hasta arrempujar el juicio,
influyendo a toda boca
y soplando a dos carrillos
los metros a borbollones,
sin espumar el estilo

(que aunque andaba el castellano
ya en andadores latinos,
hasta que en vos se soltó
no hacía más que pinitos),
en vez de aquel cortesano
aire, que da temple al ritmo,
nos derretían los sesos
con el *calescimus illo.*
Mas después que vos salisteis
a ser del orbe prodigio,
y de ángel, hombre y mujer
organizado individuo;
después que por vuestra vena
se desangró todo el Pindo,
dejando en seco a los pobres
poetas de regadío;
después que el délfico numen
en quintaesencia exprimido
se alambicó a los humanos
por vuestro ingenio divino;
después que apurasteis, siendo
de la elocuencia el archivo,
a ciencias y artes la esencia
y a la erudición el quilo;
y después, en fin, después
de los despueses que he dicho,
pues después de vos, es nada
todo lo que antes ha sido,
dígalo la venerable
sabia hermandad del Caístro,
cuyo tribunal es ya
picota del Peralvillo;
y es que, como las soplasteis

el viento y el ejercicio,
mano sobre mano, ociosas,
quedaron Musas de anillo,
y porque no pereciesen
y tuviesen del bolsillo
con que hacer rezar un ciego,
les dejáis los villancicos:
no de los vuestros, que cubren
(aunque de sayal vestidos)
misterios de mucho fondo
en el vellón del pellico.
Pero dejando esto aparte,
paso a expresar los motivos
que hacia vos me llevan, como
al hierro el imán activo.
Sabed, pues, que vuestras Obras
a mis manos han venido,
al modo que la fortuna
suele venirse al indigno.
Leílas, volviendo a leerlas,
con gana de repetirlo
tercera vez y trescientas,
del fin volviendo al principio,
hallando tal novedad
en lo propio que he leído,
que me parece otra cosa
aunque me suena a lo mismo.
Querer comprenderlas es
un proceder infinito,
porque dan de sí según
las alarga el lector pío.
Con esto os he ponderado
lo bien que me han parecido;

y lo que en la voz no cabe,
por los efectos explico:
pues lo que el entendimiento
aun no alcanza a apercibirlo,
fuera faltarle al respeto
mandarlo por los sentidos;
y como son filigranas
más delicadas que un vidrio,
al tocarlas con los labios
se pueden hacer añicos.
Y volviendo al maremágnum
de vuestros profundos libros,
donde hay en su mapamundi
metros de climas distintos,
que a dos tomos se estrechasen
tantos poemas, admiro;
mas como espíritus son,
sin abultar han cabido:
y aun siéndolo, es tanta el alma
que les habéis influïdo,
que por que quepa, en dos cuerpos
fue menester dividirlos.
El beneficio que hicisteis
en la prensa, al imprimirlos,
limpió los moldes, que estaban
de otras obras percudidos.
Hasta la tinta (que efectos
tenía de basilisco,
inficionando la vista),
ya es de los ojos colirio.
Vuelto en lámina el papel,
en bronce se ha convertido,
prestándole duración
la solidez de lo escrito.

Ya todas las oficinas
en ésta se han corregido,
que sirve de fe de erratas
a los modernos y antiguos.
En lo heroico, habéis quitado
el principado a Virgilio;
y lo merece, pues siendo
culto, fue claro con Dido.
Lo enfático a vuestro *Sueño*
cedió Góngora; y, corrido,
se ocultó, en las *Soledades*,
de los que quieren seguirlo.
Como a Quevedo y a Cáncer
(dándoles chiste más vivo)
la sal les habéis quitado,
han quedado desabridos.
Dulce abeja en el panal
del Amor es vuestro pico:
con vos, Ovidio y Camoes
son zánganos de Cupido.
A los cómicos echaron
vuestras comedias, a silbos,
de las tablas, más bien què
los que las han contradicho.
Sólo en Calderón seguís
de la Barca los vestigios,
y le habéis hecho mayor
con haberle competido.
Con vos, son Arión y Orfeo
en la música chorlitos,
y pueden irse a cantar
los *kyries* al lago estigio.
Ceso, por no desatar

de autores tantos el lío,
que el que los carga parece
más arriero que erudito.
No hay profesión, ciencia ni arte,
u otro primor exquisito,
que su perfección no os deba,
si su origen no ha debido.
Pues lo palaciego es tal,
que allá, en vuestro Buen Retiro,
parece tenéis la toca
en infusión de abanino.
Bien logró Naturaleza
los borradores que hizo
en todas las marisabias,
hasta sacaros en limpio.
La archipoetisa sois,
con ingenio mero mixto
para usar en ambos sexos
de versos hermafroditos.
Vos sois el *Memento homo,*
que en medio del frontispicio
la ceniza de Camoes
la ponéis al más perito.
El *totum continens* sois,
y sois (salvo el pergamino)
biblioteca racional
de los estantes del siglo.
Sois… Mas no sé lo que sois;
que, como al querer mediros,
en el mundo estáis de nones,
no tenéis comparativo.
Aunque imperceptible sois,
si del todo no he podido,

al tamaño de mi idea
os he dibujado en chico;
y aun en borrón, los afectos
atraéis con tal dominio,
que sobre ser voluntario
lo forzoso anda reñido.
Mas yo, tales cuales son,
estos versos os dedico,
de la inclinación guïado,
de la razón compelido.
Bien sé que versificar
con vos, fuera gran delito,
bien que no se ofende el mar
de que le tribute un río.
Por tal, aquese romance
admitid, que yo os le envío
como uno de los obsequios
que sirven al desperdicio.
Un socorro de respuesta
sólo de limosna os pido:
que para poetizar
vuestras migajas mendigo.
A eso va ese romanzón
tan largo como el camino,
para que con él podáis
responder, si no hay navío;
y también porque si yo
(con el resto del poetismo)
envido a la que es *Primera*,
sea con *cincuenta y cinco.*

Romance en que responde la poetisa con la discreción que acostumbra, y expresa el nombre del caballero peruano que la aplaude.

Allá va, aunque no debiera,
incógnito señor mío,
la respuesta de portante
a los versos de camino.
No debiera: porque cuando
se oculta el nombre, es indicio
que no habéis querido ser
hombre de nombre conmigo;
por lo cual fallamos què
fuera muy justo castigo,
sin perdonaros por pobre,
dejaros por escondido.
Pero el diablo del romance
tiene, en su oculto artificio,
en cada copla una fuerza
y en cada verso un hechizo;
tiene un agrado tirano,
que, en lo blando del estilo,
el que suena como ruego
apremia como dominio;
tiene una virtud, de quien
el vigor penetrativo
se introduce en las potencias,
sin pasar por los sentidos;
tiene una altiva humildad,
que con estruendo sumiso
se rinde, para triunfar
con las galas de rendido;
tiene qué sé yo qué hierbas,
qué conjuros, qué exorcismos,

que ni las supo Medea
ni Tesalia las ha visto;
tiene unos ciertos sonsaques,
instrumentos atractivos,
garfios del entendimiento
y del ingenio gatillos,
que al raigón más encarnado
del dictamen más bien fijo
que haya, de callar, harán
salir la muela y el grito.
Por esto, como forzada,
sin saber lo que me digo,
os respondo, como quièn
escribe sin albedrío.
Vi vuestro romance, y
una vez y otras mil visto,
por mi fe jurada, què
juzgo que no habla conmigo:
porque yo bien me conozco,
y no soy por quien se dijo
aquello de haber juntado
milagros y basiliscos.
Verdad es que acá a mis solas,
en unos ratos perdidos,
a algunas vueltas de cartas
borradas, las sobre-escribo,
y para probar las plumas,
instrumentos de mi oficio,
hice versos, como quièn
hace lo que hacer no quiso.
Pero esto no pasó dè
consultar acá conmigo
si podré entrar por fregona
de las madamas del Pindo,

y si beber merecía
de los cristales nativos
castalios, que con ser agua
tienen efectos de vino,
pues luego al punto levantan
unos flatos tan nocivos
que, dando al seso vaivenes,
hacen columpiar el juicio,
de donde se ocasionaron
los traspieses que dio Ovidio,
los tropezones de Homero,
los váguidos de Virgilio
y de todos los demás
que, fúnebres o festivos,
conforme les tomó el numen,
han mostrado en sus escritos.
Entre cuyos jarros yo
busqué, por modo de vicio,
si les sobraba algún trago
del alegre bebedizo,
y (si no me engaño) hallé
en el asiento de un vidrio,
de una mal hecha infusión
los polvos mal desleídos.
No sé sobras de quién fueron;
pero, según imagino,
fueron de un bribón aguado,
pues hace efectos tan fríos.
Versifico desde entonces
y desde entonces poetizo,
ya en demócritas risadas,
ya en heráclitos gemidos.
Consulté a las Nueve Hermanas,

que con sus flautas y pitos
andan, de una en otra edad,
alborotando los siglos.
Híceles mi invocación,
tal cual fue Apolo servido,
con necesitadas plagas
y con clamores mendigos;
y ellas, con piedad de verme
tan hambrienta de ejercicios,
tan sedienta de conceptos
y tan desnuda de estilos,
ejercitaron las obras,
que nos pone el catecismo,
de misericordia, viendo
que tanto las necesito.
Diome la madama Euterpe
un retazo de Virgilio,
que cercenó desvelado
porque lo escribió dormido;
Talía me dio unas nesgas
que sobraron de un corpiño
de una tabernaria escena,
cuando la ajustó el vestido;
Melpómene, una bayeta
de una elegía que hizo
Séneca, que a Héctor sirvió
de funesto frontispicio;
Urania, musa estrellera,
un astrolabio, en que vido
las maulas de los planetas
y las tretas de los signos;
y así, todas las demás
que, con pecho compasivo,

vestir al soldado pobre
quisieron jugar conmigo.
Ya os he dicho lo que soy,
ya he contado lo que he sido;
no hay más que lo dicho, sì
en algo vale mi dicho.
Conque se sigue que no
puedo ser objeto digno
de los tan mal empleados
versos, cuanto bien escritos.
Y no es humildad, porquè
no es mi genio tan bendito
que no tenga más filaucia
que cuatrocientos Narcisos;
mas no es tan desbaratado,
aunque es tan desvanecido,
que presuma que merece
lo que nadie ha merecido.
De vuestra alabanza objeto
no encuentro, en cuantos he visto,
quien pueda serlo, si ya
no se celebrare él mismo.
Si Dios os hiciera humilde
como tan discreto os hizo,
y os ostentarais de claro
como campáis de entendido,
yo en mi lógica vulgar
os pusiera un silogismo
que os hiciera confesar
que ése fue solo el motivo,
y que cuando en mí empleáis
vuestro ingenio peregrino,
es manifestar el vuestro
más que celebrar el mío.

Conque quedándose en vos
lo que es sólo de vos digno,
es una acción inmanente
como verbo intransitivo;
y así, yo no os lo agradezco,
pues sólo quedo, al oíros,
deudora de lo enseñado,
pero no de lo aplaudido.
Y así, sabed que no estorba
el curioso laberinto
en que Dédalo escribano
vuestro nombre ocultar quiso:
pues aunque quedó encerrado,
tiene tan claros indicios,
que si no es el *Mino Tauro*,
se conoce el *Paulo minus*.
Pues si la combinatoria,
en que a veces kirkerizo,
en el cálculo no engaña
y no yerra en el guarismo,
uno de los anagramas
que salen con más sentido,
de su volumosa suma
que ocupara muchos libros,
dice… ¿Dirélo? Mas temo
que os enojaréis conmigo,
si del título os descubro
la fe, como del bautismo.
Mas ¿cómo podré callarlo,
si ya he empezado a decirlo,
y un secreto ya revuelto
puede dar un tabardillo?
Y así, para no tenerle,

diré lo que dice, y digo
que es el *Conde de la Granja*.
Laus Deo. Lo dicho, dicho.

51

Romance en reconocimiento a las inimitables plumas de la Europa, que hicieron mayores sus Obras con sus elogios: que no se halló acabado.

¿Cuándo, númenes divinos,
dulcísimos cisnes, cuándo
merecieron mis descuidos
ocupar vuestros cuidados?
¿De dónde a mí tanto elogio?
¿De dónde a mí encomio tanto?
¿Tanto pudo la distancia
añadir a mi retrato?
¿De qué estatura me hacéis?
¿Qué coloso habéis labrado,
que desconoce la altura
del original lo bajo?
No soy yo lo que pensáis,
si no es que allá me habéis dado
otro ser en vuestras plumas
y otro aliento en vuestros labios,
y diversa de mí misma
entre vuestras plumas ando,
no como soy, sino como
quisisteis imaginarlo.
A regiros por informes,
no me hiciera asombro tanto,
que ya sé cuánto el afecto
sabe agrandar los tamaños.

Pero si de mis borrones
visteis los humildes rasgos,
que del tiempo más perdido
fueron ocios descuidados,
¿qué os pudo mover a aquellos
mal merecidos aplausos?
¿Así puede a la verdad
arrastrar lo cortesano?
¿A una ignorante mujer,
cuyo estudio no ha pasado
de ratos, a la precisa
ocupación mal hurtados;
a un casi rústico aborto
de unos estériles campos
que el nacer en ellos yo
los hace más agostados;
a una educación inculta,
en cuya infancia ocuparon
las mismas cogitaciones
el oficio de los ayos,
se dirigen los elogios
de los ingenios más claros
que en púlpitos y en escuelas
el mundo venera sabios?
¿Cuál fue la ascendente estrella
que, dominando los astros,
a mí os ha inclinado, haciendo
lo violento voluntario?
¿Qué mágicas infusiones
de los indios herbolarios
de mi patria, entre mis letras
el hechizo derramaron?
¿Qué proporción de distancia,

el sonido modulando
de mis hechos, hacer hizo
cónsono lo destemplado?
¿Qué siniestras perspectivas
dieron aparente ornato
al cuerpo compuesto sólo
de unos mal distintos trazos?
¡Oh cuántas veces, oh cuántas,
entre las ondas de tantos
no merecidos loores,
elogios mal empleados;
oh cuántas, encandilada
en tanto golfo de rayos,
o hubiera muerto Faetonte
o Narciso peligrado,
a no tener en mí misma
remedio tan a la mano
como conocerme, siendo
lo que los pies para el pavo!
Vergüenza me ocasionáis
con haberme celebrado,
porque sacan vuestras luces
mis faltas más a lo claro.
Cuando penetrar el sol
intenta cuerpos opacos,
el que piensa beneficio
suele resultar agravio:
porque densos y groseros,
resistiendo en lo apretado
de sus tortüosos poros
la intermisión de los rayos,
y admitiendo solamente
el superficial contacto,

sólo de ocasionar sombras
les sirve lo iluminado.
Bien así, a la luz de vuestros
panegíricos gallardos,
de mis obscuros borrones
quedan los disformes rasgos.
Honoríficos sepulcros
de cadáveres helados,
a mis conceptos sin alma
son vuestros encomios altos:
elegantes panteones,
en quienes el jaspe y mármol
regia superflua custodia
son de polvo inanimado.
Todo lo que se recibe
no se mensura al tamaño
que en sí tiene, sino al modo
que es del recipiente vaso.
Vosotros me concebisteis
a vuestro modo, y no extraño
lo grande: que esos conceptos
por fuerza han de ser milagros.
La imagen de vuestra idea
es la que habéis alabado;
y siendo vuestra, es bien digna
de vuestros mismos aplausos.
Celebrad ese, de vuestra
propia aprehensión, simulacro,
para que en vosotros mismos
se vuelva a quedar el lauro.
Si no es que el sexo ha podido
o ha querido hacer, por raro,
que el lugar de lo perfecto
obtenga lo extraordinario;

mas a esto solo, por premio
era bastante el agrado,
sin desperdiciar conmigo
elogios tan empeñados.
Quien en mi alabanza viere
ocupar juicios tan altos,
¿qué dirá, sino que el gusto
tiene en el ingenio mando?…

52

Romance a la Encarnación.

Que hoy bajó Dios a la tierra
es cierto; pero más cierto
es que, bajando a María,
bajó Dios a mejor cielo.
Por obediencia del Padre
se vistió de carne el Verbo;
mas tal, que le pudo hacer
comodidad el precepto.
Conveniencia fue de todos
este divino misterio:
pues el hombre, de fortuna,
y Dios mejoró de asiento.
Su sangre le dio María
a logro; porque a su tiempo,
la que recibe encarnando,
restituya redimiendo;
si ya no es que, para hacer
la Redención, se avinieron,
dando moneda la Madre
y poniendo el Hijo el sello.

Un arcángel a pedir
bajó su consentimiento,
guardándole, en ser rogada,
de reina los privilegios.
¡Oh grandeza de María,
que cuando usa el Padre Eterno
de dominio con su Hijo,
use con ella de ruego!
A estrecha cárcel reduce
de su grandeza lo inmenso,
y en breve morada cabe
quien sólo cabe en sí mesmo.

53

Nacimiento de Cristo, en que se discurrió la Abeja: asunto de certamen.

De la más fragante Rosa
nació la Abeja más bella,
a quien el limpio rocío
dio purísima materia.
Nace, pues, y apenas nace,
cuando en la misma moneda,
lo que en perlas recibió,
empieza a pagar en perlas.
Que llore el alba no es mucho,
que es costumbre en su belleza;
mas ¿quién hay que no se admire
de que el sol lágrimas vierta?
Si es por fecundar la Rosa,
es ociosa diligencia,
pues no es menester rocío
después de nacer la Abeja;

y más cuando, en la clausura
de su virginal pureza,
ni antecedente haber pudo
ni puede haber quien suceda.
¿Pues a qué fin es el llanto
que dulcemente la riega?
Quien no puede dar más fruto,
¿qué importa que estéril sea?
Mas ¡ay!, que la Abeja tiene
tan íntima dependencia
siempre con la Rosa, què
depende su vida de ella;
pues dándole el néctar puro
que sus fragancias engendran,
no sólo antes la concibe,
pero después la alimenta.
Hijo y Madre, en tan divinas
peregrinas competencias,
ninguno queda deudor
y ambos obligados quedan.
La Abeja paga el rocío
de que la Rosa la engendra,
y ella vuelve a retornarle
con lo mismo que la alienta.
Ayudando el uno al otro
con mutua correspondencia,
la Abeja a la Flor fecunda,
y ella a la Abeja sustenta.
Pues si por eso es el llanto,
llore Jesús norabuena,
que lo que expende en rocío
cobrará después en néctar.

54

Romance [a san José].

Escuchen qué cosa y cosa
tan maravillosa, aquésta:
un marido sin mujer
y una casada doncella;
un padre que no ha engendrado
a un hijo, a quien otro engendra;
un hijo mayor que el padre,
y un casado con pureza;
un hombre que da alimentos
al mismo que lo alimenta;
cría al que lo crió, y al mismo
que lo sustenta, sustenta;
manda a su propio señor,
y a su hijo Dios respeta;
tiene por ama una esclava,
y por esposa una reina.
Celos tuvo y confïanza,
seguridad y sospechas,
riesgos y seguridades,
necesidad y riquezas.
Tuvo, en fin, todas las cosas
que pueden pensarse buenas;
y es, en fin, de María esposo,
y de Dios, padre en la tierra.

55

Romance a san Pedro.

Del descuido de una culpa,
un gallo, Pedro, os avisa:
que aun lo irracional reprende
a quien la razón olvida.
¡Qué poco la Providencia
de instrumentos necesita,
pues un apóstol convierte
con lo que un ave predica!
Examen fue vuestra culpa
para vuestra prelacía,
que peligra de muy recto
quien de frágil no peligra.
Tímido mueve el impulso
de la mano compasiva
quien en su castigo propio
tiene del dolor noticia.
En las ajenas flaquezas
siempre la vuestra se os pinta,
y el estruendo del que cae
os acuerda la caída.
Así templan vuestros ojos
con la piedad la justicia,
cuando lloran como reos
los que como jueces miran.

56

Romance en que expresa los efectos del amor divino, y propone morir amante, a pesar de todo riesgo.

Traigo conmigo un cuidado,
y tan esquivo, que creo
que, aunque sé sentirlo tanto,
aun yo misma no lo siento.
Es amor; pero es amor
que, faltándole lo ciego,
los ojos que tiene son
para darle más tormento.
El término no es *a quo*,
que causa el pesar que veo:
que siendo el término el bien,
todo el dolor es el medio.
Si es lícito, y aun debido
este cariño que tengo,
¿por qué me han de dar castigo
porque pago lo que debo?
¡Oh cuánta fineza, oh cuántos
cariños he visto tiernos!
Que amor que se tiene en Dios
es calidad sin opuestos.
De lo lícito no puede
hacer contrarios conceptos,
con que es amor que al olvido
no puede vivir expuesto.
Yo me acuerdo (¡oh, nunca fuera!),
que he querido en otro tiempo
lo que pasó de locura
y lo que excedió de extremo;
mas como era amor bastardo,
y de contrarios compuesto,
fue fácil desvanecerse
de achaque de su ser mesmo.
Mas ahora (¡ay de mí!) está
tan en su natural centro,

que la virtud y razón
son quien aviva su incendio.
Quien tal oyere, dirá
que, si es así, ¿por qué peno?
Mas mi corazón ansioso
dirá que por eso mesmo.
¡Oh humana flaqueza nuestra,
adonde el más puro afecto
aun no sabe desnudarse
del natural sentimiento!
Tan precisa es la apetencia
que a ser amados tenemos,
que, aun sabiendo que no sirve,
nunca dejarla sabemos.
Que corresponda a mi amor,
nada añade; mas no puedo,
por más que lo solicito,
dejar yo de apetecerlo.
Si es delito, ya lo digo;
si es culpa, ya la confieso;
mas no puedo arrepentirme,
por más que hacerlo pretendo.
Bien ha visto, quien penetra
lo interior de mis secretos,
que yo misma estoy formando
los dolores que padezco;
bien sabe que soy yo misma
verdugo de mis deseos,
pues, muertos entre mis ansias,
tienen sepulcro en mi pecho.
Muero (¿quién lo creerá?) a manos
de la cosa que más quiero,
y el motivo de matarme
es el amor que le tengo.

Así alimentando, triste,
la vida con el veneno,
la misma muerte que vivo,
es la vida con que muero.
Pero valor, corazón:
porque en tan dulce tormento,
en medio de cualquier suerte
no dejar de amar protesto.

57

Romance al mismo intento.

Mientras la Gracia me excita
por elevarme a la esfera,
más me abate hasta el profundo
el peso de mis miserias.
La virtud y la costumbre
en el corazón pelean,
y el corazón agoniza
en tanto que lidian ellas.
Y aunque es la virtud tan fuerte,
temo que tal vez la venzan,
que es muy grande la costumbre
y está la virtud muy tierna.
Obscurécese el discurso
entre confusas tinieblas;
pues ¿quién podrá darme luz
si está la razón a ciegas?
De mí mesma soy verdugo
y soy cárcel de mí mesma.
¿Quién vio que pena y penante
una propia cosa sean?

Hago disgusto a lo mismo
que más agradar quisiera;
y del disgusto que doy,
en mí resulta la pena.
Amo a Dios y siento en Dios;
y hace mi voluntad mesma
de lo que es alivio, cruz;
del mismo puerto, tormenta.
Padezca, pues Dios lo manda;
mas de tal manera sea,
que si son penas las culpas,
que no sean culpas las penas.

58

Romance (en que califica de amorosas acciones todas las de Cristo para con las almas en afectos amorosos) a Cristo Sacramentado, día de comunión.

Amante dulce del alma,
bien soberano a que aspiro;
tú que sabes las ofensas
castigar a beneficios;
divino imán en que adoro:
hoy, que tan propicio os miro,
que me animáis la osadía
de poder llamaros mío;
hoy que en unión amorosa
pareció a vuestro cariño,
que si no estabais en mí,
era poco estar conmigo;
hoy, que para examinar
el afecto con que os sirvo,

al corazón en persona
habéis entrado vos mismo,
pregunto: ¿Es amor o celos
tan cuidadoso escrutinio?
Que quien lo registra todo,
da de sospechar indicios.
Mas ¡ay, bárbara ignorante,
y qué de errores he dicho,
como si el estorbo humano
obstara al lince divino!
Para ver los corazones
no es menester asistirlos;
que para vos, son patentes
las entrañas del abismo:
con una intuición, presente
tenéis, en vuestro registro,
el infinito pasado
hasta el presente finito.
Luego no necesitabais,
para ver el pecho mío,
si lo estáis mirando, sabio,
entrar a mirarlo, fino;
luego es amor, no celos,
lo que en vos miro.

59

Anagrama que celebra la Concepción de María Santísima.

Programma

Sumens illud Ave
Gabrielis ore,
funda nos in pace,
mutans Hevae nomen.

Anagramma

Annae sum nata, Proles sine labe; inde Flos humano generi, vivum Decus.

Epigramma

Nomine materno, mutata parte, Camilla
Dicitur, ut Triviam, digna ministra, colat.
Totum nomen ego, Triados quae Ancilla, Parentis
Muto: tota in Ave vertitur Heva mihi.
Nec mutasse satis nomen; mutasse Parentem
Gaudeo: me prolem Gratia mater habet.
Namque *Annae sum nata*, dedit cui Gratia nomen:
Gratia cui *Proles*, cui *sine labe* genus;
Flos idem *humano generi*, *vivum Decus. Inde*
Pro Ancilla, Matrem me vocat ipse Deus.

60

Estos cinco dísticos, traducidos en cinco coplas castellanas.

El nombre materno tuvo
Camila mudado en parte,
para que a la Trivia Diosa
dignamente ministrase.
Yo, esclava del Trino Dios,
todo el nombre de la madre
mudo, y todo para mí
el *Eva* se vuelve en *Ave*.
Ni bastó mudar el nombre;
alégrome que mudase
a la madre, y que la Gracia
por hija me señalase.
Hija de Ana soy, a quien
la Gracia dio nombre grande:
a quien dio prole fecunda,
a quien género impecable.
De aquí me ha venido el ser
flor del humano linaje,
vivo honor; y que de esclava,
madre el mismo Dios me llame.

61

Pinta la proporción hermosa de la excelentísima señora condesa de Paredes, con otra de cuidados, elegantes esdrújulos, que aún le remite desde México a su Excelencia.

Lámina sirva el cielo al retrato,
Lísida, de tu angélica forma;
cálamos forme el sol de sus luces;
sílabas las estrellas compongan.

Cárceles tu madeja fabrica:
Dédalo que sutilmente forma
vínculos de dorados Ofires,
Tíbares de prisiones gustosas.
Hécate, no triforme, mas llena,
pródiga de candores asoma;
trémula no en tu frente se oculta,
fúlgida su esplendor desemboza.
Círculo dividido en dos arcos,
pérsica forman lid belicosa;
áspides que por flechas disparas,
víboras de halagüeña ponzoña.
Lámparas, tus dos ojos, febeas
súbitos resplandores arrojan:
pólvora que, a las almas que llega,
tórridas, abrasadas transforma.
Límite de una y otra luz pura,
último, tu nariz judiciosa,
árbitro es entre dos confinantes,
máquina que divide una y otra.
Cátedras del Abril, tus mejillas,
clásicas dan a Mayo, estudiosas,
métodos a jazmines nevados,
fórmula rubicunda a las rosas.
Lágrimas del aurora congela,
búcaro de fragancias, tu boca:
rúbrica con carmines escrita,
cláusula de coral y de aljófar.
Cóncavo es, breve pira, en la barba,
pórfido en que las almas reposan:
túmulo les eriges de luces,
bóveda de luceros las honra.
Tránsito a los jardines de Venus,

órgano es de marfil, en canora
música, tu garganta, que en dulces
éxtasis aun al viento aprisiona.
Pámpanos de cristal y de nieve,
cándidos tus dos brazos, provocan
Tántalos, los deseos ayunos:
míseros, sienten frutas y ondas.
Dátiles de alabastro tus dedos,
fértiles de tus dos palmas brotan,
frígidos si los ojos los miran,
cálidos si las almas los tocan.
Bósforo de estrechez tu cintura,
cíngulo ciñe breve por zona;
rígida, si de seda, clausura,
músculos nos oculta ambiciosa.
Cúmulo de primores tu talle,
dóricas esculturas asombra:
jónicos lineamientos desprecia,
émula su labor de sí propia.
Móviles pequeñeces tus plantas,
sólidos pavimentos ignoran;
mágicos que, a los vientos que pisan,
tósigos de beldad inficionan.
Plátano tu gentil estatura,
flámula es, que a los aires tremola:
ágiles movimientos, que esparcen
bálsamo de fragantes aromas.
Índices de tu rara hermosura,
rústicas estas líneas son cortas;
cítara solamente de Apolo
méritos cante tuyos, sonora.

Celebrando los años de un caballero.

Vísperas son felices del día
célebre, que a tus años acuerda
círculos que ha cumplido de luces,
cláusulas que ha cerrado de estrellas.
Álamos no a tu nombre vinculan
rústicas de su piel bibliotecas;
Pléyadas sí rubrican con luces
párrafos que tus glorias expresan.
Sáficos no, sonoros, las cantan,
dísticos de elegantes poemas:
ártico sí y antártico polo,
músicos entre sí las alternan.
Ínclito es esplendor de pasados
Sénecas en ingenio y en letras,
Césares en gobiernos y en armas,
vínculo de tu antigua nobleza.
Sólidos personajes, blasones,
créditos a tus timbres aumentan;
fáciles, los aciertos usados,
hábitos hacen ser las proezas.
Píndaro no te iguala si escribes
líricas suspensiones, que tiernas,
cónsonas más que el Tracio, arrebatan
árboles, animales y peñas.
Édipo en enigmas, tu ingenio
énfasis intrincados penetra:
físico, si las causas conoce;
lógico, si la forma argumenta.
Júpiter, al mirarte, envidioso,
émulo de tus glorias, ostenta,
Líparis en su mano vibrada,
hórrida de los cielos tormenta.

Fábula ya sus doce fatigas
Hércules, afrentado, lamenta;
Ítaca ve que vencen a Ulises
máximas de tu rara prudencia.
Córdoba que, por ser hijo suyo
Góngora, de felice se precia,
méritos admirando mayores,
tácita su blasón te cediera.
Rítmicos de las Musas acentos,
líquidas de Helicona cadencias,
cítaras de cristal de Aganipe,
métricas, tus elogios celebran.
Náyades con guirnaldas de vidrio,
Dríades con fragantes diademas,
fértiles a tus plantas tributan
réditos de las fuentes y selvas.
Títulos diferentes te aplica
México, con tal hijo soberbia:
ídolo de su culto, te rinde
víctimas de amorosas finezas.
Mármoles esculpidos le sirven
láminas a tus triunfos, eternas;
cóncavos de la Fama clarines,
públicos tus elogios vocean.
Súpleme, si no fuere el contarlos
lícito: que el amor que me alienta,
tímido no los riesgos excusa,
bárbaro los peligros desprecia.
Júbilos de mi amor a tus años
plácidos, a tus aras ofrezcan
índices de una Musa que, inculta,
súmulas de escribir sabe apenas.
Único en duración, como en partes,

números no tu vida comprendan:
pródigo con tus años el cielo,
cédula de inmortal te conceda.
Súbdita la Fortuna a tus plantas,
rápida le sujete la rueda:
trágica no a tus males la gire;
próspera sí, a tu arbitrio la mueva.
Néstores a tus años no igualen,
Fúcares tus tesoros no excedan:
príncipe de ti mismo, te goces
Átalo de mejores riquezas.

63

Laberinto endecasílabo para dar los años la excelentísima señora condesa de Galve al excelentísimo señor conde, su esposo.

(Léese tres veces, empezando la lección desde el principio, o desde cualesquiera de las dos órdenes de rayas.)

Amante,—caro,—dulce esposo mío,
festivo y—pronto—tus felices años
alegre—canta—sólo mi cariño,
dichoso—porque—puede celebrarlos.
Ofrendas—finas—a tu obsequio sean
amantes—señas—de fino holocausto,
al pecho—rica—mi corazón, joya,
al cuello—dulces—cadenas mis brazos.
Te enlacen—firmes,—pues mi amor no ignora,
ufano—siempre,—que son a tu agrado
voluntad—y ojos—las mejores joyas,
aceptas—solas,—las de mis halagos.
No altivas—sirvan,—no, en demostraciones

de ilustres—fiestas,—de altos aparatos,
lucidas—danzas,—célebres festines,
costosas—galas—de regios saraos.
Las cortas—muestras de—el cariño acepta,
víctimas—puras de—el afecto casto
de mi amor,—puesto—que te ofrezco, esposa
dichosa,—la que,—dueño, te consagro.
y suple,—porque— si mi obsequio humilde
para ti,—visto,—pareciere acaso,
pido que,—cuerdo,—no aprecies la ofrenda
escasa y—corta,—sino mi cuidado.
Ansioso—quiere—con mi propia vida
fino mi—amor—acrecentar tus años
felices,—y yo—quiero; pero es una,
unida,—sola,—la que anima a entrambos.
Eterno—vive :—vive, y yo en ti viva
eterna,—para que—identificados,
parados—calmen—el Amor y el Tiempo
suspensos—de que—nos miren milagros.

64

Varios romances, bailes y tonos provinciales de un festejo, asistiendo en el monasterio de San Jerónimo de México los excelentísimos señores condes de Paredes, virrey y virreina de México.

Al privilegio mayor
que nos concede la Iglesia,
que a la llave de una Cruz
piadosamente dispensa,
la soberana María
quiere asistir a la fiesta;
que como es toda de gracias,

es fuerza que se halle en ella.
Por la grandeza del día
asisten sus Excelencias;
que el asistir las deidades
siempre supone indulgencias.
y así el Cerda esclarecido,
a cuyas plantas excelsas
del Águila mexicana
son basas las dos cabezas,
en cuyo aplauso la Fama,
coronista y vocinglera,
tiene embotadas las plumas
y balbucientes las lenguas;
el que por parecer más
a su clara descendencia,
quiere también que sea claro
aun el estado que hereda;
el que españoles leones
unió a las lises francesas,
haciendo que dos coronas
se atasen con una Cerda;
el descendiente glorioso
de aquel rey a quien veneran
por el Fuerte, las campañas,
por el Sabio, las escuelas:
de aquel Alfonso el famoso,
a quien el siglo respeta,
en quien la sabiduría
fue mayor que la grandeza;
el que de tantas reales
estirpes el nombre hereda,
que es púrpura muchas veces
lo que se encierra en sus venas;

el que al cielo de Medina
adorna, mayor planeta,
de quien América goza
las benignas inflüencias,
con la divina María,
en cuya sin par belleza
esmera todo su estudio
la docta Naturaleza,
y mirándose excedida
en fábrica tan perfecta,
reconoció ser esmero
de más alta Providencia,
pues aunque la obra fue suya,
a más soberana idea
asistió como ministra,
y no obró como maestra;
a cuya beldad divina
vienen, cuando más se elevan,
las explicaciones cortas,
las alabanzas estrechas,
pues sólo por retratarla
los orbes once se alegran
de que de espejos le sirva
su bruñida transparencia,
porque en ellos bien retrata
la imagen de su belleza,
del reflejo de sus soles
mejor luz a las estrellas;
a quien las marinas ninfas
por diosa del mar festejan,
y en lo que la excede, sólo
de Venus la diferencian;
a quien el bosque por Cintia
adorara, si no viera

que son mejores sus arcos
y más vivas sus saetas;
la que, si se hallara en Ida,
no pusiera en contingencia
ni la fortuna de Paris
ni la hermosura de Elena,
pues fuera el premio tan suyo
que, excusando la contienda,
obtuviera la manzana
antes de la conferencia:
que, mirando su beldad,
no es posible que cupiera
ni el escrúpulo en la duda
ni la duda en la sentencia;
la que si hubiera nacido
de Chipre feliz princesa,
quitara a Psiquis la gloria,
y el aplauso a Citerea;
la generosa Gonzaga,
por cuya beldad pelean
Italia y España más
que no por Homero Grecia;
la en quien no fue maravilla
nacer hermosa y discreta,
porque todas las deidades
son entendidas y bellas;
en cuya alma y cuerpo están
equivocadas las señas:
muy discretas las facciones,
muy hermosas las potencias;
en quien se admira que puede
habitar en conveniencia
un espíritu de fuego
con una nevada esfera;

la que toda es maravillas,
pues en su beldad se muestra,
siendo cielo ingenerable,
ser fecunda primavera,
pues nació Josef glorioso,
multiplicando bellezas,
como de la aurora el sol
y de la concha la perla:
la florida sucesión
que, en su pequeñez, encierra
gloria mucha en poco vaso,
gran forma en parva materia;
el tierno, hermoso Cupido,
que el ser ostentando apenas,
rinde sin saber que rinde,
tira sin saber que acierta;
el hechizo de los ojos,
el imán de las potencias,
que violenta cuando nadie
puede culpar que violenta;
el lazo de las dos almas,
que con más fuerte cadena
quiso hacer identidad
la que unión sólo antes era:
estas, pues, deidades, son
las que esta casa festeja.
Si ofensa es, por el afecto
puede suplirse la ofensa.

65

Turdión.

A las excelsas, soberanas plantas
del soberano, esclarecido Cerda,
lleguen nuestros afectos reverentes,
si es que tan altos los afectos vuelan.
Y a las breves estampas que le usurpa
tierra feliz a su consorte bella,
cuyo contacto aplaude venturosa
con ecos de claveles y azucenas,
en rendimiento llegue tan devoto,
que el divino vestigio de sus huellas
no toque el labio, porque a lo sagrado
la adoración, más que el contacto, llega.
Adore desde lejos el respeto,
sin que de cerca a contemplar se atreva;
porque en el culto a la deidad debido
más da que el que examina, el que respeta;
que investigar de cerca perfecciones,
más arguye que afectos, indecencias;
y desautorizara el Sol sus luces,
a permitir mirarlas desde cerca;
y más, siendo el ejemplo tan sabido,
que en el mundo no hay alguien que no sepa
que se paga en castigos de agua y fuego
el que delito fue de pluma y cera.
Y así, llegad rendidos a sus aras;
porque, aunque esté la majestad depuesta,
los rayos depondrá la ceremonia,
mas los conservará naturaleza.
Por celosos archeros que la guardan,
sirven flagrantes rayos que le cercan;
y pretender que el sol quede sin luces,
es pretender que quede sin esencia.
Y así, pues no hay ofrenda tan altiva
que para su deidad digna parezca,

en el sagrado culto de sus aras
el temor mismo el sacrificio sea:
que cuanto los favores son más grandes,
tanto menos obligan a la deuda;
porque la desobliga de la paga
la imposibilidad de recompensa.
Quien presume pagar a las deidades,
igualdades presume y competencias;
y así, aunque los que intenta son retornos,
las que ejecuta sólo son ofensas.
De la deidad se admite el beneficio
y no se corresponde, porque fuera
querer ser tan deidad quien lo recibe,
o dejarlo de ser el que lo entrega.
y así, pues esta casa a tantas dichas
incapaz de pagarlas se confiesa,
en conocer que no puede pagarlas
librará sólo su correspondencia.

66

Españoleta.

Pues la excelsa, sagrada María,
humana y benigna quiere reducir
todo el sol a una esfera tan corta,
todo mayo a un pequeño pensil;
pues un signo tan breve y estrecho
gloriosa ilumina de rayos de Ofir,
ostentando por trono a sus soles
arreboles de nieve y carmín;
pues admira mirar en su rostro
en cielo de nieve soles de zafir,

que, venciendo del sol los reflejos,
afrentan del cielo el claro turquí;
y pues el alto Cerda famoso
que, con cadena de afecto sutil,
suavemente encadena y enlaza
de América ufana la altiva cerviz,
y el Josef, soberano Cupido,
que aun entre los lazos de la edad pueril,
Hércules español en la cuna,
ostenta glorioso ardor varonil,
la grandeza depuesta del trono,
benignas deidades, quieren asistir,
coronando el festejo, a quien hacen
con su presencia glorioso y feliz:
si hay retorno a favores tan grandes,
postrados y humildes llegad a rendir,
en retorno las almas, si pueden
víctimas tales las almas suplir.

67

Panamá.

La divina Lisi,
que humana y benigna
se muestra, y entonces
está más divina;
la deidad de Mantua,
que en un cielo cifra
mil soles, en solo
un sol con que brilla;
la que a la italiana
cultura lucida,

junta la española
grave bizarría;
la que, con dos arcos,
más hermosa Cintia,
perdona las fieras,
las almas fatiga;
la que la hermosura
de diosa apellida,
pues es en abstracto
la hermosura misma;
la nunca envidiada
y siempre bien vista,
porque a tanta altura
no alcanza la envidia;
la que admira el mundo
por tan entendida,
que para adorada
le sobra lo linda;
la que en el espejo
sólo, si se mira,
de su misma imagen
se ve competida;
la que de belleza
llega a estar tan rica,
que lo que se tiene
no sabe ella misma;
la que del adorno
nunca necesita,
pues siempre amanece
de rayos vestida,
hoy hace esta casa
gozosa y festiva,
con sus pies alcázar,
cielo con su vista.

Y las almas todas,
al verla, rendidas,
en ecos de afectos
repiten que viva.

68

Jácara.

Hoy que las luces divinas
de uno y otro luminar
se avecinan a la tierra
sin ocultarse en el mar;
hoy que se muestran benignos,
depuesto el trono real,
Jove sin vibrar el rayo,
Juno sin la majestad;
hoy que Venus, de sus cisnes
desunce el carro triunfal,
y por América olvida
de Chipre la amenidad;
hoy que gloriosa Belona
tremola señas de paz,
y por el ramo de oliva
depone la asta fatal;
hoy que Apolo ardiente deja
el monte de fatigar
y, dejadas las saetas,
usa la lira no más;
hoy que pacífico Marte
deja el estruendo marcial,
y a tranquila paz conmuta
el estrépito campal;

hoy que Alcides apacible,
en dulce tranquilidad
y con mejor Iole, cambia
lo fuerte por lo galán;
hoy que el ínclito Josef,
clara sucesión real,
en dulces aumentos goza
las lisonjas de la edad;
hoy, en fin, que en esta casa
humanada la deidad,
cuanto está más disfrazada,
tanto está más celestial:
su dueño, que en reverentes
obsequios quiere mostrar
que sólo paga en deseos
lo que no puede pagar,
no intenta pedir perdones,
aunque ve su cortedad,
pues sabe que, en los favores,
el primero es perdonar,
y pedir lo que se ha dado
fuera querer estrechar
de una petición al voto
tanta liberalidad,
pues sabe que las deidades
no tienen necesidad,
como obran independientes,
de méritos para obrar:
pues antes, en el indigno
hace la grandeza más,
que es la estrechez del mendigo
lisonja del liberal;
que a no haber necesitados,

no hallara objeto capaz,
y era frustránea potencia
a faltar necesidad.
El bien es comunicable,
y si llegara a faltar
con quién, siempre fuera bien,
mas no fuera utilidad.
Y así, gustoso en su esfera,
otra no quiere envidiar,
pues merece que tres soles
le lleguen a iluminar;
y remitiendo al silencio
lo que no puede explicar,
a sí mismo de sus dichas
los parabienes se da.

69

Letra con que se coronó el festejo de esta asistencia.

A la deidad más hermosa,
que únicamente divina,
viste rayos por adorno,
espumas por triunfos pisa;
a cuyos divinos ojos,
para triunfar de las vidas,
pide prestadas Amor
las más penetrantes viras:
a aquella deidad tan grande,
que, diosa de dos provincias,
Gonzaga la admira Italia,
Cerda la adora Castilla;
la Manrique generosa,
que gloriosa multiplica
los timbres de su prosapia
con los triunfos de su vista;
la que naciendo en Europa,
pasó su luz matutina,
brillando estrella en Italia,
a lucir sol en las Indias:
a ésta, pues, a quien las almas
adoran todas rendidas,
ya que no pueden con voces,
con el silencio lo explican.

70

Endechas que discurren fantasías tristes de un ausente.

Prolija memoria,
permite siquiera
que por un instante
sosieguen mis penas.
Afloja el cordel,
que, según aprietas,
temo que reviente
si das otra vuelta.
Mira que si acabas
con mi vida, cesa
de tus tiranías
la triste materia.
No piedad te pido
en aquestas treguas,
sino que otra especie
de tormento sea.
Ni de mí presumas
que soy tan grosera
que la vida sólo
para vivir quiera.
Bien sabes tú, como
quien está tan cerca,
que sólo la estimo
por sentir con ella,
y porque, perdida,
perder era fuerza
un amor que pide
duración eterna.
Por eso te pido
que tengas clemencia,
no por que yo viva,
sí por que él no muera.

¿No basta cuán vivas
se me representan
de mi ausente cielo
las divinas prendas?
¿No basta acordarme
sus caricias tiernas,
sus dulces palabras,
sus nobles finezas?
¿Y no basta que,
industriosa, crezcas
con pasadas glorias
mis presentes penas,
sino que (¡ay de mí!,
mi bien, ¿quién pudiera
no hacerte este agravio
de temer mi ofensa?),
sino que, villana,
persuadirme intentas
que mi agravio es
posible que sea?
Y para formarlo,
con necia agudeza,
concuerdas palabras,
acciones contextas:
sus proposiciones
me las interpretas,
y lo que en paz dijo,
me sirve de guerra.
¿Para qué examinas
si habrá quien merezca
de sus bellos ojos
atenciones tiernas;
si de otra hermosura

acaso le llevan
méritos más altos,
más dulces ternezas;
si de obligaciones
la carga molesta
le obliga en mi agravio
a pagar la deuda?
¿Para qué ventilas
la cuestión superflua
de si es la mudanza
hija de la ausencia?
Yo ya sé que es frágil
la naturaleza,
y que su constancia
sola, es no tenerla.
Sé que la mudanza
por puntos, en ella
es de su ser propio
caduca dolencia.
Pero también sé
que ha habido firmeza;
que ha habido excepciones
de la común regla.
Pues ¿por qué la suya
quieres tú que sea,
siendo ambas posibles,
de aquélla y no de ésta?
Mas ¡ay! que ya escucho
que das por respuesta
que son más seguras
las cosas adversas.
Con estos temores,
en confusa guerra,
entre muerte y vida

me tienes suspensa.
Ven a algún partido
de una vez, y acepta
permitir que viva
o dejar que muera.

71

Redondillas para cantar a la música de un tono y baile regional, que llaman el Cardador.

A Belilla pinto
(tengan atención),
porque es de la carda,
por el cardador.
Del pelo el esquilmo,
mejor que Absalón,
se vende por oro,
con ser de vellón.
En su frente lisa
Amor escribió,
y dejó las cejas
a plana renglón.
Los ojos rasgados,
de *ábate que voy*,
y luego unas niñas
de *líbrenos Dios*.
Con tener en todo
tan grande sazón,
sólo las mejillas
se quedan en flor.
Ámbar es y algalia

la respiración,
y así las narices
andan al olor.
De los lacticinios
nunca se guardó,
pues siempre en su cuello
se halla requesón.
Es tan aseada
que, sin prevención,
en sus manos siempre
está el almidón.
Talle más estrecho
que la condición
de cierta persona
que conozco yo.
Pie a quien de tan poco
sirve el calzador,
que aun el poleví
tiene por ramplón.
Éste, de Belilla
no es retrato, no;
ni bosquejo, sino
no más de un borrón.

72

Otras para otro baile, tono y música regional que llaman San Juan de Lima.

Agrísima Gila,
que en lugar de dar
confites al gusto,
dentera le das:

por San Juan de Lima
te quiero pintar,
por que entre tus agros
tengas éste más.
El ámbar y mirra
en tu pelo está
derretido: mira
si amargo será.
Tu frente el jazmín
pretende afectar,
pero al fin se sale
con ello el azahar.
La tinta a tus cejas
el color les da,
con que a alcaparrosa
y agallas sabrán.
Son aceitunados
tus ojos, y están
bien aderezados
de orégano y sal.
Quiso a tus mejillas
teñir un lagar;
mas, como eres niña,
se quedó en agraz.
El carmín más vivo
en tu boca está,
a la vista hermoso
y amargo al gustar.
Tu cándido cuello
tan nevado está,
que sobre el limón
se puso la sal.
De cuajada leche

tus manos serán,
de la que al sereno
se pasó a acedar.
Al coturno de oro
los ojos se van,
mas se experimenta
píldora al tragar.
Si este tu retrato
muy agro no está,
ponle tú la hiel
de tu natural.

73

Segunda norabuena de cumplir años el señor virrey marqués de la Laguna.

Llegóse aquel día,
gran señor, que el Cielo
destinó dichoso
para natal vuestro.
Suma el sol la cuenta
que escribe en aquellos
de estrellas guarismos,
rasgos de luceros.
El dorado torno
que devana en bellos
hilos de sus rayos
claros crecimientos,
de los doce signos
con huellas de fuego
pisó ya otra vez
los varios aspectos.
Ya otra vez ha visto

los opuestos ceños
del alemán frío
y el adusto negro.
Ya ostentó otra vez,
con varios efectos,
primavera, estío,
otoño e invierno.
Ya ausente, y ya cerca,
ha dado al noruego
ya perpetuas sombras
y ya lucimientos.
Ya otra vez la rueda
voluble del tiempo
clausuró del giro
un círculo entero.
¿Quién que el tiempo duda,
quién duda que Febo
los repite ufano
por ser años vuestros?
Y yo más que todos,
gran Tomás excelso,
que más obligada
celebrarlos debo.
Yo, que a vuestros pies
ponerme no puedo,
porque la fortuna
se opone al deseo,
en prendas de fe,
en señal de feudo,
que mi corazón
debe a vuestro imperio,
estos os envío
mal formados versos,

en quien la verdad
es sólo lo bueno.
No os quiero decir
que pido a los Cielos
ni que duréis siglos
ni que seáis eterno:
que estos cortesanos
modos lisonjeros
son de los palacios,
no de los conventos;
que ni aun de esa suerte
tengo por acierto
el querer que el mundo
os logre perpetuo.
Gentil Alejandro
lo juzgó pequeño;
pues ¿qué hará un tan grande
católico pecho?
Quien puede aspirar
a pisar luceros
¿ha de contentarse
con caducos premios?
No, señor: que es ser
avaro el deseo
que, pudiendo más,
solicita menos.
Lo que yo con Dios
para vos pretendo
es, tras larga vida,
el descanso eterno,
gozando de aquel
cuyo nacimiento
en prendas de gloria
quiso unir al vuestro.

74

Prosigue en respeto amoroso dando norabuenas de cumplir años la señora virreina.

Discreta y hermosa,
soberana Lisi,
en quien la belleza
e ingenio compiten.
¿Bella una vez sola?
¡Oh, qué poco dije!
Discreta mil veces,
bella otros mil miles.
No es esto alabarte,
que para aplaudirte
son aun de la Fama
roncos los clarines.
Ni hacerte lisonjas
a nadie es posible,
pues ninguna hay què
tú no verifiques.
Porque ¿qué alabanza
puedo yo decirte
que no halle verdad
el que la averigüe?
Que si es lisonjero
el que, en lo que dice,
o más encarece
o lo que no hay finge,
¿qué cosa de ti
puede discurrirse
que mayor no sea
de lo que se explique?

El que copia al sol,
aunque solicite
copiarle más bello,
nunca lo consigue,
pues por más que intenso
el estudio aplique,
quedará más bello
de lo que le pinten.
Así, si tus partes
quieren aplaudirse,
sólo en no copiarlas
pudieran mentirte.
Porque es tu hermosura
tan inaccesible,
que quien más la alaba
menos la define;
tu ingenio y tus gracias,
tan imperceptibles,
que no les da alcance
la pluma más lince.
Y así, mi intención
no es de referirte
lo que nadie entiende
y todos repiten,
porque todos cantan
tus prendas sublimes,
y cuán grandes sean
nadie lo concibe;
sino, de tus años
al día felice,
dar de mis afectos
el tributo humilde.
Vive, y a tu edad

el sol que la asiste
nunca la mensure,
sólo la ilumine.
A tus primaveras
el tiempo fluxible
sirva solamente,
no las examine.
Tantos como prendas,
años multipliques,
y ellos solamente
cuenten tus abriles:
pues serás eterna
por cuenta infalible,
si por perfecciones
tus años se miden.
Vive en el dichoso
consorcio apacible
de tu dulce esposo,
de tu amante firme:
del excelso Cerda,
que a tu real estirpe
une sus gloriosos
personales timbres;
y de Josef, bello
vínculo que ciñe
de vuestros dos cuellos
las amantes vides:
en cuyos progresos
pido a Dios que mires
la piedad de Numa
y el valor de Aquiles,
para que de tantos
héroes invencibles
las claras memorias

en él resuciten.
Vive, porque yo,
de tus rayos Clicie,
sólo vivo aquello
que pienso que vives.

75

Endechas que expresan cultos conceptos de afecto singular.

Sabrás, querido Fabio,
si ignoras que te quiero
—que ignorar lo dichoso
es muy de lo discreto—,
que apenas fuiste blanco
en que el rapaz archero
del tiro indefectible
logró el mejor acierto,
cuando en mi pecho amante
brotaron, al incendio
de recíprocas llamas,
conformes ardimientos.
¿No has visto, Fabio mío,
cuando el señor de Delos
hiere con armas de oro
la luna de un espejo,
que haciendo en el cristal
reflejo el rayo bello,
hiere, repercusivo,
al más cercano objeto?
Pues así —del Amor
las flechas, que en mi pecho
tu resistente nieve

les dio mayor esfuerzo,
vueltas a mí las puntas—,
dispuso Amor soberbio
sólo con un impulso
dos alcanzar trofeos.
Díganlo las ruïnas
de mi valor deshecho,
que en contritas cenizas
predican escarmientos.
Mi corazón lo diga,
que, en padrones eternos,
inextinguibles guarda
testimonios del fuego:
segunda Troya el alma,
de ardientes Mongibelos
es pavesa a la saña
de más astuto griego;
de las sangrientas viras
los enherbados hierros
por las venas difunden
el amable veneno;
las cercenadas voces
que, en balbucientes ecos,
si el amor las impele,
las retiene el respeto;
las niñas de mis ojos
que, con mirar travieso,
sinceramente parlan
del alma los secretos;
el turbado semblante
y el impedido aliento,
en cuya muda calma
da voces el afecto;

aquel decirte más
cuando me explico menos,
queriendo en negaciones
expresar los conceptos.
Y, en fin, dígaslo tú,
que de mis pensamientos,
lince sutil, penetras
los más ocultos senos.
Si he dicho que te he visto,
mi amor está supuesto,
pues es correlativo
de tus merecimientos.
Si a ellos atiendes, Fabio,
con indicios más ciertos
verás de mis finezas
evidentes contextos.
Ellos a ti te basten;
que si prosigo, pienso
que con superfluas voces
su autoridad ofendo.

76

Endechas que prorrumpen en las voces del dolor al despedirse para una ausencia.

Si acaso, Fabio mío,
después de penas tantas,
quedan para la queja
alientos en el alma;
si acaso en las cenizas
de mi muerta esperanza
se libró por pequeña

alguna débil rama
adonde entretenerse,
con fuerza limitada,
el rato que me escuchas
pueda la vital aura;
si acaso a la tijera
mortal que me amenaza
concede breves treguas
la inexorable Parca,
oye, en tristes endechas,
las tiernas consonancias
que al moribundo cisne
sirven de exequias blandas.
Y antes que noche eterna,
con letal llave opaca,
de mis trémulos ojos
cierre las lumbres vagas,
dame el postrer abrazo,
cuyas tiernas lazadas,
siendo unión de los cuerpos,
identifican almas.
Oiga tus dulces ecos
y, en cadencias turbadas,
no permita el ahogo
enteras las palabras.
De tu rostro en el mío
haz amorosa estampa;
y las mejillas frías
de ardiente llanto baña.
Tus lágrimas y mías
digan, equivocadas,
que, aunque en distintos pechos,
las engendró una causa.

Unidas de las manos
las bien tejidas palmas,
con movimientos digan
lo que los labios callan.
Dame, por prendas firmes
de tu fe no violada,
en tu pecho escrituras,
seguros en tu cara,
para que cuando baje
a las estigias aguas,
tuyo el óbolo sea
para fletar la barca.
Recibe de mis labios
el que, en mortales ansias,
el exánime pecho
último aliento exhala.
Y el espíritu ardiente
que, vivífica llama,
de acto sirvió primero
a tierra organizada,
recibe, y de tu pecho
en la dulce morada
padrón eterno sea
de mi fineza rara.
Y adiós, Fabio querido,
que ya el aliento falta,
y de vivir se aleja
la que de ti se aparta.

77

Endechas que explican un ingenioso sentir de ausente y desdeñado.

Me acerco y me retiro:
¿quién sino yo hallar puedo
a la ausencia en los ojos,
la presencia en lo lejos?
Del desprecio de Filis,
infelice, me ausento.
¡Ay de aquel en quien es
aun pérdida el desprecio!
Tan atento la adoro
que, en el mal que padezco,
no siento sus rigores
tanto como el perderlos.
No pierdo, al partir, sólo
los bienes que poseo,
si en Filis, que no es mía,
pierdo lo que no pierdo.
¡Ay de quien un desdén
lograba tan atento,
que por no ser dolor
no se atrevió a ser premio!
Pues viendo, en mi destino,
preciso mi destierro,
me desdeñaba más
por que perdiera menos.
¡Ay! ¿Quién te enseñó, Filis,
tan primoroso medio:
vedar a los desdenes
el traje del afecto?
A vivir ignorado
de tus luces, me ausento,
donde ni aun mi mal sirva
a tu desdén de obsequio.

78

Expresa, aún con expresiones más vivas, [el sentimiento que padece una mujer amante de su marido muerto].

Agora que conmigo
sola en este retrete,
por pena, o por alivio,
permite Amor que quede;
agora, pues, que hurtada
estoy, un rato breve,
de la atención de tantos
ojos impertinentes,
salgan del pecho, salgan
en lágrimas ardientes,
las represadas penas
de mis ansias crüeles.
¡Afuera ceremonias
de atenciones corteses,
alivios afectados,
consuelos aparentes!
Salga el dolor de madre,
y rompa vuestras puentes
del raudal de mi llanto
el rápido torrente.
En exhalados rayos
salgan confusamente
suspiros que me abrasen,
lágrimas que me aneguen.
Corran de sangre pura,
que mi corazón vierte,
de mis perennes ojos
las dolorosas fuentes.

Dé voces mi dolor,
que empañen, indecentes,
esos espejos puros
de la esfera celeste.
Publique, con los gritos,
que ya sufrir no puede
del tormento inhumano
las cuerdas inclementes.
Ceda al amor el juicio,
y con extremos muestre
que es solo de mi pecho
el duro presidente.
¡En fin, murió mi esposo!
Pues ¿cómo, indignamente,
yo la suya pronuncio
sin pronunciar mi muerte?
¿Él sin vida, y yo animo
este compuesto débil?
¿Yo con voz, y él difunto?
¿Yo viva, cuando él muere?
No es posible; sin duda
que, con mi amor aleves,
o la pena me engaña
o la vida me miente.
Si él era mi alma y vida,
¿cómo podrá creerse
que sin alma me anime,
que sin vida me aliente?
¿Quién conserva mi vida,
o de adónde le viene
aire con que respire,
calor que la fomente?
Sin duda que es mi amor

el que en mi pecho enciende
estas señas, que en mí
parecen de viviente.
Y como, en un madero
que abrasa el fuego ardiente,
nos parece que luce
lo mismo que padece,
y cuando el vegetable
humor en él perece,
nos parece que vive
y no es sino que muere,
así yo, en las mortales
ansias que el alma siente,
me animo con las mismas
congojas de la muerte.
¡Oh, de una vez acabe,
y no, cobardemente,
por resistirme de una,
muera de tantas veces!
¡Oh, caiga sobre mí
la esfera transparente,
desplomados del polo
sus diamantinos ejes!
¡Oh, el centro en sus cavernas
me preste obscuro albergue,
cubriendo mis desdichas
la máquina terrestre!
¡Oh, el mar, entre sus ondas
sepultada, me entregue
por mísero alimento
a sus voraces peces!
¡Niegue el sol a mis ojos
sus rayos refulgentes,
y el aire a mis suspiros

el necesario ambiente!
¡Cúbrame eterna noche,
y el siempre obscuro Lete
borre mi nombre infausto
del pecho de las gentes!
Mas ¡ay de mí!, que todas
las criaturas crüeles
solicitan que viva
porque gustan que pene.
¿Pues qué espero? Mis propias
penas de mí me venguen
y a mi garganta sirvan
de funestos cordeles,
diciendo con mi ejemplo
a quien mis penas viere:
Aquí murió una vida
por que un amor viviese.

79

Consuelos seguros en el desengaño.

Ya, desengaño mío,
llegasteis al extremo
que pudo en vuestro ser
verificar el serlo.
Todo lo habéis perdido;
mas no todo, pues creo
que aun a costa es de todo
barato el escarmiento.
No envidiaréis de Amor
los gustos lisonjeros:

que está un escarmentado
muy remoto del riesgo.
El no esperar alguno
me sirve de consuelo;
que también es alivio
el no buscar remedio.
En la pérdida misma
los alivios encuentro:
pues si perdí el tesoro,
también se perdió el miedo.
No tener qué perder
me sirve de sosiego;
que no teme ladrones,
desnudo, el pasajero.
Ni aun la libertad misma
tenerla por bien quiero:
que luego será daño
si por tal la poseo.
No quiero más cuidados
de bienes tan inciertos,
sino tener el alma
como que no la tengo.

80

Endechas con otra pintura de la misma excelentísima señora, por comparaciones de varios héroes.

Con los héroes a Elvira
mi amor retrata,
para que la pintura
valiente salga.
Ulises es su pelo,

con Alejandro:
porque es sutil el uno,
y el otro largo.
Un Colón es su frente
por dilatada,
porque es quien su imperio
más adelanta.
A Cortés y Pizarro
tiene en las cejas,
porque son sus divisas
medias esferas.
César son y Pompeyo
sus bellos ojos,
porque hay guerras civiles
del uno al otro.
Es su proporcionada
nariz hermosa
Anibal, porque siempre
se opone a Roma.
Alencastro y Ayorque
son sus mejillas,
porque mezcladas rosas
son sus divisas.
A su boca no hay héroe,
porque no encuentro
con alguno que tenga
tan buen aliento.
Es su bien torneado
cándido cuello,
Hércules, pues él solo
sustenta el cielo.
De Scévola las manos,
aunque nevadas,
son: pues en ellas siempre

tiene las brasas.
Los pies, si es que los tiene,
nunca los vide;
y es que nunca a un valiente
los pies le sirven.

81

Endechas irregulares, demostrando afectos de un favorecido que se ausenta.

Divino dueño mío:
si, al tiempo de apartarme,
tiene mi amante pecho
alientos de quejarse,
oye mis penas, mira mis males.
Aliéntese el dolor,
si es que puede alentarse;
y, a vista de perderte,
mi corazón exhale
llanto a la tierra, quejas al aire.
Apenas de tus ojos
quise al sol elevarme,
cuando mi precipicio
da, en sentidas señales,
venganza al fuego, nombre a los mares.
Apenas tus favores
quisieron coronarme,
dichoso más que todos,
felice como nadie,
cuando los gustos fueron pesares.
Sin duda el ser dichoso

es la culpa más grave,
pues mi fortuna adversa
dispone que la pague
con que a mis ojos tus luces falten.
¡Ay, dura ley de ausencia!,
¿quién podrá derogarte,
si adonde yo no quiero
me llevas, sin llevarme,
con alma muerto, vivo cadáver?
Será de tus favores
sólo el corazón cárcel,
por ser aun el silencio,
si quiero que los guarde,
custodio indigno, sigilo frágil.
Y puesto que me ausento,
por el último *vale*
te prometo, rendido,
con fe y amor constante,
siempre quererte, nunca olvidarte.

82

Endecasílabo romance: expresa su respeto amoroso; dice el sentido en que llama suya a la señora virreina.

Divina Lisi mía:
perdona si me atrevo
a llamarte así, cuando
aun de ser tuya el nombre no merezco.
Y creo no osadía
es llamarte así, puesto
que a ti te sobran rayos,
si en mí pudiera haber atrevimientos.

Error es de la lengua,
que lo que dice imperio
del dueño, en el dominio,
parezcan posesiones en el siervo.
Mi rey, dice el vasallo;
mi cárcel, dice el preso;
y el más humilde esclavo,
sin agraviarlo, llama suyo al dueño.
Así, cuando yo *mía*
te llamo, no pretendo
que juzguen que eres mía,
sino sólo que yo ser tuya quiero.
Yo te vi; pero basta:
que a publicar incendios
basta apuntar la causa,
sin añadir la culpa del efecto.
Que mirarte tan alta
no impide a mi denuedo;
que no hay deidad segura
al altivo volar del pensamiento.
Y aunque otras más merezcan,
en distancia del cielo
lo mismo dista el valle
más humilde, que el monte más soberbio.
En fin, yo de adorarte
el delito confieso;
si quieres castigarme,
este mismo castigo será premio.

83

Endecasílabo: satisface con agradecimiento a una queja que su Excelencia tuvo, de no haberla esperado a ver.

¡Qué bien, divina Lisi,
tu sacra deidad sabe,
para humillar mis dichas,
mezclarme en los favores los pesares!
No esperar, fue el delito
que quieres castigarme;
¿quién creerá que fue culpa
no esperar lo que no puede esperarse?
Casualidad fue sola
quien pudo ocasionarme;
que nunca a un infelice
faltan para su mal casualidades.
En leyes de Palacio,
el delito más grave
es esperar; y en mí
fue el delito mayor el no esperarte.
Acusas mi cariño,
como si fuera fácil
pensar yo que tú piensas
que dejar de adorarte puede nadie.
Desconfïar de aquello
que es preciso ignorarse,
es gala de lo cuerdo
y fuera imperfección en las deidades.
Mas tú, divino dueño,
¿cómo puedes negarme
que sabes que te adoro,
porque quién eres, de por fuerza, sabes?
Baste ya de rigores,
hermoso dueño, baste;
que tan indigno blanco
a tus sagrados tiros es desaire.

84

En que describe los efectos irracionales del amor, racionalmente.

Este amoroso tormento
que en mi corazón se ve,
sé que lo siento, y no sé
la causa por que lo siento.
Siento una grave agonía
por lograr un devaneo,
que empieza como deseo
y pára en melancolía.
Y cuando con más terneza
mi infeliz estado lloro,
sé que estoy triste e ignoro
la causa de mi tristeza.
Siento un anhelo tirano
por la ocasión a que aspiro,
y cuando cerca la miro
yo misma aparto la mano;
porque, si acaso se ofrece,
después de tanto desvelo,
la desazona el recelo
o el susto la desvanece.
Y si alguna vez sin susto
consigo tal posesión,
cualquiera leve ocasión
me malogra todo el gusto.
Siento mal del mismo bien
con receloso temor,
y me obliga el mismo amor
tal vez a mostrar desdén.
Cualquier leve ocasión labra

en mi pecho, de manera,
que el que imposibles venciera
se irrita de una palabra.
Con poca causa ofendida,
suelo, en mitad de mi amor,
negar un leve favor
a quien le diera la vida.
Ya sufrida, ya irritada,
con contrarias penas lucho:
que por él sufriré mucho,
y con él sufriré nada.
No sé en qué lógica cabe
el que tal cuestión se pruebe:
que por él lo grave es leve,
y con él lo leve es grave.
Sin bastantes fundamentos
forman mis tristes cuidados,
de conceptos engañados,
un monte de sentimientos;
y en aquel fiero conjunto
hallo, cuando se derriba,
que aquella máquina altiva
sólo estribaba en un punto.
Tal vez el dolor me engaña
y presumo, sin razón,
que no habrá satisfación
que pueda templar mi saña;
y cuando a averiguar llego
el agravio por que riño,
es como espanto de niño
que pára en burlas y juego.
Y aunque el desengaño toco,
con la misma pena lucho,
de ver que padezco mucho

padeciendo por tan poco.
A vengarse se abalanza
tal vez el alma ofendida;
y después, arrepentida,
toma de mí otra venganza.
Y si al desdén satisfago,
es con tan ambiguo error,
que yo pienso que es rigor
y se remata en halago.
Hasta el labio desatento
suele, equívoco, tal vez,
por usar de la altivez
encontrar el rendimiento.
Cuando por soñada culpa
con más enojo me incito,
yo le acrimino el delito
y le busco la disculpa.
No huyo el mal ni busco el bien:
porque, en mi confuso error,
ni me asegura el amor
ni me despecha el desdén.
En mi ciego devaneo,
bien hallada con mi engaño,
solicito el desengaño
y no encontrarlo deseo.
Si alguno mis quejas oye,
más a decirlas me obliga
por que me las contradiga,
que no por que las apoye.
Porque si con la pasión
algo contra mi amor digo,
es mi mayor enemigo
quien me concede razón.
Y si acaso en mi provecho

hallo la razón propicia,
me embaraza la justicia
y ando cediendo el derecho.
Nunca hallo gusto cumplido,
porque, entre alivio y dolor,
hallo culpa en el amor
y disculpa en el olvido.
Esto de mi pena dura
es algo del dolor fiero;
y mucho más no refiero
porque pasa de locura.
Si acaso me contradigo
en este confuso error,
aquel que tuviere amor
entenderá lo que digo.

85

Solicitada de amor importuno, responde con entereza tan cortés, que aun hace bienquisto el desaire.

DOS dudas en que escoger
tengo, y no sé a cuál prefiera:
pues vos sentís que no quiera,
y yo sintiera querer;
conque, si a cualquiera lado
quiero inclinarme, es forzoso,
quedando el uno gustoso,
que otro quede disgustado.
Si daros gusto me ordena
la obligación, es injusto
que, por daros a vos gusto,
haya yo de tener pena.

Y no juzgo que habrá quièn
apruebe sentencia tal,
como que me trate mal
por trataros a vos bien.
Mas, por otra parte, siento
que es también mucho rigor
que lo que os debo en amor
pague en aborrecimiento;
y aun irracional parece
este rigor, pues se infiere:
si aborrezco a quien me quiere,
¿qué haré con quien me aborrece?
No sé cómo despacharos:
pues hallo, al determinarme,
que amaros es disgustarme,
y no amaros, disgustaros.
Pero dar un medio justo
en estas dudas pretendo,
pues no queriendo, os ofendo,
y queriéndoos, me disgusto,
y sea ésta la sentencia
por que no os podáis quejar:
que entre aborrecer y amar
se parta la diferencia,
de modo que, entre el rigor
y el llegar a querer bien,
ni vos encontréis desdén
ni yo pueda hallar amor.
Esto el discurso aconseja:
pues con esta conveniencia,
ni yo quedo con violencia
ni vos os partís con queja;
y que estaremos, infiero,

gustosos con lo que ofrezco:
vos, de ver que no aborrezco;
yo, de saber que no quiero.
Sólo este medio es bastante
a ajustarnos, si os contenta
que vos me logréis atenta
sin que yo pase a lo amante.
Y así quedo, en mi entender,
esta vez, bien con los dos:
con agradecer, con vos;
conmigo, con no querer.
Que aunque a nadie llega a darse
en esto gusto cumplido,
ver que es igual el partido
servirá de resignarse.

86

Que responde a un caballero que dijo ponerse hermosa la mujer con querer bien.

Silvio, tu opinión va errada;
que en lo común, si se apura,
no admiten por hermosura
hermosura enamorada;
pues si hacen, de la extrañeza,
el atractivo más grato,
es el agrio de lo ingrato
la sazón de la belleza,
porque, gozando exenciones
de perfección más que humana,
la acredita soberana
lo libre de las pasiones:

que no se conserva bien,
ni tiene seguridad,
la rosa de la beldad
sin la espina del desdén.
Mas si el amor hace hermosas,
pudiera excusar, ufana,
con merecer la manzana,
la contienda de las diosas.
Belleza llego a tener
de mano tan generosa,
que dices que seré hermosa
solamente con querer.
Y así en la lid contenciosa
fuera siempre la triunfante;
que, pues nadie tan amante,
luego nadie tan hermosa.
Mas si de amor el primor
la belleza me asegura,
te deberé la hermosura,
pues me causas el amor.
Del amor tuyo confío
la beldad que me atribuyo;
porque siendo obsequio tuyo,
resulta en provecho mío.
Pero a todo satisfago
con ofrecerte, de nuevo,
la hermosura que te debo
y el amor con que te pago.

87

Pinta la armonía simétrica que los ojos perciben en la hermosura, con otra de música.

Cantar, Feliciana, intento
tu belleza celebrada;
y pues ha de ser cantada,
tú serás el instrumento.
De tu cabeza adornada,
dice mi amor sin recelo
que los tiples de tu pelo
la tienen tan entonada,
pues con presunción no poca
publica con voz süave
que, como componer sabe,
él solamente te toca.
Las claves y puntos dejas
que Amor apuntar intente,
del espacio de tu frente
a la regla de tus cejas.
Tus ojos, al facistol
que hace tu rostro capaz,
de tu nariz al compás
cantan el re mi fa sol.
El clavel bien concertado
en tu rostro no disuena,
porque, junto a la azucena,
te hacen el color templado.
Tu discreción milagrosa
con tu hermosura concuerda;
mas la palabra más cuerda,
si toca al labio, se roza.
Tu garganta es quien penetra
al canto las invenciones,
porque tiene deducciones
y porque es quien mete letra.
Conquistas los corazones
con imperio soberano,

porque tienes en tu mano
los signos e inclinaciones.
No tocaré la estrechura
de tu talle primoroso:
que es paso dificultoso
el quiebro de tu cintura.
Tiene en tu pie mi esperanza
todos sus deleites juntos:
que, como no sube puntos,
nunca puede hacer mudanza;
y aunque a subir no se atreve
en canto llano, de punto,
en echando contrapunto
blasona de semibreve.
Tu cuerpo, a compás obrado,
de proporción a porfía,
hace divina armonía
por lo bien organizado.
Callo, pues mal te descifra
mi amor en rudas canciones,
pues que de las perfecciones
sola tú sabes la cifra.

88

Pidiendo unos versos a un caballero que se excusaba de hacerlos, diciendo que no sabía.

Mis quejas pretendo dar
en estilo tosco y llano,
que el hablar muy cortesano
no es término de cobrar.
Y es bien que el ardid deshaga
de quien, con tanta malicia,
me concede la justicia
para negarme la paga,
pues, con intención doblada,
sólo por hacerme mal,
con tan notorio caudal
me dice que tiene nada;
que la mitad me ha entregado,
dice con malicia y arte;
que no tengo ni aun la parte,
pues no me dan el traslado.
Y a tanta malicia llega
malicia tan conocida,
que me niega la partida
y la venida me niega.
¡Oh, cuánta justicia fuera,
si se viera a buena luz,
si antes le daba la cruz,
que ahora se la pusiera!
Mas por que de mí no infiera
que a negar también me atrevo,
ahí va el romance que debo,

y doylo, aunque non debiera.
Que es fácil de discurrir,
cuando lo llego a entregar,
pues no me queda que dar,
que me queda que pedir.

88 bis

Enigmas ofrecidos a la discreta inteligencia de la soberana asamblea de la Casa del Placer por su más rendida y fiel aficionada, sóror Juana Inés de la Cruz.

¿Cuál es aquella homicida
que, piadosamente ingrata,
siempre en cuanto vive mata
y muere cuando da vida?
¿Cuál será aquella aflicción
que es, con igual tiranía,
el callarla, cobardía,
decirla, desatención?
¿Cuál puede ser el dolor
de efecto tan desigual
que, siendo en sí el mayor mal,
remedia otro mal mayor?
¿Cuál es la sirena atroz
que en dulces ecos veloces
muestra el seguro en sus voces,
guarda el peligro en su voz?
¿Cuál es aquella deidad
que con tan ciega ambición,
cautivando la razón,
toda se hace libertad?
¿Cuál puede ser el cuidado

que, libremente imperioso,
se hace a sí mismo dichoso
y a sí mismo desdichado?
¿Cuál será aquella pasión
que no merece piedad,
pues peligra en necedad
por ser toda obstinación?
¿Cuál puede ser el contento
que, con hipócrita acción,
por sendas de recreación
va caminando al tormento?
¿Cuál será la idolatría
de tan alta potestad
que hace el ruego indignidad,
la esperanza grosería?
¿Cuál será aquella expresión
que, cuando el dolor provoca,
antes de voz en la boca
hace eco en el corazón?
¿Cuáles serán los despojos
que, al sentir algún despecho,
siendo tormento en el pecho
es desahogo en los ojos?
¿Cuál puede ser el favor
que, por oculta virtud,
si se logra es inquietud
y si se espera es temor?
¿Cuál es la temeridad
de tan alta presunción
que, pudiendo ser razón,
pretende ser necedad?
¿Cuál el dolor puede ser
que, en repetido llorar,
es su remedio cegar

siendo su achaque el no ver?
¿Cuál es aquella atención
que, con humilde denuedo
defendido con el miedo
da esfuerzos a la razón?
¿Cuál es aquel arrebol
de jurisdicción tan bella
que, inclinando como estrella,
desalumbra como sol?
¿Cuál es aquel atrevido
que, indecentemente osado,
fuera respeto callado
y es agravio proferido?
¿Cuál podrá ser el portento
de tan noble calidad
que es, con ojos, ceguedad,
y sin vista, entendimiento?
¿Cuál es aquella deidad
que, con medrosa quietud,
no conserva la virtud
sin favor de la maldad?
¿Cuál es el desasosiego
que, traidoramente aleve,
siendo su origen la nieve
es su descendencia el fuego?

89

Al retrato de una decente hermosura.

Acción, Lisi, fue acertada
el permitir retratarte,

pues ¿quién pudiera mirarte,
si no es estando pintada?
Como de Febo el reflejo
es tu hermoso rosicler,
que para poderlo ver
lo miran en un espejo.
Así, en tu copia, advertí
que el que llegare a mirarte,
se atreverá a contemplarte
viendo que estás tú sin ti,
pues aun pintada, severa
esa belleza sin par,
muestra que para matar
no te has menester entera:
pues si el resplandor inflama
todo lo que deja ciego,
fuera aventurar el fuego
desautorizar la llama.
Que en tu dominio absoluto,
por más soberano modo,
para sujetarlo todo
basta con un substituto.
Pues ¿qué gloria en la conquista
del mundo pudiera haber,
si te costara el vencer
la indecencia de ser vista?
Porque aunque siempre se venza,
como es victoria tan baja,
conseguida con ventaja,
más es que triunfo, vergüenza;
pues la fuerza superior
que se emplea en un rendido
es disculpa del vencido
y afrenta del vencedor.

No es la malla y el escudo
seña de valor subido,
porque un pecho muy vestido
muestra un corazón desnudo;
y del muy armado, infiero
que, con recelo y temor,
se desnuda del valor
cuando se viste de acero;
y así era hacer injusticia
a tu decoro y grandeza,
si triunfara tu belleza
donde basta tu noticia.
Amor, hecho tierno Apeles,
en tan divina pintura,
para pintar tu hermosura
hizo las flechas pinceles.
Mira si matará verte
formada tan homicida:
que es cada línea una herida
y cada rasgo una muerte.
Y no fue de Amor locura
cuando te intentó copiar:
pues quererte eternizar
no fue agraviar tu hermosura;
que estatua que a la beldad
se le erige por grandeza,
si no copia la belleza,
representa la deidad.
Pues es rigor, si se advierte,
que, en tu copia singular,
estés capaz de matar
e incapaz de condolerte.
¡Oh tú, bella copia dura,
que ostentas tanta crueldad,

concédete a la piedad
o niégate a la hermosura!
¿Cómo, divino imposible,
siempre te muestras, airada,
para dar muerte, animada,
para dar vida, insensible?
¿Por qué, hermosa pesadumbre
de una humilde voluntad,
ni dejas la libertad
ni aceptas la servidumbre?
Pues por que en mi pena entienda
que no es amarte servicio,
violentas el sacrificio
y no agradeces la ofrenda.
Tú despojas de la vida
y purgas la sinrazón,
por la falta de intención,
del delito de homicida.
En tan supremo lugar
exenta quieres vivir,
que aun no te tiene el rendir
la costa de despreciar.
Desprecia siquiera, dado
que aun eso tendrán por gloria;
porque el desdén ya es memoria
y el desprecio ya es cuidado.
Mas ¿cómo piedad espero,
si descubro, en tus rigores,
que con un velo de flores
cubres una alma de acero?
De Lisi imitas las raras
facciones; y en el desdén
¿quién pensara que también
su condición imitaras?

¡Oh Lisi, de tu belleza
contempla la copia dura,
mucho más que en la hermosura
parecida en la dureza!
Vive, sin que el tiempo ingrato
te desluzca; y goza, igual,
perfección de original
y duración de retrato.

90

Favorecida y agasajada, teme su afecto de parecer gratitud y no fuerza.

Señora, si la belleza
que en vos llego a contemplar
es bastante a conquistar
la más inculta dureza,
¿por qué hacéis que el sacrificio
que debo a vuestra luz pura,
debiéndose a la hermosura,
se atribuya al beneficio?
Cuando es bien que glorias cante
de ser vos quien me ha rendido,
¿queréis que lo agradecido
se equivoque con lo amante?
Vuestro favor me condena
a otra especie de desdicha,
pues me quitáis con la dicha
el mérito de la pena;
si no es que dais a entender
que favor tan singular,
aunque se pueda lograr,

no se puede merecer.
Con razón: pues la hermosura,
aun llegada a poseerse,
si llegara a merecerse,
dejara de ser ventura.
Que estar un digno cuidado
con razón correspondido,
es premio de lo servido
y no dicha de lo amado.
Que dicha se ha de llamar
sola la que, a mi entender,
ni se puede merecer
ni se pretende alcanzar,
ya que este favor excede
tanto a todos, al lograrse,
que no sólo no pagarse,
mas ni agradecerse puede;
pues desde el dichoso día
que vuestra belleza vi,
tan del todo me rendí,
que no me quedó acción mía.
Con lo cual, señora, muestro,
y a decir mi amor se atreve,
que nadie pagaros debe
que vos honréis lo que es vuestro.
Bien sé que es atrevimiento;
pero el Amor es testigo
que no sé lo que me digo
por saber lo que me siento.
Y en fin, perdonad, por Dios,
señora, que os hable así:
que si yo estuviera en mí,
no estuvierais en mí vos.
Sólo quiero suplicaros

que de mí recibáis hoy,
no sólo el alma que os doy,
mas las que quisiera daros.

91

Excusándose de un silencio, en ocasión de un precepto para que le rompa.

Pedirte, señora, quiero
de mi silencio perdón,
si lo que ha sido atención
le hace parecer grosero.
Y no me podrás culpar
si hasta aquí mi proceder,
por ocuparse en querer,
se ha olvidado de explicar:
que en mi amorosa pasión
no fue descuido ni mengua
quitar el uso a la lengua
por dárselo al corazón.
Ni de explicarme dejaba:
que, como la pasión mía
acá en el alma te vía,
acá en el alma te hablaba,
y en esta idea notable
dichosamente vivía,
porque en mi mano tenía
el fingirte favorable.
Con traza tan peregrina
vivió mi esperanza vana,
pues te pudo hacer humana
concibiéndote divina.

¡Oh, cuán loco llegué a verme
en tus dichosos amores,
que, aun fingidos, tus favores
pudieron enloquecerme!
¡Oh, cómo, en tu sol hermoso
mi ardiente afecto encendido,
por cebarse en lo lucido,
olvidó lo peligroso!
Perdona, si atrevimiento
fue atreverme a tu ardor puro;
que no hay sagrado seguro
de culpas de pensamiento.
De esta manera engañaba
la loca esperanza mía,
y dentro de mí tenía
todo el bien que deseaba.
Mas ya tu precepto grave
rompe mi silencio mudo;
que él solamente ser pudo
de mi respeto la llave.
Y aunque el amar tu belleza
es delito sin disculpa,
castígueseme la culpa
primero que la tibieza.
No quieras, pues, rigorosa,
que, estando ya declarada,
sea de veras desdichada
quien fue de burlas dichosa.
Si culpas mi desacato,
culpa también tu licencia;
que si es mala mi obediencia,
no fue justo tu mandato.
Y si es culpable mi intento,

será mi afecto precito;
porque es amarte un delito
de que nunca me arrepiento.
Esto en mis afectos hallo,
y más, que explicar no sé;
mas tú, de lo que callé,
inferirás lo que callo.

92

Arguye de inconsecuentes el gusto y la censura de los hombres, que en las mujeres acusan lo que causan.

Hombres necios que acusáis
a la mujer sin razón,
sin ver que sois la ocasión
de lo mismo que culpáis:
si con ansia sin igual
solicitáis su desdén,
¿por qué queréis que obren bien
si las incitáis al mal?
Combatís su resistencia
y luego, con gravedad,
decís que fue liviandad
lo que hizo la diligencia.
Parecer quiere el denuedo
de vuestro parecer loco
al niño que pone el coco
y luego le tiene miedo.
Queréis, con presunción necia,
hallar a la que buscáis,
para pretendida, Thais,
y en la posesión, Lucrecia.

¿Qué humor puede ser más raro
que el que, falto de consejo,
él mismo empaña el espejo,
y siente que no esté claro?
Con el favor y el desdén
tenéis condición igual,
quejándoos si os tratan mal,
burlándoos si os quieren bien.
Opinión, ninguna gana;
pues la que más se recata,
si no os admite, es ingrata,
y si os admite, es liviana.
Siempre tan necios andáis
que, con desigual nivel,
a una culpáis por crüel
y a otra por fácil culpáis.
Pues ¿cómo ha de estar templada
la que vuestro amor pretende,
si la que es ingrata, ofende,
y la que es fácil, enfada?
Mas, entre el enfado y pena
que vuestro gusto refiere,
bien haya la que no os quiere,
y quejáos en hora buena.
Dan vuestras amantes penas
a sus libertades alas,
y después de hacerlas malas
las queréis hallar muy buenas.
¿Cuál mayor culpa ha tenido
en una pasión errada:
la que cae de rogada,
o el que ruega de caído?
¿O cuál es más de culpar,
aunque cualquiera mal haga:

la que peca por la paga,
o el que paga por pecar?
Pues ¿para qué os espantáis
de la culpa que tenéis?
Queredlas cual las hacéis
o hacedlas cual las buscáis.
Dejad de solicitar,
y después, con más razón,
acusaréis la afición
de la que os fuere a rogar.
Bien con muchas armas fundo
que lidia vuestra arrogancia,
pues en promesa e instancia
juntáis diablo, carne y mundo.

93

Redondillas con un desengaño satírico a una presumida de hermosa.

Que te dan en la hermosura
la palma, dices, Leonor;
la de virgen es mejor,
que tu cara la asegura.
No te precies, con descoco,
que a todos robas el alma:
que si te han dado la palma,
es, Leonor, porque eres coco.

94

Redondillas en que descubre digna estirpe
a un borracho linajudo.

Por que tu sangre se sepa,
cuentas a todos, Alfeo,
que eres de reyes. Yo creo
que eres de muy buena cepa;
y que, pues a cuantos topas
con esos reyes enfadas,
que, más que reyes de espadas,
debieron de ser de copas.

95

Redondillas que dan el colirio
merecido a un soberbio.

El no ser de padre honrado
fuera defecto, a mi ver,
si como recibí el ser
de él, se lo hubiera yo dado.
Más piadosa fue tu madre,
que hizo que a muchos sucedas:
para que, entre tantos, puedas
tomar el que más te cuadre.

96

Redondillas con advertencia moral,
a un capitán moderno.

Capitán es ya don Juan;
mas quisiera mi cuidado,

hallarle lo reformado
antes de lo capitán,
porque cierto que me inquieta,
en acción tan atrevida,
ver que no sepa la brida
y se atreva a la jineta.

97

Redondillas que demuestran a un sargento las circunstancias que le faltan.

De alabarda vencedora
un tal sargento se armó;
mas luego él y ella paró
en lo que contaré ahora:
a ella, una *a* se desvanece,
por que la *albarda* suceda;
a él el *sar,* en *sarna* queda;
y el *argento* no parece.

98

Oración publicada en latín por la Santidad del Papa Urbano Octavo, de feliz memoria, traducida en castellano, para edificación del que leyere, por la delicadísima viveza y claridad de la poetisa.

Ante tus ojos benditos
las culpas manifestamos,
y las heridas mostramos
que hicieron nuestros delitos.
Si el mal que hemos cometido

viene a ser considerado,
menor es lo tolerado,
mayor es lo merecido.
La conciencia nos condena,
no hallando en ella disculpa;
que respecto de la culpa,
es muy liviana la pena.
Del pecado el duro azar
sentimos, que padecemos;
y nunca enmendar queremos
la costumbre del pecar.
Cuando en tus azotes suda
sangre la naturaleza,
se rinde nuestra flaqueza
y la maldad no se muda.
Cuando el pecado amancilla
la mente con fiera herida,
padece el alma afligida
y la cerviz no se humilla.
La vida suelta la rienda
en su acostumbrado error:
suspira con el dolor,
y en el obrar no se enmienda.
Puestos entre dos extremos,
en cualquiera peligramos:
si esperas, no la enmendamos;
si te vengas, nos perdemos.
De la aflicción el quebranto
nos obliga a contrición;
y en pasando la aflicción,
se olvida también el llanto.
Cuando tu castigo empieza,
promete el temor humano;
y en suspendiendo la mano,

no se cumple la promesa.
Cuando nos hieres, clamamos
que el perdón nos des, que puedes;
y así que nos lo concedes,
otra vez te provocamos.
Tienes a la humana gente
convicta en su confesión;
que si no la das perdón,
la acabarás justamente.
Concede el humilde ruego,
sin mérito, a quien crïaste,
tú que de nada formaste
a quien te rogara luego.

99

Décimas que muestran decoroso esfuerzo de la razón contra la vil tiranía de un amor violento.

Dime, vencedor rapaz,
vencido de mi constancia,
¿qué ha sacado tu arrogancia
de alterar mi firme paz?
Que aunque de vencer capaz
es la punta de tu arpón
el más duro corazón,
¿qué importa el tiro violento,
si a pesar del vencimiento
queda viva la razón?
Tienes grande señorío;
pero tu jurisdicción
domina la inclinación,
mas no pasa al albedrío;

y así, librarme confío
de tu loco atrevimiento:
pues aunque rendida siento
y presa la libertad,
se rinde la voluntad,
pero no el consentimiento.
En dos partes dividida
tengo el alma en confusión:
una, esclava a la pasión,
y otra, a la razón medida.
Guerra civil, encendida,
aflige el pecho, importuna:
quiere vencer cada una,
y entre fortunas tan varias,
morirán ambas contrarias
pero vencerá ninguna.
Cuando fuera, Amor, te vía,
no merecí de ti palma;
y hoy que estás dentro del alma,
es resistir valentía.
Córrase, pues, tu porfía
de los triunfos que te gano:
pues cuando ocupas, tirano,
el alma, sin resistillo,
tienes vencido el castillo
e invencible el castellano.
Invicta razón alienta
armas contra tu vil saña,
y el pecho es corta campaña
a batalla tan sangrienta.
Y así, Amor, en vano intenta
tu esfuerzo loco ofenderme:
pues podré decir, al verme

expirar sin entregarme,
que conseguiste matarme,
mas no pudiste vencerme.

100

Alma que al fin se rinde al Amor resistido: es alegoría de la ruina de Troya.

Cogióme sin prevención
Amor, astuto y tirano:
con capa de cortesano
se me entró en el corazón.
Descuidada la razón
y sin armas los sentidos,
dieron puerta, inadvertidos;
y él, por lograr sus enojos,
mientras suspendió los ojos
me salteó los oídos.
Disfrazado entró y mañoso;
mas ya que dentro se vio
del Paladïón, salió
de aquel disfraz engañoso;
y, con ánimo furioso,
tomando las armas luego,
se descubrió astuto griego
que, iras brotando y furores,
matando los defensores,
puso a toda el Alma fuego.
Y buscando sus violencias
en ella al Príamo fuerte,
dio al Entendimiento muerte,
que era rey de las potencias;
y sin hacer diferencias

de real o plebeya grey,
haciendo general ley
murieron a sus puñales
los discursos racionales,
porque eran hijos del rey.
A Casandra su fiereza
buscó, y con modos tiranos,
ató a la Razón las manos,
que era del Alma princesa.
En prisiones su belleza
de soldados atrevidos,
lamenta los no creídos
desastres que adivinó,
pues por más voces que dio
no la oyeron los sentidos.
Todo el palacio abrasado
se ve, todo destruido;
Deifobo allí mal herido,
aquí Paris maltratado.
Prende también su cuidado
la modestia en Policena;
y en medio de tanta pena,
tanta muerte y confusión,
a la ilícita afición
sólo reserva en Elena.
Ya la ciudad, que vecina
fue al cielo, con tanto arder,
sólo guarda de su ser
vestigios, en su ruïna.
Todo el Amor lo extermina;
y con ardiente furor,
sólo se oye, entre el rumor
con que su crueldad apoya:
“Aquí yace un Alma Troya.

¡Victoria por el Amor!”

101

Décimas excusándose de dar licencia a uno que la pedía para ausentarse.

Licencia para apartaros
pedís, y podéis creer
que eso solo pudo ser
en mí difícil el daros.
Y así, estimad que rogaros
que lo dilatéis, no quiera;
aunque, si se considera,
poco tenéis que estimar,
pues, a poderla negar,
presumo que no os la diera.
Es que, aunque en darla ejecuto
de posesión algún viso,
donde hay conceder preciso
falta dominio absoluto:
apariencias de tributo
son las que llegáis a dar;
y así me puedo quejar
de vuestra fe cautelosa,
pues me dais dominio en cosa
en que no puedo mandar.
Pero con no darla yo,
quedaré mejor aquí:
pues hay casos en que el *sí*
es más esquivo que el *no*.
Ya vuestra atención cumplió
con pedirla; y yo, industriosa,
quedo, con no darla, airosa:

pues, para que hagáis ausencia,
es negaros la licencia
esquivez muy cariñosa.
Con paliada tiranía
usurpárosme intentáis,
y como cortés, buscáis
cómplice la venia mía.
No lo hagáis vana porfía;
pues, en aquesta ocasión,
negaros la petición
de partida tan penosa,
sobre avaricia forzosa,
es cortés desatención.
Sin darme parte, quisiera
que dispusierais el ir:
que en vos no es culpa el partir,
y en mí el permitir lo fuera.
Y querer que interviniera
yo en cosa tan necesaria,
es querer que haga, contraria
a lo que el discurso avisa,
lo que es pena en vos precisa,
en mí culpa voluntaria.
Partid, en fin, confïado
en mi voluntad constante
de que, aunque estéis muy distante,
nunca estaréis apartado.
Que, pues con igual agrado
corresponde al que en vos veo,
aunque os apartéis, yo creo
que, de veros con el ansia,
abreviará la distancia
la brújula del deseo.

102

Décimas que acompañaron un retrato enviado a una persona.

A tus manos me traslada
la que mi original es,
que aunque copiada la ves,
no la verás retractada:
en mí toda transformada,
te da de su amor la palma;
y no te admire la calma
y silencio que hay en mí,
pues mi original por ti
pienso que está más sin alma.
De mi venida envidioso
queda, en mi fortuna viendo
que él es infeliz sintiendo,
y yo, sin sentir, dichoso.
En signo más venturoso,
estrella más oportuna
me asiste sin duda alguna;
pues que, de un pincel nacida,
tuve ser con menos vida,
pero con mejor fortuna.
Mas si por dicha, trocada
mi suerte, tú me ofendieres,
por no ver que no me quieres
quiero estar inanimada:
porque el de ser desamada
será lance tan violento,
que la fuerza del tormento
llegue, aun pintada, a sentir:
que el dolor sabe infundir
almas para el sentimiento.

Y si te es, faltarte aquí
el alma, cosa importuna,
me puedes tú infundir una
de tantas, como hay en ti:
que como el alma te di,
y tuyo mi ser se nombra,
aunque mirarme te asombra
en tan insensible calma,
de este cuerpo eres el alma
y eres cuerpo de esta sombra.

103

Esmera su respetuoso amor; habla con el retrato; y no calla con él, dos veces dueño.

Copia divina, en quien veo
desvanecido al pincel,
de ver que ha llegado él
donde no pudo el deseo;
alto, soberano empleo
de más que humano talento;
exenta de atrevimiento,
pues tu beldad increíble,
como excede a lo posible,
no la alcanza el pensamiento.
¿Qué pincel tan soberano
fue a copiarte suficiente?
¿Qué numen movió la mente?
¿Qué virtud rigió la mano?
No se alabe el arte, vano,
que te formó, peregrino:
pues en tu beldad convino,

para formar un portento,
fuese humano el instrumento,
pero el impulso, divino.
Tan espíritu te admiro,
que cuando deidad te creo,
hallo el alma que no veo,
y dudo el cuerpo que miro.
Todo el discurso retiro,
admirada en tu beldad:
que muestra con realidad,
dejando el sentido en calma,
que puede copiarse el alma,
que es visible la deidad.
Mirando perfección tal
cual la que en ti llego a ver,
apenas puedo creer
que puedes tener igual;
y a no haber original
de cuya perfección rara
la que hay en ti se copiara,
perdida por tu afición,
segundo Pigmaleón,
la animación te impetrara.
Toco, por ver si escondido
lo viviente en ti parece:
¿posible es que de él carece
quien roba todo el sentido?
¿Posible es que no ha sentido
esta mano que le toca,
y a que atiendas te provoca
a mis rendidos despojos?
¿Que no hay luz en esos ojos,
que no hay voz en esa boca?
Bien puedo formar querella,

cuando me dejas en calma,
de que me robas el alma
y no te animas con ella;
y cuando altivo atropella
tu rigor, mi rendimiento,
apurando el sufrimiento,
tanto tu piedad se aleja,
que se me pierde la queja
y se me logra el tormento.
Tal vez pienso que piadoso
respondes a mi afición;
y otras, teme el corazón
que te esquivas, desdeñoso.
Ya alienta el pecho, dichoso,
ya, infeliz, al rigor muere;
pero, comoquiera, adquiere
la dicha de poseer,
porque al fin, en mi poder
serás lo que yo quisiere.
Y aunque ostentes el rigor
de tu original, fiel,
a mí me ha dado el pincel
lo que no puede el amor.
Dichosa vivo al favor
que me ofrece un bronce frío:
pues aunque muestres desvío,
podrás, cuando más terrible,
decir que eres impasible,
pero no que no eres mío.

Defiende que amar por elección del arbitrio,
es solo digno de racional correspondencia.

Al amor, cualquier curioso
hallará una distinción:
que uno nace de elección
y otro de influjo imperioso.
Éste es más afectüoso,
porque es el más natural,
y así es más sensible: al cual
llamaremos *afectivo;*
y al otro, que es electivo,
llamaremos *racional.*
Éste, a diversos respetos,
tiene otras mil divisiones
por las denominaciones
que toma de sus objetos.
Y así, aunque no mude efetos,
que muda nombres es llano:
al de objeto soberano
llaman amor *racional;*
y al de deudos, *natural;*
y si es amistad, *urbano.*
Mas dejo esta diferencia
sin apurar su rigor;
y pasando a cuál amor
merece correspondencia,
digo que es más noble esencia
la del de conocimiento;
que el otro es un rendimiento
de precisa obligación,
y sólo al que es elección
se debe agradecimiento.
Pruébolo. Si aquel que dice

que idolatra una beldad
con su libre voluntad,
a su pasión contradice,
y llamándose infelice
culpa su estrella de avara,
sintiendo que le inclinara,
pues si en su mano estuviera,
no sólo no la quisiera
mas, quizá, la despreciara;
si pende su libertad
de un influjo superior,
diremos que tiene amor,
pero no que voluntad;
pues si ajena potestad
le constriñe a obedecer,
no se debe agradecer,
aunque de su pena muera,
ni estimar el que la quiera
quien no la quiere querer.
El que a las prendas se inclina
sin influjo celestial,
es justo que, donde el mal,
halle también medicina;
mas a aquel que le destina
influjo que le atropella,
y no la estima por bella
sino porque se inclinó,
si su estrella le empeñó,
vaya a cobrar de su estrella.
Son, en los dos, los intentos
tan varios y las acciones,
que en uno hay veneraciones
y en otro hay atrevimientos:
uno aspira a sus contentos,

otro no espera el empleo;
pues si tal variedad veo,
¿quién tan bárbara será
que, ciega, no admitirá
más un culto que un deseo?
Quien ama de entendimiento,
no sólo en amar da gloria,
mas ofrece la victoria
también del merecimiento;
pues ¿no será loco intento
presumir que a obligar viene
quien con su pasión se aviene
tan mal que, estándola amando,
indigna la está juzgando
del mismo amor que la tiene?
Un amor apreciativo
solo merece favor;
porque un amor, de otro amor
es el más fuerte atractivo.
Mas en un ánimo altivo,
querer que estime el cuidado
de un corazón violentado,
es solicitar con veras
que agradezcan las galeras
la asistencia del forzado.
A la hermosura no obliga
amor que forzado venga,
ni admite pasión que tenga
la razón por enemiga;
ni habrá quien le contradiga
el propósito e intento
de no admitir pensamiento
que, por mucho que la quiera,
no le dará el alma entera,

pues va sin entendimiento.

105

Alaba un sermón de la Concepción. Y se advierte que el yerro de los consonantes penúltimos no se ha, como en otros papeles, corregido aquí: sin quizás, porque aun la dulzura del ceceo con que pronuncia la poetisa, se la transcribamos también, defecto en que no cae sola.

Admiración, con razón,
a tu sermón atribuyo;
pero en sabiendo que es tuyo,
se quita la admiración.
No admiro la conexión
de su contexto cabal,
ni tu decir sin igual:
pues si como sol produces,
no es milagro que des luces,
sino efecto natural.
Tu presteza es bien que espante,
pues comprendiendo el asunto,
no sólo das en el punto,
pero das en el instante.
Viva tu ingenio triunfante,
pues con tanta sutileza
defendiste su pureza;
que en tu entendimiento es
María, segunda vez,
concebida con limpieza.

106

Significa la profundidad clara de un insigne orador.

Tulio español: mal al veros
podrá mi pluma elogiaros,
porque querer alabaros
es presumir entenderos:
aunque quien llega a atenderos,
llega a conocer que es tanta
vuestra discreción, que espanta;
con que en vuestra sutileza
conocerá que hay grandeza,
mas no mensurará cuánta.
Un mar sois, que al contemplarlo
sin poder comprehenderlo,
todos se admiran de verlo,
mas nadie puede sondarlo;
sólo, al llegar a admirarlo,
de su gran capacidad
se infiere su inmensidad:
porque si en lo que se mira,
con la superficie admira,
¿qué hará la profundidad?
Y aunque lo que llego a ver
me da tanta admiración,
bien sé que su perfección
no se puede comprender;
mas, pues no llego a entender
tal grandeza, ni comprendo
lo mismo que estoy oyendo,
a elogiarlo me abalanzo:

con la razón, lo que alcanzo;
y con fe, lo que no entiendo.

107

Acusa las disculpas en verso, de quien no quiso hablar en prosa.

El delito de callado
disculpar habéis querido,
y quedáis más convencido
con lo que habéis alegado:
el delito he sustanciado
con vuestra declaración;
pues quien con tal discreción
habla, muestra claramente
que el callar fue solamente
empeño, y no precisión.
Cuando discreto excusáis
la causa porque callastis,
de lo que de hablar dejastis
la pérdida me acordáis:
el dolor me acrecentáis
que, en aquel día que os vi,
tuve de que no os oí;
pues prosiguiendo el callar,
no pudiera yo pesar
cuánto fue lo que perdí.

108

Del mexicano Fénix de la Poesía, la madre Juana Inés de la Cruz, religiosa profesa del convento de San Jerónimo de esta ciudad.

En tus versos, si se apura,
hallo una dificultad,
que es ver tanta claridad
junta con tanta cultura.
Claros son, por la luz pura
que celebra su atención;
claros, por su perfección:
y así hallo, aunque lo rehúses,
que muy dignas tantas luces
de la luz pública son.

109

A un capitán discreto y valiente.

Tus plumas, que índice infiero
del valor y discreción,
no determino si son
de celada o de tintero.
Bien muestran, en el cimero,
que —tu discreción armada,
con tu osadía letrada,
para hacer de todo suma—
tu espada cortó tu pluma,
tu pluma mide tu espada.

110

Alabando un ingenio sin alabarlo.

Si a tu Musa levantada,
¡oh Solís!, alabar quiero,

del aplauso lo grosero
es ofensa disfrazada.
Ninguna hay proporcionada
a estilo tan singular:
ninguna puede alcanzar;
pero, pues ninguna alcanza,
sirva sólo de alabanza
el no poderte alabar.

111

Alabando el ingenio del Lic. Avilés, en ocasión de haber hecho un elogio a un libro del señor virrey y arzobispo de México, don Payo de Ribera.

Bien de la Fama parlera,
Avilés, tu docta pluma,
que de todas es la suma,
ser digno asunto pudiera;
sólo tu numen debiera
dar materia a su clarín,
pues viendo tan alto fin,
que pudiera ser, barrunto,
la grandeza del asunto
vanidad de un serafín,
pues muestra el dulce primor
del asunto en que te empleas,
que de más piadoso Eneas
eres Virgilio mejor:
cuanto a Vesta su valor
trabajó para librarla
y del incendio sacarla,
hazaña es que, al emprenderla,
solo él fue digno de hacerla,

y tú solo de contarla.

112

Con graciosa agudeza, recompensa con el mismo aplauso al doctor don Juan Ignacio de Castarena y Ursúa, por un papel que discurrió en elogio y defensa de la poetisa.

Favores que son tan llenos,
no sabré servir jamás,
pues debo estimarlos más
cuanto los merezco menos.
De pagarse están ajenos
al mismo agradecimiento;
pero ellos mismos intento
que sirvan de recompensa,
pues debéis a mi defensa
lucir vuestro entendimiento.

113

Asegura la confianza de que ocultará del todo un secreto.

El paje os dirá, discreto,
cómo, luego que leí,
vuestro secreto rompí,
por no romper el secreto.
Y aun hice más, os prometo:
los fragmentos, sin desdén,
del papel, tragué también;
que secretos que venero,
aun en pedazos no quiero
que fuera del pecho estén.

114

Sosiega el susto de la fascinación, en una hermosura medrosa.

Amarilis celestial,
no el aojo te amedrente:
que tus ojos solamente
tienen poder de hacer mal;
pues si es alguna señal
la con que dañan airados
y matan avenenados
cuando indignados están,
los tuyos solos serán,
que son los más señalados.
¿Creerás que me ha dado enojo
llegar con temor a verte?
¿Él había de ofenderte?
¡Cuatro higas para el ojo!
Ten aquesto por antojo
y por opinión errada
que ha dado por asentada
falto el vulgo de consejo;
porque si no es en tu espejo,
no puedes estar aojada.

115

Reconociendo el cabildo de México al singular acierto que tuvo en la idea de un arco triunfal a la entrada del virrey, señor conde de Paredes, marqués de la Laguna, que encargó a sóror Juana Inés (estudio de tan grande humanista, y que ha de coronar este libro), la presentó el regalo que dice, y agradece.

Esta grandeza que usa
conmigo vuestra grandeza,
le está bien a mi pobreza,
pero muy mal a mi Musa.
Perdonadme si, confusa
o sospechosa, me inquieta
el juzgar que ha sido treta
la que vuestro juicio trata,
pues quien me da tanta plata
no me quiere ver poeta.
No ha sido arco en realidad
quien mi pobreza socorre,
sino arcaduz por quien corre
vuestra liberalidad.
De una llave la lealtad,
a ser custodia se aplica
del caudal que multiplica
quien oro me da por cobre,
pues por un arco tan pobre
me dais una arca tan rica.
Aun viendo el efecto, dudo
que pudiese el tiro errado
de un arco mal disparado
atravesar tanto escudo;
mas a mi silencio mudo
sólo obedecer le toca:
pues por si replico, loca,
con palabras desiguales,
con tantos sellos reales
me habéis tapado la boca.
Con afecto agradecido
a tantos favores, hoy
gracias, señores, os doy,
y los perdones os pido,

que con pecho agradecido
de vuestra grandeza espero;
y aun a estas décimas quiero
dar, de estar flojas, excusa:
que estar tan tibia la Musa
es efecto del dinero.

116

Enviando un memorial a un señor juez. Habla en estilo forense, que ni éste se libró de nuestra poetisa en el retiro de su celda.

Ese brevete mirad,
que es lo que he de suplicaros,
por que, ya que he de cansaros,
os canse con brevedad.
El enfado perdonad
que os causo. Mas, sin embargo,
pues el negocio no es largo,
os suplico lo hagáis luego;
y os encargo mucho el ruego,
aunque no es “Ruego y encargo”.

117

Memorial a un juez, pidiéndole por una viuda, que la litigaban la vivienda.

Juzgo, aunque os canse mi trato,
que no os ofendo, en rigor,
pues en cansaros, señor,
cumplo con vuestro mandato;
y pues éste fue el contrato,

sufrid mis necias porfías
de escuchar todos los días
tan continuas peticiones,
que aquestas mis rogaciones
se han vuelto ya letanías.
Una viuda desdichada
por una casa pleitea;
y basta que viuda sea,
sin que sea descasada.
De vos espera, amparada,
hallar la razón propicia
para vencer la malicia
de la contraria eficacia,
esperando en vuestra gracia
que le habéis de hacer justicia.

118

La excusa de lo mal obrado, empeora.

Tenazmente porfïado
intentas, Silvio, molesto,
porque erraste lo compuesto,
componer lo que has errado.
Yerro cometes doblado:
pues cuando mil tretas usas
con que confesar rehúsas
y en no haber culpa te cierras,
por excusar lo que yerras,
yerras todo lo que excusas.

119

Enviando unas pastillas de boca y unos guantes de olor a un compadre.

Si el regalaros me toca
por compadre, así se hará;
pero el regalo será
tan solamente de boca.
Mas, con todo, me provoca
a mí el cariño también
a que vuestras manos den
de mi voluntad un rasgo,
por que nuestro compadrazgo
a todos les huela bien.

120

Celebrando el cumplimiento de unos años.

Quien de tu vida es mitad,
o forma, sin diferencia,
una total dependencia
o absoluta identidad,
en ti celebra su edad,
que el sol a giros describe:
el corto obsequio recibe
de una voluntad sin tasa;
pues aunque eres quien la pasa,
soy en ti yo quien la vive.

121

Disculpa no escribir de su letra.

Fuerza es que os llegue a decir
que sin salud llego a estar,
de vivir para estudiar
y no estudiar el vivir.
Y así, el llegar a escribir
de ajena letra, no hacer
novedad os pueda, al ver
que haya resuelto, al serviros,
por no poder escribiros,
escribiros por poder.

122

Presentando un reloj de muestra a persona de autoridad y su estimación, le da los buenos días.

Los buenos días me allano
a que os dé un reloj, señor,
porque fue lo que mi amor
acaso halló más a mano.
Corto es el don, mas ufano
de que sirve a tus auroras:
admítele, pues no ignoras
que mal las caricias mías
te pudieran dar los días
sin dar primero las horas.
Raro es del arte portento
en que su poder más luce,
que a breve espacio reduce
el celestial movimiento,
y, imitando al sol, atento
mide su veloz carrera;
conque, si se considera,

pudiera mi obligación
remitirte mayor don,
mas no de mejor esfera.
No tiene sonido en nada,
que fuera acción indecente
que tan pequeño presente
quisiera dar campanada;
sólo por señas le agrada
decir el intento suyo:
conque su hechura, concluyo,
con decir de su primor,
que fue muestra de mi amor,
mas ya es de sol, siendo tuyo.
Y no pienses que me agrada
poner mensura a tu vida,
que no es quererla medida
pedírtela regulada;
y en aciertos dilatada,
solicita mi cuidado,
para que el mundo, admirado,
pondere, al ver tu cordura,
el vivir, muy sin mensura,
y el obrar, muy mensurado.

123

Desea felicidades al señor virrey, y piensa, con alegoría poética, que en su esposa ha conseguido su Excelencia la mayor.

Vuestra edad felice sea,
señor, y os la aumente Dios

como la merecéis vos
y como mi amor desea:
pues mi voluntad se emplea,
con obligación debida,
sólo en suplicar rendida
a Dios, que os dé eterna palma,
para que al paso del alma
tenga duración la vida.
Si quien en el cielo mora
goza infinito consuelo,
no echará menos el cielo
quien vive con mi señora.
Gozad de esa bella aurora,
a cuya belleza rara
Apolo sus luces pára,
juntando, en dichosa unión,
al bien de la duración
la gloria de ver su cara.

124

Celebra los años de la excelentísima señora condesa de Paredes.

Vuestros años, que la esfera
a luces cuenta, señora,
numera a perlas la aurora
y a flores la primavera,
hoy la luciente carrera
del círculo iluminado
cierran, que ha sido cuidado
atentamente advertido,
bello, luciente y florido,

del alba, el cielo y el prado.
Círculos, que van girando,
los va, mientras vais viviendo,
vuestro rostro floreciendo
y vuestros ojos dorando:
conque vais encadenando,
cuando esparcís las centellas
de vuestras lucientes huellas
con rosas y resplandores,
una cadena de flores
con eslabones de estrellas.
Como halla vuestra persona
digna de tal majestad,
en círculos vuestra edad
os va haciendo la corona;
y en luceros que eslabona
para la mayor grandeza,
corona vuestra cabeza
en el solio de la esfera,
porque ella sola pudiera
coronar vuestra belleza.
Yo, pues, que dichosa veo
la edad, que adorar no excuso,
por no medirla, rehúso
aun medirla a mi deseo.
Deidad os miro y os creo;
y así, vuestra duración
no la mido a mi intención,
porque deseo que en todo
viváis allá a vuestro modo,
y no a mi limitación.

Rehúsa para sí, pidiéndola para un inglés,
la libertad, a la señora virreina.

Hoy que a vuestras plantas llego
con el debido decoro,
como a deidad os adoro
y como a deidad os ruego.
No diréis que el culto os niego,
pretendiendo el beneficio
de vuestro amparo propicio:
pues a la deidad mayor,
le es invocar su favor
el más grato sacrificio.
Samuel a vuestra piedad
recurre por varios modos,
pues donde la pierden todos,
quiere hallar la libertad.
Su esclavitud rescatad,
señora: que los motivos
son justos y compasivos
de tan adversa fortuna;
y haced libres vez alguna
de cuantas hacéis cautivos.
Dos cosas pretende aquí
contraria mi voluntad:
para el inglés, libertad,
y esclavitud para mí;
pues aunque indigna nací
de que este nombre me deis,
en vano resistiréis
de mi esclavitud la muestra,
pues yo tengo de ser vuestra
aunque vos no me aceptéis.
Contraria es la petición

de uno y otro, si se apura,
que él la libertad procura
y yo busco la prisión;
pero vuestra discreción,
a quien nunca duda impide,
podrá, si los fines mide,
hacernos dichosos hoy
con admitir lo que os doy
y conceder lo que él pide.

126

En un anillo retrató a la señora condesa de Paredes. Dice por qué.

Este retrato que ha hecho
copiar mi cariño ufano,
es sobrescribir la mano
lo que tiene dentro el pecho:
que, como éste viene estrecho
a tan alta perfección,
brota fuera la afición
y en el índice la emplea,
para que con verdad sea
índice del corazón.

127

Al mismo intento.

Éste, que a la luz más pura
quiso imitar la beldad,

representa su deidad,
mas no copia su hermosura.
En él, mi culto asegura
su veneración mayor;
mas no muestres el error
de pincel tan poco sabio,
que para Lisi es agravio
el que para mí es favor.

128

Enviando una rosa a su Excelencia.

Esa, que alegre y ufana,
de carmín fragante esmero,
del tiempo al ardor primero
se encendió, llama de grana,
preludio de la mañana,
del rosicler más ufano,
es primicia del verano,
Lisi divina, que en fe
de que la debió a tu pie
la sacrifica a tu mano.

129

A la misma excelentísima señora.

Este concepto florido
del vergel más oloroso,
que dejó al jardín glorioso
por haberla producido;
ésa, que feliz ha unido

a lo fragante lo bella,
doy a tu mano: que en ella
campará de más hermosa,
pues en tu boca se roza
cuando en tus ojos se estrella.

130

Presente en que el cariño hace regalo la llaneza.

Lisi, a tus manos divinas
doy castañas espinosas,
porque donde sobran rosas
no pueden faltar espinas.
Si a su aspereza te inclinas
y con eso el gusto engañas,
perdona las malas mañas
de quien tal regalo hizo;
perdona, pues, que un erizo
sólo puede dar castañas.

131

Enviando una comedia.

Va de exornación escasa
la comedia que he trazado,
aunque para vuestro agrado
no sé si es buena la traza.
Si por larga os embaraza,
sus jornadas dilatadas
van a vos encaminadas;
y no es bien que os cause espanto:
que para caminar tanto,
aun son pocas tres jornadas.

132

Describe, con énfasis de no poder dar la última mano a la pintura, el retrato de una belleza.

Tersa frente, oro el cabello,
cejas arcos, zafir ojos,
bruñida tez, labios rojos,
nariz recta, ebúrneo cuello;
talle airoso, cuerpo bello,
cándidas manos en què
el cetro de Amor se ve,
tiene Fili; en oro engasta
pie tan breve, que no gasta
ni un pie.

132 bis

Décima que se dio, en la forma que está, a la madre Juana, para que la tradujese a latín.

Ya el alma al Verbo se ase,
ya estriba en el corazón,
y tirando, de la unión
rompe el nudo, y se deshace.
Ya sale… ¡Ay!, antes que pase,
labios, pues que sois tan sabios,
que perdone mis agravios
pedidle, antes de partir…
Mas ¡ay!, aquello es morir:
ya dio su espíritu.

133

Versión de la madre Juana.

Iam anima Verbo adhaeret,
iam nititur corde puro;
et corpori vix casuro,
unione rupta, non haeret.
Per vos, o labia, se feret,
diserta siquidem estis,
exorare nunc potestis
veniam tanto nostro errori…
Sed heu!, iam illud est mori:
iam dedit spiritum.

134

Otra.

Iam cupit anima exire,
iam nititur corde puro,
iamque nimbo vult obscuro
oculos mors impedire.
Ut dignetur me exaudire,
ora sacra, postulate:
pro inimicis supplicate
eius piissimo amori…
Sed heu!, iam illud est mori:
iam dedit spiritum.

135

Desmiente en la hermosura la máxima de que ha de ser el bien comunicable.

Rosa que al prado, encarnada,
te ostentas presuntüosa,
de grana y carmín bañada:
campa lozana y gustosa;
pero no, que siendo hermosa
también serás desgraciada.

¿Ves, de tu candor, que apura
al alba el primer albor?
Pues tanto el riesgo es mayor
cuanto es mayor la hermosura.
No vivas de ella segura:
que si consientes, errada,
que te corte mano osada
por gozar beldad y olor,

en perdiéndose el color
también serás desdichada.
¿Ves a aquél que más indicia
de seguro en su fineza?
Pues no estima la belleza
más de en cuanto la codicia.
Huye la astuta caricia;
que si, necia y confïada,
te aseguras en lo amada,
te hallarás después corrida;
que, en llegando a poseída,
también serás desdichada.
A ninguno tu beldad
entregues, que es sinrazón
que sirva tu perfección
de triunfo a su vanidad.
Goza la celebridad
común, sin verte empleada
en quien, después de lograda,
no te acierte a venerar;
que, en siendo particular,
también serás desdichada.

136

Exhorta a conocer los bienes frágiles.

En vano tu canto suena:
pues no advierte, en su desdicha,
que será el fin de tu dicha
el principio de tu pena.
El loco orgullo refrena,

de que tan ufano estás
sin advertir, cuando das
cuenta al aire de tus bienes,
que, si ahora dichas tienes,
presto celos llorarás.

En lo dulce de tu canto,
el justo temor te avisa
que en un amante no hay risa
que no se alterne con llanto.
No te desvanezca tanto
el favor: que te hallarás
burlado y conocerás
cuánto es necio un confïado;
que si hoy blasonas de amado,
presto celos llorarás.

Advierte que el mismo estado
que al amante venturoso
le constituye dichoso,
le amenaza desdichado,
pues le da tan alto grado
por derribarle, no más;
y así tú, que ahora estás
en tal altura, no ignores
que, si hoy ostentas favores,
presto celos llorarás.

La gloria más levantada
que Amor a tu dicha ordena,
contémplala como ajena
y tenla como prestada.
No tu ambición, engañada,
piense que eterno serás
en las dichas; pues verás
que hay áspid entre las flores,
y que, si hoy cantas favores,

presto celos llorarás.

137

Glosa a san José.

¿Cuán grande, José, seréis
cuando vivís en el cielo,
si cuando estáis en el suelo
a Dios por menor tenéis?

¿Quién habrá, José, que mida
la santidad que hay en vos,
si el llamaros padre Dios
ha de ser vuestra medida?
¿Qué pluma tan atrevida
en vuestro elogio hallaréis?
Pues si lo que merecéis,
el que os quiere difinir,
por Dios os ha de medir,
¿cuán grande, José, seréis?
Fue tanta la dignidad
que en este mundo tuvisteis,
que vos mismo no supisteis
toda vuestra santidad.
Porque, acá, vuestra humildad
puso a vuestra virtud velo,
por que con santo recelo
vuestra virtud ignoréis;
y sólo la conocéis
cuando vivís en el cielo.
El Señor os quiso honrar

por tan eminente modo,
que aquel que lo manda todo
de vos se dejó mandar.
Si favor tan singular
mereció acá vuestro celo,
no hay por qué tener recelo
de que por padre os tendrá
cuando estáis glorioso allá,
si cuando estáis en el suelo.
Vos os queréis humillar;
mas Dios, con obedecer,
nos quiso dar a entender
lo que vos queréis negar.
Sois, en perfección, sin par;
y cuanto ocultar queréis
lo mucho que merecéis,
por que la Naturaleza
conozca vuestra grandeza,
a Dios por menor tenéis.

138

Glosa en obsequio de la Concepción de María Santísima.

De tu planta la pureza
huye el Dragón, pero tanta
goza agilidad tu planta,
que le alcanza en la cabeza.

Ya, María, pura y bella,
tu planta al Dragón venció,
que si antes tu pie asechó,

ya va huyendo de tu huella;
mas aunque al viento atropella
venciéndolo en ligereza,
no le valdrá su presteza:
que, como apta para el Cielo,
goza atributos de vuelo
de tu planta la pureza.
Tal pesar le haces sentir,
que añade, al llegarte a ver,
a la pena del caer
la vergüenza del huir.
Mal te puede resistir
si, al verte tan pura y santa,
tanto tu vista le espanta
y tu esplendor le amedrenta,
que no sólo con afrenta
huye el Dragón, pero tanta.
De tu gracia va corrido,
pues su necio parecer
quiso en instante vencer
y en instante fue vencido:
porque tu Hijo querido
tanto en dones te adelanta,
que de tu Concepción santa
en el instante dichoso,
como dote glorïoso
goza agilidad tu planta.
De tu valor confundido,
ya no sólo su furor
no aspira a ser vencedor,
mas se conoce vencido.
Cobarde, pues, y afligido,
sin recatar su flaqueza

huye; pero tu destreza,
sin que le valga el retiro,
dirige tan bien el tiro,
que le alcanza en la cabeza.

139

140

Glosa en que describe la catástrofe de las dichas y aun deseos de los amantes.

Si de mis mayores gustos
mis disgustos han nacido,
gustos al cielo le pido,
aunque me cuesten disgustos.
¡Oh, qué mal, Fabio, resiste
mi amor mi suerte penosa,
pues la estrella que me asiste,
de una causa muy gustosa
produce un efecto triste!
Porque mis pesados sustos,
que padezco desiguales
en mis pesares injustos,
no nacieron de mis males,
sí de mis mayores gustos.
Y de manera me ordena
los sucesos mi desdicha,
que, como los encadena,
la futura de una dicha
es posesión de una pena.
Todo lo debo a Cupido:
pues de un favor que me da,
que es siempre de prometido,

aún no está engendrado, y ya
mis disgustos han nacido.
Y aun han hecho efectos tales
de mi estrella los desdenes,
con efectos desiguales,
que aborrezco ya los bienes
como a causas de los males;
y así, no llora el sentido
el ver que carezco aquí
de las dichas que he tenido;
porque sólo para ti
gustos al cielo le pido.
Pues te quiero de manera,
y el bien así me limito,
que al cielo le agradeciera
si el gusto que a mí me quito,
a ti, Fabio, te le diera,
que estimo tanto tus gustos,
que, sin mirar mi pesar,
o sean justos o injustos,
tus gustos he de comprar
aunque me cuesten disgustos.

141

Glosa que explica conceptos de amante.

Luego que te vi, te amé:
porque amarte y ver tu cielo
bien pudieron ser dos cosas,
pero ninguna primero.

De mi vida la conquista

tuvo término en quererte;
y por que jamás resista,
Celia, hasta llegar a verte
solamente tuve vista;
pero, aunque luego te amé,
como para que te amara
necesario el verte fue,
por que vista no faltara,
luego que te vi, te amé.

Pero viendo mi ardimiento,
señora, tu tiranía
quiso, con rigor sangriento,
castigar como osadía
lo que en mí fue rendimiento.
Ofendióte mi desvelo;
mas no porque mi destino,
incitado de mi anhelo,
ofenderte quiso, sino
porque amarte y ver tu cielo.

Y el no querer estimar,
fue por no dar a entender
que yo te pude obligar,
como si el agradecer
fuera lo mismo que amar:
que el mostrarse las hermosas
en ocasión oportuna
ya obligadas, ya amorosas,
aunque casi siempre es una,
bien pudieron ser dos cosas.

Mas con razón estás dura:
pues para tenerme atado
en mi amorosa locura,
era superfluo tu agrado,
sobrándome tu hermosura;

y así, justamente, esmero
en tu servicio finezas;
pues que tiene el mundo infiero,
después de ti mil bellezas,
pero ninguna primero.

142

Porque la tiene en su pensamiento, desprecia, como inútil, la vista de los ojos.

Aunque cegué de mirarte,
¿qué importa cegar o ver,
si gozos que son del alma
también un ciego los ve?

Cuando el Amor intentó
hacer tuyos mis despojos,
Lisi, y la luz me privó,
me dio en el alma los ojos
que en el cuerpo me quitó.
Diome, para que a adorarte
con más atención asista,
ojos con que contemplarte;
y así cobré mejor vista,
aunque cegué de mirarte.
Y antes los ojos en mí
fueran estorbos penosos:
que no teniéndote aquí,
claro está que eran ociosos
no pudiendo verte a ti.
Conque el cegar, a mi ver,

fue providencia más alta
por no poderte tener:
porque, a quien la luz le falta,
¿qué importa cegar o ver?
Pero es gloria tan sin par
la que de adorarte siento,
que, llegándome a matar,
viene a acabar el contento
lo que no pudo el pesar.
Mas ¿qué importa que la palma
no lleven de mí, violentos,
en esta amorosa calma,
no del cuerpo los tormentos,
sí gozos que son del alma?
Así tendré, en el violento
rigor de no verte aquí,
por alivio del tormento,
siempre el pensamiento en ti,
siempre a ti en el pensamiento.
Acá en el alma veré
el centro de mis cuidados
con los ojos de mi fe:
que gustos imaginados,
también un ciego los ve.

143

Al Doctor Máximo de la Iglesia, glosando una redondilla.

Siguiendo un mudo clarín,
por camino y sin camino,
por atinar, desatino,
a buscar un fin sin fin.

Jerónimo meditaba
la trompa del postrer día;
y de suerte le asombraba,
que lo que sólo temía,
parece que lo escuchaba;
y así, contemplando el fin
que al más alto serafín
pondrá temores no escasos,
sin moverse daba pasos,
siguiendo un mudo clarín.
Camina a aquella ciudad
donde su espíritu mora
con ardiente caridad;
que aunque el camino se ignora,
Dios es vía de verdad;
y con modo peregrino
mide, sin perder el tino,
solamente con un vuelo,
lo que hay de la tierra al cielo,
por camino y sin camino.
Matizando, pues, las hiedras,
teniendo su sangre en poco
por ganar diversas medras,
llegó a parecer tan loco,
que le vieron tirar piedras,
diciendo el Doctor divino:
"Pues que por blando camino
al cielo nadie subió,
no cause espanto si yo,
por atinar, desatino".
Que a ser conveniencia viene
no mitigar el ardor
que mi espíritu contiene,

pues término de mi amor
es quien término no tiene.
Desperdíciese el carmín
que guardan mis venas, sìn
que algo reserven hoy,
pues ansiosamente voy
a buscar un fin sin fin

143 bis

Habiéndose hecho en Madrid esta quintilla a la acción católica de nuestro monarca Carlos Segundo el año de 168[5], cuando topando a un sacerdote a pie que llevaba a Nuestro Señor en el pecho, se apeó del coche y hizo que el sacerdote fuese en él, y prosiguió a pie en el estribo del coche, acompañando y asistiendo a Nuestro Amo, la cual quintilla pasó a México y la glosa la autora.

La acción religiosa de
Rodulfo y de Carlos dio
cetro a la Austria, pues su fe
cedió el trono, pero no
glosarán cómo o por qué.

Glosa

¿Cúya pudo ser acción
llena de tanta piedad?
¿Cúya tanta religión,
sino de la cristiandad
del católico león?
No se diga de quién fue,
ni se llegue a pronunciar,

que, pues conocen su fe,
bastará con apuntar
la acción religiosa de.
El alto honor que corona
a la Europa toda dio,
más que la airada Belona
Rodulfo lo comenzó
y Carlos lo perfeciona.
Más que el valor, dilató
la jurisdición la fe,
y más timbres que alcanzó
la espada, la piedad dè
Rodulfo y de Carlos dio.
No hay muro que derribado
no esté ya al sangriento bote
de su valor irritado,
y es por[que] ora el sacerdote
mientras combate el soldado.
Ambos lidian, mas aunquè
tanta gloria consiguió,
no se puede pensar què
fue su valor quien cedió
cetro al Austria, pues su fe.
Una y otra acción se alaba,
y es que uno y otro creía,
y así el trono lo dejaba
no como quien lo perdía:
como quien lo mejoraba.
Y así, aunque el trono dejó,
con la fe que entonces tuvo,
mejor en él se afijó;
perdió el solio y le retuvo,
cedió el trono pero no.
Aquesto sin quitar

los cuatro pies, a mi ver,
difíciles de ajustar,
que son fáciles de hacer
y imposibles de glosar,
si no es que porque no sé
yo penetrar los primores
con que ha de glosarse el *de*;
otros ingenios mejores
glosarán cómo o por qué.

144

Quintilla y redondillas en que se excusa de una glosa, mostrando con gracia su imposibilidad.

Señora: aquel primer pie
es nota de posesivo;
y es inglosable, porquè
al caso de genitivo
nunca se pospone el *de;*
y así, el que aquesta quintí-
lla hizo, y quedó tan ufá-
no, pues tiene tan buena ma-
no, glose esta redondí-
lla. No el sentido no topo,
y no hay falta en el primor;
porque es pedir a un pintor
que copie con un hisopo.
Cualquier facultad lo enseña,
si es el medio disconforme:
pues no hay músico que forme
armonía en una peña.
Perdonad si fuera dèl

asunto ya desvarío,
por que no quede vacío
este campo de papel.

145

Procura desmentir los elogios que a un retrato de la poetisa inscribió la verdad, que llama pasión.

Este, que ves, engaño colorido,
que del arte ostentando los primores,
con falsos silogismos de colores
es cauteloso engaño del sentido;
este en quien la lisonja ha pretendido
excusar de los años los horrores
y, venciendo del tiempo los rigores,
triunfar de la vejez y del olvido,
es un vano artificio del cuidado,
es una flor al viento delicada,
es un resguardo inútil para el hado:
es una necia diligencia errada,
es un afán caduco y, bien mirado,
es cadáver, es polvo, es sombra, es nada.

146

Quéjase de la suerte: insinúa su aversión a los vicios, y justifica su divertimiento a las Musas.

En perseguirme, Mundo, ¿qué interesas?
¿En qué te ofendo, cuando sólo intento

poner bellezas en mi entendimiento
y no mi entendimiento en las bellezas?
Yo no estimo tesoros ni riquezas;
y así, siempre me causa más contento
poner riquezas en mi entendimiento
que no mi entendimiento en las riquezas.
Yo no estimo hermosura que, vencida,
es despojo civil de las edades,
ni riqueza me agrada fementida,
teniendo por mejor, en mis verdades,
consumir vanidades de la vida
que consumir la vida en vanidades.

147

En que da moral censura a una rosa,
y en ella a sus semejantes.

Rosa divina que en gentil cultura
eres, con tu fragante sutileza,
magisterio purpúreo en la belleza,
enseñanza nevada a la hermosura.
Amago de la humana arquitectura,
ejemplo de la vana gentileza,
en cuyo ser unió naturaleza
la cuna alegre y triste sepultura.
¡Cuán altiva en tu pompa, presumida,
soberbia, el riesgo de morir desdeñas,
y luego, desmayada y encogida,
de tu caduco ser das mustias señas,
conque con docta muerte y necia vida,
viviendo engañas y muriendo enseñas!

148

Escoge antes el morir que exponerse
a los ultrajes de la vejez.

Miró Celia una rosa que en el prado
ostentaba feliz la pompa vana,
y con afeites de carmín y grana
bañaba alegre el rostro delicado;
y dijo: “Goza, sin temor del hado,
el curso breve de tu edad lozana,
pues no podrá la muerte de mañana
quitarte lo que hubieres hoy gozado;
y aunque llega la muerte presurosa
y tu fragante vida se te aleja,
no sientas el morir tan bella y moza:
mira que la experiencia te aconseja
que es fortuna morirte siendo hermosa
y no ver el ultraje de ser vieja”.

149

Encarece de animosidad la elección de estado durable hasta la muerte.

Si los riesgos del mar considerara,
ninguno se embarcara; si antes viera
bien su peligro, nadie se atreviera
ni al bravo toro osado provocara;
si del fogoso bruto ponderara
la furia desbocada en la carrera
el jinete prudente, nunca hubiera
quien con discreta mano le enfrenara.
Pero si hubiera alguno tan osado

que, no obstante el peligro, al mismo Apolo
quisiese gobernar con atrevida
mano el rápido carro en luz bañado,
todo lo hiciera, y no tomara sólo
estado que ha de ser toda la vida.

150

Muestra sentir que la baldonen por los aplausos de su habilidad.

¿Tan grande, ¡ay hado!, mi delito ha sido
que, por castigo de él, o por tormento,
no basta el que adelanta el pensamiento,
sino el que le previenes al oído?
Tan severo en mi contra has procedido,
que me persuado, de tu duro intento,
a que sólo me diste entendimiento
por que fuese mi daño más crecido.
Dísteme aplausos, para más baldones;
subir me hiciste, para penas tales;
y aun pienso que me dieron tus traiciones
penas a mi desdicha desiguales,
por que, viéndome rica de tus dones,
nadie tuviese lástima a mis males.

151

Sospecha crueldad disimulada, el alivio que la esperanza da.

Diuturna enfermedad de la esperanza,
que así entretienes mis cansados años,

y en el fiel de los bienes y los daños
tienes en equilibrio la balanza
que, siempre suspendida, en la tardanza
de inclinarse, no dejan tus engaños
que lleguen a excederse en los tamaños
la desesperación o confïanza.
¿Quién te ha quitado el nombre de homicida?
Pues lo eres más severa, si se advierte
que suspendes el alma entretenida;
y entre la infausta o la felice suerte,
no lo haces tú por conservar la vida,
sino por dar más dilatada muerte.

152

[Otro soneto a la esperanza.]

Verde embeleso de la vida humana,
loca esperanza, frenesí dorado,
sueño de los despiertos intrincado,
como de sueños, de tesoros vana;
alma del mundo, senectud lozana,
decrépito verdor imaginado;
el hoy de los dichosos esperado
y de los desdichados el mañana.
Sigan tu sombra en busca de tu día
los que, con verdes vidrios por anteojos,
todo lo ven pintado a su deseo;
que yo, más cuerda en la fortuna mía,
tengo en entrambas manos ambos ojos
y solamente lo que toco veo.

153

Engrandece el hecho de Lucrecia.

¡Oh famosa Lucrecia, gentil dama,
de cuyo ensangrentado noble pecho
salió la sangre que extinguió, a despecho
del rey injusto, la lasciva llama!
¡Oh, con cuánta razón el mundo aclama
tu virtud, pues por premio de tal hecho,
aun es para tus sienes cerco estrecho
la amplísima corona de tu fama!
Pero si el modo de tu fin violento
puedes borrar del tiempo y sus anales,
quita la punta del puñal sangriento
con que pusiste fin a tantos males;
que es mengua de tu honrado sentimiento
decir que te ayudaste de puñales.

154

Nueva alabanza del hecho mismo.

Intenta de Tarquino el artificio
a tu pecho, Lucrecia, dar batalla;
ya amante llora, ya modesto calla,
ya ofrece toda el alma en sacrificio.
Y cuando piensa ya que más propicio
tu pecho a tanto imperio se avasalla,
el premio, como Sísifo, que halla,
es empezar de nuevo el ejercicio.
Arde furioso, y la amorosa tema
crece en la resistencia de tu honra,
con tanta privación más obstinada.
¡Oh providencia de deidad suprema!

¡Tu honestidad motiva tu deshonra,
y tu deshonra te eterniza honrada!

155

Admira, con el suceso que refiere, los efectos imprevenibles de algunos acuerdos.

La heroica esposa de Pompeyo altiva,
al ver su vestidura en sangre roja,
con generosa cólera se enoja
de sospecharlo muerto y estar viva.
Rinde la vida en que el sosiego estriba
de esposo y padre, y con mortal congoja
la concebida sucesión arroja,
y de la paz con ella a Roma priva.
Si el infeliz concepto que tenía
en las entrañas Julia, no abortara,
la muerte de Pompeyo excusaría:
¡Oh tirana fortuna! ¡Quién pensara
que con el mismo amor que la temía,
con ese mismo amor se la causara!

156

Contrapone el amor al fuego material, y quiere achacar remisiones a éste, con ocasión de contar el suceso de Porcia.

¿Qué pasión, Porcia, qué dolor tan ciego
te obliga a ser de ti fiera homicida?
¿O en qué te ofende tu inocente vida,
que así le das batalla a sangre y fuego?

Si la Fortuna airada al justo ruego
de tu esposo se muestra endurecida,
bástale el mal de ver su acción perdida:
no acabes, con tu vida, su sosiego.
Deja las brasas, Porcia, que mortales
impaciente tu amor elegir quiere:
no al fuego de tu amor el fuego iguales;
porque si bien de tu pasión se infiere,
mal morirá a las brasas materiales
quien a las llamas del amor no muere.

157

Refiere con ajuste, y envidia sin él, la tragedia de Píramo y Tisbe.

De un funesto moral la negra sombra,
de horrores mil y confusiones llena,
en cuyo hueco tronco aun hoy resuena
el eco que doliente a Tisbe nombra,
cubrió la verde matizada alfombra
en que Píramo amante abrió la vena
del corazón, y Tisbe de su pena
dio la señal que aún hoy el mundo asombra.
Mas viendo del Amor tanto despecho
la Muerte, entonces de ellos lastimada,
sus dos pechos juntó con lazo estrecho.
¡Mas ay de la infeliz y desdichada
que a su Píramo dar no puede el pecho
ni aun por los duros filos de una espada!

158

Soneto jocoso, a la Rosa.

Señora doña Rosa, hermoso amago
de cuantas flores miran sol y luna:
¿cómo, si es dama ya, se está en la cuna,
y si es divina, teme humano estrago?
¿Cómo, expuesta del cierzo al rigor vago,
teme, humilde, el desdén de la fortuna,
mendigando alimentos, importuna,
del turbio humor de un cenagoso lago?
Bien sé que ha de decirme que el respeto
le pierdo con mi mal limada prosa.
Pues a fe que me he visto en harto aprieto;
y advierta vuesarced, señora Rosa,
que no le escribo más este soneto,
que porque todo poeta aquí se roza.

159

Para los cinco sonetos burlescos que se siguen, se le dieron a la poetisa los consonantes forzados de que se componen, en un doméstico solaz.

Inés, cuando te riñen por *bellaca*,
para disculpas no te falta *achaque*,
porque dices que traque y que *barraque*,
con que sabes muy bien tapar la *caca*.
Si coges la parola, no hay *urraca*
que así la gorja de mal año *saque ;*
y con tronidos, más que un *triquitraque*,
a todo el mundo aturdes cual *matraca*.
Ese bullicio todo lo *trabuca*,
ese embeleso todo lo *embeleca;*
mas aunque eres, Inés, tan mala *cuca*,

sabe mi amor muy bien lo que se *peca:*
y así con tu afición no se *embabuca,*
aunque eres zancarrón, y yo de *Meca*.

160

Otro.

Aunque eres, Teresilla, tan *muchacha,*
le das quehacer al pobre de *Camacho,*
porque dará tu disimulo un *cacho*
a aquel que se pintare más sin *tacha.*
De los empleos que tu amor *despacha*
anda el triste cargado como un *macho,*
y tiene tan crecido ya el *penacho,*
que ya no puede entrar si no se *agacha.*
Estás a hacerle burlas ya tan *ducha*
y a salir de ellas bien estás tan *hecha,*
que de lo que tu vientre *desembucha,*
sabes darle a entender, cuando *sospecha,*
que has hecho, por hacer su hacienda *mucha,*
de ajena siembra, suya la *cosecha*.

161

Otro.

Inés, yo con tu amor me *refocilo,*
y viéndome querer me *regodeo;*
en mirar tu hermosura me *recreo,*
y cuando estás celosa me *reguilo*;
si a otro miras, de celos me *aniquilo,*

y tiemblo de tu gracia y tu *meneo;*
porque sé, Inés, que tú con un *voleo*
no dejarás humor ni aun para *quilo.*
Cuando estás enojada no *resuello,*
cuando me das picones me *refino,*
cuando sales de casa no *reposo;*
y espero, Inés, que entre esto y entre *aquello,*
tu amor, acompañado de mi *vino,*
dé conmigo en la cama o en el *coso*.

162

Otro.

Vaya con Dios, Beatriz, el ser *estafa,*
que eso se te conoce hasta en el *tufo;*
mas no es razón que, siendo yo tu *rufo,*
les sirvas a otros gustos de *garrafa*.
Fíaste en que tu traza es quien te *zafa*
de mi cólera, cuando yo más *bufo;*
pues advierte, Beatriz, que si me *atufo*
te abriré en la cabeza tanta *rafa*.
Dime si es bien que el otro a ti te *estafe*
y, cuando por tu amor echo yo el *bofe,*
te vayas tú con ese *mequetrefe,*
y yo me vaya al rollo o a *Getafe*
y sufra que el picaño de mí *mofe*
en *afa, ufo, afe, ofe* y *efe*.

163

Otro.

Aunque presumes, Nise, que soy *tosco*
y que, cual palomilla, me *chamusco*,
yo te aseguro que tu luz no *busco*,
porque ya tus engaños *reconozco*.
y así, aunque en tus enredos más me *embosco*,
muy poco viene a ser lo que me *ofusco*,
porque, si en el color soy algo *fusco*,
soy en la condición mucho más *hosco*.
Lo que es de tus picones, no me *rasco;*
antes estoy con ellos ya tan *fresco*,
que te puedo servir de helar un *frasco:*
que a darte nieve sólo me *enternezco;*
y así, Nise, no pienses darme *chasco*,
porque yo sé muy bien lo que me *pesco*.

164

En que satisface un recelo con la retórica del llanto.

Esta tarde, mi bien, cuando te hablaba,
como en tu rostro y tus acciones vía
que con palabras no te persuadía,
que el corazón me vieses deseaba;
y Amor, que mis intentos ayudaba,
venció lo que imposible parecía:
pues entre el llanto que el dolor vertía,
el corazón deshecho destilaba.
Baste ya de rigores, mi bien, baste;
no te atormenten más celos tiranos,
ni el vil recelo tu quietud contraste
con sombras necias, con indicios vanos,
pues ya en líquido humor viste y tocaste
mi corazón deshecho entre tus manos.

165

Que contiene una fantasía contenta con amor decente.

Detente, sombra de mi bien esquivo,
imagen del hechizo que más quiero,
bella ilusión por quien alegre muero,
dulce ficción por quien penosa vivo.
Si al imán de tus gracias, atractivo,
sirve mi pecho de obediente acero,
¿para qué me enamoras lisonjero
si has de burlarme luego fugitivo?
Mas blasonar no puedes, satisfecho,
de que triunfa de mí tu tiranía:
que aunque dejas burlado el lazo estrecho
que tu forma fantástica ceñía,
poco importa burlar brazos y pecho
si te labra prisión mi fantasía.

166

Resuelve la cuestión de cuál sea pesar más molesto en encontradas correspondencias, amar o aborrecer.

Que no me quiera Fabio, al verse amado,
es dolor sin igual en mi sentido;
mas que me quiera Silvio, aborrecido,
es menor mal, mas no menor enfado.
¿Qué sufrimiento no estará cansado
si siempre le resuenan al oído
tras la vana arrogancia de un querido
el cansado gemir de un desdeñado?
Si de Silvio me cansa el rendimiento,

a Fabio canso con estar rendida;
si de éste busco el agradecimiento,
a mí me busca el otro agradecida:
por activa y pasiva es mi tormento,
pues padezco en querer y en ser querida.

167

Continúa el asunto y aun le expresa con más viva elegancia.

Feliciano me adora y le aborrezco;
Lisardo me aborrece y yo le adoro;
por quien no me apetece ingrato, lloro,
y al que me llora tierno, no apetezco;
a quien más me desdora, el alma ofrezco;
a quien me ofrece víctimas, desdoro;
desprecio al que enriquece mi decoro,
y al que le hace desprecios, enriquezco.
Si con mi ofensa al uno reconvengo,
me reconviene el otro a mí, ofendido;
y a padecer de todos modos vengo,
pues ambos atormentan mi sentido:
aquéste con pedir lo que no tengo,
y aquél con no tener lo que le pido.

168

Prosigue el mismo asunto, y determina que prevalezca la razón contra el gusto.

Al que ingrato me deja, busco amante;
al que amante me sigue, dejo ingrata;
constante adoro a quien mi amor maltrata;
maltrato a quien mi amor busca constante.
Al que trato de amor, hallo diamante,
y soy diamante al que de amor me trata;
triunfante quiero ver al que me mata,
y mato al que me quiere ver triunfante.
Si a éste pago, padece mi deseo;
si ruego a aquél, mi pundonor enojo:
de entrambos modos infeliz me veo.
Pero yo, por mejor partido, escojo
de quien no quiero, ser violento empleo,
que de quien no me quiere, vil despojo.

169

Enseña cómo un solo empleo en amar es razón y conveniencia.

Fabio: en el ser de todos adoradas,
son todas las beldades ambiciosas,
porque tienen las aras por ociosas
si no las ven de víctimas colmadas.
Y así, si de uno solo son amadas,
viven de la Fortuna querellosas,
porque piensan que más que ser hermosas

constituye deidad el ser rogadas.
Mas yo soy en aquesto tan medida,
que en viendo a muchos, mi atención zozobra,
y sólo quiero ser correspondida
de aquel que de mi amor réditos cobra;
porque es la sal del gusto el ser querida:
que daña lo que falta y lo que sobra.

170

De amor, puesto antes en sujeto indigno, es enmienda blasonar del arrepentimiento.

Cuando mi error y tu vileza veo,
contemplo, Silvio, de mi amor errado,
cuán grave es la malicia del pecado,
cuán violenta la fuerza de un deseo.
A mi mesma memoria apenas creo
que pudiese caber en mi cuidado
la última línea de lo despreciado,
el término final de un mal empleo.
Yo bien quisiera, cuando llego a verte,
viendo mi infame amor, poder negarlo;
mas luego la razón justa me advierte
que sólo se remedia en publicarlo:
porque del gran delito de quererte,
sólo es bastante pena, confesarlo.

171

Prosigue en su pesar, y dice que aun no quisiera aborrecer tan indigno sujeto, por no tenerle así aún cerca del corazón.

1 Silvio, yo te aborrezco, y aun condeno
el que estés de esta suerte en mi sentido:
que infama al hierro el escorpión herido,
y a quien lo huella, mancha inmundo el cieno.
Eres como el mortífero veneno
que daña a quien lo vierte inadvertido;
y en fin, eres tan malo y fementido
que aun para aborrecido no eres bueno.
Tu aspecto vil a mi memoria ofrezco,
aunque con susto me lo contradice,
por darme yo la pena que merezco:
pues cuando considero lo que hice,
no sólo a ti, corrida, te aborrezco,
pero a mí por el tiempo que te quise.

172

De una reflexión cuerda con que mitiga el dolor de una pasión.

Con el dolor de la mortal herida,
de un agravio de amor me lamentaba;
y por ver si la muerte se llegaba,
procuraba que fuese más crecida.
Toda en el mal el alma divertida,
pena por pena su dolor sumaba,
y en cada circunstancia ponderaba
que sobraban mil muertes a una vida.
Y cuando, al golpe de uno y otro tiro,
rendido el corazón daba, penoso,
señas de dar el último suspiro,
no sé con qué destino prodigioso
volví en mi acuerdo y dije: ¿Qué me admiro?
¿Quién en amor ha sido más dichoso?

173

Efectos muy penosos de amor, y que no por grandes se igualan con las prendas de quien le causa.

¿Vesme, Alcino, que atada a la cadena
de amor, paso en sus hierros aherrojada
mísera esclavitud, desesperada
de libertad, y de consuelo ajena?
¿Ves de dolor y angustia el alma llena,
de tan fieros tormentos lastimada,
y entre las vivas llamas abrasada
juzgarse por indigna de su pena?
¿Vesme seguir sin alma un desatino
que yo misma condeno por extraño?
¿Vesme derramar sangre en el camino,
siguiendo los vestigios de un engaño?
¿Muy admirado estás? ¿Pues ves, Alcino?
Más merece la causa de mi daño.

174

Aunque en vano, quiere reducir a método racional el pesar de un celoso.

¿Qué es esto, Alcino? ¿Cómo tu cordura
se deja así vencer de un mal celoso,
haciendo con extremos de furioso
demostraciones más que de locura?
¿En qué te ofendió Celia, si se apura?
¿O por qué al Amor culpas de engañoso,
si no aseguró nunca, poderoso,
la eterna posesión de su hermosura?
La posesión de cosas temporales

temporal es, Alcino, y es abuso
el querer conservarlas siempre iguales.
Conque tu error o tu ignorancia acuso,
pues Fortuna y Amor, de cosas tales
la propiedad no han dado, sino el uso.

175

Sólo con aguda ingeniosidad esfuerza el dictamen de que sea la ausencia mayor mal que los celos.

El ausente, el celoso, se provoca,
aquél con sentimiento, éste con ira;
presume éste la ofensa que no mira,
y siente aquél la realidad que toca.
Éste templa, tal vez, su furia loca,
cuando el discurso en su favor delira;
y sin intermisión aquél suspira,
pues nada a su dolor la fuerza apoca.
Éste aflige dudoso su paciencia,
y aquél padece ciertos sus desvelos;
éste al dolor opone resistencia,
aquél, sin ella, sufre desconsuelos;
y si es pena de daño, al fin, la ausencia,
luego es mayor tormento que los celos.

176

Que da medio para amar sin mucha pena.

Yo no puedo tenerte ni dejarte,
ni sé por qué, al dejarte o al tenerte,

se encuentra un no sé qué para quererte
y muchos sí sé qué para olvidarte.
Pues ni quieres dejarme ni enmendarte,
yo templaré mi corazón de suerte
que la mitad se incline a aborrecerte
aunque la otra mitad se incline a amarte.
Si ello es fuerza querernos, haya modo,
que es morir el estar siempre riñendo:
no se hable más en celo ni en sospecha,
y quien da la mitad, no quiera el todo;
y cuando me la estás allá haciendo,
sabe que estoy haciendo la desecha.

177

Discurre inevitable el llanto a vista de quien ama.

Mandas, Anarda, que sin llanto asista
a ver tus ojos; de lo cual sospecho
que el ignorar la causa es quien te ha hecho
querer que emprenda yo tanta conquista.
Amor, señora, sin que me resista,
que tiene en fuego el corazón deshecho,
como hace hervir la sangre allá en el pecho,
vaporiza en ardores por la vista.
Buscan luego mis ojos tu presencia,
que centro juzgan de su dulce encanto;
y cuando mi atención te reverencia,
los visüales rayos, entre tanto,
como hallan en tu nieve resistencia,
lo que salió vapor, se vuelve llanto.

178

Un celoso refiere el común pesar que todos padecen, y advierte a la causa el fin que puede tener la lucha de afectos encontrados.

Yo no dudo, Lisarda, que te quiero,
aunque sé que me tienes agraviado;
mas estoy tan amante y tan airado,
que afectos que distingo no prefiero.
De ver que odio y amor te tengo, infiero
que ninguno estar puede en sumo grado,
pues no le puede el odio haber ganado
sin haberle perdido amor primero.
Y si piensas que el alma que te quiso
ha de estar siempre a tu afición ligada,
de tu satisfación vana te aviso:
pues si el amor al odio ha dado entrada,
el que bajó de sumo a ser remiso,
de lo remiso pasará a ser nada.

179

Soneto que explica la más sublime calidad de amor.

Yo adoro a Lisi, pero no pretendo
que Lisi corresponda mi fineza;
pues si juzgo posible su belleza,
a su decoro y mi aprehensión ofendo.
No emprender, solamente, es lo que emprendo:
pues sé que a merecer tanta grandeza
ningún mérito basta, y es simpleza
obrar contra lo mismo que yo entiendo.
Como cosa concibo tan sagrada
su beldad, que no quiere mi osadía
a la esperanza dar ni aun leve entrada:

pues cediendo a la suya mi alegría,
por no llegarla a ver mal empleada,
aun pienso que sintiera verla mía.

180

No quiere pasar por olvido lo descuidado.

Dices que yo te olvido, Celio, *y mientes*
en decir que me acuerdo *de olvidarte*,
pues no hay en mi memoria *alguna parte*
en que, aun como olvidado, te *presentes.*
Mis pensamientos son tan *diferentes*
y en todo tan ajenos de *tratarte*,
que ni saben si pueden *agraviarte*,
ni, si te olvidan, saben si lo *sientes.*
Si tú fueras *capaz de ser querido*,
fueras capaz de olvido; y ya era *gloria*,
al menos, la potencia de haber *sido;*
mas tan lejos estás de esa *victoria*,
que aqueste no acordarme no es *olvido*,
sino una negación de la *memoria.*

181

Sin perder los mismos consonantes, contradice con la verdad, aún más ingeniosa, su hipérbole.

Dices que no te acuerdas, Clori, *y mientes*
en decir que te olvidas *de olvidarte*,
pues das ya en tu memoria *alguna parte*
en que, por olvidado, me *presentes.*

Si son tus pensamientos *diferentes*
de los de Albiro, dejarás *tratarte*,
pues tú misma pretendes *agraviarte*
con querer persuadir lo que no *sientes.*
Niégasme ser *capaz de ser querido*,
y tú misma concedes esa *gloria:*
con que en tu contra tu argumento ha *sido;*
pues si para alcanzar tanta *victoria*
te acuerdas de olvidarte del *olvido*,
ya no das negación en tu *memoria.*

181 bis

Soneto que escribió un curioso a la madre Juana para que le respondiese.

En pensar que me quieres, Clori, he *dado*,
por lo mismo que yo no te *quisiera;*
porque sólo quien no me *conociera*
me pudiera a mí, Clori, haber *amado.*
En tu no conocerme, *desdichado*
por sólo esta carencia de antes *fuera;*
mas como yo saberlo no *pudiera*,
tuviera menos mal en lo *ignorado.*
Me conoces, o no me has *conocido:*
si me conoces, suplirás mis *males.*
Si aquello, negaráste a lo *entendido;*
si aquesto, quedaremos *desiguales.*
Pues ¿cómo me aseguras lo *querido*,
mi Clori, en dos de amor carencias *tales?*

182

Soneto que respondió la madre Juana en los mismos consonantes.

No es sólo por antojo el haber *dado*
en quererte, mi bien: pues no *quisiera*
alguna que tus prendas *conociera*,
negarte que mereces ser *amado.*
Y si mi entendimiento *desdichado*
tan incapaz de conocerte *fuera*,
de tan grosero error aun no *pudiera*
hallar disculpa en todo lo *ignorado.*
Aquella que te hubiere *conocido*,
o te ha de amar, o confesar los *males*
que padece su ingenio en lo *entendido*,
juntando dos extremos *desiguales:*
con que ha de confesar que eres *querido*,
para no dar improporciones *tales.*

183

Para explicar la causa a la rebeldía (o ya sea firmeza) de un cuidado, se vale de opinión que atribuye a la perfección de su forma lo incorruptible en la materia de los cielos. Usa cuidadosamente términos de Escuelas.

Probable opinión es que conservarse
la forma celestial en su fijeza,
no es porque en la materia hay más nobleza,
sino por la manera de informarse:
porque aquel apetito de mudarse
lo sacia de la forma la nobleza;
conque, cesando el apetito, cesa
la ocasión que tuvieran de apartarse.
Así tu amor, con vínculo terrible,
el alma que te adora, Celia, informa;

conque su corrupción es imposible,
ni educir otra con quien no conforma,
no por ser la materia incorruptible,
mas por lo inamisible de la forma.

184

Soneto que consuela a un celoso, epilogando la serie de los amores.

Amor empieza por desasosiego,
solicitud, ardores y desvelos;
crece con riesgos, lances y recelos;
susténtase de llantos y de ruego;
doctrínanle tibiezas y despego;
conserva el ser entre engañosos velos,
hasta que con agravios o con celos
apaga con sus lágrimas su fuego.
Su principio, su medio y fin es éste;
pues ¿por qué, Alcino, sientes el desvío
de Celia, que otro tiempo bien te quiso?
¿Qué razón hay de que dolor te cueste?:
pues no te engañó Amor, Alcino mío,
sino llegó ya el término preciso.

185

A la muerte del señor rey Filipo IV.

¡Oh, cuán frágil se muestra el ser humano
en los últimos términos fatales,
donde sirven aromas orientales
de culto inútil, de resguardo vano!

Sólo a ti respetó el poder tirano,
¡oh gran Filipo!, pues con las señales
que ha mostrado que todos son mortales,
te ha acreditado a ti de soberano.
Conoces ser de tierra fabricado
este cuerpo, y que está con mortal guerra
el bien del alma en él aprisionado;
y así, subiendo al bien que el Cielo encierra,
que en la tierra no cabes has probado,
pues aun tu cuerpo dejas porque es tierra.

186

Convaleciente de una enfermedad grave, discretea con la señora virreina, marquesa de Mancera, atribuyendo a su mucho amor aun su mejoría en morir.

En la vida que siempre tuya fue,
Laura divina, y siempre lo será,
la Parca fiera, que en seguirme da,
quiso asentar por triunfo el mortal pie.
Yo de su atrevimiento me admiré:
que si debajo de su imperio está,
tener poder no puede en ella ya,
pues del suyo contigo me libré.
Para cortar el hilo que no hiló,
la tijera mortal abierta vi.
¡Ay, Parca fiera!, dije entonces yo:
mira que sola Laura manda aquí.
Ella, corrida, al punto se apartó,
y dejóme morir sólo por ti.

187

En la muerte de la excelentísima señora marquesa de Mancera.

De la beldad de Laura enamorados
los Cielos, la robaron a su altura,
porque no era decente a su luz pura
ilustrar estos valles desdichados;
o porque los mortales, engañados
de su cuerpo en la hermosa arquitectura,
admirados de ver tanta hermosura
no se juzgasen bienaventurados.
Nació donde el Oriente el rojo velo
corre al nacer al astro rubicundo,
y murió donde, con ardiente anhelo,
da sepulcro a su luz el mar profundo:
que fue preciso a su divino vuelo
que diese como Sol la vuelta al mundo.

188

Soneto a lo mismo.

Bello compuesto en Laura dividido,
alma inmortal, espíritu glorioso,
¿por qué dejaste cuerpo tan hermoso
y para qué tal alma has despedido?
Pero ya ha penetrado mi sentido
que sufres el divorcio riguroso,
por que el día final puedas, gozoso,
volver a ser eternamente unido.
Alza tú, alma dichosa, el presto vuelo
y, de tu hermosa cárcel desatada,
dejando vuelto su arrebol en hielo,
sube a ser de luceros coronada:

que bien es necesario todo el cielo
para que no eches menos tu morada.

189

Lamenta, con todos, la muerte de la señora marquesa de Mancera.

Mueran contigo, Laura, pues moriste,
los afectos que en vano te desean,
los ojos a quien privas de que vean
la hermosa luz que un tiempo concediste.
Muera mi lira infausta en que influiste
ecos, que lamentables te vocean,
y hasta estos rasgos mal formados sean
lágrimas negras de mi pluma triste.
Muévase a compasión la misma Muerte
que, precisa, no pudo perdonarte;
y lamente el Amor su amarga suerte,
pues si antes, ambicioso de gozarte,
deseó tener ojos para verte,
ya le sirvieran sólo de llorarte.

190

A la muerte del excelentísimo señor duque de Veraguas.

¿Ves, caminante? En esta triste pira
la potencia de Jove está postrada;
aquí Marte rindió la fuerte espada;
aquí Apolo rompió la dulce lira;
aquí Minerva triste se retira,

y, la luz de los astros eclipsada,
toda está en la ceniza venerada
del excelso Colón, que aquí se mira.
Tanto pudo la fama encarecerlo
y tanto las noticias sublimarlo,
que sin haber llegado a conocerlo
llegó con tanto extremo el reino a amarlo,
que muchos ojos no pudieron verlo,
mas ningunos pudieron no llorarlo.

191

Al mismo.

Moriste, duque excelso; en fin moriste,
sol de Veragua claro y refulgente,
que apenas ilustrabas el Oriente
cuando en fatal Ocaso te pusiste.
Tú que por tantas veces te ceñiste
el desdén vencedor del dios ardiente,
apareciste exhalación luciente,
llegaste aplauso, ejemplo feneciste.
Moriste, en fin; pero mostraste,
osado, el valor de tu pecho no vencido,
de la propia nación tan venerado,
de las contrarias armas tan temido.
Moriste de improviso, que aun el Hado
no osara acometerte prevenido.

192

Al mismo.

Detén el paso, caminante. Advierte
que aun esta losa guarda enternecida,
con triunfos de su diestra no vencida,
al capitán más valeroso y fuerte:
al duque de Veragua (¡oh triste suerte!),
que nos dio en su noticia esclarecida,
en relación, los bienes de su vida,
y en posesión, los males de su muerte.
No es muerto el duque, aunque su cuerpo abrace
la losa que piadosa le recibe:
pues por que a su vivir el curso enlace,
aunque el mármol su muerte sobrescribe,
en la piedra verás el *Aquí yace;*
mas en los corazones, *Aquí vive.*

193

[Cumpleaños del virrey marqués de la Laguna.]

Vuestra edad, gran señor, en tanto exceda
a la capacidad que abraza el cero,
que la combinatoria de Kirkero
multiplicar su cuantidad no pueda.
Del giro hermoso la luciente rueda
que el uno trastornó y otro lucero,
y el que fin fue del círculo primero,
principio dé feliz al que suceda.
Vivid, por que entre propios y entre extraños
de mi plectro las claras armonías
celebren vuestros hechos sin engaños;
y uniendo duraciones a alegrías,
a las glorias compitan vuestros años
y las glorias excedan a los días.

194

Llegaron luego a México, con el hecho piadoso, las aclamaciones poéticas de Madrid a su Majestad, que alaba la poetisa por más superior modo.

Altísimo señor, monarca hispano,
que a Dios, entre accidentes escondido,
cuando queréis mostraros más rendido,
es cuando os ostentáis más soberano:
aquesa acción, señor, que al luterano
asombró en Carlos Quinto esclarecido,
y ésa, por quien el gran Rodulfo vido
del mundo el cetro en su piadosa mano,
aunque aplaudida en el hispano suelo
ha sido con católica alegría,
no causa admiración a mi desvelo:
quede admirado aquel que desconfía,
y de vuestra piedad, virtud y celo,
esa y más religión no suponía.

195

A la excelentísima señora condesa de Paredes, marquesa de la Laguna, enviándole estos papeles que su Excelencia la pidió y que pudo recoger sóror Juana de muchas manos, en que estaban no menos divididos que escondidos, como tesoro, con otros que no cupo en el tiempo buscarlos ni copiarlos.

El hijo que la esclava ha concebido,
dice el Derecho que le pertenece
al legítimo dueño que obedece
la esclava madre, de quien es nacido.
El que retorna el campo agradecido,

opimo fruto, que obediente ofrece,
es del señor, pues si fecundo crece,
se lo debe al cultivo recibido.
Así, Lisi divina, estos borrones
que hijos del alma son, partos del pecho,
será razón que a ti te restituya;
y no lo impidan sus imperfecciones,
pues vienen a ser tuyos de derecho
los conceptos de un alma que es tan tuya.

195 bis

Prólogo [de los Enigmas].

Este volumen, cuyo altivo aliento
(benévolo lector, siempre invocado)
generoso presume, aspira osado
remontarse al celeste firmamento,
a tanto Sol eleva el pensamiento,
de reverente afecto apadrinado,
que, a soberanas aras destinado,
pasa a ser sacrificio el rendimiento.
Piadoso absuelve sus indignidades,
que no son en los cultos indecencia
que profane devotas atenciones.
Frecuentes votos hacen las deidades,
que, a inmunidades de la reverencia,
no hay para el cielo cortas oblaciones.

196

Soneto en que celebra la poetisa el cumplimiento de años de un hermano suyo.

¡Oh, quién, amado Anfriso, te ciñera
del mundo las coronas poderosas!:
que a coronar tus prendas generosas,
el círculo del orbe corto fuera.
¡Quién, para eternizarte, hacer supiera
mágicas confecciones prodigiosas,
o tuviera las hierbas milagrosas
que feliz gustó Glauco en la ribera!
Mas aunque no halla medio mi cuidado
para que goces de inmortal la palma,
otro más propio mi cariño ha hallado
que el curso de tu vida tenga en calma:
pues juzgo que es el más proporcionado
de alargar una vida, dar una alma.

197

Habiendo muerto un toro el caballo a un caballero toreador.

El que Hipogrifo de mejor Rugero,
Ave de Ganimedes más hermoso,
Pegaso de Perseo más airoso,
de más dulce Arïón, Delfín ligero
fue, ya sin vida yace al golpe fiero
de transformado Jove, que celoso
los rayos disimula, belicoso,
sólo en un semicírculo de acero.
Rindió el fogoso postrimero aliento
el veloz bruto, a impulso soberano;
pero de su dolor, que tuvo, siento,

más de afectivo y menos de inhumano:
pues fue de vergonzoso sentimiento
de ser bruto, rigiéndole tal mano.

198

Alaba, con especial acierto, el de un músico primoroso.

Dulce deidad del viento armonïosa,
suspensión del sentido deseada,
donde gustosamente aprisionada
se mira la atención más bulliciosa:
perdona a mi zampoña licenciosa
si, al escuchar tu lira delicada,
canta con ruda voz desentonada
prodigios de la tuya milagrosa.
Pause su lira el Tracio: que, aunque calma
puso a las negras sombras del olvido,
cederte debe más gloriosa palma,
pues más que a ciencia el arte has reducido,
haciendo suspensión de toda una alma
el que sólo era objeto de un sentido.

199

Soneto que celebra a un graduado de doctor.

Vista tus hombros el verdor lozano,
joven, con que tu ciencia te laurea;
y puesto en ellos dignamente, sea
índice de tus méritos ufano.
Corone tu discurso soberano

la que blanda tus sienes lisonjea
insignia literaria, en quien se emplea
el flamante sepulcro de un gusano.
¡Oh, qué enseñanza llevan escondida
honrosos los halagos de tu suerte,
donde despierta la atención dormida!,
pues ese verde honor, si bien se advierte,
mientras más brinda gustos a la vida,
más ofrece recuerdos a la muerte.

200

Soneto que escribió la madre Juana a su maestro.

Máquinas primas de su ingenio agudo
A Arquimedes, artífice famoso,
Raro renombre dieron de ingenioso:
Tanto el afán y tanto el arte pudo!
Invención rara, que en el mármol rudo
No sin arte grabó, maravilloso,
De su mano, su nombre prodigioso,
Entretejido en flores el escudo.
Oh! Así permita el Cielo que se entregue
Lince tal mi atención en imitarte,
Ien el mar de la Ciencia así se anegue
Vajel que, al discurrir por alcanzarte,
Alcance que el que a ver la hechura llegue,
Sepa tu nombre del primor del Arte.

201

Alaba en el padre Baltasar de Mansilla, gran predicador y confesor de la señora virreina, de la Compañía de Jesús, tanta sabiduría como modestia.

Docto Mansilla, no para aplaudirte
ponderaciones buscaré del arte
retórica, que fuera limitarte
querer entre sus cláusulas ceñirte.
Sólo es mi intento, cuando llego a oírte,
alabarte con sólo no alabarte;
pues quien mejor llegare a ponderarte
será el que no intentare definirte.
Aun en tu mismo juicio tú no cabes;
ni de tu ingenio las riquezas raras
pudieras, del discurso con los graves
reflejos, conocer si lo intentaras:
porque si tú supieras lo que sabes,
mucho de lo que sabes ignoraras.

202

De doña Juana Inés de Asuaje, glorioso honor del mexicano Museo.

Suspende, cantor cisne, el dulce acento:
mira, por ti, al señor que Delfos mira,
en zampoña trocar la dulce lira
y hacer a Admeto pastoril concento.
Cuanto canto süave, si violento,
piedras movió, rindió la infernal ira,
corrido de escucharte, se retira.
Y al mismo templo agravia tu instrumento:
que, aunque no llega a sus columnas cuanto
edificó la antigua arquitectura,
cuando tu clara voz sus piedras toca,
nada se vio mayor sino tu canto;
y así como le excede tu dulzura,
mientras más le engrandece, más le apoca.

203

De la nunca bastantemente alabada, armónica Fénix del indiano Parnaso, la madre Juana Inés de la Cruz, religiosa profesa del convento de San Jerónimo.

¿Qué importa al pastor sacro, que a la llama
de su obrar negar quiera la victoria,
si, cuando más apaga tanta gloria,
la misma luz a los recuerdos llama;
si en cada mármol mudamente clama
de sus blasones indeleble historia,
por que sirva de letra a su memoria
lo que de piedra al templo de su fama?
A la sagrada cifra, que venera
el discurso en las piedras, comedido,
y en duración eterna persevera,
exenta y libre del oscuro olvido,
alabarte podrás, culta Ribera,
que sólo le construyes el sentido.

204

[A don Carlos de Sigüenza y Góngora.]

Dulce, canoro cisne mexicano,
cuya voz si el estigio lago oyera,
segunda vez a Eurídice te diera,
y segunda el delfín te fuera humano;
a quien si el teucro muro, si el tebano,
el ser en dulces cláusulas debiera,
ni a aquél el griego incendio consumiera,
ni a éste postrara alejandrina mano:
no el sacro numen con mi voz ofendo,
ni al que pulsa divino plectro de oro
agreste avena concordar pretendo;
pues por no profanar tanto decoro,
mi entendimiento admira lo que entiendo
y mi fe reverencia lo que ignoro.

205

Aplaude la ciencia astronómica del padre Eusebio Francisco Kino, de la Compañía de Jesús, que escribió del cometa que el año de ochenta apareció, absolviéndole de ominoso.

Aunque es clara del cielo la luz pura,
clara la luna y claras las estrellas,
y claras las efímeras centellas
que el aire eleva y el incendio apura;
aunque es el rayo claro, cuya dura

producción cuesta al viento mil querellas,
y el relámpago que hizo de sus huellas
medrosa luz en la tiniebla obscura,
todo el conocimiento torpe humano
se estuvo obscuro sin que las mortales
plumas pudiesen ser, con vuelo ufano,
Ícaros de discursos racionales,
hasta que el tuyo, Eusebio soberano,
les dio luz a las luces celestiales.

205 bis

Soneto de cierta señora, Musa Décima.

Érase un preste cara de testuz,
de cuyas barbas se hace el albornoz,
que, si le piden algo, tira coz,
en que no disimula lo andaluz.
Parece se sustenta de alcuzcuz,
aunque come muy bien ganso y arroz,
y que se alienta en barros de Estremoz
con agua dulce de la regaluz.
Érase de vendimia un gran lanzón,
de cecina un tasugo muy añejo,
un espíritu pronto remendón.
Y este que he dicho no es el abadejo,
porque es un reverendo abadejón,
de abades y de prestes fiel espejo.

***

Soneto en respuesta al soneto antecedente.

Aunque preste, jamás presté el testuz
a beldad tan de casta de albornoz
que, por tomar, recibirá una coz,
aunque sea de un prójimo andaluz.
Con este can, mi reina, no hay cuz cuz,
que es el ganso muy flaco para arroz;
ni hay que brindarme en barros de Estremoz,
que no ha de haber conmigo regaluz.
En vano es de vendimia aquí el lanzón,
que aunque tasujo, en fin, soy perro añejo,
y el espíritu es poco pronto al don
cuando no hay que esperar más que abadejo;
y ansí, en tratando de esto, habrá dejón,
bien que sois de Camilas fiel espejo.

206

Alaba el numen poético del padre Francisco de Castro, de la Compañía de Jesús, en un poema heroico en que describe la aparición milagrosa de Nuestra Señora de Guadalupe de México, que pide la luz pública.

La compuesta de flores maravilla,
divina protectora americana,
que a ser se pasa rosa mexicana,
apareciendo rosa de Castilla;
la que en vez del Dragón (de quien humilla
cerviz rebelde en Patmos), huella ufana,
hasta aquí inteligencia soberana,
de su pura grandeza pura silla;
ya el Cielo, que la copia misterioso,
segunda vez sus señas celestiales
en guarismos de flores claro suma:
pues no menos le dan traslado hermoso

las flores de tus versos sin iguales,
la maravilla de tu culta pluma.

207

A la sentencia que contra Cristo dio Pilatos; y aconseja a los jueces que, antes de firmar, fiscalicen sus propios motivos.

Firma Pilatos la que juzga ajena
sentencia, y es la suya. ¡Oh caso fuerte!
¿Quién creerá que, firmando ajena muerte,
el mismo juez en ella se condena?
La ambición, de sí tanto le enajena,
que con el vil temor, ciego, no advierte
que carga sobre sí la infausta suerte
quien al Justo sentencia a injusta pena.
¡Jueces del mundo, detened la mano!
¡Aún no firméis! Mirad si son violencias
las que os pueden mover, de odio inhumano.
Examinad primero las conciencias:
¡mirad no haga el Juez recto y soberano
que, en la ajena, firméis vuestras sentencias!

208

A una pintura de Nuestra Señora, de muy excelente pincel.

Si un pincel, aunque grande, al fin humano,
pudo hacer tan bellísima pintura,
que aun vista perspicaz en vano apura
tus luces (o admirada, si no en vano),
el Autor de tu alma soberano,

proporcionado campo a más hechura,
¿qué gracia pintaría, qué hermosura,
el lienzo más capaz, mejor la mano?
¿Si estará ya en la esfera luminoso
el pincel, de lucero gradüado,
porque te amaneció, divina aurora?
¡Y cómo que lo está! Pero, quejoso,
dice que ni aun la costa le han pagado:
que gastó en ti más luz que tiene ahora.

209

Soneto a san José, escrito según el asunto de un certamen que pedía las metáforas que contiene.

Nace de la escarchada fresca Rosa
dulce Abeja, y apenas aparece,
cuando a su recio natalicio ofrece
tutelar, verde Palma victoriosa.
Así rosa, María, más hermosa,
concibe a Dios, y el vientre apenas crece,
cuando es, de la sospecha que padece,
el Espíritu Santo palma umbrosa.
Pero cuando el tirano, por prenderlo,
tanta inocente turba herir pretende,
sólo vos, ¡oh José!, vais a esconderlo:
para que en vos admire, quien lo entiende,
que vos bastáis del mundo a defenderlo,
y que de vos, Dios solo le defiende.

210

Al retardarse san Juan de Sahagún en consumir la hostia consagrada, por aparecérsele en ella Cristo visiblemente.

¿Quién, que regale visto y no comido,
el león, ya panal, imaginara?
¿Quién, que en dulzura tanta se estorbara
lo muy sabroso por lo muy florido?
¡Oh Juan, come y no mires, que a un sentido
le das celos con otro! ¿Y quién pensara
que al fruto de la vida le quitara
lo hermoso, la razón de apetecido?
Manjar de niños es el Sacramento,
y Dios, a ojos cerrados, nos provoca
a merecer, comiendo, su alimento.
Sólo a san Juan, que con la vista toca
a Cristo en él, fue más merecimiento
abrir los ojos y cerrar la boca.

211

Liras que expresan sentimientos de ausente.

Amado dueño mío,
escucha un rato mis cansadas quejas,
pues del viento las fío,
que breve las conduzga a tus orejas,
si no se desvanece el triste acento,
como mis esperanzas, en el viento.
Óyeme con los ojos,
ya que están tan distantes los oídos,
y de ausentes enojos
en ecos de mi pluma mis gemidos;

y ya que a ti no llega mi voz ruda,
óyeme sordo, pues me quejo muda.
Si del campo te agradas,
goza de sus frescuras venturosas,
sin que aquestas cansadas
lágrimas te detengan, enfadosas;
que en él verás, si atento te entretienes,
ejemplos de mis males y mis bienes.
Si al arroyo parlero
ves, galán de las flores, en el prado,
que, amante y lisonjero,
a cuantas mira intima su cuidado,
en su corriente mi dolor te avisa
que a costa de mi llanto tiene risa.
Si ves que triste llora
su esperanza marchita, en ramo verde,
tórtola gemidora,
en él y en ella mi dolor te acuerde,
que imitan, con verdor y con lamento,
él mi esperanza y ella mi tormento.
Si la flor delicada,
si la peña que, altiva, no consiente
del tiempo ser hollada,
ambas me imitan, aunque variamente,
ya con fragilidad, ya con dureza,
mi dicha aquélla y ésta mi firmeza.
Si ves el ciervo herido
que baja por el monte, acelerado,
buscando, dolorido,
alivio al mal en un arroyo helado,
y sediento al cristal se precipita,
no en el alivio, en el dolor me imita.
Si la liebre encogida
huye medrosa de los galgos fieros,

y por salvar la vida
no deja estampa de los pies ligeros,
tal mi esperanza, en dudas y recelos,
se ve acosada de villanos celos.
Si ves el cielo claro,
tal es la sencillez del alma mía;
y si, de luz avaro,
de tinieblas se emboza el claro día,
es, con su obscuridad y su inclemencia,
imagen de mi vida en esta ausencia.
Así que, Fabio amado,
saber puedes mis males sin costarte
la noticia cuidado,
pues puedes de los campos informarte;
y, pues yo a todo mi dolor ajusto,
saber mi pena sin dejar tu gusto.
Mas ¿cuándo, ¡ay gloria mía!,
mereceré gozar tu luz serena?
¿Cuándo llegará el día
que pongas dulce fin a tanta pena?
¿Cuándo veré tus ojos, dulce encanto,
y de los míos quitarás el llanto?
¿Cuándo tu voz sonora
herirá mis oídos, delicada,
y el alma que te adora,
de inundación de gozos anegada,
a recibirte con amante prisa
saldrá a los ojos desatada en risa?
¿Cuándo tu luz hermosa
revestirá de gloria mis sentidos?
¿y cuándo yo, dichosa,
mis suspiros daré por bien perdidos,
teniendo en poco el precio de mi llanto?:
que tanto ha de penar quien goza tanto.

¿Cuándo de tu apacible
rostro alegre veré el semblante afable,
y aquel bien indecible
a toda humana pluma inexplicable,
que mal se ceñirá a lo definido
lo que no cabe en todo lo sentido?
Ven, pues, mi prenda amada,
que ya fallece mi cansada vida
de esta ausencia pesada;
ven, pues: que mientras tarda tu venida,
aunque me cueste su verdor enojos,
regaré mi esperanza con mis ojos.

212

Liras que dan encarecida satisfación a unos celos.

Pues estoy condenada,
Fabio, a la muerte, por decreto tuyo,
y la sentencia airada
ni la apelo, resisto ni la huyo,
óyeme, que no hay reo tan culpado
a quien el confesar le sea negado.
Porque te han informado,
dices, de que mi pecho te ha ofendido,
me has, fiero, condenado.
¿Y pueden, en tu pecho endurecido,
más la noticia incierta, que no es ciencia,
que de tantas verdades la experiencia?
Si a otros crédito has dado,
Fabio, ¿por qué a tus ojos se lo niegas,
y, el sentido trocado

de la ley, al cordel mi cuello entregas,
pues liberal me amplías los rigores
y avaro me restringes los favores?
Si a otros ojos he visto,
mátenme, Fabio, tus airados ojos;
si a otro cariño asisto,
asístanme implacables tus enojos;
y si otro amor del tuyo me divierte,
tú, que has sido mi vida, me des muerte.
Si a otro, alegre, he mirado,
nunca alegre me mires ni te vea;
si le hablé con agrado,
eterno desagrado en ti posea;
y si otro amor inquieta mi sentido,
sáquesme el alma tú, que mi alma has sido.
Mas, supuesto que muero
sin resistir a mi infelice suerte,
que me des sólo quiero
licencia de que escoja yo mi muerte;
deja la muerte a mi elección medida,
pues en la tuya pongo yo la vida:
no muera de rigores,
Fabio, cuando morir de amores puedo;
pues con morir de amores,
tú acreditado y yo bien puesta quedo:
que morir por amor, no de culpada,
no es menos muerte, pero es más honrada.
Perdón, en fin, te pido
de las muchas ofensas que te he hecho
en haberte querido:
que ofensas son, pues son a tu despecho;
y con razón te ofendes de mi trato,
pues que yo, con quererte, te hago ingrato.

213

Expresa, más afectuosa que con sutil cuidado, el sentimiento que padece una mujer amante, de su marido muerto.

A estos peñascos rudos,
mudos testigos del dolor que siento
(que sólo siendo mudos
pudiera yo fïarles mi tormento,
si acaso de mis penas lo terrible
no infunde lengua y voz en lo insensible),
quiero contar mis males,
si es que yo sé los males de que muero;
pues son mis penas tales,
que si contarlas por alivio quiero,
le son, una con otra atropellada,
dogal a la garganta, al pecho espada.
No envidio dicha ajena:
que el mal eterno que en mi pecho lidia,
hace incapaz mi pena
de que pueda tener tan alta envidia;
es tan mísero estado el en que peno,
que como dicha envidio el mal ajeno.
No pienso yo si hay glorias,
porque estoy de pensarlo tan distante,
que aun las dulces memorias
de mi pasado bien, tan ignorante
las mira de mi mal el desengaño,
que ignoro si fue bien, y sé que es daño.
Esténse allá en su esfera
los dichosos: que es cosa en mi sentido
tan remota, tan fuera

de mi imaginación, que sólo mido,
entre lo que padecen los mortales,
lo que distan sus males de mis males.
¡Quién tan dichosa fuera
que de un agravio indigno se quejara!
¡Quién un desdén llorara!
¡Quién un alto imposible pretendiera!
¡Quién llegara, de ausencia o de mudanza,
casi a perder de vista la esperanza!
¡Quién en ajenos brazos
viera a su dueño, y con dolor rabioso
se arrancara a pedazos
del pecho ardiente el corazón celoso!,
pues fuera menor mal que mis desvelos,
el infierno insufrible de los celos.
Pues todos estos males
tienen consuelo o tienen esperanza,
y los más siniguales
solicitan o animan la venganza;
y sólo de mi fiero mal se aleja
la esperanza, venganza, alivio y queja.
Porque ¿a quién sino al Cielo,
que me robó mi dulce prenda amada,
podrá mi desconsuelo
dar sacrílega queja destemplada?
y él, con sordas, rectísimas orejas,
a cuenta de blasfemias pondrá quejas.
Ni Fabio fue grosero,
ni ingrato, ni traidor; antes, amante
con pecho verdadero,
nadie fue más leal ni más constante:
nadie más fino supo, en sus acciones,
finezas añadir a obligaciones.
Sólo el Cielo, envidioso,

mi esposo me quitó; la Parca dura,
con ceño riguroso,
fue solo autor de tanta desventura.
¡Oh Cielo riguroso, oh triste suerte,
que tantas muertes das con una muerte!
¡Ay dulce esposo amado!
¿Para qué te vi yo? ¿Por qué te quise,
y por qué tu cuidado
me hizo, con las venturas, infelice?
¡Oh dicha, fementida y lisonjera!
¡Quién tus amargos fines conociera!
¿Qué vida es ésta mía,
que rebelde resiste a dolor tanto?
¿Por qué, necia, porfía,
y en las amargas fuentes de mi llanto
atenuada, no acaba de extinguirse,
si no puede en mi fuego consumirse?

214

Ovillejos. Pinta en jocoso numen, igual con el tan célebre de Jacinto Polo, una belleza.

El pintar de Lisarda la belleza,
en que a sí se excedió Naturaleza,
con un estilo llano,
se me viene a la pluma y a la mano.
Y cierto que es locura
el querer retratar yo su hermosura,
sin haber en mi vida dibujado,
ni saber qué es azul o colorado,
qué es regla, qué es pincel, oscuro o claro,
aparejo, retoque, ni reparo.

El diablo me ha metido en ser pintora;
dejémoslo, mi Musa, por ahora,
a quien sepa el oficio.
Mas esta tentación me quita el juicio
y, sin dejarme pizca,
ya no sólo me tienta: me pellizca,
me cosca, me hormiguea,
me punza, me rempuja y me aporrea.
Yo tengo de pintar, dé donde diere,
salga como saliere,
aunque saque un retrato
tal que, después, le ponga: "Aquéste es gato".
Pues no soy la primera
que, con hurtos de sol y primavera,
echan con mil primores
una mujer en infusión de flores,
y (después que muy bien alambicada
sacan una belleza destilada),
cuando el hervor se entibia,
pensaban que es rosada y es endibia.
Mas no pienso robar yo sus colores;
descansen por aquesta vez las flores,
que no quiere mi Musa ni se mete
en hacer su hermosura ramillete.
Mas ¿con qué he de pintar, si ya la vena
no se tiene por buena
si no forma, hortelana, en sus colores,
un gran cuadro de flores?
¡Oh siglo desdichado y desvalido
en que todo lo hallamos ya servido!:
pues que no hay voz, equívoco ni frase
que por común no pase
y digan los censores:
"¿Eso? ¡Ya lo pensaron los mayores!"

¡Dichosos los antiguos que tuvieron
paño de que cortar, y así vistieron
sus conceptos de albores,
de luces, de reflejos y de flores!
Que entonces era el Sol nuevo, flamante,
y andaba tan valido lo brillante,
que el decir que el cabello era un tesoro,
valía otro tanto oro.
¡Pues las estrellas, con sus rayos rojos,
que aun no estaban cansadas de ser ojos
cuando eran celebradas!
¡Oh dulces luces, por mi mal halladas,
dulces y alegres cuando Dios quería,
pues ya no os puede usar la Musa mía
sin que diga, severo, algún letrado
que Garcilaso está muy maltratado
y en lugar indecente!
Mas si no es a su Musa competente
y le ha de dar enojo semejante,
quite aquellos dos versos, y adelante.
Digo, pues, que el coral entre los sabios
se estaba con la grana aún en los labios;
y las perlas, con nítidos orientes,
andaban enseñándose a ser dientes;
y alegaba la concha, no muy loca,
que si ellas dientes son, ella es la boca:
y así entonces, no hay duda,
empezó la belleza a ser conchuda.
Pues las piedras, ¡ay Dios, y qué riqueza!
Era una platería una belleza,
que llevaba por dote en sus facciones
más de treinta millones.
Esto sí era hacer versos descansado,

y no en aqueste siglo desdichado
y de tal desventura,
que está ya tan cansada la hermosura
de verse en los planteles
de azucenas, de rosas y claveles
ya del tiempo marchitos,
recogiendo humedades y mosquitos,
que, con enfado extraño,
quisiera más un saco de ermitaño.
Y así andan los poetas desvalidos,
achicando antiguallas de vestidos;
y tal vez, sin mancilla,
lo que es jubón, ajustan a ropilla,
o hacen de unos centones
de remiendos diversos, los calzones;
y nos quieren vender por extremada
una belleza rota y remendada.
¿Pues qué es ver las metáforas cansadas
en que han dado las Musas alcanzadas?
No hay ciencia, arte, ni oficio,
que con extraño vicio
los poetas, con vana sutileza,
no anden acomodando a la belleza,
y pensando que pintan de los cielos,
hacen unos retablos de sus duelos.
Pero diránme ahora
que quién a mí me mete en ser censora:
que, de lo que no entiendo, es grave exceso.
Pero yo les respondo que por eso:
que siempre el que censura y contradice
es quien menos entiende lo que dice.
Mas si alguno se irrita,
murmúreme también; ¿quién se lo quita?

No haya miedo que en eso me fatigue,
ni que a ninguno obligue
a que encargue su alma:
téngasela en su palma
y haga lo que quisiere,
pues su sudor le cuesta al que leyere.
Y si ha de disgustarse con leello,
vénguese del trabajo con mordello,
y allá me las den todas,
pues yo no me he de hallar en esas bodas.
¿Ven? Pues esto de bodas es constante
que lo dije por sólo el consonante;
si alguno halla otra voz que más expresa,
yo le doy mi poder y quíteme ésa.
Mas volviendo a mi arenga comenzada,
¡válgate por Lisarda retratada,
y qué difícil eres!
No es mala propiedad en las mujeres.
Mas ya lo prometí: cumplillo es fuerza,
aunque las manos tuerza;
a acaballo me obligo;
pues tomo bien la pluma y ¡Dios conmigo!
Vaya, pues, de retrato;
denme un "¡Dios te socorra!" de barato.
¡Ay con toda la trampa,
que una Musa de la hampa,
a quien ayuda tan propicio Apolo,
se haya rozado con Jacinto Polo
en aquel conceptillo desdichado,
y pensarán que es robo muy pensado!
Es, pues, Lisarda; es, pues… ¡Ay Dios, qué aprieto!
No sé quién es Lisarda, les prometo;
que mi atención sencilla
pintarla prometió, no definilla.

Digo, pues… ¡Oh, qué *pueses* tan soeces!
Todo el papel he de llenar de *pueses*.
¡Jesús, qué mal empiezo!
“Principio” iba a decir, ya lo confieso,
y acordéme al instante
que *principio* no tiene consonante.
Perdonen, que esta mengua
es de que no me ayuda bien la lengua.
¡Jesús, y qué cansados
estarán de esperar desesperados
los tales mis oyentes!
Mas si esperar no gustan, impacientes,
y juzgaren que es largo y que es pesado,
vayan con Dios, que ya esto se ha acabado;
que quedándome sola y retirada,
mi borrador haré más descansada.
Por el cabello empiezo. Esténse quedos,
que hay aquí que pintar muchos enredos.
No hallo comparación que bien le cuadre:
¡qué para poco me parió mi madre!
¿Rayos del sol? Ya aqueso se ha pasado;
la pregmática nueva lo ha quitado.
¿Cuerda de arco de Amor, en dulce trance?
Eso es llamarlo cerda, en buen romance.
¡Qué linda ocasión era
de tomar la ocasión por la mollera!
Pero aquesa ocasión ya se ha pasado
y calva está de haberla repelado,
y así en su calva lisa
su cabellera irá también postiza,
y el que llega a cogella
se queda con el pelo y no con ella.
Y en fin, después de tanto dar en ello,

¿qué tenemos, mi Musa, de cabello?
El de Absalón viniera aquí nacido,
por tener mi discurso suspendido;
mas no quiero meterme yo en hondura
ni en hacerme que entiendo de Escritura.
En ser cabello de Lisarda quede,
que es lo que encarecerse más se puede,
y bájese a la frente mi reparo.
Gracias a Dios que salgo hacia lo claro,
que me pude perder en su espesura,
si no saliera por la comisura.
Tendrá, pues, la tal frente
una caballería largamente,
según está de limpia y despejada;
y si temen por esto verla arada,
pierdan ese recelo,
que estas caballerías son del cielo.
¿Qué apostamos que ahora piensan todos
que he perdido los modos
del estilo burlesco,
pues que ya por los cielos encarezco?
Pues no fue ése mi intento,
que yo no me acordé del firmamento,
porque mi estilo llano
se tiene acá otros cielos más a mano;
que a ninguna belleza se le veda
el que tener dos cielos juntos pueda.
¿Y cómo? Uno en su boca, otro en la frente.
(¡Por Dios que lo he enmendado lindamente!)
Las cejas son… ¿agora diré arcos?
No, que es su consonante luego zarcos,
y si yo pinto zarca su hermosura,
dará Lisarda al diablo la pintura

y me dirá que sólo algún demonio
levantara tan falso testimonio.
Pues yo lo he de decir, y en esto agora
conozco que del todo soy pintora;
que mentir de un retrato en los primores
es el último examen de pintores.
En fin, ya con ser arcos se han salido.
¿Mas que piensan que digo de Cupido,
o el que es la paz del día?
Pues no son sino de una cañería
por donde encaña el agua a sus enojos;
por más señas, que tiene allí dos ojos.
¿Esto quién lo ha pensado?
¿Me dirán que esto es viejo y es trillado?
Mas ya que los nombré, fuerza es pintallos
aunque no tope verso en que colgallos.
¡Nunca yo los mentara,
que quizás al lector se le olvidara!
Empiezo a pintar, pues. Nadie se ría
de ver que titubea mi Talía,
que no es hacer buñuelos,
pues tienen su pimienta los ojuelos;
y no hallo, en mi conciencia,
comparación que tenga conveniencia
con tantos arreboles.
¡Jesús!, ¿no estuve un tris de decir soles?
¡Qué grande barbarismo!
Apolo me defienda de sí mismo:
que a los que son de luces sus pecados,
los veo condenar de alucinados,
y temerosa yo, viendo su arrojo,
trato de echar mis luces en remojo.
Tentación solariega en mí es extraña:
que se vaya a tentar a la Montaña.

En fin, yo no hallo símil competente
por más que doy palmadas en la frente
y las uñas me como.
¿Dónde el *viste* estará y el *así como*,
que siempre tan activos
se andan a principiar comparativos?
Mas ¡ay! que donde *vistes* hubo antaño,
no hay *así como* hogaño.
Pues váyanse sin ellos muy serenos:
que no por eso dejan de ser buenos,
y de ser manantial de perfecciones,
que no todo ha de ser comparaciones;
y ojos de una beldad tan peregrina,
razón es ya que salgan de madrina,
pues a sus niñas fuera hacer ultraje
querer tenerlas siempre en pupilaje.
En fin, nada les cuadra, que es locura
al círculo buscar la cuadratura.
Síguese la nariz: y es tan seguida,
que ya quedó con esto definida;
que hay nariz tortizosa, tan tremenda,
que no hay geómetra alguno que la entienda.
Pásome a las mejillas;
y aunque es su consonante *maravillas*,
no las quiero yo hacer predicadores
que digan “Aprended de mí”, a las flores.
Mas si he de confesarles mi pecado,
algo el carmín y grana me ha tentado;
mas ahora ponérsela no quiero:
si ella la quiere, gaste su dinero,
que es grande bobería
el quererla afeitar a costa mía.
Ellas, en fin, aunque parecen rosa,

lo cierto es que son carne y no otra cosa.
¡Válgame Dios, lo que se sigue agora!
Haciéndome está cocos el Aurora
por ver si la comparo con su boca,
y el Oriente con perlas me provoca;
pero no hay que mirarme,
que ni una sed de Oriente ha de costarme.
Es, en efecto, de color tan fina,
que parece bocado de cecina;
y no he dicho muy mal, pues de salada,
dicen que se le ha puesto colorada.
¿Ven cómo sé hacer comparaciones
muy propias en algunas ocasiones?
Y es que donde no piensa el que es más vivo,
salta el comparativo;
y si alguno dijere que es grosera
una comparación de esta manera,
respóndame la Musa más ufana:
¿es mejor el gusano de la grana,
o el clavel, que si el gusto los apura,
hará echar las entrañas su amargura?
Con todo, numen mío,
aquesto de la boca va muy frío.
Yo digo mi pecado:
ya está el pincel cansado.
Pero, pues tengo ya frïaldad tanta,
gastemos esta nieve en la garganta,
que la tiene tan blanca y tan helada
que le sale la voz garapiñada.
Mas por sus pasos, yendo a paso llano,
se me vienen las manos a la mano.
Aquí habré menester grande cuidado,
que ya toda la nieve se ha gastado,

y para la blancura que atesora
no me ha quedado ni una cantimplora,
y fue la causa de esto
que como iba sin sal, se gastó presto.
Mas puesto que pintarla solicito,
¡por la Virgen!, que esperen un tantito,
mientras la pluma tajo
y me alivio un poquito del trabajo
y, por decir verdad, mientras suspensa
mi imaginación piensa
algún concepto que a sus manos venga.
¡Oh, si Lisarda se llamara Menga,
qué equívoco tan lindo me ocurría,
que sólo por el nombre se me enfría!
Ello, fui desgraciada
en estar ya Lisarda bautizada.
Acabemos, que el tiempo nunca sobra.
¡A las manos, y manos a la obra!
Empiezo por la diestra,
que aunque no es menos bella la siniestra,
a la pintura es llano
que se le ha de asentar la primer mano.
Es, pues, blanca y hermosa con exceso,
porque es de carne y hueso,
no de marfil ni plata: que es quimera
que a una estatua servir sólo pudiera;
y con esto, aunque es bella,
sabe su dueño bien servirse de ella,
y la estima, bizarra,
más que no porque luce, porque agarra.
Pues no le queda en zaga la siniestra;
porque aunque no es tan diestra
y es algo menos en su ligereza,
no tiene un dedo menos de belleza.

Aquí viene rodada
una comparación acomodada;
porque no hay duda, es llano,
que es la una mano como la otra mano;
y si alguno dijere que es friolera
el querer comparar de esta manera,
respondo a su censura
que el tal no sabe lo que se murmura:
pues pudiera muy bien Naturaleza
haber sacado manca esta belleza,
que yo he visto bellezas muy hamponas,
que si mancas no son, son mancarronas.
Ahora falta a mi Musa la estrechura
de pintar la cintura;
en ella he de gastar poco capricho,
pues con decirlo breve, se está dicho:
porque ella es tan delgada,
que en una línea queda ya pintada.
El pie yo no lo he visto, y fuera engaño
retratar el tamaño;
ni mi Musa sus puntos considera
porque no es zapatera;
pero, según airoso el cuerpo mueve,
debe el pie de ser breve,
pues que es, nadie ha ignorado,
el pie de arte mayor, largo y pesado.
Y si en cuenta ha de entrar la vestidura
(que ya es el traje parte en la hermosura),
el *hasta aquí* del garbo y de la gala
a la suya no iguala,
de fiesta o de revuelta,
porque está bien prendida y más bien suelta.
Un adorno garboso y no afectado,
que parece descuido y es cuidado:

un aire con que arrastra la tal niña
con aseado desprecio la basquiña,
en que se van pegando
las almas entre el polvo que va hollando;
un arrojar el pelo por un lado,
como que la congoja por copado,
y al arrojar el pelo,
descubrir un “por tanto digo *Cielo*”,
quebrantando la ley; mas ¿qué importara
que yo la quebrantara?
A nadie cause escándalo ni espanto,
pues no es la ley de Dios la que quebranto.
Y con tanto, si a ucedes les parece,
será razón que ya el retrato cese;
que no quiero cansarme,
pues ni aun el costo de él han de pagarme.
Veinte años de cumplir en mayo acaba.
Juana Inés de la Cruz la retrataba.

215

[Epinicio al virrey conde de Galve], de la madre Juana Inés de la Cruz, religiosa profesa en el convento de San Jerónimo de México, Féniz de la erudición en la línea de todas las ciencias, emulación de los más delicados ingenios, gloria inmortal de la Nueva-España.

No cabal relación, indicio breve
sí, de tus glorias, Silva esclarecido,
será el débil sonido
de rauca voz, que a tus acciones debe
cuantos sonoros bebe
de Hipocrene en la fuente numerosa
alientos soberanos,

que el influjo reciben de tus manos.
¡Oh síncopa gloriosa
de tan regia ascendencia esclarecida,
si siempre verde rama!
La dulce ardiente llama
del pecho anima escaso,
que a copia tanta limitado es vaso,
y —pólvora oprimida—
los conceptos aborta mal formados,
informes embrïones,
no partos sazonados,
si bien de lumbres claras concebidos:
cuando hijos no lucidos
o partos no perfetos,
lucientes serán fetos
del divino ardimiento
que tu luz engendró en mi entendimiento.
Así preñada nube, congojada
de la carga pesada
de térreas condensada exhalaciones,
sudando en densas lluvias la agonía
—víbora de vapores espantosa,
cuyo silbo es el trueno
que al cielo descompone la armonía—,
el pavoroso seno
que concibió la máquina fogosa
(que ya imitó después la tiranía
en ardiente fatal artillería),
rasga, y el hijo aborta, luminoso,
que en su vientre aun no cupo vaporoso.
O como de alto numen agitada
la, aunque virgen, preñada
de conceptos divinos,

Pitonisa doncella
de Delfos, encendida,
inflamada la mente,
entre rotas dicciones,
en cláusulas pronuncia desatadas,
de voces salpicadas
de estilo inconsecuente,
los que en el pecho sella
misterios, que regulan desatinos
humanas atenciones,
la lumbre haciendo pura
que frenética sea la cordura:
que así el humano pecho
—aunque gustoso sea, aunque süave—,
a ardor divino estrecho
viene; y el que no cabe,
no sólo en voces sale atropelladas
del angosto arcaduz de la garganta,
pero, buscando de explicarse modos,
lenguas los miembros todos
quiere hacer, con acciones desmandadas,
que a copia sirvan tanta.
No de otra suerte, pues, la balbuciente
lengua, en mal pronunciadas
cláusulas, de tus glorias solicita
ponderar solamente
la, para mí, más rara circunstancia:
pues ya en más bien cortadas
plumas, si se limita
o estrecha, en la elegancia
no se agravia el asunto que a la Fama
eterno será empleo,
ya en uno, en otro ya, sacro trofeo;
y los sin pluma alados,

o con (cuando pelada) más lucida
y más volante pluma,
cisnes que cana espuma
al mar occidental surcan nevados,
en blandos ecos de su más subida
primorosa armonía
—en no molesta, en dulce sí porfía—
la que en sus claras voces aun no cabe
de tu nombre publican alta gloria,
que en cálamo es süave
eterna ocupación de eterna historia;
y ya en trompas oyeron, ya en clarines,
los opuestos confines
del orbe, de tu fama los acentos,
cuyos ecos los vientos
llevaron, agitados
del estrépitu horrendo
que de la colisión, del choque duro,
engendró de sus armas el estruendo:
temeroso estallido,
que aun el pecho asustó más prevenido
y inquietó al enemigo más seguro.
El mismo que por fausto tuvo día
la gálica arrogancia
—que cuarto fue del mes en que la llama
ardiente de la Esfera
antes de tornos veinte
en el León rugiente
de ardor nuevo encendida, reverbera—,
en que soberbio envía
la insolente embajada,
de indignas sujeciones pretendiente;
entonces, aunque ignara acá del daño,

atenta providencia
tuya, ¡oh Silva famoso, cuyas sienes
no los verdes desdenes
de Dafne ceñir deben, sí de estrellas
corona inmarcesible!,
a riesgo dio tamaño,
en orden bien dispuesto, el conveniente
no esperado socorro, remitiendo
la que al mar de Occidente
defensa es auxiliar, valiente Armada,
que dominando el viento
por su título goza el Barlovento:
náutico alivio a míseras querellas
de los que el insufrible
peso ya en el recelo padecían
del extranjero yugo que temían.
¡Oh tú, deidad alada,
que el orbe discurriendo,
de voces y de plumas proveída,
los dos polos distantes
uno sabes hacer! ¡Oh tú, corona
de cumbre bipartida,
que en cítaras sonantes,
numerosos cristales de Helicona,
los hechos inmortales, los famosos
de varones gloriosos
triunfos cantáis! Si acaso, a copia tanta,
la voz en la garganta
no enronquece, la cuerda no se roza
en la sonora lira,
la trompa vocinglera
—que ya el vacío ocupa de la esfera—
no revienta al aliento que la inspira,
¡cantad, de su Excelencia,

142 valor togado y militar prudencia!

216

Primero Sueño, que así intituló y compuso [este poema] la madre Juana Inés de la Cruz, imitando a Góngora.

Piramidal, funesta, de la tierra
nacida sombra, al cielo encaminaba
de vanos obeliscos punta altiva,
escalar pretendiendo las estrellas;
si bien sus luces bellas,
exentas siempre, siempre rutilantes,
la tenebrosa guerra
que con negros vapores le intimaba
la pavorosa sombra fugitiva
burlaban tan distantes,
que su atezado ceño
al superior convexo aun no llegaba
del orbe de la diosa
que tres veces hermosa
con tres hermosos rostros ser ostenta,
quedando sólo dueño
del aire que empañaba
con el aliento denso que exhalaba;
y en la quietud contenta
de imperio silencioso,
sumisas sólo voces consentía
de las nocturnas aves,
tan obscuras, tan graves,
que aun el silencio no se interrumpía.
Con tardo vuelo y canto, del oído

mal, y aun peor del ánimo admitido,
la avergonzada Nictimene acecha
de las sagradas puertas los resquicios,
o de las claraboyas eminentes
los huecos más propicios
que capaz a su intento le abren brecha,
y sacrílega llega a los lucientes
faroles sacros de perenne llama
que extingue, si no infama,
el licor claro, la materia crasa
consumiendo, que el árbol de Minerva
de su fruto, de prensas agravado,
congojoso sudó y rindió forzado.
Y aquellas que su casa
campo vieron volver, sus telas hierba,
a la deidad de Baco inobedientes
—ya no historias contando diferentes,
en forma sí afrentosa transformadas—,
segunda forman niebla,
ser vistas aun temiendo en la tiniebla,
aves sin pluma aladas:
aquellas tres oficïosas, digo,
atrevidas hermanas,
que el tremendo castigo
de desnudas les dio pardas membranas,
alas tan mal dispuestas
que escarnio son aun de las más funestas.
Éstos, con el parlero
ministro de Plutón un tiempo, ahora
supersticioso indicio al agorero,
solos la no canora
componían capilla pavorosa,
máximas, negras, longas entonando,
y pausas más que voces, esperando

a la torpe mensura perezosa
de mayor proporción tal vez, que el viento
con flemático echaba movimiento,
de tan tardo compás, tan detenido,
que en medio se quedó tal vez dormido.
Este, pues, triste son intercadente
de la asombrada turba temerosa,
menos a la atención solicitaba
que al sueño persuadía;
antes sí, lentamente,
su obtusa consonancia espacïosa
al sosiego inducía
y al reposo los miembros convidaba,
el silencio intimando a los vivientes
(uno y otro sellando labio obscuro
con indicante dedo),
Harpócrates, la noche, silencioso;
a cuyo, aunque no duro,
si bien imperïoso
precepto, todos fueron obedientes.
El viento sosegado, el can dormido,
éste yace, aquél quedo
los átomos no mueve,
con el susurro hacer temiendo leve,
aunque poco, sacrílego ruïdo,
violador del silencio sosegado.
El mar, no ya alterado,
ni aun la instable mecía
cerúlea cuna donde el sol dormía;
y los dormidos, siempre mudos, peces,
en los lechos lamosos
de sus obscuros senos cavernosos,
mudos eran dos veces;
y entre ellos, la engañosa encantadora

Almone, a los que antes
en peces transformó, simples amantes,
transformada también, vengaba ahora.
En los del monte senos escondidos,
cóncavos de peñascos mal formados,
de su aspereza menos defendidos
que de su obscuridad asegurados,
cuya mansión sombría
ser puede noche en la mitad del día,
incógnita aun al cierto
montaraz pie del cazador experto,
depuesta la fiereza
de unos, y de otros el temor depuesto,
yacía el vulgo bruto,
a la naturaleza
el de su potestad pagando impuesto,
universal tributo;
y el rey, que vigilancias afectaba,
aun con abiertos ojos no velaba.
El de sus mismos perros acosado,
monarca en otro tiempo esclarecido,
tímido ya venado,
con vigilante oído,
del sosegado ambiente
al menor perceptible movimiento
que los átomos muda,
la oreja alterna aguda
y el leve rumor siente
que aun le altera dormido.
Y en la quietud del nido,
que de brozas y lodo instable hamaca
formó en la más opaca
parte del árbol, duerme recogida
la leve turba, descansando el viento

del que le corta, alado movimiento.
De Júpiter el ave generosa,
como al fin reina, por no darse entera
al descanso, que vicio considera
si de preciso pasa, cuidadosa
de no incurrir de omisa en el exceso,
a un solo pie librada fía el peso,
y en otro guarda cálculo pequeño
—despertador reloj del leve sueño—,
por que, si necesario fue admitido,
no pueda dilatarse continuado,
antes interrumpido
del regio sea pastoral cuidado.
¡Oh de la Majestad pensión gravosa,
que aun al menor descuido no perdona!
Causa, quizá, que ha hecho misteriosa,
circular, denotando, la corona,
en círculo dorado,
que el afán es no menos continuado.
El sueño todo, en fin, lo poseía;
todo, en fin, el silencio lo ocupaba:
aun el ladrón dormía;
aun el amante no se desvelaba.
El conticinio casi ya pasando
iba, y la sombra dimidiaba, cuando
de las diurnas tareas fatigados
—y no sólo oprimidos
del afán ponderoso
del corporal trabajo, mas cansados
del deleite también (que también cansa
objeto continuado a los sentidos,
aun siendo deleitoso:
que la naturaleza siempre alterna

ya una, ya otra balanza,
distribuyendo varios ejercicios
ya al ocio, ya al trabajo destinados,
en el fiel infïel con que gobierna
la aparatosa máquina del mundo)—;
así pues, de profundo
sueño dulce los miembros ocupados,
quedaron los sentidos
del que ejercicio tienen ordinario
(trabajo en fin, pero trabajo amado,
si hay amable trabajo),
si privados no, al menos suspendidos,
y cediendo al retrato del contrario
de la vida, que, lentamente armado,
cobarde embiste y vence perezoso
con armas soñolientas,
desde el cayado humilde al cetro altivo,
sin que haya distintivo
que el sayal de la púrpura discierna,
pues su nivel, en todo poderoso,
gradúa por exentas
a ningunas personas,
desde la de a quien tres forman coronas
soberana tïara,
hasta la que pajiza vive choza;
desde la que el Danubio undoso dora,
a la que junco humilde, humilde mora;
y con siempre igual vara
(como, en efecto, imagen poderosa
de la muerte) Morfeo
el sayal mide igual con el brocado.
El alma, pues, suspensa
del exterior gobierno —en que, ocupada
en material empleo,

o bien o mal da el día por gastado—,
solamente dispensa
remota, si del todo separada
no, a los de muerte temporal opresos
lánguidos miembros, sosegados huesos,
los gajes del calor vegetativo,
el cuerpo siendo, en sosegada calma,
un cadáver con alma,
muerto a la vida y a la muerte vivo,
de lo segundo dando tardas señas
el de reloj humano
vital volante que, si no con mano,
con arterial concierto, unas pequeñas
muestras, pulsando, manifiesta lento
de su bien regulado movimiento.
Este, pues, miembro rey y centro vivo
de espíritus vitales,
con su asociado respirante fuelle
—pulmón, que imán del viento es atractivo,
que en movimientos nunca desiguales,
o comprimiendo ya, o ya dilatando
el musculoso, claro arcaduz blando,
hace que en él resuelle
el que le circunscribe fresco ambiente
que impele ya caliente,
y él venga su expulsión haciendo, activo,
pequeños robos al calor nativo,
algún tiempo llorados,
nunca recuperados,
si ahora no sentidos de su dueño
(que, repetido, no hay robo pequeño)—;
estos, pues, de mayor, como ya digo,
excepción, uno y otro fiel testigo,
la vida aseguraban,

mientras con mudas voces impugnaban
la información, callados, los sentidos,
con no replicar sólo defendidos;
y la lengua que, torpe, enmudecía,
con no poder hablar los desmentía.
Y aquella del calor más competente
centrífica oficina,
próvida de los miembros despensera,
que avara nunca y siempre diligente,
ni a la parte prefiere más vecina
ni olvida a la remota,
y en ajustado natural cuadrante
las cuantidades nota
que a cada cual tocarle considera,
del que alambicó quilo el incesante
calor, en el manjar que, medianero
piadoso, entre él y el húmedo interpuso
su inocente substancia,
pagando por entero
la que, ya piedad sea, o ya arrogancia,
al contrario voraz, necio, la expuso
(merecido castigo, aunque se excuse,
al que en pendencia ajena se introduce);
ésta, pues, si no fragua de Vulcano,
templada hoguera del calor humano,
al cerebro envïaba
húmedos, mas tan claros, los vapores
de los atemperados cuatro humores,
que con ellos no sólo no empañaba
los simulacros que la estimativa
dio a la imaginativa
y aquésta, por custodia más segura,
en forma ya más pura
entregó a la memoria (que, oficiosa,

grabó tenaz y guarda cuidadosa),
sino que daban a la fantasía
lugar de que formase
imágenes diversas. Y del modo
que en tersa superficie, que de Faro
cristalino portento, asilo raro
fue, en distancia longísima se vían,
sin que ésta le estorbase,
del reino casi de Neptuno todo
las que distantes le surcaban naves,
viéndose claramente
en su azogada luna
el número, el tamaño y la fortuna
que en la instable campaña transparente
arresgadas tenían,
mientras aguas y vientos dividían
sus velas leves y sus quillas graves:
así ella, sosegada, iba copiando
las imágenes todas de las cosas,
y el pincel invisible iba formando
de mentales, sin luz, siempre vistosas
colores, las figuras
no sólo ya de todas las criaturas
sublunares, mas aun también de aquellas
que intelectuales claras son estrellas,
y en el modo posible
que concebirse puede lo invisible,
en sí, mañosa, las representaba
y al alma las mostraba.
La cual, en tanto, toda convertida
a su inmaterial ser y esencia bella,
aquella contemplaba,
participada de alto Ser, centella

que con similitud en sí gozaba;
y juzgándose casi dividida
de aquella que impedida
siempre la tiene, corporal cadena,
que grosera embaraza y torpe impide
el vuelo intelectual con que ya mide
la cuantidad inmensa de la esfera,
ya el curso considera
regular, con que giran desiguales
los cuerpos celestiales
—culpa, si grave, merecida pena
(torcedor del sosiego, rigoroso)
de estudio vanamente judicioso—,
puesta, a su parecer, en la eminente
cumbre de un monte a quien el mismo Atlante,
que preside gigante
a los demás, enano obedecía,
y Olimpo, cuya sosegada frente,
nunca de aura agitada
consintió ser violada,
aun falda suya ser no merecía,
pues las nubes que opaca son corona
de la más elevada corpulencia,
del volcán más soberbio que en la tierra
gigante erguido intima al cielo guerra,
apenas densa zona
de su altiva eminencia,
o a su vasta cintura
cíngulo tosco son que, mal ceñido,
o el viento lo desata sacudido,
o vecino el calor del sol lo apura.
A la región primera de su altura
(ínfima parte, digo, dividiendo
en tres su continuado cuerpo horrendo),

el rápido no pudo, el veloz vuelo
del águila que puntas hace al cielo
y al sol bebe los rayos (pretendiendo
entre sus luces colocar su nido)
llegar; bien que, esforzando
más que nunca el impulso, ya batiendo
las dos plumadas velas, ya peinando
con las garras el aire, ha pretendido,
tejiendo de los átomos escalas,
que su inmunidad rompan sus dos alas.
Las Pirámides dos —ostentaciones
de Menfis vano, y de la arquitectura
último esmero, si ya no pendones
fijos, no tremolantes—, cuya altura
coronada de bárbaros trofeos
tumba y bandera fue a los Ptolomeos,
que al viento, que a las nubes publicaba
(si ya también al cielo no decía)
de su grande, su siempre vencedora
ciudad —ya Cairo ahora—
las que, porque a su copia enmudecía,
la Fama no cantaba
gitanas glorias, ménficas proezas,
aun en el viento, aun en el cielo impresas;
éstas, que en nivelada simetría
su estatura crecía
con tal diminución, con arte tanto,
que cuanto más al cielo caminaba,
a la vista, que lince la miraba,
entre los vientos se desparecía,
sin permitir mirar la sutil punta
que al primer orbe finge que se junta,
hasta que, fatigada del espanto,

no descendida, sino despeñada
se hallaba al pie de la espaciosa basa,
tarde o mal recobrada
del desvanecimiento:
que pena fue no escasa
del visüal alado atrevimiento;
cuyos cuerpos opacos
no al sol opuestos, antes avenidos
con sus luces, si no confederados
con él (como, en efecto, confinantes),
tan del todo bañados
de su resplandor eran, que —lucidos—
nunca de calorosos caminantes
al fatigado aliento, a los pies flacos,
ofrecieron alfombra
aun de pequeña, aun de señal de sombra;
éstas, que glorias ya sean gitanas,
o elaciones profanas,
bárbaros jeroglíficos de ciego
error, según el griego
ciego también, dulcísimo poeta
—si ya, por las que escribe
aquileyas proezas
o marciales de Ulises sutilezas,
la unión no le recibe
de los historiadores, o le acepta,
cuando entre su catálogo le cuente,
que gloria más que número le aumente—,
de cuya dulce serie numerosa
fuera más fácil cosa
al temido Tonante
el rayo fulminante
quitar, o la pesada

a Alcides clava herrada,
que un hemistiquio solo
de los que le dictó propicio Apolo;
según de Homero, digo, la sentencia,
las Pirámides fueron materiales
tipos sólo, señales exteriores
de las que, dimensiones interiores,
especies son del alma intencionales:
que como sube en piramidal punta
al cielo la ambiciosa llama ardiente,
así la humana mente
su figura trasunta,
y a la Causa Primera siempre aspira,
céntrico punto donde recta tira
la línea, si ya no circunferencia
que contiene, infinita, toda esencia.
Estos, pues, montes dos artificiales
(bien maravillas, bien milagros sean),
y aun aquella blasfema altiva Torre
de quien hoy dolorosas son señales
—no en piedras, sino en lenguas desiguales,
por que voraz el tiempo no las borre—
los idiomas diversos que escasean
el socïable trato de las gentes
(haciendo que parezcan diferentes
los que unos hizo la naturaleza,
de la lengua por sólo la extrañeza),
si fueran comparados
a la mental pirámide elevada
donde —sin saber cómo— colocada
el alma se miró, tan atrasados
se hallaran, que cualquiera
gradüara su cima por esfera:
pues su ambicioso anhelo,

haciendo cumbre de su propio vuelo,
en la más eminente
la encumbró parte de su propia mente,
de sí tan remontada, que creía
que a otra nueva región de sí salía.
En cuya casi elevación inmensa,
gozosa mas suspensa,
suspensa pero ufana,
y atónita aunque ufana, la suprema
de lo sublunar reina soberana,
la vista perspicaz, libre de antojos,
de sus intelectuales bellos ojos,
sin que distancia tema
ni de obstáculo opaco se recele
de que interpuesto algún objeto cele,
libre tendió por todo lo crïado:
cuyo inmenso agregado,
cúmulo incomprehensible,
aunque a la vista quiso manifiesto
dar señas de posible,
a la comprehensión no, que, entorpecida
con la sobra de objetos, y excedida
de la grandeza de ellos su potencia,
retrocedió cobarde.
Tanto no, del osado presupuesto
revocó la intención, arrepentida,
la vista que intentó, descomedida,
en vano hacer alarde
contra objeto que excede en excelencia
las líneas visüales
—contra el sol, digo, cuerpo luminoso,
cuyos rayos castigo son fogoso,
que fuerzas desiguales

despreciando, castigan rayo a rayo
el confïado, antes atrevido
y ya llorado ensayo
(necia experiencia que costosa tanto
fue, que Ícaro ya, su propio llanto
lo anegó enternecido)—,
como el entendimiento, aquí vencido
no menos de la inmensa muchedumbre
de tanta maquinosa pesadumbre
(de diversas especies conglobado
esférico compuesto),
que de las cualidades
de cada cual, cedió: tan asombrado
que, entre la copia puesto,
pobre con ella en las neutralidades
de un mar de asombros, la elección confusa,
equívoco, en las ondas zozobraba;
y por mirarlo todo, nada vía,
ni discernir podía
(bota la facultad intelectiva
en tanta, tan difusa
incomprehensible especie que miraba
desde el un eje en que librada estriba
la máquina voluble de la esfera,
al contrapuesto polo)
las partes ya no sólo
que al universo todo considera
serle perfeccionantes,
a su ornato, no más, pertenecientes,
mas ni aun las que integrantes
miembros son de su cuerpo dilatado,
proporcionadamente competentes.
Mas como al que ha usurpado

diuturna obscuridad, de los objetos
visibles los colores,
si súbitos le asaltan resplandores,
con la sobra de luz queda más ciego
—que el exceso contrarios hace efectos
en la torpe potencia, que la lumbre
del sol admitir luego
no puede por la falta de costumbre—,
y a la tiniebla misma, que antes era
tenebroso a la vista impedimento,
de los agravios de la luz apela,
y una vez y otra con la mano cela
de los débiles ojos deslumbrados
los rayos vacilantes,
sirviendo ya, piadosa medianera,
la sombra de instrumento
para que recobrados
por grados se habiliten,
por que después constantes
su operación más firmes ejerciten.
(Recurso natural, innata ciencia
que, confirmada ya de la experiencia,
maestro quizá mudo,
retórico ejemplar, inducir pudo
a uno y otro Galeno
para que del mortífero veneno,
en bien proporcionadas cantidades
escrupulosamente regulando
las ocultas nocivas cualidades,
ya por sobrado exceso
de cálidas o frías,
o ya por ignoradas simpatías
o antipatías con que van obrando
las causas naturales su progreso,

a la admiración dando, suspendida,
efecto cierto en causa no sabida,
con prolijo desvelo y remirada
empírica atención, examinada
en la bruta experiencia,
por menos peligrosa,
la confección hicieran provechosa,
último afán de la apolínea ciencia,
de admirable trïaca:
que así del mal el bien tal vez se saca.)
No de otra suerte el alma, que asombrada
de la vista quedó de objeto tanto,
la atención recogió, que derramada
en diversidad tanta, aun no sabía
recobrarse a sí misma del espanto
que portentoso había
su discurso calmado,
permitiéndole apenas
de un concepto confuso
el informe embrïón que, mal formado,
inordinado caos retrataba
de confusas especies que abrazaba,
sin orden avenidas,
sin orden separadas,
que cuanto más se implican combinadas
tanto más se disuelven desunidas,
de diversidad llenas,
ciñendo con violencia lo difuso
de objeto tanto, a tan pequeño vaso,
aun al más bajo, aun al menor, escaso.
Las velas, en efecto, recogidas,
que fió inadvertidas
traidor al mar, al viento ventilante
—buscando, desatento,

al mar fidelidad, constancia al viento—,
mal le hizo de su grado
en la mental orilla
dar fondo, destrozado,
al timón roto, a la quebrada entena,
besando arena a arena
de la playa el bajel, astilla a astilla,
donde, ya recobrado,
el lugar usurpó de la carena
cuerda refleja, reportado aviso
de dictamen remiso:
que, en su operación misma reportado,
más juzgó conveniente
a singular asunto reducirse,
o separadamente
una por una discurrir las cosas
que vienen a ceñirse
en las que, artificiosas,
dos veces cinco son Categorías:
reducción metafísica que enseña
(los entes concibiendo generales
en sólo unas mentales fantasías
donde de la materia se desdeña
el discurso abstraído)
ciencia a formar de los Universales,
reparando, advertido,
con el arte el defecto
de no poder con un intuïtivo
conocer acto todo lo crïado,
sino que, haciendo escala, de un concepto
en otro va ascendiendo grado a grado,
y el de comprender orden relativo
sigue, necesitado
del del entendimiento

limitado vigor, que a sucesivo
discurso fía su aprovechamiento:
cuyas débiles fuerzas, la doctrina
con doctos alimentos va esforzando,
y el prolijo, si blando,
continuo curso de la disciplina,
robustos le va alientos infundiendo,
con que más animoso
al palio glorïoso
del empeño más arduo, altivo aspira,
los altos escalones ascendiendo,
en una ya, ya en otra cultivado
facultad, hasta que insensiblemente
la honrosa cumbre mira,
término dulce de su afán pesado,
de amarga siembra, fruto al gusto grato
(que aun a largas fatigas fue barato),
y con planta valiente
la cima huella de su altiva frente.
De esta serie seguir mi entendimiento
el método quería,
o del ínfimo grado
del ser inanimado
(menos favorecido,
si no más desvalido,
de la segunda causa productiva),
pasar a la más noble jerarquía
que, en vegetable aliento,
primogénito es, aunque grosero,
de Temis: el primero
que a sus fértiles pechos maternales,
con virtud atractiva,
los dulces apoyó manantïales

de humor terrestre, que a su nutrimento
natural es dulcísimo alimento,
y de cuatro adornada operaciones
de contrarias acciones,
ya atrae, ya segrega diligente
lo que no serle juzga conveniente,
ya lo superfluo expele, y de la copia
la substancia más útil hace propia;
y, ésta ya investigada,
forma inculcar más bella,
de sentido adornada,
y aun más que de sentido, de aprehensiva
fuerza imaginativa:
que justa puede ocasionar querella,
cuando afrenta no sea,
de la que más lucida centellea
inanimada estrella,
bien que soberbios brille resplandores
(que hasta a los astros puede superiores,
aun la menor criatura, aun la más baja,
ocasionar envidia, hacer ventaja);
y de este corporal conocimiento
haciendo, bien que escaso, fundamento,
al supremo pasar maravilloso
compuesto triplicado,
de tres acordes líneas ordenado
y de las formas todas inferiores
compendio misterioso,
bisagra engazadora
de la que más se eleva entronizada
naturaleza pura
y de la que, criatura
menos noble, se ve más abatida:
no de las cinco solas adornada

sensibles facultades,
mas de las interiores
que tres rectrices son, ennoblecida:
que para ser señora
de las demás, no en vano
la adornó sabia poderosa mano,
fin de sus obras, círculo que cierra
la esfera con la tierra,
última perfección de lo crïado
y último de su eterno Autor agrado,
en quien con satisfecha complacencia
su inmensa descansó magnificencia;
fábrica portentosa
que, cuanto más altiva al cielo toca,
sella el polvo la boca
(de quien ser pudo imagen misteriosa
la que Águila evangélica, sagrada
visión en Patmos vio, que las estrellas
midió y el suelo con iguales huellas;
o la estatua eminente
que del metal mostraba más preciado
la rica altiva frente,
y en el más desechado
material, flaco fundamento hacía,
con que a leve vaivén se deshacía);
el Hombre, digo, en fin, mayor portento
que discurre el humano entendimiento;
compendio que absoluto
parece al ángel, a la planta, al bruto;
cuya altiva bajeza
toda participó naturaleza.
¿Por qué? Quizá porquè, más venturosa
que todas, encumbrada

a merced de amorosa
Unión sería (¡oh, aunque tan repetida,
nunca bastantemente bien sabida
merced, pues ignorada
en lo poco apreciada
parece, o en lo mal correspondida!).
Estos, pues, grados discurrir quería
unas veces, pero otras, disentía,
excesivo juzgando atrevimiento
el discurrirlo todo
quien aun la más pequeña,
aun la más fácil parte no entendía
de los más manüales
efectos naturales;
quien de la fuente no alcanzó risueña
el ignorado modo
con que el curso dirige cristalino
deteniendo en ambages su camino,
los horrorosos senos
de Plutón, las cavernas pavorosas
del abismo tremendo,
las campañas hermosas,
los Elíseos amenos,
tálamos ya de su triforme esposa,
clara pesquisidora registrando
(útil curiosidad, aunque prolija,
que de su no cobrada bella hija
noticia cierta dio a la rubia diosa,
cuando montes y selvas trastornando,
cuando prados y bosques inquiriendo,
su vida iba buscando
y del dolor su vida iba perdiendo);
quien de la breve flor aun no sabía

por qué ebúrnea figura
circunscribe su frágil hermosura;
mixtos, por qué, colores,
confundiendo la grana en los albores,
fragante le son gala;
ámbares por qué exhala,
y el leve, si más bello
ropaje al viento explica,
que en una y otra fresca multiplica
hoja, formando pompa escarolada
de dorados perfiles cairelada,
que, roto del capillo el blanco sello,
de dulce herida de la cipria diosa
los despojos ostenta jactanciosa,
si ya el que la colora,
candor al alba, púrpura a la aurora
no le usurpó y, mezclado,
purpúreo es ampo, rosicler nevado,
tornasol que concita
los que del prado aplausos solicita:
preceptor quizá vano,
si no ejemplo profano,
de industria femenil, que el más activo
veneno hace dos veces ser nocivo
en el velo aparente
de la que finge tez resplandeciente.
Pues si a un objeto solo —repetía
tímido el pensamiento—
huye el conocimiento
y cobarde el discurso se desvía;
si a especie segregada
—como de las demás independiente,
como sin relación considerada—
da las espaldas el entendimiento,

y asombrado el discurso se espeluza
del difícil certamen que rehúsa
acometer valiente,
porque teme, cobarde, comprehenderlo
o mal, o nunca, o tarde,
¿cómo en tan espantosa
máquina inmensa discurrir pudiera?,
cuyo terrible incomportable peso
si ya en su centro mismo no estribara,
de Atlante a las espaldas agobiara,
de Alcides a las fuerzas excediera;
y el que fue de la esfera
bastante contrapeso,
pesada menos, menos ponderosa
su máquina juzgara, que la empresa
de investigar a la naturaleza.
Otras, más esforzado,
demasiada acusaba cobardía
el lauro antes ceder, que en la lid dura
haber siquiera entrado;
y al ejemplar osado
del claro joven la atención volvía,
auriga altivo del ardiente carro,
y el, si infeliz, bizarro
alto impulso, el espíritu encendía:
donde el ánimo halla,
más que el temor ejemplos de escarmiento,
abiertas sendas al atrevimiento,
que una ya vez trilladas, no hay castigo
que intento baste a remover segundo
(segunda ambición, digo).
Ni el panteón profundo,
cerúlea tumba a su infeliz ceniza,

ni el vengativo rayo fulminante
mueve, por más que avisa,
al ánimo arrogante
que, el vivir despreciando, determina
su nombre eternizar en su ruïna.
Tipo es, antes, modelo,
ejemplar pernicioso
que alas engendra a repetido vuelo
del ánimo ambicioso
que, del mismo terror haciendo halago
que al valor lisonjea,
las glorias deletrea
entre los caracteres del estrago.
(O el castigo jamás se publicara
por que nunca el delito se intentara;
político silencio antes rompiera
los autos del proceso
—circunspecto estadista—;
o en fingida ignorancia simulara
o con secreta pena castigara
el insolente exceso,
sin que a popular vista
el ejemplar nocivo propusiera:
que del mayor delito la malicia
peligra en la noticia,
contagio dilatado transcendiendo;
por que singular culpa sólo siendo,
dejara más remota a lo ignorado
su ejecución, que no a lo escarmentado.)
Mas mientras entre escollos zozobraba
confusa la elección, sirtes tocando
de imposibles, en cuantos intentaba
rumbos seguir, no hallando

materia en que cebarse
el calor ya, pues su templada llama
(llama al fin, aunque más templada sea,
que si su activa emplea
operación, consume, si no inflama),
sin poder excusarse,
había lentamente
el manjar transformado,
propia substancia de la ajena haciendo,
y el que hervor resultaba bullicioso
de la unión entre el húmedo y ardiente,
en el maravilloso
natural vaso había ya cesado
faltando el medio, y consiguientemente
los que de él ascendiendo
soporíferos, húmedos vapores
el trono racional embarazaban
(desde donde a los miembros derramaban
dulce entorpecimiento),
a los suaves ardores
del calor consumidos,
las cadenas del sueño desataban,
y, la falta sintiendo de alimento
los miembros extenuados,
del descanso cansados,
ni del todo despiertos ni dormidos,
muestras de apetecer el movimiento
con tardos esperezos
ya daban, extendiendo
los nervios, poco a poco, entumecidos,
y los cansados huesos
aun sin entero arbitrio de su dueño
volviendo al otro lado,
a cobrar empezaron los sentidos,

dulcemente impedidos
del natural beleño,
su operación, los ojos entreabriendo.
Y del cerebro, ya desocupado,
las fantasmas huyeron
y, como de vapor leve formadas,
en fácil humo, en viento convertidas
su forma resolvieron.
(Así linterna mágica, pintadas
representa fingidas
en la blanca pared varias figuras,
de la sombra no menos ayudadas
que de la luz: que en trémulos reflejos
los competentes lejos
guardando de la docta perspectiva,
en sus ciertas mensuras
de varias experiencias aprobadas,
la sombra fugitiva,
que en el mismo esplendor se desvanece,
cuerpo finge formado,
de todas dimensiones adornado,
cuando aun ser superficie no merece.)
En tanto, el padre de la luz ardiente,
de acercarse al Oriente
ya el término prefijo conocía,
y al antípoda opuesto despedía
con transmontantes rayos:
que, de su luz en trémulos desmayos,
en el punto hace mismo su Occidente,
que nuestro Oriente ilustra luminoso.
Pero de Venus, antes, el hermoso
apacible lucero
rompió el albor primero,

y del viejo Titán la bella esposa,
amazona de luces mil vestida,
contra la noche armada,
hermosa si atrevida,
valiente aunque llorosa,
su frente mostró hermosa
de matutinas luces coronada,
aunque tierno preludio, ya animoso
del planeta fogoso,
que venía las tropas reclutando
de bisoñas vislumbres
(las más robustas, veteranas lumbres
para la retaguardia reservando)
contra la que, tirana usurpadora
del imperio del día,
negro laurel de sombras mil ceñía
y con nocturno cetro pavoroso
las sombras gobernaba,
de quien aun ella misma se espantaba.
Pero apenas la bella precursora
signífera del sol, el luminoso
en el Oriente tremoló estandarte,
tocando al arma todos los süaves
si bélicos clarines de las aves,
diestros, aunque sin arte
trompetas sonorosos,
cuando —como tirana al fin, cobarde,
de recelos medrosos
embarazada, bien que hacer alarde
intentó de sus fuerzas, oponiendo
de su funesta capa los reparos,
breves en ella de los tajos claros
heridas recibiendo

(bien que, mal satisfecho su denuedo,
pretexto mal formado fue del miedo)—,
su débil resistencia conociendo,
a la fuga ya casi cometiendo
más que a la fuerza el medio de salvarse,
ronca tocó bocina
a recoger los negros escuadrones
para poder en orden retirarse,
cuando de más vecina
plenitud de reflejos fue asaltada,
que la punta rayó más encumbrada
de los del mundo erguidos torreones.
Llegó, en efecto, el sol cerrando el giro
que esculpió de oro sobre azul zafiro.
De mil multiplicados
mil veces puntos, flujos mil dorados,
líneas, digo, de luz clara, salían
de su circunferencia luminosa,
pautando al cielo la cerúlea plana;
y a la que antes funesta fue tirana
de su imperio, atropadas embestían:
que sin concierto huyendo presurosa,
en sus mismos horrores tropezando,
su sombra iba pisando,
y llegar al ocaso pretendía
con el sin orden ya, desbaratado
ejército de sombras, acosado
de la luz que el alcance le seguía.
Consiguió, al fin, la vista del ocaso
el fugitivo paso,
y en su mismo despeño recobrada,
esforzando el aliento en la ruïna,
en la mitad del globo que ha dejado
el sol desamparada,

segunda vez rebelde, determina
mirarse coronada,
mientras nuestro hemisferio la dorada
ilustraba del sol madeja hermosa,
que con luz judiciosa
de orden distributivo, repartiendo
a las cosas visibles sus colores
iba, y restituyendo
entera a los sentidos exteriores
su operación, quedando a luz más cierta
el mundo iluminado, y yo despierta.

1. *Poemas de la única poetisa americana*…, Madrid, 1690 (2ª ed. de la *Inundación castálida*), al final de los preliminares. || Sobre este prólogo, véase *supra*, p. IX.

5. *disculpártelos*: sor Juana promete no decir lo que *dice* de hecho en los versos 33-48.

11. *yo nunca*…: es lo que declara muy enfáticamente en la *Respuesta a sor Filotea*; la idea de imprimir esos versos no es suya, sino de la condesa de Paredes.

16. *muy al cabo*: ella respeta totalmente la libertad de juicio del lector.

24. *obligado*: 'agradecido porque te he hecho pasar un buen rato': es muy grato "murmurar" (v. 26), "comer prójimo".

36. *los traslados*: 'las copias' que se hicieron a toda prisa para que la condesa se llevara los poemas a Madrid.

44. *mi estado*: sus obligaciones de monja, que le dejan muy poco "ocio" (también de esto habla sor Juana en la *Respuesta*).

46. *embarazos*: estorbos, impedimentos.

1 bis. *Enigmas ofrecidos a la Casa del Placer*, edición de A. Alatorre, México, 1994, pp. 73-76. || Sobre esta obra, véase *supra*, p. XXVIII. Los *Enigmas* podrán leerse *infra*, núm. 88 bis.

3-4. *tanto sol, tanta deidad*: cada una de las grandes señoras y monjas portuguesas a quienes se dirige sor Juana es un "sol" y una "deidad". En contraste con el lenguaje del romance-prólogo de la *Inundación* (núm. anterior), familiar y desenfadado, el presente romance-dedicatoria mantiene de principio a fin un estilo cortesano e hiperbólico que a sor Juana le gusta exhibir cuando se dirige a grandes personajes: véanse, como botones de muestra, el turdión "A las excelsas, soberanas plantas" (núm. 65) y el final de la *Loa en las huertas*.

8. *ocupar*: la monja mexicana no se propone sino "divertir" durante breves momentos a las portuguesas; pretender *ocupar* una porción de tan valioso tiempo sería demasiado atrevimiento.

15-16. *discurrir, explicar*: tan divinas inteligencias no van a torturarse: inmediatamente quitarán el "disfraz" de los enigmas y les quedará sólo la fácil tarea de explicarlos. (Yo pienso que sor Juana sabía que sus enigmas eran difíciles, de manera que todo esto que dice suena a ironía.)

17. *feliz*: se refiere a *este libro* (sujeto de todo el romance).

19-20. *instantes, siglos*: cf. Góngora, romance "Apeóse el caballero…", vv. 15-16: "muchos siglos de hermosura / en pocos años de edad"; Antonio Carreira, en su edición de los *Romances*, recoge infinidad de citas, imitaciones y variaciones que se hicieron del esquema gongorino; a ellas pueden añadirse esta de sor Juana y varias otras: "eternidades de gloria / en un instante de gracia" (*Loa de la Concepción*, vv. 25-26); "muchos siglos" de belleza y "tiempo corto" de edad (*Loa a la condesa de Galve*, vv. 53-56); el hijo de los Laguna "en un año de vida / de beldades mil siglos contiene". Castorena y Ursúa, en su dedicatoria de la *Fama y Obras pósthumas* de sor Juana a la reina Mariana, le pide como gran favor "un desperdicio de luz, un descuido en la atención", y añade que "un minuto de atención en los reyes es una eternidad de fama en los vasallos" (también sor Juana habla de *eternidad*, v. 24).

28. *dudar*: yerran quienes dudan de un dogma de fe; y, según sor Juana y muchos contemporáneos suyos, también yerran quienes dudan de creencias arraigadas, aunque no sean dogmas de fe, como la Inmaculada Concepción, "pues en dudar las cosas / por sí tan ciertas, / tanto peca el que duda / como el que niega" (*Loa de la Concepción*, vv. 73-76); pero el libro de los *Enigmas* en ningún momento *duda* de la inteligencia de quienes componen la Casa del Placer: se limita a *proponer* cuestiones.

32. *no esperar*: cf. núm. 83, vv. 13-15: "En leyes de Palacio, / el delito más grave / es esperar".

44. *ociosidad*: tanto en su *Carta al padre Núñez* como en su *Respuesta a sor Filotea* expresa sor Juana su odio a la ociosidad; Francisco de las Heras (prólogo a la *Inundación castálida*) dice de ella

que no gasta en el “estudio de las Musas” sino el tiempo “que había de ser de *ocio*”, y cita los versos en que declara que elige antes “consumir vanidades de la vida / que consumir la vida en vanidades” (cf. también núm. 1, vv. 41-44).

47. *cielo*: seguramente el conjunto de “soles” y “deidades” de la Casa del Placer.

49-52. *aquéllas, éstos*: en sintaxis normal, el pronombre *éste* se refiere al sustantivo más próximo y el pronombre *aquél* al más alejado; pero aquí, *éstos* se refiere al sustantivo más alejado (*olvidos*), y *aquéllas* al más próximo (*atenciones*); es un fenómeno llamado “quiasmo”.

53. *deidades*: cf. “cuando deidad te creo” (núm. 103, v. 22), “como a deidad os adoro / y como a deidad os ruego” (núm. 125, vv. 3-4) y otros muchos lugares, algunos de los cuales escandalizan a MP.

61. *por naturaleza*: como el caballero a quien sor Juana le dice: “Édipo en enigmas, tu ingenio / énfasis intrincados penetra” (núm. 62, vv. 25-26).

2. *Inundación castálida*, p. 47. Los núms. 2-12 están agrupados por MP bajo el rótulo “Romances filosóficos y amorosos, sin fechas conjeturables”. || Epígrafe: *hidropesía*, en tiempos de sor Juana, era ‘sed insaciable (patológica)’.

9: *entendimiento* (como *ingenio*, v. 11) significa ‘inteligencia’; esta confesión muestra lo que hay tras las frecuentes declaraciones de modestia (“Yo, ignorante mujer…”).

25: los *filósofos griegos* son Demócrito y Heráclito: ante un mismo espectáculo (la conducta de los seres humanos), el primero prorrumpe en carcajadas y el segundo se echa a llorar; el apólogo está ya en Juvenal (*Sátiras*, X, 28 y ss.) y en Luciano (*Almoneda de filósofos*, § 13); lo recuerda Montaigne (*Essais*, I, 50) y es muy citado en la literatura española.

43. *no hay razón para nada*: MP, que encuentra impropio de una monja tan radical escepticismo, piensa que se trata de un “fugaz malhumor”.

51. *os cometió*: ‘os encomendó’, ‘os encargó’.

56. *elegir lo amargo*: a esto siguen argumentos para no hacer tal cosa.

64. *resguardo*: ‘protección’.

80. *amago*: ‘amenaza’, ‘aprehensión’, ‘anticipación (enfermiza) del mal’, como dice la cuarteta anterior; éste es el verdadero *carpe diem* que Horacio le aconseja a Leucónoe.

84. *sagrado* (sustantivo): ‘refugio’.

86. *vuelos osados*: el de Faetonte y el de Ícaro, recordados muy a menudo por sor Juana.

101-104: cuarteta de interpretación difícil, a diferencia de la antecedente y de la subsiguiente, que son muy claras (y que dicen prácticamente lo mismo): la imagen de los dos primeros versos (*nave, lastre*) no parece tener relación con la de los otros dos (*vuelo, precipicio*).

125. *pésimo ejercicio*: MP cita estas palabras del Eclesiastés: *hanc occupationem pessimam*, el afán de investigar todo cuanto hay bajo el sol.

131. *vivir tan poco*: Jacinto Muñoz de Castilblanque, en la *Fama y Obras pósthumas*, dice que los años que vivió sor Juana fueron “pocos para tan grandes méritos, pero ¿cómo pudo vivir mucho quien supo tanto?”. “Quiero glosar aquello de *Si es para vivir tan poco* […]. Debió decir *Si es para saber tan poco, ¿de qué sirve vivir tanto?”* (Unamuno, citado por MP).

3. *Inundación castálida*, p. 31. || En el “Ms. Moñino” (sobre el cual véase *supra*, p. XXIX), el epígrafe es: “Respuesta al romance de don Joseph Montoro. Asunto curioso”. — En la *Inundación*, el verso 1 dice *productivo*, pero en ediciones posteriores se corrigió la errata; en el “Ms. Moñino” se lee *productiva*; la expresión *causa productiva* está también en el *Primero sueño*, verso 623; en cuanto al hipérbaton, cf. *infra*, núm. 165: “al *imán* de tus gracias *atractivo*”.

24. *libramientos*: ‘órdenes de pago’; el vocabulario de toda la cuarteta es de contabilidad (sor Juana fue durante muchos años la contadora o ecónoma de su convento).

31. *fingiendo quilates*: la “fineza” en el trato de hombres y mujeres no siempre es señal de amor.

40. *la tema*: ‘la manía’, ‘la obstinación’.

48. *abortos*: ‘partos forzosos’ (el celoso está reventando).

52: en el “Ms. Moñino” se lee “que aquesto sólo / *en* lo irracional *es* bueno”, verso desacertado, pues podría dar a entender que la incapacidad de fingir (o sea: el decir siempre la verdad) no es cosa buena, *salvo* cuando nos ponemos en la esfera de la irracionalidad; el levísimo retoque, “*es en* lo irracional bueno”, deja bien clara la idea: lo *único* que tiene de bueno lo irracional es que allí no hay posibilidad de fingir.

64. *el archivo del tiempo*: la “historia”, que registra los casos de personajes que fingieron amor (versos 65-76).

72-74: Olimpia y Bireno (escrito *Vireno* en todas las ediciones de sor Juana) son personajes del *Orlando furioso*; *Bersabé* y *Dálida* son formas frecuentes en los siglos de oro, en vez de *Betsabé* y *Dalila*.

88. *deudos*. En todas las ediciones (incluyendo la de MP) se lee *dueños*, que tiene que ser errata; la verdadera lección se salvó por fortuna en el “Ms. Moñino”.

95. ¿*Hay celos*?: seguramente conocía sor Juana un romance en que se lee: “Donde hay celos hay amor; / de que haya amor sin celos / me espanto, pues ellos son / ojos de amor verdadero” (*Romancero general*, ed. A. González Palencia, núm. 1105).

104. *bonanzas de necio*: cf. el final del soneto “O sean justos, Fabio…” de Tomé de Burguillos (o sea Lope de Vega): “…porque tener un hombre amor sin celos / más parece ignorancia que ventura”.

109-120: “tal vez” (= ‘a veces’) el celoso se pasa de la raya y, por ejemplo, le da un bofetón a la mujer de cuya fidelidad sospecha; en tal caso, ella debería considerar el bofetón como prueba de amor.

128. *temiendo*: corresponde al *temor* de dos versos antes; este *temiendo* está en el “Ms. Moñino”; en todas las ediciones impresas se lee erróneamente *sintiendo*, repetición mecánica del *sintiendo* del verso 127.

130-132: *festejar* (‘cortejar’) y *empleo* (‘la persona amada’) son voces muy frecuentes en el vocabulario erótico del siglo XVII.

145-156: si otros aman a quien tú amas, lo normal es tener celos; guárdate de aquellos que, por lisonjearte, elogian tu elección y dicen que esto no debe producirte celos: esos “lisonjeros” te perjudican (y véanse, adelante, los versos 165-168).

157. *con tal medida*: en el “Ms. Moñino” la expresión es más enérgica: “Pero ¿quién *tan atacado*…?”

160. *alacrán*: ‘freno’ (de hecho, el *alacrán* es una pieza del freno de ciertos caballos).

174. *ocupa el lecho*: ‘se echa a dormir’.

180. *no tenga acierto*: si son muchos quienes celebran y cortejan a la persona que amas, no es difícil que alguno de ellos te la robe.

207. *modestia*: MP cree que es errata, e imprime *molestia*; pero no es errata; se trata de precisar en qué consiste la “confianza” que hay que tener en el ser amado: está mal la *modestia* (el sometimiento a ciegas, el sufrir en silencio), pero no hay que llegar al *despego* (‘desinterés’, ‘indiferencia’); el “exceder de lo modesto” (verso 228) es señal de la autenticidad del sentimiento.

232. *la beca*: el celoso merece una beca en el colegio del Amor.

249. *sacrificios*: los celos son uno más de los sacrificios que se ofrecen en el altar de la “triunfante hermosura”.

253. *Montoro*: el poeta José [Pérez] de Montoro mencionado en el título, cuya tesis es que no hay lugar para los celos en un amor auténtico (tesis que sor Juana ha estado “contradiciendo”); MP

transcribe, en nota, varios pasajes del romance de Montoro, que tiene la misma asonancia *é-o* que el de sor Juana.

262. *empresa de tus talentos*: o sea: ‘tu romance no es sino una ingeniosa paradoja’.

265: *al modo que* es un giro normal (= ‘del mismo modo *que*’); la enmienda de MP, *al modo de*, es innecesaria.

267. *nube*: MP lo cree errata por *nieve*; pero *nube* se entiende bien: aunque a veces las nubes son negras, hay quienes ingeniosamente dicen que son siempre blancas, y que el negro no es sino ropaje.

277. *acudistes*: es lo mismo que *acudisteis*; el hablar aquí de *vos* es “licencia poética” (para ajustar el octosílabo), pues todo el tiempo sor Juana le habla de *tú* a Montoro.

285. *una obediencia*: evidentemente, fue la condesa de Paredes quien, inconforme con la tesis de Montoro, le encargó a sor Juana una refutación; y en seguida la monja expresa su opinión personal: ¡ella está de acuerdo con Montoro!

306. *tanto*: ‘tan grande’.

333. *a la estampa*: de hecho, las obras de Pérez de Montoro se dieron a la estampa, pero en 1736, muchos años después de su muerte. Su admiración por sor Juana consta en dos poemas que le dedicó: véase A. Alatorre, *Sor Juana a través de los siglos*, México, 2007, pp. 35-37 y 172-174.

4. *Segundo volumen*, p. 339.

3. *aplausos de entendido*: cf. *supra*, núm. 2, nota al verso 9.

19-20: *Fabio* y *Silvio* son creaciones de sor Juana que personifican el amor y el desamor; aparecen en muchas de sus poesías (ejemplo, el soneto “Que no me quiera Fabio…”, núm. 166): Fabio, a quien ella ama, no corresponde a ese amor; Silvio la ama, pero ella no hace caso de él (o lo aborrece); *razón de estado* podría traducirse ‘leyes sociales’.

35-36. *fingir, mentir*: fingir que quiero a Silvio, si lo desdeño; tratar con simulado rigor a Fabio, si lo amo.

37-40: deshaciendo el hibérbaton, se lee: “¿Cómo podrá un corazón honrado sufrir […] que la boca lo desmienta?”

47: *nieve* ‘desdén’; *fuego* ‘pasión’.

59-60. *méritos, perfecciones*: Silvio “merece” correspondencia según las leyes sociales, pero no posee las “perfecciones” que la amante halla en Fabio.

70. *Mongibelo*: nombre que los italianos daban al Etna, el volcán siciliano, cubierto de nieve por fuera y ardiendo por dentro.

84. *su inclinación*: cf. las décimas “Al amor, cualquier curioso…” (núm. 104).

89. *sacrifica*: cf. *supra*, núm. 3, v. 249.

119-120: *las* se refiere a “causas”, y *la* a “correspondencia” (hay quiasmo: cf. núm. 1 bis, vv. 49-52).

133. *A parte rei*: tecnicismo de la lógica escolástica: ‘por lo que respecta a la cosa’.

5. *Segundo volumen*, p. 341. || El *Fabio* de este romance (sin *Silvio*) no es un hombre desdeñoso; más bien, la mujer que habla es quien ha afectado desdén, y ahora se arrepiente.

3. *tal vez*: ‘a veces’.

36. *pensión*: ‘carga’, ‘pena’.

58. *en efecto*: ‘en la realidad’ (‘no permitas que un amor dichoso acabe siendo triste’).

59-60: la pareja *Eros* / *Anteros* tiene significados variables (cf. mi artículo “Andanzas de Venus y Cupido”, en *Estudios… dedicados a Mercedes Díaz Roig*, El Colegio de México, 1992, pp. 386-388); *Anteros* puede ser el amor correspondido, pero también el dios vengador del amor desdeñado; en dos de las loas de sor Juana (la de *Los empeños de una casa* y la dedicada a la reina), Cupido y Anteros

son hermanos; pero aquí son claramente adversarios; en tal caso, se esperaría más bien: “no hagas que las aras de Cupido se dediquen a Anteros”.

79-80: son innumerables en los siglos de oro las poesías que cantan los amores de estas dos trágicas parejas: Hero/Leandro y Píramo/Tisbe.

6. *Segundo volumen*, p. 343. || Epígrafe: *prelude* es ‘anticipa’; es éste un apasionadísimo poema de amor en vísperas de la separación de los amantes.

38. *exento*: ‘libre’ (no sujeto a la caducidad de la muerte).

43-44. *aquél*, *ésta*: quiasmo (como en el núm. 1 bis, vv. 49-52): *aquél* se refiere a “corazón”, y *ésta* a “alma”.

63. *darle*: MP corrige: *darles*, en plural, puesto que se refiere a “pesares”; pero el *le* invariable o neutro, tan común en el español actual, ya existía en los siglos de oro.

83. *el suyo*: ‘su pecho’ (como poco antes, v. 59, *las tuyas* ‘tus luces’, o sea ‘tus ojos’).

94. *te acuerdo*: ‘te recuerdo’.

7. *Segundo volumen*, p. 334.

1. *Julio de Enero*: el caballero presume de tener alma de nieve: por eso *Enero*; pero en realidad está enamorado de la mujer que escribe, y amor es calor: por eso *Julio*.

8. *reparos*: ‘muros defensivos’.

13-16: el alma de Julio va a necesitar armarse de cordura; su desasosiego (*cuidado*) va a necesitar paciencia (*sufrimiento*); su atrevimiento va a necesitar reflexión (*refleja*); y su vanidad, prudencia.

17. *bastará*: licencia poética; debiera ser *bastarán*.

25-26: “Yo crezco el número del bando desdeñoso de la *deidad montera*”, esto es: ‘Soy una de las ninfas del séquito de Diana, vírgenes irreductibles’ (sor Juana recuerda probablemente a la Camila de la *Égloga II* de Garcilaso, que, perseguida por Albano, huye de “culpa por do merezca ser echada / de la selva sagrada de Dïana”).

35. *resguardo*: ‘protección’ (‘los ejemplos desdichados que leo en las historias me sirven de escarmiento’).

42. *el retrato*: ‘pretendes ser igual a mí en cuanto a frialdad’.

48. *tercera*: ‘alcahueta’, ‘cómplice’: ‘quieres ablandarme y conquistarme con esa semejanza que finges’.

49. *tal vez*: ‘a veces’.

53-60: estas dos cuartetas son vericuetos difíciles de penetrar: ‘hasta la fiera más salvaje acaba por domarse’, sí, pero ¿cómo se aplica esto a Julio?

63. *tus desprecios*: los que hay en mi pecho contra tus pretensiones.

75. *indiciarse*: ‘darse indicios’ (‘presumir’, ‘fingir’).

81-84: si esta cuarteta fuera una redondilla, haría un perfecto enigma, como los que se leen *infra*, núm. 92 bis: “¿Qué son aquellos delitos / de afectos tan encontrados…?”, etc.).

90. *tus cuidados*: sinónimo de *tu amor* (‘yo bien sé que lo que pasa es que estás enamorado de mí’).

115-120: Aretusa y Dafne, eróticamente acosadas por Alfeo y por Apolo, “prefirieron” convertirse, la primera en fuente, la segunda en laurel. — En resumidas cuentas: ‘Presumes de frío, pero la fría soy yo’.

8. *Segundo volumen*, p. 333. || Efectos de la sobrehumana dulzura del canto de Narcisa: el aire queda herido (v. 4); las esferas que giran en torno a la Tierra, según la cosmología de Ptolomeo, se quedan inmóviles (5-6); tierra, agua, fuego y aire, los elementos que están en perpetua discordia, ahora hacen las paces (7-8); el firmamento, esfera de las estrellas fijas, quisiera moverse, y el Sol, que da también vueltas alrededor de la Tierra, quisiera no moverse (9-12). Narcisa es, además,

bellísima; de hecho, no se sabe si es su canto o su hermosura lo que produce esos efectos (9-28); a eso alude el adverbio *confusamente* del v. 17: lo uno es indistinguible de lo otro.

37-40: el romance termina con una seguidilla.

9. *Segundo volumen*, p. 333.

3. *lisonja*: 'deleite', 'alivio'; quien puede expresar a gritos su dolor, sin freno alguno (tema único de este breve romance), atenúa o alivia el sufrimiento.

10. *Segundo volumen*, p. 334.

2. *la pido*: MP corrige: *le pido*, argumentando, con R. J. Cuervo y P. Henríquez Ureña, que en el español de América nunca hubo laísmo, y que casos como éste han de atribuirse a los impresores españoles; pero se puede replicar que este romance no es muestra de español "hablado", sino de español "literario", y el laísmo era frecuente en las letras españolas; por lo demás, hay otros casos de laísmo en la obra de sor Juana. Los 24 versos de esta *letra* podrían llamarse "Canción del celoso reprimido".

11. *Inundación castálida*, p. 59. || Epígrafe: el *arzobispo de México*, de 1668 a 1681, fue fray Payo Enríquez de Ribera, gran personaje, hijo bastardo del duque de Alcalá. El tono juguetón de este romance muestra bien cómo fue su relación con sor Juana.

4. *genitivo*: el pronombre *mío* no es un genitivo, pero sor Juana piensa en casos como *liber Petri*, donde *Petri*, genitivo de *Petrus*, indica "posesión" (libro *de* Pedro).

9. *mío*: el gato, en los siglos de oro, no decía *miau*, sino *mío*.

19. *avaricia*: sor Juana quiere que fray Payo sea sólo suyo; no le gustaría compartirlo con nadie.

28. *Pantaleón*: Anastasio Pantaleón de Ribera (1600-1629), que seguía siendo famoso por su agudeza y por el tono festivo de sus versos.

34. *tabardillo*: 'tifus'.

36. *recibido*: Dios acepta la paciencia con que los creyentes reciben las calamidades (y la toma en cuenta para acortar el tiempo de purgatorio).

39. *ardor extraño*: el de la fiebre.

43-48: las tres Parcas están ya a punto de poner fin a la vida de la enferma.

53. *a verme*: curioso chiste, sobre todo viniendo de una monja: 'está bien que venga Dios a verme, ¡pero todavía no!'

58-59. *todo*: construcción sorprendente, pero no rara (cf. Manuel de León Marchante, *Obras*, tomo 2, p. 94: "*Todo* es tristezas la tierra"); MP corrige: "*todos*… los sentidos" y "*toda*… el alma".

63. *cuentas*: las que hay que rendir ante el tribunal divino.

65. *pensé que ya*: desde aquí hasta el verso 100 imagina sor Juana que su alma llega al infierno pagano según lo describen Ovidio (el perro Cérbero, de tres cabezas) y Virgilio: la Vejez… etc.; Sísifo y su "deleznable canto" ('resbaladizo peñasco'); Teseo, perpetuamente sentado; Tántalo; Ticio, cuyo hígado es devorado por un buitre; las uxoricidas Danaides, condenadas a llenar un tonel sin fondo.

98 (y 114). *exquisitos*: 'refinados, extraordinarios'.

101. *las verdades*: ahora pasa sor Juana al terreno teológico cristiano.

124. *les sobraba*: 'mis pecados eran más que los castigos'.

127. *temporales*: por fortuna, las penas del purgatorio no son eternas, como las del infierno.

139-140: las misas y comuniones.

143. *movió*: como amenazando, en señal de advertencia.

162. *parasismos*: 'paroxismos' (vulgarismo sumamente extendido).

175. *palio*: pieza del atuendo de un obispo, que capacitaba a éste para administrar el sacramento de la confirmación (pero los burócratas de la curia romana tardaban mucho en enviarlo).

185. *bofetón*: para prueba de que quien recibía la confirmación quedaba de veras "confirmado" (robustecido en la fe), el obispo le daba un bofetón (claro, sólo si era adulto); en tiempos de sor Juana ya no había bofetón, sino una simple palmadita.

192. *por uno y trino*: chiste un poco irreverente: ¡como si no bastara suplicar "por un *solo* Dios"!

205. *elecciones*: las que estaban a punto de celebrarse en el convento, y que iba a presidir fray Payo.

209 y ss.: era cosa "de cajón" desearle a un obispo que llegara a papa.

12. *Segundo volumen*, p. 316.

3. *cayado, bastón y pluma*: fray Payo fue no sólo arzobispo (*cayado* = báculo), sino también virrey, de 1673 a 1680 (*bastón*), y escritor (*pluma*).

9. *divina Musa*: la Virgen María, que inspiró a fray Payo para escribir acerca de la Inmaculada Concepción (el *instante* del v. 14).

17. *aquilinos ojos*: los de fray Payo.

21: *la trompa de Mantua* es Virgilio, que celebró el triunfo de Camila (*Eneida*, libro XI), pero ha sido superado por fray Payo.

25. *equivocó*: 'no hizo distinción entre la belleza y la fuerza'.

37-44: fray Payo superó a Virgilio, ese "lisonjero de Augusto". (No se conoce el libro de fray Payo.)

13. *Inundación castálida*, p. 13. || Aquí comienzan los romances dedicados al virrey marqués de la Laguna y a su mujer María Luisa, condesa de Paredes. A los primeros once (del núm. 13 al 23) les asigna MP, con razones plausibles, esta fecha: "de noviembre de 1680 a julio de 1683".

17: *cielo de Medina*: retruécano de "Medina del cielo", que es como sor Juana interpreta la palabra *Medinaceli*, nombre de la familia a la cual pertenecía el marqués de la Laguna; cf. *Loa al Virrey*, vv. 530-531: "la gala de Medina, / la flor de su Cielo", donde la autora, parodiando la célebre seguidilla del "Caballero de Olmedo", reúne al marqués (*Medina*) y a su mujer María Luisa (*Cielo*); en realidad, los dos elementos, *medina* y *celi*, son palabras árabes; en la nota, MP incurre en el error de sor Juana y escribe *Medina Cæli*.

24. *pensiones*: 'cargas', 'desventajas': sor Juana le desea al marqués años largos, pero no tediosos.

29: *hasta el nombre*, porque el marqués se llama como el apóstol Tomás, a quien los evangelios llaman "dídimo" (o sea *gemelo*, v. 34); es, pues, un nombre "plural"; cf. la citada *Loa al Virrey*, vv. 386-389, donde sor Juana ve al marqués como un Marte y un Adonis al mismo tiempo, "que no en vano su nombre, / que es *Tomás*, decir quiere / *gemellus*, que es lo mismo / que 'dos que asisten juntos en un vientre'".

43. *arismética*: vulgarismo muy frecuente.

51. *acción*: 'lo que uno hace'; *pasión* 'lo que a uno le hacen'.

64. *rayos*: Apolo, después de que Dafne se convirtió en *laurel*, decretó que sobre este árbol nunca caerían rayos; pero aquí se trata de los rayos del sol.

66-67. *quiere*: concordancia con el sujeto más próximo (en vez de *quieren*); Plinio (el Viejo) y Varrón son autores latinos.

73-84: en varios otros lugares dice sor Juana que el virrey vive en el *cielo*, puesto que la virreina, María Luisa, es un ser celestial.

88. *lograrlo*: los virreyes deseaban descendencia (y María Luisa había tenido algunos abortos); varias veces alude a esto sor Juana, por ejemplo en la ya mencionada *Loa*, vv. 442-443 y 478-485.

14. *Inundación castálida*, p. 18.

1. *daros*: “dar los años” a alguien significaba felicitarlo en su cumpleaños.

11. *no tenerlos*: alusión a aquellos (y en especial aquellas) que se quitan años; ejemplo de esa “frase doméstica” anunciada en el epígrafe.

16: *el encendido dios*, o sea Apolo, concedió a la sibila de Cumas tantos años de vida como granos de arena le cupieran en el puño; y la sibila vivió siete siglos.

22. *nocturno farol*: la luna.

44. *las Horas*: las siete “horas canónicas” (maitines y laudes, prima, tercia, etc.) que por obligación rezaban (en latín) las monjas de entonces, y que consistían sobre todo en lectura de salmos.

56. *cándida cárcel*: la hostia consagrada.

65. *risa*: este ejemplo de “frase doméstica” es mucho más interesante que el otro: imagina sor Juana que, al leer todo eso de horas canónicas y comunión, el virrey va a pensar (o a decir): “¡Vaya, vaya! ¿De cuándo acá tan monjita piadosa?”; y, de paso, nos hace imaginar a los lectores la clase de conversaciones que tenían con ella los virreyes en sus visitas al convento de San Jerónimo.

72. *dome a Dios*: doble chiste: por una parte, el arcaísmo *dome* (y no *doyme*); por otra, la parodia “piadosa” del muy reprobable juramento “¡Doyme al diablo!”, que expresaba gran contrariedad y cólera.

73. *Cerda*: apellido de los Medinaceli, que les venía del príncipe Fernando de la Cerda, nieto de Alfonso el Sabio.

15. *Inundación castálida*, p. 37.

3-8: las *vísperas* se rezaban al anochecer, y *maitines* y *laudes* (que significa ‘alabanzas’) el día siguiente, antes de la salida del sol.

15-16. *romances/latines*: juego de palabras: hay libros escritos en *romance* (en español) y libros escritos en *latín*; por otra parte, sor Juana está escribiendo un *romance*; y además había el dicho (y el hecho) de que monjas, curas, canónigos, etc., solían dormirse durante los *latines* de las horas canónicas.

19. *purpúreas horas*: ‘la salida del sol’ (reminiscencia del verso 3 del *Polifemo* de Góngora).

22. *in agone*: ‘en agonía’; alusión a la parábola evangélica de las cinco vírgenes prudentes y las cinco locas (o imprevisoras).

43-44: *Matusalén* y *Néstor*, paradigmas (bíblico y clásico) de longevidad.

45. *discreto*: ‘sabio’ (apreciador de lo que vale la vida).

53. *lo diuturno*: ‘la larga duración’.

55. *tal vez*: ‘a veces’; *seso* ‘sensatez’.

87-88: estos dos versos están en letra cursiva en la *Inundación castálida*, seguramente porque resumen tan epigramáticamente lo que precede.

94. *padrón*: ‘inscripción’, ‘monumento’.

102. *fluxible*: sor Juana emplea varias veces este adjetivo (¿inventado por ella a partir de *fluxus*?); lo aplica al correr del tiempo o al correr del agua.

114. *dijes*: ‘juguetes’. (Habrá que suponer que fue el marqués quien le dio a la monja esta información autobiográfica; y se puede conjeturar que la niña Juana Ramírez, futura sor Juana, no jugó con muñecas.)

16. *Inundación castálida*, p. 19. || Epígrafe: *cortejo*: aquí, seguramente, ‘acto de cortesía’. — “Advertencia”: escrita, como todos los epígrafes de la *Inundación*, por Francisco de las Heras, que, como secretario del marqués de la Laguna y de la condesa de Paredes mientras fueron virreyes, conoció directamente la relación que hubo entre la monja y la virreina. El ex-secretario menciona tres

posibles causas del *amar* de sor Juana (MP corrige: *amor*, pero *amar* no debe de ser errata): tal vez las tres tuvieron que ver, especialmente la tercera, o sea el misterioso fenómeno de la *sympathia*. En todo caso, Francisco de las Heras merece un gran aplauso por haber decidido imprimir esta "Advertencia".

11-12. *quitáis* / *concedéis*: conceptillo tradicional en las poesías de "amor cortés".

13-20: después de preguntar por la preñez de María Luisa (¿no hay esta vez peligro de aborto?), dice sor Juana algo muy notable: 'Si yo estuviera en semejante vientre, allí me quedaría, sin nacer'. (Obsérvese que a la criatura aún no nacida le da ya el tratamiento de "su Excelencia".)

21-40: sigue, de hecho, la misma idea, aunque expresada de manera más convencional: los príncipes, en ciertas ocasiones, suelen conceder perdón a uno o a varios presos, 'pero yo prefiero seguir presa'.

43. *tormentas*: en todas las ediciones se lee *tormentos*; me atrevo a corregir, pensando que seguramente hay oposición con *bonanzas* (v. 44): cf. *Los empeños de una casa*, acto I, vv. 219-220: "y si está así en la *bonanza*, / ¿cómo estará en la *tormenta*?"

45-48: remate en seguidilla, como el núm. 8.

17. *Inundación castálida*, p. 22.

1. *Lisi*: en la poesía amorosa abundan los "nombres poéticos" de damas: *Anarda* (Ana), *Amarilis* (María), *Belisa* (Isabel), etc. Así, *Lisi* es (María) Luisa, la virreina. La *Lisi* a quien canta Quevedo era, supuestamente, una señora llamada Luisa.

20. *lo preciso*: la felicitación es de protocolo, pero al mismo tiempo brota espontáneamente del corazón.

28. *estanco*: 'monopolio'; el amor (el "amante afecto") ha estado velado hasta ahora por un pudoroso silencio, pero ¡basta! (y al "Rompa, pues…" sigue la declaración de amor).

40. *delito*: he aquí una paráfrasis de todo el pasaje (37-44): 'Bien sé que es un delito este atrevimiento mío, pero, dada su causa, mi ofensa merece ser perdonada (*bienquista*): mi amor es más fuerte que mi albedrío'.

46. *Clicie*: ninfa violentamente enamorada de Apolo (el Sol); desdeñada por él, se fue consumiendo y acabó convertida en heliotropo (flor que perpetúa ese amor).

56: *hablar en* era construcción normal; hoy decimos *hablar de*.

68. *un natalicio*: el retablito anunciado en el epígrafe.

73. *ninguno*: 'tus adoradores te harán regalos más ricos que el mío, pero me consuela pensar que el mío es el mejor' (porque representa el nacimiento de Cristo).

18. *Inundación castálida*, p. 199. || Epígrafe: *intermisión*: 'interrupción'.

2. *estos días*: los de la cuaresma.

6. *tu bizarría*: 'las prendas extraordinarias que Dios te dio' (hermosura, etc.).

10. *jerarquías*: los coros angélicos (ángeles, arcángeles, serafines, etc.).

15. *lo visible*: es la única diferencia entre Lisi y los ángeles.

20. *lo que más*: 'tu cuerpo, "tan bello", es lo que más te distingue de los ángeles, pero es lo que más te realza'.

23. *Sanctus*: el bíblico "Santo, santo, santo" que cantan los serafines.

31. *si no divierten*: 'si no distraen de lo importante'.

40. *ayunar*: la "intermisión" en el trato es un enorme ayuno, proporcionado a las enormes "delicias" de ese trato.

46. *fiscalizas*: este verbo da buena idea del carácter celoso, exigente, de María Luisa; 'suspendí el trato contigo unos días, ¡e inmediatamente concluyes que ya me olvidé de ti!'

56: la *Pascua florida* es la de Resurrección.

19. *Inundación castálida*, p. 189. || Un pincel ha pretendido retratar la hermosura de María Luisa (llamada *Filis*, no *Lisi*, en este romance); naturalmente, ha fracasado; pero esa "gloriosa desgracia" del pincel ha sido un reto para la pluma; pues bien, ya que Filis permitió que el pincel intentara representar su hermosura, permita ahora que lo intente la pluma. (MP y otros críticos suponen que fue la propia sor Juana quien manejó el pincel, pero no hay base para suponer tal cosa.)

4. *ánimo*: en todas las ediciones antiguas se lee "más causa *corrió* que miedo", lo cual no tiene sentido; la palabra *ánimo* es corrección de MP; valga, en su apoyo, el largo pasaje del *Primero sueño* (vv. 781-826) en que sor Juana evoca el glorioso fracaso de Faetonte que, en vez de arredrar al "*ánimo* ambicioso", le da alas para intentar un "segundo vuelo".

16. *Lilibeo*: el monte de Sicilia bajo el cual (según Góngora) quedó sepultado Tifeo, uno de los gigantes que pretendieron escalar el Olimpo; 'yo, que me atrevo a escalar tu alcázar, me expongo a algo más serio: quedar *brumada* (o sea abrumada) por tanta esfera (por una esfera tan enorme como es tu belleza)'.

28. *sus consejos*: los de Febo (= el Sol), que trató de refrenar los impulsos de su hijo Faetonte.

31. *la costa del llanto*: el Sol no se deja ver, ni aunque nos salgan lágrimas al intentarlo.

40. *lisonja*: el Sol se siente muy halagado cuando oye que a Filis la llaman "sol".

46. *sudor sabeo*: incienso (goma que brota del tronco de un árbol de Sabá, en Arabia).

48. *bruto cuello*: en ese altar no se degüellan animales.

51. *poluto*: 'impuro'.

70. *la paga*: MP, después de manifestar cierta preocupación por el tono cada vez más exaltado de este romance ("apasionada amistad" que "linda con lo erótico"), al llegar a esta *paga* no puede contenerse y dice que es uno de los pasajes "por los que la Inquisición habría podido buscarle ruido a sor Juana": es falso (es herético) decir que una deidad "se desacredita" cuando remunera a sus servidores.

82. *la simple amante*: la mariposilla que, enamorada de la llama, se quema en ella.

92. *el reo*: el culpable, o sea el cuchillo.

94. *rubio amante*: Apolo (cf. el núm. 17, v. 46).

138. *Creso*: rey de Lidia, cuyas riquezas se hicieron proverbiales.

157. *un filósofo*: Diógenes, que se consideraba perfectamente feliz con sólo recibir la luz del Sol (o sea de Apolo, nacido en la isla de Delos), sin la sombra que le estaba haciendo el rey Alejandro.

176. *verde torno*: el girar, siempre joven, de los siglos (como explica MP).

20. *Inundación castálida*, p. 195.

3. *quitarlos*: chiste (cf. núm. 14, v. 11).

9. *más años que*…: aquí comienza el despliegue de "erudición" anunciado en el epígrafe; el *pájaro fenicio* es el fabuloso Fénix, que vivía siglos.

19: *el amante de Egea* no puede ser sino Hércules, cuyo "tío", Euristeo, le amargó la vida por instrucciones de la celosa y vengativa Juno; al final, Hércules murió dolorosamente en una hoguera que él mismo hizo; así, pues, sor Juana, después de decir lo del Fénix (que es sólo el "principio"), se mete en erudiciones más exquisitas y le dice a la condesa: 'Vive más años que dolores padeció Hércules en la hoguera'; *Egea* debe de ser errata de imprenta por *Auge*, amante de Hércules mencionada por Ovidio en las *Heroidas*, obra que sor Juana conocía (heroida IX, v. 39); tal vez ella escribió *Augea*.

21. *Medusa*: Perseo le cortó la cabeza, y de su sangre, caída gota a gota en Libia, nacieron infinitas serpientes.

25. *el Cíclope*: el celoso Polifemo, enamorado de Galatea, furioso contra el joven Acis, su rival, que huyó de él convertido en río.

30. *el hijo de Tracia*: Orfeo.

36. *fiero ministro*: el buitre que eternamente (*diuturno*) devora las entrañas de Prometeo por haber robado el fuego celestial.

38. *fraternal llanto*: el de las Helíades, hermanas de Faetonte, convertidas en álamos a orillas del Po.

41. *las cuarenta y nueve*: las hijas de Dánao, asesinas de sus cuarenta y nueve primos y maridos: Ovidio, heroida XIV (cf. núm. 11, vv. 93-96).

46. *músicos hechizos*: los que utilizó Medea para cometer sus muchas atrocidades.

49. *daños*: los causados a Troya por Paris, y a España por el rey Rodrigo.

66. *a medias:* los Dioscuros, Cástor y Pólux, hijos de Leda, que vivían una inmortalidad compartida: medio año el uno y medio año el otro.

21. *Segundo volumen,* p. 323. || MP se equivocó al poner este romance entre los de 1680-1683 (cf. *supra*, núm. 13, primera nota): es respuesta a un pedido de María Luisa, quizá de fines de 1688, cuando ella estaba ya de regreso en Madrid (según se ve por el verso 151).

15. *disonancia:* sor Juana, siempre obsecuente con su amiga, esta vez se ve forzada a no darle gusto.

21. *arte de composiciones:* desde aquí hasta el v. 100 enumera la traviesa sor Juana todas las cosas que "ignora" acerca del arte musical, y al mismo tiempo está mostrando que sí las sabe. No vale la pena tratar de explicar qué es cada cosa; los interesados sacarán mucho provecho de la edición anotada de este romance por Manuel Corripio Rivero en la revista *Ábside*, vol. 27 (1963), pp. 174-195. (No es ésta la única ocasión en que sor Juana se complace en exhibir sus conocimientos musicales: cf. el cuarto de los *Villancicos de la Asunción*, 1676; la loa a la condesa de Galve; y la *Respuesta a sor Filotea*, ed. MP, líneas 354-367.)

31. *Pitágoras*, el antiguo y semi-legendario filósofo, descubridor, según la fama, de las proporciones numéricas de la escala musical.

35. *una extravagante:* las *extravagantes* eran las constituciones y bulas no recogidas en el *Corpus iuris canonici;* el papa Juan es Juan XXII.

58: *perfectos* es corrección mía; en todas las ediciones se lee *perfectas.*

63. *muchas hay:* alfilerazo satírico, de paso, contra las mujeres que se pintan la cara.

82. *ut:* antiguo nombre de la nota *do (ut* subsiste en francés).

106. *Petronila:* razón de más para no mandarle a la condesa el cuaderno, pues doña Petronila es una cantante profesional.

112. *las inteligencias:* como la inteligencia angélica de doña Petronila.

117-120: dice el padre Diego Calleja en su *Vida* de sor Juana que ella, deseosa de ser de provecho a las monjas de San Jerónimo, "donde se profesa con esmero tan edificativo el arte de la música […], estudió el arte muy de propósito, y le alcanzó con tal felicidad, que compuso otro [método] nuevo y más fácil", obra muy alabada por los conocedores. (También para utilidad del convento compuso sor Juana un nuevo y simplificado manual de contabilidad, según un documento recién descubierto: véase mi artículo de la *Nueva Revista de Filología Hispánica*, vol. 53, 2005, pp. 70-71.)

133. *Por esto:* seguramente tiene razón sor Juana, y no nos queda sino admirar su capacidad de autocrítica.

165. *crecer:* 'acrecentar'.

22. *Triumpho parthénico*… [publicado por] Carlos de Sigüenza y Góngora, México, 1683, fol. 113. || El romance va firmado por *Juan Sáenz del Cauri*, anagrama perfecto de "Juana Inés de la

Cruz". No está en las ediciones antiguas (véase mi nota al núm. 139); fue rescatado por Manuel Toussaint, *Poemas inéditos… de sor Juana*, México, 1926, p. 15. Para el "emblema IV" del segundo certamen (que tenía un tema unitario: el Águila como símbolo de la Inmaculada Concepción) se pedía un elogio de los virreyes.

1. *Cerda:* véase el núm. 14, v. 73.

23. *imperiales águilas:* alusión a Alfonso el Sabio (lejano antepasado del marqués de la Laguna), que estuvo a punto de ser cabeza del Sacro Imperio.

26. *descendencia:* aquí, 'ascendencia' (como *descent* en inglés).

32. *la vista:* sabido es que las águilas ven al sol sin pestañear.

38. *de las Indias:* el águila que señaló dónde había de levantarse la ciudad de México, y que se mantiene orgullosa aun después de la conquista.

45. *de dos cuellos:* el águila imperial, de dos cabezas.

49. *sol más hermoso:* María Luisa, la mujer del marqués.

57-60: María Luisa descendía de los príncipes de Mantua; sobre *Medina* véase el núm. 13, v. 17. *Palas* (Minerva) y *Venus* no necesitan explicación.

61. *Museo:* 'templo de las Musas' (la Universidad).

23. *Inundación castálida,* p. 186. || Epígrafe: "en retorno" está mal dicho, como se ve por el final (vv. 125-128).

1. *Filis:* véase el núm. 19, v. 2 (pero aquí, en el v. 26, también *Lisi).*

4. *por fas o por nefas:* 'por tal o cual razón'.

8: *la mayor obra de naturaleza* es la gestación del ser humano en el vientre materno.

13: *conde (o condesa),* pues no se sabía si iba a ser niño o niña.

15. *más rico:* sobre la dicha de estar en el vientre de María Luisa, cf. núm. 16, vv. 13-20.

28. *el rigor:* 'dejemos a los escolásticos profesionales la definición precisa de *materia* y *forma*'.

30. *antojo:* por el bien de la criatura que va a nacer, hay que cumplirles sus antojos a las preñadas. (Cf. los *Avisos* de Barrionuevo, 13 de octubre de 1655: "Anoche, después de haber cenado la reina muy tarde, se le antojaron sardinas […], y a media noche se trajinaron de unas partes en otras, de todos géneros, llevándolas a Palacio, y se satisfizo al antojo, y quedó la preñada más contenta que la Pascua".)

34. *segunda vez:* 'para que esta vez no abortes'.

38. *la adivinanza poeta:* 'mi intuición profética'.

45. *tripode:* dice el *Diccionario de Autoridades:* "*tripoda,* o *tripode:* mesa, vaso o banquillo de tres pies…", etc.

64. *la villana de Isabela:* alusión que se le escapa a MP (y también a mí); lo que hay es *La villana de Vallecas,* comedia de Tirso de Molina.

75-76. *minas, perlas:* el Sol producía el oro y, con ayuda de una gota de rocío, engendraba perlas en las conchas.

83. *una miradura:* 'una mirada'.

93-104: es falso que Apolo estuviera ciego al perseguir a Dafne, la convertida en laurel (que no da fruto); por otra parte, él, como sol, es quien madura los frutos del nogal.

107. *peinaduras:* los cabellos que quedan en el peine.

112. *ingenerable:* según Aristóteles y los escolásticos, la materia del firmamento es incorruptible: allí no hay generación ni corrupción.

120. *pretendiente febea:* quienes esperaban en la antesala del Palacio alguna merced se llamaban "pretendientes".

127. *Lima:* seguramente Ambrosio de Lima, médico y poeta, miembro de la corte de los virreyes.

140: dice MP: “viejo refrán picaresco, mas aquí inocentísimamente empleado”; pero no explica más.

24. *Inundación castálida,* p. 63. || MP agrupa los siguientes 12 romances (núms. 24 a 35) asignándoles esta fecha: “de julio de 1683 a 1685”.

3. *el hijo:* Josef, el hijo de los virreyes, nació el 5 de julio de 1683 y fue bautizado el 14 del mismo mes.

5. *tu religión:* ‘tu espíritu religioso’.

11. *quieras:* es corrección mía (en todas las ediciones se lee *quieres).*

12. *hijo de la Iglesia:* así se llamaba al no nacido de legítimo matrimonio (como lo fue la propia sor Juana).

15. *Gracia:* los bautizados viven bajo la ley de Gracia; los otros, bajo la de *Naturaleza.*

17. *en ella:* en la Gracia.

23-24: *Olimpias,* madre de Alejandro Magno; *Elena,* madre de Constantino.

31-32. *sus partes* (v. 31): las virtudes o cualidades que seguramente va a tener el recién nacido; *partes* (v. 32): las de la tierra (gracias a Josef, América las va a dejar atrás a todas).

36. *tanta familia:* ‘una familia tan ilustre’.

44. *Cerdas:* la estirpe de los marqueses de la Laguna; *católicos,* en oposición a Moctezuma, que era *gentil* (‘pagano’).

45. *ese Amor:* ‘ese Cupido’.

49. *Belona:* diosa romana de la guerra.

51. *Alcides:* Hércules.

55. *Pompilio:* Numa Pompilio, segundo rey (y legislador) de Roma.

63. *pasarse:* así se lee en la *Inundación castálida;* en ediciones posteriores, y en MP, se lee *pastarse;* pero “pasarse por la cartilla”, recorrerla (aprender rápidamente a leer) está bien; *pastarse por* es un giro muy extraño.

64. *Catón:* a Catón, encarnación de las virtudes romanas, se atribuyeron unos “dísticos morales”, obra tardía que, bajo diversas formas, corrió impresa en el orbe hispánico desde el siglo XV hasta mediados del XIX; era el complemento de la cartilla.

66. *provecta:* edad ‘más avanzada’ (que la “edad pueril”), cuando la indumentaria infantil de los romanos pasaba a la toga viril.

73. *confundidas:* entremezcladas.

83: *coronista* ‘cronista’ era forma muy usada; Julio César fue cronista de sí mismo.

88. *lo máximo:* que siendo ya ‘lo más grande’ siga creciendo, será una maravilla.

25. *Inundación castálida,* p. 113. || Epígrafe: “su Excelencia” es Josef, el que ha cumplido un año.

4. *lo máximo:* cf. el final del romance anterior.

5. *fondo diamante:* el *Dicc. de Autoridades* dice, en la voz *fondo,* que se llaman *fondos* “los brillos interiores y profundos” de un diamante (con esta cita: “…un diamante de extraordinaria grandeza, de cuyos preciosos *fondos* salía todo un golfo de luces”); y en la voz *diamante:* “lábranse de diferentes figuras, como *diamante fondo,* rosa, jaquelado”, etc.; además de *diamante fondo,* se conocen expresiones como *diamante de fondo* y *diamante de buen fondo;* lo que no he encontrado es la expresión *fondo diamante,* pero es claro que sor Juana piensa en un diamante que ha sido tallado con la máxima perfección.

16. *mi concepto:* ‘mis imaginaciones’, ‘mis pensamientos’.

25-27: he aquí el texto bíblico (I Samuel, 1) citado por MP: “Orando largamente […], Ana hablaba en su corazón, y sólo se movían sus labios y su voz no se oía […] y túvola Helí por ebria” (Ana fue la madre del profeta Samuel).

32. *privilegio:* hay santos especiales a quienes se dirigen las mujeres que quieren tener hijos.

48: *de no perderos,* o sea ‘de perderos’; resabio de la construcción latina con *ne (timeo ne* ‘temo que’); así en *El divino Narciso,* ed. de 1692, v. 416, Eco teme que la Naturaleza Humana “*no* merezca” sus perdidos laureles.

76. *el océano del cielo:* el zodíaco entero, con sus doce “signos”.

79: *vencido* es corrección mía (“habéis *visto*… y *vencido*…”); las ediciones dicen *venciendo.*

80. *temperamentos:* las distintas conformaciones “del aire o ambiente en orden al frío, calor, humedad o sequedad” *(Dicc. de Autoridades).*

83. *Flegón y Etonte:* caballos del carro del Sol, que Josef ha sabido gobernar (a diferencia del infeliz Faetonte).

100. *trepidación:* uno de los movimientos que, en la cosmografía ptolemaica, mantienen el equilibrio de la máquina del universo.

101-104: las ediciones ponen la preposición *a* en los tres primeros versos y la suprimen en el cuarto; MP quita la preposición en los tres primeros, para que concuerden con el cuarto; yo prefiero respetar la preposición y añadirla en el cuarto verso (una corrección en vez de tres).

108. *quien hace un año:* parodia del refrán “Quien hace un cesto, hace ciento”.

110. *natal:* sinónimo “fino” de ‘nacimiento’, pero demasiado trillado.

141. *les deis:* así se lee en la *Inundación castálida;* MP no sólo imprime *le deis,* sino que remite al verso último del núm. 2.

147. *Leto:* todas las ediciones dicen *Leda;* pero la madre de Apolo es *Latona* (mencionada varias veces en el *Neptuno alegórico),* y es imposible que sor Juana ignorara quién era *Leda;* me he atrevido a poner *Leto,* que es el nombre griego de Latona.

163. *dar perdón:* cf. núm. 16, vv. 21-24.

165. *Benavides:* Antonio de Benavides, alias “el Tapado”, fue un estafador que hizo ruido (es muy posible que tuviera simpatizantes, y que éstos, conocedores del valimiento de sor Juana, le hayan pedido que intercediera por él).

167. *parces:* plural del *parce!* latino (‘¡perdona!’).

175. *precursor:* san Juan Bautista.

189. *no es razón:* desgraciadamente, Benavides fue ahorcado el 12 de julio de 1684, una semana después del “natal” de Josef.

26. *Inundación castálida,* p. 130.

14. *pie de amiga:* corrección mía, a base de lo que sigue, en vez de *amigo;* el *pie de amigo* era una especie de horquilla que a los reos azotados públicamente se les ponía bajo la barba para impedirles agachar la cabeza.

21-52: erudita enumeración de cabalgaduras: el Pegaso de Perseo; el Hipogrifo de Ruggiero (personaje del *Orlando* de Ariosto); el carnero de vellocino de oro en que Frixo y su hermana Hele cruzaron el Helesponto (llamado así porque Hele, asustada, cayó del carnero), a lo cual siguió después la expedición de los Argonautas; el delfín que llevó a Arión sano y salvo a tierra después de que lo arrojaron de la nave en que iba; y el águila que llevó a Ganimedes al Olimpo para que fuera copero de los dioses.

39. *Anfión:* así se lee en todas las ediciones en vez de *Arión;* error de sor Juana (los dos, Arión y Anfión, eran músicos).

43. *tres ánades:* en la *Inundación castálida* se lee “cantando aquellas anàdes”, errata que copiaron las ediciones subsiguientes, y que fue corregida por MP. (El lexicógrafo Covarrubias anota: “Para dezir que uno va caminando alegremente, sin que sienta el trabajo, dezimos que va *cantando Tres ánades, madre”;* y Gonzalo Correas, *Vocabulario de refranes: “Cantando las tres ánades, madre,* dícese denotando facilidad en hacer algo”.) La lección “aquellas anàdes” es seguramente descuido del tipógrafo de la *Inundación castálida*, que comete en estas páginas otros errores gruesos: *él, y à Elesponto* en vez de “el Helesponto” (v. 31), *Genamides* en vez de “Ganimedes” (v. 45), y quizá también *Amphion.*

58. *Lima:* véase el núm. 23, v. 127. Oliver debe de ser otro personaje de la corte virreinal.

64. *mayorazgo:* hay aquí un equívoco; cito a MP: “[mayorazgo es] una propiedad vinculada a la primogenitura, que se decía *estar en pie* al cumplirse los trámites jurídicos de su fundación”; y aquí el *estar en pie* se refiere al hijo *mayor* (único, de hecho) de los virreyes.

67-68: doble imagen: Mercurio, que tenía alas en los talones, y el halcón, al que hay que detener con una pihuela para que no se escape.

92. *los pies:* otro equívoco, porque *pie* significa también ‘verso’, ‘renglón de una copla’.

27. *Inundación castálida,* p. 21. || Epígrafe: las palabras entre corchetes son adición de MP: en la Nueva España se celebraba el natalicio de los virreyes, y también el de los miembros de la familia real (cf. el núm. 34); sólo el de la reina reinante, en abril, podía coincidir con la Pascua.

12. *cuaresmados:* ‘en ayunas’, porque durante la cuaresma (recién terminada) no ha recibido la visita de María Luisa (cf. núm. 18, v. 40).

35. *dieras:* es corrección mía; en todas las ediciones se lee *dieran.*

39. *los Oficios:* los de la Semana Santa, tan lúgubres.

48. *del nacimiento:* el de la reina.

49. *mis dos amos:* el virrey y el pequeño Josef.

54. *la vista de tu cielo,* etc.: también aquí MP reacciona con alarma, y menciona la posible censura de la Inquisición.

28. *Inundación castálida,* p. 117.

3. *nacistis:* este vulgarismo (en vez de *nacisteis)* no era raro; está también en los núms. 107 (vs. 12-13), 243 (v. 20), 247 (vv. 13, 18, 49, 57) y en la cuarta loa al Rey, v. 174; en todos estos casos, las ediciones posteriores (y MP) corrigieron: *-steis.*

47. *tan máximo:* expresión no muy gramatical (pero hay otros superlativos con los que puede hacerse lo mismo, por ejemplo “un detalle *tan mínimo”).*

56. *regalar:* ‘acariciar’.

64. *gargarismos:* el gargarismo es el líquido que se confecciona para hacer gárgaras; pero sor Juana lo tiene ya hecho, pues, como explica MP, “se le hace agua la boca” al imaginar que ya ve a su amiga.

29. *Inundación castálida,* p. 121.

7. *no todos:* una cosa es el “cumplir” aritmético y otra el “cumplir” moral (idea desarrollada en la cuarteta siguiente).

24. *a sus anchos:* así dice también sor Juana en *Amor es más laberinto,* acto III, v. 6.

32: buen juego de palabras: Largo y Esmaragdo son mártires cuya fiesta se celebra en un mismo día; y *esmaragdo* significa ‘esmeralda’.

39-40: Júpiter y Alejandro superaron a sus respectivos padres, Saturno y Filipo.

41. *la vieja:* la del evangelio de san Marcos, alabada por Cristo porque, siendo muy pobre, ofreció en el templo su óbolo (una monedita: un *cornado,* como se lee en el verso siguiente).

30. *Inundación castálida,* p. 141.

1. *Filis:* cf. núm. 19, v. 2.

7. *discreta:* seguramente ‘recatada’, ‘silenciosa’; necesita comentario como si fuera un libro muy *discreto,* o sea ‘cargado de sentidos’.

9-12: reminiscencia, quizá, de un soneto famoso de Lope de Vega: “Ir y quedarse, y con quedar partirse…”

17. *cuestión reñida:* la de la bilocación, la posibilidad de estar uno en dos lugares a la vez; MP cita, muy oportunamente, la canción de Quevedo que comienza “Quien nueva ciencia y arte”, donde dice, como sor Juana, que esta especulación es una “nueva filosofía”.

23. *trasladar:* ‘copiar’.

27. *tanto monta:* alude, seguramente, al dicho famoso “Tanto monta, monta tanto, / Isabel como Fernando”: el marqués está ausente para María Luisa, pero también viceversa.

30. *nemo:* ‘nadie’.

45. *holgarse:* como si dijéramos ‘echar una cana al aire’.

48. *tu cielo:* cf. núm. 27, v. 54.

59. *santo retiro:* el santuario de Chalma, atendido por frailes agustinos, era ya famoso por su Santo Cristo; tal vez, dice irónicamente sor Juana, el virrey fue a Chalma a hacerse *recoleto* (‘fraile’).

69. *tan para en uno:* tan hechos el uno para el otro.

100. *un supuesto:* término escolástico: ‘un solo ente’, ‘una sola persona’.

31. *Inundación castálida,* p. 120.

7. *habremos:* corrección de Georgina Sabat y Elias Rivers en su antología de sor Juana, Madrid, 2004; las ediciones anteriores dicen *habemos.*

40. *aromas:* femenino, como solían ser otros masculinos terminados en *–a (las dogmas, las fantasmas,* etc.).

60. *besaboca:* así en la *Inundación;* MP corrige: *besabocas;* pero seguramente sor Juana emplea adrede el singular: el niño tiene dos pies, pero una sola boca.

32. *Inundación castálida,* p. 183.

8. *signo:* la constelación zodiacal Leo.

10: *monarca* está usado aquí en vez de “emperador”.

22. *regio tronco:* véase núm. 14, v. 73.

25. *fondo diamante:* cf. núm. 25, v. 5.

26. *carbunco,* forma alternativa de *carbunclo* (sobre su poder iluminativo, cf. Góngora, *Soledad I,* vv. 68-76).

44. *diuturno:* ‘duradero’ (como el firmamento estrellado).

33. *Inundación castálida,* p. 185. || Epígrafe: *la Austeridad:* comentario de MP: “La austeridad —o mejor, la estrechez de criterio— de algunos (por dicha, ni los más ni los mayores), le reprochó a sor Juana el metro, o sea el cultivo del verso, como ocioso y mundano”; pero ahora sabemos que esa “austeridad” era la de uno de “los mayores”: el muy influyente padre Antonio Núñez, director espiritual de sor Juana hasta que ésta, cansada de su yugo tirano, rompió con él.

5. *pese a quien pesare:* el padre Núñez, por supuesto; es útil tener presente la extraordinaria carta en que sor Juana rompió con él; la publiqué, con notas, en la *Nueva Revista de Filología Hispánica,* vol. 35 (1987), pp. 618-673.

11. *malos días:* los que pasa Núñez, diciendo por toda la ciudad que sor Juana es un “escándalo público”.

12. *Noches Buenas:* según esto, las Pascuas del título son las de Navidad.

21. *Si es malo…*: cf. la *Carta al padre Núñez,* líneas 189 y siguientes: "¿Por qué ha de ser malo que el rato que yo había de [malgastar] lo gastara en estudiar, y más cuando Dios me inclinó a eso […]? Yo tengo este genio. Si es malo, yo me hice [o sea: el mal no tiene remedio]. Nací con él y con él he de morir".

23. *como Ovidio:* lo que dice Ovidio *(Tristes,* IV, elegía 10) es lo que acaba de decir sor Juana: que le daba igual hablar en prosa o en verso.

28. *non debiera:* arcaísmo que sor Juana, por travesura, emplea varias veces, imitando tal vez a Góngora, décimas "¡Oh montañas de Galicia!", v. 25: "Entróme *(que non debiera)* / el cansancio…"

52. *azucenas:* los blancos pies del niño.

34. *Inundación castálida,* p. 194.

2. *el mayor luminar:* el rey Carlos II; cf. la primera nota del núm. 27.

35. *Inundación castálida,* p. 185.

11. *encendidas flores:* comentario de MP: "Escarnio (involuntario, desde luego) resulta el contraste de tal imaginada juventud florida y luciente del pobre rey, con el trágico espectro [que conocemos]".

12: *luzgan,* y en seguida *introduzga,* eran formas frecuentes.

36. *Poemas de la única poetisa americana, Musa dézima…* (primera reedición de la *Inundación castálida),* Madrid, 1690, p. 122. || Para un sarao de año nuevo celebrado en el palacio virreinal, hubo una "rifa" de galanes, y fue obligación de las damas escribir unos versos al galán que la suerte le hubiera destinado; la dama a quien le cupo en suerte Francisco de las Heras, secretario de la virreina, debe de haberle pedido a sor Juana (¿por mediación de la virreina?) que le hiciera los versos, y sor Juana accedió; así, pues, es la susodicha dama quien en este romance se dirige al susodicho galán. (Muy posiblemente, Francisco de las Heras se abstuvo de incluir el romance en la *Inundación castálida* para no dejar mala impresión entre los primeros lectores de sor Juana: ¡semejante frivolidad en una monja!)

1: el romance comienza con la arcaica y venerable fórmula inicial de las cédulas reales.

10. *limpieza:* conjetura mía; las ediciones antiguas dicen *decencia,* pero esta palabra ya está en el v. 12; MP pone *destreza,* pero *limpieza* me parece mejor.

15-16: 'aunque alguna de nosotras pase ya de los 80 años, no renunciará a ponerse de 25 alfileres' (o sea a acicalarse, a emperifollarse).

19. *rendimientos:* 'el número de galanes que hemos conquistado'.

28. *potencia:* con el mismo título que la memoria y el entendimiento.

41. *la damería:* el "sindicato" de las damas.

45. *cometieron:* 'encomendaron'.

50. *exenta* (libertad): como ya *exenta* significa 'libre', podríamos traducir: 'libertad absoluta'.

56. *como en peras:* lo mismo que *entre peras* ('elegir cuidadosamente para sí lo mejor', según el diccionario).

59-60: otro caso de laísmo: cf. núm. 10, v. 2.

66. *niñas:* de los ojos.

68. *a las más:* las ediciones antiguas dicen *de las más;* MP corrige: *a las más;* yo no creo que esté mal la construcción "ser acreedor *de* algo", pero, en aras de la "eufonía", acepto por esta vez su enmienda. (Dudo que haya quien pueda identificar a todas las damas y todos los galanes que aquí se mencionan; para mí, el único posible es *Guevara:* cf. núm. 38, v. 217.)

76. *dos estrellas:* los ojos de Julia.

83. *Felicha:* así se lee en la edición original; MP corrige: *Felicia.*

90. *lo peor:* o sea 'yo, la más fea'.

105. *Fálaris:* tirano de Sicilia, famoso por su crueldad: mandó hacer un toro de bronce, hueco, para asar dentro a sus víctimas; *Nerón* no necesita nota.

123: *un empleo:* una dama a quien cortejar.

127. *tal vez:* 'algunas veces'.

155-156: compendio de las "conformidades" de los vv. 129-148.

164: 'ofrecí en el templo de la Fortuna un ex-voto que representaba a un secretario' (los ex-votos se hacían de cera).

168: 'si el nacimiento de Cristo marcó el inicio de una nueva era, lo mismo me va a suceder ahora' (de hecho, el apellido del secretario era "de las *Heras*".

Consideración final: si "la Austeridad" hubiera leído este romance, ¿qué habría pensado de la monja que lo escribió?

37. *Inundación castálida*, p. 132. || Esta gran dama, duquesa de Aveiro, lejana descendiente del rey Juan II de Portugal, en tiempos de sor Juana vivía en Madrid, casada con el duque de Arcos.

2. *partes* (= *prendas*, v. 7).

8. *quinas:* los cinco escudos, dispuestos en cruz (estilización de las cinco llagas de Cristo), que son las armas de Portugal.

16. *cuna de cristales:* la espuma marina de donde nació Venus.

18. *triunfante:* sobre este triunfo de Minerva véase el *Neptuno alegórico*, líneas 1184 y siguientes.

25. *cifra:* 'compendio'.

26. *pluma:* se conocen algunos escritos de la duquesa.

31. *el sexo:* idea expresada no pocas veces por sor Juana: tan dotadas de inteligencia son las mujeres como los hombres.

51. *la Tórrida:* lo mismo (también sin el sustantivo *zona)* en la loa de *El mártir del Sacramento*, v. 277.

57. *imán:* cf. núm. 165, vv. 5-6.

65. *desinteresada:* 'no me mueve ningún interés' (la duquesa de Aveiro recibía muchas peticiones de ayuda).

97. *y cuantos:* así se lee en las ediciones antiguas; MP "corrige": "¡Y *a* cuántos…!", con toda la cuarteta entre admiraciones; G. Sabat y E. Rivers, en su amplia antología de sor Juana (Madrid, 2004), restauran la lección original: 'dígalo Europa, díganlo también esos europeos que vienen a América y ya no se van de aquí (en la *Odisea*, quienes comen el *loto*, o *lotos*, se olvidan de su patria).

107. *riquezas:* 'como todas las monjas, yo he hecho voto de pobreza'.

120. *alijarse:* 'aligerarse de carga' (en una tempestad se arrojan al mar aun cargamentos preciosos, pues lo importante es salvarse).

137. *Lisi:* fue la virreina quien le contó a sor Juana todo lo que sigue acerca de la duquesa (pariente suya), y también, probablemente, quien la instó a escribirle.

151. *misioneros:* los jesuitas, cuyas misiones en Sinaloa y Sonora se sostenían en parte gracias a los donativos de la duquesa.

163. *tanto Homero:* 'un Homero tan grande (la virreina) para tan grande Aquiles (la duquesa)'.

177: *no en cera*, como la de las alas de Ícaro.

191. *podatarios:* 'poderhabientes'.

38. *Inundación castálida*, p. 39. || Epígrafe: el doctor Vega y Vique (o Vic) era un jurisperito prominente en tiempos de sor Juana. En el "Ms. Moñino" el epígrafe es más explícito: "Romance que

hizo la autora en correspondencia de otro que le escribió el doctor don Joseph de Vega y Vique elogiándole un romance que escribió a un padrino suyo" (o sea el núm. 46).

5. *ofensa:* las cuartetas siguientes explican por qué es ofensa, vituperio y castigo el dar publicidad, con alabanzas, a algo defectuoso; si pasara *inadvertido* (v. 13), nadie observaría los defectos.

22: alusión al refrán "Aunque la mona se vista de seda, mona se queda" *(fiero* es 'feo').

50. *estilos:* los punzones con que los romanos escribían sobre tablillas enceradas.

55. *hicierais costa:* 'pondríais a las flores en la obligación de hacerse más hermosas'.

60. *quemar:* según varios autores antiguos, Virgilio, al morir, pidió que quemaran su poema, por juzgarlo imperfecto.

64. *sacrificio:* Filipo de Macedonia hizo sacrificios a los dioses porque su hijo Alejandro tuvo como maestro al gran Aristóteles.

65-72: Aquiles tuvo la dicha de que Homero preservara para la posteridad el recuerdo de sus hazañas; y Alejandro, al visitar la tumba del héroe, le envidió esa dicha.

77 y ss.: los jurisperitos siempre han sido admirados: Ptolomeo por los egipcios, Solón por los atenienses…, etc. (no vale la pena tratar de seguir explicando; además, algunos nombres son demasiado arcanos; aquí, francamente, sor Juana ostenta una ciencia "de relumbrón").

96. *tipos:* 'prefiguraciones'.

108. *deprendéis:* 'aprendéis'.

109-116: sor Juana menciona dos posibles etimologías de la palabra *código: colligere* 'recoger' y *cogere* 'obligar' (por desdicha, falsas las dos); la partícula *a* significa 'de'.

117. *Digesto:* la recopilación de leyes que mandó hacer Justiniano: el nombre, naturalmente, se presta para hacer chistes con "digestión".

121. *Pandectas:* la recopilación más completa de derecho civil romano.

123. *comprender:* en el sentido de 'abarcar', 'incluir'.

125-128: ahora le toca el turno al derecho canónico.

133-136: los poetas, locos de suyo (v. 136), quedarán más locos al saber la noticia.

140. *Olimpo:* el augusto gobierno de la Nueva España.

143-148: *Juris privato* y *Musae perito* parecen creaciones de sor Juana; *calescimus illo* es cita de un pasaje de Ovidio: "Est deus in nobis; agitante *calescimus illo"* ("Hay en nosotros un dios que, cuando se agita, nos llena de ardor").

145. *Astrea:* la diosa de la Justicia.

149-172: tampoco vale la pena comentar estas cuartetas. (En el v. 155 me atengo al "Ms. Moñino"; las ediciones dicen "un Andronio y un Lucano".)

173-188: ahora viene una pequeña andanada de nombres femeninos; comienza con el verso "Pues ya…", etc.; o sea: '*Si* usted, en vez de elogiarme a mí, hubiera elogiado a…', y después (en el v. 202) viene el *pero.* (Las mencionadas en los vv. 185-188 son cuatro de las Sibilas.)

189-196: sobre la duquesa de Aveiro véase el núm. 37.

197-200: esta cuarteta se omitió, seguramente por inadvertencia, en la *Inundación castálida* y en sus reediciones, pero se conservó en el "Ms. Moñino"; no puede caber duda en cuanto a su autenticidad.

201: *fuera digno asunto:* frase que corresponde a "si fuera el *asunto*…" (v. 173); el *Pero* que sigue abarca todo lo dicho en el romance.

211-212: se conoce un *Culex* ('mosquito') atribuido a Marón, o sea Virgilio, pero no un *Pulex* atribuido a Ovidio.

215. *pirámide tal:* el elogio del doctor Vega y Vique al romance de sor Juana es como esa pirámide erigida en honor de un mosquito (noticia de origen desconocido).

217: en el "Ms. Moñino", este verso dice así: "Pero hételo Guevara", lección que nos permite descubrir el esmero estilístico de sor Juana; la versión impresa, con su "y…", es mucho mejor: el romance hubiera podido seguir de no haber sido por la súbita llegada de Guevara (que será probablemente el mencionado en el núm. 36, v. 77).

39. *Inundación castálida*, p. 138. || Epígrafe: en la *Inundación castálida* se lee *favorecida;* MP corrige: *favorecido* (que es lo justo).

1: *Valverde* estuvo en México de 1675 a 1678, desempeñando importantes cargos burocráticos; el dato es interesante, porque quiere decir que mucho antes de la llegada de los marqueses de la Laguna, cuando sor Juana estaba muy controlada por el padre Núñez, pudo tener con ese caballero un trato tan afectuoso como se ve en este romance noticioso que le envía años después, cuando ya los Laguna están en México (v. 169).

3. *mío:* según la etiqueta, había que decir "señor *mío"*.

11. *os declino:* la declinación del posesivo de primera persona comienza con el nominativo: *meus, mea, meum.*

16. *un respeto:* cuando Valverde se marchó en 1678, llevaba nombramiento de oidor en Granada; por lo visto, ha subido en la escala burocrática, y ahora es personaje más respetable que antes.

28. *el pésame:* así se explica lo que dice el epígrafe.

37. *equivocados:* tan entreverados o confundidos el uno con el otro, que ya no se sabe qué es qué.

98. *exento:* 'puro', o 'libre'.

106. *espejos:* las "esferas" de la cosmología ptolemaica.

111. las *raridades:* en la *Inundación castálida* se lee *rariedades;* lo mismo en la Loa al Rey [IV], v. 52; me inclino a pensar que es errata en los dos casos (cf. Góngora, romance "Ciego que apuntas y atinas…": "Una torre fabriqué / del viento en la *raridad").*

138: *empleo:* la mujer de Valverde.

144. *tan contentos:* el *tan* es adición mía (en todas las ediciones falta en este verso una sílaba: "vos, y todos contentos"); MP prefirió "*muy* contentos".

145. *don Gregorio:* el hijo, por supuesto: sor Juana espera que llegue a ser un segundo san Gregorio Magno o un segundo san Gregorio Nazianceno, el Taumaturgo.

155: "nada nuevo bajo el sol" (Eclesiastés, cap. 1).

165-168: los tres jueces a quienes eligió Plutón para presidir el tribunal del Hades, "el infierno" pagano.

169. *la marquesa* es la virreina, a quien se dedican las últimas once cuartetas.

184. *utrum:* adverbio latino: 'si una cosa o si otra'.

185-188: 'de tal manera rivalizan sus dotes, que cada una parecería la mayor, siendo todas igualmente perfectas' (MP).

208. *neutral:* indeciso entre una y otra cosa.

40. *Inundación castálida*, p. 203. || Epígrafe: añado las palabras entre corchetes, que hacen falta para el sentido: la poesía que precede inmediatamente a este romance en la *Inundación castálida* es una de las más finamente trabajadas de sor Juana, el romance decasílabo "Lámina sirva el cielo al retrato…" (núm. 61), "que aún le remite desde México a su Excelencia [la condesa de Paredes]"; pues bien, el romance que aquí sigue es "de no menor fineza *que el* que envió [sor Juana a su gran amiga]".

1: *Elvira* (de Toledo) es la mujer del virrey conde de Galve, que gobernó después del marqués de la Laguna.

5-9: Venus la cipria (de Chipre) y Minerva o Atena, la ateniense, contendieron (además de Juno) por la manzana de oro; el *pastor ideo* es Paris, que guardaba rebaños en el monte Ida, cerca de Troya, y que fue el juez de la contienda.

17-24: Casíope, mujer de Cefeo, rey de Etiopía, se había jactado de ser más hermosa que las Nereidas, y éstas lograron que Neptuno, en castigo, mandara un monstruo marino que causaba estragos en el reino; consultado el oráculo de Ammón, éste ordenó que Andrómeda, hija de Cefeo, quedara expuesta al monstruo, encadenada en una peña; Perseo dio muerte al monstruo y liberó a Andrómeda.

25. *concepto:* es la perla que sor Juana le manda a Elvira (se decía que las conchas "concebían" sus perlas gracias a una gota de rocío que recibían).

36. *virtud preservadora:* se decía que las perlas eran remedio contra la "fascinación" o mal de ojo.

44. *egipcias bodas:* las de Cleopatra y Marco Antonio.

48. *vinculada joya:* una perla llamada "la Peregrina", que formaba parte, para siempre, del tesoro de la Corona española.

60. *hostia:* equívoco entre la *hostia* del sacrificio de la misa y *ostia* 'ostra' (cf. *ostión).*

41. *Segundo volumen,* p. 326. || Epígrafe: *pintura:* 'retrato'; romance hecho en una de las formas que podían tener los versos "ecoicos" o "en ecos": *par* es "eco" de *Gaspar; deja* es "eco" de *madeja,* etc.; en estos retratos casi siempre se empieza por los cabellos, y luego se va bajando.

1: *Gaspar:* el conde de Galve se llamaba Gaspar de Sandoval Cerda Silva y Mendoza.

3. *vira:* 'flecha'.

8. *crespa borrasca:* un soneto de Quevedo a los cabellos de Lisi comienza: "En crespa tempestad del oro undoso…"

9. *plata bruñida:* la frente lisa, sin una arruga.

11. *marcos:* 'cejas'.

17. *árbitro:* también en el retrato de Tisbe (Góngora, romance "La ciudad de Babilonia…", v. 57) la nariz es árbitro.

22. *emprima:* 'realza'.

27. *ensartas:* seguramente 'ensartadas'.

31. *renace:* también el Fénix renace de las cenizas que quedan en su pira.

41-44: esta última cuarteta puede calificarse de "atrevidilla".

42. *Segundo volumen,* p. 328.

21. *encerrada:* en el convento, por supuesto.

47. *indecencia:* seguramente el tomarse la molestia de encargar coche para ir a San Jerónimo (cosa que la condesa de Paredes hacía constantemente).

49. *ella sola:* habrá que sobrentender *el alma* (v. 25).

58. *estantigua:* 'fantasma' (estoy junto a ti y tú no te das cuenta).

68. *fimbria:* el borde del vestido.

73. *me revisto:* 'me dispongo ahora sí a mandarte mi enhorabuena'.

75. *en las damas:* cf. núm. 20, v. 3.

91. *el fondo:* cf. nota del núm. 25, v. 5.

99. *a lustrando:* no es verdad que *lustro* venga del verbo *lustrare;* pero sí es clara la intención de sor Juana de asociar la edad de Elvira con lo brillante.

104. *desabrida:* 'desdeñosa', 'de trato difícil', como suelen ser las mujeres bonitas; pero Elvira tiene que esforzarse *(adrede)* para cumplir con tal regla.

43. *Segundo volumen,* p. 329.

27. *Timantes:* famoso pintor griego, lo mismo que *Apeles.*

34. *duende:* se decía a menudo que Laura no fue sino invento de Petrarca.

37. *como de polvo:* así está Elena, pues en todo el mundo de habla española prácticamente no había nadie que leyera griego.

43. *quam laè-/ti…:* así resume sor Juana, ingeniosamente, el saludo de Eneas a Elisa (o sea Dido); como si dijéramos: "¡Qué alé-/gres te engendraron tus padres!"

48. *peces:* plural de (la) *pez:* 'alquitrán' (como diosa del infierno, Proserpina tiene el rostro ennegrecido); Claudiano es autor de un poema *De raptu Proserpinae.*

53: *Florinda,* alias "la Cava", raptada por el rey Rodrigo, y causa (involuntaria) de la invasión de los moros.

54. *alquiceles: alquicel* es cierta vestimenta morisca; es raro que sor Juana convierta esta palabra en adjetivo.

57. *Lavinia:* en la *Eneida,* la mujer disputada por Eneas y Turno (Virgilio llama *pater* a Eneas por ser el legendario 'padre' de Roma).

61: *Mariamne,* a quien Herodes dio muerte: historia contada por Flavio Josefo.

65: *Angélica,* la hermosa guerrera del *Orlando furioso.*

71. *pintares* es corrección de MP, en vez de *pintores* (había el dicho "pintar como querer, matar moros en pared").

73. *como en peras:* cf. núm. 36, v. 56.

81-100: en efecto, Ovidio habla de todas éstas.

93-96: según el *Dicc. de Autoridades,* se llamaban *mondongas* "las damas de la reina"; y *adherente* es "el que se arrima a otro, y más comúnmente se entiende del amigo o el pariente". (Cualquier lector podrá ver que esta cuarteta y la siguiente están trastrocadas: a "la jactante Climene" *debiera* seguir "la desdeñosa Dafne".)

105. *fama:* en la edición de MP se lee *cama,* evidente errata (moderna) de imprenta.

115: el *¿viste*? y el *así como* son formulillas para introducir símiles.

123-128: sor Juana, que se refiere con notable frecuencia a Ícaro y Faetonte, aquí se burla de lo trillado de esas figuras.

140. *no sé si tienes:* por tan pequeños que son.

44. *Segundo volumen,* p. 332.

17-20: otra de las frecuentísimas alusiones de sor Juana a Faetonte y a Ícaro.

30. *obispo:* MP propone dos posibles: san Nicolás de Bari y san Gregorio Nazianceno, el Taumaturgo (o sea 'el milagrero').

33. *día de licor:* 'día de fiesta'.

36. *pulvis es:* 'polvo eres': va el chocolate en polvo.

44. *un refrán:* está en el *Diccionario de refranes* de Gonzalo Correas: "Bien haya quien a los suyos se parece".

48: cita de Góngora, al comienzo del romance "En un pastoral albergue…": "lo dejó por escondido / o lo perdonó por pobre".

50. *mudo:* es un regalo anónimo.

57. *no que sepáis cuál:* en la historia de Psique y Cupido, contada por Apuleyo, Psique tiene prohibido verle el rostro a su amante.

45. *Inundación castálida,* p. 198. || Epígrafe: *excusa* es un error, como lo muestran, por ejemplo, los versos 29 y 39.

1. *mecenas:* seguramente el marqués de la Laguna (aunque también el conde de Galve era lejano descendiente de Alfonso el Sabio (dos de los Alfonsos, el Casto y el Bueno, v. 8, son anteriores al Sabio).

13-16: al escribir esta notable cuarteta debe de haber pensado sor Juana en su propio caso.

31-32: glosa: 'esos pobres versos que me salvan de caer en la melancolía o en el ocio'.

35-36: *tomar residencia* es 'llamar a cuentas' (el Juicio nos dirá: "¿Qué has hecho con tu tiempo?").

52. a *costa del ruego:* 'la petición de tan gran personaje ya ha dado dignidad a los pobres versos míos'.

46. *Inundación castálida,* p. 169.

2. *padrino:* dice el padre Calleja en su *Vida* de sor Juana que ella profesó en San Jerónimo, "favoreciéndose don Pedro Velázquez de la Cadena en pagarla el dote […], merced a que siempre estuvo la madre Juana Inés […] agradecidísima".

5. *a vos*…: la continuación está en el v. 75: "…va a parar este romance".

19. *Pedromasia:* los "discretos" han creado este vocablo porque don Pedro es "el entendido" por antonomasia.

40. *rendido:* 'obsequioso', 'cortés'.

44. *Buen Retiro:* algo así como el Versalles español.

58. *Palicos:* en las ediciones antiguas se lee *Paliscos,* errata corregida por MP; los Palicos son (o eran) dos lagos en las faldas del monte Etna; nuestra "imperial laguna" (la de Texcoco) los aventaja, como también a los míticos lagos Tritonio y Estigio.

61-64: el Peloro y el Paquino son promontorios de Sicilia; Mongibelo y Etna no son dos montes, sino uno solo, con dos nombres (en Sicilia); según A. Carreira y J. A. Cid (ed. de *Estebanillo González,* t. 1, p. 84), Calderón comete en una de sus obras ese mismo error.

67. *el Dodóneo:* bosque, junto a Dodona, en Epiro, donde había un "locuaz" oráculo de Júpiter.

79. *cisnes:* nombre "poético" y convencional dado a los 'poetas'.

91-92: hay aquí un equívoco: los años presentes son mejores aún que los *corridos* (los pasados), por lo cual los pasados están *corridos* ('avergonzados').

108. *prudencia:* "Sed prudentes como las serpientes", dijo Cristo.

111. *también:* no sólo en cuanto a la edad (culebra de los egipcios), sino también en cuanto a la prudencia.

127. *montañesa:* los nacidos en la Montaña (Santander) se tenían a sí mismos por lo mejor de España.

135: este verso dice así en la *Inundación castálida:* "se roba la luz al cielo"; MP enmienda: "se roba la luz *del* cielo"; la corrección que yo propongo es más simple, y más acorde con el verso que sigue ("*al* campo").

138. *congelado rocío:* perlas.

144. *carbunco:* forma alternativa de *carbunclo.*

148. *vuestro santo:* san Pedro (porque el padrino de sor Juana se llama Pedro); en los Hechos de los Apóstoles se cuenta que un tullido le pidió limosna, y que él le dijo que no tenía oro ni plata, "pero te doy lo que tengo" *(quod autem habeo, do),* y lo que hizo fue sanar al pobre tullido. — Sobre este romance véase nota al epígrafe del núm. 39.

47. *Segundo volumen,* p. 317.

32. *cándido honor:* la borla de los doctores en teología era blanca (cf. también *candor,* v. 38).

41. *Sol:* el Sol más alto es Dios, objeto de estudio de los teólogos.

43-44. *tanto:* ‘tan gran’ objeto, ‘tan gran’ inteligencia.

48. *Segundo volumen*, p. 336. || Epígrafe: hay alusión a un hecho ocurrido varios decenios antes, pero que hizo mucho ruido. Por haber nacido “cerrada”, y por lo tanto no apta para el matrimonio, cierta Magdalena Muñoz se vio obligada a hacerse monja; como tal vivió durante doce años, hasta que un día, a la edad de 30, “haciendo un ejercicio de fuerza, se le rompió una tela [¿una membrana gruesa?], por donde le salió la naturaleza de hombre como los demás”; inmediatamente sor Magdalena decidió llamarse Gaspar Muñoz y, por supuesto, abandonó el convento. (Puede verse en la revista *Vuelta*, septiembre de 1984, pp. 5-6, el comentario que hago sobre este caso.) Es curioso que la invitación a volverse hombre haya ido acompañada de “unos barros”, regalo muy “para damas”: eran unos búcaros o jarritos de paredes delgadas que las damas se complacían en morder y masticar. Es lástima que sor Juana (a diferencia de lo que ocurre en el núm. 48 bis) no haya dado a la imprenta el romance del travieso peruano. En el “Ms. Moñino”, el epígrafe dice: “Romance en que responde la autora a don Sebastián Navarrete, caballero del orden de Calatrava, y dándole las gracias de unos búcaros de Chile que le envió”.

3. *quien:* MP corrige: “sin que haya, *ni aun* de limosna” (para evitar el doble relativo, *quien* y *que);* yo prefiero no hacer ese retoque.

10. *oírle* (y también *escucharlo*, v. 13): los pronombres se refieren seguramente a *romance*, aunque sor Juana no escribe tal cosa, sino “vuestros versos”.

18. *fluxibles* (adjetivo inventado quizá por sor Juana a partir de *fluxus):* ‘que fluyen’.

19-20: sor Juana piensa, por lo visto, que Helicona y Aganipe son dos fuentes; pero sólo Aganipe es fuente, consagrada a las Musas, nacida en el *monte* Helicón (Beocia).

21. *números:* en la *Inundación castálida*, por descuido, se repite el *murmurios* del verso anterior; la lección verdadera está en el “Ms. Moñino”; es un caso parecido al que registro en nota del núm. 3, v. 128; la gongorina palabra *números* significa ‘armonía’, ‘musicalidad’ (por ejemplo, *Soledad II*, vv. 536 y 634).

44. *Navarrete:* Sebastián Navarrete, el autor del romance.

49. *copia:* ‘abundancia’.

64. *escarmientos:* como los que escribió Ícaro al caer en el mar.

71. *búcaros:* los “barros” mencionados en el epígrafe (seguramente los de Chile tenían fama de especialmente sabrosos, tal como en España la tenían los de Estremoz, lugar de Portugal).

80. *sagradas mesas:* las de Júpiter y los demás dioses en el Olimpo.

82. *tanto filis:* ‘tanto primor’.

85-88. *el consejo:* el de volverse hombre; es evidente que sor Juana conocía el caso de la monja de Úbeda, a la que le brotó la naturaleza viril un día que hizo “fuerza”; y es muy interesante que para ‘volverse hombre’ haya inventado el verbo *entarquinarse:* Tarquino, el violador de Lucrecia (cf. núm. 154), es el “macho” en toda su brutalidad.

89-92: sor Juana no recuerda bien este cuento de Ovidio: Hermafrodito era un joven normal (llamado así porque sus padres fueron Hermes y Afrodita) de quien se enamoró la ninfa Sálmacis; ésta, viéndose desdeñada, se arrojó un día a la fuente en que se bañaba el muchacho y, tras una súplica a los dioses, le dio un abrazo apretadísimo y de los dos seres humanos se hizo uno solo, dotado de los dos sexos; de ahí en adelante la fuente se llamó *Sálmacis.*

94. *aquí:* al convento (en la *Respuesta a sor Filotea* dice sor Juana que siempre tuvo “total negación al matrimonio”).

100. *común de dos:* al igual que *reo, testigo,* etc., *virgen* se dice de un hombre igual que de una mujer.

115-116: el juego de palabras *Lima/lima* es fácil de entender *(lima* se refiere a los versos bien limados); a juzgar por lo que sigue, algo hizo Navarrete en Lima para que lo desterraran.

120. *se singularicen:* MP pone este verbo en singular; pero creo que, aun a costa de violar la ley de la concordancia, sor Juana quiere decir que el ostracismo fue una medida que se tomó no sólo contra Aristides, sino contra todos los atenienses que se singularizaban (cf. *Respuesta a sor Filotea,* líneas 533 y ss.).

48 bis. *Segundo volumen,* p. 318.

8. *mittere*…: el mandarle un poema suyo a un poeta llamado Severo, dice Ovidio que es "añadir ramas a los bosques".

10-11: los franciscanos se llamaban "mínimos"; sobre *Aganipe* véase el núm. 48, nota al v. 20.

18. el *dios de Dafne* (y *de Delos,* v. 21) es Apolo, en cuya religión, que es la poesía, son herejes quienes no creen en la existencia del Fénix.

23-24: el "corredor de los dioses" es Mercurio; *volador* significa 'cohete', y *triquitraque,* 'petardo'.

27-28: el monte "de dos frentes" es el Parnaso, que tenía dos cumbres; el *jaque,* en lenguaje del hampa, es 'el rufián o matón, que adopta [una] actitud de reto y amenaza' (Corominas); el anónimo poeta hace jaques a las nueve Musas.

31-32. *nones/pares:* el Fénix está *de nones* porque vive solo, sin pareja; en las ediciones antiguas se lee "*pares* no le pido a pares", obvia errata; MP sugiere tímidamente *parces,* pero lo que imprime es *paces;* a mí no me cabe duda de que lo justo es ese *parces,* plural de *parce* ('perdóname' en latín; cf. núm. 25, v. 167).

41-52: características del ave Fénix: se alimenta de rocío (= perlas; según MP, *calabaza* "alude a las perlas de tal forma y nombre", pero no explica de dónde le viene esa información); después de vivir varios siglos, construye una pira de maderas finas y de aromas (canela, sándalo, etc.) y se quema en ella hasta quedar hecha cenizas, de las cuales nace luego la siguiente ave Fénix.

51-52: *Néstor* y *Matusalem,* los viejos por excelencia, en comparación con el Fénix, apenas comienzan a vivir; *metedero* debe de ser lo mismo que *metedor,* 'paño de lienzo que se pone a los niños pequeños debajo del pañal' *(Dicc. de Autoridades).*

59-60: dos famosos peregrinos: el joven Tobías, pero sin el *peje* ('pez') cuya hiel curaría al viejo Tobías de su ceguera, y san Roque, pero sin su *landre* (las escrófulas que padeció).

63-64: *matalote:* quizá lo mismo que *matalón* 'jamelgo'; *matalotaje:* 'bastimento'.

65-68: el 'dios de los caminantes" es Mercurio; "hecho droga", porque el mercurio o azogue se vendía como remedio de las bubas (sífilis); *Arasies* es un enigma; en la primera edición se lee *Ara si es* (tres palabras); en la reedición de 1693, *Ara si-es;* y en la de 1715, *Arasies;* MP, a falta de otra cosa, imprime *Araxes,* que es un río de Armenia.

71: Apolo, el *flamante* ('llameante'), es siempre un joven imberbe.

74. *don Pedro:* el infante Pedro de Portugal, que "anduvo las cuatro partidas del mundo".

79-80: *oriente* es el brillo especial que tienen las perlas; *Occidente* es América; esto prueba que el anónimo poeta era español; su romance está escrito ya en México.

91. *desuellacaras* ('matón'): Hércules, que mató y desolló al león de Nemea.

95. tu *Sueño:* evidentemente, la obra maestra de sor Juana tuvo lectores antes de que se imprimiera (dice ella en la *Respuesta a sor Filotea:* "un papelillo que llaman el *Sueño").*

101-104: se asombra el poeta de que haya un *físico vinagre* (un 'médico torpe') que ordene subir hasta México a quien padece *pasmos* ('desmayos').

107-108: equívoco: *hoja* de papel y *hoja* de espada; Juanes fue un famoso fabricante de espadas.

111. *Monja Alférez:* Catalina de Erauso, que vestida de hombre peleó contra los indios de Chile y fue muy aplaudida (también Juan del Valle Caviedes, poeta peruano, le dice a sor Juana: "Como hubo la Monja Alférez / para lustre de las armas, / para las letras en vos / hay la Monja Capitana").

114. *Laus Deo:* '¡Alabado sea Dios!'

122: *Etiopia:* así se decía en los siglos de oro, y no *Etiopía.*

123-124: *Córdoba:* los dos Sénecas, Lucano, Juan de Mena, Góngora; *Mantua:* Virgilio; *Sulmo* (Sulmona): Ovidio.

129: alusión a la leyenda de los siete durmientes de Éfeso.

49. *Segundo volumen*, p. 320.

4. *triquitraques*: 'petardos' (rayos).

8. *Extravagantes*: los cánones que quedaron sueltos (no incorporados en el código de derecho canónico).

12. *a lo que sabe*: porque nadie ha comido un estofado de Fénix.

13-28: en esta enumeración (halcón, girifalte, etc.) es claro el recuerdo de Góngora (*Soledad II*, vv. 735 y ss.); *mandria* 'simplón', 'tonto'; *marimanta* 'espantajo para asustar niños'; *gavilane*, arcaísmo (cf. la serranilla de la Zarzuela: "Siete días anduve / que no comí pane, / cebada la mi mula, / carne el gavilane"); *trampantojo* 'enredo para engañar'; *boreal*, porque algunas de estas aves son de países septentrionales (Góngora, *loc. cit.*, v. 906, llama "boreal harpía" al gerifalte); *la golosina*, porque las aves que cogían los halcones eran para comer.

31-32: *Sardanapalo* y *Heliogábalo*, grandes glotones.

37. *Plinio*: cf. Quevedo, romance "A vos, ¿y a quién sino a vos…?": quienes creen en el ave Fénix "citan a Plinio" (hay varias reminiscencias del romance de Quevedo que sigue a ése, "Ave del yermo, que sola…", pero no las señalaré).

47: un anónimo estudiante de Alcalá dice en un romance: "Todos cuantos han escrito / hacen del Fénix mención: / *Daca el Fénix, toma el Fénix*, / mas ninguno al Fénix vio" (*Revue Hispanique*, vol. 40, 1917, p. 115).

67-68: *Ceilán* produce zafiros; *Ofir*, oro.

73. *Átropos, Laquesis*: las Parcas (sólo falta *Cloto*).

78. *de portante*: 'a paso rápido'.

83: dos calamidades juntas: pasar mala noche y parir *hija* (¡siquiera hubiera sido *hijo*!); lo curioso es que sor Juana nació de noche, aun que no en Arabia, sino en Nepantla.

88. "plural en vez de singular" (*los refranes* en vez de *el refrán*).

90-92: la *rota* ('derrota') de Roncesvalles hace pensar en Carlomagno y los doce Pares.

116. *se ensalamandre*: 'se vuelva salamandra' (la cual vive en el fuego, tal como el pez en el agua).

126. *rayos solares*: cf. núm. 37, vv. 50-52.

164: tanto en la *Carta al padre Núñez* como en la *Respuesta a sor Filotea* habla sor Juana de la lata que a menudo era para ella la convivencia con las demás monjas.

170. *en mí*: 'de mí'.

176: *despicarse* es 'satisfacerse, vengarse de la ofensa o pique'.

190: en las ediciones antiguas esta palabra está en singular; pero MP, acertadamente, la pone en plural (se refiere a "los poetas" del v. 170, y continúa el "querían" del v. 173).

191. *encerrado*: alusión chistosa al encierro en un convento.

195. *en la invención de la Cruz*: esto querrá decir que el romance anónimo iba fechado en un 3 de mayo, día de esa fiesta.

49 bis. *Fama y Obras pósthumas*, p. 142.

9. *aunque antes*…: la continuación está muy adelante, en el v. 33: *después*…: ‘cierto, ya había Musas antes de vos, pero vos las habéis superado después’.

21-24: corrijo a MP, que dice *instruyendo* en vez de *influyendo*, y *borbotones* en vez de *borbollones*; por otra parte, en la *Fama* se lee *a toda broca* en el v. 21, cosa que no tiene sentido; MP corrige: *a toda broza*; yo creo que la verdadera lección es *boca*, que se relaciona con los *dos carrillos* del v. 22.

24. *espumar*: ‘purificar’.

32: *calescimus*: véase núm. 38, v. 144.

38. *el Pindo*: monte de Tesalia, consagrado a Apolo y a las Musas.

54. *hermandad del Caístro*: el gremio de los poetas (en el Caístro, río de Jonia, en Asia Menor, había muchos cisnes).

56. *Peralvillo*: el peor lugar posible, donde estaba la horca.

57. *las soplasteis*: ‘les quitasteis’.

60. *de anillo*, como los “obispos *de anillo*”, que no eran titulares, sino sólo auxiliares o suplentes.

64. *los villancicos*: género populachero y sin prestigio (salvo los de sor Juana, como se aclara en seguida).

85. *comprenderlas*: ‘abarcarlas’, ‘captarlas en su totalidad’.

105. *dos tomos*: seguramente este romance se escribió a raíz de la publicación del segundo (1692).

125. *oficinas*: ‘talleres de imprenta’.

132. *claro con Dido*: reproche que a menudo se le hizo a Virgilio en el siglo de oro español.

133. *vuestro Sueño*: impreso en el *Segundo volumen*; cf. núm. 48 bis, v. 95.

153: *Arión* y *Orfeo*, músicos por antonomasia.

166. *Buen Retiro*: cf. núm. 46, v. 44.

181. *totum continens*: ‘que lo contiene todo’.

189. *imperceptible*: algo así como ‘inefable’ (cf. *supra*, vv. 93-96).

219-220. *envidar*: ‘apostar’; *primera* y *cincuenta y cinco* aluden a cierto juego de naipes; además, son justamente 55 las cuartetas del romance.

50. *Fama y Obras pósthumas*, p. 150.

3. *de portante*: cf. núm. 49, v. 78.

11-12. *pobre, escondido*: cf. nota al núm. 44, v. 48.

31-32: *Medea*, famosa hechicera; *Tesalia*, tierra de hechiceras.

36. *gatillos*: unas como pinzas que usaban los sacamuelas.

52. *milagros y basiliscos*: alusión oscura para MP (y para mí también).

67. *castalios*: de la fuente Castalia, en Beocia, consagrada a las Musas.

92. *tan fríos*: tan sin gracia.

95-96: cf. núm. 2, nota al v. 25.

103. *plagas*: ‘llagas’ (para provocar lástima).

117: se llama *nesga* el pedazo triangular de tela que se añade a un vestido para darle el vuelo que se requiera.

119. *tabernaria*: porque Talía es la Musa de la comedia.

127-128. *maula*: ‘engaño’, ‘trampa’; *signos* ‘constelaciones’.

131. *soldado pobre*: juego infantil que comienza con la pregunta “¿Qué le das al soldadito pobre?”

143. *filaucia*: ‘amor propio’.

167. *acción inmanente*: que se queda en el mismo que la ejecuta.

180. *Paulo minus*: literalmente, ‘poco menos’; alusión al salmo 8, donde se dice que Dios hizo al hombre apenas “un poco menos perfecto que los ángeles”.

182. *kirkerizar* significa ‘seguir al padre Athanasius Kircher’; no es ésta la única vez que alude sor Juana a la *Combinatoria* de Kircher, donde, por lo visto, se habla de los anagramas; y, al parecer, es mediante algún anagrama como ella ha logrado descubrir el nombre del autor del elogioso romance: ¡el Conde de la Granja! (Véase lo que digo sobre este personaje en un artículo de la *Nueva Revista de Filología Hispánica*, vol. 53, 2005, pp. 88-89.) — El título de la *Combinatoria* de Kircher es *Ars magna sciendi.* En 1661, cierto Alejandro Fabián, mexicano, le pide a Kircher su “*Ars magna* quam *Combinatoriam* appellamus” (Ignacio Osorio, *La luz imaginaria*, México, 1993, p. 11).

51. *Fama y Obras pósthumas*, p. 157.

1. Evidentemente, sor Juana se dirige a los autores de los escritos en prosa y en verso que hay en las primeras cien páginas del *Segundo volumen* (1692).

21. *A regiros por*: ‘Si os hubierais guiado por’.

35. *ratos*: cf. núm. 1, vv. 41-44.

41 y ss.: ‘No tuve más *ayos* (‘maestros’) que mis propias *cogitaciones*’ (‘elucubraciones’, ‘razonamientos’, etc.).

61. *siniestras*: ‘torcidas’, ‘viciadas’.

76. *el pavo*: el pavorreal tiene patas muy feas para que deje de alardear por su lujoso plumaje (‘si yo no me conociera, habría tenido la misma suerte que Faetonte y Narciso’).

93. *Bien así*…: cf. todo el comienzo del núm. 38.

105-108: MP cita el axioma escolástico “Quidquid recipitur, ad modum recipientis recipitur”, que es exactamente lo que dice sor Juana en español.

124. *lo extraordinario*: porque no es cosa de todos los días que una mujer (¡una mujer!) haga versos tolerables.

132. Castorena y Ursúa, editor de la *Fama*, comenta: “Este romance, que […] muestra en la poetisa lo humilde de su genial desconfianza, se halló así después de su muerte, en borrador y sin mano última. No ha parecido convenir que, de muchos ingenios que lo deseaban [!], alguno lo fenezca”.

52. *Inundación castálida*, p. 205.

4. *mejor cielo*: “hipérbole intolerable en rigor teológico” (MP; y lo mismo en el v. 12).

14. *a logro*: como quien compra acciones de una empresa.

27-28: *el Padre* (la primera persona de la Trinidad) usó de *dominio* con el Hijo: le ordenó hacerse hombre, etc.; pero con María usó de *ruego*: la idea parece algo atrevida, aunque MP no lo dice.

53. *Inundación castálida*, p. 212. || “Alegoría ultrabarroca”, dice MP: María es, sucesivamente, la rosa, la abeja y el sol; Cristo, el rocío y el llanto; y el néctar, la leche de María.

2: las abejas nacen de las flores (!), según Aristóteles y Plinio.

8. *pagar en perlas*: cf. Góngora, romance “En un pastoral albergue…”, v. 20: Medoro, herido, yace en tierra, y Angélica, al pasar, se asombra al ver que la hierba “tanta sangre *paga en flores*”.

10. *costumbre*: el rocío matinal.

22. *la*: corrección mía, porque se refiere a la Rosa; todas las ediciones dicen “*le* riega”.

40. *la alienta*: corrección de MP; todas las ediciones anteriores dicen *la engendra*, como dos versos antes (errata del género de las que he señalado en el núm. 3, v. 128, y en el núm. 48, v. 21).

54. *Inundación castálida*, p. 209. || Epígrafe: en la *Inundación* dice “Romance a lo mismo” porque va después de la “Glosa a san José” (núm. 137).

1: la fórmula habitual para proponer una adivinanza era “¿Qué es cosa y cosa?” (y *quesicosa*, o *quisicosa*, acabó por significar ‘adivinanza’).

15. *una esclava*: “He aquí a la esclava del Señor”, dijo María en la Anunciación.

18. *sospechas*: y tan fuertes, que a punto estuvo de abandonar a María, hasta que un ángel lo tranquilizó.

55. *Inundación castálida*, p. 209.

1. *una culpa*: la de haber negado ser uno de los seguidores de Jesús.

9. *examen*: Pedro fue examinado para ver si podía ser gobernante de la Iglesia futura: salió aprobado, justamente por haber mostrado su debilidad humana; un gobernante rígido causa muchos males (es difícil que sor Juana, al escribir esta tercera cuarteta, no haya pensado en la rigidez de su confesor, el padre Antonio Núñez).

20. *os acuerda*: ‘os recuerda’.

56. *Fama y Obras pósthumas*, p. 134. || Sobre este romance véanse mis comentarios *supra*, pp. XXXIV y ss.

9: “término *a quo*” es el término del cual se parte, el origen; se contrapone a “término *ad quem*”, que es el objeto a que se destina; por ejemplo, en la *Crisis de un sermón* habla sor Juana del “término *a quo*” (el que ejecuta una fineza amorosa) y del “término *ad quem*” (el que se beneficia con ella).

57. *Fama y Obras pósthumas*, p. 137. || Véase también *supra*, pp. XXXIV y ss.

58. *Fama y Obras pósthumas*, p. 138. || Epígrafe: en la “tabla” o índice, al final del volumen (p. [214]), se simplifica: “Romance en que califica de amorosas acciones todas las de Cristo señor nuestro sacramentado”.

5: en los siglos de oro era normal *adorar en* en vez de *adorar a*.

7. *la osadía*: la comunión robustece una osadía ya existente.

11-12: Cf. núm. 90, vv. 51-52, donde sor Juana le dice a la condesa de Paredes: “que si yo estuviera en mí, / no estuvierais en mí vos”.

17. *celos*: por si en el corazón hay otro amor.

26. *asistirlos*: estar materialmente en ellos.

37-38: el romance termina con media seguidilla (un verso de 7 sílabas y otro de 5).

59-60. *Segundo volumen*, p. 35. || Buen ejemplo de un juego de ingenio muy típico de la época barroca. Tiene tres partes: *A*, el *programma*, que es un texto previo y conocido; *B*, el *anagramma*, que es una sentencia formada exactamente con las mismas letras que tiene el *programma*; y *C*, el *epigramma*, que desarrolla la idea del *anagramma* y, además, lo incluye, repartiendo el texto aquí y allá, según lo necesite el poeta. — El *programma* elegido por sor Juana es una estrofa del popularísimo himno *Ave, maris stella*; su traducción es: “Tú, que recibiste el *Ave*! de labios de Gabriel, afírmanos en la paz, transformando el nombre de *Eva*” (al aceptar el mensaje del arcángel Gabriel, la Virgen María se hizo madre de Cristo, el cual redimiría el pecado de Adán y Eva: este juego, *Ave/Eva*, se encuentra ya en Gonzalo de Berceo); — el *anagramma* está puesto en labios de María y dice: “Soy hija de Ana, e hija sin mancha; de ahí que yo sea flor y viva honra para el género humano”; — el *epigramma*, hecho en cinco dísticos que obedecen muy bien las estrictas reglas prosódicas del latín, va seguido de una fidelísima traducción en otras tantas cuartetas de romance. El v. 2 del *epigramma* tiene una apostilla marginal: *Virg*., *lib. 11 Aeneid*.; en efecto, en el libro XI de la *Eneida*, vv. 542-543, dice Virgilio que, al consagrarse al culto de Diana, mudó *Camila* su nombre materno, que era *Casmila*. — En la traducción, *Trivia Diosa* es Diana (*trivia* porque en las

encrucijadas solía ponerse una estatua de la diosa); *Gracia* (v. 14): dice Gracián, *Agudeza*, al comienzo del discurso XXXI, que *Ana* quiere decir "gracia y belleza".

61. *Inundación castálida*, p. 200. || Epígrafe: hay que entender "pinta una hermosa proporción con otra hermosa proporción": la de los versos decasílabos con esdrújulo inicial (metro inventado por Agustín de Salazar y Torres, muy admirado por la condesa, de manera que es un halago más que sor Juana le hace); "que aún le remite": la condesa y su marido salieron de México en abril de 1688 y estaban ya en Madrid, pero todavía hubo tiempo para que este maravilloso romance se incluyera en la *Inundación*.

1: que el inmenso cielo azul sirva de lámina para pintar el retrato.

2: *Lísida* es lo mismo que *Lisis* ([María] Luisa).

5-8: los cabellos son cárceles y laberinto (Dédalo) en que quedan presos quienes ven a Lísida; Tíbar y Ofir son regiones productoras de oro (MP cita a Quevedo, "Deja l'alma y los ojos…", vv. 52 y ss.: "Será su sepultura […] mina con sus cabellos, / pues *Tíbar y el Ofir* se gastó en ellos").

9. *Hécate*: aquí es simplemente la Luna, "triforme" por sus fases; pero, tratándose de Lísida, siempre llena.

13-16. *pérsica*: los persas dominaban la técnica del arco y las flechas; pero las flechas que Lísida dispara llevan un dulce veneno.

17. *febeas*: como de Febo (el Sol).

23. *árbitro*: en varios pasajes de este romance hay recuerdos de Góngora; éste es muy claro; dice Góngora (romance "La ciudad de Babilonia…", vv. 54 y ss.) que el rostro de Tisbe era un vaso de claveles y jazmines entreverados, y que "*árbitro* de tantas flores / lugar el olfato obtuvo / en forma, no de nariz, / sino de un blanco almendruco".

29. *lágrimas congeladas de la aurora*: rocío solidificado, es decir, dientes.

33. *cóncavo*…: el hoyuelo de la barbilla.

37. *jardines de Venus*: cf. Góngora, *loc. cit.*, vv. 71-72: los pechos de Tisbe "de los *jardines de Venus* / pomos eran no maduros".

41. *pámpanos*: cf. Góngora, *Polifemo*, v. 353: "*cristalinos pámpanos* sus brazos…"

43. *ayunos*: los "deseos" (palabra, aquí, cargada de erotismo) se quedan ayunos, como Tántalo; MP cita unas palabras de Gabriel de Bocángel (1627): "Si me mandasen pintar al amante, dibujaría yo a Tántalo, el cual siempre quiere alcanzar la manzana y beber, pero nunca bebe ni alcanza".

49-52. *cintura*: estrecha, como el Bósforo; *zona* significa 'cinturón' en latín; la suave seda que cubre las caderas se vuelve "rígida" porque no quiere que otros toquen esas dulces redondeces (sor Juana llega más lejos que Góngora, que en el retrato de Tisbe, al llegar a este punto, dice sólo: "el *etcétera* es de mármol").

61. *plátano*: no el banano, por supuesto, sino el alto y frondoso árbol del Viejo Mundo llamado *platane* en francés y *plane tree* en inglés.

67. *cítara de Apolo*: así se llama el libro (póstumo) en que se publicaron las obras de Salazar y Torres, el inventor del metro en que está escrito el presente romance.

62. *Segundo volumen*, p. 305.

4. *ha cerrado*: en las ediciones antiguas se lee "*han* cerrado", pero yo corrijo: el sujeto de "*ha* cumplido" y de "*ha* cerrado" es *el día* [del cumpleaños] (v. 1); MP imprime "*han* cumplido" y "*han* cerrado".

10. *dísticos de*…: en las ediciones antiguas se lee "dísticos no, de elegantes poemas", donde sobra una sílaba; MP suprime el *de*; yo creo que es mejor suprimir el *no* (repetición mecánica del *no* del verso anterior).

13-16: hay que leer: “Tu nobleza está vinculada con el esplendor de los Sénecas y Césares antiguos”.

23. *el Tracio*: Orfeo.

25. *Édipo*: es la acentuación correcta (la etimológica).

29: *Júpiter*, para desahogar su envidia, prepara una gran tormenta y empuña los rayos de que lo provee la isla de *Líparis*, junto a Sicilia.

40. *te cediera*: el lector se pregunta quién sería este super-Píndaro y super-Góngora (pero sor Juana contestaría que, como cualquier poeta contemporáneo suyo, también ella sabía manejar la hipérbole).

42-43: *Helicona*, *Aganipe*: véase la nota al núm. 48, vv. 19-20.

64. *súmulas*: manual elemental de lógica.

66. *comprendan*: ‘abarquen’, ‘incluyan’.

73-76: *Néstor*, el longevo personaje homérico; *Fúcares*, los riquísimos alemanes Fugger, banqueros de Carlos V; *Átalo*, rey de Pérgamo, cuyas riquezas fueron proverbiales.

63. *Segundo volumen*, p. 307. || Tras los dos romances decasílabos viene éste, endecasílabo (luego habrá otro: núm. 65); pero está hecho en forma de “laberinto”, juego de ingenio no infrecuente en la época ultrabarroca (MP cita uno de Agustín de Salazar y Torres); hay varias formas de laberintos, pero en todas tiene gran importancia la tipografía; no son recitables, ni mucho menos cantables: se hacen para deleite de los ojos. El presente laberinto se lee “tres veces”, como dice el epígrafe, o sea que admite tres lecturas: “Amante, caro, dulce esposo mío…” (romance endecasílabo), “Caro, dulce esposo mío…” (romance octosílabo) y “Dulce esposo mío…” (romance hexasílabo); cada una de las lecturas (con pocas excepciones) hace sentido completo.

7-8: leídos estos versos como hexasílabos se entienden, sí, pero de manera borrosa; es preciso leer los versos enteros, donde la condesa dice: “Te tengo dos regalos: para tu pecho una rica joya, que es mi corazón; para tu cuello unas dulces cadenas, que son mis brazos”.

17-18: hay que leer, naturalmente, *del cariño* y *del afecto*; la separación *de-el* es para no perjudicar la lectura del romance hexasílabo.

31. *calmen*: MP sospecha que es errata en vez de *clamen*; yo no lo creo: *calmen*, que indica inmovilidad, va con *parados* y *suspensos*.

64. *Segundo volumen*, p. 308. || Debe de haber sido bastante lucido este festejo (¿qué habrá dicho de él el padre Núñez?) y, con sus seis partes (núms. 64-69), debe de haber durado un buen rato. El primer romance sirve de introducción y dedicatoria.

5. *María*: María Luisa, la virreina.

11-12. *deidades*, *indulgencias*: expresiones merecedoras de censura inquisitorial (MP).

13. *Cerda*: cf. nota al núm. 14, v. 73.

15: *águila mexicana*, sometida a los virreyes; de “dos cabezas”, dice MP, “por imperial” (cosa que para mí no es clara).

21-22: ‘para parecerse más a sus ilustres antepasados’ (cf. núm. 22, v. 26).

25-26: el marqués, como explica MP, había participado en las negociaciones que precedieron a las bodas de Carlos II (león español) con María Luisa de Orleáns (lis francesa).

30. *aquel rey*: Alfonso X, el Sabio.

41. *cielo de Medina*: cf. núm. 13, v. 17.

62. *los orbes once*: las esferas concéntricas de la cosmología ptolemaica; sobre María Luisa retratada en el cielo, cf. el principio del núm. 61.

63. hay que entender “*les* sirva”.

73. *Cintia*: Diana, la diosa cazadora.

77 y ss.: alusión al juicio de Paris: si María Luisa se hubiera hallado en el monte Ida, habría desbancado a Juno, Minerva y Venus.

91: alusión al hermoso cuento de Psique y Cupido.

93. *Gonzaga*: apellido de los príncipes de Mantua, de cuya estirpe descendía María Luisa.

102. *equivocadas*: confundidas, indistinguibles unas de otras.

111. *ingenerable*: en la teoría aristotélico-escolástica, la materia del firmamento es eterna e inmutable.

65. *Segundo volumen*, p. 311. || El *turdión* era danza cortesana europea (*tordiglione* en Italia, *tordion* en Francia, según documentación de MP).

1-8: contraste entre las *plantas* del virrey, que son majestuosas, y las pisadas (*estampas*) de la virreina, que son breves, como de una hada (la tierra es indigna de ellas, pero las usurpa).

9. *llegue*: el sujeto de este verbo está en el v. 11 (*el labio*).

23-24: alusión al atrevimiento de Ícaro y de Faetonte.

26. *majestad*: aunque el virrey, bondadosamente, se presente sin mucho fasto, es imposible dejar de venerarlo.

30. *flagrante*: 'que resplandece como llama' (*Diccionario de Autoridades*); en las ediciones antiguas se lee *fragrante*, y MP imprimió *fragante*, aunque estuvo tentado a hacer la enmienda que yo hago.

66. *Segundo volumen*, p. 312. || *Españoleta* es nombre de un baile; en el presente caso designa un metro inventado a comienzos del siglo XVII, en el que alternan versos de 10 y 12 sílabas, con asonancia de romance: "Mari-Zápalos bajó una tarde / al verde sotillo de Vaciamadrid…". El metro de las coplas de Mari-Zápalos tuvo enorme éxito: llega hasta Bécquer ("Yo sé un himno gigante y extraño…") y Salvador Díaz Mirón ("Cuando vienen a mí esos recuerdos…"). En muchas de las imitaciones (por ejemplo ésta de sor Juana), como en homenaje a las coplas originales, la asonancia es *–í*.

3-4. *esfera corta, pequeño pensil*: el convento de San Jerónimo.

6. *rayos de Ofir*: los cabellos de oro de María Luisa.

10. *soles de zafir*: sus ojos azules.

20. *ardor varonil*: Hércules, en la cuna, mató a dos serpientes enviadas por la antipática Juno.

67. *Segundo volumen*, p. 313. || Hay casos de bailes que cruzaron el Atlántico en sentido contrario: bailes que tenían algo de americano; el *Panamá* es uno de ellos. El baile de Lope de Vega que comienza "¿De dó viene, de dó viene?" presenta a un indiano rico que llega de Panamá a Madrid. El *panamá* de sor Juana tiene de particular el estar dedicado exclusivamente a "la divina Lisi".

5. *Mantua*: cf. núm. 64, nota al v. 93.

14. *Cintia*: Diana, diosa arquera.

18. *apellida*: 'proclama'.

68. *Segundo volumen*, p. 314. || Las jácaras, que tratan de rufianes, valentones y demás gente *non sancta*, son un género en que se distinguió Quevedo ("Ya está guardado en la trena…", "Zampuzado en un banasto…"). Sor Juana hizo jácaras "a lo divino" en sus villancicos, por ejemplo en los de Asunción de 1676, donde la valentona es la Virgen María, pues "a puntapiés / no hay demonio que la sufra"; pero esta jácara del festejo no tiene nada de eso; es un simple romance octosílabo en loor del Júpiter y la Juno que se han dignado visitar el convento.

12: *Chipre*, la isla donde nació Venus.

13: *Belona*, diosa guerrera.

27: *Iole* (Íole), amante de Alcides (Hércules).

32. *lisonjas*: 'placeres'.

37. *su dueño*: según MP, puede designar al “patrono” del convento, o bien a la priora.

69. *Segundo volumen*, p. 315. || Otro romance dedicado únicamente a la virreina.

13: el apellido materno de María Luisa era *Manrique de Lara*.

70. *Segundo volumen*, p. 349. || Siguen cinco romances hexasílabos (núms. 70-74).

9. *si acabas*: cf. Garcilaso, soneto “Cuando me paro a contemplar mi estado…”, vv. 7-8: “sé que me acabo, y más he yo sentido / ver acabar conmigo mi cuidado”.

24. *con ella*: con la vida.

32: *él*: ese amor.

49. *villana*: la memoria.

56. *contextas*: ‘confrontas’, ‘cotejas’ (el mismo verbo aparece en *Los empeños de una casa*, acto I, v. 387).

59. *dijo*: el sujeto es *mi cielo* (v. 35).

75-76: el amante teme que el ser amado, al ausentarse, lo olvide y ame a otro (tópico muy frecuente en la poesía de los siglos de oro).

92. *aquélla*: la mudanza; *ésta*: la firmeza.

71. *Poemas de la única poetisa americana*… (reedición de la *Inundación castálida*, 1690), p. 164. || Epígrafe: estos versos no son “redondillas”, sino un romancillo que hace juego con el núm. 72; los dos son letras para *bailes*. En el “Ms. Moñino” el epígrafe es: “Letrilla para cantar por versos que llaman *El Cardador*”.

1-4: *cardador* es el que carda la lana, pero *gente de la carda* “se dice de los que son de una cuadrilla de valentones o rufianes” (*Diccionario de Autoridades*). En la ensaladilla de los villancicos de san Pedro, 1683, hay un cardador de comienzo igual: “A san Pedro canto, / tengan atención / porque es de la carda, / por el cardador”.

6: la rubia cabellera de Belilla es tan abundante como la famosa de Absalón.

9-12: “el único renglón que Amor escribió en toda la plana de su frente (sin arrugas), fueron las cejas” (explicación de MP).

14. *ábate que voy*, giro equivalente a “¡Abran cancha!”

35. *cierta persona*: por ejemplo el padre Antonio Núñez, hombre de condición tan estrecha, que por eso no quiso sor Juana seguir siendo su “hija espiritual” (¿cómo no imaginar que en él pensaba al escribir este verso?).

39-40. *polevi* o *ponlevi* (del francés *pont-levis* ‘puente levadizo’) era “el tacón de madera que traían las mujeres, aforrado en el mismo cuero de que era el zapato” (*Dicc. de Autoridades*); era una prenda fina; aquí le hace contraste el *ramplón* ‘zapato tosco’.

72. *Poemas de la única*…, p. 165. || Epígrafe en el “Ms. Moñino”: “Letra para cantar por el son [de] *San Juan de Limas* que llaman”. En la ensaladilla de los villancicos de san Pedro, 1683, hay otro *San Juan de Lima*, pero está en octosílabos.

7: *agros* (en vez de *agrios*) era palabra normal; “San Juan de *Lima*” le queda bien a Gila.

14. *afectar*: en todas las ediciones se lee *afeitar* ‘maquillar’; en el “Ms. Moñino” se lee *afectar* (la frente tiene pretensiones de jazmín, pero es azahar, flor agria).

19-20: (*al*)*caparrosa* y *agallas* eran ingredientes indispensables de la tinta.

43. *experimenta*: en todas las ediciones se lee *experimentan*; en el “Ms. Moñino” está en singular: no se refiere a los ojos, sino al coturno (el “coturno de oro” viene a ser una “píldora dorada”).

73. *Inundación castálida*, p. 181.

9. *torno*: el giro del sol alrededor de la tierra.

13. *signos*: del zodíaco.

33: raro hipérbaton, por “¿Quién duda que el tiempo…?”

65: Alejandro Magno, *gentil* (‘pagano’), deploró que el mundo fuera tan pequeño para sus ánimos de conquistador.

70. *pisar luceros*: estar en la gloria celestial.

81: *aquel*: Jesucristo; el virrey nació el 24 de diciembre de 1638.

74. *Inundación castálida*, p. 135.

37. *tus partes*: ‘tus cualidades’, ‘tus excelencias’.

91. *Numa*: Numa Pompilio, rey y legislador prehistórico de Roma.

98. *Clicie*: cf. núm. 17, v. 46.

75. *Segundo volumen*, p. 344. || Siguen ahora cinco romances heptasílabos (núms. 75-79). Las *endechas* eran propiamente los romances hexasílabos, porque en este metro se cantaron sucesos funestos (“Señor Gómez Arias, / doléos de mí…”, “Los comendadores, / por mi mal os vi…”); pero el rótulo se aplicó asimismo a los heptasílabos.

6. *el rapaz archero*: el Amor.

14. *el señor de Delos*: Apolo; aquí, el Sol.

34. *padrones*: ‘inscripciones’, ‘lápidas’.

37. *segunda Troya*: imagen ampliamente desarrollada en el núm. 100.

41-42: las puntas emponzoñadas de las flechas.

66. *supuesto*: ‘sobreentendido’.

72. *contextos*: cf. núm. 70, v. 56.

76. *Segundo volumen*, p. 346.

15. *breves treguas*: la ausencia de Fabio está a punto de acabar con la vida de su amante.

19. *moribundo cisne*: los cisnes son mudos; pero, cuando sienten que van a morir, prorrumpen en un canto dulcísimo; con esta patética imagen (muy frecuente en los siglos de oro) comienza Ovidio la carta de despedida de Dido a Eneas (*heroida VII*).

34. *amorosa*: la primera edición dice “haz *amoroso* estampa”; sigo el texto de la segunda (1693).

38. *equivocadas*: ‘de tal manera, que no se sepa si son las tuyas o las mías’.

51. *óbolo*: la moneda que se le daba a Caronte, el barquero que llevaba las almas de los muertos a través de la laguna estigia.

60. *tierra organizada*: el cuerpo.

63. *padrón*: ‘certificación’.

77. *Segundo volumen*, p. 347. || Epígrafe: cf. el comienzo de la *Soledad I* de Góngora: “náufrago y *desdeñado*, sobre *ausente*”.

5. *Filis*: nombre que alterna con *Lisi* (cf. núm. 19, v. 2); MP afirma que la *Filis* del presente romance es otra (“sin posible nexo”). Yo, en cambio, creo que es la misma; lo que pasa es que sor Juana explora todo cuanto hay y cuanto puede haber a causa de la separación de los amantes, y una posibilidad es el *desdén*.

7-8: esta idea se desarrolla ampliamente en las liras “A estos peñascos rudos…” (núm. 213).

78. *Inundación castálida*, p. 45. || Epígrafe: en la *Inundación*, en vez de lo que pongo entre corchetes, se lee: “el mismo asunto”, porque el romance sigue inmediatamente a las liras “A estos peñascos rudos…”

18. *vuestras puentes*: en castellano se decía *la puente*; el masculino se impuso en época reciente.

22. *confusamente*: sin que pueda distinguirse entre suspiros y lágrimas.

98. *Lete*: el río del Olvido.

79. *Segundo volumen*, p. 347.

80. *Segundo volumen*, p. 327. || Epígrafe: “la misma”, porque va en seguida de la pintura de la condesa de Galve (núm. 41); no son *endechas*, sino seguidillas.

5-7: Ulises es *sutil* (‘astuto’); Alejandro es *largo* (‘dadivoso’).

19. *guerras civiles*: ¿por si alguno pretende ser más hermoso que el otro?

23. *Anibal*, en los siglos de oro, era palabra aguda; y, como Aníbal, también la nariz de Elvira se opone a *roma*.

25-28: creo que ningún otro poeta del siglo de oro menciona la guerra de las dos Rosas: la roja de *Alencastro* (Lancaster) y la blanca de *Ayorca* (York); quizá sor Juana debió esta noticia a la duquesa de Aveiro, que se apellidaba Alencastre.

32. *aliento*: ‘ánimo’ en los héroes; ‘perfume’ en Elvira.

35: *Hércules* fue sustituto temporal de Atlante, el que carga sobre la nuca la bóveda celeste.

37: *Scévola* metió la mano en las brasas para castigarla por no haber dado muerte a Porsena, que asediaba a Roma.

81. *Segundo volumen*, p. 348. || Epígrafe: son “irregulares” porque no constan (como es regla) de tres heptasílabos y un endecasílabo, sino de cuatro heptasílabos y un decasílabo, siempre bipartido.

1. *dueño*: así se le decía a una dama joven; la *dueña* era una mujer madura, o una vieja.

7: en el *Segundo volumen* y en MP se lee “si puede *lamentarse*”, lo cual no tiene sentido (véase lo que dice MP en la nota); el texto que yo doy es el que se lee en el “Ms. Moñino”; *lamentarse* debe de ser errata por *alentarse*.

13-15. *mi precipicio*: ‘mi caída’, como la de Faetonte (“venganza al fuego”), como la de Ícaro (“nombre a los mares”).

37. *vale* ‘adiós’ (en latín).

39. *con fe y amor*: así el “Ms. Moñino”; en el vol. impreso, *mi fe y amor* (“te prometo siempre quererte” es mejor que “te prometo mi amor”).

82. *Inundación castálida*, p. 192. || MP corrige “Endecasílabo romance” e imprime “Endechas reales”; este segundo rótulo es mucho más frecuente que el otro para designar el romance hecho de cuartetas de tres heptasílabos y un endecasílabo; pero el rótulo *romance endecasílabo* no era raro (cf. mis *Cuatro ensayos sobre arte poética*, México, 2007, pp. 106-107).

7-8. *rayos, atrevimientos*: nueva alusión a Faetonte; y también a Ícaro, en el v. 28.

83. *Inundación castálida*, p. 193.

1-4: cf. núm. 18, vv. 45-46, pasaje que nos deja ver la misma susceptibilidad e irritabilidad en la divina Lisi.

5-8: el *esperar* del v. 5 es ‘aguardar’, y el del v. 8 es ‘tener esperanza’, ‘aspirar a algo’ (el juego se repite en los vv. 13-16).

29. *Baste ya…*: no es descabellado pensar que de este mismo incidente surgió uno de los más hermosos y conmovedores sonetos de sor Juana: “Esta tarde, mi bien, cuando te hablaba…” (núm. 164).

84. *Segundo volumen*, p. 300. || Aquí comienzan las 16 composiciones en redondillas (núms. 84 a 98 bis).

1-4: como hay otras señales de que sor Juana leyó a Quevedo, puedo decir que estas redondillas parecen “inspiradas” en las de Quevedo que comienzan “Este amor que yo alimento…”; las dos composiciones son cadenas de “agudezas”.

28. *tal vez*: ‘a veces’ (también v. 53).

37. *sufrida*: ‘paciente’.

105-106: ‘Todo cuanto acabo de decir no es sino parte de mi tormento’.

85. *Inundación castálida*, p. 14. || Epígrafe: MP pone el de la 2ª edición y de todas las subsiguientes: "*Enseña modo con que la hermosura* solicitada…"; el cambio se hizo seguramente para que el lector no entendiera que sor Juana misma confesaba haber sido "solicitada".

3-4: se puede pensar que el solicitante es el personaje que en otras composiciones se llama *Silvio*; pero aquí no hay repulsa, sino esfuerzo por llegar a un arreglo "civilizado".

9-10. *obligación*: cf. núm. 4, vv. 17-20.

86. *Segundo volumen*, p. 299.

5. *extrañeza*: 'esquivez'; lo que aquí dice la poetisa, en contra de la opinión de Silvio, es que la mujer es tanto más hermosa cuanto más inaccesible.

32. *me causas el amor*: fundándose en este verso, dice MP que aquí habla una mujer enamorada de Silvio; yo no lo veo así: la situación es hipotética: '*si* tú tuvieras razón, me bastaría enamorarme de ti para excusar la contienda de las tres diosas en el juicio famoso' (Paris me daría a mí la manzana).

39-40. *hermosura*, *amor*: las dos cosas son hipotéticas.

87. *Inundación castálida*, p. 111. || Compárese el epígrafe con el del núm. 61. Estas redondillas son un retrato (una "pintura") a base de símiles tomados del vocabulario musical, que ha dado materia a la agudeza con que termina cada redondilla. No vale la pena dar explicaciones; pero el lector interesado tiene que ver la edición anotada de estas redondillas por Manuel Corripio Rivero en la revista *Ábside*, vol. 27 (1963), pp. 479-496.

88. *Segundo volumen*, p. 298. || Juzgando tal vez demasiado mundanas y frívolas estas redondillas, MP piensa que sor Juana las escribió cuando era "dama de Palacio", antes de ser monja. El epígrafe no es muy claro; parece haber habido un desafío: quien habla (que puede ser hombre o mujer) ha cumplido su parte ("el romance que debo", v. 27), pero el otro (o la otra) se niega ahora a "pagar" (v. 8). El *Pidiendo* con que comienza el epígrafe significa en tal caso 'Exigiendo', 'Reclamando'.

23-24: la persona que habla le daba a la otra una *cruz*; en vista del incumplimiento, ahora se la va a poner, como se la ponemos al diablo cuando se
nos aparece (interpretación de MP).

28. *non debiera*: arcaísmo que sor Juana, por juego, usa en varias composiciones, y que MP le "corrige".

88 bis. *Enigmas ofrecidos a la Casa del Placer*, edición de A. Alatorre, México, 1994, pp. 107-145. || Sobre esta obra, véase *supra*, p. XXIX, donde se explica también quién es "Martínez López".

1-4: en mi edición de los *Enigmas*, pp. 49-50, sugerí que la solución de este primero era *la esperanza*, y lo comparé con el soneto "Diuturna enfermedad…" (núm. 151); la esperanza es una enfermedad que nos está matando todo el tiempo: es *homicida*; es "piadosamente ingrata" porque, como dice el soneto, parece estar en nosotros "por conservar la vida", cuando en realidad lo que ella quiere es "dar más dilatada muerte" (esconde bajo el velo de la compasión su radical ingratitud); finalmente, la esperanza "muere cuando da vida": cuando alguna vez conseguimos lo que esperábamos, ella muere: cede su lugar a la certidumbre, a la posesión.

5-8: cf. las redondillas "Pedirte, señora, quiero / de mi silencio perdón…" (núm. 91), donde se juega con la oposición del *callar* y el *decir*.

9-12: cf. *Los empeños de una casa*, II, vv. 413-417: de las penas de amor, la más grave es la falta de correspondencia, "puesto que es el *mayor mal*"; y *Loa del primogénito*, vv. 372-373: "Amar y no padecer, / ¡no puede ser!"

13-16: en mi edición, pp. 50-51, menciono la solución de Gabriel Zaid a este cuarto enigma: "Creo que es la fama, que vuela (por eso sus ecos son «veloces»); que es «dulce» para el apetito de

ser; que saca de rumbo como una «sirena»; que es «atroz» por insegura; aunque se paladea como certidumbre («el seguro») del navegante, «guarda el peligro en su voz», que conduce al naufragio". Creo que Zaid está en lo justo; añadiré que sor Juana sufrió en carne propia los efectos perniciosos de la fama ("dísteme aplausos para más baldones"). Véanse las notas de los núms. 146 y 150; también mi edición de la *Carta al padre Núñez* (*Nueva Rev. de Fil. Hispánica*, vol. 35, 1987, pp. 647-650). Muchos sorjuanistas han notado cómo se auto-rretrata sor Juana en el personaje de Leonor, de *Los empeños de una casa*: "Inclinéme a los estudios / desde mis primeros años…", etc.; pero creo que no todos han percibido la hondura dramática de su relato; la vida le sonreía a Leonor, todos la aplaudían ("voló la fama parlera" = "dulces ecos veloces"), pero ¡qué peligro guardaba la atroz sirena en sus cantos!, ¡qué desventuras le ha acarreado! (Martínez López encuentra *dulces ecos* en tres lugares de la obra de sor Juana.)

17-20: cf. núm. 5, vv. 33-36: "¿Qué mucho / si mis errores conciben / la esclavitud como gloria, / y como pensión lo libre?"; cf. también el núm. 99, vv. 1-10, y todo el núm. 104, donde se contraponen dos formas de amor: "por elección del arbitrio" (o sea de la razón) y por inclinación de la voluntad.

21-24: cf. *Loa al primogénito*, vv. 463-465: "Que amor no sea cuidado, / siendo una pasión tirana, / ¡no puede ser!"

25-28: cf. núm. 56, vv. 45-48: "Tan precisa es la apetencia / que a ser amados tenemos, / que, aun sabiendo que no sirve, / nunca dejarla sabemos".

28: cf. núm. 7, vv. 85-88: "…una vez proferidos / insultos enamorados, / mejor que lo arrepentido / suele quedar lo obstinado"; y núm. 17, vv. 37-38: "…añadiendo lo obstinado / a la culpa de atrevido".

29-32: cf. núm. 56, vv. 61-64 y 71-76: "…soy yo misma / verdugo de mis deseos, / pues, muertos entre mis ansias, / tienen sepulcro en mi pecho […]; la misma muerte que vivo / es la vida con que muero. / Pero valor, corazón, / porque en tan dulce tormento, / en medio de cualquier suerte / no dejar de amar protesto"; cf. también el núm. 84 ("Este amoroso tormento…").

33-36: la idea que se expresa en este enigma aparece muy a menudo en la obra de sor Juana; cf., por ejemplo, el soneto "Yo adoro a Lisi, pero no pretendo…" (núm. 179), y *Amor es más laberinto*, I, vv. 343-354, parlamento de Lidoro a Fedra, que termina: "…hay esperanza que vive / de no tener esperanza".

37-40: cf. núm. 91, vv. 9-12: "…en mi amorosa pasión / no fue descuido ni mengua / quitar el uso a la lengua / por dárselo al corazón".

41-44: "Cuando se recibe algún grande pesar, acuden los espíritus vitales a socorrer la agonía del corazón que desfallece, [lo cual suspende] todas las acciones y movimientos, hasta que, moderándose el dolor, cobra el corazón alientos para su desahogo y exhala por el llanto aquellos mismos espíritus que le congojan por confortarle" (*Crisis de un sermón = Carta athenagórica*, líneas 281-288); cf. también "Mandas, Anarda, que sin llanto asista…" (núm. 177) y el final de "Esta tarde, mi bien, cuando te hablaba…" (núm. 164).

45-48: cf. las redondillas en que sor Juana "describe los efectos irracionales del amor", núm. 84, sobre todo vv. 13-24.

49-52: cf. las décimas (núm. 100) en que se alegoriza la derrota de la razón; y también núm. 173, vv. 9-10: "¿Vesme seguir sin alma un *desatino* / que yo misma condeno por extraño?"

53-56: cf. núm. 142: "Cuando el amor intentó / hacer tuyos mis despojos, / Lisi, y la luz me privó, / me dio en el alma los ojos / que en el cuerpo me quitó…", etc.

57-60: dice Martínez López: "El amor es racional atención cuando el temor resiste a los excesos del amor pasional o afectivo [cf. núm. 104], fortaleciendo así la razón"; sobre el *miedo* que ayuda al *denuedo*, remite al núm. 85, vv. 9-12, y a las décimas "Dime, vencedor rapaz…" (núm. 99).

61-64: Martínez López: “El amor es luz de tan bello poder [cf. núm. 104, v. 46: “constriñe a obedecer”] como las estrellas (que rigen o inclinan los destinos humanos), y ciega la luz de la razón, como el sol ofusca [*desalumbra*] los ojos”.

65-68: cf. núm. 75, vv. 45-48: “…las cercenadas voces / que, en balbucientes ecos, / si el amor las impele, / las retiene el respeto”; y cf. *supra*, nota a los vv. 5-8.

69-72: véase *supra*, nota a los vv. 53-56.

73-76: Martínez López, que relaciona este enigma con el de los vv. 57-60, cita los vv. 25-28 del núm. 84 (“Siento mal del mismo bien…”, etc.), y remite a los núms. 85 y 104.

77-80: cf. núm. 75, vv. 21 y siguientes: “…las flechas que en mi pecho / tu resistente nieve / les dio mayor esfuerzo, / vueltas a mí las puntas, / dispuso Amor soberbio / sólo con un impulso / dos alcanzar trofeos […]. / Mi corazón lo diga, / que, en padrones eternos, / inextinguibles guarda / testimonios del fuego”; y también núm. 177, vv. 5-6: “Amor, señora, sin que me resista, / que tiene en fuego el corazón deshecho…”, etc.

89. *Segundo volumen*, p. 303. || 2. *permitir*: cf. núm. 19, v. 17.

9. *tu copia*: ‘tu retrato’.

28. *indecencia*: ‘rebajamiento’.

48. *tu noticia*: ‘basta que se sepa que existes’.

86. *purgas*: ‘purificas’, ‘limpias’.

90. *exenta*: ‘libre’.

93-96: cf. núms. 77 (vv. 7-8), 180 y 181.

108. *dureza*: ‘esquivez’.

90. *Inundación castálida*, p. 180. || En el romance “Por no faltar, Lisi bella…” (núm. 17, vv. 25 y ss.), sor Juana rechaza enfáticamente la idea de que su cariño se interprete como obligación social; en estas redondillas, el sentimiento es parecido.

12. *se equivoque*: ‘se confunda’.

13-36: cf. la loa que precede a *Los empeños de una casa*, y el *Sainete I*, entre los actos I y II de la misma comedia.

91. *Segundo volumen*, p. 301.

25. *loco*: MP cree que es errata, y corrige: *loca*; pero quizá no sea errata: en varias poesías de sor Juana, la voz enamorada corresponde a un varón, y a un varón le está mejor que a una mujer la declaración que sigue: “en tus dichosos amores”; puede ser que en los vv. 50-52 se le haya olvidado esa ficción a la autora.

35. *sagrado* (sustantivo): ‘refugio’.

58. *precito*: ‘condenado’.

92. *Inundación castálida*, p. 85. || Epígrafe en el “Ms. Moñino”: “Romance [*sic*] a los hombres, persuadiéndoles no acusen a las mujeres de frágiles”. Sobre estas famosas redondillas vale la pena leer la larga nota de MP en su edición, y también, tal vez, mi artículo “Las redondillas de sor Juana contra los hombres necios: un siglo de fama (1818-1910)”, en el volumen *De amicitia et doctrina: homenaje a Martha Elena Venier*, ed. L. F. Lara *et al*., El Colegio de México, 2007, pp. 45-76.

19-20: *Thais* y *Lucrecia* son, respectivamente, paradigmas de la mujer licenciosa (“cortesana”) y de la matrona heroicamente casta.

68: “Mundo, Demonio y Carne”, según el *Catecismo* del padre Ripalda, son los “enemigos del alma”.

93. *Segundo volumen*, p. 107. || Curiosa burla, viniendo de una monja, o sea de una virgen. (¡Claro que sor Juana era bonita!)

94. *Ibidem*.

95. *Ibidem*. || Ciertamente, Pedro Manuel de Asuaje, padre de sor Juana, no fue hombre "honrado", pues abandonó a su concubina, Isabel Ramírez, dejándola con tres hijas pequeñas, la menor de las cuales se llamó Juana Ramírez (no "de Asuaje"). MP dice que este epigrama es "tan sangriento, que nos duele en sor Juana". A mí me parece admirable no sólo el respeto a la memoria de ese hombre a quien sor Juana quizá no llegó a conocer, sino también el valor que demostró al dar a la imprenta semejante epigrama.

96. *Segundo volumen*, p. 198.

3-4: normalmente, es primero ser *capitán* que ser *reformado*, o sea 'emérito'; pero don Juan necesitaría ser primero *reformado*, o sea 'de costumbres decentes'.

7-8: montar *a la jineta*, o sea "recogidas las piernas en los estribos, al modo de los africanos" (*Dicc. de Autoridades*), sólo saben hacerlo los muy expertos; montar *a la brida*, en silla de estribos largos, cualquiera lo hace. Cf. Góngora, "Desde Sansueña a París", vv. 65-68, donde el señor Pierres le dice a Melisendra: "Venturosa fuiste tú, / que tuviste en esta era / un moro para la brida / y otro para la jineta"; o sea que Melisendra, como explica Antonio Carreira, "tuvo la suerte de ser «cabalgada» de todas las maneras posibles". (Pero en el epigrama de sor Juana no hay insinuación obscena.)

97. *Ibidem*. || También este epigrama le parece a MP "punzante y acre"; yo no creo que esté dirigido a un sargento de carne y hueso; me parece más bien un chiste anodino; en el v. 8, *argento* es 'plata', 'dinero'.

98. *Fama y Obras pósthumas*, p. 132. || Urbano VIII, papa de 1623 a 1644, fue poeta latino muy celebrado; sus composiciones siguen, en general, los preceptos de la prosodia clásica, pero en ésta, que comienza "Ante oculos tuos, Domine, culpas nostras ferimus…", imita la hechura de los salmos, según la traducción latina de la Vulgata. Castorena, en la *Fama*, imprime a dos columnas el texto latino y la traducción de sor Juana; cada redondilla corresponde a un "versículo" del original. Hubo varias otras traducciones, una de ellas, la de Gabriel del Corral, elogiada por Lope de Vega (ed. J. M. Blecua, p. 1369).

13-14: fuerte hipérbaton: hay que leer: "Sentimos el duro castigo que hemos merecido por nuestros pecados".

18. *la naturaleza*: entiéndase 'nuestra naturaleza', 'nosotros'.

42: otro hipérbaton; hay que entender: "nos des ese perdón que sólo tú puedes dar".

99. *Segundo volumen*, p. 294. || Aquí comienzan las 36 composiciones en décimas (núms. 99-134).

1. *vencedor rapaz*: Cupido (el Amor).

19-20: *voluntad* y *consentimiento* corresponden a *inclinación* y *albedrío* (vv. 13-14).

21. *en dos partes*: cf. Calderón, *Los encantos de la culpa*: "En dos mitades estoy / partido…", y *Amado y aborrecido*: "En dos mitades partido / siempre el corazón ha estado…"; y también Salazar y Torres, *El encanto es la hermosura*: "…ya mi agravio, / en dos partes dividido…"

31. *te vía*: 'te veía'.

100. *Inundación castálida*, p. 112.

13. *Paladión*: esta palabra procede de *Palladium*, la estatua de Palas (Minerva) que protegía a Troya; abundan en la literatura de los siglos de oro las menciones del *Paladión* para designar al famoso "caballo de Troya". Por ejemplo, la Dueña Dolorida recuerda haber leído "aquello del Paladión de Troya, que fue un caballo de madera…", etc. (*Quijote*, II, cap. 41).

31. *Casandra*: hermana de Héctor; Apolo le dio el don de profecía a cambio de sus favores, pero ella no cumplió, y entonces Apolo hizo que los vaticinios de Casandra, siempre verídicos, no fueran creídos (o fueran mal entendidos); en esta alegoría, Casandra es la Razón, que ahora "lamenta los no

creídos / desastres que adivinó". Se mencionan después otros hermanos de Héctor: *Deifobo* (*Deífobo*), *Paris*, *Policena* (*Polixena*, o más bien *Políxena*).

59. *Aquí yace*: cf. Lope, soneto "Cayó la Troya de mi alma en tierra…"

101. *Segundo volumen*, p. 296. || Epígrafe: el "excusándose" está mal, pues la mujer que habla *sí* da (muy a su pesar) esa licencia.

12. *algún viso*: 'alguna apariencia'.

24. *más esquivo*: 'más difícil', o bien 'más doloroso'.

30. *esquivez*: el negar la licencia le vendría mal a quien quiere ausentarse, pero sería señal de cariño en quien quisiera retenerlo.

32. *usurpárosme*: 'intentáis huir de mí'.

46. *tan necesaria*: hay que entender: "tan necesaria para vos" (de hecho, a partir de la 2ª edición se lee *a vos* en lugar de *tan*).

56. *corresponde*: el sujeto es *mi voluntad* (v. 52).

102. *Segundo volumen*, p. 295. Quien habla en estas décimas es el retrato.

4. *retractada:* juego de palabras: la pronunciación normal de *retractada* era *retratada.*

7. *calma:* 'inmovilidad', 'impasibilidad' (también v. 38).

11. *envidioso:* se refiere a "mi original".

15. *signo:* 'constelación'.

103. *Inundación castálida*, p. 176. || En las décimas anteriores, habla el retrato de sor Juana, enviado a la virreina; en éstas, sor Juana le habla a un retrato que es, evidentemente, el de la virreina. (Cf. núm. 19.) Copio el epígrafe tal como está; pero quizá deba quitarse el acento de *él:* "no calla conel doble dueño" tiene más claro sentido: 'dice todo lo que tiene que decir, así al retrato como a la retratada'.

1. *copia:* 'retrato'.

2. *desvanecido:* 'muy orgulloso'.

7. *exenta de:* 'a salvo de'.

39. *Pigmaleón:* no son raros en el siglo de oro los casos en que se usa esta forma en vez de la correcta, que es *Pigmalión.* (Pigmalión, escultor, hizo la estatua de una mujer tan hermosa, que se enamoró de ella, y Venus le concedió que la estatua cobrara vida.)

45. *ha sentido:* sujeto, "el original" (lo mismo el *provoca* del v. 47).

52. *calma:* cf. núm. 102, v. 7.

54. *no te animas:* así como se animó la estatua de Pigmalión.

61. *tal vez:* 'a veces'.

76. *bronce:* por lo visto, se trata de una pintura sobre lámina de metal.

104. *Inundación castálida*, p. 108. || La cuestión que se debate es muy de la época; a los ejemplos que cita MP en nota puede agregarse un romance de José Tafalla Negrete, contemporáneo de sor Juana, en su *Ramillete poético* (libro póstumo, Zaragoza, 1706), con este epígrafe: "Fue cuestión cuál amor era más fino, el que nacía de elección o el que se padecía por destino".

3-4. *elección, influjo:* cf. núm. 4, vv. 81-100.

11. *respetos* = *respectos:* 'puntos de vista'.

22. *apurar:* 'afinar', 'extremar'.

37-40: cf. Salazar y Torres, *Elegir al enemigo*, vv. 1132-1135: "…que si el que ve la hermosura / debe rendirse a lo bello, / ¿por qué de la obligación / ha de hacer merecimiento?"

51. *prendas:* 'bellas cualidades'.

66. *el empleo:* aquí, 'la correspondencia'.

105. *Inundación castálida*, p. 154. || En cuanto al "yerro" de hacer rimar *es* con *vez* (vv. 18-19), hay que tener en cuenta que Francisco de las Heras, autor de los epígrafes de la *Inundación*, quiere captar la benevolencia del público español para con la poetisa americana, cuyo *seseo* (más bien que *ceceo*) resultaría ser una más de sus gracias.

13-14. *punto:* juego de palabras: *dar en el punto* es 'atinar', y *punto* es sinónimo de *instante:* el punto o instante en que la Virgen María fue concebida por su madre, señora santa Ana.

106. *Inundación castálida*, p. 173.

1. *Tulio:* Cicerón, el orador por excelencia.

107. *Inundación castálida*, p. 173.

3. *convencido:* 'convicto' (como un acusado ante un tribunal).

12-13: *callastis*, *dejastis*, formas de la lengua familiar (cf. núm. 28, v. 3). El personaje a quien sor Juana se dirige frecuentaba, evidentemente, el locutorio del convento (donde se reunía una verdadera "academia"), y en alguna ocasión estuvo callado todo el tiempo.

108. Décima en elogio de José de la Barrera Barahona, el cual la imprime en los preliminares de su libro *Festín plausible con que el religiosíssimo convento de Santa Clara […] celebró […] a la condesa de Paredes*, México, 1681. || Las palabras *claridad* y *claro* (dos veces) aluden seguramente al convento de Santa *Clara;* en los vv. 3-4 se alude a la proverbial oscuridad de los poemas "cultos" (o sea gongorinos): el autor del *Festín plausible* es culto, y sin embargo *claro.*

109. *Segundo volumen*, p. 292.

1-5: equívoco continuado: las *plumas* con que se escribe (el capitán escribe con discreción, o sea inteligentemente) y las *plumas* del morrión (ese escritor es, además, un soldado valiente).

110. *Segundo volumen*, p. 293. || MP piensa que el alabado puede ser Ambrosio Solís Aguirre, de quien se conocen poesías hechas entre 1663 y 1672.

9-10: cf. Lope de Vega, *Laurel de Apolo*, silva VI, elogio del marqués de Alenquer: "Alábeos el callar, que no enmudece".

111. *Segundo volumen*, p. 293. || El alabado en estas décimas es José López Avilés, poeta bien conocido; lo que no se conoce es el libro que escribió fray Payo en loor de la Inmaculada Concepción.

14-15: cf. el final del núm. 12, donde es fray Payo quien supera a Virgilio; también López Avilés es un Virgilio mejor: si el poeta latino celebró a Eneas por haber salvado del incendio de Troya la estatua de Vesta, el novohispano celebra a quien mostró a María salvada del incendio del pecado original.

112. *Fama y Obras pósthumas*, p. 165. || Castorena, el elogiado (de manera ambigua, como el Solís del núm. 110), es quien publicó la *Fama* en Madrid, en 1700. A. Alatorre y M. L. Tenorio, en su libro *Serafina y sor Juana*, El Colegio de México, 1998, pp. 140-146, aventuran la hipótesis de que el autor de la *Carta de Serafina de Cristo* fue Castorena, y que esta *Carta* (justamente "elogio y defensa de la poetisa") es el "papel" que alaba sor Juana. Castorena suele variar la redacción de los epígrafes en la "tabla" del volumen (cf. nota al núm. 58); así en el presente caso: "Décima en que, con graciosa agudeza, recompensa su agradecimiento en el mismo elogio que la hizo el Doct. Don Juan Ignacio de Castorena y Ursúa en un papel que discurrió en defensa y aplauso de la poetisa".

113. *Inundación castálida*, p. 174.

5. *os prometo:* 'os aseguro', 'os juro'. (Sor Juana ocultó muy bien el secreto que le confió María Luisa; pero decidió no ocultar el hecho de que en esta amistad había una parte de complicidad o conspiración.)

114. *Inundación castálida*, p. 112.

2. *aojo* (mal de ojo) es lo mismo que *fascinación;* la bella Amarilis teme que alguien (quizá un pretendiente: cf. v. 13) la haya aojado.

7. *avenenados:* lo mismo que "envenenados".

14. *cuatro higas:* la *higa* es un gesto obsceno que se hace con la mano, y nos sirve para ahuyentar lo que nos es odioso: cf. Góngora: "Buena orina y buen color, / ¡y tres higas al doctor!"

115. *Inundación castálida,* p. 179. || Epígrafe: "que ha de coronar…"; en efecto, el arco triunfal es la última de las composiciones de la *Inundación castálida.* — Cf. en A. Alatorre, *Sor Juana a través de los siglos,* tomo 1, pp. 21-22, el "Decreto capitular para que a la madre Juana Ynés de la Cruz […] se le libren 200 pesos por haber hecho la idea del arco triunfal [en honor del marqués de la Laguna]" (*Neptuno alegórico*).

4. *muy mal a mi Musa:* cf. lo que el licenciado Márquez Torres dice acerca de Cervantes en su aprobación de la segunda parte del *Quijote:* "Si la necesidad le ha de obligar a escribir, plega a Dios que nunca tenga abundancia, para que con sus obras, siendo él pobre, haga rico a todo el mundo". La oposición de *plata* y *poeta* (vv. 9-10) es tópico de todos los tiempos y lugares, pero sor Juana le da nueva vida con sus paronomasias (*treta* / *trata*, *arco* / *arca*) y juegos de palabras, como el doble sentido de *arco* y *escudo* en los vv. 23-24, o los *reales* del v. 29: el sello del rey de España, y las monedas.

116. *Segundo volumen,* p. 296. || Los términos forenses son aquí *brevete* 'cierta notificación', y la fórmula del v. 10, usada en las cédulas reales: "os *ruego y encargo* que hagáis" tal cosa, "que evitéis" tal otra, etc. (Donde sor Juana luce en serio su dominio del estilo forense es en la impresionante *Petición causídica,* uno de los documentos que escribió hacia el fin de su vida.)

117. *Inundación castálida,* p. 177.

9-10: 'mis ruegos y mi insistencia son ya como las *rogaciones* y las *letanías* de la liturgia'.

14: sin ser *descasada* (divorciada), la pobre mujer está en peligro de quedar *descasada* (sin su casa).

118. *Inundación castálida,* p. 200. || En el "Ms. Moñino", el epígrafe dice sólo: "Dézima".

2. *Silvio:* en el "Ms. Moñino" se lee *Fabio* en vez de *Silvio.*

119. *Segundo volumen,* p. 293. || Los vv. 1-4 se dedican a las pastillas, y el resto a los guantes (perfumados con ámbar).

4. *de boca*: 'locución adverbial con que se califican acciones o cualidades de que alguno se jacta sin motivo' (diccionario académico).

120. *Segundo volumen,* p. 295. || Por su tono, esta décima parece dirigida a la condesa de Paredes.

121. *Inundación castálida,* p. 200.

122. *Inundación castálida,* p. 172. || Epígrafe: el reloj *de muestra* es el que sólo señala las horas (cf. *montre* en francés) y no da campanadas.

8. *caricias*: muestras de cariño.

9. *dar los días*: 'celebrar tu cumpleaños'.

20. *esfera*: doble sentido: la esfera del cielo y el 'círculo que recorren las manecillas del reloj' (dicc. académico).

30. *de sol*: otro doble sentido.

123. *Inundación castálida,* p. 184.

11-14: "piropo muy sin freno", comenta el escandalizado MP. Cf. núm. 19, nota al v. 70.

124. *Inundación castálida,* p. 118.

1. *esfera*: la del universo, que, en la cosmografía ptolemaica, gira en torno a la tierra.

11-14: el hipérbaton dificulta la lectura de estos versos; además, en la edición de MP hay una errata de imprenta (*girando*, repetido en el v. 12) que los hace completamente ininteligibles; yo creo

que las ediciones antiguas yerran en el v. 11: por eso pongo “*van* girando” en vez de “*vais* girando”; he aquí, entonces, mi lectura: “Mientras vais viviendo (¡oh señora!), vuestro rostro *va* floreciendo (haciendo florecer) los círculos que *van* girando (es decir, los años), y vuestros ojos los van dorando”.

125. *Inundación castálida*, p. 178.

11. *Samuel*: MP no sabía nada sobre lo que este inglés hacía en México; tampoco yo; en el *Catálogo de textos marginados…: Inquisición, siglo XVII*, El Colegio de México, 1997, “Índice onomástico” de las pp. 617-637, véanse los nombres *Bautista (Juan)*, *Canel*, *Fos*, *Has*, *Jiraldo*, *Nash*, *Thames* y *Vintsman*, extranjeros que anduvieron por América y tuvieron algo que ver con la Inquisición.

22. *contraria*: MP corrige: *contrarias*; pero no creo que *contraria* sea errata: se refiere a *voluntad* (‘mi voluntad está en dos partes dividida’).

126. *Inundación castálida*, p. 175. || No son raros los críticos que piensan que sor Juana sabía pintar; uno de ellos es MP, según se ve por su nota a esta décima; yo me declaro escéptico, no sólo porque faltan documentos que lo digan, sino también porque lo que dice el epígrafe, “retrató”, se explica en los vv. 1-2: ‘yo mandé hacer este retrato’. (Así, “Felipe II *edificó* el Escorial” significa que mandó que lo edificaran.)

8. *índice*: el dedo índice “indicará” que María Luisa está en el corazón de su amiga.

127. *Ibidem*.

8. *tan poco sabio*: no es expresión de modestia por haber sido ella la pintora; quiere decir que ningún pintor es capaz de copiar la hermosura de María Luisa.

128. *Inundación castálida*, p. 24.

9. *tu pie*: el tópico de que nacen rosas allí donde pone el pie una mujer hermosa se remonta probablemente a la fábula de Adonis, en la que Venus, pisando breñales, hace nacer rosas.

129. *Ibid*.

1. *concepto del vergel*: ‘rosa concebida en (o producida por) el vergel’.

3. *glorioso*: ‘envanecido’.

130. *Inundación castálida*, p. 184.

3. *rosas*: alude al color de la piel de Lisi.

9. *erizo*: envoltura espinosa de las castañas.

131. *Segundo volumen*, p. 292. || La comedia enviada es sin duda *Los empeños de una casa*.

6. *jornadas dilatadas*: en el *Sainete II* presenta sor Juana a dos personajes que comentan con chistes lo largo de las jornadas de esa comedia.

132. *Inundación castálida*, p. 24. || Epígrafe: en realidad, no es que la autora *no pueda* completar el retrato; es que no hace falta. En contraste con el lujoso retrato de Lísida en el núm. 61, esta décima es un retrato miniatura de *Fili* (nombre alternativo de la virreina: cf. núm. 19, v. 2). Como *pie* significa también ‘verso’, puede la autora terminar el retrato —hecho, canónicamente, de arriba abajo — diciendo que el pie de Fili es tan pequeño, que para describirlo no hace falta un octosílabo: bastan tres sílabas. El modelo de sor Juana fue seguramente una ingeniosa décima de Salazar y Torres (el poeta preferido de la virreina) que comienza: “Son ojos, cejas, cabello, / negros, corvas, dilatado…”, y termina: “…estrecho el talle, y el pie / es, como el retrato, breve”. Fue tema tan socorrido, que no faltaron las caricaturas, como esta del español Antonio de Solís: “…pie tan largo y liberal / que es más que pródigo, pues / Isabel no es manirrota, / pero es pie-rota Isabel. // Pie, o verso entero, que tiene / cesuras de juanetès / (si fue largo el asonante, / bien tiene a quién parecer)”, y la del mexicano, de Celaya, que cita MP, también una décima que empieza: “Calva grande, chica frente, / cejas pocas, no pestaña…” y termina: “…todo en tan largo y pesado / pie, que de arte mayor demanda un pie”.

132 bis. *Segundo volumen*, p. 291. || En el epígrafe se advierte que la décima castellana está en “la forma” que se le dio a sor Juana, con el último verso incompleto. La décima se dirige a Cristo crucificado, unos momentos antes de su muerte, y el verso 10 está incompleto para significar que Cristo ha muerto ya. Es el mismo recurso empleado por sor Juana en el núm. 132 (el pie de Fili).

133 y **134**. *Segundo volumen*, p. 292. || Las dos traducciones (muy fieles) mantienen, en su latín, la estructura de la décima castellana. En la fe de erratas del *Segundo volumen* se ordena corregir así el v. 4 de la primera versión: *unioni ruptae*. En ninguna de las reediciones se hizo caso de esa “corrección”, porque es absurda. MP, por su parte, corrige *diserta* (v. 6) y escribe *disserta*, ¡pero *diserta* está bien! (Es notable la semejanza entre la décima que se le dio a sor Juana y el soneto que recita Narciso hacia el final de *El divino Narciso*: “Mas ya el dolor me vence; ya, ya llego…”; pero no sabemos qué fue primero: la décima o el soneto.

135. *Inundación castálida*, p. 16. || Aquí comienzan las *glosas*. En las dos primeras lo glosado es un solo verso; en las que siguen, se glosan uno por uno los cuatro versos de una redondilla o de una cuarteta de romance. (De hecho, las dos primeras, aunque llamadas *glossa* en la *Inundación*, son más bien “letrillas”.) El epígrafe de este núm. 135 significa que no siempre una mujer joven debe obedecer la máxima de que “el bien ha de ser comunicable” (la prudencia debe mostrarle a quién se lo comunica). A partir de la primera reedición, el epígrafe es más claro (y es el que adopta MP): “Muestra a la hermosura el evidente riesgo de despreciada después de poseída”.

6. *desgraciada*: MP corrige: *desdichada* (como dice el verso final de las tres décimas); pero es imposible saber cuál fue la intención de sor Juana (y además, no importa).

7-8: versos difíciles; si se prosifican, el resultado es muy insatisfactorio: “¿Ves el primer albor *de* tu candor, que apura (que ‘hace pura’) al alba?”; si se quita el *de*, el v. 7 queda cojo, pero el sentido es muy claro: “¿Ves ese candor tuyo, capaz de hacerle todavía más puro al alba su primer albor?”

17. *indicia de*: ‘da señales de’.

35. *particular*: ‘posesión de alguien’.

136. *Inundación castálida*, p. 17. || A continuación del epígrafe está el “pie” *Presto celos llorarás*, que será luego estribillo. — Esta composición forma un díptico con la anterior; se dirige a un hombre, y la anterior a una mujer.

1-2: el *canto* (de victoria, de felicidad) no te avisa lo que vendrá después (me siento tentado a cambiar “*su* desdicha” por “*tu* desdicha”).

15. *no te desvanezca*: ‘no te envanezca’.

38: *áspid* alude seguramente a la muy conocida sentencia virgiliana *latet anguis in herba*.

137. *Inundación castálida*, p. 208.

4. *Dios*: aunque sólo sea hijo “putativo”, Jesús llama *padre* a san José.

34: verso, como dice MP, carente “de cabal nexo lógico”; los versos difíciles (y aun imposibles) de glosar eran un reto para el ingenio del poeta glosador: cf. los núms. 144 y 144 bis, y también A. Alatorre, *Cuatro ensayos sobre arte poética*, El Colegio de México, 2007, pp. 443-467. Seguramente hay que entender: “Cristo os llamará *padre* cuando estéis en el cielo, *si* [os llama así] *cuando estáis en el suelo*”.

138. *Segundo volumen*, p. 545. || La representación convencional de la “purísima Concepción” es una mujer pisando la cabeza de una serpiente.

1-2: “el Dragón (el Demonio) huye [de] la pureza de tu pie”.

24: también este verso, como el 34 del núm. 137, se resiste a la glosa.

139. *Fama y Obras pósthumas*, p. 140. || Composición suprimida. He aquí por qué. En el *Triumpho parthénico* publicado por Sigüenza y Góngora en 1683 hay una glosa de Felipe de Salaizes Gutiérrez a una cuarteta de Luis de Góngora (del romance “La que Persia vio en sus montes…”, que está en la edición de Hoces, pero que no es de Góngora, sino de Antonio de Paredes: cf. Góngora, *Romances*, ed. A. Carreira, tomo 4, p. 522, núm. 48). Sigüenza, al publicar esa glosa (“Con luciente vuelo airoso…”), da a entender que quien la escribió es una monja poblana. En 1700, o sea 17 años después, Castorena y Ursúa, editor de la *Fama y Obras pósthumas*, sabía seguramente que “algo” de sor Juana había en el *Triumpho*, y creyó que era esa glosa; oyó cantar el gallo y no supo por dónde, pues publicó algo apócrifo y se le escapó lo auténtico (que es el romance “Cuando, invictísimo Cerda…”, núm. 22). Véase Salvador Cruz, “Felipe de Salaizes Gutiérrez no fue un seudónimo de sor Juana [sino un poblano de carne y hueso]”, en *Memoria del Coloquio internacional* [*sorjuanino*], Toluca, 1995, pp. 77-80.

140. *Segundo volumen*, p. 289. || Esta glosa, y las tres que siguen, no están hechas en décimas, sino en “coplas reales” (quintillas dobles).

6: quiere decir: ‘mi suerte es muy enemiga de mi amor’.

11. *desiguales*: ‘desproporcionados’.

14: el acento de la palabra *sí* es una ligera violación de las reglas de la glosa.

18. *la futura*: ‘la esperanza’.

141. *Segundo volumen*, p. 290.

15. *ardimiento*: ‘intrepidez’, ‘atrevimiento’.

24: cf. nota al núm. 137, v. 34.

142. *Inundación castálida*, p. 155.

6. *mis despojos*: ‘lo que queda de mí’ (después de quedar anonadada por haberte visto).

7. *Lisi*: evidentemente María Luisa, la virreina.

34: la misma ligera trampa que en el v. 14 del núm. 140.

143. *Segundo volumen*, p. 544.

6. *trompa*: decía san Jerónimo que le causaba espanto el solo pensar en la trompeta anunciadora del Juicio Final; en las pinturas que lo representan hay a veces una trompeta que sale de las nubes.

15. *aquella ciudad*: sin duda el cielo.

29. *piedras*: durante un tiempo, san Jerónimo hizo vida de ermitaño penitente; en algunas pinturas se le ve de rodillas, semidesnudo, golpeándose el pecho con una piedra.

143 bis. *Poesías humanas* ("Ms. Moñino"), al comienzo. || Epígrafe: añado el "5" que falta. En 1685 se imprimió en Madrid un variado manojo de poesías celebratorias de la "piadosa", "católica" (y aun "heroica") acción de Carlos II (*Academia a que dio assumpto la religiosa y cathólica acción que el rey nuestro señor* […] *executó el día 20 de henero de este año de 1685*): mientras paseaba a orillas del Manzanares, vio el rey a un cura que llevaba el Viático a un enfermo, ¡y le cedió su real carroza! Inmediatamente fueron convocados los "poetas" de la Corte a celebrar tamaña "acción". El 3 de febrero (pasados apenas seis días), se leyeron las poesías en casa de cierto Pedro de Arce. Meses después llegó la noticia a México, y la virreina invitó a sor Juana a glosar la quintilla. A continuación de la glosa hay en el "Ms. Moñino" un "Romance [*sic*] enviando esta glosa a la excelentísima señora duquesa de Veraguas [*sic!*] virreina de México, quien le pidió a la autora glosar la quintilla" (= núm. 144), y finalmente un "Soneto al mesmo asunto de la glosa" (= núm. 194).

3. *la Austria*: la dinastía de los Habsburgos, fundada por Rodolfo I (1272), y de la cual descendía Carlos II; cf. núm. 194, nota al epígrafe.

4. *el trono*: en realidad, lo cedido es sólo un caballo (Rodolfo) y un coche (Carlos).

6. *¿Cúya*?: '¿De quién?'

15. *la acción de*: sor Juana hubiera podido hacer una pequeña "trampa", como en el v. 14 del núm. 140 y en el v. 34 del 142 (diciendo, por ejemplo: "…tema de mil alabanzas / la acción religiosa *dé*"); pero más ingeniosa solución fue dejar el *de* sin acento; lo que se entiende es: 'Si de acción religiosa se trata, no puede ser sino de nuestro piadosísimo rey; ni falta hace completar la frase'.

18. *Belona*: diosa romana de la guerra; los Austrias dilataron su imperio, según la retórica de la Contrarreforma, gracias a su fe católica; según la verdad histórica, gracias a las numerosas guerras que emprendieron a diestro y siniestro.

25: en el "Ms. Moñino" se lee *Carlos y Rodulfo dio*; corrijo ateniéndome al texto de la quintilla.

29. *por[que] ora*: corrección mía; el manuscrito dice *y es por orâ*.

38. *el trono*: de nuevo la exageración.

43. *se afijó*: 'se afirmó', 'se consolidó'.

46: octosílabo cojo; y *sin quitar* parece error del copista.

47. los cuatro pies: seguramente los cuatro primeros versos de la quintilla (el quinto no es difícil de glosar).

144. *Segundo volumen*, p. 291. || El epígrafe parece dar a entender que sor Juana se negó a hacer la glosa pedida por una "señora". Pero no es así, como se ve por el epígrafe que estos versos tienen en el "Ms. Moñino": "Romance [*sic*] enviando esta glosa [o sea el núm. 143 bis] a la excelentísima señora duquesa de Veraguas [*sic!*], virreina de México, quien le pidió a la autora glosase la quintilla". Castorena y Ursúa, en el prólogo de la *Fama y Obras pósthumas* (1700), menciona entre los "inéditos" de sor Juana "una glosa en décimas [*sic*] a la ínclita acción de nuestro monarca (que Dios guarde) en haber cedido el trono [*sic*] a la Divina Majestad Sacramentada". De las tres composiciones dedicadas a la "religiosa acción" del rey —la glosa, el envío de la glosa y el soneto—, sor Juana parece haber juzgado "salvable" únicamente el soneto (núm. 194): es lo único que se imprimió en la *Inundación castálida*; sólo después (en el *Segundo volumen*) salvó también las cinco coplas de este núm. 144, por las cuales se ve que hizo la glosa a contrapelo, y sólo por quedar bien con su amiga.

4. *genitivo*: para decir en latín “el libro *de* Pedro” se emplea el caso “genitivo” de *Petrus*: *liber Petri*; en español “*de* Pedro”, nunca “Pedro *de*”.

6-9: como en venganza por el mal rato que ha pasado, sor Juana reta al autor de la endiablada quintilla a glosar esta rara redondilla de pies quebrados; a MP se le escapa el chiste; cree que lo anormal de los versos se debe a algún accidente tipográfico, e imprime: “y así el que aquesta quintilla…”, etc.

8: verso hipermétrico (podría suprimirse el *tan*).

9-10: MP altera estos versos: “glose *aquesta* redondilla. / *Con* el sentido no topo…”, y echa de menos, entre el 9 y el 10, la anunciada redondilla, sin darse cuenta de que es justamente la de los vv. 6-9. El v. 10 dice así en el *Segundo volumen*: *Lla-no el sentido no* topo; prefiero no tratar de enmendar el disparate.

13. *hisopo*: según el *Dicc. de Autoridades*, el *hyssopo* es cierta hierba, y “también un palo corto y redondo […] en cuya extremidad se pone un manojo de cerdas, el cual sirve en las iglesias para esparcir y echar al pueblo el agua bendita”. Esto da idea de lo que es pedirle a un poeta que glose “La acción religiosa *de*”.

145. *Inundación castálida*, p. 3.|| Como todos los epígrafes de la *Inundación*, el de este soneto fue escrito, sin duda, por Francisco de las Heras, que fue secretario, en México, de la condesa de Paredes. Da por supuesta la oposición que hay entre *verdad* y *pasión*: quien habla apasionadamente no dice la verdad, pues exagera; pero sor Juana llama *pasión* a lo que es *verdad*. Los contemporáneos de sor Juana mencionan su hermosura; así el padre Diego Calleja: la joven Juana se exponía a ser “desgraciada por discreta y, con desgracia no menor, de perseguida por *hermosa*”; y también: “De rara calidad fue su *hermosura*…”, etc. (cf. A. Alatorre, *Sor Juana a través de los siglos*, México, 2007, pp. 241 y 303); y el padre Juan Antonio de Oviedo, en su biografía del padre Núñez, confesor de sor Juana: Núñez reconoció “lo singular de su erudición, junto con no pequeña *hermosura*” (Alatorre, *ibid*., p. 375). La propia sor Juana lo dice en dos de sus “proyecciones”: la Leonor de *Los empeños de una casa*, I, 283 y sigs: “Decirte que nací hermosa…”, etc., y santa Catarina, en el quinto de los villancicos dedicados a ella: “Porque es *bella* la envidian, / porque es docta la emulan…”; en su *Carta al padre Núñez* se queja de las envidias que sufre de parte de cuantos la rodean: “Las viejas no quisieran que otras supieran más; las mozas, que otras *parezcan bien*”.

1. *Este que ves*: sor Juana se dirige seguramente a la condesa de Paredes; y el retrato es quizá el mismo de que se habla en el núm. 19.

11. *resguardo*: “protección”.

14. *es cadáver, es polvo*…: homenaje a Góngora, que termina su soneto “Mientras por competir con tu cabello…” (sobre la caducidad de la hermosura) con el verso “en tierra, en humo, en polvo, en sombra, en nada”, muy imitado (cf. A. Alatorre, “Un soneto de Góngora”, *Estudios*, México, 1990, núm. 21, pp. 7-34). Pero, además, el soneto de sor Juana hace pensar en otros de Góngora: “Este, que en traje le admiráis togado…” (para la estructura) y “Hurtas mi vulto, y cuanto más le debe…” (para el fondo).

146. *Inundación castálida*, p. 6. || Por principio de cuentas, hay que observar algo extraño en la hechura de este soneto: la repetición de la rima *riquezas* en los vv. 5 y 8, y la de *entendimiento* en los vv. 3 y 7. Pareciéndome que este soneto violaba así una ley básica, hace tiempo lo califiqué de “ripioso”; pero Gabriela Eguía Lis Ponce, en su tesis inédita *La prisa de los traslados* (UNAM, 2002, pp. 144-146), ha demostrado suficientemente que las repeticiones son parte indispensable de una estructura nada simple, sino compleja y bien pensada. Los varios retruécanos dicen lo mismo, que es muy simple. ‘¿Por qué me amargan la vida, si lo que hago no daña a nadie?’; pero la simplicidad oculta mucho mar de fondo. Para no llenar de citas esta nota, remito al lector a la *Carta al padre Núñez* (en mi edición, *Nueva Rev. de Filología Hisp*., vol. 35, 1987, p. 621, línea 124, con mi

comentario, pp. 647-650) y a la *Respuesta a sor Filotea*, líneas 512-519, 528 y ss., 540 y ss., 608 y ss. 724 y ss.; vea también el lector, en mi *Sor Juana a través de los siglos*, México, 2007, tomo 1, p. 244, el párrafo del padre Calleja que comienza "Ya se sabe que la fortuna…"; según él, lo que sufrió sor Juana cuajó en "sazón donosa", o sea en poesía (piensa seguramente en este soneto y en el núm. 150).

1. *Mundo*: no el "enemigo del alma" del trío mencionado en el verso final de "Hombres necios, que acusáis…"; ese "Mundo" mal podía "perseguir" a sor Juana por consumir la vida en vanidades (al contrario: estaría
encantado), sino otro "Mundo", a saber: el fanático padre Antonio Núñez,
a quien alude, sin nombrarlo, el prologuista de la *Inundación castálida*, fray
Luis Tineo (*Sor Juana a través de los siglos*, pp. 41-42), y a quien Francisco
de las Heras, en el epígrafe del núm. 33, llama "la Austeridad".

3-7. variantes del "Ms. Moñino": "…poner bellezas en mi *pensamiento* / y no mi *pensamiento* en las bellezas. // Yo no estimo *tesoro* ni *grandezas*: / *así*, siempre me causa más contento / *tener* riquezas en mi entendimiento…"

13. *consumir vanidades*…: Francisco de las Heras, segundo prologuista de la *Inundación*, cita estos dos versos y los comenta con agudeza (*Sor Juana a través*…, *op. cit*., p. 45); pero nadie pudo decirlo más claro que sor Juana misma: "¿Por qué ha de ser malo que el rato que yo había de estar en una reja hablando disparates… [etc.], lo gastara en estudiar…?" (*Carta a Núñez*, edición citada, p. 623, líneas 189 y ss.; y cf. núm. 1, vv. 41-44, y núm. 1 bis, vv. 41-44).

147. *Segundo volumen*, p. 279.

1. *cultura*: 'cultivo'.

3-4: *magisterio, enseñanza*: lo mismo que *preceptor* en el *Primero sueño*, v. 751.

5. *amago*: 'señal', 'indicio' (diccionario académico); aquí, más bien 'imagen', 'símbolo'.

148. *Inundación castálida*, p. 7. || Los sonetos que hablan de lo efímero de la rosa, o que comparan la caducidad de la hermosura humana con la de la rosa, son literalmente innumerables; sor Juana escribió tres: éste, el anterior, y el núm. 158 (además del largo pasaje del *Primero sueño*, vv. 730-756, que es como la apoteosis del tema). Lo que tiene de peculiar este núm. 148, como dice Elias E. Rivers en la *Nueva Rev. de Fil. Hispánica*, vol. 40 (1992), pp. 254-255, es que quien habla aquí "no es un hombre interesado que insinúa la seducción de una mujer advirtiéndole de los horrores de la vejez [v.gr. Garcilaso, Góngora], ni mucho menos un hombre solitario que se resigna estoicamente a la muerte [v.gr. Calderón], sino una mujer que ve en la rosa a una hermana suya, o sea su propio reflejo, aconsejándole que aproveche el tiempo y que se alegre de poder morir siendo todavía joven y bella" (con un eco reconocible del desafiante dicho "¡Que me quiten lo bailado!"). Uno de los sonetos que se hicieron en México a la muerte de sor Juana (cf. *Sor Juana a través de los siglos, op. cit*., tomo 1, p. 342) capta bien la idea: "Si en la pequeña, clara luz de un día / vive la fresca rosa edad madura…", etc.

149. *Inundación castálida*, p. 166.

1. *Si los riesgos*…: es un tópico de siempre; al Arcipreste de Hita no le hacía falta conocer el famoso *Illi robur et aes triplex* de Horacio para poner en labios de doña Venus estas palabras: "Si la primera onda de la mar airada / espantara al marinero…", etc. (*Libro de buen amor*, 614).

9. *Pero*: este *pero* es un poco raro, pues parecería oponerse a la "animosidad" del piloto, del torero y del domador de caballos; yo propongo leerlo como si significara "Más aún"; así sor Juana *añade* a los tres casos uno más, el más memorable, el más dramático (el que para la poetisa era una verdadera obsesión): "Más aún: Faetón mismo no hubiera tenido ánimos…", etc. (el *todo lo hiciera* del v. 13 me parece una pequeña torpeza sintáctica).

14. *toda la vida*: a propósito de la decisión de sor Juana de tomar estado que había de durar toda la vida dice el padre Calleja: “Tomó este acuerdo… a pesar de…”, con lo que sigue (*Sor Juana a través de los siglos*, pp. 242-243); cf. Melchor de Santa Cruz, *Floresta española*, ed. Maxime Chevalier, Madrid, 1997, p. 170: “Culpando a uno porque tomaba un largo término para responder a un casamiento que le traían, respondió: Lo que una sola vez se ha de hacer, mucho se ha de pensar”; las poesías y canciones “de monja pesarosa” constituyen todo un pequeño subgénero. Dice bien Octavio Paz (*Las trampas de la fe*, p. 393) que “más de una vez debe haberse arrepentido” sor Juana del curso que dio a su vida; pero me parece menos bien otra cosa que dice (*ibid*., p. 504): que sor Juana “*envidia* al arrojado que se atreve a tomar las riendas del carro del Sol” (la *envidiada* sería más bien ella). En cuanto a quien dice que sor Juana, “*obligada* a tomar estado de religiosa, lo lamentará en un tono de *resignación* adolorida en el soneto 149”, simplemente no lo ha entendido.

150. *Inundación castálida*, p. 6. || Este soneto forma un verdadero díptico con “En perseguirme, Mundo…”, a continuación del cual se imprime en la *Inundación*; MP hizo mal en separarlos. Cf. la edición (mencionada *supra*, nota al núm. 146) de la *Carta al padre Núñez*, pp. 620-621): “Pues en la facilidad que todos saben que tengo, si a ésa se juntara motivo de vanidad […], ¿qué más castigo me quiere V.R. que el que entre los mismos aplausos, que tanto le duelen, tengo? ¿De qué envidia no soy blanco? ¿De qué mala intención no soy objeto? […etc.]. Y de todo junto resulta un tan extraño género de martirio cual no sé yo que otra persona haya experimentado”; “Los *aplausos* y celebraciones vulgares ¿los solicité [yo]?”; “[los *aplausos* se me convierten en] pungentes espinas de persecución” (líneas 92, 104, 114 y 192); y cf. también la *Respuesta a sor Filotea*: “¿Quién no creerá, viendo tan generales *aplausos*, que he navegado viento en popa […] sobre las palmas de las aclamaciones comunes? […]. ¡Rara especie de martirio, donde yo era el mártir y me era el verdugo!” (líneas 506-523); y también núm. 57, vv. 17-20: “De mí mesma soy verdugo…”, etc. (Sobre la franqueza con que sor Juana habla de su talento, cosa tan opuesta al concepto monjil de ‘humildad’, véase la nota 96 de mi edición de la *Carta al padre Núñez*.)

8: cf. Garcilaso, final del soneto “¡Oh dulces prendas…!”: “…me pusistes / en tantos bienes porque deseastes / verme morir entre memorias tristes”; y Lucero (=Luzbel) en *El cetro de José*, vv. 37 y ss., le dice a la Inteligencia: “sólo tú […] al Abismo bajaste a acompañarme, / quizá por que en mí fuese más tormento / tener tan perspicaz entendimiento”.

151. *Inundación castálida*, p. 49. || Los reproches y recriminaciones a la esperanza abundan en la poesía española de los siglos de oro. He aquí un muestrario mínimo: *a*) Garcilaso, soneto “Un rato se levanta mi esperanza…”, “Echado está por tierra el fundamento…” y “Estoy contino en lágrimas bañado…” (que termina: “… me falta ya la lumbre / de la esperanza, con que andar solía / por la oscura región de vuestro olvido”); *b*) Cetina, canción “¡Ay, mísera esperanza!…” y sonetos “No me engañaréis más, vana esperanza…” y “Remedio incierto que en el alma cría…”); *c*) Francisco de Figueroa: “¡Ay esperanza, lisonjera y varia…!”; *d*) Baltasar del Alcázar: “Crüel harpía en amoroso traje…”; *e*) Conde de Salinas, redondillas “Esperanza desabrida…”; *f*) Andrés Rey de Artieda, dos sonetos “Contra la esperanza” (“Dime, Artemio…” y “Qué gloria siente…”); *g*) Góngora, “Sople rabiosamente conjurado…” y “Cuantos forjare más hierros el hado…”; *h*) Villamediana, “Es la esperanza un término infinito…” (v. 14: “… es ofensa con nombre de remedio”) y “Es un lícito engaño la esperanza…” (v. 14: “…de no cumplir lo que promete vive”). Sor Juana sabía seguramente con quiénes estaba compitiendo. (Véase, además, la nota de José Lara Garrido en su edición del *Cancionero antequerano*, Málaga, 1988, pp. 349-350.)

152. El primero que publicó este soneto fue Luis González Obregón en su libro *México viejo*, México, 1895, capítulo 9 (= cap. 28 en ediciones posteriores), según una copia que le facilitó José María de Ágreda, el cual, a su vez, la tomó del retrato de sor Juana por Juan de Miranda (1713). || Su hechura es como la del soneto “A la noche” de Lope de Vega (“Noche, fabricadora de embelecos, /

loca, imaginativa, quimerista…”) o la del soneto “La noche” de Liñán de Riaza (“La noche es madre de los pensamientos, / cama de peregrinos y cansados […] / y día de ladrones y avarientos…”, etc.): letanía de definiciones y/o de improperios.

4. *como de sueños*: cf. Gracián, *Agudeza y arte de ingenio*, ed. E. Correa Calderón, Madrid, 1987, discurso XLI: le preguntaron a Platón qué cosa era la esperanza, y contestó: “sueño de hombres despiertos” (la fuente debe de ser Diógenes Laercio; pero éste, como observa Correa Calderón, atribuye la respuesta a Aristóteles: “un sueño de un hombre despierto”).

13-14: cf. Góngora, tercetos “Mal haya el que en señores idolatra…” (su gran “poema del desengaño”); aludiendo al gran “ojo” azul de las plumas del pavorreal, dice: “Gastar quiero de hoy más plumas con ojos, / y mirar lo que escribo […]. / La adulación se queden y el engaño / mintiendo en el teatro, y la esperanza / dando su verde un año y otro año”. Uno de los *Emblemas* de Alciato es el de la *manus oculata* o “mano con ojos” (que puede verse, por ejemplo, en D. Puccini, *Una mujer en soledad*, 2ª ed., México, 1997, figura 4). A esa mano se refiere Gracián varias veces, por ejemplo *Criticón*, Segunda parte, crisi 6: Argos, el de cien ojos, le presta uno a alguien para “que lo emplee en tocar con ocular mano todas las cosas antes de creerlas”; y *Agudeza*, ed. cit., discurso XXIII, en una serie de “paradojas”: “Luciano […] dijo que le faltaba al hombre una ventanilla en el pecho para descubrir lo interior del corazón […], y otro que un ojo en cada mano para no creer sino lo que con ellas tocase”. Una de las reglas del *Discours de la méthode* es: “ne recevoir jamais aucune chose pour vraie que je ne la connuse évidemment être telle” (pero sor Juana, que leyó a Gracián, no leyó a Descartes).

153. *Inundación castálida*, p. 8. || Lucrecia no es personaje histórico; según la leyenda, era mujer de Colatino, y durante una ausencia de éste fue violada por un hijo de Tarquino (Tarquinio) el Soberbio; al regresar Colatino, Lucrecia le contó lo sucedido y en seguida se dio muerte; el pueblo romano, escandalizado, derrocó a Tarquino, último de los reyes primitivos, y así se instauró la república. Lucrecia fue un tema poético muy favorecidopor los poetas españoles de los siglos de oro, que, por lo general, atribuyen el estupro, como sor Juana, al propio Tarquino. Y cf. núm. 48, nota a los vv. 85-88.

154. *Ibidem*. || 9. *tema*: ‘insistencia’, ‘porfía’.

155. *Inundación castálida*, p. 9. || Julia, hija de Julio César y mujer de Pompeyo, tuvo un aborto al ver regresar de los comicios a su marido con la túnica toda ensangrentada; sor Juana da a entender que murió a causa de ello; en realidad murió de parto un año después, y el recién nacido vivió sólo unos días.

6. *esposo* y *padre*: Pompeyo y César, cuya concordia estribaba en la vida de ese niño, fueron desde entonces enemigos acérrimos.

9. *el concepto*: ‘el feto’.

12-14: cf. Garcilaso, terceto final del soneto “A Dafne ya los brazos le crecían”: “¡Oh miserable estado, oh mal tamaño, / que con llorarla crezca cada día / la causa y la razón por que lloraba!”

156. *Ibidem*. || Porcia, hija de Catón de Útica y mujer de Junio Bruto, se oponía, como ellos, a las pretensiones dictatoriales de Julio César; consumado el tiranicidio, Bruto se vio obligado a partir de Roma, y Porcia se suicidó, según la leyenda, tragando unos carbones encendidos (probablemente inhalando el humo de un brasero). Fue tema casi tan favorecido por los poetas como el de Lucrecia. Gracián, en la *Agudeza y arte de ingenio*, elogia el soneto de Francisco de la Cueva (“Porcia, después que del famoso Bruto…”, discurso IV) y el de Camõoes (“Como fizeste, Pórcia, tal ferida?…”, discurso VI), y cita el soneto en que su amigo Manuel Salinas tradujo el epigrama de Marcial sobre Porcia (“Después que oyó la desdichada suerte…”, discurso XLV). — En el epígrafe, *achacar remisiones* significa ‘acusar de flojedad’ (lo ardiente de las brasas es poco en comparación con lo ardiente del fuego amoroso).

157. *Inundación castálida*, p. 10. || La historia de Píramo y Tisbe, “tragedia de errores” de origen asiático, está en las *Metamorfosis* de Ovidio, libro IV. Los amantes convienen en reunirse, por primera vez, en las afueras de Babilonia, cerca de un moral y una fuente; Tisbe llega primero; en seguida llega a beber una leona, toda ensangrentada por los animales que acaba de degollar, y mancha el velo que Tisbe dejó caer al huir; llega entonces Píramo; descubre el velo y, creyendo que Tisbe ha sido devorada, se clava su espada; se la saca luego, y del pecho brota un chorro de sangre que cae sobre el moral y ennegrece sus frutos (las moras, antes, eran blancas); regresa Tisbe y se da muerte arrojándose sobre la punta de la espada. Según el epígrafe, la poetisa cuenta esta historia “con ajuste”, o sea concisamente, pero la envidia “sin ajuste”, o sea enormemente: ¡dichosa suerte la de esos amantes, muertos pecho contra pecho! (En el v. 10, *lastimada* es ‘compadecida’.)

158. *Segundo volumen*, p. 279. || En el original se lee “a la misma Rosa”, porque el soneto está a continuación del núm. 147.

1. *amago*: cf. núm. 147, nota al v. 5

13-14: MP “corrige” así estos versos: “que le escribo, no más, este soneto / porque todo poeta aquí se roza”, para evitar —dice— la “dura sinéresis” de *poe-ta* (dos sílabas), sinéresis “sin ejemplo en todas [las] obras” de sor Juana; esto no es del todo exacto: cf. núm. 50, v. 94, donde sor Juana no mide *po-e-ti-zar*, sino *poe-ti-zar*. En cuanto a *todo poeta aquí se roza*, cf. lo que dice Gracián, *Agudeza*, XXXII, sobre ciertas “agudezas” que están al alcance de todas las fortunas: “Esta especie de concepto es tenida por la popular de las agudezas, y en que *todos se rozan* antes por lo fácil que por lo sutil”. Así, el soneto que ha hecho la poetisa no es como para que doña Rosa se ponga muy oronda.

159. *Poemas de la única poetisa americana*… (primera reedición de la *Inundación castálida*), 1690, pp. 43-45. || Según MP, este doméstico solaz “*debe* fecharse en Palacio, entre 1665 y 67”, evidentemente porque, según él, mal podía una observantísima monja escribir cosas de sal tan gruesa, “inferior a su decoro”. Como en no pocos casos, aquí la religiosidad de MP enturbia su sentido crítico: por muy precoz que haya sido sor Juana, estos cinco sonetos tienen que ser fruto de una gran experiencia (y una gran malicia); y el “doméstico solaz” no tuvo lugar en Palacio, sino en el religiosísimo convento de San Jerónimo. (¿Por qué no habían de tener las monjas esa clase de esparcimiento?) A propósito del primero de los cinco sonetos, verso 4, cita MP a Quevedo, “La vida empieza en lágrimas y c…” (no se atreve a escribir *caca*). Quevedo tiene varios sonetos de este tipo: no sólo “La vida empieza…” (rimas *aca, eca, oco, uca*), sino también “Con testa gacha toda charla escucho…” (*acho, echo, icho, ucho*), “Volver quiero a vivir a trochimoche…” (*ache, eche, oche, ucho*), y otros más. El brasileño Gregório de Matos, coetáneo de sor Juana, fue muy aficionado a este juego. Cf. A. Alatorre, *Cuatro ensayos sobre arte poética*, 2007, pp. 375-387. Seguramente los cinco sonetos burlescos estaban ya en poder de Francisco de las Heras en 1689, y si no los imprimió en la *Inundación castálida* fue por la razón apuntada *supra*, primera nota del núm. 36.

14. *y yo de Meca*: las ediciones antiguas ponen aquí esta apostilla: “Nació la poetisa en Meca, pueblo de la Nueva España”. No pocos críticos del siglo XIX tomaron esto en serio y concluyeron que sor Juana no nació en Nepantla, sino en *Amecameca*; pero MP cita un soneto de las *Poesías varias* editadas por José Alfay (Zaragoza, 1652) en que hay rimas *Meca, mala cuca* y *caca*, y también uno de Quevedo que termina: “…arrebozas en ángel castellano / el *zancarrón* que *Meca* despreciara”. (Por supuesto, no está excluida la posibilidad de que sor Juana, al escribir *meca*, pensara en *Amecameca*, que no dista mucho de Nepantla.)

160. || Éste es el más “escandaloso” de los cinco sonetos (y, según yo, el mejor construido).

3. *cacho*: ‘cuerno’; es lo que se lee en la edición de Valencia, 1709, que corrige a las anteriores, donde se lee *chacho*; MP imprime *chacho*, y lo cree abreviatura de *muchacho*; en la “Silva de consonantes” del *Arte poética* de Rengifo (1592) hay *cacho*, pero no *chacho*; y *cacho* ‘cuerno’ está

bien documentado: cf. c*acho*[3] en el Diccionario de la Academia. Un romance viejo, "En Santa Águeda de Burgos…", dice: "Villanos te maten, Alonso, / … / con cuchillos *cachicuernos*, / no con puñales dorados" (tal debe de ser la explicación de *cachidiablo*, y no la que, con reservas, da Corominas); cf. asimismo el *Tesoro* de Covarrubias: *cachas* 'los cabos de los cuchillos, por hacerse de pedazos de *cuernos*'. Por otra parte, los cuartetos del soneto de sor Juana están dedicados exclusivamente a los cuernos que soporta el pobre Camacho, mientras que los tercetos se dedican sólo a los partos de Teresilla (aquí es donde podría entrar el inexistente *chacho* 'muchacho').

11. *desembucha*: ¡qué expresión tan archi-quevedesca! (en los *Avisos* de Barrionuevo, *Bibl. de Aut. Españoles*, tomo 221, p. 306, entre los chismes de 1656 hay éste: que la ex-reina Cristina de Suecia, "por hallarse embarazada de un cardenal que la festejaba", huyó de Roma, y que pensaba "*desbuchar* en Hamburgo").

14. la *cosecha*: cf. en la *Floresta de poesías eróticas*, ed. P. Alzieu *et al*., la letrilla "El que a su mujer procura…": vuelven los colores al rostro de una dama; el galán se alegra, pero si piensa "que no es *ajena semilla* / lo que causa esta amapola, / mamóla".

161.

4. *me reguilo*: evidentemente, lo mismo que *me refocilo* y *me regodeo*.

7. *voleo*: cf. "De un *voleo*…, modo adverbial que equivale a 'con presteza, ligereza u de un golpe'; se dice por alusión al juego de pelota" (*Dicc. de Autoridades*).

10. *picones*: el picón es "el chasco, zumba o burla que se hace para picar e incitar a otro a que ejecute alguna cosa"; seguramente la Inés del soneto *da picones* para provocar celos.

14. *el coso*: MP sospecha que hubo una mala lectura por *pozo* (sor Juana escribiría *poso*); así, el amante de Inés temería acabar enfermo (en la *cama*) o difunto (en el *pozo*). Quizá tenga razón.

162.

3. *tu rufo*: 'tu amante' (en lengua de germanía).

4. *garrafa*: imagen bastante atrevida: 'que seas vasija de donde otros beban'.

8. *rafa*: descalabradura.

12. *rollo*: 'picota', 'horca'; "mandar a alguien al rollo" es despedirlo de mala manera.

13. *picaño*: 'pícaro'.

14: en mis *Cuatro ensayos*…, citados en nota al núm. 159, podrán verse finales parecidos en sonetos de consonantes forzados: "en *rueca*, *boca*, *Meca*, *cuca* y *caca*", "de *raja*, *reja*, *rija*, *roja* y *ruja*", "en *á*, en *é*, en *í*, en *ó* y en *ú*".

163.

2. *palomilla*: 'mariposilla nocturna'.

7. *fusco*: 'moreno'.

9. *picones*: cf. núm. 161, v. 10.

164. *Segundo volumen*, p. 280. || La imagen clave del presente soneto es el *corazón deshecho* con que terminan los cuartetos y los tercetos. Cf. el madrigal de Pedro Soto de Rojas, "Estoy, Amor, dudando…", que termina así: "…el *corazón* en lágrimas *deshecho*", y los textos de Alarcón y de Calderón que aduce MP, así como el soneto de sor Juana, "Mandas, Anarda…" (núm. 177). Pero lo que hace muy especial este soneto es la súplica "*Baste ya de rigores*, mi bien, *baste*", idéntica a la del núm. 83, vv. 29-32: "*Baste ya de rigores*, / hermoso dueño, *baste*" ("hermoso dueño" significa lo mismo que "mi bien"). En las endechas reales (núm. 83) se ve claramente que María Luisa "le hizo una escena" (de celos) a sor Juana, la cual se disculpa e implora perdón. Octavio Paz (*Las trampas de la fe*, pp. 293-294) observa la semejanza y comenta: "Es imposible saber si el soneto estuvo inspirado por el incidente"; lo único que puede decirse —añade— "es que el tema es el mismo, y que es turbadora la aparición de la misma frase en las dos composiciones". Yo creo que hay aquí materia

para ahondar un poco más. Diré cándidamente cómo veo la relación entre las dos composiciones: las endechas se escribieron inmediatamente después del incidente, y el soneto más tarde, con más calma; aquí suprime sor Juana un elemento anecdótico (la causa de la explosión: "no haberla esperado a ver"), pero añade otro: "viste y *tocaste*"; para que esto tenga sentido imagino a las dos mujeres separadas por la reja del locutorio; la monja se echa a llorar, y la virreina le presta a través de la reja un pañuelo, que sor Juana le devuelve húmedo de llanto. Los vv. 10 y 11 dicen lo mismo: *vil recelo* equivale a *celos tiranos*; pero el v. 11 es más enérgico: *contrastar* es 'hacer oposición y frente, combatir y lidiar' (*Dicc. de Autoridades*); el ataque de celos desfiguró los rasgos hermosos y serenos de María Luisa.

165. *Segundo volumen*, p. 282. || En este famoso soneto, una mujer enamorada se dirige a la sombra o fantasma de un amado esquivo. La escena transcurre como en el mundo de los sueños. (Cf. A. Alatorre, *El sueño erótico*…, México, 2003, pp. 149-151.)

1: MP felicita a Ermilo Abreu Gómez por haber hallado, en las *Flores* de Espinosa, un verso de Luis Martín de la Plaza casi idéntico: "Amante sombra de mi bien esquivo". Lástima que esto no sea verdad; no hay tal verso de Luis Martín en las *Flores*. En un pasaje del auto *El mártir del Sacramento*, también de ambiente onírico, Leovigildo se dirige a la Fantasía: "Sombra, ilusión, fantasma…"; el apóstrofe ¡*Deténte*! abunda en la poesía de los siglos de oro: véanse los ejemplos que cita MP en la nota a este soneto, y también el pasaje de *El mártir*…, vv. 859-875. Cf. también Fernando de Herrera: "¿Dó vas? ¿Dó vas, crüel…?", y Pedro de Peralta Barnuevo: "Deténte, aguarda, amada fugitiva…"

14. *prisión*: Octavio Paz (*Las trampas*…, pp. 380-381), que cita el pseudo-hallazgo de Abreu Gómez, ve en los cuartetos un conflicto resuelto en los tercetos "de un modo terrible: por la prolongación de la condena". Yo no lo veo así; el final es un grito de triunfo.

166. *Inundación castálida*, p. 3. || Es evidente que sor Juana escribió este soneto y los dos siguientes con la intención de que formaran un tríptico: tres desarrollos distintos de una misma idea: las "encontradas correspondencias", como dice el epígrafe de este primero. El orden en que MP los pone, 1-2-3, no es el que tienen en la *Inundación castálida*, que es 1-3-2. De hecho, el orden no importa; importa más el haberse impreso al comienzo de la *Inundación*, precedidos sólo de la dedicatoria a María Luisa ("El hijo que la esclava ha concebido…") y del soneto "Este que ves, engaño colorido…"; es el lugar que les dio Francisco de las Heras, seguramente con la intención de cautivar "de entrada" a los lectores españoles, especialmente madrileños, destinatarios primeros de la *Inundación castálida*. Por lo demás, sor Juana puso especial esmero al escribirlos, para competir dignamente con los poetas que la habían precedido en la utilización de un tema explotado ya por los poetas griegos de la época helenística: véase A. Alatorre, "Un tema fecundo: las encontradas correspondencias", *Nueva Rev. de Fil. Hispánica*, 51 (2003), pp. 81-146.

2. *mi sentido*: MP imprime *en mí sentido*, pero creo que no bien: cf. núm. 171, v. 2.

3. *aborrecido*: véase el romance "Supuesto, discurso mío…" (núm. 4), donde la voz femenina rechaza a Silvio, pero no lo aborrece.

167. *Inundación castálida*, p. 5.

6. *víctimas*: cf. núm. 4, v. 89.

13-14: *aquéste* es Feliciano; *aquél*, Lisardo; este quiasmo no es raro en sor Juana: cf. los vv. 117-120 del núm. 4, los vv. 43-44 del núm. 6 y los vv. 190-193 de la loa a la Reina.

168. *Inundación castálida*, p. 4. || En los tres sonetos, los tercetos comienzan con la conjunción *Si*. Y en éste, a diferencia de lo que ocurre en los otros dos, la mujer que habla llega a una decisión: violentándose a sí misma, resuelve ceder a las solicitaciones de quien la ama y no convertirse en "vil despojo" de quien no la ama (decisión contraria a la del final del núm. 4); tal vez por eso decidió MP colocar este soneto al final de la serie de tres; pero yo creo que es mejor respetar el orden en que se

imprimieron originalmente; lo que MP siente como conclusión no es sino una de las tres variaciones sobre el tema. Vale la pena observar la riqueza léxica que exhibe sor Juana en este tríptico: la única palabra que aparece en los tres sonetos es *padecer*; otras se repiten en dos: *aborrecer, adorar, amar, buscar, ingratitud* y *sentir*; el resto del vocabulario da a cada soneto una "tonalidad" distinta: en el primero (sigo el orden de MP), *agradecer, rendirse, desdeñar, gemir, sufrir, mal, dolor, tormento, enfado, cansancio, vanidad, arrogancia*; en el segundo, *apetecer, pedir, llorar, enriquecer, despreciar, ofender, reconvenir, desdorar, atormentar, ternura, decoro, ofrecer el alma, ofrecer víctimas*; y en el tercero, *rogar, desear, tratar de amor, escoger, pagar, triunfar, dejar, enojar, maltratar, matar, empleo, constancia, diamante* ('dureza'), *despojo, infelicidad, pundonor, vileza*.

169. *Inundación castálida*, p. 5.

4. *víctimas*: cf. núm. 4, v. 89, y núm. 167, v. 6.

12. *réditos cobra*: curiosa comparación, tan "prosaica" (cf. núm. 3, v. 24).

170. *Inundación castálida*, p. 196. || Epígrafe: es una especie de glosa de los dos últimos versos.

4. *la fuerza de un deseo*: la intensidad con que en un tiempo fue amado el indigno sujeto.

6. *cuidado*: 'anhelo erótico'.

8. *empleo*: la persona amada.

13. *delito*: cf. el *pecado* del v. 3.

171. *Inundación castálida*, p. 197.

1. Hay un soneto de Bartolomé Leonardo de Argensola que comienza: "Filis, *yo te aborrezco*, y de manera…"

3. *infama*: 'hace infame'; cf. Góngora, *Soledad I*, v. 367: "¿Cuál tigre, la más fiera / que clima *infamó* hircano…?"

10. *contradice*: 'mi memoria, asustada, se opone a que tú estés en ella'.

13. *corrida*: 'avergonzada'. (Este soneto es como la contraparte del núm. 165, que podemos suponer dirigido a Fabio; así como Fabio estará siempre preso en la fantasía de quien lo ama, así Silvio estará siempre presente en la memoria de quien lo aborrece.)

172. *Segundo volumen*, p. 281.

5. *divertida*: 'absorta'.

12-14: este final me hace pensar en otros finales de soneto que, por así decir, exhortan a la resignación: el de Torquato Tasso, "Giacea la mia virtù vinta e smarrita…", donde la amada, en un sueño, mira al poeta con ojos piadosos y le dice: "Conténtate con esta mirada: ¿acaso esperas gozar de unos ojos más benignos?" ("Speri forse d'aver più fidi lumi?"); y el de Bartolomé Leonardo de Argensola, "Dime, Padre común, pues eres justo…", donde el poeta se queja por la injusticia que reina en este mundo, y entonces aparece una ninfa celestial que le dice: "¡Ciego!, ¿es la tierra el reino de las almas?". En el de sor Juana, la voz, gracias a un "destino prodigioso", es de ella misma.

173. *Inundación castálida*, p. 11.

1. *atada*: como Mario Galeota, el amigo de Garcilaso (*Canción V*, v. 35), "en la concha de Venus amarrado".

8. *indigna*: no merecedora de tal tormento.

174. *Inundación castálida*, p. 137.

2. *mal celoso* = la enfermedad de los celos.

175. *Inundación castálida*, p. 11.

2-4: *aquél, éste*: cf. nota al núm. 167, vv. 13-14; pero aquí no hay quiasmo: *éste* es siempre el celoso, y *aquél*, el ausente.

3. *presume*: 'imagina'.

6. *delira*: recriminar a gritos es ya un desahogo, un alivio.

7. *sin intermisión*: ‘sin pausa’.

13. *pena de daño*: los teólogos, según nos hace saber MP, distinguen dos clases de pena en el infierno: la *pena de castigo*, que, siendo espantosísima, resulta poca cosa en comparación con la *pena de daño*, que es el estar el condenado eternamente ausente de Dios (y comenta que aquí sor Juana es “un poco más aguda que sólida”).

176. *Segundo volumen*, p. 282.

9. *haya modo*: o sea un “proporcionado medio”, como se lee en el núm. 3, vv. 205-208.

13. *me la estás haciendo*: según el *Dicc. de Autoridades*, *hacerla* es “frase con que se significa que alguno faltó a lo que debía, a sus obligaciones o al concepto que se tenía hecho de él”.

14. *desecha*: ‘despedida cortés’ (*Tesoro* de Covarrubias); el *Dicc. de Autoridades* (imitado en el moderno Diccionario académico) dice *deshecha*; pero Joan Corominas, *Diccionario crítico etimológico*, en el artículo *echar* (tomo 2, p. 542b, líneas 16-31) demuestra que la palabra *desecha* no tiene relación con *deshacer*, sino con *desechar*.

177. *Inundación castálida*, p. 11.

4. *tanta conquista*: ‘tan grande hazaña’.

14. *se vuelve llanto*: “el alma por los ojos desatada”, dice Góngora, *Soledad I*, v. 748. “Cuando se recibe algún grande pesar, […hay una] suspensión de todas las acciones y movimientos, hasta que, moderándose el dolor, cobra el corazón alientos para su desahogo y exhala por el llanto aquellos mismos espíritus que le congojan” (*Crisis sobre un sermón*, o sea *Carta athenagórica*, líneas 281-292); algo muy parecido dice Hermenegildo en *El mártir del Sacramento*, vv. 603-614. Cf. núm. 6, v. 43 (el corazón “se convierte en agua”) y núm. 98 bis, enigma 11 (“tormento en el pecho”, “desahogo en los ojos”); y véase también *supra*, núm. 164, e *infra*, núm. 184.

178. *Inundación castálida*, p. 137. || Epígrafe: “advierte a la causa”: hay que entender: “a quien causa los celos”.

2. *agraviado*: “la poetisa habla *en persona de varón*”, como dice MP (lo mismo en el soneto anterior y en varios otros poemas).

4. *no prefiero*: ‘no sé qué es más: lo amante o lo airado’.

5. *odio y amor*: imposible no pensar en el *Odi et amo* de Catulo.

6-8: un paso más: no es posible que el amor y el odio sigan existiendo con idéntica intensidad: si sobreviene un aumento en el odio, es que habrá habido una disminución en el amor.

13. *remiso*: ‘flojo’.

179. *Segundo volumen*, p. 284. || Según MP, la *Lisi* de este soneto no es la condesa de Paredes; pero su argumentación no me convence.

3-4: ‘la belleza de Lisi está más allá de lo posible; creerla posible es ofenderla a ella y malinterpretar lo que yo siento al verla’ (que es adoración pura).

11. *la esperanza*: en el *Sainete I* del festejo de *Los empeños de una casa*, vv. 177-178, el Alcalde les dice a la Esperanza y a los otros entes de Palacio (el Respeto, el Obsequio, etc.) “que no merece el premio / quien lo pretende”; y cf. núm. 90, vv. 29-32: la verdadera dicha, en amores, es sólo la que “ni se puede merecer / ni se pretende alcanzar”.

180. *Inundación castálida*, p. 197. || Lo único que se ha propuesto sor Juana en este soneto y en el siguiente es mostrar su ingenio y los laberintos que su mente se complace en recorrer. En el v. 7, MP corrige con toda razón la palabra-rima y pone *agraviarte* en vez de *olvidarte* (porque *olvidarte* está ya en el v. 2).

8. *si te olvidan*: hay que entender ‘puesto que te olvidan’.

9-11: cf. núm. 89, vv. 95-96.

181. *Inundación castálida*, p. 198. || En este soneto se responde sor Juana a sí misma, diciendo lo contrario del soneto anterior. El *agraviarte* del v. 7 ha servido para corregir el núm. 180, pues se trata de una respuesta "por los mismos consonantes". Para este juego de ingenio pueden verse mis *Cuatro ensayos sobre arte poética*, *op. cit*., pp. 413-442.

6. Es desconcertante este tercer personaje: no sabemos qué es lo que piensa Albiro.

9. *ser querido* (entiéndase 'yo, Celio').

181 bis. *Segundo volumen*, p. 283. || El "curioso" que escribe este soneto muestra que hay contemporáneos de sor Juana que tienen también una mente laberíntica; por lo demás, se inspiró seguramente en "Dices que yo te olvido, Celio…".

2. *por lo mismo*: o sea, por el conocimiento: 'yo no te quiero, porque te conozco; y si tú me quieres, pienso que es porque no me conoces'.

5. *tu no conocerme*: dice MP que vaciló entre *tu* (adjetivo) y *tú* (pronombre), y prefirió *tú*; yo prefiero *tu* ("tu no conocerme" es como el "aqueste no acordarme" del núm. 180, v. 13).

14. *dos carencias*: la de entendimiento y la de igualdad.

182. *Ibid*.

2. *quisiera*: es corrección mía; todas las ediciones dicen *pudiera*, que pertenece al v. 7 (y es raro que a MP se le haya escapado este gazapo).

3. *alguna*: es también corrección mía, en vez de *alguno*: cf. *aquella* en el v. 9.

183. *Inundación castálida*, p. 167. || "Términos de las Escuelas" son los de la arcaica ciencia escolástica (aristotélico-tomista) que seguía enseñándose en el imperio español en tiempos de sor Juana. En el firmamento, según la ciencia escolástica, no hay cambio alguno (es "incorruptible"), mientras que en nuestro mundo hay cambios continuos: la "*materia*
prima", que es potencia pura, se vuelve acto según la "*forma* sustancial" que vaya tomando; el cuerpo resultante, o sea "el compuesto", se des-compone constantemente; y al "corromperse" una forma, "se *educe*" otra.

3. *nobleza*: la explicación normal de la incorruptibilidad de los cielos es que su materia es de otra índole que la de aquí abajo: es más "noble"; pero, según una opinión "probable" (v. 1), no consiste en eso, sino en el modo como allí se *informa* (adquiere forma) la materia. (La palabra-rima *nobleza* se repite en el v. 6; en la edición de 1709, seguramente para evitar la repetición, se eligió *firmeza*, palabra que, por error, se colocó en el v. 2 en lugar de *fijeza*, que estaba bien, y la repetición de *nobleza* quedó sin remediar; MP aprovechó la nueva palabra, *firmeza*, y la puso en el v. 3; pero *firmeza* es lo mismo que *fijeza*, cualidad que corresponde a la forma, no a la materia; yo hubiera elegido mejor la palabra *pureza*, pero prefiero dejar la repetición: cf. el núm. 146.)

9. *Así tu amor*: 'el amor que te tengo'; 'este amor es *materia* indestructiblemente trabada a una *forma* que eres tú' (el nombre *Celia* hace pensar en 'celestial').

12. *ni educir*: este *ni*, difícil de acomodar sintácticamente, parece significar: 'tampoco es posible (educir otra)…', etc.

14. *inamisible*: 'imposible de perder'. (Así se explica la primera frase del epígrafe: el *cuidado*, o sea el amor a Celia, es *rebelde* o reacio a la posibilidad de cambio. Es un amor celestial, un amor eterno.)

184. *Segundo volumen*, p. 280. || Es notable el contraste entre este soneto y el anterior, aunque seguramente no lo programó así sor Juana: el anterior se publicó en 1689, y éste en 1692. Aquí se explica cómo nace el amor, pero también cómo muere. Ya Tomé de Burguillos, o sea Lope de Vega, "dice [en un soneto] cómo se engendra amor, hablando como filósofo" ("Espíritus sanguíneos poderosos / suben del corazón a la cabeza…"); Garcilaso había explicado cómo se engendran los

suspiros del enamorado (“De aquella vista pura y excelente…”), y sor Juana, por su parte, dice cómo se engendran las lágrimas (núm. 177).

11. *Celia*: también es notable que el nombre de la dama sea el mismo que en el núm. 183.

14. Este verso dice así en las ediciones antiguas: “sino que llegó ya el término preciso”, con una sílaba de más; MP vaciló entre quitar el *que* o el *ya*, y prefirió esto segundo; yo prefiero suprimir el *que*: es más fácil explicar el error del cajista por la frecuencia con que se emplea el giro *sino que*.

185. *Segundo volumen*, p. 277. || Felipe IV murió en 1665, pero la noticia de su muerte llegó a México en mayo de 1666, cuando Juana Ramírez (aún no sor Juana) tenía dieciocho años y medio y trabajaba como criada en el palacio virreinal. Lo menos que se puede decir de este soneto es que es ya de un poeta “profesional”.

186. *Inundación castálida*, p. 20. || Supone MP que la “enfermedad grave” mencionada en el epígrafe es la que obligó a Juana Ramírez, en noviembre de 1667, a dejar el convento de carmelitas después de tres meses de noviciado; puede ser; pero yo me inclino a pensar que fue el rigor de la regla de las carmelitas lo que la obligó a regresar al mundo, hasta que en febrero de 1668 entró en San Jerónimo, cuya regla era más blanda. — Los sonetos de versos agudos, reprobados en el siglo XVI, pasaron a ser en el XVII uno de los juegos de ingenio: cf. mis *Cuatro ensayos sobre arte poética*, *op. cit*., pp. 307-350.

187. *Inundación castálida*, p. 156. || El marqués y la marquesa de Mancera, en cuyo palacio vivió sor Juana antes de hacerse monja, regresaban a España cuando la marquesa cayó enferma y murió en Tepeaca (en el actual estado de Puebla) en abril de 1674. Antonio de Robles, al registrar el hecho en su *Diario*, añade, como cosa curiosa, que “siendo virreina, cuando le iban a pedir alguna cosa y se enfadaba, decía: ¡*Váyanse al rollo de Tepeaca!*” (sobre la expresión “irse al rollo” véase el núm. 162, v. 12). Se llamaba Leonor María del Carreto, como se lee en la dedicatoria de la *Noticia breve*
de la dedicación de catedral (1668). En ocasiones especiales era costumbre —heredada de Italia— hacer un tríptico de sonetos; así lo hizo Góngora al morir la reina Margarita, en 1611. De los sonetos a la muerte de la marquesa dice MP que “brillarían entre los que Petrarca rimó *in morte di madonna Laura*”; y Octavio Paz (*Las trampas*, p. 189), que “no son lenguaje esculpido, sino lenguaje que levanta arquitecturas aéreas”, obviamente un elogio, aunque su sentido preciso se me escapa.

188. *Ibidem*.

1. *Bello compuesto*: cf. la nota al núm. 183.

7. *el día final*: el de la “resurrección de la carne”. (Yo, en mi adolescencia, oí decir a algunos teólogos que resucitaremos todos jóvenes y hermosos, aunque al morir hayamos sido viejos, feos o contrahechos; quizá sor Juana pensaba lo mismo: la marquesa no era joven.)

14. *tu morada*: ‘el cuerpo que tuviste aquí en la tierra’.

189. *Inundación castálida*, p. 168. || Por algún accidente, este tercer soneto quedó separado de los otros dos, y hubo necesidad de ponerle nuevo epígrafe.

4. *un tiempo*: ‘durante un tiempo’ (mientras vivió la marquesa); en la *Inundación* se lee: “que *a* un tiempo”, lo cual no tiene mucho sentido: Laura no concedió su luz al tiempo, sino a los ojos que la veían; las ediciones de 1709 y de 1725 (así como MP) suprimen la preposición.

5. *influiste*: “sin duda, alentando sus primeras actividades poéticas” (MP).

190. *Inundación castálida*, p. 210. || Otro tríptico de sonetos fúnebres. Está también en el “Ms. Moñino”, con este epígrafe: “A la muerte del duque de Veragua, virrey de México, que murió al tercero día que entró en el virreinato”. El duque de Veragua, o de Veraguas (que de ambas maneras se decía), sucesor del marqués de Mancera, “compró en 50,000 pesos el virreinato de Méjico, para no disfrutarlo sino días” (Duque de Maura, *Carlos II y su corte*, tomo 2, Madrid, 1915, p. 201); en efecto, hizo su “entrada” el 8 de diciembre de 1673, y el 13, a las 5 de la mañana, era ya difunto. En

el “Ms. Moñino”, el orden de los sonetos no es 1-2-3, sino 1-3-2; además, este primer soneto (núm. 190) tiene los tercetos del 192, pero le faltan los versos 11 y 12. El primero y el tercero se dirigen al “caminante” (ficción poética muy usada: el paseante que ve a la orilla del camino una lápida y, por curiosidad, se detiene a leerla).

1. *pira*: licencia poética (entiéndase ‘sepulcro’).

8. *Colón*: los duques de Veragua eran (¿son?) descendientes del Descubridor.

13: entre ellos, con toda seguridad, los de sor Juana. (La cual, sin embargo, necesitaba “hacer acto de presencia” en esta ocasión para no perder sus ventajosísimos vínculos con la corte virreinal.)

191. *Inundación castálida*, p. 211.

6. *del dios ardiente*: adopto la lección del “Ms. Moñino”, que me parece mejor que la de la *Inundación*; el “dios ardiente” es perífrasis de ‘Apolo’; el *desdén* no es de Apolo, sino de Dafne, la ninfa que, perseguida por el dios, se metamorfoseó en laurel; el verso todo significa que el duque de Veragua ciñó corona de laurel muchas veces.

192. *Ibidem*.

13. *en la piedra*: es lección del “Ms. Moñino”, que me parece mejor que la de la *Inundación*: “en las piedras”. (Pero los tercetos de este soneto, en el “Ms. Moñino”, son los del núm. 190: “Tanto pudo la fama…”, etc.) — Este tríptico es “dechado de líricos epitafios, comparables con los mejores de Góngora, Quevedo o nuestro Sandoval y Zapata” (MP); “Sonetos perfectos, no como un rito religioso sino como una ceremonia cortesana. Sonetos vacíos. No obstante, cada uno contiene versos felices” (O. Paz, *op. cit*., p. 187).

193. *Inundación castálida*, p. 182. || El epígrafe dice “Al mismo asunto”, porque el soneto va a continuación del núm.73.

3. *Kirkero*: es el padre Kircher: cf. la nota al núm. 50, v. 182: si allá la “Combinatoria” le ayudó a sor Juana a descubrir el nombre del conde de la Granja, aquí parece haberla instruido sobre el arte de elevar números hasta la enésima potencia.

5-8: el sentido de este cuarteto es claro: al cumplir años (el 24 de diciembre), el marqués cumple asimismo (en 1681) un año como virrey; la primera mitad del cuarteto describe el transcurso del año (interpreto *luciente rueda* como ‘zodíaco’; *trastornó* es ‘hizo girar’); en la segunda mitad hay el deseo de que el final de ese primer año (*círculo primero*) marque el comienzo del siguiente. Lo difícil es descubrir la relación sintáctica entre las dos mitades del cuarteto.

194. *Inundación castálida*, p. 204. || El epígrafe es rarísimo: “llegaron *luego*” (¿después de qué?), “*el* hecho piadoso” (¿cuál?), etc. Se alude a algo que iba antes del soneto, algo suprimido a última hora, y el editor debió olvidarse de modificar el epígrafe. Según pienso, lo suprimido es lo que puede verse *supra*, núms. 143 bis y 144. Los organizadores de la *Academia* madrileña enviaron invitación a México para que los poetas novohispanos se sumaran al homenaje. Esta invitación se imprimió: *Copia de carta escrita de Madrid a 22 de enero de 1685*, 4 folios, México, 1685 (Vicente de P. Andrade, *Ensayo bibliográfico mexicano del siglo XVII*, México, 1899, núm. 852); en este impreso hay ya seis sonetos de poetas novohispanos (no el de sor Juana), y al final está la quintilla “La acción religiosa de…”

6-7: el conde Rodolfo I (1218-1291), fundador de la casa de Habsburgo y emperador a partir de 1273, cedió una vez (en 1267) su caballo para que un sacerdote que llevaba el Viático atravesara un río; y Carlos V también cedió su caballo, en la plaza mayor de Valladolid, a un cura que llevaba asimismo el Viático. En tiempo de sor Juana se decía que la Casa de Habsburgo duraría mientras durase en ella la devoción al Santísimo Sacramento.

195. *Inundación castálida*, p. 1. || El hecho de que este soneto esté aquí, con su número 195, me parece deplorable. Debiera ponerse como lo puso Francisco de las Heras: en la página 1, y con la

página 2 en blanco, para darle mayor relieve. No es “un soneto de tantos”: la gratitud y la emoción con que sor Juana lo escribió son casi palpables.

1-4: cf. la núm. XII de las *Letras de San Bernardo*: “Bienes que adquiere el esclavo, / como refiere el Derecho, / aunque es él el que trabaja, / pertenecen a su dueño”; y también el dístico de “Theognis” citado en el *Neptuno alegórico*, líneas 301-302: “Non etenim e squilla rosa nascitur, aut hyacinthus, / Sed *neque ab ancilla filius ingenuus*”.

3. *que obedece*: ‘a quien obedece’.

5. *el que*: ‘el fruto que’… — Al pie del soneto hay esta suscripción: “Ama y señora mía, besa los pies de V. Exc. su criada *Juana Inés de la Cruz*”.

195 bis. *Enigmas ofrecidos a la Casa del Placer*, edición de A. Alatorre, México, 1994, p. 77.

1-4. *altivo, generoso, osado*: es atrevida la idea de que el “volumen” de *Enigmas* pueda llegar a manos de las sabias y aristocráticas monjas de la Casa del Placer; pero es un atrevimiento “generoso”, o sea ‘noble’.

4. *celeste firmamento*: cf. *El divino Narciso*, vv. 489-490: “…con homenajes altivos / escalar el cielo intenta”. (El espíritu reverente de este soneto, lo mismo que su vocabulario, son idénticos a los del romance-dedicatoria, núm. 1 bis.)

8. *sacrificio, rendimiento*: aquí no se trata de simples damas que deben ser tratadas con *rendimiento* (con profundo respeto), sino de deidades en cuyas aras se ofrecen *sacrificios*.

10. *indecencia*: el homenaje a una deidad es válido aunque quien lo hace sea un sujeto *indigno* (bajo, despreciable).

14. *oblaciones*: ‘sacrificios’.

196. *Segundo volumen*, p. 281. || Sor Juana tuvo un solo hermano varón, o, mejor dicho, medio hermano, por parte de la madre; se llamó, como su padre, Diego Ruiz Lozano; en su testamento, citado por MP, Diego recuerda “el mucho cariño y buena hermandad” que reinó en toda la prole de Isabel Ramírez (tres hijas de Pedro de Asuaje, y dos hijas y un hijo de Ruiz Lozano).

8. *Glauco*: pescador que, al comer ciertas hierbas, quedó convertido en un dios marino; su historia está en el final del libro XIII y el comienzo del XIV de las *Metamorfosis* de Ovidio.

9. *mi cuidado*: ‘mi cariño’.

197. *Segundo volumen*, p. 277. || Entre las poesías dedicadas a caballos destripados por toros merece citarse la décima de Góngora “A don Pedro de Cárdenas, de un caballo que le mató un toro” (“Murió Frontalete, y hallo…”) y el soneto de Tomé de Burguillos, o sea Lope de Vega, “Desgarro de una panza un día de toros: habla el rocín” (“Yo, Bragadoro, valenzuela en raza…”).

1-4: Hipogrifo, Águila, Pegaso, Delfín: cuatro “cabalgaduras” que menciona sor Juana en el núm. 26, vv. 21-52 (véase la nota).

5-8: quien dio muerte a ese caballo fue el raptor de Europa, Júpiter, que disimula sus rayos divinos en un “semicírculo de acero”, o sea la cornamenta.

12. *afectivo*: es corrección de MP; en el original se lee *activo*, con lo cual el sentido queda turbio y el verso cojo; lo que dice sor Juana en los cuatro últimos versos es que, “más que a la cornada, el noble *bruto* sucumbió a la vergüenza de serlo bajo riendas tan sabias” (MP); era “menos inhumano” que el común de los caballos.

198. *Inundación castálida*, p. 110.

1-4: parece reminiscencia de “El aire se serena…” (fray Luis de León, oda a la Música).

9. *el Tracio*: alusión a Orfeo, y al alivio que fue su música para las sombras del Averno.

13-14: cf. Francisco de Medrano, final del soneto “No sé cómo, ni cuándo, ni qué cosa…”, refiriéndose a una misteriosa visión erótica: “…Ignorarlo es saber; que es bien pequeño / el que

puede abarcar *sólo el sentido*, / y éste pudo caber en *sola el alma*". (Pero debe de ser pura coincidencia: Medrano fue poeta poco leído.)

199. *Segundo volumen*, p. 278.

1. *verdor*: el capelo o bonete con borla verde que se daba a quienes se doctoraban en Derecho Canónico.

8. *sepulcro de un gusano*: porque el bonete y la borla eran de seda.

14. *la muerte*, pues es forzoso que el gusano de seda muera.

200. *Ibidem*. || En la *Carta al padre Núñez* (1682), con la cual sor Juana rompe su relación con quien ha sido su confesor, dice que le debe muchos favores "que reconoceré eternamente, tal como el de pagarme maestro". Fue el único que tuvo; en la *Respuesta a sor Filotea* dice: "Empecé a deprender latín, en que creo no llegaron a veinte las lecciones que tomé"; y el padre Calleja, su biógrafo: "Solas veinte lecciones de la lengua latina testifica el bachiller Martín de Olivas que la dio, y la supo con eminencia"; y Castorena, en la *Fama*, epígrafe del soneto que Olivas dedicó a la muerte de su exdiscípula: "Justísimo dolor que en la muerte de la poetisa expresa mudo el bachiller don Martín de Olivas, maestro que mereció empezar a ser de la poetisa (y no fue menester proseguir) en la lengua latina". A juzgar por un documento citado por Francisco de la Maza (*Sor Juana Inés de la Cruz ante la historia*, México, 1980, pp. 167-168), Martín de Olivas hizo sus estudios en el Colegio de la Compañía y era muy pobre; seguramente lo conocía Núñez. Las lecciones tuvieron lugar en 1667, cuando Olivas contaría quizá menos de 30 años, y Juana menos de 19.

2. *Arquimedes*: en la impresión original se lee *Archimédes*, con acento gráfico (quizá para que el lector evite la pronunciación vulgar y anti-etimológica *Arquímedes*).

11. *así se anegue*: según el *Dicc. de Autoridades*, "*anegarse* se dice también del bajel que se sumerge o se inunda en el agua"; sor Juana desea que su bajel (intelectual) se hunda en el mar de Ciencia que es Olivas. La hipérbole deja de ser tal si se considera que el saber latín le dio a sor Juana la llave de tesoros incalculables; así, las veinte lecciones (o menos) pueden compararse con los maravillosos inventos ("máquinas primas") de Arquimedes.

201. *Inundación castálida*, p. 166. || El padre Mansilla, español, residió varios años en Manila antes de venir a México; no sólo fue confesor de la condesa de Paredes, como dice el epígrafe, sino también padrino de confirmación del hijo de ésta, Josef (*Diario* de Antonio de Robles, 15 de octubre de 1683). Es éste, a todas luces, un soneto "de compromiso"; sor Juana hace variaciones de una figura retórica ('alábente tus obras, porque yo me quedo muda de admiración') a la que es muy aficionada.

202. Soneto publicado por el bachiller Diego de Ribera al comienzo de su *Poética descripción de la pompa plausible* [*con que se celebró la dedicación de la catedral el día] 22 de diziembre de 1667*, México, 1668. || Epígrafe: *Museo* significa 'templo de las Musas' (erigido por los poetas mexicanos). Es uno de los raros testimonios en que aparece el apellido paterno de sor Juana (que en diciembre de 1667 no era *sor:* había dejado el convento de las carmelitas y no había entrado aún en el de las jerónimas). — Si Ribera sigue haciendo versos tan musicales, Apolo tendrá que renunciar a la lira y, tomando la rústica zampoña, hacerse pastor, como lo fue aquella vez en que, castigado por Júpiter, quedó sujeto a Admeto, rey de Tesalia (vv. 1-4); y Orfeo, cuyo canto movió piedras y cautivó a los dioses del Averno, tendrá que retirarse (vv. 5-7); nuestra catedral misma queda agraviada por él, pues, aunque muy superior a cuanto hicieron los arquitectos griegos y romanos, no podrá resistir la competencia con el canto de Ribera (8-14).

203. Soneto publicado por el mismo Diego de Ribera en los preliminares de su *Defectuoso epílogo* […] *de las heroycas obras que ilustran esta nobilíssima ciudad de México, conseguidas en el feliz gobierno* de […] *fray Payo Enríquez de Ribera*, México, 1676. || Fray Payo fue durante varios

años no sólo arzobispo, sino también virrey; y, como virrey, dedicó atención a obras públicas como "la Fuente y Calzada de Guadalupe, el templo guadalupano de Querétaro, etc." (MP).

1-2: el "pastor sacro" (fray Payo) es muy modesto; no quiere presumir de "su obrar", pero sus obras contrarrestan ese silencio. (La rima *llama/llama* de los vv. 1 y 4 no sólo no es defecto, sino que constituye un primor: *parole identiche*: en el v. 1 es sustantivo, y en el 4 es verbo).

14. *le construyes el sentido*: lo que hace Ribera en su libro es interpretar el "discurso de las piedras", que está en *cifra* (en 'clave').

204. Soneto impreso al comienzo del opúsculo de Sigüenza y Góngora intitulado *Panegýrico con que la muy noble imperial ciudad de México aplaudió al* […] *Conde de Paredes*, anexo al *Teatro de virtudes políticas*, México, 1680. || La voz de Sigüenza es irresistible como la de Orfeo, cuya esposa le fue devuelta por los dioses infernales (2-3); como la de Arión, que hizo acudir al delfín salvador (4); como la de Apolo y la de Anfión, que movieron a las piedras para hacer por sí solas las murallas de Troya y de Tebas, respectivamente; y, además, las de Troya no hubieran sucumbido al embate de los griegos ni las de Tebas al de Alejandro Magno (5-8).

11. *avena*: nombre virgiliano de la flauta bucólica (corrección de MP: el texto dice *vena*).

13-14: elogio bastante ambiguo (parecido al del núm. 106, vv. 28-30); pero se trata, seguramente, de un soneto "de compromiso": cf. nota al núm. 201.

205. *Inundación castálida*, p. 168. || También este soneto es "de compromiso": el padre Kino (Kühn) era protegido de la duquesa de Aveiro, amiga de la condesa de Paredes. Vino a México en 1681 con el propósito de trabajar en las misiones de la Pimería alta (Sonora y Arizona); había sido profesor de matemáticas en Ingolstadt, y lo primero que hizo fue escribir y publicar, en ese año, una *Explicación astronómica* del cometa de 1680/81, en la cual *no* "absolvía de ominoso" al cometa (como dice el epígrafe), esto es, no combatía la creencia vulgar de que los cometas causan muchas calamidades, sino que más bien compartía esta opinión; así, su libro venía a ser una refutación del que Sigüenza y Góngora había publicado en 1680: *Manifiesto philosóphico contra los cometas, despojados del imperio que tenían sobre los tímidos*. Muy indignado, Sigüenza le replicó a Kino en su *Libra astronómica*, obra sólida y bien documentada; Kino, en una breve contrarréplica, niega haber atacado a Sigüenza; entre otras cosas, dice que su *Exposición* fue alabada en Roma y también en México, "con especialidad [por] la muy erudita, muy capaz y religiosísima madre Juana Inés de la Cruz" (lo cual debe de haber lastimado mucho a Sigüenza). Véase mi *Sor Juana a través de los siglos*, México, 2007, tomo 1, p. 206. El soneto de sor Juana es una monstruosa hipérbole: ¡*nadie* supo lo que son los astros y los fenómenos atmosféricos hasta que vino el padre Kino! Y lo más notable es que, contra lo que dice el epígrafe, no habla del cometa. — En una carta a la duquesa de Aveiro, de julio de 1681, Kino dice: "…Sospecho que esta excepcional sequía es una de las consecuencias del cometa" (Ernest Burrus, *Kino escribe a la duquesa*, México, 1964, p. 161). Por muy profesor que haya sido en Ingolstadt, Kino no podía competir con Sigüenza, verdadero hombre de ciencia.

205 bis. [Fray Luis] Tineo [de Morales], *Poesías*, manuscrito 3665 de la Biblioteca Nacional de Madrid, folio 47. || Tineo (*ca.* 1626-1693), monje premonstratense, abad del convento de su orden en Madrid, fue quien hizo el prólogo de la *Inundación castálida*. La Décima Musa, o sea sor Juana, escribió su soneto para agradecérselo, y Tineo respondió "por los mismos consonantes" (cf. nota al núm. 181). Di noticia de este intercambio sonetil en la revista *Vuelta*, septiembre de 1984. Comentaré simultáneamente los dos sonetos (abreviando: SJ = sor Juana; T = Tineo).

1. *testuz*: no sé qué quiere decir SJ; en T es más claro este verso.

2. *albornoz*: no sé explicarlo.

3. Al *pedir* de SJ responde el *tomar* de T (en la sátira antifeminista era muy frecuente acusar a las mujeres de *pedigüeñas* o *tomajonas*). Dice Tineo en el prólogo de la *Inundación* acerca de los

manuscritos que le entregó la condesa de Paredes: “no me deja de hacer algún reparo ver que un tesoro como éste venía destinado a tomar tierra en la corta capacidad de mi humilde albergue”; según esto, lo que sor Juana *pidió* fue que él escribiera el prólogo.

4: SJ parece creer que Tineo era *andaluz*; T parece negarlo (de hecho, según Nicolás Antonio, era natural de Sepúlveda, provincia de Segovia).

5: alusión (en T) al refrán “A perro viejo no hay tus tus” (el hombre experimentado no se deja embaucar).

7. *Estremoz*: los “barros” o búcaros de este lugar (en Portugal) eran especialmente famosos; cf. nota al epígrafe del núm. 48.

8. *regaluz*: obviamente, lo mismo que *regaliz*, quizá por contagio con su sinónimo *orozuz*.

9. *lanzón*: ‘lanza corta y gruesa con hierro largo y ancho; sirven de guardar la casa, *las viñas* y los melonares’ (Covarrubias, *Tesoro*); cf. Quevedo, *La hora de todos*, al comienzo: sale Marte “con sus armas y capacete y la *insignia de viñatero* enristrada” (los soldados tenían fama de borrachos).

10. *tasugo* (SJ), *tasujo* (T): no creo que sea el *tesugo* o *tasugo* ‘tejón’ que cita Corominas en el artículo *tejón*; debe de ser una variante de *tasajo*; “soy *perro añejo*” (T) es quizá reminiscencia de Cervantes, *Viage del Parnaso*, VIII, v. 418: “Yo, socarrón; yo, *poetón viejo*”; en el prólogo de la *Inundación*, hablando de la envidia que “los necios” les tienen a las personas inteligentes (alusión velada al padre Núñez), dice Tineo: “Bueno fuera que ignorara yo ahora, al cabo de mi vejez, [que existe esa clase de envidia]”.

11. *espíritu pronto*: reminiscencia (irreverente) de las palabras de Cristo en el Huerto de los Olivos: “*Spiritus promptus* est, caro vero infirma”.

12. *abadejo*: ‘bacalao seco’.

14. *fiel espejo*: este verso, en los dos sonetos, es el único serio; para decir que Tineo es un eclesiástico dignísimo de respeto, SJ tiene que romper el esquema de las rimas agudas; y T lo aprovecha para decir, también en serio, que sor Juana es una nueva *Camila* (la mujer varonil y aguerrida del libro XI de la *Eneida*).

206. *Poemas de la única poetisa americana*… (primera reedición de la *Inundación castálida*), 1690, p. 18. || Seguramente se le pidió este soneto a sor Juana para imprimirlo en los preliminares del poema épico del padre Francisco de Castro en loor de la Virgen de Guadalupe: *La octava maravilla y sin segundo milagro de México, perpetrado en las rosas de Guadalupe y escrito heroicamente en octavas.* El autor se lo llevó a Madrid con intención de imprimirlo allí, cosa que no sucedió; se imprimió mucho después de su muerte, en México, en 1979.

1. *maravilla*: probablemente en dos sentidos: el de ‘prodigio’ y el de la ‘flor’ así llamada (flor compuesta de flores: las rosas milagrosas que cortó Juan Diego).

8. *pura silla*: el ángel (“inteligencia soberana”) que pisa la Virgen, en vez del Dragón o sierpe infernal de las imágenes tradicionales de la Inmaculada Concepción.

9-14: el Cielo copia esa maravilla, sumando sus señas en guarismos de flores; el padre Castro, a su vez, hace una copia de la copia con la *maravilla* de sus versos.

207. *Inundación castálida*, p. 210.

1-4: el juez que firma sentencias injustas está proclamando: “¡Soy un juez injusto!”

5-6: es más claro el motivo de *temor* (a la turba que pedía que Cristo muriera) que el de *ambición* (¿deseo de avanzar en su “carrera política”?).

9-14: esta conclusión, y aun todo el soneto, hacen pensar en los “sonetos morales” de Quevedo; pero en el de sor Juana la lección moral es más personal, más apasionada: nos lleva a sonetos como “En perseguirme, Mundo…” (núm. 146) y “Tan grande, ¡ay hado!…” (núm. 150); y nos hace pensar no sólo en la *Carta al padre Núñez*, su injusto perseguidor, sino también en el largo pasaje (líneas

524-714) de la *Respuesta a sor Filotea*, en que muy enfáticamente afirma sor Juana que las causas de la persecución que sufre son idénticas a las del "rabioso odio de los fariseos contra Cristo" (aunque, naturalmente, calla el nombre de Núñez).

208. *Fama y Obras pósthumas*, p. 163.

3. *apurar*: 'averiguar' (Calderón: "*Apurar*, cielos, pretendo […] qué delito cometí…").

3 y 4: *en vano*: ni la mirada más perspicaz puede abarcar todas las bellezas de esa pintura; o, si acaso puede, lo hace con admiración.

5. *tu alma*: el soneto se dirige a la Virgen retratada; el "Autor" es Dios, por supuesto.

8: siendo el lienzo todo el cielo, y mano la de Dios.

10. *el pincel*: si Dios fuera el pintor, el pincel estaría en el cielo (como constelación).

12-14. ¡Y sí está en el cielo! (aunque no tan brillante, pues mucha de su luz se gastó para pintar tal retrato).

209. *Segundo volumen*, p. 546. || Soneto hecho para el mismo certamen que el romance núm. 53.

1-2: cf. el comienzo del núm. 53: "De la más fragante Rosa / nació la Abeja más bella…"; en los dos casos, la *Rosa* es María y la *Abeja* es Cristo.

4. *Palma*: es san José, que ofrece verde refugio tutelar al *recio* nacimiento de Cristo. MP, creyendo que *recio* era errata, corrigió: *regio*; pero G. Sabat y E. Rivers, en su gran antología de sor Juana, Madrid, 2004, p. 539, sostienen acertadamente que *recio* está bien, por lo "áspero y duro" (*Dicc. de Autoridades*) del nacer en el establo de Belén.

7. *padece*: el sujeto, sobreentendido, es san José; en las poesías a él dedicadas es frecuente el tema de los *celos* que tuvo al ver preñada a su esposa; estos celos se le disipan al saber, por boca de un ángel, que ella ha concebido por obra del Espíritu Santo; así, ahora es el Espíritu Santo quien pasa a ser *Palma*.

9-14: para salvar al niño Jesús de la matanza de la "inocente turba" decretada por el *tirano* Herodes, la Sagrada Familia huye a Egipto. (Es un soneto francamente caótico; quizá las reglas del certamen exigían que en el soneto se metieran todos esos particulares.)

210. *Fama y Obras pósthumas*, p. 164. || Juan de Sahagún fue un fraile del siglo XV canonizado a fines del XVII; la noticia de la canonización llegó a México en marzo de 1691 (MP). Este santo, según el *Breviario* (maitines del 12 de junio), "Christum Dominum, dum Sacrum faceret, praesentem contueri [solebat]", de lo cual deduce sor Juana (precedida quizá por otros) que vacilaba a la hora de comerse la hostia, pues lo que se le presentaba no era una oblea, sino directamente Cristo.

1: *regalar* es 'colmar de felicidad'.

2: alusión al panal formado en las quijadas del león que tiempo antes había matado Sansón.

3. *en dulzura*: yo he añadido la preposición *en*, que hace falta para el sentido.

6. *celos*: la boca está celosa de los ojos.

9-14: alusión a un juego del mundo infantil: se le dice a un niño pequeño "Abre la boca y cierra los ojos", y se le da (¡sorpresa!) alguna golosina; "Cierra los ojos y abre la boca", dice Góngora en la letrilla "Alma *niña*…" (cf. sor Juana: "manjar de niños"); pero san Juan de Sahagún, con el hermoso (*florido*, v. 4) cuerpo de Cristo ante la vista, hace lo contrario: abre los ojos y cierra la boca.

211. *Segundo volumen*, p. 284. || Esta y las dos poesías siguientes, aunque impresas en distintos libros (y, por eso, compuestas quizá en distintas fechas), forman un tríptico; las tres se dirigen a Fabio y están hechas en liras de seis versos (= "canción alirada"); cubren tres grandes tópicos: los celos, la ausencia y la muerte.

4. *breve*: 'velozmente'.

7. *Óyeme con los ojos*: cf. Quevedo, soneto "Retirado en la paz…", v. 4: "*escucho con mis ojos* a los muertos"; y Bocángel, *Obras completas*, ed. T. J. Dadson, Pamplona, 2000, p. 637: "*Escucha con*

los ojos, pues, un rato…”

18. *ejemplos*: en las liras que siguen (vv. 19-54) están los que podrá ver Fabio si pasea por el campo con los ojos abiertos.

22: el arroyo les declara su amor a las flores (si bien su risa es ‘a costa de mis lágrimas’).

25-30: la patética tórtola viuda es tópico muy frecuente en los poetas españoles (y dígase lo mismo del ciervo herido, vv. 37-42).

60. *tu gusto*: el de pasear tranquilamente por el campo.

78. *penar/gozar*: cf. el núm. 173.

84. *lo sentido*: cf. núm. 198, v. 14, y la nota respectiva.

212. *Segundo volumen*, p. 287.

10. *pueden*: debiera ser *puede* (el sujeto es “la noticia”); error de sor Juana que no puede corregirse, porque se estropearía el endecasílabo.

15-18: *Fabio* está trocando el principio jurídico de que deben ampliarse los datos favorables a un reo y restringirse los desfavorables.

23. *me divierte*: ‘me aparta’, ‘me desvía’.

42: para que conste bien el endecasílabo, hay que poner un ligero acento en el *pero* (“no es menos muerte, *pèro* es más honrada”); y en cuanto a la construcción, cf. núm. 166, v. 4: “es menor mal, mas no menor enfado”.

213. *Inundación castálida*, p. 42. || Epígrafe: lo que observa Francisco de las Heras, “más *afectuosa* que con *sutil* cuidado”, puede aplicarse a *los tres* poemas en liras: no hay en ellos ninguna complicación sintáctica, ninguna alusión arcana.

17. *el en:* corrección mía, en vez de *en el;* me guío no sólo por la lógica, sino también por el ejemplo de sor Juana, núm. 114, v. 6: “…si es alguna señal / *la con* que dañan…”.

214. *Inundación castálida*, p. 73. || La palabra *ovillejo*(*s*) tiene dos sentidos: el que aparece en el *Dicc. de Autoridades*, publicado poco después de la muerte de sor Juana (sentido A) y el que figura en el actual *Diccionario* académico (sentido B). Josep Vicens, que en 1703 (poco antes de que apareciera el *Dicc. de Autoridades*) publicó una edición aumentada de la vieja *Arte poética* de Díaz Rengifo, describe una clase de *silvas*, o sea composiciones hechas de versos de 11 y 7 sílabas sin norma estrófica, pero cuyos versos riman de dos en dos (cada oveja con su pareja), y dice que “a semejante composición la americana poetisa [sor Juana] da título de *ovillejo*, porque metafóricamente parece que se ovillan estos versos como quien va aumentando un pequeño ovillo”. De esta edición del *Arte poética*, puesta al día por Vicens, pasó la definición al *Dicc. de Autoridades*. En el sentido B, son ovillejos las coplas que inventó Cervantes en el capítulo 27 de la Primera parte del *Quijote*: “—¿Quién menoscaba mis bienes? — Desdenes. / —¿Y quién aumenta mis duelos? — Los celos…”, etc. En lugar de *ovillejo*(*s*) (sentido A), los preceptistas modernos dicen *silva de consonantes*. Yo prefiero decir, con más exactitud, *silva de pareados*. — El “jocoso numen” de Salvador Jacinto Polo de Medina era muy celebrado en tiempos de sor Juana, y siguió siéndolo hasta mucho después; y varios de sus poemas son silvas de pareados.

4. *se me viene a la pluma*: cf. Polo de Medina: “Cantar de Apolo y Dafne los amores / *sin más ni más* me vino al pensamiento…”: ningún programa, ninguna intención, ninguna finalidad; verdadero arte por el arte. A mediados del siglo XVIII, el anónimo autor de una *Fábula de Atis y Cibeles* comienza apoyándose en nueve poetas que versificaron *porque sí*: comienza con Polo de Medina y sigue con sor Juana (que es la única que no hace fábula mitológica burlesca). Cf. mi *Sor Juana a través de los siglos*, México, 2007, tomo 1, p. 570.

17. *me cosca*: MP escribe *cozca*, sin ninguna justificación, y no sabe qué significa; el *Diccionario* académico recoge *coscarse* ‘concomerse’, o sea ‘sentir comezón interior’ (Corominas lo relaciona

con *cosquillas*).

20. *salga como saliere*: cf. Cervantes, *Quijote*, Segunda parte, cap. 3: el autor de la falsa *Segunda parte* "se puso a escribirla, *salga lo que saliere*, como hacía Orbaneja, el pintor de Úbeda…", etc. (repetido en el cap. 71).

22. *Aquéste es gato*: chiste viejo y que muchos citan, por ejemplo Lope de Vega, *Entremés de las comparaciones*: "…como el otro ha sido, / que dibujó de un gato un mal retrato / y debajo le puso: *Aquéste es gato*"; y Calderón, *La devoción de la cruz*, tercera jornada: "Un pintor hizo el retrato / de un gato, y por que supiese / de quién era el que le viese, / puso abajo: *Aquéste es gato*".

25. *echan*: MP "corrige": *echa*, pero deja en plural el *sacan* del v. 28 y el *pensaban* del v. 30; hay que entender: 'muchos *hacen* eso; no soy yo la primera'; cf. un caso parecido en el núm. 48, v. 120 (véase la nota).

25-30: pasaje difícil, pero no "corrupto", como piensa MP; prescindiendo de los dos versos entre paréntesis, la secuencia es clara: "echan una mujer en infusión de flores y, cuando el hervor se entibia, no les resulta agua de rosas, sino cocimiento de chicoria"; los versos entre paréntesis describen el trabajo que se tomaron).

37. *hortelana*: cf. Quevedo, romance "¡Qué preciosos son los dientes…!" (contra los poetas "cultos"), vv. 29-32: "Hortelanos de facciones, / ¿qué sabor queréis que tenga / una mujer ensalada, / toda de plantas y hierbas?".

39. ¡*Oh siglo*…!: cf. Virgilio: "Omnia iam vulgata: quis non Euristhea durum / aut inlaudati nescit Busiridis aras?" (*Geórgicas*, III, vv. 4-5); Gracián: "Estamos ya a los fines de los siglos. Allá en la edad de oro se inventaba; añadióse después; ya todo es repetir" (*El discreto*, X); "¡Oh tiempo aquel feliz, que con razones / sonoras se rendían corazones!" (Gabriel de Herrera, *Fábula de Apolo y Leucotoe*).

56-57: cita, algo alterada, del famoso soneto de Garcilaso, "¡Oh dulces *prendas*, por mi mal halladas…!"

62. "A su Musa": a la Musa de ese letrado criticón.

66. *aún en los labios*: parodia del dicho "con la *leche* aún en los labios", a propósito de un niño inocente.

72. *conchuda*: 'muy recatada, cautelosa, astuta' (*Dicc. de Autoridades*).

74. *una platería*: cf. Quevedo, jácara "Mancebitos de la carda…", vv. 53-56: "De perlas y de rubíes / tengo un tesoro en su boca, / y con la plata del cuello / daré al Potosí limosna".

89. *sin mancilla*: 'sin pena ni lástima'; cf. Góngora, romance "En el caudaloso río…", estribillo: "y sin tener *mancilla* / mirábalo su amor desde la orilla".

91. *centones*: composiciones hechas con pedazos de poemas ajenos.

96. *alcanzadas*: 'endeudadas', 'de escasos recursos'.

102. *retablos de duelos*: 'conjunto de trabajos, miserias y pesares en un sujeto' (*Dicc. de Autoridades*).

113. *que encargue*: cf. la expresión *encargar la conciencia*, con que "se da a entender que se ponga especial cuidado, y debajo de obligación de conciencia se cuide del cumplimiento de lo que se manda" (*Dicc. de Autoridades*).

114: *su alma en su palma* equivale a "allá se lo haya".

121. *es constante que*: 'consta que', 'es claro que' ('dije *bodas* sólo porque es consonante de *todas*').

128. *no es mala propiedad*: lo que sí es mala propiedad es que sean *fáciles*.

134. *dar de barato*: 'conceder algo gratuitamente', por ejemplo en una disputa.

136. *de la hampa*: dicho en lengua de germanía, es gran elogio.

142. *les prometo*: ‘les aseguro’, ‘les juro’.

150. *consonante*: cf. Baltasar del Alcázar, “Haz un soneto que levante el vuelo…”, vv. 5-6: “… con perlas, ámbar, oro, grana y hielo / (*nieve* quise decir, no fue posible)”.

156. *si esperar no gustan*: cf. fray Damián Cornejo, “Pintura de una dama”: “Y si algún mentecato me mormura / que es sin pies ni cabeza mi pintura, / le diré: Majadero, / yo soy pintor y pinto como quiero”.

161. *Por el cabello empiezo*: cf. Cornejo, *ibid*.: “Por la cabeza mi discurso empieza / (¡oh, qué lindo quebradero de cabeza!)”.

165: cf. Polo de Medina, “Retrato de una mulata”: “…los cabellos, / que son del mismo sol los rayos bellos”.

166. *pregmática*: la *pragmática sanción* era cierto tipo de decreto; por lo general, se decía *premática*.

170. *la ocasión*: cf. Bocángel, octavas “Beldad divina…”, v. 77: “La ocasión ha de darme aquí el cabello”.

179-180: Absalón tenía una cabellera hermosa y larga, que se le enredó en una rama, quedando él *suspendido*, y así fue muerto por Joab (II Samuel, cap. 18).

182. *en hacerme*: sobra el *en* (“No quiero *meterme*… / ni *hacerme* que…”); pero si se quita, el verso queda tambaleante; hay que aceptar que el error gramatical es de sor Juana.

185. *la frente*: cf. Cornejo, *loc. cit*.: “Ya a la frente he llegado presuroso, / y supongo lo terso y espacioso, / y en ella quiero, pues está a mi cargo, / darme tantas en ancho como en largo”.

190. *caballería*: ‘solar de 100 pies de ancho y 200 de largo’ (*Dicc. de Autoridades*).

194. *caballerías del cielo*: el *Dicc. de Autoridades* registra *caballería celestial* en el *Fuero Juzgo*; pero sor Juana piensa probablemente en la plática de don Quijote y Sancho en la segunda parte del *Quijote*, hacia el final del capítulo 8.

215. *mentir*: cf. núm. 145, v. 3.

216. *último examen*: la prueba suprema de que dominan el arte.

218. *¿Mas que piensan que…*?: ‘ustedes estarán pensando que…’ (cf. v. 195).

221. *a sus enojos*: para llorar de desconsuelo (o de rabia).

231-232: no es cosa simple (no es “hacer buñuelos”) pintar los ojos traviesos (*con pimienta*) de Lisarda.

235 y siguientes: es difícil hallar comparaciones para el brillo de unos ojos cuyos rayos, como los del sol, producen *arreboles* en las nubes; además, habría que decir que los ojos son dos *soles*, lo cual sería violación de las leyes del estilo jocoso; Apolo, legislador de la poesía, tendría que proteger contra Apolo (= el Sol) a la autora.

239. *pecados de luces*: sor Juana alude seguramente a los *alumbrados* (“iluminados”) de la primera mitad del siglo XVI, procesados por la Inquisición; uno de ellos fue fray Juan de Cazalla, capellán del cardenal Cisneros; y otro fue su sobrino, el doctor Agustín Cazalla, que de alumbrado pasó a luterano y murió en la hoguera; sor Juana lo menciona en la *Respuesta a sor Filotea*, líneas 954-955. (¡O sea que rimar *arreboles* con *soles* expondría a la poetisa a tener “ruido con el Santo Oficio”!)

241-242: adaptación del refrán “Cuando la *barba* de tu vecino vieres pelar, echa la tuya a remojar”.

243-244: curioso salto del *sol* a las casas *solariegas* que algunos presumidos de “limpieza de sangre” afirmaban tener en la región de la Montaña (Santander).

248. *el “viste”*: MP pone un ejemplo de Quevedo: “*¿Viste* de un monte las espaldas llenas…?”, etc.; “pues *así*…”, etc.

251-252: cf. el refrán citado, memorablemente, por don Quijote en su lecho de muerte: “Ya en los nidos *de antaño* no hay pájaros *hogaño*”; y su aprovechamiento por el jocoso numen de Polo de Medina (*Fábula de Apolo y Dafne*): “…mas claveles no son lo que solían, / y en los labios de *antaño* / no hay claveles *hogaño*”.

259. *sus niñas*: cf. fray Damián Cornejo, “Pintura de una dama”: “…Son sus niñas (¡qué brava bobería / hacer reparo en una niñería!)…”

261-262: el verbo *cuadrar* lleva a sor Juana a la *cuadratura* del círculo, problema famoso en que se gastaron muchas neuronas y mucha tinta.

263. *la nariz*: cf. Antonio de Solís, *Hermafrodito y Sálmacis*: “La nariz, ni avestruza ni aguileña; / mas, aunque sea Roma o sea Cartago, / con nariz ni me meto ni me pago”.

267-270: el “Aprended, flores, en mí…”, de Góngora, “predica” la caducidad de la juventud y de la hermosura.

276. *afeitar*: ‘poner afeites’ (‘maquillar’).

280: *hacer cocos, cocar, cucar*: ‘provocar’, ‘guiñar el ojo’, ‘captar la benevolencia’.

282. *perlas*: para cuando les llegue el turno a los dientes.

284. *ni una sed de Oriente*: adaptación del dicho “no dar *ni una sed de agua*”, que es ‘no dar nada’.

289-290. ¿*Ven cómo*…?: Polo de Medina y sus continuadores suelen intercalar de vez en cuando algún comentario irónico sobre lo bien que están haciendo su tarea (“¿Qué les parece el versito que acaban de leer? ¿Verdad que no está nada mal?”: cosas así). El autoelogio de estos dos versos es el último de los que hay en el “Retrato de Lisarda”; poco después (v. 302) dirá la poetisa que ya está cansada, y yo se lo creo. He aquí un buen autoelogio de Polo de Medina en su *Apolo y Dafne*: la ninfa “puso pies en polvorosa: / exhalación corrió de nieve y rosa / (¡pésiate tal, qué lindo verso he dicho!)”. MP dice que en el v. 289 hay que aspirar la *h*; yo pienso que esto no es necesario: basta un hiato entre *sé y hacer*.

291-292: adaptación de “Donde menos se espera salta la liebre”.

293-298: defensa de la comparación *boca:cecina* contra quienes la acusen de grosera: *grana* y *clavel* son comparaciones finas, sí, pero los claveles son amarguísimos, y a nadie se le ocurriría comerse una cochinilla de la grana (que, por cierto, no es *gusano*, sino insecto); la cecina, en cambio…

300. *muy frío*: es lo peor que puede decirse de algo que pretendía ser gracioso o ingenioso.

306: “lo helado o congelado con artificio de nieve o hielo” se llama *garapiñado* (*Dicc. de Autoridades*).

314. *se gastó presto*: la nieve “se bajaba de los montes o se guardaba de las nevadas, conservándose en toneles o *cantimploras*, con mucha *sal*” (MP).

317: *la pluma* (de ave) se tajaba cada vez que la punta se embotaba.

322-326: en su nota sobre *Menga*, no explica MP cuál pudo ser ese “equívoco” sobre *manos* que sor Juana haría si Lisarda se llamara Menga. (Tal vez no lo sabía; yo tampoco lo sé.) El v. 325, en la edición de MP, dice *fue desgraciada*, lo cual está mal; en la *Inundación* se lee *fui*, y es lo justo: la mala suerte es de sor Juana, no de Lisarda.

338: el sustantivo *dueño* tenía los dos géneros gramaticales.

355. *hamponas*: ‘pomposas’.

356: *mancarrón* es sinónimo de *matalón* (dicho de un caballo).

357-358: juego de palabras: *estrechura* es el aprieto o dificultad que ahora le espera a la poetisa, pero también es la estrechez de la cintura de Lisarda.

363. *el pie*: cf. Polo de Medina, *Apolo y Dafne*: “Era el pie (yo le vi) de tal manera, / ¡vive Cristo, que miento, que no era!”

370. *pie de arte mayor*, por otro nombre “verso de Juan de Mena” (“Al muy prepotente don Juan el segundo…”); y cf. la nota del núm. 132.

375: MP no pudo explicar este verso; tampoco yo puedo.

378. MP cita expresiones parecidas: “cuidadosamente descuidado” (Góngora, soneto “Sea bien matizada la librea…”) y “aquel descuido todo fue cuidado” (María de Estrada Medinilla, *Poetas novohispanos*, t. 2, p. 44).

380. *aseado desprecio* corresponde a “cuidadoso descuido”.

384. *como que la congoja*: como sintiéndose abrumada por el peso de una abundante cabellera (cf. núm. 215, v. 25).

387. *la ley*: la impuesta por el “numen jocoso”.

215. *Epinicios gratulatorios con que algunos de los cultíssimos ingenios mexicanos, vaticinándole con numen poético mayores progresos en el felicíssimo tiempo de su govierno, celebraron al excelentíssimo señor don Gaspar de Sandoval Cerda Silva y Mendoza, conde de Galve*, impresos a continuación del *Trofeo de la justicia española en el castigo de la alevosía francesa*, obra de don Carlos de Sigüenza y Góngora, México, 1691. || Epígrafe: puesto por Sigüenza y Góngora, como los de los demás poemas que reunió para homenajear al virrey Galve. *Epinicio* es ‘cántico de victoria’. (Sobre esta composición de sor Juana véase *supra*, pp. XXXIII y ss.)

2. *Silva* era el tercer apellido del conde.

3-8: ‘los alientos que mi débil voz recibe de Hipocrene, la musical (“numerosa”) fuente de las Musas, se deben a tus hazañas’.

9. *síncopa*, aquí, vale por ‘compendio’.

10. *ascendencia*: cf. núm. 14, nota al v. 73; el segundo apellido de Galve era *Cerda*.

13. *anima* es imperativo.

14-24: esos “conceptos mal formados”, esos “informes embriones”, esos partos “no sazonados”, fetos concebidos de “lumbres claras”, engendrados por el “divino ardimiento” del conde de Galve, aluden claramente al mito de Júpiter y Sémele (Ovidio, *Metamorfosis*, III, vv. 253-315); la victoria que se celebra es la de un Júpiter tonante; el pecho de la poetisa es una Sémele, abrasada por tamaños ardores; y el informe embrión es este *Epinicio*, abortado como Baco-Dioniso, el hijo mal formado de Júpiter y Sémele.

25-37: he aquí el esquema sintáctico de la nueva imagen: ‘así la nube, con su enorme carga de vapores exhalados por la tierra, revienta de pronto, y de su seno brota el rayo, parto prodigioso’.

25: cf. la misma expresión en el núm. 214, v. 384.

27. *térreas*: cf. loa del auto *El mártir del Sacramento*, vv. 179-180: “o ya condensando el aire / con los vapores más térreos”.

32. *seno* es corrección mía; en todas las ediciones se lee *ceño*; es raro que MP no haya visto que el *ceño* no puede “concebir” nada; además, *ceño* no rima con el *trueno* del v. 30. (También en *El divino Narciso*, v. 1719 según la numeración de MP, hay un *ceño* que debe ser *seno*.)

34-35. *tiranía, fatal*: sor Juana, como Cervantes (final del capítulo 38 de la Primera parte del *Quijote*), deplora en este paréntesis el invento de la pólvora.

36. *aborta*: el verbo *abortar*, además de significar ‘parir antes de tiempo’, sugería un parto descomunal. En todo este pasaje recuerda sor Juana, sin duda, unos versos de Agustín de Salazar y Torres (loa de la comedia *Elegir al enemigo*, vv. 401-404): “En el Fuego el *rayo airado*, / que de la *nube preñada*, / *víbora* ardiente, al nacer / *rompe las duras entrañas*”.

38-62: tercera imagen, más desarrollada que las dos anteriores (e inspirada tal vez en lo que Virgilio, *Eneida*, IV, vv. 45-50 y 77-80, dice de la sibila de Cumas): ‘así también la pitonisa de Delfos, preñada espiritualmente por obra de Apolo, expresa con voces entrecortadas e incoherentes unos misterios que al hombre ordinario se le figuran desatinos: de tal manera la diáfana luz del dios hace que la cordura parezca locura; porque, además, no cabiendo en pecho humano el ardor divino, el cuerpo todo sufre violentas sacudidas’.

39. *aunque virgen, preñada*: cf. Góngora, romance “De la semilla caída…”, v. 84: “fecunda, sobre doncella” (Góngora se refiere a la orden del Carmen).

49-50: “[las] humanas atenciones regulan [‘juzgan’] desatinos” esas voces que expresan misterios.

54: *gustoso* y *süave* se refieren a “ardor divino”, no a “humano pecho”.

62. *a copia tanta* (igual que antes, v. 14): ‘a tan grande abundancia’.

63. *No de otra suerte*…: a partir de este punto explica sor Juana por qué ha dicho en el v. 1 que su epinicio no es una “cabal relación”, sino sólo un “indicio breve” de la colosal victoria lograda por el virrey (explicación notablemente larga, pues llega hasta el v. 96). Los cisnes mexicanos, es decir, los poetas convocados por Sigüenza y Góngora, celebrarán sin duda (así lo supone sor Juana) un acontecimiento cuya noticia se ha extendido por Oriente y Occidente gracias a las trompetas de la Fama; pero de las circunstancias de ese acontecimiento, la poetisa ha elegido como tema una sola: la que, para ella, es “la más rara”.

69-73: ‘aunque se limite o se estreche el grandioso tema, no sufrirá agravio en su elegancia, gracias a plumas mejores que la mía, las cuales le erigirán gran número de trofeos’.

74-83: lo que dicen estos diez versos es, en esencia, que ‘los cisnes mexicanos publican la gloria del nombre de Galve’; pero las perífrasis y el hipérbaton hacen muy ardua su lectura, en especial la de los vv. 74-78; para no quebrarme la cabeza, copio la prosificación de MP: “varios nevados cisnes que le surcan su blanca espuma al mar occidental, cisnes alados, aunque sin plumas, o más bien, con plumas que, una vez despojadas de sus barbas y tajadas para escribir, resultan más lucidas y voladoras…”, etc.

81: la competencia entre esos cisnes no es una algarabía, sino un concierto.

97. *El mismo día*…: ahora por fin, tras la evocación de la fragorosa batalla, va a decir sor Juana cuál fue la circunstancia que le pareció especialmente “rara”. Los franceses, en su empeño “expansionista” por las Antillas, ocupaban ya, en 1690, parte del norte de la isla de Santo Domingo, y hasta tenían un “gobernador” que, a mediados de ese año, intimó la rendición de una población importante, Santiago de los Caballeros, la cual fue saqueada e incendiada; la audiencia de Santo Domingo dependía del virrey de la Nueva España, de manera que el conde de Galve dio órdenes para que la Armada de Barlovento se dirigiera a las Antillas. Así se hizo, y en enero de 1691 sufrieron los franceses una derrota total. La intimación se había hecho el 4 de julio de 1690, y *ese mismo día* había firmado el virrey sus instrucciones al general de la Armada, anclada en Veracruz.

99-103: “charada” bien resuelta por Ermilo Abreu Gómez (citado por MP): “4 días de julio, más 19 (antes de *tornos veinte* [20 vueltas del Sol]), dan 23, que es la fecha en que el Sol entra en el signo de León”.

108. *providencia*: es notable que la monja poetisa no atribuya la extraña coincidencia de fecha a intervención de Dios, sino a providencia del virrey, providencia desconocedora (“ignara”) de lo que estaba sucediendo tan lejos de México.

110: perífrasis de *laurel*, el árbol en que se convirtió Dafne mientras huía de los abrazos de Apolo. Cf. núm. 191, v. 6.

116. *mar de Occidente*: el de las Antillas; en cuanto al *mar occidental* del v. 78, MP cree que puede significar ‘este Nuevo Mundo’, o bien ‘la laguna mexicana’ (la de Texcoco).

120-123. *querellas*: las quejas de los angustiados moradores de Santiago de los Caballeros.

124-128. *deidad alada*: la Fama (cf. Virgilio, *Eneida*, IV, 173 y siguientes).

128-134. *corona*: equivale a ‘Musas’; por eso el verbo está en plural: *cantáis*; la *cumbre bipartida* es la del monte Parnaso, donde moraban las Musas; en cuanto a *Helicona*, cf. nota a los vv. 19-20 del núm. 48.

134. *copia tanta*: de nuevo esta expresión, que estaba ya en los vv. 14 y 62.

142: “debiera” ser *valor militar* y *prudencia togada*; el trueque de adjetivos significa que Galve es tan sagaz estratego como sabio gobernante.

216. *Segundo volumen*, pp. 247-276. || Quien escribió el epígrafe (como el de las demás composiciones de este volumen) es seguramente don Juan de Orúe; a él le remitió sor Juana los originales; él los dispuso para la imprenta; él pidió a eruditos y poetas de Sevilla las colaboraciones que ocupan los casi 50 folios (100 páginas) de los preliminares. Sor Juana le dijo a “sor Filotea” que lo único que había escrito por su gusto era “un papelillo que llaman *el Sueño*” (en efecto, así lo llaman los que lo leyeron antes de que se imprimiera: cf. núm. 48 bis, v. 95); Orúe, bien informado, nos hace saber que *ella* no lo llamaba así, sino como se expresa en el epígrafe, porque *Primero Sueño* sugiere *Primera Soledad*, y ella se propuso competir con Góngora, tal como en el núm. 214 se propuso competir con Polo de Medina.

1. *Piramidal*…: la sombra que la Tierra proyecta “hacia arriba” cuando el Sol está “debajo” de nosotros es en realidad un cono, pero, por semejanza, puede llamarse “piramidal”, y *piramidal* —pienso yo— le pareció a sor Juana palabra más hermosa que *cónica* para empezar su gran poema. Lo que importa es el hecho de que, siendo ésta una descripción tan poética, se basa en una observación “científica”. La noche no “cae”, como convencionalmente se dice (cf. Quevedo, silva “Al Sueño”: al ponerse el sol, “al punto, ciega y fría, / *cayó* de las estrellas blandamente / la noche…”), sino que “sube”. Y esta novedad llamó la atención. El portugués Manuel Bernardes la copia cuando dice que, de noche, “o corpo da terra estende uma vasta *pirâmide de sombras* até o firmamento”. (Lo cual no obsta para que en los 150 versos que siguen haya, si no imitaciones, al menos coincidencias con descripciones tradicionales y clásicas, por ejemplo Estacio, *Silva al Sueño*, y Virgilio, *Eneida*, IV, 522-528.) Ese mismo gusto de sor Juana por exhibir sus conocimientos cosmográficos se ve en *El divino Narciso*, vv. 1722-1734 (descripción del eclipse).

1-2. *nacida de la tierra*: cf. *Epinicio* al conde de Galve (núm. 215), v. 27: “condensada de exhalaciones *térreas*”.

3. *vanos obeliscos*: el obelisco se caracteriza por su esbeltez: “Debe ser su altura muy grande respecto de su base, porque desde ésta ha de ir adelgazándose poco a poco hasta la punta” (*Dicc. de Autoridades*). Estos obeliscos son *vanos* porque no están hechos de materia.

4. *escalar pretendiendo*…: cf. Góngora, *Soledad II*, v. 13: “escalar pretendiendo el monte en vano”.

6. *exentas*: ‘libres’, ‘desembarazadas’.

8. *le intimaba*: el uso de *le* por *les*, hoy frecuentísimo, no era raro en los siglos de oro; hay que entender: “la sombra *les* intimaba guerra a las estrellas”; para *negros vapores*, cf. *Epinicio* (núm. 215), v. 29.

11. *atezado*: ‘negro’.

13-14: la diosa *tres veces hermosa* es la Luna, cuya “esfera” es la primera de las que, según la cosmología ptolemaica, rodean a la Tierra; la expresión *tres veces hermosa*, que se remonta a epítetos latinos como *triformis*, *triceps* y *tergemina*, no se refiere aquí a la compleja relación de la Luna con

Diana y Hécate, sino simplemente a los rostros o fases de la Luna: creciente, plenilunio y menguante. (Cf. núm. 61, vv. 9-10: "Hécate, no *triforme*, mas llena, / pródiga de candores asoma".)

22-23: Góngora, *Polifemo*, vv. 39-40: "…infame turba de nocturnas *aves*, / gimiendo tristes y volando *graves*".

27. *Nictimene* (o, más propiamente, *Nictímene*) fue transformada en lechuza por haber "profanado" el lecho de su padre; desde entonces "huye de la luz, escondiendo su vergüenza en las sombras" (Ovidio, *Metamorfosis*, II, 590-595); y ahora, cuando es de noche, busca resquicios o claraboyas para meterse en las iglesias, donde sacrílegamente chupa el aceite de la lámpara del Santísimo. (Curiosa mezcla del mito clásico con las consejas folklóricas.)

34. *si no*: es éste un giro muy de Góngora (cf., por ejemplo, *Soledad* I, vv. 307-308); sor Juana está diciendo que la lechuza apaga la lámpara *y también* la ensucia.

35. *el licor claro*: es corrección mía; todas las ediciones dicen *en licor*, con un *en* ininteligible; yo entiendo: 'llega a los faroles, que extingue, consumiendo *el* licor, *la* materia crasa…'; en cuanto a *claro*, cf. *Villancicos de la Asunción* (1690), VIII, 15-16: "es mi voz *clara* y blanda / como el *aceite*".

37. *agravado*: cf. "Explicación del Arco", vv. 233-236: "[Minerva muestra la] oliva, que, adornada / de pacíficas señas, y *agravada* / en su fruto de aquel licor precioso…"

38. *congojoso sudó*: cf. *Epinicio* (núm. 215), v. 25: "nube *congojada*… / *sudando* en densas lluvias la agonía".

39-52: la raza de los murciélagos procede de las tres Minieides (hijas de Minias), devotas de Palas, la diosa de las labores mujeriles (hilar, tejer, bordar); en unas fiestas de Baco, siendo obligación universal unirse al desfile alegre y jubiloso de los celebradores del dios, las Minieides se estuvieron en casa entregadas a sus tareas y contando cuentos, de manera que Baco, enojadísimo, las metamorfoseó en murciélagos y convirtió su casa en un lugar selvático (Ovidio, *Metamorfosis*, IV, vv. 1-41 y 389-415).

44. *niebla*: cf. Góngora, *Soledad II*, v. 894: "la disonante niebla de las aves".

46. *sin pluma aladas*: cf. *Epinicio* (núm. 215), v. 74.

47. *oficiosas*: 'hacendosas'.

49. *que*: 'a quienes'.

53-55: El ministro de Plutón es Ascálafo; he aquí por qué *parlero* ('hablador', 'chismoso'): Prosérpina había sido raptada por Plutón y llevada a su reino infernal, y Ceres, su madre, consiguió que Júpiter la liberara a condición de que no hubiera comido nada en el palacio de Plutón; parecía que Prosérpina no había comido nada, pero Ascálafo declaró que la había visto comer siete granos de una granada, y entonces Ceres, indignada, lo convirtió en búho, "funesto agüero para los mortales" (Ovidio, *Metamorfosis*, V, vv. 438-550); Góngora menciona a Ascálafo en dos lugares de la *Soledad II*, vv. 892 y 976-979. (En cuanto al sintagma "ministro… *un tiempo, ahora* indicio…", cf. *Soledad I*, v. 884: "al canoro / son de la ninfa *un tiempo, ahora* caña".

57. *capilla*: 'coro', 'grupo de cantores', si bien éstos (la lechuza, el búho, los murciélagos) no cantan.

58: en una escritura musical, las *longas* y las *máximas* son notas que se sostienen durante varios compases; las *negras* son rápidas, pero (en este caso) tienen la ventaja de ser "negras", o sea nocturnas.

59-64: el *viento* es el maestro de capilla; él marca un compás super-lento ("de mayor proporción"), de tal modo que a veces hasta llega a quedarse dormido; en el coro, además, las pausas (los 'silencios') son más que las partes "cantadas"; *tal vez* (vv. 61 y 64) significa 'alguna vez'.

65. *intercadente*: 'roto por interrupciones'.

66. *asombrada*: 'ensombrecida'.

67-68: ‘solicitaba a la atención, pero sobre todo persuadía al sueño’.

72-76: ‘y la noche, como ese dios egipcio llamado *Harpócrates*, intimando silencio —poniéndose el índice sobre los labios—, convidaba los miembros al reposo’. (San Agustín, citado por MP, dice que las estatuas de Harpócrates, “con el dedo en los labios, amonestaban al silencio”; Góngora, canción “¡Qué de invidiosos montes…!”, imagina un Cupido-Harpócrates: “Dormid, que el dios alado […] con el dedo en la boca os guarda el sueño”.)

77-79: hipérbaton muy gongorino: ‘a cuyo precepto, imperioso aunque no duro…’

80. *el can dormido*: cf. Góngora, *Polifemo*, v. 169: “Mudo la noche el *can*, el día *dormido*…”

82. los *átomos* (lo mismo en el v. 119): “así se suelen llamar, por su pequeñez, las motas que andan por el aire, tan imperceptibles que sólo las vemos al rayo del sol, cuando entra por los resquicios de las ventanas” (*Dicc. de Autoridades*).

84. *aunque poco*: cf. Góngora, *Soledad I*, vv. 687-688: “…triunfa mudo / el silencio, *aunque breve*, del *rüido*”.

89. *mudos peces*: en el *Neptuno alegórico*, línea 152, sor Juana cita a Horacio, oda “Quem tu, Melpomene…”, v. 19: “O *mutis* quoque *piscibus*…”

94. *Almone*: hasta 1965, nadie había identificado a este personaje; Karl Vossler, en 1941, propuso leer *Alcione*, y MP, en 1951, aceptó con mucho alborozo esta lectura, a pesar de que Alcíone no tenía la fea costumbre de convertir en peces a sus simples amantes; pero Manuel Corripio Rivero, en una nota publicada en la revista *Ábside*, vol. 29 (1965), pp. 472-481, descubrió que Jorge de Bustamante, un aficionado que a mediados del siglo XVI tradujo libremente y en prosa a Ovidio, bautiza así a una náyade anónima mencionada muy de paso en las *Metamorfosis*, IV, vv. 49-51; después, Audrey Lumsden-Kouvel y Alexander P. MacGregor, “The enchantress Almone revealed”, *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, vol. 2 (1977), pp. 65-71, dieron una explicación complicada (y, para mí, inconvincente); finalmente, Andrés Sánchez Robayna, *Para leer “Primero sueño”…*, México, 1991, pp. 53-58, editó un comentario manuscrito del poema de sor Juana, hecho por el canario Pedro Álvarez de Lugo (contemporáneo de sor Juana), el cual da la misma explicación que daría Corripio, y que obviamente es la buena. (Esto, por cierto, indica que sor Juana no leía a Ovidio en latín, sino en la casi medieval traducción de Bustamante.)

96. *vengaba ahora*: es decir, cuando Almone a su vez fue metamorfoseada en pez, sus metamorfoseados amantes se sintieron vengados.

98: *cóncavos* es sustantivo (‘concavidades’).

99-100: de nuevo el esquema *menos… que*, como en los vv. 67-68; y cf. Góngora, *Polifemo*, vv. 33-36: la caverna de *Polifemo* debe *menos* luz a la greña de los árboles *que* al peñasco que le sirve de puerta. (Otro ejemplo del sintagma: *Soledad I*, vv. 966-967: los luchadores, “*menos* defendidos / del blanco lino que *del* vello obscuro”.)

111. el *rey* de los animales es el león, por supuesto; cf. Lope de Vega, égloga *Amarilis*: “Con los ojos abiertos el león duerme / y a nadie mata, porque a nadie mira”. Es creencia antigua: está ya en las *Etimologías* de san Isidoro (citado por MP).

114. *monarca*: Acteón, que es el aludido, era nieto de Cadmo, fundador y primer rey de Tebas; “príncipe”, pues, pero no “monarca”; en todo caso, andando de cacería, sorprendió a Diana con sus ninfas bañándose en una fuente; la diosa, enojada, lo convirtió en venado, y el pobre muchacho fue destrozado allí mismo por sus propios perros (Ovidio, *Metamorfosis*, III, vv. 138-252); ahora es un “tímido venado”. (El *movimiento* del v. 118 tiene sus rimas en los vv. 127-128; también en las *Soledades* suele haber gran distancia entre rima y rima, si bien a menudo es mayor en sor Juana; por otra parte, hay en el *Sueño* no pocos versos que no tienen rimas (“sueltos”), por ejemplo *recogida*, v. 126 (también vv. 20, 162, 171, etc.), mientras que en las *Soledades* no hay un solo verso suelto.

123-124. *nido, instable hamaca*: el mencionado comentarista Álvarez de Lugo cita unas endechas reales del príncipe de Esquilache en que hay una expresión parecida: "*nido* tan *instable*" puesto en "un movible ramo" (yo no encuentro estas endechas en las obras de Esquilache); en todo caso, con los pájaros dormidos, el aire descansa tal como una ciudad populosa descansa hacia las 4 de la mañana del ir y venir de los automóviles.

129. *el ave de Júpiter* (como la llama también Góngora, *Soledad I*, v. 28) es el águila, reina de las aves tal como el león es rey de los otros animales; en los versos que siguen, sor Juana atribuye a ella (seguramente no por error, sino muy de propósito) lo que siempre, al menos desde Plinio, se dijo de las grullas: cuando éstas duermen, siempre hay una "de guardia", que se queda despierta con una pata encogida y agarrando un guijarro; si le entra el sueño, se le cae el guijarro, y ella despierta con el ruido que el guijarro hace al caer; sor Juana "dignifica" el cuento y saca de él una moraleja de orden político (vv. 141-146).

134. *librada*: cf. Góngora, *Polifemo*, vv. 257-260: Acis se hace el dormido, y Galatea "*librada* en un pie toda sobre él pende […]: no *el ave reina* así…", etc. (Pero Góngora no atribuye al águila lo de la grulla.)

135. *cálculo*: 'piedrecilla'; MP corrige: "*el* cálculo"; pero la omisión del artículo es rasgo muy gongorino.

142: *al menor*: MP "corrige": "*el* menor"; pero *perdonar a*, que está ya en Garcilaso (*Égloga III*, v. 154), es giro muy gongorino (*Soledad I*, v. 349; *Soledad II*, vv. 495, 676, 707, 843).

143: *causa, quizá*…: esta reflexión sobre el simbolismo de la corona puede ponerse al lado de la que hace sor Juana en la *Respuesta a sor Filotea*, líneas 628 y siguientes, sobre las diversas coronas que había entre los romanos.

147. *todo lo poseía*: cf. Góngora: "Cuando el silencio *tenía* / *todas las cosas* del suelo…" (letrilla "Caído se le ha un clavel…").

151. *conticinio*: palabra rara (no está en el *Dicc. de Autoridades*); quizá sor Juana la tomó directamente del latín *conticinium*, que en Plauto es la primera parte de la noche; significa 'hora en que todos callan (por estar dormidos)'.

166. *así pues*…: sor Juana ha tenido que emplear esta muletilla para continuar lo empezado en el v. 151: "el conticinio ya casi iba pasando, cuando…"; este *cuando* se quedó sin continuación a causa de las oraciones incidentales que le siguen; sin éstas, quedaría sólo la oración principal: "el conticinio ya casi iba pasando, cuando los miembros quedaron ocupados de dulce sueño".

173: *el contrario de la vida* es la muerte; y llamar "imagen de la muerte" al sueño debe ser cosa tan antigua como la humanidad misma; también el *cediendo* se quedó sin secuencia; el texto sería claro si dijera (desde el v. 168): "los sentidos quedaron suspendidos de su trabajo ordinario y *cedieron* al sueño, ese retrato de la muerte". (El célebre soneto de Lupercio de Argensola, "Imagen espantosa de la Muerte…", no se dirige propiamente al sueño, sino a una pesadilla.)

174: *lentamente armado… embiste*: cf. Góngora, *Soledad I*, v. 40: "lento lo embiste".

177-192: como imagen que es de la muerte, el sueño vence a todos los mortales, desde el Papa y el Emperador (con los cuales comienzan las medievales "danzas de la Muerte") hasta el mendigo.

179. *discierna*: es imposible saber si, en la intención de sor Juana, esta voz rima con *alterna* y *gobierna* (vv. 160 y 164); la distancia es tal, que más bien habrá que pensar que el v. 179 es suelto (cf. nota al v. 114).

183-184: la tiara del Papa está hecha de tres coronas superpuestas.

185-186: se puede entender que el Danubio dora a la persona del Emperador: así MP en su prosificación; pero también que la augusta persona del Emperador convierte en oro el agua del

Danubio a su paso por Viena: es lo que yo creo, apoyado en Góngora, que dice (*Polifemo*, v. 5) que el Conde de Niebla *dora* las tierras que posee.

192: a partir de este verso va a deleitarse sor Juana en la descripción y consideración del *sueño* en su doble sentido (el 'dormir' y el 'soñar'); no sé si ella conocía la *Exposición del libro de Job* por fray Luis de León; tal vez no; pero no estará de más observar algunas coincidencias; comentando las palabras de Elifaz sobre las "visiones de noche" (Job, cap. 4, v. 13), dice fray Luis: "A la verdad, aquél [el nocturno] es muy aparejado tiempo para tratar con el cielo, porque el suelo y sus cuidados impiden menos entonces: que, como las tinieblas le encubren a los ojos, ansí las cosas de él embarazan menos el corazón, y el silencio de todo pone sosiego y paz en el pensamiento; y como no hay quien llame a la puerta de los sentidos, sosiega el alma retirada en sí misma y, desembarazada de las cosas de fuera, éntrase dentro de sí y, puesta allí, conversa solamente consigo y reconócese…", etc.

205. *de reloj*: MP "corrige": *del reloj* (cf. *supra*, nota al v. 135).

210. *Este, pues…, centro vivo*: cf. Góngora, *Soledad I*, v. 580: "Este, pues, centro era…" Todo lo que sigue, hasta el v. 265, tiene como fuente primaria un pasaje de la *Introducción del Símbolo de la fe* de fray Luis de Granada, que expone en diáfana prosa lo que en sus tiempos se sabía sobre anatomía y fisiología del corazón, los pulmones, el estómago, etc., que no es sino lo que Galeno dijo en el siglo II de nuestra era. Granada, por ejemplo, dice que el corazón "está como *rey* en medio de nuestro pecho" (pero no voy a repetir aquí las notas de MP; me limito a recomendárselas al lector). Cf. también Francisco de Aldana, epístola a Bernardino de Mendoza: así como la Naturaleza puso al Sol "en medio los planetas, / así en medio del pecho ha colocado / aquel cuerpo vital […que] exhala mil espíritus vitales", etc. (pero la fuente de Aldana es seguramente el mismo fray Luis de Granada).

211. *espíritus vitales*: hechos del aire que entra en los pulmones y de los "vapores" de la sangre, por acción del calor emanado del corazón, los *espíritus* eran, según la doctrina heredada de la antigüedad, partículas sutilísimas, que casi llegaban a tener condición espiritual; podríamos llamarlos "energías vitales"; cf. lo que dice sor Juana en la *Respuesta a sor Filotea*, líneas 817-824: en una ocasión, a causa de "un grave accidente de estómago", los médicos le prohibieron la lectura, pero ella les hizo ver que, a solas con sus pensamientos, éstos "consumían más *espíritus* en un cuarto de hora que el estudio de los libros en cuatro días" (y los convenció).

216. *arcaduz*: ¿la tráquea?

220-225: en cada respiración, el aire que expulsamos se lleva un poco del calor que emana del corazón; llegará un día en que el calor se acabe, y con él los espíritus vitales.

226-233: curiosa exhibición de términos jurídicos (y cf. la nota del núm. 116): *testigos de mayor excepción* (testigos sin tacha, absolutamente verídicos), *asegurar, impugnar, información, replicar, defenderse* y *desmentir*; el corazón y el pulmón afirman que estamos vivos; pero los sentidos y la lengua están inertes (muertos); no se dan por enterados de semejante "información".

235. *centrífica oficina*: MP imprime *científica oficina*, que es lo que se lee en la 2ª edición del *Segundo volumen*; yo imprimo *centrífica oficina*, que es no sólo lo que se lee en todas las demás ediciones (la anterior y las posteriores a la 2ª), sino también lo que le está bien al estómago, esa "fábrica central" del alimento del cuerpo; para sor Juana, la actividad del estómago no es la de un laboratorio científico, sino la de una madre que, rodeada de hijos, reparte equitativamente el sustento entre todos.

243. *quilo*: la sustancia resultante de los alimentos, después de pasar por el alambique del calor nativo.

241-251: sor Juana practica el arte de la *prosopopeya*, que consiste en atribuir reacciones "humanas" a cosas incapaces de tenerlas; así, en los vv. 220-221 el aire *venga* su expulsión; aquí la

prosopopeya es más animada: en la fisiología de los antiguos hay siempre una lucha entre el calor del cuerpo y el "húmedo radical", que es lo que da flexibilidad a los órganos interiores; el húmedo sería destruido por el calor si no fuera por los alimentos, en los cuales ejerce el calor su poder de destrucción; frente a estos hechos, el juicio de la poetisa es vacilante: puede ser que el manjar haya interpuesto su sustancia por altruismo (para ayudar al húmedo), pero también puede ser que lo haya hecho por arrogancia (para desafiar al calor); en cualquiera de los dos casos, quien sale perdiendo es el manjar, por entrometido. (También Gracián, a quien ciertamente había leído sor Juana, menciona esta lucha en su *Agudeza*, discurso XXXIX: "resiste el húmedo radical al calor nativo, que a la sorda le va limando y a la larga consumiendo". Y muchos años después, Laurence Sterne, *Tristram Shandy*, V, cap. 33 y 34, hará prolijas variaciones sobre "the contention for mastery betwixt the *radical heat* and the *radical moisture*".)

249: mantengo el texto original, que se entiende perfectamente: *necio* se aplica al manjar, y el pronombre *la* a su inocente sustancia; MP, después de algunas vacilaciones (cf. su nota), imprime "*necia, lo* expuso".

252: a semejanza de lo ocurrido en los vv. 151-166, aquí el sujeto *centrífica oficina* se ha quedado en el aire en espera del predicado: "enviaba vapores al cerebro", y de nuevo sor Juana acude al *pues* ("esta, pues…"). Para *fragua de Vulcano*, cf. Góngora, *Polifemo*, v. 27.

254-256: el paso de lo fisiológico a lo psicológico ha sido dispuesto con mucho cuidado por la naturaleza: los cuatro humores de que estamos hechos (la sangre, la flema, la cólera o bilis, y la melancolía o bilis negra) emiten ciertos vapores; pero los que van al cerebro son *claros* porque han sido *atemperados*; un chorro de humores sin purificar es causa de locura: "pasemos aquellos cuatro humores en mayor cantidad [de la debida] al celebro, de manera que lo inflamen, y veremos mil diferencias de locuras y disparates" (Juan Huarte de San Juan, *Examen de ingenios*, ed. E. Torre, Madrid, 1976, p. 419).

257-265: "los sentidos interiores son imaginación, cogitación, memoria, opinión y consideración […]; llámanse interiores a diferencia de los exteriores, que son ver y oír" (Fernando de Herrera, *Anotaciones* a Garcilaso, pp. 337-338, sobre los tercetos del soneto "De aquella vista pura y excelente…"); lo que dice sor Juana no es exactamente lo mismo; para ella, el primero de los sentidos interiores es la *estimativa*, una como central que recibe mensajes de todos los sentidos exteriores; es el *sentido común*, el no especializado; la estimativa, a su vez, transmite los datos recibidos a la *imaginativa*; y ésta, después de calibrar esos datos, se los manda a la *memoria*, que es como el almacén de la experiencia; a partir de todo ello, la *fantasía* fabrica sus invenciones. He aquí una cita de Francisco de Aldana (cf. *supra*, nota al v. 210), epístola "En amigable estaba y dulce trato…", vv. 9-15: hay un relámpago que turba sus sentidos exteriores, "y luego el *[sentido] común* revuelve las especies / y a la *imaginación* las da y entrega, / la cual, después, con más delgado examen, / hace a la *fantasía* presente, y luego / de allí van a parar dentro el tesoro / de [la *memoria*]".

258: *simulacros* (como *especies* en Aldana): 'imágenes', 'impresiones'.

263: este verso, por su hechura, se parece a "solicitó curiosa y guardó avara" (Góngora, *Soledad II*, v. 186).

264. *daban*: debiera ser *daba*: "no sólo no empañaba…" (v. 257), "…sino que daba"; pero no puede corregirse, porque se estropearía el metro. Cf. fray Luis de León (*supra*, nota al v. 192): "como no hay quien llame a la puerta de los sentidos…", etc.; y sor Juana, *Respuesta a sor Filotea*, líneas 824-831: "ni aun el sueño se libró de este continuo movimiento de mi *imaginativa*, antes suele obrar en él más libre y desembarazada, confiriendo con mayor claridad y sosiego las especies que ha conservado del día, arguyendo, haciendo versos…; [y hay] algunas razones y delgadezas que he alcanzado dormida mejor que despierta"; ya Pedro Ciruelo, después de hablar de los sueños originados en "causa natural", se había detenido en los de "causa moral", por ejemplo los de

“hombres de negocios o de letras” que viven enfrascados en sus cosas, y había dicho (*Tratado de las supersticiones y hechizerías*, ed. de 1628, p. 58): “los que andan muy codiciosos en mercaderías, o en pleitos, o en algunas cuestiones muy dificultosas de ciencias, algunas veces en sueños aciertan mejor que cuando velan […]; la causa es que está la fantasía del hombre más desocupada que velando”.

267: del *Faro* de Alejandría llegaron a decirse cosas fabulosas: que era altísimo, y que en la punta tenía un espejo en el cual se reflejaba todo cuanto había en el Mediterráneo: si en Córcega había bonanza, si en Gibraltar había tormenta, etc.; Flaubert, que se documentó cuidadosamente para las *Tentations de saint Antoine*, dice: “un grand miroir de cuivre, tourné vers la haute mer, reflète les navires qui sont au large”. Era una de las siete Maravillas; lo recuerda sor Juana en los *Villancicos de santa Catarina*, VIII, vv. 68-75.

277. *arresgar* es forma alternativa (y poco frecuente) de *arriesgar*.

279: recuerdo, quizá, de “un plomo fió *grave* a un corcho *leve*” (Góngora, *Soledad II*, v. 467); pero el verso de sor Juana es más hermoso.

280. *ella*: la fantasía.

283: cf. Góngora, *Soledad II*, v. 740: “*sin luz*, no *siempre* ciega”.

287. *intelectuales estrellas*: ‘los conceptos espirituales’, dice MP, el cual se olvidó de citar el comienzo de *El mártir del Sacramento*, donde la Fe convoca a esas estrellas: “¡Ah de las eternas luces […]! ¡Ah, no de los astros digo […], / sino de las más formales / luces, de aquellas más claras / *inteligentes estrellas* / que el eterno solio esmaltan! // ¡Ah del hermoso escuadrón / de las Virtudes…!” (la Verdad, la Misericordia, la Justicia, la Paz).

292. *convertida a*: ‘vuelta hacia’, ‘ocupada en’ (Garcilaso, *Canción V*, v. 14: “el fiero Marte airado, / a muerte convertido”); y cf. fray Luis de León (*supra*, nota al v. 192): “sosiega el alma retirada en sí misma…”, etc.

299. *corporal cadena*: es una idea platónica; según MP, no tesis filosófica, sino “simple fantasía poética”; para él, lo sólido es lo que sostienen Aristóteles y los escolásticos: que el alma es la “forma substancial del compuesto humano”; yo pienso que la concepción aristotélica también es fantasía, y que la tesis platónica fue incorporada al cristianismo; ya san Pablo (Filipenses, 1: 23) desea “ser desatado” del cuerpo para “estar con Cristo”; y olvida MP los innumerables textos, poéticos y no poéticos, que expresan esa idea; fray Luis de León dice: “¿Cuándo será que pueda, / libre de esta prisión, volar al cielo…?”, no para estar con Cristo, sino para entender los fenómenos naturales. “Dice [Thomas Browne] que los sueños nos dan una idea de la excelencia del alma, ya que el alma está libre del cuerpo y da en jugar y soñar. Cree que el alma goza de libertad. Y Addison [en *The Spectator*] dice que, efectivamente, el alma, cuando está libre de la traba del cuerpo, imagina, y puede imaginar con una facilidad que no suele tener en la vigilia” (Borges, *Siete noches*, México, 1980, p. 45).

302. *la esfera*: la caracterización del *Sueño* de sor Juana como peregrinación por las esferas supralunares”, como contemplación del “giro de los astros y la esfera celeste”, etc. (Octavio Paz, *Las trampas de la fe*, pp. 470-505, *passim*) tendría como única base este brevísimo pasaje; pero la autora dice solamente que el alma soñante, sin el estorbo de los sentidos, se cree ya *capaz* de medir la esfera, etc.; no pasa de allí.

304. *desiguales*: se refiere sor Juana a los movimientos de “giración, trepidación y rapto” mencionados por ella en la *Loa al Rey* (III), vv. 119-122, y explicados por MP, tomo 3, pp. 666-667, con la doctrina de Enrico Martínez (1606).

306-308: en este inciso, de tan compleja sintaxis, manifiesta sor Juana su adhesión a la condena de la astrología “judiciaria” (la predicción de sucesos humanos basada en lo que “dicen” los astros): no sólo es falsa, y aun quizá cosa del demonio, sino que perturba la paz interior de quienes creen en ella.

309-313: *eminente* / cumbre de un *monte*… / sosegada *frente*": cf. Góngora, *Polifemo*, vv. 49-51: "*monte* de miembros *eminente* […], el orbe de su *frente*".

310-320: las ponderaciones de la altura de una montaña son un *locus communis* antiquísimo: cf., por ejemplo, *Odisea*, VI, vv. 42-45 (el Olimpo), y Ovidio, *Metamorfosis*, I, v. 319 (el Parnaso).

320. *gigante*: cf. Góngora, *Soledades*, dedicatoria: "de nieve armados […], *gigantes* de cristal, los teme el cielo".

321. *zona*: 'cinturón': el Olimpo y el Atlante (o Atlas) tienen la cabeza coronada de nubes; pero la cumbre del monte adonde se ve transportada el alma de la soñadora es tan alta, que esas nubes le llegan apenas a la cintura; son un cinturón muy flojo, sin consistencia: un viento se lo lleva, o el sol lo evapora; y de la cintura para arriba no hay ni siquiera ese leve estorbo: todo es diafanidad. ¡Privilegiado mirador! (vv. 321-326).

327-328. *región primera* (*ínfima*): Robert Jammes, editor de las *Soledades*, comentando las palabras *primer región* de la *Soledad II*, v. 932, explica (Castalia, Madrid, 1994, pp. 574 y 605): "Según la física antigua […], la región del aire se subdividía en tres capas […]: *ínfima, media* y *suprema*", o bien *primera, segunda* y *tercera región*; el gerifalte, dice Góngora, vuela más alto que el sacre, pero sin superar la primera región; sor Juana aplica esta división tripartita al "cuerpo horrendo" (o sea 'colosal', 'imponente') del soñado monte, y dice que ni el águila llega más allá de la primera región: el monte de su sueño es inconmensurablemente elevado.

331. *puntas hace*: sobre esta expresión, véase Robert Jammes, nota a la *Soledad II*, v. 846; en Góngora, a veces significa simplemente 'revolotear' (romance "Cloris, el más bello grano…": una abeja *hace puntas* en torno a un clavel; pero el verso "Corona *en puntas* la dorada esfera" (del soneto "No enfrene tu gallardo pensamiento…") significa '¡Remonta el vuelo!', que es, evidentemente, lo que sor Juana está diciendo.

336-337. *peinando el aire*: cf. Góngora, *Polifemo*, v. 8: *peinar el viento*.

338-339: el águila pretende fabricar unas escalas con los *átomos* del aire (véase *supra*, nota al v. 82).

340: las *Pirámides dos* (en realidad tres) estaban, en tiempos de sor Juana, donde están ahora; pero los europeos no las veían, y se basaban en descripciones antiguas contaminadas de leyenda; eran una de las Siete Maravillas (como el Faro de Alejandría); puede decirse que en el *Sueño* de sor Juana no son "funcionales" (como sí lo es el monte que ella acaba de describir); si les dedica tanto espacio y tanto entusiasmo es porque quiere maravillar al lector con las cosas que a ella la han maravillado.

341. *vano*: 'envanecido', 'orgulloso'.

342-343. *pendones*… no *tremolantes*: cf. Góngora, *Soledad I*, vv. 421-422: *banderas*… siempre *tremolantes*.

344. *bárbaros trofeos*: cf. Marcial, *De spectaculis*, epigrama 1: "Barbara Pyramidum sileat miracula Memphis"; y Góngora, *Soledad I*, 956-957: "*bárbaros trofeos* / que el Egipto erigió a sus Ptolomeos": claro que las Pirámides se edificaron casi veinte siglos antes de que hubiera Ptolomeos (sor Juana copia la desinformación de Góngora).

352. *gitanas:* 'epigcias' (de *egitano*, perteneciente a *Egito*).

354-355. estas, *que*… *su* estatura: 'éstas, *cuya* estatura' (*que su* en vez de *cuyo* es muy frecuente en Góngora: cf. A. Alatorre, "Notas sobre las *Soledades*", *Nueva Revista de Filología Hispánica*, vol. 44, pp. 89-90).

354-356. *simetría, diminución*: cf. *Villancicos de santa Catarina*, VIII, vv. 36-43.

362. *fatigada*: la *vista* del v. 358.

364. *basa*: 'base'.

365. *tarde o mal* (y *supra*, v. 26, "*mal*, y aun *peor*): giro muy gongorino: véanse las notas de R. Jammes al v. 494 de la *Soledad I* y al 398 de la *Soledad II*.

369. *cuyos cuerpos*: los cuerpos de las Pirámides, a salvo del "atrevimiento" (v. 368) de los ojos, están "confederados" con el sol (como en seguida va a explicarse).

373-378: no se sabe de dónde le llegó a sor Juana la peregrina noticia de que las Pirámides están de tal manera bañadas de sol todo el día, que jamás pueden ofrecerle al caminante ni señal de sombra; pero es posible ver cómo se elaboró la leyenda: Lucano (siglo I de nuestra era) hace decir a Pompeyo, en una arenga a sus tropas, que él ha estado en todas partes, desde las zonas boreales hasta Syene, en Egipto, donde el sol no hace sombra (*Farsalia*, II, vv. 586-587): efectivamente, en Syene (la moderna Asuán), cerca del ecuador, límite meridional del mundo conocido en la antigüedad, el geógrafo y matemático Eratóstenes (siglo III antes de Cristo) había observado que en el solsticio de verano, a mediodía, los rayos del sol caían verticalmente sin producir sombra (lo cual le sirvió para calcular la circunferencia de la tierra); un siglo después de la *Farsalia*, escribe Luciano en su *Toxaris*: "…se partió para Egipto por ver unas torres muy altas que allí había, llamadas pirámides […], porque había oído que, siendo muy altas las torres, no echaban sombra" (traducción de Francisco de Enzinas, 1550, folio 23); lo que falta es el eslabón, o la serie de eslabones, entre Luciano y sor Juana.

380. *elaciones*: 'señales de vanidad, de soberbia'.

382 y siguientes: tampoco se sabe de dónde le vino a sor Juana la noticia de que Homero habló acerca de las Pirámides; es un hecho que Homero no dice sobre ellas ni media palabra; pero Elias L. Rivers, "*Soledad* de Góngora y *Sueño* de sor Juana", en *Salina, Revista de Lletres*, núm. 10 (noviembre de 1996), p. 75, nota 3, observa que en la *Bibliotheca* de Diodoro Sículo (siglo I antes de nuestra era) se dice que Homero fue discípulo de los sacerdotes y sabios de Egipto; a esta leyenda habría que añadir la de las palabras de Homero sobre las Pirámides; y falta también el eslabón entre Diodoro y sor Juana; en todo caso, esto no importa; lo podemos considerar simple pretexto para incorporar el elogio que sigue, comparable, por su entusiasmo, con el que Montaigne (*Essais*, libro II, cap. 36) hace del Padre de la Poesía.

385. *aquileyas*: de Aquiles (*Ilíada*).

390. *gloria*: uno más en el gremio de historiadores no es nada, pero ¡qué gloria que *ése* sea Homero!

391-398: hay tres cosas imposibles: quitarle su clava a Alcides (Hércules) luchando con él, arrebatar el rayo de la mano de Júpiter y hacer un solo verso como los de Homero (un "hemistiquio", o sea medio verso, dice sor Juana); MP menciona a varios autores que aluden a esta antigua sentencia; hay que agregar a la propia sor Juana, *Crisis de un sermón* (= *Carta athenagórica*), líneas 914-916.

399-400: caso parecido a los señalados en notas a los vv. 166 y 252; la continuación de "según el griego… Poeta" (v. 383) es: "las Pirámides fueron…", pero se ha interpuesto la digresión dedicada a Homero; de ahí la muletilla "según de Homero, *digo*…"

400-407: mucho se ha hablado de la influencia del jesuita Athanasius Kircher (1601-1680) en sor Juana; Octavio Paz (*Las trampas de la fe*, pp. 469-507) la ha exagerado enormemente; este pasaje del *Sueño* sería una de las pruebas, y ya MP, en la nota respectiva, cita un pasaje del *Oedipus Aegyptiacus* de Kircher que se parece algo a las palabras que sor Juana atribuye a Homero; de hecho, esas palabras sobre el simbolismo de las Pirámides proceden del que "añadió jeroglíficos" a los *Hieroglyphica* de Pierio Valeriano (cf. *Neptuno alegórico*, dedicatoria, línea 8), o sea el italiano Celio Agostino Curione (1567), el cual es asimismo la fuente de Kircher; se puede concluir que lo que la monja mexicana sabía sobre el jesuita alemán era muy superficial: cf. *supra*, notas a los núms. 50, v. 182, y 193, v. 3, e *infra*, nota a los vv. 619-624 y 873; es posible que la noticia sobre la *crux ansata*

de los egipcios, o cruz de Serapis (*Villancicos de santa Catarina*, IV, vv. 33-36), proceda asimismo del padre Kircher.

408-411: cf. *Respuesta a sor Filotea*, líneas 421-424: "Dios […] es el centro a un tiempo y la circunferencia de donde salen y donde paran todas las líneas criadas".

412. "Estos, *pues*…": continuación del discurso sobre las Pirámides, que llegaba hasta el v. 378, y a la vez enlace con lo que va a seguir.

414-422: este "excurso" sobre la Torre de Babel es aún menos "funcional" que el pasaje sobre el Faro de Alejandría: claro indicio de lo mucho que a sor Juana le importaba comunicarle al lector su hermosa reflexión sobre la diversidad de idiomas; los primeros habitantes de la tierra, que hablaban una sola lengua, dijeron: "Edifiquemos una torre cuya cúspide llegue al cielo"; Dios, ofendido, los castigó haciendo que no se entendiesen unos a otros; la "blasfema" Torre quedó inconclusa, y sus ruinas son más duraderas que si fueran piedras, pues consisten en la diversidad de lenguas que hay en el mundo. También en *El divino Narciso*, vv. 487-507, recuerda sor Juana la Torre de Babel.

423-428: estos versos, muy importantes, constituyen la transición hacia lo que es propiamente el *Sueño*; la autora, por así decir, va por fin a "entrar en materia"; dice que las pirámides egipcias y la torre de Babel se quedan "atrasadas" en comparación con la "pirámide mental", y así nos hace regresar a lo que ha dicho más de cien versos atrás (vv. 309 y siguientes), pues la "pirámide mental" no es sino el monte elevadísimo en que el alma soñadora se vio colocada.

428-434: ponderación de los enormes poderes de la *imaginativa* (cf. *supra*, v. 259): la imaginación puede hacer, sin trabajo, un monte tan alto que parezca llegar hasta las esferas que rodean a la tierra; el monte es producto del "ambicioso anhelo" de saberlo todo; su cumbre no es sino el vuelo mismo de la imaginación.

435-445: éste es el anuncio de todo lo que va a seguir. Los ángeles del cielo son seres de inteligencia superior; pero, en nuestro mundo sublunar, la "reina soberana" es el alma del hombre; y he aquí que, en el sueño, el alma tiende la vista "por *todo* lo crïado". (Sin duda se acuerda sor Juana de lo que cuenta la célebre monja sor María de Jesús de Ágreda: que la Virgen María, "llevada en cuerpo y alma por [unos] ángeles al cielo empíreo…, conoció junta la fábrica del Universo, que antes había conocido por sus partes, y las criaturas que en él se contienen con distinción, y como si las tuviera presentes en un lienzo"; en la Introducción de los *Ejercicios de la Encarnación* recuerda sor Juana ese pasaje. También se expresa en estos versos la reacción del alma ante el grandioso espectáculo, contemplado directamente, sin anteojos (o *antojos*, como se decía normalmente en los siglos de oro): el alma se siente *alegre*; esto es lo primero; pero en seguida *suspensa* ('estupefacta', 'aturdida'); *suspensa*, sí, pero de todos modos *ufana*. (Cf. Lope de Vega, romance "Gallardo pasea Zaide…": al regresar de Granada tras larga ausencia, lo recibe Zaida "tan turbada y tan alegre / y cuanto alegre, turbada".)

444. *cele*: de *celar* 'esconder', 'ocultar', verbo gongorino.

454. *Tanto no… como* (pero el *como* está en el v. 469): el tener de pronto ante los ojos todas las cosas del mundo se compara con el ver (o tratar de ver) directamente al sol en un día despejado; esto es insoportable, pero lo otro muchísimo más.

455. *revocó*: en este sentido, *revocar* es otro verbo gongorino: la intención, arrepentida, 'hizo retroceder' a los ojos.

465-466: este atrevimiento de los ojos es como el de Ícaro, a quien, por subir muy alto, el sol le derritió la cera que unía las alas a su cuerpo; y así como Ícaro cayó al mar, así el atrevido queda anegado en sus propias lágrimas.

470-474: *no menos*… (v. 470) *que*… (v. 474): el espíritu queda abrumado en igual medida por la cantidad de objetos y por su diversidad.

475. *cedió*: el sujeto es *el entendimiento* (v. 469).

476. *copia*: ‘abundancia’.

479. *en las ondas* (yo añado el *en*): el entendimiento, *equívoco* (‘vacilante’, ‘indeciso’), se hundía *en* el mar de asombros.

482. *bota*: ‘embotada’; sor Juana repite, con otras palabras, lo que ha dicho en los vv. 450-453; tenemos aquí, sin duda, una confidencia muy personal; cf. *Respuesta a sor Filotea*, líneas 971-976: “Querer yo saber tanto o más que Aristóteles o que san Agustín, si no tengo la aptitud de san Agustín o de Aristóteles, aunque estudie más que los dos, no sólo no lo conseguiré, sino que debilitaré y entorpeceré la operación de mi flaco entendimiento con la desproporción del objeto”.

485. *librada*: ‘apoyada’ (cf. *supra*, v. 134).

490-492: distinción (muy escolástica) entre las partes *integrantes* de un objeto y las puramente *perfeccionantes*.

495-515: símil parecido al de los vv. 454-468, pero aún más desarrollado; el comienzo, sin el hipérbaton, dice: ‘A semejanza de aquel a quien una oscuridad *diuturna* (‘prolongada’) le ha *usurpado* (‘quitado’) el color de los objetos…’, etc. Cf. Garcilaso, *Égloga II*, vv. 1791 y siguientes: “Como en cárcel profunda el encerrado / que, súpito sacado, le atormenta / el sol que se presenta a sus tinieblas, / así…”, etc.; y Gutierre de Cetina, soneto “Si mientra el hombre al sol los ojos gira, / ciego del resplandor, busca un desvío, / ¿cómo un flaco mirar…?”, etc.; y la experiencia de Andrenio, en el *Criticón* de Gracián, cuando sale por primera vez de la oscura caverna en que se ha criado: “Miraba el cielo, miraba la tierra, miraba el mar, ya todo junto, ya cada cosa de por sí, y en cada objeto de éstos me transportaba, sin acertar a salir de él”.

506. *apela*: ‘acude’, ‘recurre’; incapaz de soportar la luz, acude justamente a la oscuridad; cf. Góngora, *Soledad II*, vv. 666-668: el peregrino ha abandonado unos alcázares “donde, excedida / de la sublimidad [‘la altura’] la vista, *apela* / para su hermosura”.

507. *cela*: ‘oculta’ los ojos (con la mano) para que no les dé el sol. (No me explico por qué sor Juana califica de *vacilantes* los rayos del sol; MP no hace ningún comentario.)

510. *piadosa medianera*: cf. *supra*, v. 244: el manjar, *medianero piadoso*.

516-539: éste es, para mí, el más sorprendente, el más extraño de los muchos “excursos” del *Sueño*; ya el enlace con lo anterior es raro: la *luz* vale ahora como salud y vida, y la *sombra* como enfermedad y muerte; con estos elementos elabora la sabia monja un elogio del arte de la medicina, ese logro estupendo de la inteligencia humana: así como el pobre encandilado por la luz del mediodía tiene que hacerse sombra con la mano, así el arte médica ha descubierto remedios cuya eficacia consiste en tener, sabiamente estudiadas, ciertas dosis de “mortífero veneno”. No cabe duda de que el deseo de exhibir estos conocimientos fue irresistible para sor Juana. (El elogio, en nuestros días, sería para la química farmacéutica más que para la medicina.)

534. la *bruta experiencia*: antes de darle a un ser humano la nueva medicina en que hay ingredientes peligrosos, es prudente dársela a un animal.

536. *hicieran*: se liga con el v. 521: “para que del mortífero veneno… *hicieran* un buen medicamento”.

537. *apolínea ciencia*: Apolo se asocia con los logros más altos de la civilización, uno de ellos la medicina; pero el dios de la medicina es más bien su hijo Esculapio.

539. *tal vez*: ‘a veces’.

540. *No de otra suerte…*: continuación de lo que quedó pendiente en el v. 515.

541. *objeto tanto*: ‘tan gran número de objetos’.

546. *calmado*: con significación negativa: en los tiempos en que la navegación dependía del viento, la *calma* (‘cesación del viento’) era una desgracia: Góngora, *Soledad I*, v. 456, habla de

“calmas y naufragios”; dice sor Juana que la visión que tuvo inmovilizó o paralizó su *discurso* (su ‘capacidad de razonar’).

557-559: de nuevo *objeto tanto*; el entendimiento humano es *pequeño vaso* para recibir semejante caudal (cf. Góngora, comienzo de la *Soledad II*: un arroyuelo que desemboca en el mar es *poco vaso* para la enorme cantidad de agua salada); el entendimiento es “escaso” aun para el más elemental de esos objetos (idea que después se desarrollará ampliamente).

560. *en efecto*: vale por ‘Así, pues…’ (a consecuencia de lo que precede): “Una vez recogidas las velas…” (cf. v. 542).

561: *fió*: el sujeto (tácito) es *el entendimiento*; en *inadvertidas* hay una traslación: la inadvertencia (‘imprudencia’) no es de las velas, sino de quien las expuso al peligro.

562. *traidor al mar*: hay que entender “al mar traidor”.

563-564: un entendimiento que espere fidelidad del mar y constancia del viento está dando señales de “desatención”.

566-570: también Góngora, refiriéndose a naufragios (*Soledad II*, vv. 386-387), rima *orillas* con *astillas*.

572. *carena*, aquí, es la operación de calafatear una embarcación estropeada; la *cuerda refleja* (la ‘prudente reflexión’) *usurpa* esa tarea (‘se hace cargo’ de ella).

574. *remiso*: ‘lento’, o sea bien meditado.

575. *reportado*: ‘moderado’, ‘refrenado’.

576-591: la idea es ésta: “Aturdida y abrumada como estaba en este punto del sueño, y con el seductor espectáculo del mundo siempre a la vista, mi alma trató de buscar ayuda, y se acordó de la doctrina aristotélica de los Universales, que reduce todo lo existente a sólo Diez Categorías”. MP, seguidor de la filosofía aristotélico-tomista, enumera estas Categorías: substancia, cuantidad, calidad, relación, acción, pasión, dónde, cuándo, sitio y hábito, y dice que sor Juana hizo mal en llamarlas *mentales fantasías*, cuando son nada menos que la “base de la ciencia”; yo, que no soy aristotélico, siento que aquí, por una especie de obligación, hace sor Juana un elogio de Aristóteles (mucho menos entusiasta, por menos espontáneo, que su elogio de Homero); además, el propósito de “discurrir una por una” las cosas que caben en cada una de las Categorías (vv. 579-580) no tiene realización alguna; lo que ella imagina para salir del aprieto (vv. 617 y siguientes) es cosa muy distinta.

591. *intuitivo*: Góngora dice que los ojos amarillos del búho son “oro *intuitivo*”, y Salcedo Coronel, su comentador, explica: “*Intuitivo* es voz nunca usada en nuestro idioma; viene del verbo latino *intueor, -eris*, que significa ‘ver’; y de aquí *intuitus*, ‘la vista’”; los ojos del búho son, pues, oro que sirve para *ver*; pero el *intuitivo* de sor Juana tiene otro valor: no se refiere a la vista, sino precisamente a la *intuición*, que en su tiempo pertenecía sólo al vocabulario teológico; MP explica: “el conocerlo *todo* en una sola intuición, es propio de Dios”.

600-616: elogio del estudio (o, en este caso, más bien elogio del libro), elogio verdaderamente salido del corazón: no sólo la *Carta al padre Núñez*, la *Respuesta a sor Filotea* y la *Vida* del padre Calleja, sino muchas confesiones esparcidas en sus obras, son testimonio de lo que fueron los libros para sor Juana. Cf. Introducción, pp. XXXV-XXXVII.

606. *palio*: esta palabra, en el sentido de ‘premio’, como aquí, pertenece al léxico gongorino.

609. “ya en una, ya en otra facultad”: de esto habla sor Juana largo y tendido en la *Respuesta a sor Filotea*, sobre todo a partir de la línea 312.

613. *siembra, fruto*: cf. núm. 47, vv. 27-28.

617. *De esta serie…*: continuación de lo dicho en los vv. 593-599: la necesidad de ir ascendiendo grado a grado, pasando de un concepto a otro, a causa del limitado vigor del entendimiento.

618. *método*: MP cita un texto de Descartes, *Discours de la méthode*, regla 3ª (citado antes por Ermilo Abreu Gómez): "Conduire par ordre mes pensées, en commençant par les objets les plus simples et les plus aisés à comprendre, pour monter peu à peu comme par degrés"; pero se burla veladamente de quienes concluyen que sor Juana leyó a Descartes, y dice, con razón, que semejante "método" puede ser lo mismo de Aristóteles o de Descartes que de Perogrullo. (Vale la pena observar que también Descartes comienza desechando las "artificiosas" Categorías aristotélicas.)

619-624: *del ínfimo grado* (el reino mineral) pasar a una jerarquía *más noble* (el reino vegetal). "Es la cadena que fingieron los antiguos que salía de la boca de Júpiter, de donde pendían todas las cosas eslabonadas unas con otras: así lo demuestra el R. P. Atanasio Quirquerio en su curioso libro *De magnete*" (*Respuesta a sor Filotea*, líneas 417-421). De esto trata el fundamental libro de Arthur O. Lovejoy, *The Great Chain of Being* (1942); y cf. *supra*, vv. 408-411.

623: la causa primera es Dios; la segunda es la Naturaleza (tema de la *Loa a los años de fray Diego Velázquez de la Cadena*).

626. *aunque grosero*: cf. Góngora, *Polifemo*, vv. 87-88: las bellotas, "alimento, *aunque grosero*, / del mejor mundo, del candor primero".

627. *Temis*: en las ediciones antiguas se lee *Themis*; MP cree que aquí está fuera de lugar esa "diosa de la justicia humana"; supone que es error por *Thetis*, "esposa del Océano y madre de los ríos", y en consecuencia imprime *Thetis*; pero yo no creo que sea errata: *Themis*, según el *Oxford Classical Dictionary*, es "a goddess originally akin or even identical with Gaea" (o sea *Gea*, la Tierra); además, según Ovidio, a quien sor Juana conocía, *Themis* es la restauradora de la vida después del diluvio (*Metamorfosis*, I, vv. 321 y 379).

630. *apoyó*: dice Corominas que el verbo *apoyar*, 'sacar de los pechos el raudal de leche que acude cuando dan de mamar' procede del latín *podiare*, 'subir', pues "los pechos *suben* al llenarse de leche, y el niño que los 'apoya' hace naturalmente subir la teta de que mama".

633. *cuatro operaciones*: son, según fray Luis de Granada, que resume a Galeno (cf. *supra*, nota al v. 210), la "atractiva", la "conversiva", la "expulsiva" y la "selectiva": "cada miembro, como si tuviese juicio y sentido, toma [de la masa de la sangre] lo que conviene a su naturaleza, y no toca en lo demás"; Galeno y el padre Granada lo dicen del cuerpo humano, pero sor Juana, evidentemente, atribuye las mismas cuatro operaciones a los vegetales.

639. *ésta ya investigada*…: 'una vez investigada la jerarquía vegetal', pasar adelante.

640. *inculcar*: la explicación de Robert Jammes, nota a la *Soledad I*, v. 412 (más simple que la que propone MP), es ésta: el latín *inculcare* significa 'hollar', 'pisar', pero en el verso de Góngora (como en el de sor Juana) "hay que atenerse al sentido pedagógico corriente de *inculcar*, que también en latín era el más usual", o sea 'hacer penetrar en la mente', 'enseñar a fuerza de repetir'; en el *Sueño*, este *inculcar* equivale prácticamente a *investigar* (v. 639; y cf. v. 780), tal como, en Góngora, "*inculcar* sus límites al mundo" es 'investigarle sus límites', 'escudriñarlo hasta en sus últimos rincones'. (Otros ejemplos de este *inculcar* en sor Juana: *Villancicos de santa Catarina*, VIII, v. 5, y *Neptuno alegórico*, línea 41.)

643. *fuerza imaginativa*: los animales, según sor Juana, no sólo tienen sensibilidad y capacidad de aprender, sino una fuerza imaginativa que les permite reaccionar ante situaciones nuevas. En 1554, João Gomes Pereira, en su *Antoniana Margarita*, sostenía que los animales son insensibles: "bruta sensu carent" (J. M. López Piñero, *Ciencia y técnica en la sociedad española de los siglos XVI y XVII*, Barcelona, 1979, pp. 337-338). En 1684, poco antes de la composición del *Sueño*, un calificador de la Inquisición de México condenaba el libro intitulado *Admiranda rerum admirabilium encomia* "por alabar la virtud y prudencia de algunos animales y atribuirles razón y entendimiento" (*Catálogo de textos marginados… Inquisición, siglo XVII*, México, 1997, núm. 118). El padre Feijoo, defensor de la racionalidad de los animales superiores, reprueba a Descartes y sus secuaces, que

“sólo reconocen los brutos en calidad de máquinas autómatas, desnudas de todo sentimiento”. La idea de sor Juana (que será la de David Hume) es, para su tiempo, bastante revolucionaria. Todavía a fines del siglo XVIII habrá en México enemigos y partidarios de la racionalidad de los brutos: cf. Liliana Weinberg de Magis en la revista *Literatura Mexicana*, vol. 5 (1994), núm. 1, pp. 46-47.

650. *aun la menor criatura*: el más insignificante gusanillo causa envidia a la más lucida estrella, porque ésta es “inanimada”: no tiene *vida* ni *discurso*; también aquí creo descubrir un contacto con Francisco de Aldana (cf. *supra*, nota al v. 210); en su *Carta para Arias Montano*, vv. 160-171, pondera Aldana el don de la “vida indeclinable” hasta en “la más süez, mínima cosa”, en “lo más bajo y vil que asconde el cieno”, en “un gusanillo”; José Lara Garrido, editor de Aldana, cita este texto de fray Luis de Granada: “La mano poderosa del Señor, siempre una sin diversidad, crió los ángeles en el cielo y los gusanos en la tierra, no siendo [esa mano] superior en aquéllos ni inferior en éstos”; y cf. sor Juana en su *Respuesta a sor Filotea*, líneas 747-749: “como no hay criatura, por baja que sea, en que no se conozca el *me fecit Deus*, no hay alguna que no pasme el entendimiento, si se considera como se debe”.

652. *y de este*…: transición para los cincuenta versos, vibrantes de entusiasmo, dedicados al elogio del Hombre (del Ser Humano).

655. *compuesto triplicado*: vegetal, animal, racional.

659. *bisagra*: palabra vulgar, pero elevada a lo poético por Góngora cuando dice que Magallanes “halló de fugitiva plata / la *bisagra*, aunque estrecha, abrazadora / de un Océano y otro” (*Soledad I*, vv. 472-474); sor Juana dice que el Hombre es la *bisagra* que *engaza* (= engarza) lo angélico con lo animal.

667. *tres rectrices*: quizá la *estimativa*, la *imaginativa* y la *memoria* (cf. *supra*, nota a los vv. 257-265); o bien la *memoria*, el *entendimiento* y la *voluntad*, que en el *Catecismo* del padre Ripalda se llaman “las tres potencias del alma”.

676. *descansó*: porque en el sexto día de la Creación, después de cinco días de mucho trabajo, por fin creó Dios al Hombre y, como en los días anteriores, se alabó a sí mismo porque todo lo creado era perfecto.

678. *que*: ‘a la cual’.

679-689: antes de cerrar este elogio, sor Juana intercala el tema ‘grandeza, sí, pero también miseria’; al más eminente de los seres humanos el polvo le cerrará la boca; esto hace pensar en la visión que la sagrada Águila evangélica (san Juan evangelista) tuvo en Patmos: una misteriosa figura con rostro resplandeciente de luces celestes, pero con un pie en la tierra y otro en el mar (para *iguales huellas*, cf. Góngora, *Soledad I*, vv. 79-80: “midiendo la espesura / con *igual pie* que el raso”); y también hace pensar en la estatua soñada por Nabucodonosor (Daniel, libro 2), con cabeza de oro, pecho de plata, vientre de bronce, piernas de hierro y pies de barro.

690. *el Hombre*: después de mantener el suspenso, por fin declara sor Juana, solemnemente, a quién se refiere lo que ha dicho; en el segundo de los *Villancicos de la Concepción* de 1689, puesta ya en el terreno teológico, dice sor Juana que el Hombre, “la perfección de los cielos / y el complemento del orbe”, cayó en el pecado, y que sólo María, por haber sido concebida sin mancha, “la perfección encierra”.

692. *compendio*: repite sor Juana este concepto, que está ya en los vv. 655 y 658; el v. 692 se parece a lo que el conde de la Granja le dijo a sor Juana: “…del orbe prodigio, / y de ángel, hombre y mujer / organizado individuo” (núm. 49 bis, vv. 34-36). El elogio del Hombre es un verdadero lugar común. Los versos de sor Juana tienen muchísimos antecedentes, por ejemplo el coro de la *Antígona* de Sófocles, vv. 334 y siguientes, el Salmo 8 (“Quid est homo? […] minuisti eum paulo minus ab angelis”), la *Oratio de hominis dignitate* de Pico della Mirandola, con su antecedente, el libro *De sapientia et potestate Dei* (título con que se imprimieron, en 1471, los catorce tratados llamados

luego *Pimander*, obra atribuida a “Hermes Trismegisto”) y los muchos sucesores de la *Oratio* de Pico, uno de ellos el *Diálogo de la dignidad del hombre* de Fernán Pérez de Oliva (1542). MP menciona a san Gregorio Magno, Nicolás de Cusa y fray Luis de Granada, que llaman al Hombre “compendio”, o “microcosmos”, o “mundo menor”. Sobre esto es preciso leer el libro de Francisco Rico, *El pequeño mundo del hombre: Varia fortuna de una idea en las letras españolas*, 2ª ed., Madrid, 1986.

696: hay un ¿*Por qué*? parecido en Góngora, *Soledad II*, v. 662. (En la respuesta a la pregunta pongo acento grave en *porque* para ayudar a la escansión del verso.)

696-699: la *Unión* del v. 699 es la Unión hipostática, en virtud de la cual la naturaleza divina de la Segunda Persona de la Trinidad se unió a la naturaleza humana. MP cita a algunos de los “muchos teólogos” según los cuales habría habido Encarnación “aun cuando Adán no pecara”; Duns Escoto, por ejemplo, dijo que la Segunda Persona se hizo hombre porque el hombre fue la más alta y excelente de las obras de la Creación. (La teología, dice Borges, es lo más fino de la literatura fantástica.)

699: para que este verso sea endecasílabo hay que pronunciar *sería* en dos sílabas (*se-riá*), cosa frecuente, y en seguida dar una sola sílaba al triptongo *oau*: “*oau*nque…”; es verso violento, pero no imposible; para aligerarlo, MP suprimió el *tan*. Se puede añadir que en el v. 886, “cuando aun ser superficie no merece” hay el mismo triptongo.)

699-703: MP remite a la meditación final de los *Ejercicios de la Encarnación*; pero la idea está ya en el comienzo mismo de esos *Ejercicios*: “la amorosa y *nunca bastantemente* agradecida Encarnación del Verbo”, “el torpe olvido con que tratamos tan sagrados misterios”, etc.

704. *Estos, pues*…: de nuevo el *pues* “ilativo” que emplea sor Juana después de las digresiones; los tres “grados” son el mineral, el vegetal y el animal.

707. *discurrirlo todo*: cf. Gracián, *Criticón*, crisis II: “Aunque todos los entendimientos de los hombres que ha habido ni habrá se juntaran antes a trazar esta gran máquina del mundo […], jamás pudieran atinar a disponerla. ¡Qué digo el universo! La más mínima flor, un mosquito, no supieran formarlo”.

710. *los más manuales*: ‘los más ordinarios’ (al alcance de la mano).

712-729. *quien de la fuente*…: es la primera de las cosas ordinarias con que sor Juana ejemplifica lo difícil que es llegar al *verdadero conocimiento*; y, como trae en la cabeza a Ovidio, el único poeta latino con quien estuvo familiarizada (aunque haya sido en traducción: cf. *supra*, nota al v. 94), habla en concreto de la fuente Aretusa, que está en Sicilia; Aretusa era una ninfa griega; perseguida por Alfeo, invocó a Diana, y Diana la convirtió en una fuente cuyas aguas se hundieron en tierra y volvieron a ver la luz en Sicilia; durante su curso subterráneo pasó por el reino de Plutón, raptor de Prosérpina, de manera que pudo darle a Ceres, su madre, noticia del lugar donde estaba su hija querida, a quien había estado buscando por toda la tierra. (Esta historia ocupa buena parte del canto de Calíope, en el libro V de las *Metamorfosis*.)

721. *triforme*: sor Juana identifica aquí a Prosérpina con Hécate: cf. *supra*, nota a los vv. 13-14.

730. *quien de la breve flor*…: continuación de lo comenzado en el v. 708: “quien aun la más pequeña…”

730-756: he aquí ahora el segundo ejemplo de las cosas ordinarias pero impenetrables al conocimiento: *una rosa*: ¿por qué esa hermosura?, ¿por qué ese aroma delicadísimo?, ¿por qué ese poder de seducción sobre quien la contempla?

731. *ebúrnea*: en su prosificación, MP aplica este adjetivo a una *azucena*; pero aquí no viene al caso la azucena; se trata del blanco que, mezclado con el rojo, hace el color típico de la rosa.

739-740: *una y otra… hoja*: es corrección mía; según yo, lo que dicen las ediciones antiguas, *hija* en vez de *hoja*, es una vulgar errata, no detectada por MP, el cual, en la prosificación, dice que la rosa multiplica su ropaje "en sus frescas hijas innumerables" (o sea que imagina una rosa rodeada de infinidad de rositas a quienes viste con retacitos de su propio ropaje); *hoja* en el sentido de 'pétalo' es muy normal; Góngora, refiriéndose a las rosas en el soneto "Los blancos lirios…", dice (vv. 7-8): "como quien de *una y otra hoja* espera / purpúreas alas, si lascivo aliento". Así, pues, lo que sor Juana dice es, a mi parecer, esto: "la rosa despliega su ropaje al viento, lo multiplica en pétalos y más pétalos y forma así una pompa escarolada".

742. *capillo*: lo mismo que *capullo*.

743. *cipria diosa*: Venus, nacida en Chipre (también Góngora, *Soledad II*, v. 271, la llama *cipria diosa*); siguiendo el ejemplo de otros poetas, sor Juana atribuye el elemento rojo de las rosas a la herida que se hizo Venus en un pie al correr, entre espinosos rosales de flores blancas, en busca de Adonis (detalle que no figura en las *Metamorfosis* de Ovidio).

748: trueque de epítetos, muy semejante al que hace Góngora en el *Polifemo*, v. 108: "o púrpura nevada, o nieve roja".

751. *preceptor*: cf. núm. 147, vv. 3-4: "magisterio purpúreo en la belleza, / enseñanza nevada a la hermosura".

754. *veneno*: dos eran los afeites mujeriles más frecuentes: el *albayalde* (carbonato de plomo) y el *solimán* (cloruro de mercurio), venenosos ambos; dice Covarrubias en su *Tesoro*, en la voz *veneno*: "Cerca de los latinos se toma algunas veces por el afeite de las mujeres, y con mucha propiedad, pues en efecto lo es, especialmente el solimán, que de suyo es mortífero, y es veneno para la mesma que se lo pone, porque le gasta la tez del rostro y le daña la dentadura; es veneno para el galán necio que, mirándola de lejos, se persuade a que el color blanco y rojo le es natural, y atraído con esta añagaza cae en la red; es veneno para el pobre marido, que ha de juntar su cara con la carátula de su mujer"; abundan en la literatura de los siglos de oro las condenas de estos afeites.

757. *Pues si a un objeto solo*…: a una fuente, a una rosa.

769. *o mal, o nunca, o tarde*: cf. nota al v. 365.

773. *su centro*: según MP, es "la omnisapiencia y omnipotencia de Dios"; yo siento que se trata más bien de un equilibrio físico.

774-778: *Atlante* (o Atlas) es el gigante que sostenía en sus hombros la bóveda celeste; Alcides (Hércules) lo sustituyó alguna vez; así, los dos fueron "contrapeso" al peso de la esfera.

779. *su máquina*: parecería que el posesivo *su* se refiere al sustantivo *máquina* del v. 771, y que sor Juana está diciendo "la máquina de la máquina"; pero en el v. 771, *máquina* es el inmenso conglomerado de las cosas del mundo, y en el v. 779 es seguramente la tarea de Atlante y Alcides, menos difícil que la otra.

781. *Otras [veces]*: continuación del v. 758; *esforzado* se refiere a *pensamiento*.

785. *y al ejemplar osado*…: Ícaro (Ovidio, *Metamorfosis*, VIII, vv. 195-235) y Faetón o Faetonte (*Metamorfosis*, II, vv. 1-366) son grandes ejemplos de *atrevimiento*; sor Juana los menciona, o alude a ellos, en los núms. 20 (v. 37), 39 (vv. 175-176), 43 (vv. 123-124), 44 (vv. 13-20), 48 (vv. 63-64), 81 (vv. 11-15), 82 (vv. 7-8), 149 (vv. 9-14), 205 (v. 12), 346 (vv. 19-26), *Loa al Rey* (I), vv. 342-349, *Loa al primogénito*, vv. 193-194, y en el *Sueño*, *supra*, vv. 466-469. Por supuesto, muchos otros antes de ella han recordado a estas dos figuras ejemplares, y ella misma, en uno de los romances dirigidos a la condesa de Galve, después de mencionar los "precipicios" de Ícaro y los "vaivenes" de Faetón, comenta: "Mira qué *vulgar* ejemplo, / que hasta los niños de leche / faetonizan e icarizan / la vez que se les ofrece". Tanto más notable es que en este *Sueño*, poema tan novedoso, tan fuera de lo común, haya decidido faetonizar e icarizar; evidentemente, traía en la cabeza a los dos osados jóvenes: eran

imagen de sus ambiciones íntimas, de su modo de entenderse a sí misma. Este pasaje cierra con broche de oro la larga serie de faetonismos e icarismos de los siglos de oro.

788. *si infeliz, bizarro*: 'valiente, aunque trágico': Faetonte se atrevió a regir el ardiente carro del Sol y acabó derribado por un rayo de Júpiter.

791-792: al mismo tiempo que nos disuade de seguir su ejemplo, Faetonte nos invita a imitarlo; esta doble "moraleja" estará presente en los versos que siguen.

792-794: hablando de su crítica al sermón del *Mandato* del padre Vieira, dice sor Juana: "no puedo dejar de decir que a este que parece *atrevimiento*, abrió él mismo [o sea Vieira] el camino y holló él primero las intactas *sendas*…" (*Carta athenagórica*, o sea *Crisis*, líneas 53-55).

795. *segunda ambición*: cf. Góngora, *Soledad I*, vv. 430 (*segundos leños*) y 442 (*segundas temeridades*).

802. *su nombre eternizar*: cf. Góngora, soneto "No enfrene tu gallardo pensamiento…" (que se refiere a Ícaro).

803. *Tipo*…: 'modelo', tal como las Pirámides son "tipos" (v. 401).

805. *alas*: tal vez alusión a Ícaro.

806. *ánimo ambicioso*: cf., seis versos antes, *ánimo arrogante*.

809. *deletrea*: cf. Góngora, soneto "Verdes hermanas del audaz mozuelo…" (Faetonte): "…y sus errores largamente *impresos* / […] en el cielo".

811-826: en esta digresión sor Juana deja de considerar la acción de Faetonte como digna de ser imitada, y se concentra en lo que puede tener de *pernicioso* (v. 804) y en la idea de *castigo* (v. 793); pero en realidad no está refiriéndose ya a la hazaña de Faetonte, sino a auténticos delitos; a semejanza de escritores como Cervantes, Lope de Vega, Calderón, Quevedo y otros (cf. A. Alatorre, "Notas al *Primero sueño* de sor Juana", *Nueva Revista de Filología Hispánica*, vol. 43, 1995, pp. 403-405), la poetisa cree que la publicidad aneja a la ejecución de un criminal puede ser contraproducente, al poner a la *vista* del pueblo (v. 819) algo en que antes no había pensado; en otras palabras, Faetonte le da pretexto a sor Juana para exhibir su interés por la política, como también se lo da Teseo, y largamente, en *Amor es más laberinto*, acto I, vv. 427-624.

827 y siguientes: el padre Calleja, en su *Vida* de sor Juana (que es la segunda "Aprobación" de la *Fama y Obras pósthumas*), resume así el *Primero sueño*: "Siendo de noche me dormí; soñé que de una vez quería comprender todas las cosas de que el universo se compone; no pude, ni aun divisas por sus categorías, ni aun solo un individuo; *desengañada*, amaneció, y desperté"; y comenta: "A este angostísimo cauce redujo grande golfo de erudiciones, de sutilezas y de elegancias…", etc. En este v. 827 comienza la última parte, la del *desengaño*. A propósito de quienes han relacionado el "¡Imposible saberlo todo!" con la "conversión" de sor Juana y su abandono de la literatura, dice Octavio Paz (*Las trampas*, p. 498): "Esta hipótesis tiene una prolongación: el poema es un ejemplo más, y el más radical y riguroso, de la poesía barroca del *desengaño*"; pero unas líneas después añade que tales interpretaciones "son realmente una *lectura* que hemos impuesto sobre el poema". (Además, la imposibilidad de saberlo todo es cosa de siempre, no exclusiva de la época barroca.)

830. *no hallando*…: entre el comienzo y el final del poema hay una correspondencia hecha de antítesis y contrastes; los sucesos se cuentan ahora en orden inverso; al principio se lee: 'Triunfaba la Noche sobre el Día, y reinaba un silencio apenas puntuado por las sordas voces de las aves nocturnas (vv. 1-64), y todos los seres dormían (vv. 65-150), y yo también me dormí (vv. 151-251), y los sutiles vapores de la digestión llegaban a la imaginativa; y la fantasía, estimulada, me presentó un sueño' (vv. 252 y siguientes); ahora, en orden inverso, leemos: 'El sueño terminó porque la fantasía dejó de ser estimulada; la imaginativa no recibía vapores porque el templado fuego del estómago no tenía ya en qué cebarse (vv. 830-886); desperté entonces, despertó todo el mundo, y al silencio sucedió el gran concierto de las aves diurnas (vv. 920-923); el Día triunfó sobre la Noche'.

835. *consume, si no inflama*: cf. *supra*, v. 34: *extingue, si no infama*.

841. *el húmedo y [el] ardiente*: cf. *supra*, nota a los vv. 241-251.

855: *del descanso cansados*: cf. *supra*, vv. 156-157: los miembros, fatigados "del corporal trabajo, mas cansados / del deleite también".

864. *empezaron*: es la continuación de lo dicho en los vv. 830-831: "no hallando / materia…"

865. *dulcemente impedidos*: cf. Góngora, *Soledad I*, vv. 237-239: el oído del peregrino queda "*dulcemente impedido* / de canoro instrumento…"

872. *resolvieron*: 'disolvieron'.

873. *linterna mágica*: el jesuita Athanasius Kircher llevó adelante los experimentos ópticos de dos italianos del siglo XVI, Girolamo Cardano y Giambattista della Porta, artífices de la *camera obscura*, y los divulgó en su *Ars magna lucis et umbrae* (Roma, 1646), donde presentó la linterna mágica, aparato construido por él.

876-877. *luz, sombra*: son los elementos mencionados por Kircher en el título de su libro.

878: "*lejos*, en la pintura, se llama lo que está pintado en diminución, y representa a la vista estar apartado de la figura principal" (*Dicc. de Autoridades*).

886. *superficie*: en efecto, la imagen proyectada por una linterna mágica carece totalmente de "dimensiones": la superficie no es suya, sino de la pared o de la tela sobre la cual se proyecta.

887: cf. Quevedo, soneto "No admiten, no, Floralba, compañía…", v. 4: "*el padre ardiente de la luz* del día". María Rosa Lida, "El amanecer mitológico en la poesía narrativa española", *Revista de Filología Hispánica*, vol. 8 (1946), pp. 77-110, no menciona este pasaje del *Sueño* (probablemente no lo había leído).

890. *antípoda*: cf. Góngora, *Soledad I*, v. 636: "cuando a nuestros *antípodas* la Aurora / las rosas gozar deja de su frente".

898. *Titán*: el anciano marido de la siempre joven Aurora se llama *Tito-no (Tithonus*), o bien *Titón* (tal como *patrón* viene de *patronus*); pero son frecuentes las confusiones entre *Titón* y *Titán*, que es una de las designaciones del Sol; no es raro, pues, que sor Juana llame *Titán* al marido de la Aurora; MP le enmienda la plana e imprime *Titón*.

900. *contra la noche armada*: cf. Góngora, *Soledad II*, vv. 21 ("a duro toro, aun *contra el viento armado*") y 716 ("tropa inquïeta *contra el aire armada*").

907-910: vocabulario militar: *reclutar* (neologismo en tiempos de sor Juana), *bisoño*, *veterano*, *retaguardia*; y después *estandarte*, *al arma*, *bélicos clarines*, *trompetas*, *reparos*, *tajos*, *heridas*, *resistencia*, *bocina*, *escuadrones*, etc. Al principio del poema (vv. 7-9), la pavorosa sombra intima tenebrosa *guerra* a las estrellas; pero las estrellas se ríen y no hay guerra; ahora, en cambio, ¡vaya si la hay!

916. *aun ella misma se espantaba*: cf. Lope de Vega, soneto "Noche, fabricadora de embelecos…", v. 8: "*espantadiza de tus mismos ecos*".

917 y siguientes: cf. las palabras de Andrenio en el *Criticón* de Gracián, crisis II: "…ocupada el alma en ver y en entender, no tuvo lugar de partirse, y, atropellándose unos a otros los objetos, al paso que la entretenían, la detenían. *Pero ya en esto los alegres mensajeros de este gran monarca de la luz*, que tú llamas Sol, coronado augustamente de resplandores, ceñido de la guarda de sus rayos, solicitaban mis ojos", etc.

918. *signífera*: 'portaestandarte'.

922. *sin arte*: elogio obligado del canto de las aves; cf. fray Luis de León, "Vida retirada", v. 32: "…las aves / con su cantar sabroso *no aprendido*".

928. *reparos*: 'defensas'; cf. Góngora, *Soledad II*, v. 868: "trémulos *reparos*".

934. *cometiendo*: ‘encomendando’; cf. Góngora, *Soledad II*, vv. 490-492: el pez herido por el dardo, “…*cometiendo* / ya a la violencia, ya *a la fuga*, el modo / de sacudir el hasta…”

941. *rayó*: el verbo *rayar*, en el sentido de ‘herir la luz, especialmente cuando empieza a percibirse, por los rayos que arroja’ (*Dicc. de Autoridades*), es muy gongorino.

942. *torreones*: ‘montañas’.

946. *flujos*: ‘ríos (de luz)’.

954. *su sombra iba pisando*: cf. Góngora, *Soledad I*, v. 48: “entre espinas *crepúsculos pisando*”.

972-974: cf. Góngora, *Soledad II*, vv. 905-908: “*restituyen* el día / a un girifalte […] que, despreciando la mentida nube, / *a luz más cierta sube*”.

ÍNDICES

ÍNDICE DE PRIMEROS VERSOS

A Belilla pinto (71) 268
A estos peñascos rudos (213) 460
A la deidad más hermosa (69) 263
A las excelsas, soberanas plantas (65) 255
A tus manos me traslada (102) 334
A vos, mexicana Musa (49 bis) 209
A vuestros ojos se ofrece (1 bis) 5
Acción, Lisi, fue acertada (89) 312
Acuérdome, Filis mía (23) 95
Admiración, con razón (105) 342
Afuera, afuera, ansias mías (9) 44
Agora que conmigo (78) 285
Agrísima Gila (72) 270
Al amor, cualquier curioso (104) 338
Al privilegio mayor (64) 250
Al que ingrato me deja, busco amante (168) 410
Allá va, aunque no debiera (50) 217
Allá va, Julio de Enero (7) 38
Allá van para que pases (31) 126
Altísimo señor, monarca hispano (194) 435
Alto marqués, mi señor (29) 120
Amante, —caro, —dulce esposo mío (63) 248
Amado dueño mío (211) 455
Amante dulce del alma (58) 238
Amarilis celestial (114) 349

Amor empieza por desasosiego (184) 426
Ante tus ojos benditos (98) 325
Aunque cegué de mirarte (142) 378
Aunque eres, Teresilla, tan muchacha (160) 402
Aunque es clara del cielo la luz pura (205) 447
Aunque preste, jamás presté el testuz (205 bis) 449
Aunque presumes, Nise, que soy tosco (163) 405
Bello compuesto en Laura dividido (188) 430
Bien de la fama parlera (111) 347
Cándido pastor sagrado (12) 55
Cantar, Feliciana, intento (87) 304
Capitán es ya don Juan (96) 324
Círculos de luces cumple (34) 133
Cogióme sin prevención (100) 329
Cómo estarás, Filis mía (30) 122
Con el dolor de la mortal herida (172) 414
Con los héroes a Elvira (80) 290
Copia divina, en quien veo (103) 335
Cuál es aquella homicida (88 bis) 307
Cuán grande, José, seréis (137) 370
Cuando, invictísimo Cerda (22) 93
Cuando mi error y tu vileza veo (170) 412
Cuándo, númenes divinos (51) 224
Daros las Pascuas, señora (33) 131
Darte, señora, las Pascuas (27) 116
De alabarda vencedora (97) 325
De la beldad de Laura enamorados (187) 429
De la más fragante Rosa (53) 230
De tu planta la pureza (138) 372
De un funesto moral la negra sombra (157) 399
Del descuido de una culpa (55) 233

Después de estimar mi amor (21) 86
Detén el paso, caminante. Advierte (192) 433
Detente, sombra de mi bien esquivo (165) 407
Dices que no te acuerdas, Clori, y mientes (181) 422
Dices que yo te olvido, Celio, y mientes (180) 421
Dime, vencedor rapaz (99) 327
Discreta y hermosa (74) 275
Diuturna enfermedad de la esperanza (151) 394
Divina Lisi mía (82) 293
Divino dueño mío (81) 292
Docto Mansilla, no para aplaudirte (201) 443
Dos dudas en que escoger (85) 300
Dulce, canoro cisne mexicano (204) 446
Dulce deidad del viento armonïosa (198) 440
El ausente, el celoso, se provoca (175) 416
El daros, señor, los años (14) 60
El delito de callado (107) 344
El hijo que la esclava ha concebido (195) 436
El no ser de padre honrado (95) 323
El nombre materno tuvo (60) 241
El paje os dirá, discreto (113) 348
El pintar de Lisarda la belleza (214) 463
El que Hipogrifo de mejor Rugero (197) 439
El soberano Gaspar (41) 167
En hora buena el gran Carlos (35) 134
En la vida que siempre tuya fue (186) 428
En pensar que me quieres, Clori, he dado (181 bis) 423
En perseguirme, Mundo, ¿qué interesas? (146) 388
En tus versos, si se apura (108) 345
En vano tu canto suena (136) 369
Érase un preste cara de testuz (205 bis) 448

Esa, que alegre y ufana (128) 362
Escuchen qué cosa y cosa (54) 232
Ese brevete mirad (116) 352
Esos versos, lector mío (1) 3
Esta grandeza que usa (115) 350
Esta tarde, mi bien, cuando te hablaba (164) 406
Este amoroso tormento (84) 296
Este concepto florido (129) 363
Éste, que a la luz más pura (127) 362
Este que ves, engaño colorido (145) 387
Este retrato que ha hecho (126) 361
Este volumen, cuyo altivo aliento (195 bis) 437
Excusado el daros años (20) 83
Fabio: en el ser de todos adoradas (169) 411
Favores que son tan llenos (112) 348
Feliciano me adora y le aborrezco (167) 409
Finjamos que soy feliz (2) 9
Firma Pilatos la que juzga ajena (207) 451
Fuerza es que os llegue a decir (121) 355
Gallardo joven ilustre (47) 189
Gran marqués de la Laguna (25) 105
Grande duquesa de Aveiro (37) 141
Grande marqués, mi señor (13) 57
Hermosa, divina Elvira (40) 164
Hete yo, divina Lisi (18) 74
Hirió blandamente el aire (8) 43
Hombres necios que acusáis (92) 320
Hoy que a vuestras plantas llego (125) 359
Hoy que las luces divinas (68) 260
Iam anima Verbo adhaeret (133) 366
Iam cupit anima exire (134) 366

Ilustre mecenas mío (45) 181
Ilustrísimo don Payo (11) 46
Inés, cuando te riñen por bellaca (159) 401
Inés, yo con tu amor me refocilo (161) 403
Intenta de Tarquino el artificio (154) 397
Juzgo, aunque os canse mi trato (117) 352
La acción religiosa de (143 bis) 382
La compuesta de flores maravilla (206) 450
La divina Lisi (67) 258
La heroica esposa de Pompeyo altiva (155) 397
Lámina sirva el cielo al retrato (61) 242
Licencia para apartaros (101) 331
Lisi, a tus manos divinas (130) 363
Llegóse aquel día (73) 272
Lo atrevido de un pincel (19) 76
Los buenos días me allano (122) 355
Luego que te vi, te amé (141) 376
Madre que haces chiquitos (48 bis) 196
Mandas, Anarda, que sin llanto asista (177) 418
Máquinas primas de su ingenio agudo (200) 442
Me acerco y me retiro (77) 283
Mientras la gracia me excita (57) 236
Miró Celia una rosa que en el prado (148) 390
Mis quejas pretendo dar (88) 306
Moriste, duque excelso; en fin moriste (191) 433
Mueran contigo, Laura, pues moriste (189) 431
Nace de la escarchada fresca rosa (209) 453
No cabal relación, indicio breve (215) 479
No es sólo por antojo el haber dado (182) 424
No he querido, Lisi mía (24) 101
Nomine materno, mutata parte, Camilla (59) 240

Oh, cuán frágil se muestra el ser humano (185) 427
Oh famosa Lucrecia, gentil dama (153) 396
Oh quién, amado Anfriso, te ciñera (196) 438
Para aquel que lo muy grande (26) 112
Pedirte, señora, quiero (91) 318
Piramidal, funesta, de la tierra (216) 486
Por no faltar, Lisi bella (17) 70
Por que tu sangre se sepa (94) 323
Probable opinión es que conservarse (183) 425
Prolija memoria (70) 264
Pues estoy condenada (212) 458
Pues la excelsa, sagrada María (66) 257
Pues vuestro esposo, señora (16) 68
Qué bien, divina Lisi (83) 295
Qué es esto, Alcino? ¿Cómo tu cordura (174) 416
Que hoy bajó Dios a la tierra (52) 228
Qué importa al pastor sacro que a la llama (203) 445
Que no me quiera Fabio al verse amado (166) 408
Qué pasión, Porcia, qué dolor tan ciego (156) 398
Que te dan en la hermosura (93) 322
Quien de tu vida es mitad (120) 354
Quién, que regale visto y no comido (210) 454
Rey coronado del año (32) 128
Rosa divina que en gentil cultura (147) 389
Rosa que al prado, encarnada (135) 367
Sabrás, querido Fabio (75) 278
Salud y gracia. Sepades (36) 135
Seguro me juzga Gila (10) 45
Señor don Diego Valverde (39) 157
Señor: para responderos (48) 190
Señor, ya el reloj del cielo (28) 118

Señora: aquel primer pie (144) 385
Señora doña Rosa, hermoso amago (158) 400
Señora, si la belleza (90) 316
Si a tu Musa levantada (110) 346
Si acaso, Fabio mío (76) 281
Si daros los buenos años (15) 63
Si de mis mayores gustos (140) 374
Si el desamor o el enojo (5) 32
Si el día en que tú naciste (42) 169
Si el regalaros me toca (119) 354
Si es causa amor productiva (3) 14
Si los riesgos del mar considerara (149) 391
Si un pincel, aunque grande, al fin humano (208) 452
Siguiendo un mudo clarín (143) 379
Silvio, tu opinión va errada (86) 302
Silvio, yo te aborrezco, y aun condeno (171) 413
Sobre si es atrevimiento (43) 173
Supuesto, discurso mío (4) 26
Suspende, cantor cisne, el dulce acento (202) 444
Tan grande, ¡ay hado!, mi delito ha sido (150) 392
Tenazmente porfïado (118) 353
Tersa frente, oro el cabello (132) 364
Tirar el guante, señora (44) 178
Traigo conmigo un cuidado (56) 234
Tulio español: mal al veros (106) 343
Tus plumas, que índice infiero (109) 345
Va de exornación escasa (131) 364
Válgame Dios! ¡Quién pensara (38) 148
Válgate Apolo por hombre! (49) 202
Vaya con Dios, Beatriz, el ser estafa (162) 404
Verde embeleso de la vida humana (152) 395

Ves, caminante? En esta triste pira (190) 432
Vesme, Alcino, que atada a la cadena (173) 415
Vísperas son felices del día (62) 245
Vista tus hombros el verdor lozano (199) 441
Vuestra edad felice sea (123) 357
Vuestra edad, gran señor, en tanto exceda (193) 434
Vuestros años, que la esfera (124) 358
Ya, desengaño mío (79) 288
Ya el alma al Verbo se ase (132bis) 365
Ya que para despedirme (6) 35
Yo adoro a Lisi, pero no pretendo (179) 420
Yo, menor de las ahijadas (46) 183
Yo no dudo, Lisarda, que te quiero (178) 419
Yo no puedo tenerte ni dejarte (176) 417

ÍNDICE GENERAL

Nota del editor

Introducción

LÍRICA PERSONAL [1]

1. Prólogo al lector, de la misma autora

1 bis. Dedicatoria [de los *Enigmas*]

2. Acusa la hidropesía de mucha ciencia

3. Discurre sobre la pasión de los celos y contradice un problema de don José [Pérez] de Montoro

4. Resuelve sobre el problema entre las instancias de la obligación y el afecto

5. Expresa menos aversión de la que afectaba un enojo

6. Romance con que prelude al dolor de una ausencia

7. A un caballero que decía tener el alma de nieve

8. Letra para cantar

9. Otra letra

10. Otra letra

11. Pide al señor arzobispo el sacramento de la confirmación

12. En elogio de una obra de don fray Payo de Ribera, arzobispo y virrey de México

13. En cumplimiento de años del señor marqués de la Laguna

14. En frase más doméstica, escribe al marqués de la Laguna

15. No habiendo logrado una tarde ver al señor virrey, que asistió en las vísperas del convento, le escribe este romance

16. Desea que el parabién de año nuevo llegue a su Excelencia por conducto de doña María Luisa, su dignísima esposa

17. Celebra el cumpleaños de la señora virreina con un retablito de marfil del Nacimiento

18. Solía la señora virreina, como tan amartelada de la poetisa, favorecerla con la queja de alguna intermisión en sus memorias. De una, da satisfación

19. Puro amor, que, ausente y sin deseo de indecencias, puede sentir lo que el más profano

20. Mezcla con el gracejo la erudición, y da los años a la condesa de Paredes

21. Romance que escribe a la excelentísima señora condesa de Paredes, excusándose de enviar un libro de música; y muestra cuán eminente era en esta arte, como lo prueba en las demás

22. Al marqués de la Laguna

23. En retorno de una diadema, presenta un dulce de nueces que previno a un antojo de la señora virreina

24. Habiendo ya bautizado su hijo, da la enhorabuena a la señora virreina

25. Al hijo de los virreyes con ocasión de celebrar su primer cumpleaños, pidiendo indulto para un reo

26. Presenta a la señora virreina un andador para el primogénito

27. Buenas Pascuas de Resurrección a la condesa de Paredes, con ocasión de cumplir años la reina de España

28. Parabién al primogénito al cumplir dos años

29. Norabuena de cumplir años el señor virrey

30. Discurre sobre la causa y efecto de que el virrey se haya ausentado a un recreo

31. A la señora virreina, regalo de unos peces bobos, y unas aves

32. Porque nació en julio el primogénito, le anuncia prosperidades a la señora virreina

33. Debió la Austeridad de acusarla el metro, y satisface con el poco tiempo que empleaba en escribir a la señora virreina las Pascuas

34. Coplas de música, al celebrar el cumpleaños del Rey la señora virreina

35. Coplas de música, en festín del cumpleaños del Rey

36. Carta a don Francisco de las Heras en nombre de una de las damas de la corte virreinal

37. Elogio de doña María Guadalupe Alencastre, duquesa de Aveiro

38. A don Josef de Vega y Vique, que elogió a la poetisa

39. A don Diego Valverde, dándole el parabién por sus medras

40. A la virreina condesa de Galve, enviándole una perla

41. Retrato de la condesa de Galve, en ecos

42. A la misma, en un cumpleaños

43. A la misma, hallándola superior a cualquier elogio

44. A la misma, enviándole un zapato bordado y un recado de chocolate

45. Excusa, discreta, componer y enviar versos

46. Al capitán Pedro Velázquez de la Cadena en su cumpleaños

47. Parabién a un doctorado

48. Respuesta a un caballero peruano que le envió unos barros diciéndole que se volviese hombre

48 bis. Romance de un caballero recién venido a la Nueva España

49. Respuesta de la poetisa

49 bis. Romance de un caballero peruano, en que suplica la dignación de su respuesta

50. Respuesta de la poetisa, en la que descubre el nombre del peruano

51. Romance en agradecimiento a los poetas españoles que elogiaron sus obras

52. A la Encarnación

53. Nacimiento de Cristo, con la imagen de la Abeja

54. A san José

55. A san Pedro

56. Romance en que expresa los efectos del amor divino

57. Romance al mismo intento

58. A Cristo Sacramentado, en día de comunión

59. Anagrama y Epigrama en loor de la Inmaculada Concepción

60. Los cinco dísticos del Epigrama, traducidos en sendas coplas castellanas

61. Retrato de la condesa de Paredes, en versos decasílabos esdrújulos

62. Celebra los años de un caballero

63. Laberinto endecasílabo para que la condesa de Galve celebre el cumpleaños de su esposo

64. Varios romances, bailes y tonos de un festejo celebrado en el convento de San Jerónimo, con asistencia de los virreyes

65. Turdión

66. Españoleta

67. Panamá

68. Jácara

69. Letra con que se coronó el festejo

70. Endechas que discurren fantasías tristes de un ausente

71. Letra para un baile regional llamado El Cardador

72. Otra para el baile que llaman San Juan de Lima

73. Norabuena al cumplir años el virrey marqués de la Laguna

74. Norabuenas de cumplir años la señora virreina

75. Cultos conceptos de afecto singular

76. Voces de dolor, al despedirse para una ausencia

77. Ingenioso sentir de ausente y desdeñado

78. Sentimiento que padece una mujer amante de su marido muerto

79. Consuelos seguros en el desengaño

80. Retrato de la condesa de Galve por comparaciones con varios héroes

81. Afectos de un favorecido que se ausenta

82. Dice en qué sentido llama suya a la señora virreina

83. Satisface a una queja de la virreina, de no haberla esperado

84. Descripción racional de los efectos irracionales del amor

85. Solicitada de amor importuno, responde con entereza tan cortés, que aun hace bienquisto el desaire

86. A un caballero que decía ponerse hermosa la mujer con querer bien

87. Pinta la armonía simétrica que los ojos perciben en la hermosura, con otra de música

88. Pide unos versos a un caballero que se excusaba de hacerlos

88 bis. Enigmas ofrecidos a la Casa del Placer

89. Al retrato de una decente hermosura

90. Favorecida y agasajada, teme su afecto parecer gratitud y no fuerza

91. Excusándose de un silencio, en ocasión de un precepto para que le rompa

92. Contra los hombres, que acusan en las mujeres lo que ellos causan

93. A una presumida de hermosa

94. Estirpe de un borracho linajudo

95. Colirio para un soberbio

96. A un capitán moderno

97. A un sargento presumido

98. Traducción de una oración latina del papa Urbano VIII

99. Esfuerzo de la razón contra la tiranía de un amor violento

100. Alma que al fin se rinde al Amor: alegoría de la ruina de Troya

101. Excusa dar licencia a uno que la pedía para ausentarse

102. Décimas que acompañaron un retrato enviado a una persona

103. Esmera su respetuoso amor, hablando con el retrato

104. Defiende que el amar por elección es el único digno de correspondencia

105. Alaba un sermón de la Concepción

106. Significa la profundidad clara de un orador

107. Acusa las disculpas, en verso, de quien no quiso hablar en prosa

108. Elogio de José de la Barrera Barahona

109. A un capitán discreto y valiente

110. Alabando un ingenio sin alabarlo

111. Elogio de José López Avilés

112. Elogio de Juan Ignacio de Castorena y Ursúa

113. Asegura la confianza de que ocultará del todo un secreto

114. Sosiega el susto de la fascinación, en una hermosura medrosa

115. Agradece al cabildo de México el pago del arco triunfal que hizo para la entrada del marqués de la Laguna

116. Envío de un memorial a un juez, en estilo forense

117. Memorial a un juez, por una viuda a quien le litigaban su casa

118. La excusa de lo mal obrado, empeora

119. Enviando unas pastillas de boca y unos guantes de olor a un compadre.

120. Celebración de un cumpleaños

121. Disculpa no escribir de su letra
122. Obsequio de un reloj a persona de autoridad
123. Felicitación al virrey marqués de la Laguna
124. Felicitación de cumpleaños a la condesa de Paredes
125. Pide a la virreina la libertad para un inglés
126. En un anillo retrató a la señora condesa de Paredes. Dice por qué
127. Al mismo intento
128. Enviando una rosa a la virreina
129. Al mismo intento
130. Obsequio de unas castañas
131. Enviando una comedia
132. Retrato de una belleza en una décima incompleta
132 bis. Décima que le dieron a la poetisa para que la pusiera en latín
133. Traducción de esa décima
134. Otra traducción de la misma
135. Desmiente en la hermosura la máxima de que ha de ser el bien comunicable
136. Exhorta a conocer los bienes frágiles
137. Glosa a san José
138. Glosa en loor de la Inmaculada Concepción
139. [Poesía suprimida]
140. Catástrofe de las dichas y los deseos de los amantes
141. Glosa que explica conceptos de amante
142. Porque la tiene en su pensamiento, desprecia, como inútil, la vista de los ojos
143. Al Doctor Máximo, san Jerónimo
143 bis. Glosa de una quintilla en alabanza de Carlos II
144. Versos en que se excusa de la glosa anterior
145. Procura desmentir los elogios a un retrato de la poetisa
146. Quéjase de la suerte y justifica su afición a las musas
147. Censura moral a una rosa
148. Prefiere morir que exponerse a los ultrajes de la vejez
149. Encarece de animosidad la elección de estado durable hasta la muerte

150. Muestra sentir que la baldonen por los aplausos de su habilidad
151. Sospecha crueldad disimulada, el alivio que la esperanza da
152. Otro soneto a la esperanza
153. Engrandece el hecho de Lucrecia
154. Nueva alabanza del mismo hecho
155. Sobre la muerte de la esposa de Pompeyo
156. Sobre la muerte de Porcia
157. Refiere la tragedia de Píramo y Tisbe
158. Soneto jocoso a la Rosa
159. Soneto burlesco de consonantes forzados
160. Otro
161. Otro
162. Otro
163. Otro
164. En que satisface un recelo con la retórica del llanto
165. Fantasía contenta con amor decente
166. Cuál sea pesar más molesto en encontradas correspondencias: amar o aborrecer
167. Continúa el asunto, y aun le expresa con más viva elegancia
168. Prosigue el mismo asunto, y determina que prevalezca la razón contra el gusto
169. Enseña cómo un solo empleo en amar es razón y conveniencia
170. De amor, puesto antes en sujeto indigno, es enmienda blasonar del arrepentimiento
171. Prosigue en su pesar, y dice que aun no quisiera aborrecer tan indigno sujeto, por no tenerle así aún cerca del corazón
172. Reflexión cuerda con que mitiga el dolor de una pasión
173. Efectos muy penosos de amor
174. Quiere reducir a método racional el pesar de un celoso
175. Esfuerza el dictamen de que la ausencia sea mayor mal que los celos
176. Da medio para amar sin mucha pena
177. Discurre inevitable el llanto a vista de quien ama
178. Un celoso refiere el común pesar que todos padecen

179. Sobre la más sublime calidad de amor
180. No quiere pasar por olvido lo descuidado
181. Con los mismos consonantes, contradice lo anterior
181 bis. Soneto que escribió un curioso a la madre Juana para que le respondiese
182. Respuesta de la madre Juana por los mismos consonantes
183. Para explicar la firmeza de un cuidado, se vale de la opinión que atribuye lo incorruptible en la materia de los cielos a la perfección de su forma
184. Consuela a un celoso, epilogando la serie de los amores
185. A la muerte del rey Felipe IV
186. Convaleciente de una enfermedad, atribuye su mejoría a su mucho amor por la marquesa de Mancera
187. A la muerte de la condesa de Mancera
188. A lo mismo
189. A lo mismo
190. A la muerte del duque de Veraguas
191. Al mismo
192. Al mismo
193. Cumpleaños del virrey marqués de la Laguna
194. En loor de una acción piadosa del rey Carlos II
195. Dedicatoria de sus obras a la condesa de Paredes
195 bis. Prólogo de los *Enigmas*
196. Celebra la poetisa el cumpleaños de un hermano suyo
197. Sobre un caballo muerto por un toro
198. Alabanza de un músico primoroso
199. Celebra a un graduado de doctor
200. Soneto acróstico en alabanza de Martín de Olivas
201. En loor del padre Baltasar de Mansilla
202. En loor del bachiller Diego de Ribera
203. En loor del mismo
204. A don Carlos de Sigüenza y Góngora
205. Aplaude la ciencia astronómica del padre Kino

205 bis. Soneto dirigido a fray Luis Tineo, y respuesta de Tineo
206. Alaba el numen poético del padre Francisco de Castro
207. A la sentencia que contra Cristo dio Pilatos
208. A una pintura de Nuestra Señora, de muy excelente pincel
209. A san José, según los requisitos de un certamen
210. Al tardarse san Juan de Sahagún en comulgar
211. Liras que expresan sentimientos de ausente
212. Liras que dan satisfación a unos celos
213. Liras que ponderan el dolor de una mujer por su marido muerto
214. Retrato de Lisarda, en el estilo de Polo de Medina
215. Epinicio al virrey conde de Galve
216. Primero Sueño, imitando a Góngora